Julio Verne

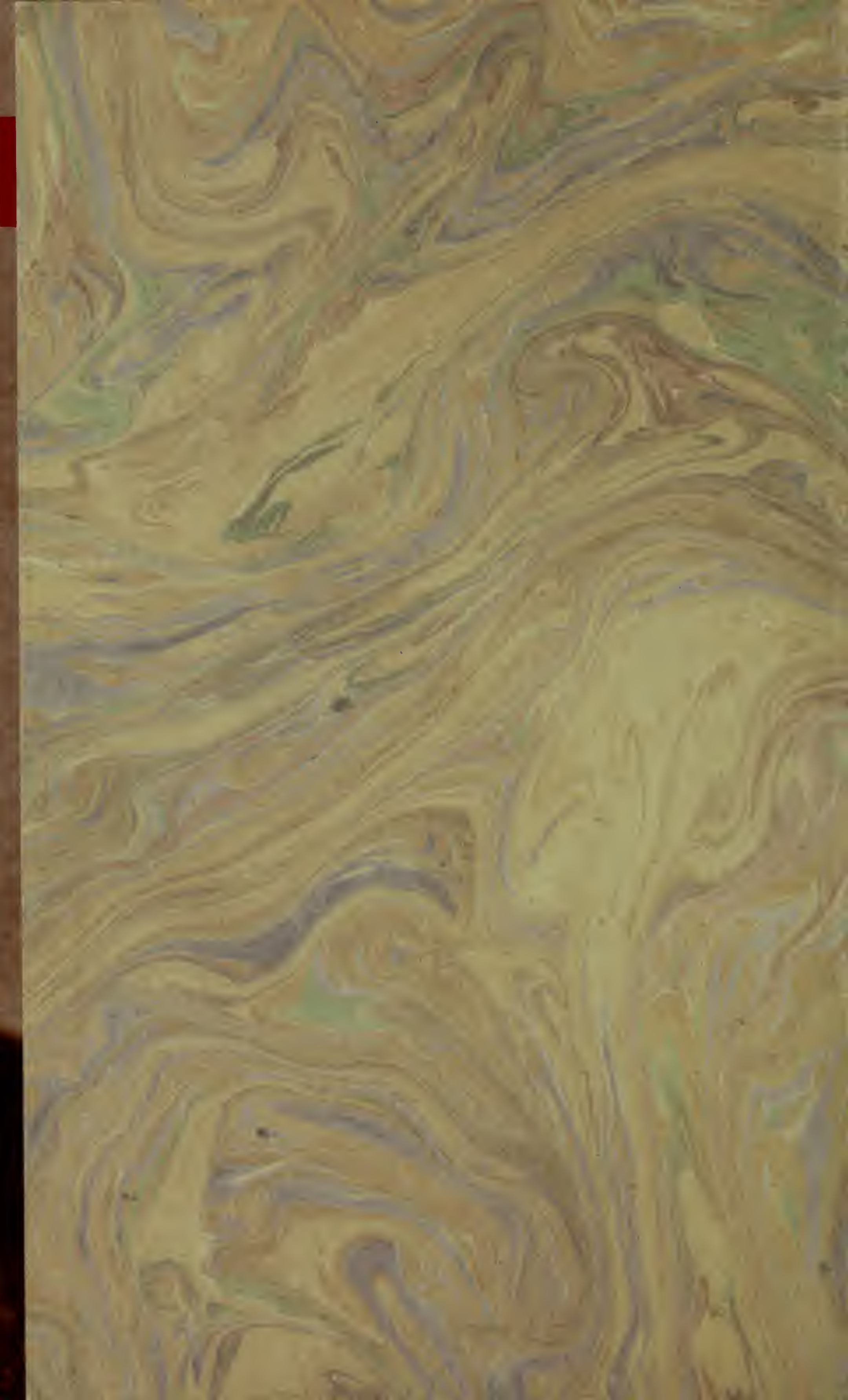
OBRAS SELECTAS



La vuelta al mundo en ochenta días

De la Tierra a la Luna

Miguel Strogoff





JULIO VERNE

La vuelta al mundo en ochenta días

De la Tierra a la Luna

Miguel Strogoff

OBRAS SELECTAS

– Julio Verne –

La vuelta al mundo en ochenta días
De la Tierra a la Luna
Miguel Strogoff

Traducción: cedida por Editorial Nauta.

Calle Primavera, 35
Polígono Industrial El Malvar
28500 Arganda del Rey
MADRID-ESPAÑA

ISBN: 84-8403-636-7
Depósito legal: M-18604-2004
Diseño de cubierta: Juan Manuel Domínguez
Impreso en: COFÁS, S. A.



EDMOBSEVERN

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

INTRODUCCIÓN

Julio Verne no solamente fue un escritor, un precursor de la novela científica en un entorno de ficción, sino también un investigador, un sociólogo y hasta un inventor sin laboratorio. Con sus aventuras se adelantó a su tiempo, anticipando a quienes tuvieran la mente abierta los avances tecnológicos que dominarían el mundo los próximos años. Nos habló del viaje a la Luna, el submarino, el reloj eléctrico, la computadora, el correo electrónico, todo ello una realidad ya. También nos dijo que el centro de la Tierra puede ser accesible si encontramos un camino adecuado, que los cometas del cosmos nos pueden servir como vehículos espaciales perfectos y que las armas más poderosas serán escalofriantes rayos, posiblemente verdes o de cualquier otro color, da igual.

Pero como todos los que se anticipan a su tiempo, sus relatos tan bien detallados que deberían haber servido más para la industria y la ciencia que para el entretenimiento, solamente fueron motivo de asombro y placer, nunca de camino para el progreso. Del mismo modo que Leonardo Da Vinci intentó anteriormente, sin resultado, abrir los ojos a sus contemporáneos, Verne se puso en contacto permanente con notables científicos de su época, con quienes realizaba largas sesiones de conversación e investigación. Pero aunque sus textos incluían un arduo trabajo de indagación y visión de futuro, no fue tenida en cuenta esta faceta y se le consideró simplemente un buen escritor de ficción.

Ahora todos nos quedamos impresionados por la descripción del Nautilus en su obra *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), homenaje a otro Nautilus descrito en 1779 por Robert Fulton, y cuyas soluciones científicas fueron copiadas, o al menos tenidas en cuenta, en 1884 por Isaac Peral. Tristemente, no serían sus colegas franceses quienes le rendirían homenaje por mostrar las bases maestras de tan importante invento, sino los norteamericanos cuando en 1955 construyeron el primer submarino atómico al que denominaron, nuevamente, Nautilus.

Nativo del signo de Acuario, su vida y obra queda descrita tal y como se podría hacer en un manual de astrología:

«Con la mirada puesta en su propio y complicado mundo, lleno de fantasías y realidades conviviendo a la perfección, nos encontramos a personas ambiciosas de empresas grandes, de esas que logran que sus protagonistas entren en la historia.

»Un Acuario no es una persona vulgar, al menos en sus deseos y pensamientos. Sus proyectos de futuro siempre incluirán grandes ideales, interesantes viajes a lugares remotos o largos caminos en busca de un mundo aún no descubierto. Por ello se sentirán atraídos por el mundo del ocultismo, los espíritus, dioses y diosas, los extraterrestres y los viajes en la máquina del tiempo. Sus héroes nunca serán reales, eligiendo los dotados de poderes especiales y capaces de viajar a mundos que no existen, salvo en su propia imaginación.

»Las personas nacidas bajo este signo tendrán apasionantes proyectos en su vida y serán, al propio tiempo, capaces de proponerse grandes empresas, hacia las cuales pondrán un gran empeño. Este afán por lograr algo diferente, algo apartado de la vida vulgar, les creará no pocos miedos, pues no es sencillo salirse del camino habitual por el que discurren las ovejas humanas.

»Se proponen grandes y estupendos objetivos, pero es fácil que los abandonen ante la menor contrariedad, desilusionados por lo difícil de su empeño o cuando encuentran otra materia que les entusiasme un poco más. No son volubles, como a primera vista pudiera parecer, sino entusiastas por lo nuevo y lo misterioso, y cuando esa novedad desaparece pierden su interés por ella. A fin de cuentas, suelen disfrutar más planificando un viaje que con el viaje mismo.

»Cuando le vemos portando las dos ánforas egipcias el Acuario nos indica las dos caras de su moneda espiritual que le definen, ambas similares y complementarias. No es una dualidad en oposición como ocurre en otros signos, no son dos caras de una misma moneda, sino dos facetas que están paralelas y en ocasiones enfrentadas. Mientras una parte se inclina por la aventura, otra es conservadora y no quiere los cambios. Mientras su instinto le invita a conocer mundos insólitos, no quiere dejar su pequeño mundo, que ha formado con tanto esmero e interés. Un Acuario no renueva sus cosas, ni mucho menos las tira en sustitución por lo nuevo; sencillamente incorpora todo a su antiguo mundo. Su afán por la novedad es tan intenso como su deseo por conservar aquello que le entusiasmó en otra época".

Ahora nos parecen infantiles algunas de las soluciones científicas de Verne, como ese viaje *De la Tierra a la Luna*, con un cañón gigantesco propulsando una bala en la cual viajan los protagonistas. En esa novela, sin embargo, existen ciertas coincidencias, pues el sitio de partida del Apolo 11 se efectuó en Cabo Cañaveral, justo a unos kilómetros del lugar ya descrito por Julio Verne en la novela. Igualmente, es sorprendente cómo describe los efectos de la ausencia de gravedad en los cuerpos.

Otras premoniciones tecnológicas aparecieron en sus relatos, descritas con todo detalle, como su idea de las computadoras y la cibernética igual que antes lo hiciera Blaise Pascal, el inventor de una máquina aritmética precursora de las calculadoras. La diferencia era que mientras que la

máquina Lenoir era alimentada mediante 15 caballos de fuerza, en las actuales se habla de megabytes, pero aquélla, tan rudimentaria entonces, podía hacer el trabajo de 500 personas.

Mas, pese a tratarse de un genio, o un visionario, su afán por la tecnología le apartó de la naturaleza y no logró entender algo tan esencial como era su propio cuerpo, pues estuvo aquejado por numerosas enfermedades que le limitaron su vida social y profesional. Diabético y con frecuentes episodios de parálisis, su vista y oído se deterioraron sensiblemente, sin que fuera capaz de escuchar las señales que su cuerpo le enviaba ni encontrar una solución sencilla.

Igualmente desafortunada fue su vida sentimental, con un matrimonio que no le aportó la paz de espíritu que él mismo mostraba en sus personajes, aunque parece ser que otra mujer, cuyo nombre siempre se mantuvo en secreto, logró darle de cuando en cuando el cariño que una persona tan imaginativa y sensible necesitaba.

Ahora, cuando su línea literaria ha sido imitada, o al menos seguida, por infinidad de escritores dedicados a la fantasía científica o ciencia-ficción, debemos recordar que como cualquier visionario, Verne insistió igualmente en la libertad, la alegría, la aventura, la imaginación, la amistad y el amor como tesoros de la Humanidad, pues todos ellos nos llevan a vivir en nuestro interior un mundo a nuestros propios deseos y necesidades.

BIOGRAFÍA

Julio Verne (Jules Verne) nació el 8 de febrero de 1828 en la ciudad de Nantes, un importante puerto francés situado a orillas del río Loira y que había sido la capital de los reyes y duques de Bretaña. Incorporada a Francia en 1524, Nantes se convirtió en un activo centro comercial, especialmente dirigido hacia América, factor geográfico que, de alguna manera, tuvo que movilizar las ansias de viajar del joven Jules.

Pero junto a su espíritu aventurero asomaba igualmente el miedo a la incertidumbre, por lo que se escapó por primera y única vez de su casa a la corta edad de once años. Su intención era muy simple: alistarse como grumete en un barco que partía rumbo a la India; de esta manera podría ser el protagonista de sus propias fantasías y no un mero lector de aventuras juveniles. Cuando fue recuperado por sus padres juró no volver a viajar más que en su imaginación y fantasía.

Ya un poco mayor se trasladó a París, aunque hay quien asegura que en realidad fue expulsado de casa por su padre, un prestigioso abogado. Allí es obligado a estudiar Derecho y recibe puntualmente una generosa pensión que le permite, entre otras cosas, acudir a lugares de reunión para escritores y disfrutar con las numerosas salas de fiesta parisinas.

Pero su profunda inclinación por la literatura y los viajes brota con más fuerza aún, y aunque tiene que compaginar sus estudios de leyes con la

literatura, ello no le impide empezar a escribir sus primeras obras, todavía dedicadas al teatro. Pronto convive con famosas personalidades, como Víctor Hugo y Eugenio Sue, además de conseguir la protección de la familia Dumas. A los veintidós años termina sus estudios en Derecho, pero en esos momentos ya existía en Verne la inquietud por la ciencia y la tecnología, motivo que le llevó a concebir el proyecto de crear una literatura que uniese el entretenimiento con la cultura científica.

Sin embargo, antes de lograr su propósito trabajó como agente de bolsa y contrajo matrimonio con Honorine de Vyane en 1857, una viuda que tenía dos hijos. Con el paso de los años este trabajo tan carente de aventuras no le rindió satisfacciones personales y en parte por su angustioso matrimonio, o porque la economía no podía encajar en una mente tan imaginativa como la de Verne, lo cierto es que atravesó una época de tristeza y desilusión. Afortunadamente ya conocía a Jules Hetzel, un por entonces editor de libros infantiles y juveniles de gran éxito, quien motivó a Verne para que escribiera en el papel lo que ya tenía escrito en su mente.

Y así, después de descubrir los trabajos de Edgar Allan Poe, e interpretando mal su atmósfera oscura, Verne escribió su primera historia de ciencia-ficción, *Un viaje en globo* (1851), retitulada después como *Drama en el aire*. Pero su carrera como autor solamente le satisfacía de forma marginal, esencialmente porque no conseguía el necesario triunfo económico con ello, por lo que siguió ejerciendo como «stockbroking» (corredor de bolsa), una ocupación que mantuvo hasta que consiguió su primer éxito, *Cinco semanas en globo*.

Esto ocurría en 1863 y formaba parte de la serie «Viajes extraordinarios», una colaboración con Jules Hetzel que duraría ya toda la vida literaria de Verne. Esta novela fue la primera obra publicada por Verne a la edad de treinta y cinco años, y posteriormente declaró que el éxito fue inesperado, aunque le proporcionó un ventajoso contrato que renovaría durante cuarenta años más.

Contrastando con su espíritu eternamente joven, aventurero de sus propias novelas, Verne pasó una vida tranquila en la década 1860-1869. Cuando se casó, vivió en una gran casa provinciana y ocasionalmente se dedicó a la navegación de recreo, afición que conservó durante más de cuarenta años, junto con su disciplina más seria: escribir, al menos, una novela al año.

Dos años antes de este triunfo había nacido su hijo Michael, quien con el paso de los años le ocasionó los mismos problemas que Verne había ocasionado a su padre, por lo que la lucha generacional se hizo casi una norma. Afortunadamente, su amor oculto hacia una dama, de la que ni siquiera sabemos su nombre, le proporcionó no pocas satisfacciones y momentos de relajación, algo necesario teniendo en cuenta el ritmo desenfrenado de trabajo que su editor le exigía. Durante esos años sus obras se venden muy bien, aprende a escribir con mayor precisión y rapidez, y los críticos

empiezan a tenerle en cuenta como un buen escritor, no solamente como un autor de libros fantásticos.

Las novelas de Verne se hicieron pronto enormemente populares a lo largo del mundo y entre las que destacan están:

La vuelta al mundo en ochenta días, con un Phileas Fogg atreviéndose a realizar un imposible viaje para ganar una apuesta y que estaba basada en una jornada real del viajero americano George Francis Train (1829-1904).

Viaje al centro de la Tierra es la historia de una expedición que entra en el corazón de un volcán para llegar al interior de la Tierra, mientras que *20.000 leguas de viaje submarino* nos muestra a un misántropo Capitán Nemo al mando del submarino «Nautilus». En esta obra solucionaba numerosos problemas técnicos mediante palancas y motores eléctricos, basándose en las últimas experiencias de Grove con los acumuladores. También pudiera ser que tuviera en cuenta los nuevos inventos con motores de gas del inventor Etienne Lenoir, cuyas conclusiones sirvieron posteriormente para los motores diesel. No obstante, su publicación fue objeto de polémica, pues coincidía con otra obra titulada *Viaje bajo el mar* de Aristide Roger, en la cual se hablaba igualmente de un barco sumergible denominado «El Relámpago». Quizá porque los derechos de autor no estuvieran en aquel momento tan clarificados como ahora, lo cierto es que la salida al mercado de la obra de Verne impidió que su competidor pasara a la historia, insistiendo en que *20.000 leguas de viaje submarino* (inicialmente *Viaje bajo las aguas*), la comenzó a escribir mucho antes que la otra obra.

En *De la Tierra a la Luna* (1865), un cañón gigante dispara a los protagonistas dentro de una cápsula hasta situarla en órbita, cometiendo el error de no tener en cuenta que la enorme aceleración habría matado a los protagonistas inmediatamente. Un error técnico perdonable que no fue enteramente suyo, pues estaba asesorado por «expertos» militares en balística que le afirmaron que ello era posible.

La isla misteriosa, con las hazañas para sobrevivir de unas personas abandonadas en una isla aparentemente desierta, nos lleva a encontrar ciertos paralelismos con *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, ambas llevadas al cine. En todas ellas Verne combinó ciencia e invención con un rápido desarrollo de la trama, en las cuales hay poco espacio para el romanticismo y mucho para las aventuras imposibles.

Alguna de sus historias de ficción se han convertido en realidad, y no sabemos si su perdurable popularidad se debe a este hecho o a la calidad artística de sus novelas, aunque es posible que sea la suma de ambas virtudes. Los hombres geniales que han pasado a la historia normalmente son polifacéticos, especialmente aquellos dedicados a los inventos y las renovaciones.

Aunque sus predicciones no son exclusivamente suyas y ni siquiera podemos considerarle como un pionero, tuvo el acierto de describir el futuro tecnológico de la Humanidad con gran exactitud y hacerlo creíble

para sus miles de lectores. Gracias a Verne los científicos empezaron a darse cuenta que no era imposible lograr que un aparato mucho más pesado que el aire volara, ni que un barco totalmente metálico lograra sumergirse en el océano y emerger a voluntad. Hoy esto nos parece lógico, sencillo y tecnológicamente fácil de entender, pero en el siglo XIX estas teorías eran motivo de risa para los científicos de entonces. No debemos olvidar que el primer avión tripulado dotado de motor fue desarrollado por los hermanos Wright en 1903, aunque pudiera ser que Verne se basara en los experimentos realizados por William Henson en 1842, quien por cierto no logró que su aparato pudiera despegar.

En la primera parte de su carrera expresó su optimismo sobre el progreso y el papel central de Europa en el desarrollo social y técnico del mundo. En lo relativo a las invenciones técnicas, Verne era un tecnófilo (igualmente lo era H. G. Wells), un apasionado de la novedad y el progreso, aun cuando ello implicara la pérdida de los valores humanos y religiosos.

Los trabajos peor recordados de Verne fueron escritos durante 1880, y en esas novelas ya se refleja su pesimismo por la tecnología y la política, pues era consciente de que estas máquinas alterarían la atmósfera y el planeta en su conjunto. En su cuento póstumo *El eterno Adán*, un historiador del futuro descubre que en el siglo XX la civilización sufre un cataclismo geológico y los supervivientes tienen que regresar a los modos de vida primitivos, aunque tratan de parecerse mejor a la idílica vida de Adán y Eva.

Si existió un año fatídico para Julio Verne, seguramente fue 1886, cuando su sobrino favorito en un acto demencial le disparó con una escopeta de caza en una pierna, lo que originó un conflicto familiar, pues el joven debe ser ingresado en un manicomio, mientras que Verne quedó inválido de por vida. También debe asumir en esa época la muerte de su gran amigo y mecenas Hetzel, su padre psicológico, a quien debía toda su fortuna y popularidad, así como la muerte de su madre. Estos hechos ocasionan su pesimismo científico, su repulsa hacia la tecnología y entra en cierto declive imaginativo, aunque no literario. De esa época son *La isla de Hélice* (1895), *Frente a la bandera* (1896) y la inconclusa *La invasión del mar*, de 1905.

Julio Verne murió el 24 de marzo de 1905, aunque antes tuvo tiempo para dedicarse a la política, pues fue elegido concejal de Amiens en las listas del Partido Radical durante los años 1888, 1892, 1896 y 1900, lo que significa que su trabajo estuvo bien encauzado. Lógicamente, su ideología era progresista y se manifestaba como un reformador de la educación, aunque entraba en serias contradicciones cuando decía que la familia tradicional era el mejor refugio para las personas y que no era necesario cambiar las costumbres sociales.

Cuando murió estaba trabajando en su novela *La invasión del mar*, preludio de lo que posteriormente sería la moda de la novela apocalíptica

o catastrofista, y en ella nos relata la inundación de las tierras europeas por las aguas del océano. Como sabemos, esta posibilidad existe, pues el efecto invernadero puede provocar el deshielo de amplias zonas del Polo Norte y por ello la subida del nivel marino.

Su obra literaria vive y vivirá a través del tiempo, y cual moderno Nostradamus sus vaticinios se siguen cumpliendo; por ello su lectura es un gran reto para las personas que gustan de adivinar el futuro de la Humanidad. También son una buena opción para entrar en el fascinante mundo de la literatura a través de algunas de las obras más imaginativas de todas las épocas, aunque ahora las personas más jóvenes no parecen interesadas por la lectura. Como excepción, y según una investigación realizada por la UNESCO, algo más de ochenta libros de Julio Verne han sido traducidos y vendidos en 112 países, alcanzando por ello el segundo lugar en la categoría de autores más leídos.

Julio Verne, que publicó 65 novelas, unas 20 historias cortas y ensayos, 30 obras y también libretos de ópera y dos trabajos geográficos, se despidió dirigiéndose a su familia y al hijo de su amigo Hetzel, diciendo: «Sed buenos.»

CRONOLOGÍA

1828

8 de febrero: nacimiento de Jules Verne en Île Feydeau, Nantes. Sus padres son Pierre Verne, abogado, hijo y nieto de juristas, y Sophie, proveniente de una familia de militares.

1829

Nacimiento de su hermano Paul, quien de mayor fue funcionario naval, pero se retiró en 1859 y se convirtió en financiero. Después nacieron Anna (1836), Mathilde (1839) y Marie (1842).

1834-38

Comienza su educación: la maestra es Madame Sambain, al parecer viuda de un capitán de un barco mercante.

1838-41

Colegio San-Stanislas. Destaca especialmente en geografía, traducción de griego y latín, y cantando.

1841-46

Va al Petit Séminaire, entonces conocido como Lycée Royal de Nantes. Parece ser que ganó un premio en geografía. Comienza a escribir pedazos prosaicos cortos.

1847

Estudia Derecho en París; su prima, Caroline Tronson, de quien él ha estado infelizmente enamorado durante varios años, se compromete.

Escribe una obra dramática titulada *Alejandro VI.*

1848

Junio: revolución en París. Verne está presente en las perturbaciones de julio, pero continúa con sus estudios de leyes.

Su tío Châteaubourg le introduce en los salones literarios y allí conoce a Alexander (Alejandro) Dumas, padre e hijo. Escribe otra obra, *La Conspiración*, aunque posiblemente lo hiciera un año antes.

1849

Se gradua en Derecho. Su padre le permite quedarse en París.

1850

12 de junio: su comedia de un acto *Las pajas rotas* se exhibe durante doce noches en el Teatro y se publica en libro.

1851

Publica las historias cortas *Drama en México* y *Un viaje en globo* (Drama en el Aire).

1852-55

Se hace secretario del Teatro Lírico. Publica *Martin Paz*, *Maître Zacharius* (Maestro Zacarías), *Un Hivernage dans les glasés* (Un invierno en los hielos) y la obra *Les Châteaux Californie* (Castillos en California) en colaboración con Pitre-Chevalier.

Su opereta *Le Colin Maillard* escrita con Michel Carré, se realiza con música de Hignard.

1856

20 de mayo: acude a una boda en Amiens y conoce a una viuda joven con dos niños, Honorine de Viane.

1857

10 de enero: se casa con Honorine, se convierte en corredor de bolsa en París y cambia de casa varias veces.

1859-60

Visita Escocia con Hignard y queda muy impresionado por la experiencia. Escribe una novela sobre ese viaje.

1861

3 de agosto: nacimiento de su único hijo, Michel.

1862

Viaja a Noruega y Dinamarca con Hignard.

1863

31 de enero: publica *Cinq semaines en ballon* (Cinco semanas en globo), tres meses después de lograr un acuerdo con el editor Jules Hetzel, y es un éxito inmediato.

Escribe *París en el Siglo XX.*

1864

Publica *Edgar Allan Poe et ses oeuvres* (Edgar Allan Poe y sus trabajos), *Aventures du Capitaine Hatteras* (Viajes y aventuras del Capitán Hatteras) y *Viaje al centro de la Tierra.*

Abandona su infructuoso trabajo de corredor de bolsa.

1865

Escribe *De la Tierra a la Luna* y *Les enfants du capitaine Grant* (Los hijos del capitán Grant).

Muere Estelle Duchêne de Asnières, amiga íntima de Verne.

1867

16 marzo: acude con su hermano Paul a Liverpool, y desde allí a los Estados Unidos.

Primera traducción al inglés de su novela *De la Tierra a la Luna.*

1868

Compra un barco, el San-Michel, y visita Londres.

1869

Alquila una casa en Amiens.

Publica *Vingt mille lieues sous les mers* (20.000 leguas de viaje submarino) y *Alrededor de la Luna.*

1870

Erupción de la guerra Franco-Prusiana. Verne ejerce como guardacostas en Le Crotoy (Somme).

1871

3 de noviembre: muere su padre.

1872

Se cambia al 44 del Bulevar Longueville, en Amiens.

Se hace miembro de la Academia d'Amiens y escribe *Le tour du monde en quatre-vingts jours* (La vuelta al mundo en ochenta días).

1873-74

Publica *Le Docteur Buey* (El Experimento del Dr. Buey y otras historias), *L'Île mystérieuse* (La isla misteriosa), y *Le Canciller* (El Canciller).

Empieza la colaboración con Adolphe d'Ennery para las adaptaciones de sus novelas.

1876-77

Publica *Michel Strogoff* (Miguel Strogoff), *Hector Servadac*, y *Les indes noires* (Las indias negras).

Decide comprar otros dos barcos, los «San-Michel II» y «III», aunque aplaza sus viajes a causa de la grave enfermedad de su esposa, que se recupera posteriormente.

1878

Junio-agosto: parte rumbo a Lisboa y Algiers.

1879-80

Publica *Los quinientos millones de la Begún*, *Las tribulaciones de un chino en China*, y *La casa de vapor.*

Michel, que había causado problemas durante su infancia, se casa con una actriz, a pesar de la oposición de su padre.

Verne navega a Noruega, Irlanda y Escocia, especialmente a Edimburgo, y posiblemente a Hebrides.

1881

Publica *La Jangada* (La balsa gigante).

Viaja en barco a Rotterdam y Copenhague.

1882

Octubre: vuelve a cambiarse de domicilio, ahora al 2 de Charles-Dubois, en Amiens.

Publica *Le rayon vert* (El rayo verde).

1883-4

Publica *Kéraban-le-têtu* (Keraban el inflexible).

Michel se escapa con una menor, Jeanne, y tienen dos hijos. Posteriormente se divorcia de su mujer y se casa con Jeanne.

Verne sale con su esposa en una gran gira por el Mediterráneo, pero regresa antes de lo pensado.

Es recibido en privado por el Papa León XIII.

1885

Publica *Mathias Sandorf.*

1886

Publica *Robur-le-conquérant* (Robur, el conquistador).

15 de febrero: vende el barco «San-Michel III».

9 de marzo: su sobrino Gaston, mentalmente enfermo, le pide dinero para viajar a Inglaterra. Verne se niega y el joven le dispara dos veces, dejándole cojo para toda la vida.

17 de marzo: muere su amigo Hetzel.

1887

15 de febrero: muere su madre.

1888

Es elegido concejal local por el Partido Republicano. Durante quince años asiste a las reuniones del partido, administrando el teatro y las ferias.

1889

Abre un Circo Municipal y da charlas públicas.

Las novelas *Sans dessus dessous* y *In the Years 2889* (Jornadas de un periodista americano en el año 2889), que se publican en Nueva York firmadas por Jules Verne; posiblemente estaban escritas por Michel.

1890

Un año sin demasiados problemas.

1892

Publica *Le Château des Carpathes* (El castillo de los Cárpatos).

Paga las deudas de Michel.

1895

Publica *L'Île á hélice* (La isla a hélice), la primera novela escrita en un idioma europeo en tiempo presente y tercera persona.

1896-7

Publica *Frente a la bandera* y *L´Esfinge des glasés*" (La Esfinge de los hielos o Misterio en el Antártico).

Es demandado por el químico Turpin, inventor de la melinita. Le defiende con éxito Raymond Poincaré, más tarde presidente de Francia.

Se deteriora su salud.

Muere su hermano.

1899

El asunto Dreyfus. Aunque Verne es inicialmente anti-Dreyfus, aprueba la revisión del caso.

1900

Nueva mudanza, ahora al 44 del Bulevar Longueville.

Se debilita su vista a causa de cataratas.

1901

Escribe *Le Village aérien* (El Pueblo aéreo), también denominado como *El Pueblo en la copa de un árbol.*

1904

Publica "*Maître du monde*" (Dueño del mundo).

1905

17 marzo: cae gravemente enfermo de diabetes.

24 marzo: muere, y es enterrado en Amiens.

1905-14

A su muerte se publican *La invasión del mar* y *El faro del fin del mundo* que estaban en proceso de edición.

Michel toma la responsabilidad de los manuscritos restantes y publica *El volcán de oro* (1906), *La agencia Thompson y Cía* (1907), *La caza del meteoro* (1908), *El piloto del Danubio* (1908), *Los náufragos del Jonathan* (1909), *El secreto de Wilhelm Storitz* (1910), y *Ayer y Mañana*, esta última una recopilación de relatos cortos. También se incluyen *L'Éternel Adán* (1910) y *La asombrosa aventura de la misión Barsac* (1914).

En 1978 se publicaron otros relatos y entre 1985 y 1989 las versiones originales de la mayoría de ellos.

SU OBRA

Entre las numerosas asociaciones que tratan de mantener vivo el espíritu de Julio Verne, destaca la «Jules Verne Society Inc.» Esta agrupación mantiene una página en Internet sobre el escritor francés y posee la lista completa de todos sus libros y artículos. Ha clasificado 85 libros (54 novelas publicadas) y posee la relación completa de las obras que se han llevado al cine y la televisión, así como los documentales que se han realizado sobre su vida y obra literaria. En concreto, nos recuerdan que la obra completa «*Viajes extraordinarios*», que apareció en capítulos mensuales dentro de la revista francesa «Magazín d'education et de recreation», aún no ha sido publicada en inglés.

Si el lector desea conocer el mejor cine basado en las novelas de Julio Verne, le recomendamos, muy especialmente, *Miguel Strogoff*, *La vuelta al mundo en 80 días*, *Viaje al centro de la Tierra*, *Cinco semanas en globo* y *20.000 leguas de viaje submarino.*

Igualmente y para aquellas personas que aún no hayan leído ninguna de sus novelas, estas son las primeras que recomendamos, pues en ellas la creatividad y entusiasmo de Verne estaban en su mejor momento:

Bibliografía

1847. Alejandro VI (drama)
1847. La conspiración (drama)
1849. Abdallah (drama)
1849. Un drama bajo Luis XIV (drama)
1850. La Guimard (drama)
1850. Las mil y dos noches (drama)
1850. Las pajas rotas (comedia)
1851. Los sabios (drama)
1851. Quiridine (drama)
1852. La Torre de Montlhery (drama)
1852. Martin Paz
1853. Colin Maillard (ópera)
1854. Lamentación de un pelo de culo de mujer (atribuido)
1854. Maestro Zacarías
1855. A orillas del Adur
1855. Guerra a los tiranos
1855. Les compagnons de la Marjolaine (opereta)
1855. Un invierno en los hielos
1856. Los felices del día (drama)
1860. El albergue de las Ardenas (opereta)
1860. Señor chimpancé (opereta)
1861. Once días de asedio (comedia)

1863. Cinq Semaines en Ballon

Cinco semanas en globo *(Five Weeks in a Balloon)*

El Dr. Samuel Ferguson y sus dos socios viajan a Zanzíbar, África. La intención de Ferguson es explorar parte de África, precisamente aquellas zonas que otros expedicionarios no pudieron alcanzar. El método por el que intentará lograr esta tarea es único, pues empleará un globo llamado «Victoria».

1863. Paris au XXè siècle

París en el siglo XX *(Paris in the 20th Century)*

En el París de 1860, Michel Dufrenoy gana un premio por un verso escrito en latín. El público se divierte, pues con él demuestra que esta sociedad solamente parece obsesionada por la tecnología.

NOTA: Esta historia fue rechazada para su publicación por Jules Hetzel en 1863. En 1989 Jean Verne (nieto de Julio Verne) estaba limpiando su casa familiar cuando descubrió el manuscrito en un tronco del jardín. Este manuscrito se convirtió en una novela que se publicó en 1994 e inmediatamente se convirtió en un best-seller en Francia.

1864. Voyage au centre de la terre

Viaje al centro de la Tierra *(Journey to the Center of the Earth)*

Las escrituras de Arne Saknussemm son traducidas por el profesor Lidenbrock y en ellas encuentra que están descritas las claves que le llevarán al centro de la Tierra.

1865. De la Terre à la Lune

De la Tierra a la Luna *(From the Eart to the Moon)*

Barbicane y otros miembros del Baltimore Club conciben un plan para viajar a la Luna mediante el empleo de un cañón gigantesco.

1866. Voyages et aventures du Capitaine Hatteras

Viajes y aventuras del Capitán Hatteras *(The Voyages and Adventures of Captain Hatteras)* [2 volúmenes]

Richard Shandon y el Dr. Clawbonny reciben cartas para acudir con una expedición desconocida a un destino igualmente desconocido. Shandon es autorizado para reunir la tripulación y efectuar la construcción de la nave para esta aventura. El primer destino es la Bahía de Melville, aunque posteriormente sabe que el fin perseguido es llegar al Polo Norte.

1868. Les Enfants du Capitaine Grant

Los hijos del capitán Grant *(The Children of Captain Grant)* [3 volúmenes]

El interior de un tiburón contiene una botella en la cual existe un mensaje en tres idiomas diferentes. Muchas de las notas son indescifrables; sin embargo, pueden revelar la situación del paradero del capitán Harry Grant, al que se considera perdido desde hace más de dos años. El problema es que aunque la latitud se describe, la longitud es un misterio, pero todas las pistas apuntan a la costa sudamericana como lugar del naufragio. Pronto, el señor Glenarvan, junto con su esposa, los hijos de Harry Grant (Mary y Robert) y la tripulación de su yate, el «Duncan», ponen rumbo a América del Sur, uniéndose a ellos el geógrafo francés Jacques Paganel.

1870. Autour de la Lune

Alrededor de la Luna *(Round the Moon)*

En esta continuación, Barbicane y sus socios empiezan su circunnavegación por la Luna.

1870. Vingt mille lieues sous les mers

20.000 leguas de viaje submarino *(20.000 Leagues Under the Sea)* [2 volúmenes]

Los barcos están desapareciendo por todo el mundo, y aunque se cree que es una ballena gigante o un monstruo marino, el profesor Aronnax y sus compañeros descubren pronto la verdad. Se trata del capitán Nemo y su submarino el «Nautilus».

1871. Une Ville flottante

Una ciudad flotante (An floating City)

Una mujer realiza un viaje a bordo del «Grand Oriental» con destino a Nueva York.

1872. Aventures de trois russes et trois anglais dans l'Afrique australe

Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el África austral *(The Adventures of Three Englishmen and Three Russians in Southern Africa)*

Tres ingleses —Everest, John Murray y William Emery— y tres rusos —Matthew Strux, Nicholas Palander y Michael Zorn— y su guía Mokoum, parten para medir el arco de un meridiano en el desierto de Kalahari en África del sur. Todo va bien, hasta que se declara la guerra entre Inglaterra y Rusia.

1873. Le Tour du monde en quatre-vingts jours

La vuelta al mundo en ochenta días *(Around the World in eighty Days)*

Phileas Fogg acepta una apuesta para demostrar que es posible viajar alrededor del mundo en ochenta días, pero aparece un problema cuando es confundido con un ladrón.

1873. Le Pays des fourrures

El país de las pieles *(The Fur Country)* [2 volúmenes]

El lugarteniente Hobson llega al Capotillo Bathurst en el Océano Ártico, con el plan de construir un poste comercial. Se construye el poste, pero una erupción volcánica acompañada de un terremoto provoca la rotura de la zona.

1874. Le Docteur Ox

El experimento del Doctor Ox *(Doctor Ox)*

Unas obras en la pequeña comunidad de Quiquendone, Flanders, con una red de cañerías de gas oxhídrico, ocasionan agresividad entre los habitantes.

1874. Maître Zacharius ou l'horloger qui a perdu son âme

Maestro Zacarías o el relojero que perdió su alma *(Master Zacharius or the Clockmaker Who Lost His Soul)*

Cuando trabaja como relojero en Ginebra, Zacarías descubre que los relojes están fallando y se da cuenta que poseen alma propia.

NOTA: Esta obra se escribió originalmente en 1854.

1874. Un Voyage en Ballon

Un Drame dans les Airs *(A Drama in the Air)*

En Alemania un hombre planea llevar a algunos pasajeros en un paseo en su globo. Un pasajero inesperado cambiará sus planes.

NOTA: Esta obra se escribió originalmente en 1851.

1874. Un hivernage dans les Glaces

(A Winter Amid the Ice)

Cuando su hijo Louis y los miembros de la tripulación de la nave «Jeune-Hardie» no regresan del mar, Jean Cornbutte decide reparar una nave y viajar al Norte para encontrarlos.

NOTA: Esta obra se escribió originalmente en 1855.

1874. Quarantième ascension française du Mont-Blanc

(The 40th French Ascension of Mount Blanc)

Relato sobre una subida al Mont-Blanc.

1874. L'Île mystérieuse

La isla misteriosa *(The Mysterious Island)* [3 volúmenes]

Cinco hombres escapan de una prisión de Richmond y efectúan un viaje en un globo. Son atrapados por una tormenta que los arroja en una isla abandonada del Pacífico Sur. Su pericia, así como la generosidad de un bienhechor misterioso, les permiten sobrevivir.

1875. Le Chancellor

El Chancellor *(The Chancellor)*

Cuando J. R. Kazallon decide viajar desde Carolina del Sur a Liverpool a bordo del «Chancellor» (Canciller), inesperadamente la nave cambia de rumbo y naufraga en un arrecife.

1876. Michel Strogoff

Miguel Strogoff *(Michael Strogoff)* [2 volúmenes]

El Zar debe conseguir enviar un mensaje a Rusia, ahora invadida por los tártaros, y encarga esa misión a su mejor mensajero.

1877. Les Indes Noires

Las indias negras *(Black Indies)*

Un minero especializado, Simon Ford, hace un descubrimiento asombroso y avisa al gerente de la mina, James Starr, aunque un duende misterioso amenaza las obras.

1877. Hector Servadac [2 volúmenes]

En la costa de Algiers, el capitán Héctor Servadac y Ben Zoof, se dan cuenta de que la tierra donde viven se ha separado del planeta a causa de un cometa. Su mundo ha cambiado bruscamente, pero deciden unirse y empezar a construir una pequeña colonia hasta que retornen a la Tierra dentro de dos años.

1878. Un Capitaine de quinze ans

Un capitán de quince años *(A Captain at Fifteen)*

La caza de la ballena en el Océano Pacífico, entre Nueva Zelanda y América, acaba en tragedia y un joven de quince años debe ejercer de capitán. Aunque no posee conocimientos de marinero, intenta llegar a la costa sudamericana, pero su cocinero desvía la nave con rumbo a Angola.

1879. Les tribulations d'un chinois en Chine

Las tribulaciones de un chino en China *(The Tribulations of a Chinaman in China)*

Un hombre chino que vive en Shanghai recibe noticias de que está arruinado y decide contratar una póliza que cubra su muerte, incluso por suicidio, pues esas son sus intenciones.

1879. Les Cinq cents millions de la Bégum

Los quinientos millones de la Bégum *(The 500 Millions of the Begum)*

El Dr. François Sarrasin, un francés, y el profesor alemán Schultz, son los herederos de una fortuna de 525 millones de francos. Con su mitad de la fortuna, el Dr. Sarrasin construye una comunidad ideal llamada Frankville en el noroeste de los Estados Unidos, mientras que el profesor Schultz construye su propia ciudad llamada Steeltown, dedicada a fabricar armas.

1880. Le Maison à vapeur

La casa de vapor *(The Steam House)* [2 volúmenes]

Varias personas efectúan un viaje por el norte de la India en un artefacto impulsado por vapor.

1881. La Jangada

La Jangada *(The Jangada)*

Joam Garral cumple el deseo de sus hijas para viajar a Brasil por el río Amazonas en una gran balsa. También tendrá que demostrar su inocencia en un crimen que no cometió.

1881. L'Ecole des Robinsons

Escuela de Robinsones *(The School of Robinsons)*

Godfrey Morgan, de San Francisco, solamente accederá a casarse después de realizar una vuelta alrededor del mundo.

1882. Le Rayon vert

El rayo verde *(The Green Ray)*

Una muchacha joven se niega a casarse con el hombre que sus tíos han seleccionado para ella hasta que pueda ver el «Rayo Verde», pues la leyenda dice que ésta es una indicación del verdadero amor.

1883. Kéraban le Têtu

Keraban el testarudo *(Kereban the Inflexible)* [2 volúmenes]

Keraban ha determinado no pagar el impuesto exigido para cruzar por barco, por lo que decide viajar por tierra alrededor del mar Negro.

1884. L'Archipel en feu

El archipiélago en llamas *(Archipelago on Fire)*

Un corsario en aguas del Mediterráneo busca capturar o matar a un feroz pirata griego.

1884. L'Etoile du Sud

La estrella del Sur *(The Star of the South)*

Victor Cyprien, un ingeniero francés que vive actualmente en Griqualand, desea casarse con la hija del Sr. Watkins, aunque este tiene otros planes para su hija que incluyen dejarla en África para que se case con un hombre poderoso en el mundo de los diamantes. Para competir con este hombre Víctor decide sintetizar diamantes.

1885. Mathias Sandorf [3 volúmenes]

El misterioso Dr. Antekirtt y sus compañeros trabajan para restaurar el honor de Mathias Sandorf y sus dos socios, encarcelados por organizar una revuelta.

1885. L'Epave du Cynthia

Los restos de Cynthia *(The Wreck of the Cynthia)*

Un bebé es el único superviviente de una nave. Cuando el niño crece se hace capitán y parte para encontrar a sus progenitores.

NOTA: Esta historia se co-escribió con André Laurie.

1886. Robur le Conquérant

Robur el Conquistador *(Robur the Conqueror)*

Diversos acontecimientos extraños están ocurriendo en el mundo. Durante una reunión del Instituto Weldon en Filadelfia, un hombre llamado Robur interrumpe y dice poder dominar los cielos con un vehículo volador más pesado que el aire.

1886. Un Billet de loterie

Un billete de lotería *(The Lottery Ticket)*

Un pescador noruego parte a la mar con la promesa a su novia que volverá con una gran fortuna.

1887. Nord contre Sud

Norte contra Sur *(North Against South)* [2 volúmenes]

La granja de James Burbank es saqueada por una chusma dirigida por Texar, un antiguo mercader de esclavos.

1887. Le Chemin de France

El camino de Francia *(The Road to France)*

Natalis Delpierre, capitán en el ejército francés, recuerda la visita a su hermana Irma en el verano de 1792, cuando estaba viviendo en Prusia. En ese momento estalla la guerra.

1888. Deux ans de vacances

Dos años de vacaciones *(Two Years Holiday)* [2 volúmenes]

Un grupo de muchachos viaja por el mar y después de una tormenta terrible acaban en una isla abandonada, donde deben aprender a llevarse bien para sobrevivir juntos.

1889. Famille-sans-Nom

Familia sin nombre *(Family Without a Name)* [2 volúmenes]

Dos hijos de un supuesto traidor luchan para restaurar el crimen de su padre.

1889. Sans dessus dessous

(The Purchase of the North Pole)

Barbicane viaja al Polo Norte, pues desea alterar la inclinación de la Tierra usando un cañón gigantesco.

1890. César Cascabel [2 volúmenes]

César Cascabel y su familia han ganado bastante dinero y deciden regresar a su casa natal. Desgraciadamente, en el viaje les roban todo su dinero y su única opción es volver a Francia viajando por el Oeste, vía Alaska, Behring y Siberia. Por el camino, se encuentran con el Sr. Sergius (un ruso) y su compañero Kayette (un nativo de Alaska).

1891. Mistress Branican

La señora Branican (Mrs. Branican) [2 volúmenes]

Dolly Branican decide financiar un viaje para encontrar a su marido John, perdido en el mar y dado por muerto. Algún tiempo después una pista le lleva hasta Australia, donde descubre que su marido todavía puede estar vivo en una parte remota del noroeste de Australia.

1892. Le Château des Carpathes

El castillo de los Cárpatos *(The Carpathian Castle)*

Cosas misteriosas están ocurriendo en un castillo localizado cerca del pueblo de Werst, en las montañas de Transilvania, Rumania. Los lugareños

están convencidos de que el castillo está ocupado por el Diablo. El dueño del castillo es el barón Rodolphe Gortz.

1892. Claudius Bombarnac

Claudius Bombarnac es un reportero asignado para cubrir el trayecto de la Gran Vía férrea que va entre Uzun Ada, Turkestán y Pekín.

1893. Petit-Bonhomme

Pequeño personaje ***(Foundling Mick)*** [2 volúmenes]

Un muchacho huérfano supera poco a poco la adversidad y empieza su propio negocio con la ayuda de otro huérfano.

1894. Mirifiques Aventures de Maître Antifer

Las magníficas aventuras del maestro Antifer ***(The Wonderful Adventures of Captain Antifer)*** [2 volúmenes]

El Capitán Antifer espera recibir el legado de un egipcio adinerado, Kamylk Pasha, al que su padre ayudó hace muchos años.

1895. L'Île à Helice

La isla Hélice ***(Propeller Island)*** [2 volúmenes]

Cuatro franceses (Sebastián Zorn, Frascolin, Yvernes y Pinchinat), que viajan a San Francisco son desviados a Isla Normal. Se trata de una inmensa isla artificial diseñada para viajar por aguas del Océano Pacífico y en la cual solamente viven millonarios. Aunque parece un paraíso en realidad está dividida en dos zonas: la mitad izquierda es dirigida por Jem Tankerdon y la otra mitad por Nat Coverley.

1896. Face au Drapeau

Frente a la bandera ***(For the Flag)***

El gran pirata Ker Karraje secuestra a Thomas Roch, un gran inventor francés. El plan de Karraje es que Roch construya el arma «El Roch Fulgurator».

1896. Clovis Dardentor [2 volúmenes]

Dos primos (Jean Taconnat y Marcel Lornans) están viajando desde Cette, Francia, a Orán, para unirse a los 5 Chaussers d'Afrique. En su viaje por el Mediterráneo, se encuentran a la familia de Désirandelle y su amigo Clovis Dardentor

1897. Le Sphinx des Glaces

La esfinge de los hielos ***(The Sphinx of the Ice Fields)*** [2 volúmenes]

La tripulación del Halbrane emprende un viaje a la Antártica para buscar a unos supervivientes de un naufragio.

NOTA: Verne escribió esta historia como una continuación al libro de Edgar Allan Poe *El relato de Arthur Gordon Pym*. Poe era uno de los

autores favoritos de Verne, aunque en 1864 escribió un ensayo que discute los trabajos de Poe.

1898. Le Superbe Orénoque
El soberbio Orinoco *(The Superb Orinoco)* [2 volúmenes]
Una muchacha joven se disfraza como un muchacho para ir en busca de su padre perdido en América del Sur, a lo largo del río Orinoco.

1899. Le Testament d'un excentrique
El testamento de un excéntrico *(The Will of an Eccentric)* [2 volúmenes]
William J. Hypperbone, un millonario excéntrico que vive en Chicago deja 60.000.000 de dólares a la primera persona que gane «El Noble Juego de los Estados Unidos de América», un juego que él inventó. Los oponentes son Max Real (con su compañero Tommy); Tom Crabbe (con su entrenador John Milner); Hermann Titbury (con su esposa Kate); Harris T. Kymbale; Lizzie Wag (con su amiga Jovita Foley); Hodge Urrican y un jugador misterioso conocido como «XKZ».

1900. Seconde Patrie
Segunda patria *(Second Fatherland)* [2 volúmenes]
Los Robinsons empiezan a explorar el resto de la isla y seguidamente deciden modernizar su estilo de vida.
NOTA: Verne escribió esta novela como una continuación al libro de Hans Rudolf Wyss *Los Robinsones suizos.*

1901. Le Village aérien
El pueblo aéreo *(The Aerial Village)*
Los miembros de un safari en el Congo descubren lo que parece ser una colonia de nativos que viven en los árboles.

1901. Les Histoires de Jean-Marie Cabidoulin
Las historias de Jean Marie Cabidoulin *(The Stories of Jean-Marie Cabidoulin)*
Un viejo marinero parte a la mar para un viaje final, pues espera encontrar a la «Serpiente del Mar».

1902. Les Frères Kip
Los hermanos Kip *(The Brothers Kip)* [2 volúmenes]
Condenan a dos hermanos, declarados culpables de un asesinato, a una colonia penal. Ambos se escapan y buscan pruebas que aclararán su buen nombre. Pero las evidencias están con el hombre muerto.

1903. Bourses de voyage
Becas de viaje *(Traveling Scholarships)* [2 volúmenes]
Un grupo de colegiales sale de viaje con una beca para ir a las islas Antillas.

1904. Un Drame en Livonie

Un drama en Livonia *(A Drama in Livonia)*

Wladimir Yanof escapa de la frontera siberiana de Rusia y llega a Livonia, donde debe ayudar a restablecer el buen nombre de Dimitri Nicolef.

1904. Maître du Monde

Dueño del mundo *(Master of the World)*

Se publican acontecimientos extraños ocurridos en el Gran Eyrie, en la parte occidental del estado de Carolina del Norte. El gobierno americano envía a su mejor investigador, John Strock, para que destape el misterio de los fenómenos que otro investigador anterior no logró. Unos días después, los informes que llegan desde diferentes puntos del país hablan sobre un objeto que parece desafiar el aire, otro que desafía los mares y otro que desafía la tierra. ¿Es posible que estos acontecimientos estén todos relacionados?

1905. L'Invasion de la Mer

La invasión del mar *(The Invasion of the Sea)*

Las tribus nómadas que habitan el Sahara impiden los esfuerzos de un ingeniero para crear un mar interior en una parte baja del desierto excavando un canal al mediterráneo.

NOTA: Los trabajos siguientes fueron publicados póstumamente, y posiblemente fueron modificados y reescritos por el hijo de Julio Verne, Michel. Las versiones originales han sido publicadas por la Société Jules Verne (París).

1905. Le Phare du bout du monde

El faro del fin del mundo *(The Lighthouse at the End of the World)*

Tres guardianes (Vásquez, Felipe y Moriz) deben cuidar el nuevo faro en la isla Staten, un lugar localizado a 200 km al NE en el Océano Atlántico. Desgraciadamente Staten tiene otros residentes, un grupo de piratas, capitaneados por Kongre, quien ha estado esperando la oportunidad para disponer de un barco y abandonar la isla. Ellos asesinan a Felipe y Moriz y toman posesión del faro. Ahora solamente queda vivo Vásquez y sabe que tendrá que esperar tres meses hasta que llegue un nuevo barco.

1906. Le Volcan d'or

El volcán de oro *(The Golden Volcano)* [2 volúmenes]

Dos primos viajan al Yukon para investigar una llamada de su tío y lo que allí se encuentran es un desastre. También reciben información sobre un volcán lleno de oro.

1907. L'Agence Thompson and Co.

La agencia Thompson & Cía *(The Thompson Travel Agency)* [2 volúmenes]

Una empresa poco escrupulosa organiza un crucero barato en una nave muy destartalada que se hunde mientras recorre algunas islas del Atlántico.

NOTA: No hay ningún manuscrito disponible. Este libro fue escrito totalmente por Michel.

1908. La Chasse au météore

La caza del meteoro *(The Hunt of the Meteor)*

Dos hombres descubren un meteorito y exigen su propiedad después que descubren que contiene oro. Otras personas poseen los conocimientos y los medios para encontrar más.

1908. Le Beau jaune Danube (a.k.a). Le Pilote du Danube

El piloto del Danubio *(The Danube Pilot)*

El galardonado campeón de los juegos organizados por la Confederación de Pescadores Aficionados del Danubio, navega río abajo por el Danubio confiando solamente en sus habilidades de pesca, pero en su recorrido encuentra trampas naturales e intrigas.

NOTA: El título original fue alterado por Michel en la traducción al inglés.

1909. Les Naufragés du «Jonathan»

Los náufragos del «Jonathan» *(The Survivors of the «Jonathan»)* [3 volúmenes]

Unas personas sobreviven de un naufragio gracias al hallazgo de un hombre llamado Kaw-djer. Este hombre es un líder natural y las circunstancias le obligan a tomar el control de la colonia que existe en la isla cuando la sociedad empieza a disgregarse.

NOTA: El título original para esta historia era «En Magellanie», pero Michel lo cambió en la versión inglesa.

1910. Le Secret de Wilhelm Storitz

El secreto de Wilhelm Storitz *(The Secret of Wilhelm Storitz)*

El secreto de Storitz es la invisibilidad. Un secreto que acostumbra a usar para intentar frustrar el matrimonio de una mujer que le ha rechazado con desprecio.

1910. Hier et demain

Ayer y mañana *(Yesterday and Tomorrow)*

Una colección de historias cortas.

La Famille Raton

Una historia de cuento de hadas, donde una familia de ratas se convierte en humanos.

M. Ré-dièze et Mlle. Mi-bémol

El órgano del pueblo necesita ser reparado, y un hombre que llega al pueblo tiene una idea para instalar un nuevo sonido en él.

La destinée de Jean Morénas

Un hombre es encarcelado por un crimen que no ha cometido, y el delincuente real le ayuda a que pueda escapar.

Le Humbug

Un americano dice tener el esqueleto de un pie gigante fósil como parte de su colección. Cuando llega el momento de mostrarlo alega que ha sido destruido. Sin embargo, todo forma parte de un plan para conseguir recaudar dinero en su beneficio.

Au XXIXme Siecle

Siglo XXIX: diario de un periodista americano en 2889

Un día en la vida del periodista Francis Bennett en 2889.

NOTA: Esta historia fue escrita principalmente por Michel.

L'Eternel Adam

Un día, en un futuro distante, se descubre algunos papeles que demuestran aspectos importantes en los orígenes del hombre y que coinciden con hábitos actuales.

NOTA: "Sr. Rata y su familia" y "La Farsa" no están incluidos en algunas de las ediciones de Ayer y Mañana.

1919. L'Etonnante aventure de la mission Barsac

La asombrosa aventura de la misión Barsac ***(The Barsac Mission)*** [2 volúmenes]

Una misión en África, en la colonia francesa, termina en desastre cuando sus miembros son capturados y llevados hasta Blackland, una misteriosa ciudad en el desierto.

Los trabajos siguientes se publicaron como historias cortas y algunos han aparecido en varias colecciones.

1851. Les Premiers Navires de la Marine Mexicaine

(The First Ships of the Mexican Navy)

Fuera de la costa de México, el lugarteniente Martínez, José y otros socios reciben la orden de hacerse con dos buques de guerra españoles, pues su intención es vendérselos al gobierno de México. Cuando dos de

sus conspiradores desaparecen, Martínez y José cruzan velozmente el país para conseguir llegar a Ciudad de México e impedir que sus antiguos camaradas realicen individualmente la operación.

NOTA: Esta historia apareció inicialmente impresa junto a "Miguel Strogoff".

1852. Martin Paz

En Lima, el indio peruano Martín Paz está enamorado de la hija de Samuel, un hombre de negocios que está sólo interesado en conseguir una gran dote por la mano de su hija. En este momento, cuando los indios están luchando contra la dominación española, el interés de Martín por la muchacha puede servir para lograr la libertad de los indios.

1852. Les Châteaux en Californie ou Pierre qui roule n'amasse pas mousse

Una obra que muestra la fiebre del oro en California.

NOTA: Fue co-escrita con Pitre-Chevalier y nunca se publicó en forma del libro.

1864. Le Comte de Chanteleine: Un épisode de la révolution

En Bretaña hay un levantamiento contra el gobierno Republicano recientemente formado.

1865. Les Forceurs de blocus

James Playfair debe efectuar un asedio a Charleston, un puerto de Carolina del Sur, en un esfuerzo para conseguir suministros de algodón y rescatar al padre de una muchacha, prisionera de los Confederados.

NOTA: Esta historia incluía «*Une Ville Flottante*»

1879. Les Révoltés de la Bounty

(The Mutineers of the Bounty)

Una historia en forma documental que relata los hechos históricos del H.M.S y que sirvió para mejorar los viajes por mar de Gran Bretaña.

NOTA: Esta novela fue incluida después de *Los quinientos millones de la Bégun.*

1882. Dix Heures en chasse

Los ensayos y tribulaciones de un hombre (Jules Verne) que forma parte de una cacería con compañeros poco experimentados.

NOTA: Esta historia fue publicada después de *El rayo verde.*

1886. Fritt-Flacc

El Doctor Trifulgas no comprende que está arriesgando su propia vida cuando acude en ayuda de un amigo.

NOTA: Esta historia fue publicada después de *Un billete de lotería.*

1887. Gibraltar

La pequeña colonia inglesa de Gibraltar es atacada por los nativos.
NOTA: Esta historia fue publicada después de *El camino de Francia.*

1864. Edgar Allan Poe et ses oeuvres

Un ensayo que analiza los trabajos de Edgar Allan Poe.

1875. Une Ville Idéale

Una ciudad ideal *(An Ideal City)*

Julio Verne dirige una reunión en un pueblo de Amiens y les dice a los vecinos cómo prevé que será la ciudad de Amiens en el año 2000.

Novelas revisadas

Después de la muerte de Julio Verne, su hijo Michel revisó la mayoría de los manuscritos restantes y se dedicó a publicarlos junto a las novelas más conocidas. Pero Michel también reescribió algunas de sus incompletas obras, con más o menos fortuna. Incluso, escribió otras obras completamente nuevas, como *L'Agence Thompson y Cía* que se publicaron bajo el nombre de su padre. Todos los trabajos de Michel que fueron manipulados y transformados están clasificados ahora perfectamente.

Un Prêtre en 1835

21 capítulos. Escrito en 1846-1847.
850 notas por Christian Robin.

Un Prêtre en 1839

Revisado por Christian Robin.
252 páginas, 26 ilustraciones por Tardi.

Jédédias Jamet, historia de un suceso

3 capítulos con el último inacabado y dos páginas de notas al final de la novela.
Escrito en 1847.
5 ilustraciones de Tardi.

Viaje desde Inglaterra a Escocia

Voyage à reculons

48 capítulos, escritos al finalizar el invierno de 1859-1860.
Revisado por Christian Robin.
Aporta un mapa y 84 documentos contemporáneos.

Au de París el siècle XXe

17 capítulos, escritos en 1863.

Revisado por Piero Gondolo Riva en 1994.

217 páginas, 2 ilustraciones y una portada de François Schuiten).

L'Oncle Robinson

Se planeó en 3 partes y solamente hay escritas dos, de 24 capítulos cada una, escritas en 1870-1871.

Revisado por Christian Robin con la colaboración de Luce Courville, Jacques Davy y Claudine Sainlot. 251 páginas.

Le Beau Danube jaune

16 capítulos escritos en 1896-1897.

Editado por la Société Jules Verne en 1988.

167 páginas, 6 documentos, 1 mapa.

En Magellanie (Au Bout du monde)

16 capítulos escritos entre 1896 y 1899.

Editado por la Société Jules Verne en 1987.

197 páginas, 1 ilustración, 3 mapas.

Le Volcan d'or (Le Klondyke)

Dos volúmenes (15 y 14 capítulos), escritos en 1899-1900, y completados en 1902.

Versión original editada por la Société Jules Verne en 1989.

313 páginas, 8 documentos.

Le Secret de Wilhelm Storitz (L'Invisible, L'invisible Fiancée, Le Secret de Storitz)

19 capítulos escritos en 1901.

Boletín de la Société Jules Verne, número 74 (2.° trimestre de 1985).

172 páginas.

La Chasse au Météore (Le Bolide)

17 capítulos escritos en 1901.

170 páginas.

La versión original editada en Bruselas en 1994 contiene 304 páginas y 3 ilustraciones de George Roux.

Le Phare du bout du monde

15 capítulos escritos en 1902-1903.

Voyage d'études

4 capítulos y un 5.° incompleto, escrito en 1903-1904.

Editado en 1993, 211-260 páginas, 8 ilustraciones por Tardi.

Une Ville Saharienne
Encontrado en un archivo y escrito en 1904-1905.

Adolfo Pérez Agustí

LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DÍAS

CAPÍTULO PRIMERO

DE CÓMO PHILEAS FOGG Y PICAPORTE SE RECIBEN MUTUAMENTE EN CALIDAD DE AMO EL UNO Y CRIADO EL OTRO

En el año 1872, la casa número 7 de Saville Row, Burlington Gardens —donde murió Sheridan en 1814—, estaba habitada por Phileas Fogg, esq.[1], quien a pesar de que había tomado, al parecer, el partido de no hacer nada que pudiese llamar la atención, era uno de los más notables y singulares miembros del «Reform-Club» de Londres.

Por tanto, Phileas Fogg, personaje enigmático, y del cual sólo se sabía que era hombre muy galante y uno de los más cumplidos caballeros de la aristocracia inglesa, sucedía a uno de los más grandes oradores que honran a Inglaterra.

Decíase que tenía cierto parecido con Byron —su cabeza, se entiende, porque en cuanto a los pies, no tenía ningún defecto en ellos—; pero a un Byron de bigote y patillas, a un Byron impasible, que hubiera vivido mil años sin envejecer.

Phileas Fogg era inglés, ciertamente, pero acaso no había nacido en Londres. Nunca se le había visto en la Bolsa ni en el Banco, ni en ninguno de los despachos comerciales de la «City». Ni las dársenas ni los *docks* de Londres habían recibido jamás un navío cuyo armador fuese Phileas Fogg. Este caballero no figuraba en ningún Consejo de Administración. Su nombre nunca había sonado en un Colegio de Abogados, ni en el Temple, ni en Lincoln's Inn, ni en Grany's Inn. Nunca informó en la Audiencia del Canciller, ni en el Banco de la Reina, ni en el Echiquier, ni en los Tribunales eclesiásticos. No era ni industrial ni negociante, ni mercader ni agricultor. No era miembro del «Instituto Real de la Gran Bretaña», ni del «Instituto de Londres», ni del «Instituto de los Artistas», ni del «Instituto Rusel», ni del «Instituto Literario del Oeste», ni del «Instituto de Derecho», ni de ese «Instituto de las Ciencias y las Artes reunidas» que se halla bajo la protección de Su Graciosa Majestad. En fin, no pertenecía a ninguna de las numerosas Sociedades que desarrollan sus actividades en la capital de Inglaterra,

[1] Abreviatura de *esquire*, que significa caballero.

desde la «Sociedad de la Armónica» hasta la «Sociedad Entomológica», fundada principalmente para destruir los insectos nocivos.

Phileas Fogg era miembro del «Reform-Club», y nada más.

A quien se hubiese extrañado de que un caballero tan misterioso alternase con los miembros de tan digna asociación, se le podría haber respondido que entró en ella recomendado por los señores Baring hermanos. De aquí cierta reputación debida a la regularidad con que sus cheques eran pagados a la vista por el saldo de su cuenta corriente, que era invariablemente acreedor.

¿Era rico Phileas Fogg? Sin duda alguna. Cómo había realizado su fortuna, es lo que no podían decir los mejor informados, y para saberlo, el último a quien convenía dirigirse era al propio Mr. Fogg. En todo caso, aun cuando no prodigaba mucho, tampoco era avaro, porque en cualquier lugar donde faltase auxilio para una empresa noble, útil o generosa, solía prestarlo con sigilo y aun con el velo del anónimo.

Resumiendo: Encontrar algo que fuese menos comunicativo que este caballero era muy difícil. Hablaba lo menos posible, y parecía tanto más misterioso cuanto silencioso era. Llevaba su vida al día; pero siempre hacía lo mismo, de tan matemático modo, que la imaginación descontenta buscaba algo más allá.

¿Había viajado? Probablemente, porque conocía el mapamundi mejor que nadie. No había sitio, por oculto que pudiera estar, del que no pareciese tener un conocimiento especial. A veces, pero siempre en pocas, breves y claras palabras, rectificaba las mil versiones falsas que solían circular en el club acerca de viajeros perdidos o extraviados, indicaba las probabilidades que ofrecían mayores visos de realidad y a menudo sus palabras parecían haberse inspirado en una doble vista; de tal modo el suceso acababa siempre por justificarlas. Era un hombre que debía de haber viajado por todas partes, a lo menos de memoria.

Lo cierto era que desde hacía largos años Phileas Fogg no había salido de Londres. Quienes tenían el honor de conocerle más a fondo que los demás, atestiguaban que —excepción hecha del camino recorrido por él diariamente desde su casa al club—, nadie podía pretender haberle visto en otra parte. Su único pasatiempo era leer los periódicos y jugar al *whist*. Solía ganar en este silencioso juego, tan apropiado a su natural; pero sus beneficios jamás entraban en su bolsillo, y figuraban por una respetable suma en su presupuesto de beneficencia. Por lo demás —bueno es consignarlo—, Mr. Fogg, evidentemente, jugaba por jugar, no por ganar. Para él, el juego era un combate, una lucha contra una dificultad; pero lucha sin movimiento y sin fatigas, condiciones ambas que convenían mucho a su carácter.

Nadie sabía que tuviese mujer ni hijos —cosa que puede suceder a la persona más decente del mundo—, ni parientes ni amigos, lo que en verdad es algo más extraño. Phileas Fogg vivía solo en su casa de Saville-Row,

donde nadie penetraba. Apenas se ocupaba en las interioridades de su casa. Un solo criado le bastaba para su servicio. Almorzaba y comía en el club a horas cronométricamente fijadas, en el mismo comedor, en la misma mesa, sin tratarse nunca con sus colegas, sin convidar jamás a ningún extraño; sólo iba a su casa para acostarse a las doce en punto de la noche, sin hacer uso en ninguna ocasión de los cómodos dormitorios que el «Reform-Club» pone a disposición de los miembros del círculo. De las veinticuatro horas del día, pasaba diez en su casa; dedicadas al sueño o al tocado. Cuando paseaba, era invariablemente y con paso igual por el vestíbulo, que tenía mosaicos de madera en el pavimento, o por la galería circular coronada por una claraboya con vidrieras azules sostenidas por veinte columnas jónicas de pórfido rosa. Cuando almorzaba o comía, las cocinas y la lechería del club eran las que, con sus suculentas reservas, proveían su mesa; los camareros del club, graves personajes vestidos de negro y calzados con zapatos de suelas de fieltro, eran quienes le servían en una vajilla especial y sobre admirables manteles de lienzo sajón; la cristalería del club era la que contenía su jerez, su oporto o su clarete mezclado con canela, capilaria o cinamomo; en fin, el hielo del club —hielo traído de los lagos de América a costa de enormes desembolsos— conservaba sus bebidas en un satisfactorio estado de frialdad.

Si vivir en tales condiciones es lo que se llama ser excéntrico, deberemos convenir en que algo tiene de bueno la excentricidad.

Sin ser suntuosa, la casa de Saville-Row se recomendaba por su gran comodidad. Por lo demás, con los invariables hábitos del inquilino el servicio resultaba fácil. No obstante, Mr. Fogg exigía de su único criado una regularidad y una puntualidad extraordinarias. Aquel mismo día, 2 de octubre, Phileas Fogg había despedido a James Forster —por el enorme delito de llevarle el agua para afeitarse a 84 grados Fahrenheit en vez de 86—, y esperaba a su sucesor, que debía presentarse entre once y once y media.

Phileas Fogg, rectamente sentado en su butaca, los pies juntos como los de los soldados en posición de firmes, las manos sobre las rodillas, el cuerpo rígido, la cabeza erguida, veía girar el minutero del reloj, complicado aparato que marcaba las horas, los minutos, los segundos, los días y los años. Al dar las once y media, Mr. Fogg, según su costumbre cotidiana, debía abandonar su casa para dirigirse al «Reform-Club».

En aquel preciso instante llamaron a la puerta de la habitación que ocupaba Phileas Fogg.

El despedido James Foster apareció y dijo:

—El nuevo criado.

Un mozo de unos treinta años se dejó ver y saludó.

—¿Sois francés y os llamáis John? —le preguntó Phileas Fogg.

—Juan, si el señor no lo lleva a mal —respondió el recién llegado—; Juan Picaporte, apodo que me ha quedado y que justifica mi natural apti-

tud para salir de todo apuro. Creo ser honrado, aunque, a decir verdad, he tenido varios oficios. He sido cantor ambulante, artista de circo, donde daba el salto como Leotard y bailaba en la cuerda como Clopdin; luego, para hacer más útiles mis servicios, llegué a profesor de gimnasia, y, por último, era sargento de bomberos en París, y tengo en mi hoja de servicios algunos incendios notables. Pero hace cinco años abandoné Francia y queriendo experimentar la vida doméstica soy ayuda de cámara en Inglaterra. Estaba sin colocación, y habiendo sabido que el señor Phileas Fogg era el hombre más exacto y sedentario del Reino Unido, he venido a casa del señor, esperando vivir con alguna tranquilidad y olvidar hasta el apodo de Picaporte.

—Picaporte, me conviene —replicó Mr. Fogg—. Me ha sido usted recomendado. Poseo buenos informes sobre su conducta. ¿Conoce mis condiciones?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Qué hora tiene?

—Las once y veintidós —respondió Picaporte, sacando de las profundidades del bolsillo de su chaleco un enorme reloj de plata.

—Va usted retrasado.

—Perdóneme el señor, pero es imposible.

—Va retrasado cuatro minutos. No importa, basta con hacer constar la diferencia. Desde este momento, las once y veintinueve de la mañana, hoy miércoles, 2 de octubre de 1872, entra usted a mi servicio.

Dicho esto, Phileas Fogg se levantó, tomó su sombrero con la mano izquierda, lo colocó en su cabeza mediante un movimiento automático, y desapareció sin pronunciar una palabra más.

Por primera vez, Picaporte oyó el ruido de la puerta que se cerraba; era su nuevo amo que salía; luego escuchó el mismo ruido por segunda vez: era James Forster, que salía también.

Picaporte se quedó solo en la casa de Saville-Row.

CAPÍTULO II

DE CÓMO PICAPORTE ENCUENTRA, AL FIN, SU IDEAL

A fe mía —decía para sí Picaporte, aturdido al principio—, he conocido en casa de Madame Tussaud personajes tan vivos como mi nuevo amo.

Conviene saber que los personajes de Madame Tussaud son unas figuras de cera muy visitadas, y a las cuales no les falta más que hablar.

Durante los breves instantes en que Picaporte había examinado a su futuro amo, pudo entrever a Phileas Fogg, rápida, pero cuidadosamente. Era un hombre que podría tener unos cuarenta años, de figura noble y arrogante, alto de estatura, sin que le afease cierta ligera obesidad; de pelo rubio, frente tersa y sin arrugas en las sienes, rostro más bien pálido que sonrosado y magnífica dentadura. Parecía poseer en grado sumo eso que los fisonomistas llaman «el reposo en la acción», facultad común a cuantos hacen más trabajo que ruido. Sereno, flemático, pura la mirada, inmóvil el párpado, era el tipo acabado de esos ingleses de sangre fría que suelen hallarse frecuentemente en el Reino Unido, y cuya actitud algo académica ha sido reproducida con toda maestría por el pincel de Angélica Kauffmann. Visto en los diferentes actos de su existencia, este caballero despertaba la idea de un ser bien equilibrado en todas sus partes, proporcionado con precisión, y tan exacto como un cronómetro de Leroy o de Earnshaw.

Porque, en efecto, Phileas Fogg era la exactitud personificada, lo que se veía bien en la expresión de sus pies y de sus manos, pues en el hombre, como en los animales, los miembros mismos son órganos expresivos de las pasiones.

Phileas Fogg era de esas personas matemáticamente exactas, jamás precipitadas y siempre dispuestas a economizar sus pasos y sus movimientos. Atajando siempre, nunca daba un paso de más. No perdía una mirada dirigiéndola al techo. No se permitía ningún gesto superfluo. Jamás se le vio alterado ni conmovido. Era el hombre menos apresurado del mundo, mas siempre llegaba a tiempo. Pero, desde luego, se comprenderá que tenía que vivir solo y, por decirlo así, aislado de toda relación social. Sabía que en la vida hay que emplear mucho el razonamiento, y como el razonamiento entorpece, no se rozaba con nadie.

En cuanto a Juan, alias Picaporte, verdadero parisiense, durante los cinco años que había habitado en Inglaterra desempeñando el cargo de ayuda de cámara, en vano había tratado de hallar un amo de quien pudiera encariñarse.

Picaporte no era, por cierto, uno de esos Frontines o Mascariflos[1] que, altos los hombros y la cabeza, descarado y seco el mirar, no son sino unos bellacos insolentes; no, Picaporte era un guapo chico, de amable rostro y labios salientes, siempre dispuesto a saborear o a acariciar; un ser apacible y servicial, con una de esas cabezas redondas y bonachonas que siempre agrada encontrar sobre los hombros de un amigo. Tenía los ojos azules, animado el color, la cara lo bastante gruesa para poder verse sus propios pómulos, ancho el pecho, fuertes las caderas, vigorosa la musculatura y con una fuerza hercúlea que los ejercicios de su juventud habían desarrollado perfectamente. Sus cabellos castaños estaban algo enredados. Si los antiguos escultores conocían dieciocho modos distintos de arreglar la cabeza de Minerva, para componer la suya, Picaporte sólo conocía uno: con tres pases de batidor estaba peinado.

Decir si el genio expansivo de este muchacho podía avenirse con el de Phileas Fogg, es cosa que la prudencia más elemental prohíbe. ¿Sería Picaporte ese criado exacto hasta la precisión que convenía a su dueño? La práctica lo demostraría. Después de haber tenido, como ya sabemos, una juventud algo vagabunda, aspiraba al reposo. Había oído ensalzar el metodismo inglés y la proverbial frialdad de los *gentlemen* y marchó a probar fortuna a Inglaterra. Pero hasta el momento la fortuna le había sido adversa. En ninguna parte pudo echar raíces. Estuvo en diez casas, y en todas ellas los amos eran caprichosos, desiguales, amigos de correr aventuras o de recorrer países, cosas todas ellas que ya no podían convenir a Picaporte. Su último señor, el joven Lord Longsferry, miembro del Parlamento, después de pasar las noches en los *oysterooms*[2] de May-Marquet, muy a menudo volvía a su casa sobre los hombros de los *policemen.* Queriendo Picaporte principalmente respetar a su amo, arriesgó algunas respetuosas observaciones, que fueron mal recibidas, y rompió con él. Por entonces supo que Phileas Fogg, esq., buscaba criado y tomó informes acerca de este caballero. Un personaje cuya existencia era tan singular —que no dormía fuera de su casa, que no viajaba, que nunca, ni siquiera un día, se ausentaba— no podía sino convenirle. Se presentó y fue admitido en las circunstancias que ya conocemos.

A las once y media dadas, Picaporte se hallaba solo en la casa de Saville-Row. Inmediatamente comenzó a examinarla, recorriendo desde la cueva al tejado; y esta casa amplia, arreglada, severa, puritana, bien organizada para

[1] *Frontin.* Personaje del antiguo teatro francés. Era un criado audaz, insolente y replicón, que dirigía los placeres y aventuras de su amo. Este papel ha desaparecido ya de la escena.

Mascarillo. Tipo semejante al anterior en la comedia italiana.

[2] Lugares llamados así, donde se sirven ostras príncipes.

el servicio, le agradó. Le produjo la impresión de una cáscara de caracol alumbrada y calentada con gas, porque el hidrógeno carburado bastaba a todas las necesidades de luz y calor. Sin gran trabajo, Picaporte halló en el piso segundo la habitación que le estaba destinada. Le convino. Timbres eléctricos y tubos acústicos le ponían en comunicación con los aposentos del entresuelo y del principal. Sobre la chimenea había un reloj eléctrico en correspondencia con el que Phileas Fogg tenía en su dormitorio, y así ambos cronómetros marcaban el mismo segundo simultáneamente.

—No me disgusta, no me disgusta —se decía Picaporte.

También encontró en su cuarto una nota colocada encima del reloj. Era el programa del servicio diario. Comprendía, desde las ocho de la mañana, hora reglamentaria en que se levantaba Phileas Fogg, hasta las once y media, en que salía de su casa para ir a almorzar al «Reform-Club», todos los pormenores del servicio, el té y los picatostes a las ocho y veintitrés, el agua caliente para afeitarse a las nueve y treinta y siete, el peinado a las diez menos veinte, etcétera. A continuación, desde las once y media de la mañana hasta las doce de la noche, instante en que el metódico caballero se acostaba, todo estaba anotado, previsto, regularizado. Picaporte pasó un rato feliz considerando este programa y grabando en su mente los diversos artículos que contenía.

En cuanto al guardarropa del señor, estaba perfectamente arreglado y maravillosamente provisto. Cada pantalón, levita o chaleco tenía su número de orden, reproducido en un libro de entrada y salida, donde se indicaba la fecha en que, según la estación, debía ser llevada cada prenda; reglamentación que se hacía extensiva al calzado.

Por último, anunciaba un apacible desahogo en esta casa de Saville-Row —casa que debía haber sido el templo del desorden en la época del ilustre pero capruloso Sheridan— la delicadeza con que estaba amueblada. No había ni biblioteca ni libros, que hubieran sido inútiles para Mr. Fogg, puesto que el «Reform-Club» ponía a su disposición dos bibliotecas, consagradas una a la literatura y otra al Derecho y a la política. En el dormitorio había una arca de hierro de regular tamaño, cuya especial construcción la ponía fuera del alcance de los peligros de incendio y robo. En la casa no se veían armas ni otros utensilios de caza o de guerra. Todo indicaba los hábitos más pacíficos.

Tras haber examinado detenidamente esta vivienda, Picaporte se frotó las manos, su redonda cara se ensanchó y exclamó con alegría:

—¡No me disgusta! ¡Ya di con lo que me convenía! Mr. Fogg y yo nos entenderemos admirablemente. ¡Un hombre casero y arreglado! ¡Una verdadera máquina! No me disgusta servir a una máquina.

CAPÍTULO III

DE CÓMO SE ENTABLÓ UNA CONVERSACIÓN QUE PODÍA COSTAR CARA A PHILEAS FOGG

Phileas Fogg había abandonado su casa de Saville-Row a las once y media, y después de haber colocado quinientas setenta y cinco veces el pie derecho delante del izquierdo y quinientas setenta y seis el izquierdo delante del derecho, llegó al «Reform-Club», vasto edificio construido en Pall Mall, cuyo coste no bajaba de tres millones.

Phileas Fogg pasó inmediatamente al comedor, con sus nueve ventanas que daban a un jardín con árboles ya dorados por el otoño. Sentóse a la mesa de costumbre puesta ya para él. Su almuerzo se componía de *hors d'œuvres,* pescado cocido sazonado con una *reading sauce,* de primera elección, *rosbif* escarlata salpicado de *mushroom*[1], torta rellena con tallos de ruibarbo y grosellas verdes, y un pedazo de Chester, rociado todo con algunas tazas de excelente té, especialmente cosechado para el «Reform-Club».

A las doce y cuarenta y siete de la mañana, Mr. Fogg abandonó la mesa y se dirigió al gran salón, suntuoso aposento, adornado con pinturas colocadas en lujosos marcos. Allí, un criado le entregó el *Times* con las hojas sin cortar, y Phileas Fogg se dedicó a desplegarlo con una seguridad tal, que denotaba, desde luego, la práctica más extremada en esta difícil operación. La lectura del periódico ocupó a Phileas Fogg hasta las tres y cuarenta y cinco; la del *Standard,* que sucedió a aquél, duró hasta la hora de la comida, que efectuó en iguales condiciones que el almuerzo, si bien con el aditamento de *royal british sauce.*

A las seis menos veinte, el caballero presentóse de nuevo en el gran salón y se abstrajo en la lectura del *Morning Chronicle.*

Media hora más tarde, fueron llegando varios miembros del «Reform-Club», quienes se acercaron a la chimenea encendida con carbón de piedra. Eran los compañeros habituales de juego de Mr. Phileas Fogg, decididamente aficionados al *whist* como él: el ingeniero Andrés Stuart, los banqueros John Sullivan y Samuel Fallentin, el fabricante de cerveza Tomás

[1] Setas

Flanagan y Gualterio Ralph, uno de los administradores del Banco de Inglaterra, personajes ricos y considerados en aquel mismo club, que contaba entre sus miembros lo más preeminente de la Industria y de la Banca.

—Dígame, Ralph —preguntó Tomás Flanagan— ¿a qué altura se encuentra ese robo?

—Pues bien —le respondió Andrés Stuart—, el Banco perderá su dinero.

—Al contrario —replicó Gualterio Ralph—, espero que se logrará detener al autor del robo. Se han enviado los más hábiles inspectores de Policía a todos los principales puertos de América y Europa, y a ese caballero le será muy difícil escapar.

—Pero qué, ¿se conoce la filiación del ladrón? —preguntó Andrés Stuart.

—Ante todo, no es un ladrón —respondió Gualterio Ralph con la mayor formalidad.

—Cómo, ¿no es un ladrón el individuo que sustrae cincuenta y cinco mil libras en billetes del Banco? (Dos millones de pesetas al cambio actual.)

—No —respondió Gualterio Ralph.

—¿Es, quizás, un industrial? —aventuró John Sullivan.

—El *Morning Chronicle* asegura que es un *gentleman.*

Quien daba esta respuesta no era otro que Phileas Fogg, cuya cabeza descollaba entonces entre aquel mar de papel amontonado a su alrededor. Al mismo tiempo, Phileas Fogg saludó a sus compañeros, quienes le devolvieron la cortesía.

El suceso de que se trataba, y acerca del cual los distintos periódicos del Reino Unido discutían acaloradamente, había ocurrido tres días antes, el 29 de setiembre. Un paquete de billetes de Banco, que formaba la enorme cantidad de cincuenta y cinco mil libras esterlinas, había sido sustraído de la mesa del cajero principal del Banco de Inglaterra.

A cuantos se admiraban de que un robo tan considerable hubiera podido realizarse tan fácilmente, el subgobernador, Gualterio Ralph, se limitaba a responderles que en aquel mismo instante el cajero se ocupaba en el asiento de una entrada de tres chelines, seis peniques, y que no se puede atender a todo.

Pero conviene hagamos observar, y esto da más fácil explicación al hecho, que el Banco de Inglaterra parece se desvive por demostrar al público la alta idea que tiene de su dignidad. No hay guardianes, ni ordenanzas, ni redes de alambre. El oro, la plata y los billetes están expuestos libremente, y, por decirlo así, a disposición del primero que llegue. En efecto, sería indigno sospechar lo más mínimo acerca de la caballerosidad de cualquier transeúnte. Tanto es así, que aún se llega a referir el siguiente hecho por uno de los más notables observadores de las costumbres inglesas: En una de las salas del Banco donde se encontraba un día, tuvo curiosidad por ver de cerca una barra de oro de siete a ocho libras de peso que estaba

expuesta en la mesa del cajero, y para satisfacer aquel deseo tomó la barra, la examinó, se la dio a su vecino, éste a otro, y así, pasando de mano en mano, la barra llegó hasta el final de un oscuro pasillo, tardando media hora en volver a su primitivo sitio, sin que durante este tiempo el cajero hubiera levantado siquiera la cabeza.

No obstante, el 29 de septiembre, las cosas no sucedieron exactamente del mismo modo. El paquete de billetes de Banco no volvió, y cuando el magnífico reloj colocado sobre el *drawing-office* dio las cinco, hora en que debía cerrarse el despacho, el Banco de Inglaterra no tenía más recurso que sentar cincuenta y cinco mil libras esterlinas en la cuenta de ganancias y pérdidas.

Ya reconocido el robo con toda formalidad, agentes y «detectives», seleccionados entre los más hábiles, fueron enviados a los puertos principales, a Liverpool, Glasgow, Suez, Brindisi, Nueva York, etcétera, bajo la promesa, en caso de éxito, de una prima de dos mil libras y el cinco por ciento de la suma que se recuperase. La misión de estos inspectores se reducía a observar escrupulosamente a los viajeros que se iban o que llegaban, hasta adquirir noticias que pudieran suministrar la pista para actuar sin demora alguna.

Y precisamente, según decía el *Morning Chronicle*, había motivos para suponer que el autor del robo no pertenecía a ninguna de las sociedades de ladrones de Inglaterra. Se había observado que durante aquel día, 29 de septiembre, se paseaba por la sala de pagos, teatro del robo, un caballero bien portado, de buenos modales y aire distinguido. Las investigaciones habían permitido reunir con bastante exactitud las señas de ese caballero, y al punto fueron transmitidas a todos los «detectives» del Reino Unido y del continente. Algunas buenas almas, y entre ellas Gualterio Ralph, creían con fundamento que el ladrón no lograría escapar de la red tendida con tanta habilidad.

Como es fácil presumir, este suceso estaba a la orden del día en Londres y en toda la Gran Bretaña. Se discutía y se tomaba parte en pro y en contra de las probabilidades de éxito de la Policía metropolitana. Nadie extrañará, pues, que los miembros del «Reform-Club» tratasen la misma cuestión, con tanto más motivo cuanto que entre ellos se hallaba uno de los subgobernadores del Banco.

El honorable Gualterio Ralph no quería dudar del resultado de las investigaciones, y afirmaba que la prima ofrecida avivaría extraordinariamente el celo y la inteligencia de los agentes. Pero su colega Andrés Stuart distaba mucho de abrigar la misma confianza. La discusión continuó, por tanto, entre aquellos caballeros que se habían sentado en la mesa de *whist*, Stuart delante de Flanagan y Fallentin enfrente de Phileas Fogg. Durante el juego, los jugadores no hablaban, pero entre los robos, la conversación interrumpida adquiría más animación.

—Sostengo —saltó Andrés Stuart— que la probabilidad está a favor del ladrón, que sin duda alguna ha de ser un hombre sagaz.

—¡Quite allá! —respondió Ralph—. Sólo hay un país en donde pueda refugiarse.

—¡Tendría que ver!

—¿Y a dónde quiere que vaya?

—Lo ignoro —le respondió Andrés Stuart—, pero me parece que la Tierra es muy grande.

—Antes sí lo era... —dijo a media voz Phileas Fogg; añadiendo después y presentando las cartas a Tomás Flanagan—: A usted le corresponde cortar.

La discusión se suspendió durante el breve tiempo que duró el descarte, pero no tardó en proseguirla Andrés Stuart, diciendo:

—¡Cómo que antes! ¿Acaso nuestro planeta ha empequeñecido?

—Sin duda que sí —respondió Gualterio Ralph—. Opino como Mr. Fogg. La Tierra ha empequeñecido, puesto que se recorre hoy diez veces más aprisa que hace un siglo. Y esto es lo que, en el caso que nos ocupa, hará que las pesquisas sean más rápidas.

—Y que el ladrón se escape con más facilidad también.

—Le toca jugar a usted —dijo Phileas Fogg.

Pero el incrédulo Stuart no estaba convencido, y dijo al acabarse la partida:

—Hay que reconocer que ha encontrado usted un chistoso modo de decir que la Tierra se ha empequeñecido. Así, pues, ahora se le da la vuelta en tres meses...

—En tres meses, no; en ochenta días tan sólo —afirmó Phileas Fogg.

—En efecto, señores —añadió John Sullivan—; ochenta días, desde que la sección entre Rothal y Allahabad ha sido abierta en el *Great Indian Peninsular Railway*, y he aquí el cálculo establecido por el *Morning Chronicle:*

	Días
De Londres a Suez por el Monte Cenis y Brindisi, ferrocarril y vapores	7
De Suez a Bombay, vapores	13
De Bombay a Calcuta, ferrocarril	3
De Calcuta a Hong-Kong (China), vapores	13
De Hong-Kong a Yokohama (Japón), vapor	6
De Yokohama a San Francisco, vapor	22
De San Francisco a Nueva York, ferrocarril y carretera	7
De Nueva York a Londres, vapor y ferrocarril	9
Total	80

—¡Sí, ochenta días! —exclamó Andrés Stuart, que inadvertidamente cortó una carta mayor—. Aunque sin tener en cuenta el mal tiempo, los vientos contrarios, los naufragios, los descarrilamientos, etcétera.

—Contando con todo —respondió Phileas Fogg, siguiendo su juego porque la discusión ya no respetaba *el whist.*

—¡Pero si los indios o los indostanos quitan los raíles! —exclamó Andrés Stuart—. ¡Si detienen los trenes, saquean los furgones y descuartizan a los viajeros!

—Contando con todo —repitió Phileas Fogg, quien, tendiendo su juego, añadió—: Dos triunfos mayores.

Andrés Stuart, a quien correspondía dar, recogió las cartas, diciendo:

—Teóricamente tiene usted razón, señor Fogg; pero en la práctica...

—En la práctica también, mi señor Stuart.

—Quisiera verlo.

—Sólo depende de usted. Partamos juntos.

—¡Líbreme Dios! Pero bien apostaría cuatro mil libras a que semejante viaje, hecho en esas condiciones, es imposible.

—Muy posible, por el contrario —insistió Fogg.

—Pues bien, hágalo.

—¿La vuelta al mundo en ochenta días?

—Sí.

—No hay inconveniente.

—¿Cuándo?

—En seguida. Le prevengo solamente que lo haré a su costa.

—¡Es una locura! —exclamó Andrés Stuart, que empezaba a inquietarse por la insistencia de su compañero de juego—. Más vale que sigamos jugando.

—Entonces, vuelva a dar, porque lo ha hecho usted mal.

—Pues bien, sí, Mr. Fogg, apuesto cuatro mil libras...

—Amigo Stuart —dijo Fallentin—, cálmese. Esto no es formal.

—Cuando dije que apostaba —respondió Stuart—, era formalmente.

—Aceptado —dijo Fogg; y, volviéndose hacia sus compañeros añadió—: Tengo veinte mil libras depositadas en casa de «Baring, Hermanos». Gustosamente las arriesgaría en esa apuesta.

—¡Veinte mil libras! —exclamó John Sullivan—. ¡Veinte mil libras, que cualquier tardanza imprevista le puede hacer perder!

—No existe lo imprevisto —respondió Phileas Fogg, sencillamente.

—¡Pero, Mr. Fogg, ese plazo de ochenta días sólo está calculado como mínimo!

—Un mínimo bien empleado basta para todo.

—¡Pero a fin de aprovecharlo, es indispensable saltar matemáticamente de los ferrocarriles a los vapores, y de éstos a aquéllos.

—Saltaré matemáticamente.

—¡Es una broma!

—Un buen inglés no se chancea jamás cuando se trata de cosa tan formal como una apuesta —respondió Phileas Fogg—. Apuesto veinte mil libras contra quien quiera a que daré la vuelta al mundo en ochenta días, o menos, esto es, en mil novecientas horas, o ciento quince mil doscientos minutos. ¿Aceptan ustedes?

—Aceptamos —respondieron los señores Stuart, Fallentin, Sullivan, Flanagan y Ralph, después de haberse puesto de acuerdo.

—Bien —dijo Fogg—. El tren de Dover sale a las ocho y cuarenta y cinco. Lo tomaré.

—¿Esta misma noche? —preguntó Stuart.

—Esta misma noche —contestó Phileas Fogg—. Por tanto —añadió, consultando un calendario de bolsillo—, puesto que hoy es miércoles, 2 de octubre, deberé estar de vuelta en Londres, en este mismo salón del «Reform-Club», el sábado, 21 de diciembre, a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche, sin lo cual las veinte mil libras depositadas en casa de «Baring, Hermanos» les pertenecerán de hecho y de derecho, señores. He aquí un talón extendido por esa suma.

Fue levantada acta de la apuesta, firmando los seis interesados. Phileas Fogg había permanecido sereno. Ciertamente no había apostado para ganar, y no había comprometido las veinte mil libras, la mitad de su fortuna, sino porque preveía que tendría que gastar la otra mitad para triunfar en ese difícil, por no inejecutable, proyecto. En cuanto a sus adversarios, parecían conmovidos, no por el valor de la apuesta, sino porque tenían reparo en luchar con ventaja.

Daban entonces las siete y se ofreció a Mr. Fogg la suspensión del juego para que pudiera hacer sus preparativos de marcha.

—¡Yo siempre estoy preparado! —respondió el impasible *gentleman;* y dando las cartas, exclamó—: El triunfo es oros. A usted le toca jugar, señor Stuart.

CAPÍTULO IV

DONDE PHILEAS FOGG DEJA ESTUPEFACTO A SU CRIADO PICAPORTE

A las siete y veinticinco, Phileas Fogg, después de haber ganado unas veinte guineas al *whist,* se despidió de sus honorables colegas y abandonó el «Reform-Club». A las siete y cincuenta abría la puerta de su casa y entraba.

Picaporte, que había estudiado su programa concienzudamente quedó sorprendido al ver a Mr. Fogg culpable de inexactitud, acudiendo a tan inusitada hora, pues, según la nota, el inquilino de Saville-Row no debía regresar hasta medianoche.

Phileas Fogg subió a su cuarto, y luego llamó:

—Picaporte.

Éste no respondió, porque no creyó que pudieran llamarle. No era la hora.

—Picaporte —repitió Mr. Fogg, sin gritar más que antes.

El criado apareció.

—Es la segunda vez que le llamo —dijo el señor Fogg.

—Pero no son las doce —respondió Picaporte sacando el reloj.

—Lo sé, y no le reconvengo. Dentro de diez minutos partimos para Dover y Calais.

En el rostro redondo del francés apareció una especie de mueca. Era evidente que había oído mal.

—¿El señor va a viajar? —preguntó.

—Sí —respondió Phileas Fogg—. Vamos a dar la vuelta al mundo.

Con los ojos excesivamente abiertos, los párpados y las cejas en alto, los brazos sueltos y el cuerpo abatido Picaporte ofrecía entonces todos los síntomas del asombro llevado hasta el estupor.

—¡La vuelta al mundo! —dijo entre dientes.

—En ochenta días —respondió Mr. Fogg—. No tenemos un segundo que perder.

—¿Y el equipaje...? —dijo Picaporte, que movía inconscientemente la cabeza de derecha a izquierda y viceversa.

—No hay equipaje. Sólo un saco de viaje. Dentro, dos camisas de lana, tres pares de medias, y lo mismo para usted. Ya compraremos por el cami-

no. Bajará mi *mackintosh* y mi manta de viaje. Lleve buen calzado. Por lo demás, andaremos poco o nada. Vamos.

Picaporte hubiera querido responder, mas no pudo. Salió del cuarto de Mr. Fogg, subió al suyo, cayó sobre una silla y empleando una frase vulgar de su país, dijo para sí:

—¡Esta sí que es! ¡Yo que quería tranquilidad!

Y maquinalmente hizo su preparativo de viaje. ¡La vuelta al mundo en ochenta días! ¿Estaría loco su amo? No... ¿Sería broma? Si iban a Dover, bien. A Calais, conforme. En suma, esto no podría contrariar al buen muchacho, que no había pisado el suelo de su patria en cinco años. Tal vez se llegaría hasta París, y ciertamente volvería a ver con gusto la gran capital, porque un caballero tan economizador de sus pasos se detendría allí... Sí, indudablemente; ¡pero no era menos cierto que partía, que se movía, ese *gentleman,* tan casero hasta entonces!

A las ocho, Picaporte había preparado el modesto saco que contenía su ropa y la de su amo; después, perturbado aún de espíritu, salió del cuarto, cerró la puerta con sumo cuidado y se reunió con Mr. Phileas Fogg.

Éste ya estaba dispuesto. Llevaba debajo del brazo el *Brad-shaw's Continental Railway Steam Transit and general Guide,* que debía suministrarle todas las indicaciones necesarias para el viaje. Tomó el saco de manos de Picaporte, lo abrió y metió en él un paquete de esos bellos billetes de Banco que corren en todos los países.

—¿No ha olvidado usted nada? —preguntó.

—Nada, señor.

—¿Mi *mackinstosh* y mi manta?

—Aquí están.

—Bueno; tome este saco.

Mr. Fogg entregó el saco a Picaporte.

—Y cuídelo —añadió—. Hay dentro veinte mil libras.

Por poco se escapó el saco de manos de Picaporte, como si las veinte mil libras hubieran sido de oro y pesado con liberalidad.

El amo y el criado bajaron entonces, y la puerta de la calle fue cerrada con doble vuelta.

A la extremidad de Saville-Row había una parada de coches. Phileas Fogg y su criado montaron en un *cab,* el cual se dirigió rápidamente a la estación de Charing Cross, donde acaba uno de los ramales del *South-Eastern Railway*[1].

A las ocho y veinte, el *cab* se detuvo ante la verja de la estación. Picaporte se apeó. Su amo le siguió y pagó al cochero.

En aquel momento, una pobre mendiga con un niño de la mano, con los pies descalzos en el lodo, cubierta con un sombrero deteriorado, del

[1] Ferrocarril del Sudeste.

cual colgaba una pluma lamentable, y con un chal hecho jirones sobre sus andrajos, se acercó a Mr. Fogg y le pidió limosna.

Mr. Fogg sacó del bolsillo las veinte guineas que acababa de ganar al *whist* y, dándoselas a la mendiga, le dijo:

—Tome, buena mujer, me alegro de haberla encontrado.

Y pasó de largo.

Picaporte tuvo como una sensación de humedad en sus pupilas. Su amo acababa de dar un paso dentro de su corazón.

Mr. Fogg y él penetraron en la gran sala de la estación. Allí, Phileas Fogg dio a Picaporte la orden de adquirir dos billetes de primera para París y después, al volverse, se encontró con sus cinco amigos del «Reform-Club».

—Señores, me voy; y como he de visar mi pasaporte en distintos lugares, eso les servirá a ustedes para comprobar mi itinerario.

—¡Oh!, Mr. Fogg —respondió cortésmente Gualterio Ralp—, es innecesario. ¡Nos bastará su palabra de caballero!

—Más vale así —dijo Mr. Fogg.

—No olvide usted que deberá estar de vuelta... —observó Andrés Stuart.

—Dentro de ochenta días —respondió Mr. Phileas Fogg—, el sábado, 21 de diciembre de 1872, a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche. Hasta la vista, señores.

A las ocho y cuarenta, Phileas Fogg y su criado tomaron asiento en el mismo departamento. A las ocho y cuarenta y cinco resonó un silbido, y el tren emprendió la marcha.

La noche estaba oscura. Caía una lluvia menuda. Phileas Fogg, arrellanado en su rincón, no hablaba. Picaporte, atolondrado aún, oprimía maquinalmente contra su pecho el saco con los billetes de Banco, preocupado por aquella responsabilidad que le caía encima.

Pero el tren no había pasado aún de Sydenham, cuando Picaporte lanzó un verdadero grito de desesperación.

—¿Qué es eso? —preguntó Mr. Fogg.

—Que... en mi precipitación..., en mi turbación..., he olvidado...

—¿Qué?

—¡Apagar el gas de mi cuarto!

—Pues bien, muchacho —respondió fríamente Mr. Fogg—; seguirá ardiendo por cuenta de usted.

CAPÍTULO V

DONDE APARECE UN VALOR NUEVO EN LA PLAZA DE LONDRES

Al dejar Londres, Phileas Fogg no sospechaba, sin duda, el gran ruido que su partida iba a provocar. La noticia de la apuesta se extendió primero en el «Reform-Club» y produjo una verdadera emoción entre los miembros de aquel respetable círculo. Luego, esta emoción pasó del club a los periódicos por la vía de los reporteros, y de los periódicos al público de Londres y de todo el Reino Unido.

Esta cuestión de la vuelta al mundo se comentó, se discutió, se examinó con la misma pasión y el mismo ardor que si se hubiese tratado de otro negocio del *Alabama.* Unos se convirtieron en partidarios de Phileas Fogg; otros —que pronto formaron una mayoría considerable— se pronunciaron contra él. Realizar semejante vuelta al mundo de otra suerte que en teoría o sobre el papel, en ese mínimo de tiempo, con los actuales medios de comunicación, no era no solamente imposible, sino insensato.

El *Times,* el *Standard,* el *Evening Star,* el *Morning Chronicle* y veinte periódicos más de los de mayor circulación, se declararon contra el señor Fogg. Tan sólo *el Daily Telegraph* le defendió hasta cierto punto. Phileas Fogg fue tratado de maniático y loco y a sus colegas del «Reform-Club» se les criticó por haber admitido semejante apuesta, que acusaba debilidad en las facultades mentales de su autor.

Acerca del asunto se publicaron varios artículos apasionados en extremo. Todo el mundo sabe el interés que se dispensa en Inglaterra a cuanto se relaciona de cerca o de lejos con la geografía. Así es que no había lector, cualquiera que fuese la clase a que perteneciese, que no devorase las columnas consagradas al caso de Phileas Fogg.

Durante los primeros días, algunos atrevidos —las mujeres principalmente— se inclinaron por él, sobre todo cuando el *Illustrated London News* publicó su retrato, tomado de una fotografía depositada en los archivos del «Reform-Club». Ciertos caballeros se atrevían a decir: «¿Y por qué no había de suceder? Cosas más extraordinarias se han visto.» Éstos solían ser los lectores del *Daily Telegraph.* Pero pronto se advirtió que aun ese mismo periódico comenzaba a enfriarse.

En efecto, un extenso artículo publicado el 7 de octubre en el *Boletín de la Real Sociedad de Geografía* trató la cuestión en todos los aspectos y demostró claramente la locura de la empresa. Según este artículo, el viajero lo tenía todo en su contra: obstáculos humanos y obstáculos naturales. Para que el disparatado proyecto pudiese alcanzar éxito era necesario admitir una concordancia maravillosa en las horas de llegada y de salida, concordancia que no existía ni existiría jamás. En Europa, donde las distancias son cortas relativamente, se puede en rigor contar con que los trenes llegarán a hora fija. Pero cuando tardan tres días en atravesar la India y siete en cruzar los Estados Unidos, ¿podían fundarse sobre su exactitud los elementos de semejante problema? ¿Y las averías en las locomotoras, los descarrilamientos, los choques, los temporales y la acumulación de nieves? ¿No parecía presentarse todo contra Phileas Fogg? ¿Acaso en los vapores no podría encontrarse durante el invierno expuesto a los vientos o a las brumas? ¿Es tal vez extraño que los más rápidos andadores de las líneas transoceánicas experimenten retrasos de dos y tres días? Y bastaba con un solo retraso, con uno solo, para que la cadena de las comunicaciones sufriese una ruptura irreparable. Si Phileas Fogg faltaba, aunque tan sólo fuese por algunas horas, a la salida de algún vapor, se vería obligado a esperar el siguiente, y por este solo motivo su viaje se vería comprometido irrevocablemente.

Este artículo tuvo mucho éxito. Lo reprodujeron casi todos los periódicos, y las acciones de Phileas Fogg bajaron de un modo considerable.

Durante los primeros días que siguieron a la partida de Mr. Fogg, se habían empeñado importantes sumas sobre lo aleatorio de su empresa. Sabido es que el mundo de los apostadores de Inglaterra es mucho más inteligente y elevado que el de los jugadores. Apostar es el temperamento inglés. Por eso, no tan sólo fueron los individuos del «Reform-Club» quienes cruzaron apuestas considerables en pro o en contra de Phileas Fogg, sino entre la masa del público se cruzaron buena parte de ellas. Como los caballos de carreras, Phileas Fogg fue inscrito en una especie de *studbook*[1]. Quedó convertido en valor de Bolsa y se cotizó en la plaza de Londres. Se pedía y se ofrecía el Phileas Fogg en firme o en plazo, y se hacían enormes negocios. Pero cinco días después de su salida, el artículo del *Boletín de la Sociedad de Geografía* intensificó el número de ofertas. El Phileas Fogg bajó y llegó a ser ofrecido por paquetes. Tomado primero a cinco, luego a diez, ya no se tomó sino a uno por veinte, por cincuenta y aun por ciento.

Sólo conservó un partidario, el viejo paralítico Lord Albemarle. El honorable *gentleman*, clavado en su butaca, hubiera dado su fortuna gustosamente por poder hacer el mismo viaje aunque fuera en diez años, y apostó cuatro mil libras en favor de Phileas Fogg. Y cuando al propio tiempo le demostraban lo necio e inútil del proyecto, limitábase a responder:

[1] Cartel o registro.



—Si la cosa es factible, bueno será que sea inglés quien primero la lleve a término.

Entretanto, los partidarios de Phileas Fogg se iban reduciendo en número; todo el mundo, y no sin razón, se volvía contra él; ya no lo tomaban sino a uno por ciento cincuenta, y hasta por doscientos, cuando siete días después de su marcha un incidente completamente inesperado hizo que no se le quisiera ya a ningún precio.

En efecto, durante aquel día, a las nueve de la noche, el director de la Policía metropolitana recibió un despacho telegráfico concebido así:

«Suez a Londres.

Rowan, director Policía, Administración Central, Scotland Yard.

Sigo al ladrón del Banco, Phileas Fogg. Envíen sin tardanza orden de arresto a Bombay (India inglesa).

Fix, detective.»

El efecto de este despacho fue inmediato. El honorable caballero desapareció para dejar sitio al ladrón de billetes de Banco. Su fotografía, depositada en los archivos del «Reform-Club», con las de sus colegas, fue examinada. Reproducía rasgo por rasgo al hombre cuyas señas habían sido determinadas en el expediente de investigación. Todos recordaron lo que tenía de misteriosa la vida de Phileas Fogg, su aislamiento, su partida repentina, y pareció evidente que ese personaje, pretextando un viaje alrededor del mundo y apoyándose en una apuesta insensata, no tenía otro objeto que hacer perder la pista a los agentes de la Policía inglesa.

CAPÍTULO VI

DONDE EL AGENTE FIX DEMUESTRA UNA IMPACIENCIA MUY LEGÍTIMA

He aquí las circunstancias que dieron origen al envío del despacho concerniente al señor Phileas Fogg.

El miércoles 9 de octubre se esperaba, para las once de la mañana, en Suez, al paquebote *Mogolia,* de la «Compañía Peninsular y Oriental», vapor de hierro, de hélice y *spardeck*[1], dos mil ochocientas toneladas de arqueo y una fuerza nominal de quinientos caballos de fuerza.

El *Mogolia* hacía sus viajes con regularidad desde Brindisi a Bombay por el canal de Suez. Era uno de los más veloces de la compañía, habiendo sobrepasado siempre la marcha reglamentaria de diez millas por hora entre Brindisi y Suez, y de nueve millas cincuenta y tres centésimas entre Suez y Bombay.

Aguardando la llegada del *Mogolia,* dos hombres se paseaban en el muelle entre la multitud de indígenas y extranjeros.

Uno de aquellos hombres era el agente consular del Reino Unido de la Gran Bretaña, establecido en Suez, quien a despecho de los desgraciados pronósticos del Gobierno británico y de las siniestras predicciones del ingenioso Stephenson, veía llegar diariamente navíos ingleses que cruzaban el canal, abreviando así en la mitad el antiguo camino de Inglaterra a las Indias por el cabo de Buena Esperanza, y cuyo porvenir ha quedado asegurado por la enorme obra del señor Lesseps.

El otro era un hombrecillo enteco, de aspecto bastante inteligente, nervioso, que contraía los músculos de sus párpados con notable persistencia. A través de éstos brillaba una mirada viva, pero cuyo ardor sabía atenuar a voluntad. En aquel momento descubría cierta impaciencia, yendo, viniendo y no pudiendo permanecer quieto.

Aquel hombre se llamaba Fix, y era uno de esos «detectives» o agentes de Policía inglesa que habían sido destacados a distintos puertos después del robo perpetrado en el Banco de Inglaterra. Este Fix debía vigilar con el mayor cuidado a todos los viajeros que tomasen el camino de Suez, y si

[1] Entrepuente.

uno de ellos parecía sospechoso, seguirle, hasta que recibiese un mandato de arresto.

Precisamente hacía dos días que Fix había recibido del director de la Policía metropolitana las señas del presunto autor del robo, o sea, de aquel personaje bien portado cuya presencia se había advertido en la sala de pagos del Banco.

El «detective», engolosinado sin duda por la elevada prima prometida en caso de éxito, aguardaba con una impaciencia muy comprensible por todos la llegada del *Mogolia.*

—¿Y dice usted, señor cónsul —preguntó por primera vez—, que ese buque no puede tardar?

—No, señor Fix —respondió el cónsul—. Ha sido visto ayer a la altura de Port-Said, y los ciento sesenta kilómetros del canal no son nada para un andador como ése. Le repito que el *Mogolia* ha ganado siempre la prima de veinticinco libras que el Gobierno concede por cada adelanto de veinticuatro horas sobre el tiempo reglamentario.

—¿Viene directamente de Brindisi? —preguntó Fix.

—Del mismo Brindisi, donde toma la valija de Indias y de donde ha salido el sábado a las cinco de la tarde. Tenga paciencia, pues, porque no tardará en llegar. Pero no sé cómo por las señas que ha recibido podrá reconocer a su hombre, si viaja a bordo del *Mogolia.*

—Señor cónsul —replicó Fix—, esas gentes las sentimos más bien que las reconocemos. Hay que tener olfato, y ese olfato es un sentido peculiar nuestro, al cual concurren el oído, la vista y el olor. Durante mi vida he cogido a más de uno de esos caballeros, y con tal que mi ladrón esté a bordo, le respondo que no se me escapará de las manos.

—Lo deseo, señor Fix, porque se trata de un robo importante.

—¡Un robo soberbio! —respondió el agente, entusiasmado—. ¡Cincuenta y cinco mil libras! ¡No siempre tenemos ocasiones parecidas! ¡Los ladrones se van haciendo muy mezquinos! ¡La raza de los Sheppard se va extinguiendo! ¡Ahora se dejan ahorcar tan sólo por unos cuantos chelines!

—Señor Fix —continuó el cónsul—, habla usted de tal manera, que deseo ardientemente logre éxito en su comisión, pero se lo repito, lo creo difícil en las condiciones en que se halla usted. ¿Sabe que con las señas que ha recibido, ese ladrón se parece absolutamente a un hombre de bien?

—Señor cónsul —respondió dogmáticamente el inspector de Policía—, los grandes ladrones se parecen siempre a los hombres honrados. Ya comprenderá usted que los que tienen trazas de bribones sólo cuentan con un recurso: el de ser probos, sin lo cual serían arrestados con facilidad. Las fisonomías honradas son las que debemos desenmascarar más frecuentemente. Convengo en que este trabajo es dificultoso, siendo más bien hijo del arte que del oficio.

Ya vemos que el referido Fix no carecía de cierta dosis de amor propio.

Entretanto, poco a poco se iba animando el muelle. Marineros de diversas nacionalidades, comerciantes, corredores, mozos de cordel y *fellahs* afluían allí para esperar la llegada del vapor, que no debía estar muy lejos.

El tiempo era bastante apacible, aunque algo frío, a consecuencia del viento que soplaba del Este. Algunos alminares se destacaban sobre la población bajo los pálidos rayos del sol. Hacia el Sur se prolongaba una escollera de dos kilómetros, cual un brazo sobre la ruta de Suez. Por la superficie del mar Rojo circulaban varias lanchas pescadoras o de cabotaje, algunas de las cuales han conservado el elegante gálibo de la antigua galera.

Mientras andaba entre toda aquella gente, Fix, por hábito profesional, estudiaba con rápida mirada el semblante de los transeúntes.

Eran entonces las diez y media.

—¡Pero no llegará nunca ese vapor! —exclamó al oír dar la hora en el reloj del puerto.

—Ya no puede estar lejos —respondió el cónsul.

—¿Cuánto tiempo se detendrá en Suez? —preguntó Fix.

—Cuatro horas; lo que tarde en carbonear. De Suez a Aden, a la salida del mar Rojo, hay mil trescientas diez millas, y necesita proveerse de combustible.

—¿Y de Suez a Bombay, no hace ninguna escala?

—Ninguna.

—Pues bien —dijo Fix—, si el ladrón ha tomado pasaje en ese buque, tendrá el plan de desembarcar en Suez, para llegar por otra vía a las posesiones holandesas o francesas de Asia. Bien debe saber que en la India, que es tierra inglesa, no estará seguro.

—A no ser que sea muy entendido —replicó el cónsul—, porque ya sabe usted que un criminal inglés siempre está mejor escondido en Londres que en el extranjero.

Tras esta reflexión, que dio mucho que pensar al agente, el cónsul regresó a su despacho, situado allí cerca. El inspector de Policía se quedó solo, entregado a una impaciencia nerviosa y con el extraño presentimiento de que el ladrón debía de estar a bordo del *Mogolia;* y, en verdad, si el tunante había salido de Inglaterra con propósito de establecerse en el Nuevo Mundo, debía de haber obtenido la preferencia el camino de las Indias, menos vigilado o más difícil de vigilar que el del Atlántico.

Fix no permaneció mucho tiempo entregado a sus reflexiones, porque la llegada del vapor fue anunciada por agudos silbidos. Todo el tropel de ganapanes y de *fellahs* se precipitó sobre el muelle en tumulto algo inquietante para los miembros y trajes de los pasajeros. De la orilla se destacaron unas diez lanchas para ir al encuentro del *Mogolia.*

Pronto se divisó el gigantesco casco de aquel buque que pasaba ante las márgenes del canal, y daban las once cuando atracó por fin en la rada, mientras el vapor se desprendía con estrepitoso silbido por los tubos de escape de las máquinas.

Los pasajeros eran bastante numerosos a bordo. Algunos permanecieron en el entrepuente contemplando el pintoresco panorama de la ciudad, pero la mayoría decidieron desembarcar en las lanchas que se habían aproximado al *Mogolia*.

Fix examinaba escrupulosamente a todos los que desembarcaban.

En aquel momento se le acercó uno de ellos, quien después de haber repelido vigorosamente a los *fellahs* que le asediaban con sus ofertas de servicio, le preguntó con mucha cortesía si podía indicarle la oficina del agente consular inglés. Y al mismo tiempo, este pasajero le presentaba un pasaporte, sobre el cual deseaba que constase el visado británico.

Instintivamente, Fix tomó el pasaporte, y con rápida mirada lo leyó; esta lectura casi provocó en el agente cierto movimiento involuntario. El papel tembló en sus manos. Las señas que constaban en el pasaporte eran idénticas a las que había recibido del director de la Policía británica.

—Este pasaporte no es suyo —dijo Fix al pasajero.

—No —respondió éste—; es el pasaporte de mi amo.

—¿Y su amo?

—Se ha quedado a bordo.

—Pero —repuso el agente— es indispensable que se presente en persona en el despacho del Consulado, con objeto de identificarlo.

—¿Y eso es necesario?

—Ya le he dicho que es indispensable.

—¿Y dónde está la oficina?

—Allí, en la esquina de la plaza —indicó el inspector, mostrando una casa que distaba unos doscientos pasos.

—Entonces, voy a buscar a mi amo, que no tendrá mucho gusto en molestarse.

Después de esto, el pasajero saludó a Fix y regresó a bordo del vapor.

CAPÍTULO VII

DONDE SE PRUEBA UNA VEZ MÁS LA INUTILIDAD DE LOS PASAPORTES EN MATERIA DE POLICÍA

El inspector volvió al muelle y se dirigió rápidamente al despacho del cónsul; en seguida, por petición suya urgente, fue introducido a presencia de dicho funcionario.

—Señor cónsul —le espetó, sin más preámbulo—, tengo poderosas razones para creer que nuestro hombre ha tomado pasaje a bordo del *Mogolia.*

Y Fix refirió lo ocurrido entre el criado y él con motivo del pasaporte.

—Bien, señor Fix —respondió el cónsul—, no lamentaría ver el rostro de ese bribón. Pero no se presentará si es lo que usted supone. Un ladrón no procura dejar tras de sí rastro de su paso, sobre todo no siendo obligatorio el visado del pasaporte.

—Señor cónsul —replicó el agente—, si, como debemos suponerlo, es hombre inteligente, este hombre se presentará.

—¿A hacer visar su pasaporte?

—Sí. Los pasaportes nunca sirven más que para molestar a los hombres honrados y facilitar la fuga de los tunantes. Le aseguro que ése estará en regla, pero espero que no lo visará usted.

—¿Y por qué no, si el pasaporte es auténtico? —respondió el cónsul—. No tengo derecho a negarme a visarlo.

—A pesar de ello, señor cónsul, es indispensable que yo detenga aquí a ese hombre hasta haber recibido de Londres una orden de arresto.

—¡Ah! Eso es cuenta de usted, señor Fix —respondió el cónsul—; pero yo no puedo...

El cónsul no terminó su frase. En aquel momento llamaron a la puerta de su gabinete, y el ordenanza de la oficina introdujo a dos extranjeros, uno de los cuales era, precisamente, el criado que había conversado con el agente de Policía.

En efecto, eran amo y criado. El primero sacó el pasaporte, rogando lacónicamente al cónsul que se sirviera visarlo. Tomó éste el documento y lo leyó con gran atención, mientras Fix, en un rincón del gabinete, observaba o, más bien, devoraba al extranjero con sus ojos.

Cuando el cónsul acabó su lectura, dijo:

—¿Es usted Phileas Fogg, *esquire?*

—Sí, señor —respondió el *gentleman.*

—¿Y ese hombre es su criado?

—Sí. Un francés llamado Picaporte.

—¿Viene usted de Londres?

—Sí.

—¿Y a dónde se dirige?

—A Bombay.

—Bien. Ya sabe que la formalidad del visado no es necesaria y que ya no exigimos la presentación del pasaporte.

—Lo sé, señor —replicó Phileas Fogg—. Pero deseo que conste mi paso por Suez...

—Como desee usted.

Y el cónsul, después de haber firmado y fechado el pasaporte, lo selló. Mr. Fogg pagó los derechos y, tras saludar fríamente al cónsul, salió seguido de su criado.

—¿Y bien? —preguntó el inspector.

—Y bien —respondió el cónsul—; tiene trazas de un perfecto caballero.

—Quizá —respondió Fix—, pero no se trata de esto. ¿No le parece, señor cónsul, que ese flemático caballero se parece, rasgo por rasgo, al ladrón cuyas señas me han sido remitidas?

—Convengo en ello; pero ya sabe usted que todas las señas...

—Estoy harto de saberlo —contestó Fix—. El criado me parece menos impenetrable que el amo. Además, es francés y no podrá abstenerse de hablar. Hasta luego, señor cónsul.

Dicho esto, el agente salió y se fue en busca de Picaporte.

Entretanto, Mr. Fogg, después de salir del Consulado, se había dirigido al muelle. Allí dio algunas órdenes al criado, y después se embarcó en una lancha y regresó a bordo del *Mogolia,* metiéndose en su camarote. Tomó allí su libro de apuntaciones, que llevaba las notas siguientes:

«Salido de Londres el miércoles, 2 de octubre, a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche.

»Llegado a París el jueves, 3 de octubre, a las siete y veinte de la mañana.

»Llegado por el Monte Cenis a Turín el viernes, 4 de octubre, a las seis y treinta y cinco minutos de la mañana.

»Salido de Turín el viernes, a las siete y veinte minutos de la mañana.

»Llegado a Brindisi el sábado, 5 de octubre, a las cuatro de la tarde.

»Embarcado en *el Mogolia* el sábado, a las cinco de la tarde.

»Llegado a Suez el miércoles, 9 de octubre, a las once de la mañana.

»Total de horas transcurridas, ciento cincuenta y ocho y media, o sea, seis días y medio.»

Mr. Fogg escribió esta fecha en un itinerario dispuesto por columnas, que indicaba, desde el 2 de octubre hasta el 21 de diciembre, el día de la

semana, el del mes, las llegadas reglamentarias y las efectivas en cada punto principal: París, Brindisi, Suez, Bombay, Calcuta, Singapoore, Hong-Kong, Yokohama, San Francisco, Nueva York, Liverpool, Londres, y que permitía calcular el adelanto obtenido o el retraso experimentado en cada etapa del viaje.

Este metódico itinerario lo tenía en cuenta todo, y Mr. Fogg sabía en todo momento si adelantaba o atrasaba.

Por consiguiente, inscribió también aquel día, miércoles, 9 de octubre, su llegada a Suez, que por cuadrar con la llegada reglamentaria no le daba ventaja ni desventaja.

A continuación se hizo servir el desayuno en su camarote. En cuanto a ver la población, ni siquiera pensaba en ello, porque pertenecía a esa raza de ingleses que hacen visitar por sus criados los países por donde viajan.

CAPÍTULO VIII

DONDE PICAPORTE HABLA QUIZÁ ALGO MÁS DE LO QUE CONVENDRÍA

En pocos instantes, Fix tropezó con Picaporte, que todo lo examinaba y miraba, no creyéndose obligado a no hacerlo.

—Bien, amigo mío —le dijo Fix, saliéndose al encuentro—, ¿ha visado el pasaporte?

—¡Ah! Es usted —respondió el francés—. Muchas gracias. Estamos completamente en regla.

—¿Y se está enterando del país?

—Sí, en cierto modo; andamos tan de prisa, que me parece viajar en sueños. ¿Es cierto que estamos en Suez?

—En Suez.

—¿En Egipto?

—En Egipto, precisamente.

—¿Y en África?

—En África.

—¡En África! —exclamó Picaporte—. No puedo creerlo. ¡Figúrese usted, caballero, que yo me imaginaba no ir más allá de París y me he tenido que contentar con ver esa famosa capital, desde las siete y veinte de la mañana hasta las ocho y cuarenta, entre la estación del Norte y la de Lyon, a través de los cristales de un coche y lloviendo a mares! ¡Lo siento! ¡Me hubiera agradado ver de nuevo el cementerio del padre Lachaise y el circo de los Campos Elíseos!

—¿Conque tanta prisa tiene usted? —preguntó el inspector de Policía.

—Yo no; pero mi amo sí. A propósito, ¡tengo que comprar calcetines y camisas! Nos hemos marchado sin equipaje; tan sólo con un saco de noche.

—Le llevaré a un bazar donde encontrará todo lo que les hace falta.

—Es usted muy complaciente —respondió Picaporte.

Y ambos echaron a andar. Picaporte no cesaba de charlar.

—Sobre todo, es preciso no faltar para la hora de salida del buque.

—Aún tiene tiempo —respondió Fix—. No son más que las doce.

Picaporte sacó su gran reloj.

—¿Las doce? ¡Vaya! ¡Dirá usted las nueve y cincuenta y dos minutos!

—Ese reloj atrasa —afirmó Fix.

—¡Mi reloj! ¡Un reloj de familia que procede de mi bisabuelo! No discrepa ni cinco minutos al año. ¡Es un verdadero cronómetro!

—Ya comprendo lo que es —respondió Fix—. Ha conservado usted la hora de Londres, que va atrasada unas dos horas con la de Suez. Debe ajustar su reloj con el mediodía de cada país.

—¡Yo tocar mi reloj! —exclamó Picaporte— ¡Jamás!

—Entonces no marchará con el sol.

—¡Peor para el sol, caballero! No será él quien tenga razón.

Y el buen muchacho se guardó el reloj en el bolsillo con soberbio ademán.

Algunos instantes después, Fix le decía:

—¿Conque han salido de Londres precipitadamente?

—¡Ya lo creo! El miércoles último, a las ocho de la noche, Mr. Fogg, contra su costumbre, volvió de su círculo, y tres cuartos de hora después nos habíamos marchado.

—Pero, ¿a dónde va su amo?

—Siempre adelante. ¡Está dando la vuelta al mundo! —respondió Picaporte.

—¿La vuelta al mundo? —exclamó Fix.

—Sí, señor. ¡En ochenta días! Dice que es una apuesta; pero, dicho sea entre nosotros, no lo creo. Eso no tendría sentido común. Debe de ser por algún otro motivo.

—¡Ah!, es muy original ese Mr. Fogg.

—Ya lo creo.

—¿Luego es rico?

—Ciertamente, y lleva consigo una bonita suma en billetes de Banco nuevecitos. ¡Y no escatima en nada el dinero! ¡Como que ha prometido una magnífica prima al maquinista del *Mogolia* si llegaba a Bombay con buen adelanto!

—¿Y hace mucho tiempo que conoce usted a su amo?

—¡Yo! —exclamó Picaporte—. Entré a servirle precisamente el día de nuestra marcha.

Imagínese el efecto que semejantes respuestas debían producir en el ánimo ya sobreexcitado del inspector de Policía.

Aquella precipitada salida de Londres, poco después del robo; la fuerte suma con que se hacía el viaje; la prisa en llegar a países remotos; el pretexto de una apuesta excéntrica, todo confirmaba y debía confirmar a Fix en sus ideas. Aún hizo hablar más al francés, y adquirió la convicción de que aquel mozo no conocía a su amo; que éste vivía aislado en Londres; que se le suponía rico sin conocerse el origen de su fortuna; que era hombre impenetrable, etcétera. Pero, al propio tiempo, Fix pudo cerciorarse de que Fogg no desembarcaba en Suez y se iba a Bombay directamente.

—¿Está lejos Bombay? —preguntó Picaporte.

—Bastante lejos —respondió el agente de Policía—. Todavía deberán navegar unos doce días.

—¿Y dónde está Bombay?

—En la India.

—¿En Asia?

—Naturalmente.

—¡Diantre! Es que, le diré... Hay una cosa que me trastorna... Mi mechero...

—¿Qué mechero?

—Mi mechero de gas, que se me olvidó apagarlo, está ardiendo por mi cuenta. He calculado que sale a dos chelines cada veinticuatro horas, justo seis peniques más de lo que gano, y ya comprenderá usted que a poco que el viaje se prolongue...

¿Comprendió Fix el negocio del gas? No es muy probable. Ya no escuchaba nada y estaba tomando una resolución. El francés y él habían llegado al bazar. Fix dejó que su compañero hiciera sus compras, le recomendó que no faltase a la salida del *Mogolia* y volvió con premura a la oficina del agente consular.

Fix, ya firme en su convicción, había recobrado toda su serenidad.

—Señor —dijo al cónsul—. Ya no abrigo duda ninguna. Tengo a mi hombre. Se hace pasar por un excéntrico que intenta dar la vuelta al mundo en ochenta días.

—Entonces es un ladino que cuenta con regresar a Londres después de haber hecho perder su pista a todas las Policías habidas y por haber de ambos continentes.

—Eso lo veremos —respondió Fix.

—¿Pero no se equivoca usted? —repitió nuevamente el cónsul.

—No me equivoco.

—Entonces, ¿por qué ha tenido ese ladrón el empeño de visar su pasaporte en Suez?

—¿Por qué...? Lo ignoro, señor cónsul —contestó el agente—; pero présteme atención.

Y en pocas palabras refirió lo más importante de su conversación con el criado del susodicho Fogg.

—En efecto —admitió el cónsul—, todas las presunciones están contra él. ¿Y qué va usted a hacer?

—Expedir un despacho a Londres con petición urgente de una orden de arresto, embarcarme en el *Mogolia*, seguir al ladrón hasta las Indias y, ya en aquella tierra inglesa, salirle al encuentro cortésmente con mi orden en una mano y la otra sobre su hombro.

Después de pronunciar estas palabras fríamente, el agente se despidió del cónsul y se dirigió al telégrafo, para expedir al director de la Policía metropolitana el despacho ya mencionado.

Un cuarto de hora más tarde Fix, con un ligero equipaje en la mano y bien provisto de dinero, se embarcó en el *Mogolia,* y, poco después, el rápido buque surcaba a todo vapor las aguas del mar Rojo.

CAPÍTULO IX

DONDE EL MAR ROJO Y EL MAR DE LAS INDIAS SE MUESTRAN PROPICIOS A LOS DESEOS DE PHILEAS FOGG

La distancia entre Suez y Aden es exactamente de mil trescientas diez millas y el pliego de condiciones de la Compañía concede a sus vapores ciento treinta y ocho horas para cubrirlas. El *Mogolia,* cuyos fuegos se activaban considerablemente, marchaba de modo que pudiese adelantar la llegada reglamentaria.

La mayoría de viajeros embarcados en Brindisi iban a la India. Unos se encaminaban a Bombay y otros a Calcula, pero por la vía de Bombay, porque desde que el ferrocarril cruza en toda su anchura la península índica, ya no es necesario doblar la punta de Ceylán.

Entre los pasajeros del *Mogolia* había algunos funcionarios civiles y oficiales de toda graduación. De éstos, unos pertenecían al ejército británico propiamente dicho, y otros mandaban tropas indígenas de cipayos, todos con crecidos sueldos, a pesar de que el Gobierno se ha resistido a los derechos y cargas de la antigua «Compañía de Indias». Los subtenientes tenían nueve mil trescientas pesetas de paga, los brigadieres ochenta y seis mil cuatrocientas, y los generales, ciento cuarenta y cuatro mil[1].

Se vivía, por consiguiente, muy bien a bordo del *Mogolia,* entre aquella sociedad de funcionarios, con los cuales alternaban algunos jóvenes ingleses que, con un millón en el bolsillo, iban a fundar a lo lejos establecimientos comerciales. El *purser,* hombre de confianza de la Compañía, igual al capitán a bordo, lo hacía todo con suntuosidad. En el almuerzo de la mañana, en el *lunch* de las dos, en la comida de las cinco y media, en la cena de las ocho, las mesas crujían bajo el peso de la carne fresca y de los entremeses que suministraban la carnicería y la repostería del vapor. En cuanto a las pasajeras, había algunas que mudaban de traje dos veces al día. Había música y hasta baile cuando el mar lo permitía.

[1] La paga de los funcionarios civiles es aún más elevada. Los simples adjuntos en el primer grado de la jerarquía disfrutan diez mil ochocientas pesetas; los jueces, ochenta y seis mil cuatrocientas; los presidentes de tribunal, trescientas sesenta mil; los gobernadores, cuatrocientas treinta y dos mil, y el gobernador general, más de ochocientas cincuenta mil.

Pero el mar Rojo, como todos los golfos largos y estrechos, frecuentemente es muy caprichoso y proceloso. Cuando el viento soplaba de la costa de Asia o de la de África, el *Mogolia*, de casco uniforme, tomado de través, sufría espantosos vaivenes. Las damas desaparecían entonces; enmudecían los pianos; los cantos y las danzas cesaban a un tiempo. Y entre tanto, a pesar de las olas, el vapor, impelido por su poderosa máquina, corría sin tardanza hacia el estrecho de Bab-el-Mandeb.

¿Qué hacía Phileas Fogg entre tanto? Pudiera creerse que, siempre inquieto y ansioso, se preocupaba de los cambios de viento perjudiciales a la marcha del buque, de los desordenados movimientos del oleaje que podían originar una avería en la máquina; en fin, de todas las incidencias posibles que, obligando al *Mogolia* a arribar a algún puerto, hubiesen comprometido el viaje.

De ningún modo; si pensaba en estas eventualidades, cuando menos no lo dejaba traslucir. Era siempre el hombre impasible, el miembro imperturbable del «Reform-Club», a quien ningún incidente o accidente podía sorprender. No parecía mucho más conmovido que el cronómetro de a bordo. Raras veces se le veía sobre cubierta. Poco cuidado le daba observar aquel mar Rojo, tan fecundo en recuerdos y teatro de las primeras escenas históricas de la Humanidad. No acudía a reconocer las curiosas poblaciones diseminadas por sus orillas y cuyos pintorescos perfiles destacábanse de cuando en cuando en el horizonte. Ni siquiera pensaba en los peligros de aquel golfo, del que siempre han hablado con espanto los antiguos historiadores —Estrabón, Arriano, Artemidoro, Edrisi— y en el cual no se aventuraban los navegantes en épocas remotas sin haber consagrado su viaje con sacrificios propiciatorios.

¿Qué hacía entonces aquel hombre original encarcelado en el *Mogolia*? Primeramente hacía sus cuatro comidas diarias, sin que jamás el cabeceo ni los vaivenes pudieran desconcertar máquina organizada tan maravillosamente. Y después jugaba al *whist*.

Había encontrado compañeros para el juego tan rabiosamente aficionados como él: el recaudador de impuestos que iba a Goa, un ministro, un reverendo, Décimo Smith, que regresaba a Bombay, y un brigadier general del Ejército inglés, que iba a incorporarse a su cuerpo en Benarés. Estos tres pasajeros tenían por el *whist* idéntica pasión que Mr. Fogg y durante horas enteras jugaban con más o menos silencio que él.

En cuanto a Picaporte, no le afectaba el mareo. Ocupaba un camarote de proa y comía concienzudamente. Debemos decir que este viaje, hecho en semejantes condiciones, no le disgustaba, y procuraba sacar partido de él. Bien mantenido, bien alojado, veía tierras y, además, abrigaba la esperanza de que esta broma acabaría en Bombay.

Al día siguiente de la salida de Suez, 20 de octubre, no dejó de agradarle el encuentro que hizo en la cubierta del obsequioso personaje a quien se había dirigido al desembarcar en Egipto.

—No me engaño —le dijo al acercarse con amable sonrisa—; es usted el caballero que fue tan complaciente en servirme de guía por las calles de Suez.

—En efecto —respondió el agente—. ¡Le reconozco! Es usted el criado de ese inglés tan original...

—Precisamente, señor...

—Fix.

—Señor Fix —replicó Picaporte—. Me alegro de verle a bordo. ¿Y adónde va usted?

—Al mismo punto que usted, a Bombay.

—Mucho mejor. ¿Ha hecho ya este viaje?

—Bastantes veces —contestó Fix—. Soy agente de la «Compañía Peninsular».

—¿Entonces conoce usted la India?

—¡Ya lo creo! —respondió Fix, aunque no quería aventurarse mucho.

—¿Y es curioso ese país?

—Muy curioso. Mezquitas, alminares, templos, pagodas, tigres, serpientes, bayaderas. Pero debemos esperar que tendrá usted tiempo de visitarlo.

—Así lo espero, señor Fix. ¡Ya comprenderá que no es permitido a un hombre de entendimiento sano pasar la vida saltando de un vapor a un ferrocarril, y de un ferrocarril a un vapor, con el pretexto de dar la vuelta al mundo en ochenta días! No. Toda esa gimnasia terminará en Bombay, no lo dude usted.

—¿Y está bueno Mr. Fogg? —preguntó Fix con el acento más natural.

—Muy bueno, señor Fix. Y yo también, por cierto. Como lo mismo que un ogro en ayunas. Es el aire del mar.

—Pero jamás veo a su amo sobre cubierta.

—Jamás. No es curioso.

—¿Sabe usted, señor Picaporte, que ese pretendido viaje en ochenta días pudiera muy bien ocultar alguna misión secreta..., una misión diplomática por ejemplo?

—A fe mía, señor Fix, que yo nada sé, se lo declaro, ni daría media corona por saberlo.

Desde este encuentro, Picaporte y Fix hablaron juntos más de una vez. El inspector de Policía tenía empeño en trabar intimidad con el criado de Mr. Fogg. Esto podía serle útil en caso necesario. Le ofrecía a menudo en el *bar room*[2] del *Mogolia* algunos vasos de whisky o de *pale-pale,* que el buen muchacho aceptaba sin ceremonia, y hacía repetir para no ser menos, pareciéndole aquel señor Fix un caballero muy honrado.

Entretanto, el vapor marchaba con rapidez. El día 13 dio vista a la ciudad de Moka, que apareció dentro de su cintura de murallas ruinosas, sobre las cuales se destacaban algunas verdes palmeras. A lo lejos, en las montañas, desarrollábanse dilatadas campiñas de cafetales. Fue para Pica-

[2] Cámara baja, especie de café-cantina.

porte un encanto la vista de esa célebre ciudad, y aún le pareció que con sus murallas circulares y un fuerte desmantelado, que tenía la configuración de un asa, parecía una inmensa taza de café.

Durante la siguiente noche, el *Mogolia* cruzó el estrecho de Bab-el-Mandeb, cuyo nombre árabe significa «Puerta de las Lágrimas», y al día siguiente, 14, hacía escala en «Steamer-Punto», al nordeste de la rada de Aden. Allí era donde debía carbonear nuevamente.

Grave e importante asunto es esa alimentación de los hogares de las naves a vapor, a semejante distancia de los centros de producción. Sólo para la «Compañía Peninsular» es un gasto anual de ochocientas mil libras (cerca de veintinueve millones de pesetas). Ha sido necesario establecer depósitos en varios puertos, saliendo el coste del carbón en tan remotos parajes a setenta y dos pesetas la tonelada[3].

El *Mogolia* tenía que recorrer aún 1.650 millas para llegar a Bombay y debía estar tres horas en Steamer-Punto con objeto de llenar sus bodegas.

Pero esta demora no podía perjudicar en modo alguno el programa de Phileas Fogg. Estaba prevista. Además, el *Mogolia* en lugar de llegar a Aden el 15 de octubre por la mañana, entraba el 14 por la tarde. Era un adelanto de quince horas.

Mr. Fogg y su criado bajaron a tierra, porque aquél deseaba visar el pasaporte. Fix los siguió, procurando pasar inadvertido. Cumplidas las formalidades, Phileas Fogg regresó a bordo para continuar su interrumpida partida de *whist.*

Pero Picaporte se estuvo, según costumbres, callejeando en medio de aquella población de somalíes, banianos, parsis, judíos, árabes, europeos, que integran los veinticinco mil habitantes de Aden. Admiró las fortificaciones que hacen de esa ciudad de Gibraltar del mar de las Indias y unos magníficos aljibes en los cuales trabajaron los ingenieros del rey Salomón.

—¡Qué curioso es eso, qué curioso! —exclamaba Picaporte, volviendo a bordo—. Me convenzo de que no es inútil viajar si se quieren ver cosas nuevas.

A las seis de la tarde, el *Mogolia* batió con su hélice las aguas de la rada de Aden y, poco después, surcaba el océano Índico. Se concedían ciento sesenta horas para hacer la travesía entre Aden y Bombay. Por lo demás, el mar fue favorable. El viento era Noroeste y las velas pudieron ayudar al vapor.

El buque, mejor sostenido, cabeceó menos, y las pasajeras aparecieron de nuevo sobre su cubierta, recién compuestas, comenzando otra vez los cantos y los bailes.

El viaje se hizo en las mejores condiciones posibles, y Picaporte estaba muy gozoso de la amable compañía que la suerte le había deparado en la persona del señor Fix.

[3] Téngase en cuenta la época en que fue escrita esta obra. En la actualidad, esos precios son mucho más elevados. (*N. del T.*)

El domingo, 20 de octubre, a mediodía, se divisó la costa india. Dos horas más tarde, el práctico subía a bordo del *Mogolia.* En el horizonte, un fondo de cofinas se perfilaba armoniosamente sobre la bóveda celeste, y muy pronto se destacaron con viveza las filas de palmeras que adornan la ciudad. El vapor penetró en la rada formada por las islas Salcette, Colaba, Elefanta y Butcher, y a las cuatro y media atracaba junto a los muelles de Bombay.

Phileas Fogg terminaba entonces la trigésima tercera partida del día, y su compañero y él, gracias a un manejo audaz, concluyeron aquella breve travesía haciendo las treinta bazas.

El *Mogolia* no debía llegar a Bombay hasta el 22 de octubre y arribaba el 20. Era, por tanto, una ventaja de dos días desde la salida de Londres. La cual fue inscrita metódicamente en la columna de beneficios del itinerario de Phileas Fogg.

CAPÍTULO X

EN EL CUAL PICAPORTE TIENE LA FORTUNA DE SALIR BIEN, PERDIENDO SU CALZADO

Nadie ignora que la India —ese vasto triángulo inverso cuya base está al Norte y la punta al Sur— comprende una superficie de un millón cuatrocientas mil millas cuadradas, sobre la cual se halla desigualmente esparcida una población de ciento ochenta millones de habitantes. El Gobierno de la Gran Bretaña ejerce un dominio real sobre cierta parte de ese inmenso país. Tiene un gobernador general en Calcuta, gobernadores en Madrás, Bombay y Bengala, y un teniente gobernador en Agra.

Pero la India inglesa propiamente dicha sólo mide una superficie de setecientas mil millas cuadradas y una población de ciento a ciento diez millones de habitantes. Mucho decir es que una notable parte del territorio se haya librado hasta hoy de la autoridad de la reina; y, en efecto, entre algunos rajaes del interior, fieros y terribles, la independencia india es aún absoluta.

Desde 1756 —época en que se fundó el primer establecimiento inglés en el lugar ocupado hoy por la ciudad de Madrás— hasta el año en que estalló la gran insurrección de los cipayos, la célebre Compañía de Indias fue omnipotente. Paulatinamente iba agregando a sus dominios las diversas provincias adictas a los rajaes por medio de rentas que no pagaba o pagaba mal; nombraba un gobernador general y todos los empleados civiles y militares; pero esto ya no existe, y las posesiones inglesas de la India dependen de la Corona directamente.

Por eso el aspecto, las costumbres y las divisiones etnográficas de la península tienden a modificarse cada día. Antes se viajaba por todos los antiguos medios de transporte, a pie, a caballo, en carro, en carretilla, en litera, a cuestas de otro, en *coatch,* etcétera. Ahora unos barcos de vapor recorren a gran velocidad el Indo y el Ganges, y un ferrocarril que cruza la India en toda su anchura, ramificándose en su trayecto, pone Bombay a tres días tan sólo de Calcuta.

El trazado de este camino de hierro no sigue la línea recta a través de la India. La distancia a vuelo de pájaro sólo es de mil a mil cien millas, y los trenes, aun con la velocidad media, no invertirían tres días en el trayecto;

pero esta distancia está aumentada en una tercera parte al menos por las curvas que describe el camino al ascender hasta Allahabad, al norte de la península.

He aquí, en suma, el trazado del «Great Indian Peninsular Railway». Partiendo de Bombay, atraviesa Salcette, salta al continente frente a Tannah, cruza la sierra de los Ghatos Occidentales, corre al Nordeste hasta Burhampur, surca el territorio casi independiente en Buldelkund, sube hasta Allahabad, se inclina al Este, encuentra el Ganges en Benarés, se desvía ligeramente y, volviendo al Sudeste por Burdivan y la ciudad francesa de Chandernagor, va a formar cabeza de línea en Calcuta.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando los pasajeros del *Mogolia* desembarcaron en Bombay y el tren de Calcuta partía a las ocho en punto.

Mr. Fogg se despidió de sus compañeros, salió del vapor, ordenó a su criado que hiciese algunas compras, le recomendó expresamente que estuviera antes de las ocho en la estación y, con su paso regular, que había seguido como el péndulo de un reloj astronómico, se encaminó a la oficina de pasaportes.

Por lo que se desprende de esto, nada pensaba ver de las maravillas de Bombay, ni la Casa de la Ciudad, ni la magnífica biblioteca, ni los fuertes, ni los *docks*, ni el mercado de algodones, ni los bazares, ni las mezquitas, ni las sinagogas, ni las iglesias armenias, ni la espléndida pagoda de Malabar-Hill, adornada con dos torres poligonales. No contemplaría las obras maestras de Elefanta, ni sus misteriosos hipogeos, ocultos al sudeste de la rada, ni las grutas kankerias de la isla de Salcette, soberbios vestigios de la arquitectura budista.

¡No, nada! Al salir de la oficina de pasaportes, Phileas Fogg se fue pausadamente a la estación, y allí se hizo servir la comida. Entre otros manjares, el fondista creyó deber recomendarle cierto guisado de conejo del país, que ponderó muchísimo.

Phileas Fogg aceptó el guisado y lo probó concienzudamente, pero, a pesar de la salsa, le pareció detestable.

Llamó al fondista.

—Señor —le dijo, mirándole de hito en hito—, ¿es esto conejo?

—Sí, milord —respondió descaradamente el perillán—; conejo de este país.

—¿Y no ha maullado cuando le han muerto?

—¡Maullado! ¡Oh, milord! ¡Un conejo! Le juro...

—Señor fondista —replicó con fría entonación Phileas Fogg—, no jure, y acuérdese usted de esto: antiguamente en la India los gatos eran animales sagrados. Era el buen tiempo.

—¿Para los gatos, milord?

—Y tal vez lo fuera también para los viajeros.

Después de esta observación, Mr. Fogg siguió comiendo con calma.

Algunos momentos después que Mr. Fogg, el agente Fix desembarcó también del *Mogolia* y fue corriendo a entrevistarse con el director de la Policía de Bombay. Le dio a conocer la misión de que estaba encargado y su situación acerca del presunto autor del robo. ¿Se había recibido de Londres una orden de prisión...? No se había recibido nada. Y, en efecto, la orden no podía haber llegado aún.

Fix quedó desconcertado. Quiso obtener del director la orden, pero le fue negada. Era asunto que competía a la administración metropolitana, siendo ella la única que podía expedir legalmente un mandato de prisión. Esta severidad de principios, esta observancia rigurosa de la ley se explica muy bien por las costumbres inglesas, que en materia de libertad individual no admiten arbitrariedad alguna.

Fix no insistió, y comprendió que debía resignarse a esperar la orden; pero resolvió no perder de vista a su impenetrable bribón durante todo el tiempo que permaneciera en Bombay. Sin duda allí se detendría algún tiempo Phileas Fogg, convicción de que participaba Picaporte, lo cual daría lugar a la llegada del mandato.

Pero desde las últimas órdenes que le diera su amo, Picaporte había comprendido que en Bombay sucedería lo que en Suez y París, y que el viaje no terminaría allí y se proseguiría, por lo menos, hasta Calcuta y acaso más lejos. Y empezó a pensar si la apuesta sería cosa formal, y si la fatalidad no le llevaba a él, que quería vivir descansado, a dar la vuelta al mundo en ochenta días.

Entre tanto, y después de haber adquirido algunas camisas y calcetines, se paseaba por las calles de Bombay. Había gran concurrencia, y en medio de europeos de todas procedencias, veíanse persas con gorros puntiagudos, bunhyas con turbantes redondos, sindos con bonetes cuadrados, armenios con traje largo y parsis con mitra negra. Era, precisamente, una fiesta que celebraban los parsis o genebros, descendientes directos de los sectarios de Zoroastro, que son los más industriosos, civilizados, inteligentes y austeros de todos los indios, raza a que pertenecen hoy los comerciantes indígenas más ricos de Bombay. Aquel día celebraban una especie de carnaval religioso, con procesiones y festejos, en los cuales tomaban parte bayaderas vestidas con gasas recamadas de oro y plata, y que al son de gaitas y tantanes danzaban maravillosamente y, por otra parte, con perfecta decencia.

Innecesario es insistir aquí en que Picaporte contemplaba tan curiosas ceremonias, siendo todo ojos y oídos para ver y escuchar, y dando a su fisonomía la facha de *booby* más perfecto que puede imaginarse.

Por desgracia para él y para su amo, cuyo viaje estuvo a punto de comprometer, su curiosidad le llevó más lejos de lo que convenía.

Después de haber visto ese carnaval parsi, Picaporte se dirigía a la estación cuando, al pasar por delante de la magnífica pagoda de Malabar-Hill, tuvo la desventurada idea de visitarla por dentro.

Ignoraba dos cosas: primera, que la entrada a ciertas pagodas indias está prohibida formalmente a los cristianos, y segunda, que aun los mismos creyentes no pueden entrar sin dejar antes el calzado a la puerta. Debemos consignar aquí que, por razones de sana política, el Gobierno inglés, respetando y haciendo respetar hasta la religión del país, castiga con todo rigor a cualquiera que infrinja sus prácticas.

Picaporte entró dentro sin pensar en lo que hacía, como un simple viajero, y admiraba ese deslumbrador oropel de la ornamentación brahmánica, cuando, inesperadamente, fue derribado sobre las sagradas losas del templo. Tres sacerdotes, con mirada furiosa, se arrojaron sobre él, arrancaron sus zapatos y calcetines y comenzaron a tundirle a golpes, prorrumpiendo en salvaje gritería.

El francés, vigoroso y ágil, se levantó con viveza. De un puñetazo y de un puntapié derribó a dos adversarios muy entorpecidos con su traje talar, y lanzándose fuera de la pagoda con tanta velocidad como sus piernas le permitían, dejó muy pronto atrás al tercer indio, que había salido en su seguimiento amotinando a la multitud.

A las ocho menos cinco, algunos minutos antes de emprender la marcha el tren, sin sombrero, descalzo y habiendo perdido su paquete de compras, Picaporte llegaba al ferrocarril.

Allí, en el andén, estaba Fix, que había seguido a Fogg hasta la estación, comprendiendo que aquel tunante partía de Bombay. Tomó la inmediata resolución de acompañarle a Calcuta, y más lejos si necesario fuese. Picaporte no vio a Fix, que estaba en la sombra, pero Fix oyó el relato de las aventuras que Picaporte estaba haciendo brevemente a su amo.

—Espero que no le volverá a suceder —respondió simplemente Phileas Fogg, tomando asiento en uno de los vagones del tren.

El pobre mozo, desconcertado y descalzo, siguió a su amo sin pronunciar palabra.

Fix iba a subir a otro vagón, cuando una idea modificó repentinamente su proyecto de partida.

—No, me quedo —dijo—. Un delito cometido en territorio indio... Ya tengo asegurado a mi hombre.

En aquel momento, la locomotora lanzó un vigoroso silbido y el tren desapareció en la oscuridad.

CAPÍTULO XI

DONDE PHILEAS FOGG ADQUIERE UNA CABALGADURA POR UN PRECIO FABULOSO

El tren había salido a la hora reglamentaria, llevando cierto número de viajeros, algunos oficiales, funcionarios civiles y comerciantes de opio y de añil a quienes su tráfico llevaba a la parte oriental de la península.

Picaporte ocupaba el mismo compartimiento que su amo. Un tercer viajero sentóse en el rincón vacío.

Era Sir Francis Cromarty, brigadier general, uno de los compañeros de juego de Mr. Fogg durante la travesía de Suez a Bombay, que iba a reunirse con sus tropas acantonadas cerca de Benarés.

Sir Francis Cromarty, alto, rubio, de cincuenta años de edad, que se había distinguido grandemente en la guerra de los cipayos, hubiera en verdad merecido la calificación de indígena. Desde su juventud habitaba la India y no había ido sino raras veces a su patria. Era hombre instruido, que de muy buen grado hubiera dado informes sobre los usos, historia y organización del país indio si Phileas Fogg hubiese sido hombre capaz de solicitarlos. Pero este caballero no pedía nada. No viajaba, sino que estaba describiendo una circunferencia. Era un cuerpo grave recorriendo una órbita alrededor del globo terráqueo según las leyes de la mecánica racional. En aquel momento rectificaba para sus adentros el cálculo de las horas invertidas desde su salida de Londres, y se hubiera frotado las manos de contento a no ser enemigo de todo género de movimientos inútiles.

Sir Francis Cromarty no había dejado de reconocer la originalidad de su compañero de viaje, aunque no le hubiera estudiado sino con los naipes en la mano. Tenía, pues, poderosas razones para indagar si el corazón que latía bajo aquella corteza era humano, si Phileas Fogg poseía un alma sensible a las bellezas de la Naturaleza y a las aspiraciones morales. Era esto, para él, cuestión que ventilar. De todos los seres originales que el brigadier general había encontrado en su vida, ninguno podía compararse con aquel producto de las ciencias exactas.

Phileas Fogg no había ocultado a Sir Francis Cromarty su proyecto de viajar alrededor del mundo ni las condiciones en que lo llevaba a cabo. El brigadier general no vio en esta apuesta más que una excentricidad sin

objeto útil, y a la cual faltaba, necesariamente, el *transire benefaciendo* que debe guiar a todo hombre razonable. En el modo de proceder del extravagante caballero, lo pasaría, evidentemente, sin hacer nada ni por sí mismo ni por sus semejantes.

Una hora después de haber salido de Bombay, el tren, salvando los viaductos, había atravesado la isla Salcette y corría sobre el continente. En la estación de Ganyan dejó a la derecha el ramal que por Kandallah y Punah desciende al sudoeste de la India, y llegó a la estación de Pauwell. Luego entró en las montañas muy ramificadas de los Ghatos Occidentales, sierra con base *de trapp* y basalto, cuyas altas cimas están cubiertas de espeso bosque.

De cuando en cuando, Sir Francis Cromarty y Phileas Fogg cambiaban algunas palabras, y en aquel momento el brigadier general, procurando animar una conversación que languidecía con frecuencia, dijo:

—Hace algunos años, Mr. Fogg, hubiera usted tenido aquí un retraso que, sin duda alguna, hubiera comprometido su itinerario.

—¿Por qué, Sir Francis?

—Porque el ferrocarril terminaba al pie de esas montañas, que era preciso atravesar en palanquín o a caballo hasta la estación de Kandallah, situada en la vertiente opuesta.

—Esa tardanza no hubiera perjudicado en modo alguno, ni tampoco alterado, el plan de mi programa —respondió Mr. Fogg—. No he dejado de prever la eventualidad de ciertos obstáculos.

—Sin embargo, Mr. Fogg —repuso el brigadier general—, ha estado usted a punto de cargar con muy mal negocio por la aventura de ese mozo.

Picaporte, con los pies envueltos en la manta de viaje, dormía profundamente, sin soñar que se hablaba de él.

—El gobernador inglés es muy severo, y con razón, con esa clase de delitos —repuso Sir Francis Cromarty—. Atiende más que todo a que se respeten los usos religiosos de los indios, y si hubiese cogido al criado de usted...

—Y bien, cogiéndole, Sir Francis —respondió Phileas Fogg—, le habrían condenado, y después de sufrir su pena hubiera vuelto a Europa, tranquilamente. ¡No veo por qué ese asunto hubiera podido perjudicar a su amo!

Y con esto, la conversación se enfrió de nuevo. Durante la noche, el tren cruzó los Ghatos, pasó por Nasik y, al día siguiente, 24 de octubre, corría por un territorio casi llano formado por la comarca del Khandeish. La campiña, bien cultivada, estaba llena de villorrios, sobre los cuales el alminar de la pagoda sustituía al campanario de la iglesia europea. Aquella fértil región estaba regada por numerosos arroyuelos, en su mayoría afluentes o subafluentes del Godavery.

Picaporte, despierto ya, miraba y no podía creer que atravesaba el país de los indios en un tren del «Great Peninsular Railway». Aquello le pare-

cía inverosímil y, no obstante, nada era más positivo. La locomotora, dirigida por el brazo de un maquinista inglés y caldeada con hulla inglesa, despedía el humo sobre las plantaciones de algodón, café, moscada, clavillo y pimienta. El vapor se contoneaba en espirales alrededor de los grupos de palmeras, entre las cuales aparecían pintorescos *bungalows* y algunos *viharis,* especie de monasterios abandonados, y templos maravillosos, enriquecidos por la inagotable ornamentación de la arquitectura india. Después había dilatadas extensiones de tierra que se dibujaban hasta perderse de vista, juncales donde no faltaban ni las serpientes ni los tigres espantados por los silbidos del tren y, finalmente, selvas perdidas por el trazado del camino, frecuentadas aún por elefantes que miraban con ojo pensativo pasar el disparado convoy.

Durante aquella mañana, más allá de la estación de Malligaum, los viajeros cruzaron ese territorio funesto, tantas veces ensangrentado por los fieles de la diosa Kali. Cerca se elevaba Elora, con sus pagodas admirables; no lejos, la célebre Aurungabad, capital del indómito Aureng-Yeb, entonces simple capital de una de las provincias segregadas del reino de Nizam. En aquella región era donde Faringhea, el jefe de los thugs, el rey de los estranguladores, ejercía su dominio. Esos asesinos, unidos por un lazo impalpable, estrangulaban, en honor de la diosa de la Muerte, víctimas de toda edad, sin derramar nunca sangre, y hubo un tiempo en que no se pudo recorrer paraje alguno de aquel terreno sin encontrar algún cadáver. El Gobierno inglés ha conseguido evitar en gran parte esos asesinatos, pero la espantosa asociación continúa existiendo y funciona todavía.

A las doce y media, el tren se detuvo en la estación de Burhampur, y Picaporte pudo procurarse, a peso de oro, un par de babuchas, adornadas con abalorios, que se puso con un sentimiento de evidente vanidad.

Los viajeros almorzaron rápidamente y salieron hacia la estación de Assurghur, después de haber costeado el río Tapty, que desagua en el golfo de Gambaya, cerca de Surate.

Es conveniente dar a conocer los pensamientos que ocupaban entonces el ánimo de Picaporte. Hasta su llegada a Bombay, había reído y podido creer que las cosas no pasarían de allí. Pero desde que corría a todo vapor a través de la India, había tenido lugar un cambio en su ánimo. Sus inclinaciones naturales reaparecían con toda celeridad. Volvía a sus caprichosas ideas de la juventud, tomaba por lo serio los proyectos de su amo, creía en la realidad de la apuesta y, por tanto, en la vuelta al mundo y en el máximo de tiempo que no debía excederle. Se inquietaba ya por las tardanzas posibles y por los accidentes que podrían sobrevenir en el camino. Se sentía como interesado en aquella apuesta y temblaba ante la idea de haberla podido comprometer la víspera con su imperdonable estupidez. Por eso, siendo mucho menos flemático que Mr. Fogg, estaba mucho más inquieto. Contaba y volvía a contar los días transcurridos, maldecía las paradas del tren, lo acusaba de lentitud y vituperaba *in mente* a Mr. Fogg por no haber

prometido una prima al maquinista. El buen muchacho ignoraba que lo que era posible en un vapor no tenía aplicación en un ferrocarril, cuya velocidad era reglamentaria.

Por la tarde fueron cruzados los desfiladeros de las montañas de Suptur, que separan el territorio de Khandeish del de Bundalkund.

Al día siguiente, 22 de octubre, respondiendo a una pregunta de Sir Francis Cromarty, Picaporte, luego de consultar su reloj, dijo que eran las tres de la mañana. Y, en efecto, aquel famoso reloj, siempre regulado por el meridiano de Greenwich, que estaba cerca de setenta grados al Oeste, debía atrasar, y atrasaba, en efecto, cuatro horas.

Sir Francis recibió, por tanto, la hora dada por Picaporte, a quien hizo la misma observación que ya le hiciera Fix. Trató de hacerle comprender que debía regular su reloj, por cada nuevo meridiano, y que caminando constantemente hacia el Este, es decir, al encuentro del sol, los días eran más cortos tantas veces cuatro minutos como grados se recorría. Todo fue en vano. Hubiese o no comprendido la observación del brigadier general, el testarudo Picaporte no quiso adelantar su reloj, conservando invariablemente la hora de Londres. Manía inocente, por otra parte, y que no perjudicaba a nadie en nada.

A las ocho de la mañana, y a quince millas de la estación de Rothal, el tren se detuvo en medio de un extenso claro del bosque, rodeado de *bungalows y* de cabañas de obreros.

El conductor del tren pasó delante de la línea de los vagones diciendo:

—Los viajeros deben apearse aquí.

Phileas Fogg miró a Sir Francis Cromarty, quien pareció no comprender absolutamente nada de aquella detención en medio de un bosque de tamarindos y de khajoures.

No menos sorprendido, Picaporte se lanzó a la vía y volvió casi al punto, exclamando:

—¡Señor, ya no hay ferrocarril!

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Sir Francis Cromarty.

—Quiero decir que el tren no continúa.

El brigadier general descendió al instante del vagón. Phileas Fogg le siguió sin apresurarse. Ambos se dirigieron al conductor.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sir Francis Cromarty.

—En la aldea de Kholby —dijo el conductor.

—¿Nos detenemos aquí?

—Sin duda. El ferrocarril todavía no está terminado...

—¡Cómo! ¿No está acabado?

—No. Falta un trozo de cincuenta millas entre este punto y Allahabad, donde comienza otra vez el camino de hierro.

—¡Sin embargo, los periódicos han anunciado la apertura completa de la línea férrea!

—¡Qué quiere usted! Los periódicos se han equivocado.

—¿Y despachan billetes desde Bombay a Calcuta? —respondió Sir Francis Cromarty, que empezaba a acalorarse.

—Sin duda —replicó el conductor—; pero los viajeros saben muy bien que deben hacerse trasladar de Kholby a Allahabad.

Sir Francis Cromarty estaba encolerizado. Picaporte de buena gana hubiera acogotado al conductor, que ya no podía continuar el viaje. No se atrevió a mirar a su amo.

—Sir Francis —dijo sencillamente Mr. Fogg—, vamos a discutir, si le parece bien, el medio de llegar a Allahabad.

—Mr. Fogg, se trata aquí de una tardanza absolutamente perjudicial a los intereses de usted.

—No, Sir Francis; ya estaba prevista.

—¡Cómo! ¿Sabía usted que la vía...?

—De ningún modo, pero sabía que un obstáculo cualquiera surgiría tarde o temprano en el camino. Ahora bien, nada hay comprometido. Tengo dos días de adelanto que sacrificar. Hay un vapor que sale de Calcuta para Hong-Kong el 25 al mediodía. Estamos a 22 y llegaremos a tiempo a Calcuta.

Nada había que oponer a una respuesta dada con tan completa seguridad.

Demasiado cierto era que los trabajos del ferrocarril terminaban allí. Los periódicos son como algunos relojes que tienen la manía de adelantar y habían anunciado prematuramente la inauguración de la línea. La mayor parte de los viajeros conocía esa interrupción de la vía y al apearse del tren se habían apresurado a alquilar los vehículos de todo género que había en el villorrio, palkigharis de cuatro ruedas, carretas arrastradas por cebús (especie de bueyes gibosos), carros de viaje semejantes a pagodas ambulantes, palanquines, caballos, etcétera. Así es que Mr. Fogg y Sir Francis, después de haber registrado toda la aldea, se volvieron sin haber encontrado nada.

—Iré a pie —dijo Phileas Fogg.

Picaporte, que entonces se reunía con su amo, hizo un significativo ademán al considerar sus magníficas babuchas. Por suerte había ido también de descubierta por su parte y, titubeando un poco, dijo:

—Señor, me parece que he encontrado un medio de transporte.

—¿Cuál?

—¡Un elefante! ¡Un elefante que pertenece a un indio que vive a cien pasos de aquí!

—Vamos a ver al elefante —dispuso Mr. Fogg.

Cinco minutos más tarde, Phileas Fogg, Sir Francis Cromarty y Picaporte, llegaban cerca de una choza adosada a una cerca formada por altas empalizadas. En la choza había un indio y en el cercado un elefante. El indio introdujo a Mr. Fogg y a sus dos compañeros en él.

Allí se encontraron en presencia de un animal medio domesticado, que su propietario domaba, no para convertirlo en animal de carga, sino de combate. Con este fin había empezado a modificar el carácter naturalmente apacible del elefante, procurando conducirlo poco a poco a ese paroxismo de furor llamado *mutsh* en lengua india, y esto manteniéndolo durante tres meses con azúcar y manteca. Este tratamiento acaso parezca poco a propósito para obtener semejante resultado, pero no deja de ser empleado con éxito por los criadores. Afortunadamente para Fogg, el elefante en cuestión llevaba poco tiempo de ese régimen y el *mutsh* no se había declarado aún.

Kiouni —así se llamaba el animal— podía, como todos sus congéneres, hacer durante mucho tiempo una marcha rápida, y a falta de otra cabalgadura, Phileas Fogg decidió servirse de él.

Pero los elefantes son caros en la India, ya que comienzan a escasear. Los machos, que convienen para las luchas de los circos, son muy solicitados. Estos animales, cuando están domesticados, no se reproducen sino raras veces, de tal suerte que solamente pueden obtenerlos cazándolos. Por eso están muy cuidados, y cuando Mr. Fogg preguntó al indio si quería alquilarle su elefante, el indio se negó a ello resueltamente.

Fogg insistió y ofreció un premio excesivo por el animal: diez libras por hora. Denegación. ¿Veinte libras? Denegación también. ¿Cuarenta libras? Siempre el mismo resultado. Picaporte brincaba a cada puja. Pero el indio no se dejaba tentar.

Era buena suma, sin embargo. Suponiendo que el elefante invirtiese quince horas hasta Allahabad, eran seiscientas libras lo que producía para su dueño.

Phileas Fogg, sin acalorarse, propuso entonces la compra del animal y le ofreció mil libras.

El indio se negaba a vender. Tal vez el perillán olfateaba un buen negocio.

Sir Francis Cromarty llevó a Mr. Fogg aparte y le recomendó que reflexionase antes de excederse. Phileas Fogg respondió a su compañero que no tenía la costumbre de obrar sin reflexionar, que se trataba, en fin de cuentas, de una apuesta de veinte mil libras, que aquel elefante le era indispensable y que, aun pagándolo veinte veces más de lo que valía, lo poseería.

Mr. Fogg se acercó de nuevo al indio, cuyos ojuelos, encendidos por la codicia, dejaban adivinar que no se trataba para él sino de una cuestión de precio. Phileas Fogg ofreció, sucesivamente, mil doscientas libras y después mil quinientas, en seguida mil ochocientas, y, por último, dos mil.

Picaporte, tan coloradote de ordinario, estaba pálido de emoción.

A las dos mil libras, el indio se entregó.

—¡Por mil babuchas...! —exclamó Picaporte—. ¡A buen precio hay quien pone la carne de elefante!

Ultimado el negocio, ya no faltaba más que el guía, lo cual fue más fácil. Un joven parsi, de rostro inteligente, ofreció sus servicios. Mr. Fogg aceptó y le prometió una alta remuneración, lo cual no podía menos que contribuir a redoblar su inteligencia. Sin tardanza, sacaron y equiparon el elefante. El parsi conocía muy bien el oficio de *mahut* o *cornac*. Cubrió con una especie de hopalanda los lomos del elefante y dispuso por cada lado dos especies de cuévanos no demasiado confortables.

Phileas Fogg pagó al indio en billetes de Banco que extrajo del famoso saco. Parecía, ciertamente, que se sacaban de las entrañas de Picaporte. Después, Mr. Fogg ofreció a Sir Francis Cromarty trasladarle a la estación de Allahabad. El brigadier general aceptó. Un viajero más no podía fatigar al corpulento elefante.

Compraron víveres en Kholby. Sir Francis Cromarty tomó asiento en uno de los cuévanos y Phileas en otro; Picaporte montó a horcajadas sobre la hopalanda, entre su amo y el brigadier general; el parsi se acomodó sobre el cuello del elefante, y a las nueve salían del villorrio y penetraban en la frondosa selva de esas palmeras asiáticas llamadas latuneros.

CAPÍTULO XII

DONDE PHILEAS FOGG Y SUS COMPAÑEROS SE ADENTRAN POR LAS SELVAS DE LA INDIA, Y LO QUE DE ESTO SE SIGUE

Con objeto de abreviar la distancia, el guía dejó a la derecha el trazado de la vía, cuyos trabajos se estaban llevando a cabo. El ferrocarril, debido a los obstáculos que ofrecían las caprichosas ramificaciones de los montes Vindhias, no seguía el camino más corto, que era el que convenía tomar. El parsi, muy familiarizado con las veredas de su país, pretendía ganar unas veinte millas atajando por la selva, y confiaron en esto.

Phileas Fogg y Francis Cromarty, metidos hasta el cuello en sus cuévanos, iban muy traqueteados por el rudo trote del elefante, a quien imprimía su conductor una rápida marcha. Pero soportaban la situación con la peculiar flema británica, hablando por otra parte poco y viéndose apenas uno a otro.

En cuanto a Picaporte, apostado sobre el lomo del animal y directamente sometido a los vaivenes, cuidaba muy bien, según le recomendara su amo, de no tener la lengua entre los dientes, porque se la podía cortar estúpidamente. El buen muchacho, unas veces despedido hacia el cuello del elefante, otras hacia las ancas, daba volteretas como un *clown* sobre el trampolín; pero en medio de sus saltos de carpa se reía y bromeaba, sacando de cuando en cuando un terrón de azúcar, que el inteligente *Kiouni* tomaba con la trompa, sin interrumpir un solo momento su trote regular.

Tras dos horas de marcha, el guía detuvo el elefante y le concedió una hora de descanso. El animal devoró ramas y arbustos después de haber bebido en una charca inmediata. Sir Francis Cromarty no se quejó de esta detención, pues estaba molido. Mr. Fogg parecía estar tan descansado como si acabara de salir de su cama después de un buen sueño.

—¡Pero es de hierro! —exclamó el brigadier general, contemplándole con admiración.

—De hierro forjado —contestó Picaporte, que se ocupó en preparar un almuerzo breve.

A las doce, el guía dio señal de marcha. El país ofreció de pronto un aspecto muy agreste. A las grandes selvas sucedieron los bosques de tama-

rindos y palmeras enanas, y luego dilatadas llanuras áridas, erizadas de árboles raquíticos y sembradas de grandes pedruscos de sienita. Toda aquella parte del Alto Bundelkund, poco frecuentada por los viajeros, está habitada por una población fanática, endurecida en las prácticas más terribles de la religión india. La dominación de la Gran Bretaña no ha podido establecerse regularmente sobre un territorio sometido a la influencia de los rajaes, a quienes hubiera sido difícil dar alcance en sus inaccesibles retiros de los Vindhias.

Varias veces divisaron bandadas de indios feroces, que hacían un ademán de cólera, al observar el rápido paso del elefante. Por otra parte, el parsi los evitaba en lo posible, por considerarlos como gente indeseable. Durante aquellas jornadas, los animales se ofrecieron a sus miradas en escaso número; apenas algunos monos que huían haciendo mil contorsiones y muecas que divertían mucho a Picaporte.

Entre otras ideas, una inquietaba grandemente al animoso y fiel muchacho. ¿Qué haría Mr. Fogg del elefante cuando hubiese llegado a la estación de Allahabad? ¿Se lo llevaría? ¡Imposible! El precio de transporte añadido al de compra sería ruinoso. ¿Lo vendería o lo dejaría en libertad? Aquel apreciable animal bien merecía que se le tuviese consideración. Si por casualidad Mr. Fogg se lo regalase, muy apurado se vería él, Picaporte, y esto no dejaba de inquietarle.

A las ocho de la noche ya habían traspuesto la principal cadena de los Vindhias, y los viajeros hicieron alto al pie de la falda septentrional, en un *bungalow* ruinoso.

La distancia recorrida durante la jornada era de veinticinco millas y les faltaban por recorrer otras tantas para llegar a la estación de Allahabad.

La noche era fría. El parsi encendió dentro del *bungalow* una hoguera de ramas secas, cuyo calor fue acogido alegremente. La cena se compuso con las provisiones compradas en Kholby. Los viajeros comieron cual gente rendida y cansada. La conversación, que empezó con algunas frases entrecortadas, se terminó con sonoros ronquidos. El guía estuvo vigilando junto a *Klouni,* que se durmió en pie, apoyado en el tronco de un árbol gigantesco.

Ningún incidente ocurrió aquella noche. Algunos rugidos de lobos-tigres y de panteras perturbaron de cuando en cuando el silencio, mezclados con los agudos chillidos de los monos. Pero los carnívoros se contentaron con gritar y no hicieron ninguna demostración hostil contra los huéspedes del *bungalow.*

Sir Francis Cromarty dormía pesadamente como un bravo militar curtido en las fatigas. Picaporte, durante un sueño agitado, repitió las volteretas del día anterior. En cuanto a Mr. Fogg, descansó tan apaciblemente como si estuviese en el confortable dormitorio de su tranquila casa de Saville-Row.

A las seis de la mañana fue emprendida la marcha nuevamente. El guía confiaba en llegar a la estación de Allahabad aquella misma tarde. De este

modo, Mr. Fogg no perdería sino una parte de las cuarenta y ocho horas economizadas desde el principio del viaje.

Descendieron por las últimas cuestas de los Vindhias. *Kiouni* proseguía su marcha rápida, y hacia el mediodía el guía dio vuelta al villorrio de Kallenger, situado junto al Gani, uno de los afluentes del Ganges. Siempre que podía evitaba los parajes habitados, creyéndose más seguro en el campo desierto, donde se encuentran las primeras depresiones de la cuenca del gran río. La estación de Allahabad no estaba ya a más de doce millas al Nordeste. Hicieron alto bajo un bosquecillo de bananos, cuya fruta, tan sana como el pan y tan suculenta como la crema, según afirman los viajeros, fue muy apreciada.

A las dos, el guía penetró en la espesura de una selva inmensa, que debía atravesarse por un espacio de muchas millas. Prefería viajar así, a cubierto de los bosques. En todo caso, hasta entonces no había tenido ningún encuentro desagradable, y el viaje acabaría al parecer, sin accidentes, cuando el elefante, dando algunas señales de inquietud, se paró de repente.

Eran las cuatro de la tarde.

—¿Qué sucede? —preguntó Sir Francis Cromarty sacando la cabeza fuera del cuévano.

—Lo ignoro —contestó el parsi prestando oído a un murmullo confuso que se filtraba por la enramada.

Pocos momentos después el murmullo fue más perceptible. Parecía un concierto, distante aún, de voces humanas y de instrumentos de cobre.

Picaporte se volvió todo ojos y orejas. Mr. Fogg aguardaba pacientemente sin pronunciar una sola palabra. El parsi saltó a tierra, ató el elefante a un árbol y se adentró en lo más espeso del bosque. Algunos minutos después regresó diciendo:

—Una procesión de brahmanes viene hacia aquí. Si es posible, procuraremos pasar inadvertidos.

El guía desató el elefante y lo condujo a una espesura, recomendando a los viajeros que no se apeasen, mientras él mismo estaba apercibido para montar rápidamente en el caso de hacerse necesaria la fuga. Suponía que la comitiva de fieles pasaría sin descubrir su presencia, porque lo tupido de la enramada los ocultaba completamente.

Se acercaba el discordante ruido de las voces e instrumentos metálicos. Unos cantos monótonos se mezclaban con el toque de tambores y timbales. Pronto apareció bajo los árboles la cabeza de la procesión, a unos cincuenta pasos del lugar que ocupaban Mr. Fogg y sus compañeros. Distinguían con facilidad, a través de las ramas, el curioso conjunto de aquella ceremonia religiosa.

En primera línea avanzaban unos sacerdotes cubiertos de mitras y vestidos con largos y abigarrados trajes. Estaban rodeados de hombres, mujeres y niños, que cantaban una especie de salmodia fúnebre, interrumpida en intervalos iguales por golpes de tantán y de timbales. Detrás de ellos,

sobre un carro de anchas ruedas, cuyos radios figuraban con las llantas un ensortijamiento de serpientes, apareció una estatua horrorosa, tirada por dos pares de cebús ricamente enjaezados. La estatua tenía cuatro brazos, el cuerpo teñido de rojo sombrío, los ojos extraviados, el pelo enredado, la lengua colgante y los labios teñidos con henne y betel. En su cuello se arrollaba un collar de cabezas de muerto y sobre sus caderas veíase un cinturón de manos cortadas. Estaba en pie sobre un gigante derribado, al cual le faltaba la cabeza.

Sir Francis Cromarty reconoció aquella estatua.

—La diosa Kali —dijo en voz baja—; la diosa del amor y de la muerte.

—De la muerte, consiento —dijo Picaporte—; pero del amor, jamás. ¡Qué mujer tan horrible!

El parsi le hizo seña de que callara.

Alrededor de la estatua se movía y agitaba en convulsiones un grupo de ancianos faquires, listados con bandas de ocre, cubiertos de incisiones cruciales que goteaban sangre, estúpidos energúmenos que en las ceremonias indias se precipitan todavía bajo las ruedas del carro de Jaggernaut.

Detrás de ellos, algunos brahmanes, en toda la suntuosidad de su traje original, arrastraban a una mujer que apenas podía sostenerse por su propio pie.

Aquella mujer era joven y blanca como una europea. Su cabeza, cuello, hombros, orejas, brazos, manos y pulgares estaban sobrecargados de joyas, collares, brazaletes, pendientes y sortijas. Una túnica recamada de oro y recubierta de una ligera muselina dibujaba los contornos de su talle.

Detrás de la joven —contraste violento a la vista—, unos guardias, armados de sables desnudos que llevaban en el cinto y largas pistolas adamasquinadas, conducían un cadáver sobre un palanquín.

Era el cuerpo de un anciano cubierto de sus opulentas vestiduras de rajá, llevando, como en vida, el turbante bordado de perlas, el vestido tejido de seda y oro, la cintura de casimir adiamantado y sus magníficas armas de príncipe indio.

A continuación venían unos músicos y una retaguardia de fanáticos, cuyos gritos cubrían a veces el atronador estruendo de los instrumentos, los cuales cerraban el cortejo.

Sir Francis miraba toda aquella pompa con aire singularmente triste, y volviéndose hacia el guía le dijo:

—¿Un *sutty?*

El parsi hizo una seña afirmativa y puso un dedo en sus labios. La larga procesión desplegóse lentamente bajo los árboles y no tardaron en desaparecer en la profundidad de la selva.

Poco a poco, los cantos se amortiguaron. Hubo todavía algunas ráfagas de lejanos gritos, y a todo aquel tumulto sucedió un profundo silencio.

Phileas Fogg había oído la palabra pronunciada por Sir Francis Cromarty, y tan pronto como la procesión desapareció, preguntó:

—¿Qué es *sutty?*

—Un *sutty,* Mr. Fogg —contestó el brigadier general—, es un sacrificio humano, pero voluntario. Esa mujer que acaba usted de ver será quemada mañana en las primeras horas del día.

—¡Ah, pillos! —exclamó Picaporte, que no pudo contener este grito de indignación.

—¿Y el cadáver? —preguntó Mr. Fogg.

—Es el del príncipe, su marido —explicó el parsi—, un rajá independiente de Bundelkund.

—¿Cómo? —exclamó Phileas Fogg, sin que su voz revelase la menor emoción—. ¿Esas bárbaras costumbres subsisten aún en la India y los ingleses no han podido destruirlas?

—En la mayor parte de esta península —continuó Sir Francis Cromarty— esos sacrificios no se cumplen ya, pero no tenemos ninguna influencia sobre esas comarcas salvajes, y especialmente sobre ese territorio del Bundelkund. Toda la falda septentrional de los Vindhias es teatro de incesantes muertes y saqueos.

—¡Desdichada! —comentaba Picaporte—. ¡Quemada viva...!

—Sí —repuso el brigadier general—, quemada; y si no lo fuera, no pueden ustedes imaginar siquiera a qué miserables condiciones se vería reducida por sus mismos deudos. Le afeitarían la cabeza, le darían por alimento algunos puñados de arroz, la rechazarían, sería considerada como una criatura inmunda y moriría en algún rincón como un perro sarnoso. Por eso, la perspectiva de esa horrible existencia impele frecuentemente a esas infortunadas criaturas al suplicio mucho más que el amor o el fanatismo religioso. No obstante, en algunas ocasiones, el sacrificio es realmente voluntario, y se necesita la enérgica intervención del Gobierno para impedirlo. Así fue cómo, hace algunos años, residiendo en Bombay, una joven viuda pidió al Gobierno autorización para quemarse con el cuerpo del marido. Como pueden ustedes suponer, el Gobierno lo negó. Entonces la viuda corrió a refugiarse en el territorio de un rajá independiente, donde consumó su sacrificio.

Durante la relación del brigadier general, el guía movía la cabeza, y cuando aquél concluyó de hablar, este último dijo:

—El sacrificio que ha de celebrarse mañana al amanecer no es voluntario.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Es una historia conocida por todos los habitantes del territorio de Bundelkund —respondió el guía.

—Sin embargo, esa desventurada no parece ofrecer resistencia alguna —observó Sir Francis Cromarty—. Porque la han embriagado con zumo de cáñamo y de opio.

—Pero, ¿adónde la conducen?

—A la pagoda de Pillaji, a dos millas de aquí. Allí pasará la noche esperando la hora del sacrificio.

—¿Y ese sacrificio se celebrará...?

—Mañana, con los primeros albores del día.

Después de esta contestación, el guía hizo salir de la espesura el elefante y montó sobre su cuello. Pero en el momento en que iba a excitarle con un silbido particular, Mr. Fogg le detuvo y, dirigiéndose a Sir Francis Cromarty, le dijo:

—¿Y si salvásemos a esa mujer?

—¡Salvar a esa mujer, Mr. Fogg! —exclamó el brigadier general.

—Cuento aún con doce horas de adelanto y puedo dedicarlas a eso.

—¡Sois entonces hombre de corazón! —dijo Sir Francis Cromarty.

—Algunas veces —contestó sencillamente Phileas Fogg—; cuando me sobra tiempo.

CAPÍTULO XIII

DONDE PICAPORTE DEMUESTRA UNA VEZ MÁS QUE LA FORTUNA AYUDA SIEMPRE A LOS AUDACES

El intento era atrevido, lleno de dificultades, de imposible realización quizá. Mr. Fogg iba a arriesgar su vida o, al menos, su libertad, y, por tanto, el éxito de sus proyectos; pero no vaciló. Tenía, además, en Sir Francis Cromarty un decidido auxiliar.

En cuanto a Picaporte, estaba preparado y se podía disponer de él. La idea de su amo le exaltaba. La sentía con alma y corazón bajo aquella corteza de hielo, y se iba encariñando con él de veras.

Quedaba el guía. ¿Qué partido tomaría en el asunto? ¿No se inclinaría en favor de sus compatriotas?

A falta de su concurso, era menester asegurar, cuando menos, su neutralidad.

Sir Francis le planteó la cuestión con toda franqueza.

—Mi oficial —respondió el guía—, soy parsi, y mi mujer es parsi; dispongan ustedes de mí.

—Bien, guía —dijo Mr. Fogg.

—Sin embargo, sépanlo ustedes bien —repuso el parsi—: no tan sólo arriesgamos nuestra vida, sino suplicios horribles si nos cogen. Mírenlo, pues.

—Mirado está —respondió Mr. Fogg—. Creo que debemos aguardar la noche para obrar.

—Así opino yo también —respondió el guía, visiblemente aliviado.

El valiente indio expuso entonces algunos pormenores acerca de la víctima. Era una india de célebre belleza y de raza parsi, hija de acaudalados comerciantes de Bombay. Había recibido en esta ciudad una educación completamente inglesa, y por sus modales e instrucción hubiera podido pasar por europea. Se llamaba Auda.

Huérfana, fue casada, a pesar suyo, con aquel viejo rajá de Bundelkund. Tres meses después enviudó y, sabiendo la suerte que la esperaba, se escapó, pero fue cogida en su fuga, y los parientes del rajá, que tenían inte-

rés en su muerte, la condenaron a aquel suplicio, del cual era difícil que escapase.

Semejante relación de hechos tenía que arraigar en Mr. Fogg y sus compañeros su generosa resolución. Se decidió que el guía conduciría el elefante hacia la pagoda de Pillaji, a la cual debería acercarse todo lo posible.

Media hora más tarde se hizo alto en un bosque a quinientos pasos de la pagoda, que no podía percibirse, pero los alaridos de los fanáticos se oían con toda claridad.

Los medios de llegar hasta la víctima fueron discutidos entonces. El guía apenas conocía aquella pagoda de Pillaji, en la cual afirmaba que la joven estaba encarcelada. ¿Podría penetrarse por una de las puertas cuando toda la banda estuviese sumida en el sueño de la embriaguez, o sería necesario abrir un boquete en la pared? Esto no podía decidirse sino en el momento y en el mismo lugar de la acción; pero lo indudable era que el rapto debía llevarse a cabo aquella misma noche, y no cuando la víctima fuese conducida al suplicio, porque entonces ninguna intervención humana podría salvarla.

Mr. Fogg y sus compañeros aguardaron la noche, y tan pronto como llegó la oscuridad, hacia las seis de la tarde, resolvieron efectuar un reconocimiento alrededor de la pagoda. Los últimos gritos de los faquires se extinguieron entonces. Según su costumbre, aquellos indios debían hallarse entregados a la pesada embriaguez del «hang», opio líquido, mezclado con infusión de cáñamo, y quizá sería posible deslizarse entre ellos hasta la pagoda.

El parsi, guiando a Mr. Fogg, al brigadier Sir Francis Cromarty y a Picaporte, se deslizó cautelosamente hacia la pagoda a través del bosque. Después de arrastrarse en silencio durante diez minutos, por las matas, llegaron al borde de un riachuelo, y allí, a la luz de las antorchas de hierro impregnadas de resina, divisaron un montón de leña apilada. Era la hoguera formada con sándalo precioso y bañada ya con aceite perfumado. En su parte posterior descansaba, embalsamado, el cuerpo del rajá, que debía arder al mismo tiempo que la viuda. A cien pasos de esta hoguera se elevaba la pagoda, cuyos alminares se esfumaban en la sombra por encima de los árboles.

—Vengan ustedes —dijo el guía.

Y redoblando las precauciones, seguido de sus compañeros, se deslizó en silencio a través de las altas hierbas.

El silencio sólo era interrumpido por el murmullo del viento en las ramas.

Poco después el guía se detuvo en la extremidad de un claro iluminado por algunas antorchas. El suelo aparecía cubierto de grupos de durmientes entorpecidos por la embriaguez. Parecía un campo de batalla sembrado de muertos. Hombres, mujeres, niños, todos estaban mezclados. Algunos había, acá y acullá, que dejaban oír el ronquido de la embriaguez.

Al fondo, entre la masa de árboles, se alzaba confusamente el templo de Pillaji; pero con gran despecho por parte del guía, los guardias del rajá, alumbrados por antorchas fuliginosas, vigilaban la puerta paseándose sable en mano. Había que suponer que en el interior los sacerdotes estarían velando también.

El parsi no se adelantó más, porque había reconocido la imposibilidad de forzar la entrada del templo, e hizo retroceder a sus acompañantes.

Phileas Fogg y Sir Francis Cromarty habían comprendido, como él, que no podían intentar nada por aquella parte.

Se detuvieron y conferenciaron en voz baja.

—Aguardemos —dijo el brigadier general—; no son más que las ocho todavía, y es probable que esos guardias sucumban también al sueño.

—Probable es, en efecto —admitió el parsi.

Phileas Fogg y sus compañeros se recostaron, pues, al pie de un árbol y esperaron.

El tiempo se les hacía muy largo. De cuando en cuando el guía los dejaba e iba a observar. Los guardias del rajá seguían vigilando cuidadosamente a la luz de las antorchas, y una luz vaga se filtraba por las ventanas de la pagoda.

Esperaron hasta medianoche. La situación no variaba en nada. Había fuera la misma vigilancia y era evidente que no podía contarse con el sueño de los guardias. La embriaguez del «hang» les había sido probablemente dispensada. Era menester, pues, obrar de otro modo y penetrar por una abertura hecha en la muralla de la pagoda. Restaba la cuestión de saber si los sacerdotes vigilaban cerca de su víctima con tanto celo como los soldados en la puerta del templo.

Después de otra conversación, el guía estuvo dispuesto a marchar. Mr. Fogg, Sir Francis y Picaporte le siguieron. Dieron una vuelta bastante larga con objeto de alcanzar la pagoda por detrás.

A las doce y media de la noche llegaron al pie de los muros sin haber encontrado a nadie. Ninguna vigilancia existía por ese lado, pero tampoco había en él ni puerta ni ventanas.

La noche era sombría. La luna, entonces en su último cuarto, desaparecía apenas del horizonte, encapotado con algunos nubarrones. La altura de los árboles aumentaba aún más la oscuridad.

Pero no bastaba haber llegado al pie de las murallas; era preciso abrir un boquete, y para esta operación, Phileas Fogg y sus compañeros no tenían otra cosa que navajas. Por fortuna, las paredes del templo estaban hechas de una mezcla de ladrillos y madera, que no era difícil de perforar. Una vez quitado el primer ladrillo, los otros seguirían fácilmente.

Comenzaron a trabajar haciendo el menor ruido posible. El parsi por un lado y Picaporte por otro trabajaban en arrancar los ladrillos, de manera que pudiera obtenerse un boquete de dos pies de anchura.

El trabajo adelantaba, cuando se oyó un grito en el interior, y casi al punto le respondieron desde fuera con otros gritos.

Picaporte y el guía interrumpieron su trabajo. ¿Los habrían descubierto? ¿Se habían dado el alerta? La prudencia más elemental les recomendaba que se fueran, lo cual hicieron al propio tiempo que Phileas Fogg y Sir Francis Cromarty. Se ocultaron de nuevo bajo la espesura del bosque, aguardando que la alarma, si la había, se desvaneciese y dispuestos a proseguir la operación inmediatamente.

Pero, ¡contratiempo funesto! Unos guardias aparecieron al otro lado de la pagoda, instalándose allí para impedir la aproximación.

Difícil sería describir el despecho de aquellos cuatro hombres que se veían interrumpidos en su tarea. No pudiendo llegar hasta la víctima, ¿cómo la salvarían? Sir Francis Cromarty se roía los puños. Picaporte estaba fuera de sí y apenas podía contenerle el guía. El impasible Fogg aguardaba, sin expresar sus sentimientos.

—¿Ya no nos resta más que reanudar nuestro viaje? —preguntó el brigadier general en voz baja.

—No tenemos otro remedio —respondió el guía.

—Aguarden aún —dijo Fogg—. Me basta llegar a Allahabad antes del mediodía.

—Pero, ¿qué espera usted? —inquirió Sir Francis Cromarty—. Dentro de algunas horas, será de día, y...

—La probabilidad que se nos puede aparecer de nuevo en el momento supremo.

El brigadier general hubiera querido leer en los ojos de Phileas Fogg.

¿Con qué pensaba contar aquel inglés frío y calmoso? ¿Querría precipitarse sobre la joven en el momento del suplicio y arrebatarla a sus verdugos abiertamente?

Hubiera sido locura, y no podía admitirse que aquel hombre estuviera loco hasta ese punto. No obstante, Sir Francis consintió en esperar hasta el desenlace de tan terrible escena; pero el guía no dejó a sus compañeros en el paraje donde se habían refugiado, sino que los condujo al sitio que precedía a la plazoleta donde dormían los indios. Abrigados por un grupo de árboles, nuestros viajeros podrían observar lo que había de pasar sin ser vistos.

Entretanto, Picaporte, sentado en las primeras ramas de un árbol, estaba rumiando una idea que primeramente había cruzado por su mente como un relámpago y acabó por incrustarse en su cerebro.

Había comenzado a decir para sí: «¡Qué locura!» Y entonces repetía: «¿Y por qué no? ¡Es una probabilidad, quizá la única, y con semejantes brutos...!»

En todo caso, Picaporte no formuló de otro modo su pensamiento; pero no tardó en deslizarse con flexibilidad de serpiente bajo las ramas inferiores del árbol, cuya extremidad se inclinaba sobre el suelo.

Las horas pasaban, y bien pronto algunos matices menos sombríos anunciaron la proximidad del día. Sin embargo, la oscuridad era profunda.

Aquel era el momento preciso. Hubo como una resurrección en la adormecida multitud. Los grupos se animaron. Resonaron los golpes de tantán y estallaron otra vez los gritos y los cánticos.

Para la infortunada víctima había llegado la hora de la muerte.

En el acto, las puertas de la pagoda se abrieron. Una luz viva se escapó del interior. Y Mr. Fogg y Sir Francis Cromarty pudieron percibir a la víctima vivamente alumbrada, que dos sacerdotes sacaban fuera. Hasta les pareció que, sacudiendo el entorpecimiento de la embriaguez por un supremo instinto de conservación, la desgraciada intentaba huir de entre las manos de sus verdugos. El corazón de Sir Francis Cromarty palpitó y, por un movimiento convulsivo, asiendo la mano de Phileas Fogg, sintió que esta mano sostenía una navaja abierta.

En aquel momento, la multitud se puso en movimiento. La joven había caído en ese entorpecimiento provocado por el humo del cáñamo. Pasó por entre los faquires que la escoltaban con sus vociferaciones religiosas.

Phileas Fogg y sus compañeros la siguieron, mezclándose entre las últimas filas de la multitud.

Dos minutos más tarde llegaban al borde del río y se detenían a menos de cincuenta pasos de la hoguera, sobre la cual estaba el cuerpo del rajá. Entre la semioscuridad vieron a la víctima inerte, tendida junto al cadáver de su esposo.

En seguida acercaron una tea y la leña impregnada de aceite se inflamó inmediatamente.

Entonces, Sir Francis y el guía retuvieron a Phileas Fogg, que en un momento de generosa demencia intentaba arrojarse sobre la hoguera...

Pero Phileas Fogg los había ya repelido, cuando la escena cambió de repente. Hubo un grito de terror y toda aquella muchedumbre se arrojó a tierra amedrentada.

Supusieron que el viejo rajá no había muerto, puesto que le vieron de repente levantarse, tomar a la joven mujer en sus brazos y bajar de la hoguera en medio de torbellinos de humo que le daban una apariencia de espectro.

Los faquires, los guardias, los sacerdotes, acometidos de súbito terror hallábanse tendidos boca abajo sin atreverse a levantar la vista ni mirar semejante prodigio.

La inanimada víctima pasó a los vigorosos brazos que la llevaban sin que les pareciese pesada. Fogg y Francis habían permanecido en pie; el parsi había inclinado la cabeza.

El resucitado llegó adonde estaban Mr. Fogg y Sir Francis Cromarty y, con voz breve, dijo:

—¡Huyamos!

¡Era Picaporte en persona, quien se había deslizado hasta la hoguera en medio del denso humo! Era Picaporte que, aprovechando la oscuridad que reinaba aún, había libertado de la muerte a la joven! ¡Era Picaporte, quien, haciendo su papel con gran audacia, pasaba por en medio del espantado público con la mujer en brazos!

Un instante después, los cuatro desaparecieron por la selva a lomos del elefante, que trotaba rápidamente. Pero entonces, los gritos, los clamores y una bala que atravesó el sombrero de Phileas Fogg les anunciaron que el ardid había sido descubierto.

En efecto, sobre la inflamada hoguera se destacaba entonces el cuerpo del viejo rajá. Los sacerdotes, repuestos de su espanto, habían comprendido que acababa de efectuarse un rapto ante sus mismos ojos.

Al punto se precipitaron al bosque, siguiéndoles los guardias, que hicieron una descarga; pero los raptores huían rápidamente, y en pocos momentos se hallaron fuera del alcance de las balas y de las flechas.

CAPÍTULO XIV

EN EL QUE PHILEAS FOGG DESCIENDE TODO EL ADMIRABLE VALLE DEL GANGES SIN SIQUIERA PENSAR EN VERLO

Había tenido éxito el atrevido rapto de Auda y, una hora después, Picaporte se estaba riendo aún de su triunfo. Sir Francis Cromarty había estrechado la mano del intrépido muchacho. Su amo le había dicho: «Bien», lo cual, en boca de ese impasible caballero, equivalía a una honrosa aprobación. A esto había respondido Picaporte que todo el honor de la hazaña correspondía a su amo. Para él no había habido más que una chistosa ocurrencia, y se reía al pensar que durante algunos instantes, él, Picaporte, antiguo gimnasta, ex sargento de bomberos, había sido el viudo de una linda dama, un viudo a punto de ser incinerado.

En cuanto a la joven india, no había tenido consciencia de lo sucedido. Envuelta en mantas de viaje, descansaba entonces en uno de los cuévanos.

Entre tanto, el elefante, guiado con mucha seguridad por el parsi, corría rápidamente por la selva, todavía oscura. Una hora después de haber dejado la pagoda de Pillaji, se lanzaba a través de una dilatada llanura. A las siete se hizo alto. La joven seguía en una postración completa. El guía le hizo beber algunos tragos de agua y de coñac, pero la influencia embriagante que pesaba sobre ella debía prolongarse todavía por algún tiempo.

Sir Francis Cromarty, que conocía los efectos de la embriaguez producida por la inhalación de los vapores de cáñamo, no abrigaba inquietud alguna.

Pero aunque el restablecimiento de la joven india no inquietaba el ánimo del brigadier general, no le sucedía lo mismo cuando pensaba el porvenir. No vaciló, pues, en decir a Phileas Fogg que si Auda se quedaba en la India, volvería a caer irremisiblemente en manos de sus verdugos. Estos energúmenos se extendían por toda la península indostánica, y ciertamente, a pesar de la Policía inglesa, recobrarían a su víctima, fuese en Madrás, Bombay o Calcuta. Y Sir Francis Cromarty citaba en apoyo de su afirmación un hecho de igual naturaleza que había ocurrido recientemente. A su modo de pensar, la joven sólo estaría en seguridad marchándose del Indostán.

Phileas Fogg respondió que tendría presente semejante observación y resolvería.

Hacia las diez, el guía anunció la estación de Allahabad. Allí arrancaba de nuevo la interrumpida línea férrea, cuyos trenes recorren en menos de un día y una noche la distancia que separa Allahabad de Calcuta.

Phileas Fogg llegaría, pues, con el tiempo suficiente para tomar el vapor que partía al siguiente día, 25 de octubre, a las doce de la mañana, en dirección de Hong-Kong.

La joven fue depositada en un cuarto de la estación. Se encargó a Picaporte que fuese a comprar para ella algunos objetos de tocador, vestido, chal, abrigo, etcétera. Su amo le abrió crédito ilimitado.

Picaporte partió al punto y recorrió las calles de la población. Allahabad es la ciudad de Dios, una de las más venerables de la India en razón de estar construida en la confluencia de los dos ríos sagrados: el Ganges y el Junna, cuyas aguas atraen a los peregrinos de toda la península indostánica. Sabido es, por otra parte, que según la leyenda del *Ramayana,* el Ganges nace en el cielo, desde donde, gracias a Brahma, baja hasta la tierra.

Mientras hacía sus compras, Picaporte vio la ciudad, antes defendida por un fuerte magnífico, que se ha convertido, en la actualidad, en prisión del Estado. Ya no hay comercio ni industria en esta población, antes industrial y mercantil. Picaporte, que buscaba en vano una tienda de novedades, como si hubiera estado en Regent-Street, a algunos pasos de Farmer y Co, no halló más que a un revendedor, viejo judío dificultoso, que le diese los objetos que necesitaba: un vestido de tela escocesa, un ancho mantón y un magnífico abrigo de pieles de nutria, por todo lo cual no vaciló en pagar setenta y cinco libras. Y luego se volvió triunfante a la estación.

Auda empezaba a recobrar el conocimiento. La influencia del narcótico que le habían administrado los sacerdotes de Pillaji se iba disipando poco a poco y sus hermosos ojos recobraban toda su dulzura india.

Cuando el rey poeta, Uxaf Uddol, celebra los encantos de la reina de Almahnagra, se expresa así:

«Su brillante cabellera, regularmente dividida en dos partes, sirve de cerco a los armoniosos contornos de sus mejillas delicadas y blancas, brillantes de lustre y de frescura. Sus cejas de ébano tienen la forma y la fuerza del arco de Kama, dios de amor, y bajo sus sedosas pestañas, en la negra pupila de sus grandes ojos límpidos, nadan como en los lagos sagrados del Himalaya los más puros reflejos de la celeste luz. Pequeños, iguales y blancos, sus dientes resplandecían entre la sonrisa de sus labios, como gotas de rocío en el seno semicerrado de una flor de granado. Sus lindas orejas de simétricas curvas, sus sonrosadas manos, sus piececitos, arqueados y tiernos como las yemas del loto, brillan con el resplandor de las más bellas perlas de Ceylán, de los más bellos diamantes de Golconda. Su delgada y flexible cintura, que puede abarcarse con una sola mano, realza la elegante

configuración de sus redondas caderas y la riqueza de su busto, en el cual la juventud en flor ostenta sus más perfectos tesoros; y bajo los sedosos pliegues de su túnica parece haber sido cincelada en la plata por la mano divina de Vicvacarma, el escultor eterno.»

Pero sin toda esa amplificación poética, baste decir que Auda, la viuda del rajá del Bundelkund, era una hermosa mujer en toda la acepción europea de la palabra. Hablaba inglés con suma pureza y el guía no había exagerado al afirmar que aquella joven parsi había sido transformada por la educación.

Entre tanto, el tren iba a dejar la estación de Allahabad. El parsi estaba esperando. Mr. Fogg le pagó lo convenido, sin darle un farthing más. Esto asombró algo a Picaporte, que sabía todo lo que debía su amo a la adhesión del guía. El parsi había, en efecto, arriesgado la vida voluntariamente en el lance de Pillaji, y si más tarde los indios llegaban a saberlo, difícilmente se libraría de su venganza.

Quedaba también por ventilar la cuestión de *Kiouni.* ¿Qué hacían de un elefante que tan caro había costado?

Pero Phileas Fogg había tomado ya una resolución.

—Parsi —dijo al guía—, has sido servicial y adicto. He pagado tu servicio, pero no tu adhesión. ¿Quieres ese elefante? Tuyo es.

Los ojos del guía brillaron.

—¡Es una fortuna lo que me da Vuestro Honor! —exclamó.

—Acéptala —insistió Mr. Fogg— y aún seré deudor tuyo.

—¡Enhorabuena! —exclamó Picaporte—. Toma, amigo mío; *Kiouni* es un animal animoso y valiente.

Y yendo hacia el elefante, le ofreció algunos terrones de azúcar, diciendo:

—¡Toma, *Kiouni,* toma, toma!

El elefante lanzó algunos gruñidos de satisfacción, y luego cogió a Picaporte por la cintura y lo levantó hasta la altura de su cabeza. Picaporte, sin asustarse, hizo una caricia al animal, el cual lo volvió a dejar en tierra suavemente, y al apretón de trompa del buen *Kiouni* respondió un apretón de manos del honrado mozo.

Pocos momentos después, Phileas Fogg, Sir Francis Cromarty y Picaporte, instalados en un cómodo vagón cuyo mejor asiento iba ocupado por Auda, corrían a todo vapor hacia Benarés.

Ochenta millas a lo sumo separan a esta ciudad de Allahabad, las cuales fueron recorridas en dos horas.

Durante el trayecto, la joven recobró por completo los sentidos, quedando disipados los vapores embriagadores del *hang.*

¡Cuál fue su asombro al encontrarse en aquel compartimiento del ferrocarril, vestida a la europea y en medio de viajeros que le eran desconocidos en absoluto!

Principiaron sus compañeros prodigándole cuidados y reanimándola con algunas gotas de licor, y después el brigadier general le refirió lo ocurrido. Insistió sobre la decisión de Phileas Fogg, que no había vacilado en comprometer su vida para salvarla, y sobre el desenlace de la aventura, debido a la audaz imaginación de Picaporte.

Mr. Fogg le dejó hablar, sin decir una palabra. Picaporte, avergonzado, repetía que la cosa no merecía tanto.

Auda dio gracias a sus libertadores, con una efusión expresada con las lágrimas más que por sus palabras. Sus hermosos ojos, mejor que sus labios, fueron los intérpretes de su reconocimiento. Y después, llevándola en pensamientos a las escenas del *sutty,* y viendo sus miradas esa tierra india donde tantos peligros la amenazaban, fue acometida de un estremecimiento de terror.

Phileas Fogg comprendió lo que pasaba en el ánimo de Auda, y para tranquilizarla le ofreció con mucha frialdad conducirla a Hong-Kong, donde viviría hasta que aquel asunto se olvidase.

Auda aceptó la oferta con reconocimiento. Precisamente residía en Hong-Kong uno de sus parientes, parsi como ella, y uno de los principales comerciantes de la ciudad, que es por completo inglesa, aun cuando se halla en las costas de China.

A las dos y media el tren se detenía en la estación de Benarés. Las leyendas indias afirman que esta ciudad ocupa el sitio de la vetusta Casi, que antiguamente hallábase suspendida en el espacio entre el cenit y el nadir, como la tumba de Mahoma. Pero en la época actual, más positiva, Benarés, la Atenas de la India, según los orientalistas, descansaba prosaicamente sobre el suelo, y Picaporte pudo, por un momento, entrever sus casas de ladrillo y sus chozas de cañizos, que le daban un aspecto desairado en absoluto, sin color local ninguno.

Allí debía detenerse Sir Francis Cromarty. Las tropas de cuyo mando debía hacerse cargo estaban acampadas a algunas millas al Norte. El brigadier general se despidió de Phileas Fogg, deseándole todo el éxito posible y expresando el voto de que repitiese el viaje de un modo menos original y más provechoso. Mr. Fogg estrechó ligeramente los dedos de su compañero de viaje. Los cumplidos de Auda fueron más afectuosos. Jamás olvidaría ella lo que debía a Sir Francis Cromarty.

En cuanto a Picaporte, fue honrado con un buen apretón de manos de parte del brigadier general. Conmovido, le preguntó cuándo podría prestarle algún servicio. Después se separaron.

Desde Benarés, la vía férrea seguía en buena parte el valle del Ganges. A través de los cristales del vagón, y con un tiempo sereno, contemplaban el paisaje variado de Behar, montañas cubiertas de verdor, campos de cebada, maíz y trigo, ríos y estanques poblados por verdosos caimanes, aldeas bien acondicionadas y selvas que aún conservaban la hoja. Algunos elefantes y cebús con su protuberancia dorsal o giba como los camellos, iban a

bañarse a las aguas del río sagrado, y también a pesar de lo adelantado de la estación y de la temperatura ya fría, veíanse cuadrillas de indios de ambos sexos que cumplían piadosamente sus santas abluciones. Esos fieles, encarnizados enemigos del budismo, son sectarios fervientes de la religión brahmánica, que se encarna en tres personas: Visnú, la divinidad solar; Siva, la personificación divina de las fuerzas naturales, y Brahma, el jefe supremo de los sacerdotes y legisladores. ¡Pero con qué ojo Brahma, Siva y Visnú debían considerar a esa India, ahora britanizada, cuando algún barco de vapor pasaba silbando y turbaba las aguas sagradas del Ganges, espantando a las gaviotas que revoloteaban en la superficie, a las tortugas que pululaban en sus orillas y a los devotos tendidos a lo largo de sus márgenes!

Todo este panorama desfiló como un relámpago, y frecuentemente sus pormenores quedaron ocultos por una nube de vapor blanco. Los viajeros apenas pudieron entrever el fuerte de Chunar, a veinte millas al sur de Benazepur, y sus importantes fábricas de agua de rosas; el sepulcro de Lord Cornwallis, que se eleva en la orilla izquierda del Ganges; la ciudad fortificada de Buxar, Patna, la gran población industrial y mercantil donde existe el principal mercado de opio de la India; Monghir, ciudad, más que europea, inglesa como Manchester o Birmingham, conocida por sus fundiciones de hierro, sus fábricas de armas blancas y cuyas altas chimeneas parecían tiznar con su negro humo el cielo de Brahma, ¡verdadera mancha en el país de los ensueños!

Después llegó la noche y, entre los alaridos de los tigres, osos y lobos que huían ante la locomotora, el tren pasó a toda velocidad, no pudiéndose, pues, ver nada de las maravillas de Bengala, ni Golconda, ni las ruinas de Gur, ni Muhshedabad, que antes fue capital, ni Burdwan, ni Huly, ni Chandernagor, ese punto francés del territorio indio, donde se hubiera conmovido Picaporte al ver ondear la bandera de su patria.

Por último, a las siete de la mañana llegaron a Calcuta. El vapor que salía para Hong-Kong no levaba anclas hasta mediodía; Phileas Fogg podía disponer, por consiguiente, de cinco horas.

Según su itinerario, debía llegar a la capital de la India el 25 de octubre, veintitrés días después de haber salido de Londres, y llegaba el día fijado. No venía, pues, ni adelantado ni atrasado. Desgraciadamente, los días ganados entre Londres y Bombay quedaban perdidos, del modo que se sabe, en la travesía de la península indostánica, pero es de suponer que Phileas Fogg no lo sentía.

CAPÍTULO XV

DONDE EL SACO DE BILLETES DE BANCO SE ALIGERA DE ALGUNOS MILLARES DE LIBRAS MÁS

El tren se detuvo en la estación. Picaporte se apeó el primero y fue seguido de Mr. Fogg, quien ayudó a su joven compañera a descender al andén. Phileas Fogg pensaba ir directamente al vapor de Hong-Kong, con objeto de instalar allí convenientemente a Mrs. Auda, de quien no quería separarse mientras estuviesen en aquel país tan peligroso para ella.

Cuando Mr. Fogg iba a salir de la estación, se acercó a él un agente de Policía y le dijo:

—¿El señor Phileas Fogg?

—Yo soy.

—¿Es ese hombre su criado? —añadió el agente designando a Picaporte.

—Sí.

—Tengan ustedes la bondad de seguirme.

Mr. Fogg no hizo movimiento alguno que demostrase la menor sorpresa. El agente era un representante de la ley, y para todo inglés, la ley es sagrada. Picaporte, con sus hábitos franceses, quiso hacer observaciones, pero el agente le tocó con su varilla y Phileas Fogg le hizo seña de obedecer.

—¿Puede acompañarme esta dama, señor? —preguntó Mr. Fogg.

—Puede hacerlo —le respondió el agente.

Mr. Fogg, Auda y Picaporte fueron conducidos a un *palkighari*, especie de carruaje de cuatro ruedas y cuatro asientos, tirado por dos caballos. Partieron sin que nadie hablase durante el trayecto, que duró unos veinte minutos.

Primeramente el carruaje atravesó la ciudad negra, de calles estrechas formadas por unos casuchos donde pululaba una población cosmopolita, sucia y andrajosa, y luego pasó por la ciudad europea, embellecida con casas de ladrillo, adornada de palmeras, erizada de arboledas, y que a pesar de la hora tan temprana recorríanla ya elegantes jinetes y magníficos trenes.

El *palkighari* se paró delante de una habitación de apariencia sencilla, pero que no parecía apropiada para usos domésticos. El agente hizo bajar a sus presos —pues bien podía dárseles ese nombre—, y los condujo a un aposento con rejas, diciéndoles:

—A las ocho y media comparecerán ustedes ante el juez Obadiah.

—¡Vamos, nos han cogido! —exclamó Picaporte, dejándose caer sobre una silla.

Auda, procurando en vano disfrazar su emoción, dijo a Mr. Fogg:

—¡Es necesario que me abandone! ¡Se ve usted perseguido por mi causa! ¡Es por haberme salvado!

Phileas Fogg se contentó con responder que eso no era posible. ¡Perseguido por ese asunto del *sutty!* ¡Inadmisible! ¿Cómo se atreverían a presentarse los que se querellasen? Había sin duda alguna equivocación. Mr. Fogg añadió que en todo caso no abandonaría a la joven y la conduciría a Hong-Kong.

—¡Pero el buque leva anclas a las doce! —dijo Picaporte.

—Antes de las doce estaremos a bordo —contestó sencillamente el impasible *gentleman.*

Quedó esto afirmado tan terminantemente, que Picaporte no pudo menos de decir para sí:

—¡Diantre, cierto será! Antes de las doce estaremos a bordo —pero esto no le tranquilizaba por completo.

A las ocho y media la puerta del cuarto se abrió. El agente de Policía volvió a presentarse e introdujo a los presos en la pieza vecina. Era ésta una sala de audiencia, y había un público bastante numeroso compuesto de europeos y de indígenas, que ocupaban la sala.

Mr. Fogg, Mrs. Auda y Picaporte se sentaron en un banco, enfrente de los asientos reservados para el juez y el escribano.

Ese juez, el juez Obadiah, no tardó en llegar seguido del escribano. Era un señorón regordete. Tomó una peluca que estaba colgada de un clavo y se la puso con presteza.

—La primera causa —dijo, pero llevando la mano a su cabeza, exclamó—: ¡Eh! ¡Si no es mi peluca!

—En efecto, señor Obadiah, es la mía —repuso el escribano.

—Querido señor Oysterpuf, ¿cómo quiere usted que un juez pueda dictar una buena sentencia con la peluca de un escribano?

Verificóse el cambio de pelucas. Durante estos preliminares, Picaporte hervía de impaciencia porque la aguja le parecía andar terriblemente deprisa en el gran reloj del estrado.

—La primera causa —repitió entonces el juez Obadiah.

—¡Phileas Fogg! —llamó el escribano Oysterpuf.

—Presente —respondió Mr. Fogg.

—¡Picaporte!

—¡Presente!

—¡Bien! —dijo el juez Obadiah—. Hace dos días, acusados, les están espiando en todos los trenes de Bombay.

—¿Pero de qué nos acusan? —exclamó Picaporte impaciente.

—Van a saberlo —contestó el juez.

—Caballero —dijo entonces Mr. Fogg—, soy ciudadano inglés y tengo derecho...

—¿Le han faltado a usted los miramientos? —preguntó Mr. Obadiah.

—De ningún modo.

—¡Bien! Que entren, pues, los querellantes.

Por orden del juez se abrió una puerta y tres sacerdotes indios fueron introducidos por el alguacil.

—¿No lo decía yo? —dijo Picaporte—. ¡Esos bribones son los que querían quemar a esa joven señora!

Los sacerdotes se mantuvieron en pie delante del juez, y el escribano leyó en voz alta una querella de sacrilegio formulada contra el señor Phileas Fogg y su criado, acusados de haber profanado un lugar sagrado por la religión brahmánica.

—¿Han oído ustedes? —preguntó el juez a Phileas Fogg.

—Sí, señor —respondió Mr. Fogg mirando el reloj—, y lo confieso.

—¡Ah! ¿Conque lo confiesa usted?

—Lo confieso, y estoy aguardando a que esos tres sacerdotes declaren a su vez lo que querían hacer en la pagoda de Pillaji.

Los sacerdotes se miraron. No comprendían, al parecer, nada de las palabras del acusado.

—¡Sin duda! —exclamó Picaporte—. ¡En esa pagoda de Pillaji, ante la cual iban a quemar a su víctima!

Los sacerdotes volvieron a quedar estupefactos, y asombrándose profundamente también el juez Obadiah.

—¿Qué víctima? —preguntó—. ¿Quemar a quién? ¿En medio de la ciudad de Bombay?

—¿Bombay? —exclamó Picaporte.

—Sin duda. No se trata de la pagoda de Pillaji, sino de la pagoda de Malabar Hill, en Bombay.

—Y como pieza de convicción, he aquí los zapatos del profanador —añadió el escribano, colocando un par de ellos encima de la mesa.

—¡Mis zapatos! —exclamó Picaporte, quien, altamente sorprendido, no pudo contener esta involuntaria exclamación.

Fácil es comprender lo confundidos que quedarían amo y criado. Se habían olvidado del incidente de Bombay, y éste era precisamente el que los traía ante el magistrado de Calcuta.

En efecto, el agente Fix había comprendido todo el partido que podía sacar de tan desdichado asunto. Atrasando su marcha doce horas, había ido a aconsejar lo que debían hacer los sacerdotes de Malabar-Hill. Les había prometido resarcimiento de perjuicios, sabiendo muy bien que el

Gobierno inglés se mostraba muy severo con semejantes delitos, y después, por el tren siguiente, los había hecho ir en seguimiento de los culpables. Pero a causa del tiempo empleado en libertar a la joven viuda, Fix y los indios llegaron a Calcuta antes que Phileas Fogg y su criado, a quienes los magistrados, prevenidos por despacho telegráfico, debían hacer prender al apearse del tren.

Júzguese el despecho de Fix cuando supo que Phileas Fogg no había llegado a la capital del Indostán. Debió de creer que el ladrón, deteniéndose en una de las estaciones, se había refugiado en una de las provincias septentrionales. Durante veinticuatro horas, Fix estuvo de acecho en la estación, entregado a mortales inquietudes.

¡Cuál fue después su alegría al verle aquella misma mañana bajar del vagón en compañía, es cierto, de una joven cuya presencia no podía explicar! Al punto envió contra él un agente de Policía, y así Fogg, Picaporte y la viuda del rajá de Bundelkund fueron conducidos ante el juez Obadiah.

A no estar Picaporte tan preocupado, habría visto en un rincón de la sala al detective, que asistía al juicio con interés fácil de comprender, porque en Calcuta, como en Bombay y como en Suez, no tenía aún el mandamiento de prisión.

Entretanto, el juez Obadiah había tomado nota de la confesión que se le había escapado a Picaporte, quien hubiera dado todo lo que poseía para poder retirar sus imprudentes palabras.

—¿Los hechos se confiesan? —dijo el juez.

—Confesados —replicó Mr. Fogg.

—Visto —repuso el juez— que la ley inglesa entiende proteger igual y rigurosamente todas las religiones de las poblaciones indias; estando el delito confesado por el señor Picaporte; convencido de haber profanado con sacrílego pie el pavimento de la pagoda de Malabar-Hill, en Bombay, el día 20 de octubre, condena al susodicho Picaporte a quince días de prisión y una multa de trescientas libras.

—¿Trescientas libras? —exclamó Picaporte, que sólo se manifestó impresionado por la multa.

—¡Silencio! —ordenó el alguacil con áspera voz.

— Y —añadió aún el juez Obadiah— considerando que no está materialmente probado que haya dejado de haber connivencia entre el criado y el amo, y que en todo caso éste es responsable de los hechos y gestiones de quienes están a su servicio, condena al señor Phileas Fogg a ocho días de prisión y ciento cincuenta libras de multa. Escribano, llamad a otros.

Fix, en su rincón, experimentaba una satisfacción indecible. Phileas Fogg, detenido ocho días en Calcuta, era más de lo que necesitaba para dar tiempo a que llegase el mandamiento.

Picaporte estaba anonadado. Semejante sentencia arruinaba a su amo. Una apuesta de veinte mil libras perdida, y todo por haber tenido la curiosidad de entrar en aquella maldita pagoda.

Phileas Fogg, tan dueño de sí mismo como si la sentencia no le hubiese alcanzado, no había movido siquiera las cejas. Pero en el momento en que el escribano llamaba otro juicio, se levantó y dijo:

—Ofrezco fianza.

—Tiene usted derecho de hacerlo —respondió el juez.

Fix sintió frío en los huesos, pero recobró su tranquilidad cuando oyó que el juez, considerando la cualidad de extranjeros de Phileas Fogg y su criado, fijaba la fianza para cada uno de ellos en la enorme suma de mil libras (veinticinco mil pesetas).

Eran dos mil libras más de gasto para Mr. Fogg si no cumplía la condena.

—¡Pago! —exclamó el *gentleman.*

Y retiró del saco que llevaba Picaporte un paquete de billetes de Banco que dejó sobre la mesa del escribano.

—Esta suma le será devuelta al salir de la cárcel —dijo el juez—. Entre tanto, están ustedes libres.

—Ven conmigo —dijo Phileas Fogg a su criado.

—¡Pero al menos que me devuelvan mis zapatos! — exclamó Picaporte con un movimiento de rabia.

Le devolvieron los zapatos.

—¡Bien caros cuestan! —exclamó entre dientes—. ¡Más de mil libras cada uno! ¡Sin contar que me aprietan!

Picaporte siguió con actitud compungida a Mr. Fogg, quien había ofrecido su brazo a la joven. Fix esperaba a que el ladrón no se decidiera a perder la suma de dos mil libras y que cumpliría sus ocho días de cárcel. Echó, pues, a andar detrás de Mr. Fogg. Tomó éste un coche, en el cual Auda, Picaporte y él subieron en seguida. Fix corrió detrás del coche, que se detuvo en uno de los muelles.

A media milla de la rada, el *Rangoon* estaba aparejado con su pabellón de marcha izado sobre el mástil. Daban las once. Mr. Fogg llegaba, pues, con una hora de adelanto. Fix le vio apearse y entrar en un bote con Auda y su criado. El agente dio con el pie en el suelo.

—¡Bribón! —exclamó—. ¡Se marcha! ¡Dos mil libras sacrificadas! ¡Pródigo como un ladrón! ¡Ah! ¡Le seguiré hasta el fin del mundo, si es necesario; pero al paso que va, todo el dinero del robo se habrá ido!

El inspector de Policía tenía sus fundamentos para hacer esta reflexión. En efecto, desde que había salido de Londres, entre gastos de viaje, primas, compra de elefante, fianzas y multas, Phileas Fogg había sembrado ya más de cinco mil libras.

CAPÍTULO XVI

DONDE FIX SIMULA NO COMPRENDER NADA ABSOLUTAMENTE DE LAS COSAS QUE HABLAN

El *Rangoon,* uno de los buques que la «Compañía Peninsular y Orientál» emplea para el servicio del mar de China y del Japón, era un vapor de hierro, de hélice, con el desplazamiento en bruto de mil setecientas setenta toneladas, y la fuerza nominal de cuatrocientos caballos. Igualaba al *Mogolia* en velocidad, pero no en comodidades. Por eso Mrs. Auda no estuvo tan bien instalada como hubiera deseado Phileas Fogg. Por otra parte, tratándose sólo de una travesía de tres mil quinientas millas, o sea, de once o doce días, la joven no fue viajera de difícil acomodamiento.

Durante los primeros días del viaje, Mrs. Auda contrajo mayor intimidad con Phileas Fogg. En todas ocasiones le expresaba el más vivo reconocimiento. El flemático caballero la escuchaba, en apariencia al menos, con la mayor frialdad, sin que una entonación ni un ademán revelasen la más ligera emoción. Cuidaba que nada faltase a la joven. A ciertas horas acudía regularmente, si no a hablar, al menos a escucharla. Cumplía con ella los deberes de la más estricta urbanidad, pero con la gracia y la impresión de un autómata cuyos movimientos se hubiesen dispuesto para ese fin. Mrs. Auda no sabía qué pensar de ello, pero Picaporte le había explicado algo de la excéntrica personalidad de su amo. Le había instruido de la apuesta que le hacía dar la vuelta al mundo. Mrs. Auda había sonreído; pero al fin le debía la vida, y su salvador no podía salir perdiendo en que ella le viese a través de su reconocimiento.

Mrs. Auda confirmó el relato que el guía indio había hecho de su interesante historia. Pertenecía ella, en efecto, a esa raza que ocupa el primer lugar entre los indígenas. Varios negociantes parsis han hecho grandes fortunas en las Indias comerciando con algodones, Uno de ellos, Sir James Jejeebloy, había sido ennoblecido por el Gobierno inglés, y Mrs. Auda era parienta de un rico personaje que habitaba en Bombay. Contaba ella con encontrar en Hong-Kong al honorable Jejeeh, primo de Sir Jejeebloy. ¿Hallaría allí refugio y protección? No podía asegurarlo, y a esto respondía Mr. Fogg que no se inquietase, porque todo se arreglaría matemáticamente. Ésta fue la palabra que empleó.

¿Comprendía la joven viuda la significación de tan horrible adverbio? No se sabe; pero sus hermosos ojos —límpidos como los sagrados lagos del Himalaya— se fijaban en los de Fogg, quien, tan intratable y tan abotonado como siempre, no parecía dispuesto a arrojarse en el referido lago.

Esta primera parte de la travesía del *Rangoon* se efectuó en excelentes condiciones. El tiempo era bonancible, y toda la porción de la inmensa bahía que los marinos llaman los «brazos de Bengala» se mostró favorable a la marcha del vapor. El *Rangoon* no tardó en cruzar por delante del Gran Andamán, principal isla de un grupo que los navegantes divisan desde lejos, por su pintoresca montaña de Saddle-Peach, de dos mil cuatrocientos pies de altura.

Se fue siguiendo la costa de bastante cerca. Los salvajes papúes de la isla no se mostraron. Éstos son unos seres colocados en el último peldaño de la escala humana, pero que han sido infundadamente considerados como antropófagos.

El desarrollo panorámico de las islas era soberbio. Inmensos bosques de palmeras asiáticas, arecas, mabúes, nueces moscadas, tecks, mimosas gigantescas, helechos arborescentes cubrían el primer plano del país, perfilándose más lejos los elegantes contornos de las montañas. Sobre la costa pululaban a millares esas preciosas salagonas, cuyos nidos comestibles son un manjar muy apreciado en el Celeste Imperio. Pero todo ese espectáculo variado, ofrecido a las miradas por el grupo de Andamán, pasó pronto, y el *Rangoon* se dirigió con rapidez hacia el estrecho de Malaca, que debía darle acceso a los mares de China.

¿Qué hacía durante la travesía el inspector Fix, tan desgraciadamente arrastrado en aquel viaje de circunnavegación? Al salir de Calcuta, después de haber dejado instrucciones para que si le llegaba el mandamiento le fuese remitido a Hong-Kong, había podido embarcarse a bordo del *Rangoon,* sin haber sido visto de Picaporte, y confiaba en disimular su presencia hasta la llegada a puerto. En efecto, difícil le hubiera sido explicar por qué se hallaba a bordo sin excitar las sospechas de Picaporte, que debía creerlo en Bombay. Pero la lógica misma de las circunstancias reanudó sus relaciones con el honrado mozo. ¿De qué modo? Vamos a relatarlo.

Todas las esperanzas, todos los deseos del inspector de Policía se concentraban entonces en un solo punto del mundo, Hong-Kong, porque el vapor se detenía muy poco tiempo en Singapur para poder obrar en esta ciudad. La prisión debía tener lugar por consiguiente en Hong-Kong, porque si no, irremisiblemente, se le escaparía el ladrón otra vez.

En efecto, Hong-Kong era todavía inglesa, pero la última. Más allá, China, Japón y América ofrecían un refugio casi seguro a Mr. Fogg. En Hong-Kong no bastaría ya un simple mandamiento de prisión, sino que sería indispensable un expediente de extradición. De aquí resultarían demoras, dilaciones y obstáculos de toda naturaleza, lo que el ladrón aprovecharía para escaparse definitivamente. Si la operación no se podía llevar

a cabo en Hong-Kong sería, si no imposible, mucho más difícil poderla efectuar con alguna probabilidad de éxito.

«Por consiguiente —decía Fix durante las dilatadas horas que pasaba en el camarote—, o el mandamiento estará en Hong-Kong y prenderé a mi hombre, o no estará y será preciso retrasar su viaje a toda costa. ¡Fracasado en Bombay y en Calcuta, si no doy el golpe en Hong-Kong, perderé mi reputación! Cueste lo que cueste es necesario triunfar. ¿Pero qué medio emplearé para demorar, si fuese necesario, la partida de ese maldito Fogg?»

En último resultado, Fix estaba decidido a revelárselo todo a Picaporte, dándole a conocer el amo a quien servía y del cual no era cómplice ciertamente. Picaporte, con esta revelación, debería creerse comprometido, y entonces se pondría de parte de Fix. Pero una sola palabra de Picaporte a su amo bastaría para comprometerle irremisiblemente el negocio.

El inspector de Policía se hallaba, pues, muy apurado, cuando la presencia de Auda a bordo del *Rangoon,* en compañía de Phileas Fogg, le abrió nuevas perspectivas.

¿Quién era aquella mujer? ¿Qué concurso de circunstancias la habían llevado a ser compañera de Fogg? El encuentro había tenido efecto evidentemente entre Bombay y Calcuta. Pero, ¿en qué punto de la península? ¿Era el acaso quien había reunido a Phileas Fogg con la joven viajera? ¿Ese viaje a través de la India, por el contrario, había sido emprendido con el fin de reunirse con tan linda persona? ¡Porque era lindísima! Bien lo había advertido Fix en la sala de audiencia del tribunal de Calcuta.

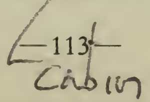
Fácil es comprender cuán inquieto debía estar el agente. Ocurriósele la idea de algún rapto criminal. ¡Sí! ¡Eso debía ser! Tal pensamiento se incrustó en el cerebro de Fix, reconociendo todo el partido que de semejante circunstancia podía sacar. Fuese o no casada la joven, había rapto, y era posible suscitar en Hong-Kong tales dificultades al raptor, que no pudiera salir de ellas ni aun a fuerza de dinero.

Pero no había que aguardar la llegada del *Rangoon* a Hong-Kong. Aquel Fogg tenía la detestable costumbre de saltar de un buque a otro, y antes de que la denuncia se entablase podía estar ya muy lejos.

Lo que importaba era prevenir a las autoridades inglesas y señalar el paso del *Rangoon* antes del desembarque. Nada era más fácil, puesto que el vapor hacía escala en Singapoore, y esta ciudad estaba unida con la costa de China por un cable telegráfico.

Sin embargo, antes de obrar, y para proceder con más seguridad, Fix resolvió interrogar a Picaporte. Sabía que no era muy difícil hacerle hablar, y se decidió a romper el disimulo que hasta entonces había guardado. Pero no había tiempo que perder, porque era el 31 de octubre y al día siguiente el *Rangoon* debía hacer escala en Singapoore.

Saliendo, pues, aquel día de su camarote, Fix subió a cubierta con intención de salir al encuentro de Picaporte dando muestras de la mayor



sorpresa. Picaporte se estaba paseando a proa cuando el inspector corrió hacia él exclamando:

—¿Usted aquí en el *Rangoon*?

—¡El señor Fix a bordo! —respondió Picaporte, altamente sorprendido al reconocer a su compañero de travesía del *Mogolia*—. ¡Cómo! ¡Le dejé en Bombay y le encuentro en camino de Hong-Kong! ¿Entonces también usted da la vuelta al mundo?

—No —contestó Fix—, y pienso detenerme en Hong-Kong, al menos durante algunos días.

—¡Ah! —exclamó Picaporte, que tuvo un momento de asombro—. ¿Y cómo no le he visto a usted desde la salida de Calcuta?

—Cierto malestar... un poco de mareo... He guardado cama en mi camarote... El golfo de Bengala no me prueba tan bien como el mar de las Indias. ¿Y su amo, el señor Fogg?

—Con cabal salud y tan puntual como su itinerario. ¡Ni un día de retraso! ¡Ah! Señor Fix, no sabe usted que también está con nosotros una señora joven.

—¿Una señora joven? —dijo el agente, que aparentaba perfectamente no comprender lo que su interlocutor quería decir.

Pero Picaporte le puso pronto al corriente de la historia. Refirió el incidente de la pagoda de Bombay, la adquisición del elefante al precio de dos mil libras, el suceso del *sutty,* el rapto de Auda, la sentencia del tribunal de Calcuta, la libertad bajo fianza... Fix, que conocía la última parte de estos incidentes, simulaba ignorarlos todos, y Picaporte se dejaba llevar por el encanto de relatar sus aventuras a un oyente que tanto interés demostraba en escucharlas.

—Pero en suma —preguntó Fix —, ¿es que su amo de usted intenta llevarse a esa joven a Europa?

—No, señor Fix, no. Vamos a entregarla a uno de sus parientes, rico comerciante de Hong-Kong.

—¡No hay remedio! —exclamó el detective, disimulando su despecho—. ¿Quiere una copa de ginebra, señor Picaporte?

—Con mucho gusto, señor Fix. ¡Nuestro encuentro a bordo del *Rangoon* bien merece que bebamos!

CAPÍTULO XVII

EN EL CUAL SE TRATA DE UNAS Y OTRAS COSAS DURANTE LA TRAVESÍA DE SINGAPOORE A HONG-KONG

Desde aquel momento Picaporte y el agente se encontraron con frecuencia; pero Fix estuvo muy reservado con su compañero y no trató de hacerle hablar. Sólo vio una o dos veces a Mr. Fogg, quien permanecía en el salón del *Rangoon,* ora haciendo compañía a Auda, ora jugando al *whist,* según su invariable costumbre.

En cuanto a Picaporte, comenzó a pensar formalmente sobre la extraña casualidad que traía otra vez a Fix al mismo camino que a su amo. Y en efecto, con menos había para sorprenderse. Un caballero muy amable y a la verdad muy complaciente, que aparece primero en Suez, que se embarca en el *Mogolia,* que desembarca en Bombay, donde dice que debe quedarse; que se encuentra luego en el *Rangoon* en dirección de Hong-Kong; en una palabra, siguiendo paso a paso el itinerario de Mr. Fogg, tenía que inducir a meditación más o menos profunda. Había en ello sus coincidencias. ¿Tras de quién iba Fix? Picaporte estaba dispuesto a apostar sus babuchas —las había precisamente conservado— a que Fix saldría de Hong-Kong al mismo tiempo que ellos, y casi con toda seguridad en el mismo vapor.

Aun cuando Picaporte hubiera estado discurriendo durante un siglo, nunca hubiera acertado con la misión de que estaba encargado el agente. Jamás se hubiera imaginado que Phileas Fogg fuera seguido como un ladrón vulgar, alrededor del globo terrestre. Pero como la condición humana quiere explicarlo todo, he aquí cómo Picaporte, por una repentina inspiración, interpretó la presencia permanente de Fix, y en verdad que no dejaba de ser plausible su ocurrencia. En efecto, según él, Fix no era ni podía ser más que un agente enviado en seguimiento de Phileas Fogg por sus compañeros del «Reform-Club», con objeto de comprobar si el viaje se hacía efectivamente alrededor del mundo según el itinerario convenido.

—¡Es evidente, es evidente! —decía para sí el honrado mozo, ufano de su perspicacia—. ¡Es un espía que esos caballeros han enviado tras de nosotros! ¡Eso no es digno! ¡Mr. Fogg, tan probo, tan hombre de bien! ¡Hacerle espiar por un agente! ¡Ah! ¡Señores del «Reform-Club», caro os costará!

Encantado Picaporte de su descubrimiento, resolvió, sin embargo, no decir nada a su amo por temor a que éste se resintiese con razón ante la desconfianza que manifestaban sus adversarios. Pero se propuso embromar a Fix con este motivo, mediante palabras embozadas y sin comprometerse.

El miércoles, 30 de octubre, por la tarde, el *Rangoon* entraba en el estrecho de Malaca, que separa la península de este nombre de las tierras de Sumatra. Unos islotes monstruosos, muy escarpados y pintorescos, ocultaban a los pasajeros la vista de la gran isla.

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, habiendo el *Rangoon* ganado media jornada sobre la travesía reglamentaria, anclaba en Singapoore con objeto de renovar su provisión de carbón.

Phileas Fogg inscribió este adelanto en la columna de beneficios, y esta vez bajó a tierra, acompañando a Mrs. Auda, que había manifestado deseos de pasearse durante algunas horas.

Fix, a quien parecía sospechosa toda acción de Fogg, les siguió disimuladamente. En cuanto a Picaporte, que se reía *in petto* al ver la maniobra de Fix, fue a hacer sus compras habituales.

La isla de Singapoore no es grande ni de respetable aspecto. Carece de montañas y, por tanto, de perfiles, pero su pequeñez es encantadora. Es un parque cortado por magníficas carreteras. Un bonito tren, tirado por esos elegantes caballos importados de Nueva Holanda, transportó a Mrs. Auda y a Phileas Fogg al centro de unos grupos de palmeras de brillante hoja y de esos árboles que producen el clavo de especia, formado con el capullo mismo de la flor entreabierta. Allí, los setos de arbustos de la pimienta sustituían las cambroneras de las campiñas europeas; los saguteros, los grandes helechos con su soberbio follaje, variaban el aspecto de aquella región tropical; los árboles de nuez moscada con sus barnizadas hojas saturaban el aire con su penetrante perfume. Los monos, en tropeles, ostentando su vivez y sus muecas, no faltaban en los bosques, ni los tigres en los juncales. A quien se asombre de que en tan reducida isla no hayan sido destruidos tan terribles carnívoros, les responderemos que vienen de Malaca atravesando el estrecho a nado.

Luego de haber recorrido la campiña durante dos horas, Mrs. Auda y su compañero —que miraban un poco sin ver— regresaron a la ciudad, extensa aglomeración de casas pesadas y bajas rodeadas de lindos jardines donde se hallaban los bangustos, piñas y las mejores frutas del Mundo.

A las diez volvían al vapor, después de haber sido seguidos, sin sospecharlo, por el inspector, que también había tenido que hacer gasto de coche.

Picaporte los esperaba en el puente del *Rangoon*. El buen muchacho había comprado algunas docenas de mangustos, tan grandes como manzanas medianas, de color pardo oscuro por fuera, rojo subido por dentro, y cuya pulpa blanca, al fundirse entre los labios, procura a los verdadera-

mente golosos un goce sin igual. Picaporte tuvo una gran satisfacción en ofrecerlos a Mrs. Auda, quien se lo agradeció con suma gracia.

A las once, el *Rangoon*, después de carbonear, largaba sus amarras, y algunas horas más tarde los pasajeros perdían de vista las altas montañas de Malaca, cuyas selvas abrigan los más hermosos tigres de la Tierra.

Singapoore dista mil trescientas millas de la isla de Hong-Kong, pequeño territorio inglés separado de la costa de China. Phileas Fogg tenía interés en recorrerlas en seis días a lo sumo, con objeto de tomar en Hong-Kong el vapor que partía el 6 de noviembre para Yokohama, uno de los principales puertos del Japón.

El *Rangoon* iba muy cargado. Se habían embarcado en Singapoore numerosos pasajeros, indios, ceilaneses, chinos, malayos, portugueses, la mayor parte de los cuales iban en las clases inferiores.

El tiempo, bastante bueno hasta entonces, cambió con el último cuarto de luna. La mar se puso gruesa. El viento arreció, pero, felizmente, por el Sudeste, lo cual favorecía la marcha del vapor. En esos momentos el capitán hacía desplegar velas. El *Rangoon*, aparejado en bergantín, navegó a menudo con sus dos gavias y trinquete, aumentando su velocidad bajo la doble acción del vapor y del viento. Así fueron recorridas sobre una zona estrecha, y a veces muy penosa, las costas de Anam y Cochinchina.

Pero la culpa la tenía más bien el *Rangoon* que el mar; y los pasajeros, que se sintieron indispuestos en su mayor parte, debieron achacar su malestar al buque.

En efecto, los vapores de la «Compañía Peninsular» que hacen el servicio de los mares de China tienen un defecto de construcción muy grave. La relación del calado en carga con la cabida ha sido mal calculada y, por tanto, ofrecen al mar muy débil resistencia. Su volumen cerrado, impenetrable al agua, es insuficiente. Están anegados, y a consecuencia de esta disposición bastaban algunos bultos echados a bordo para modificar su marcha. Son, por consiguiente, esos buques muy inferiores —si no por el motor y el apartado evaporatorio— a los tipos de las mensajerías francesas, tales como la *Emperatriz* y el *Cambodge*. Mientras, según los cálculos de los ingenieros, estos buques pueden embarcar una cantidad de agua igual a su propio peso antes de sumergirse, los de la «Compañía Peninsular», el *Golconda*, el *Corea* y el *Rangoon* no podrían recibir el sexto de su peso sin naufragar.

Convenía, pues, tomar grandes precauciones durante el mal tiempo. Era menester algunas veces estar a la capa con poco vapor, lo cual era una pérdida de tiempo que no parecía afectar a Phileas Fogg en modo alguno, pero que irritaba sumamente a Picaporte. Acusaba entonces al capitán, al maquinista, a la Compañía, y enviaba al diantre a todos los que se dedicaban al transporte de viajeros. Tal vez también la idea de aquel mechero de gas que seguía ardiendo en la casa de Saville-Row entraba por mucho en su impaciencia.

—¿Parece que tiene usted mucha prisa en llegar a Hong-Kong? —le dijo un día el detective.

—¡Mucha prisa! —contestó Picaporte, absorto. ¿Supone usted que Mr. Fogg tiene también mucha prisa en tomar el vapor de Yokohama?

—¡Una prisa espantosa!

—Luego, ¿ahora cree en ese extraño viaje alrededor del mundo?

—Absolutamente. ¿Y usted, señor Fix?

—¿Yo? No creo en él.

—¡Truhán! —replicó Picaporte, guiñando el ojo.

Tal palabra dejó pensativo al agente. El calificativo le inquietó mucho sin saber por qué. ¿Le había descubierto el francés? No sabía qué pensar. ¿Cómo podría Picaporte haberse enterado de su condición de detective, cuyo secreto de nadie podía ser sabido? Y no obstante, al hablar así, Picaporte lo había hecho con segunda intención.

Aconteció también que el buen muchacho se propasó aún más otro día, sin poder contener la lengua.

—Vamos, señor Fix —preguntó a su compañero con malicia—, ¿acaso una vez llegados a Hong-Kong tendremos el sentimiento de dejarle allí?

—No lo sé —respondió Fix bastante desconcertado.— ¡No lo sé...! ¡Tal vez...!

—¡Ah! —exclamó Picaporte—. Si nos acompañase sería una dicha para mí. ¡Vamos! ¡Un agente de la «Compañía Peninsular» no debe quedarse en el camino! ¡Iba usted sólo a Bombay, y ya pronto estaremos en China! ¡América no está lejos, y de América a Europa sólo hay un paso!

Fix miraba con atención a su interlocutor, que le mostraba el semblante más afable del mundo, y adoptó el partido de reírse con él. Pero éste, que estaba de broma, le preguntó si su oficio le producía mucho.

—Sí y no —contestó Fix sin pestañear—. Hay negocios buenos y malos. ¡Pero bien comprenderá usted que no viajo a mis expensas!

—¡Oh! ¡En cuanto a eso, estoy seguro de ello! —exclamó Picaporte, riéndose a más y mejor.

Terminada la conversación, Fix entró en su camarote y se entregó a la meditación. Estaba a todas luces descubierto. De un modo o de otro, el francés había reconocido su cualidad de agente de Policía. Pero, ¿se lo habría revelado al amo? ¿Qué papel hacía en todo aquello? ¿Era cómplice o no? ¿El negocio estaba descubierto y, por tanto, fallido? El agente pasó algunas horas angustiosas, creyéndolo unas veces perdido todo, esperando en otras que Fogg ignorase la situación, y, por último, no sabiendo qué partido tomar.

Entre tanto se restableció la calma en su cerebro y resolvió obrar francamente con Picaporte. Si no se encontraba en las condiciones apetecidas para prender a Fogg en Hong-Kong, y si Fogg se preparaba para salir del territorio inglés definitivamente, él, Fix, se lo revelaría todo a Picaporte.

Tal era, pues, la situación respectiva de aquellos dos hombres, mientras Phileas Fogg se distinguía por su magnífica indiferencia. Cumplía racionalmente su órbita alrededor del mundo, sin inquietarse de los asteroides que giraban a su derredor.

Y, no obstante, había en las cercanías —según expresión de los astrónomos— un astro perturbador que hubiera podido producir algunas alteraciones en el corazón del caballero. ¡Pero no! El encanto de Mrs. Auda no tenía influencia alguna, con gran sorpresa de Picaporte, y las perturbaciones, si existían, hubieran sido más difíciles de calcular que las de Urano, que han ocasionado el descubrimiento de Neptuno.

¡Sí! ¡Era una sorpresa diaria para Picaporte, que leía tanto agradecimiento hacia su amo en los ojos de la hermosa joven! ¡Decididamente Phileas Fogg sólo tenía corazón bastante para conducirse con heroísmo, mas no con amor, no! En cuanto a las perturbaciones que los azares del viaje podían causarle, no daba indicio ninguno de ellos. Pero Picaporte vivía en continua angustia. Apoyado un día en el pasamano de la máquina, contemplaba cómo a intervalos precipitaba ésta su movimiento, cuando la hélice salió de pronto fuera de las olas por un violento cabeceo, escapándose el vapor por las válvulas, lo cual provocó las iras de tan digno mozo.

—¡No están bastante cargadas esas válvulas! —exclamó—. ¡Eso no es andar! ¡Al fin, ingleses! ¡Ah! Si fuese un buque americano, quizá saltaríamos, pero iríamos más aprisa.

CAPÍTULO XVIII

DONDE PHILEAS FOGG, PICAPORTE Y FIX, CADA CUAL POR SU LADO, VAN A SU NEGOCIO

En el transcurso de los primeros días de la travesía, el tiempo fue bastante malo. El viento arreció mucho. Entablándose en el Noroeste contrarió la marcha del vapor, y *el Rangoon,* demasiado inestable, cabeceó considerablemente, adquiriendo los pasajeros el derecho de guardar rencor a las anchurosas oleadas que el viento levantaba sobre la superficie del mar.

Durante los días 3 y 4 de noviembre aquello fue una especie de tempestad. La borrasca batió el mar incesantemente. El *Rangoon* debió estarse a la capa durante media jornada, manteniéndose con diez vueltas de hélice nada más y tomando el sesgo a las olas. Todas las velas fueron arriadas y aún sobraban todos los aparejos, que silbaban en medio de las ráfagas.

La velocidad del vapor, como es fácil de suponer, quedó considerablemente rebajada, y se pudo calcular que la arribada a Hong-Kong tendría efecto veinte horas después de la normal y quizá más, si la tempestad no cesaba.

Phileas Fogg asistía a ese espectáculo de un mar furioso, que parecía luchar directamente contra él, sin perder su habitual impasibilidad. Su frente no se nubló ni un instante y, a pesar de ello, una tardanza de veinte horas podía comprometer su viaje, haciéndole perder la salida del vapor de Yokohama. Pero aquel hombre sin nervios no experimentaba ni impaciencia ni aburrimiento. Hasta parecía que la tempestad estaba en su programa y prevista de antemano. Mrs. Auda, que habló de este contratiempo con su compañero, le encontró tan sereno como antes.

Fix no veía las cosas del mismo modo. Por el contrario, la tempestad le agradaba. Su satisfacción no hubiera tenido límites si el *Rangoon* se hubiera visto obligado a huir ante la tormenta. Semejantes tardanzas le cuadraban bien, porque pondrían a Mr. Fogg en la precisión de permanecer algunos días en Hong-Kong. Al cabo, el cielo, con sus ráfagas y borrascas se inclinaba a su favor. Se encontraba algo indispuesto: pero, ¡qué importa! No hacía caso de sus náuseas, y cuando su cuerpo se retorcía por el mareo, su ánimo se ensanchaba con satisfacción inmensa.

En cuanto a Picaporte, bien puede presumirse a qué cólera se entregaría durante ese tiempo de prueba. ¡Hasta entonces todo había marchado bien! La tierra y el agua parecían haber estado a disposición de su amo. Vapores y ferrocarriles, todo le obedecía. El viento y el vapor se habían concertado para favorecer su viaje. ¿Había llegado la hora de las decepciones? Picaporte, como si las veinte mil libras de la apuesta debieran salir de su bolsillo, no vivía ya. Aquella tempestad le exasperaba, la ráfaga le enfurecía y gustosamente hubiera azotado a aquel mar tan desobediente. ¡Pobre mozo! Fix le ocultó con cuidado su satisfacción personal, e hizo bien, porque si Picaporte hubiera adivinado la secreta alegría de Fix, éste lo hubiera pasado mal.

Picaporte, durante la borrasca, permaneció sobre el puente del *Rangoon.* No hubiera podido estarse abajo. Se encaramaba a la arboladura y ayudaba a las maniobras con la ligereza de un mono, asombrando a todos. Dirigía preguntas al capitán, a los oficiales, a los marineros, que no podían menos de reírse al verle tan desconcertado. Picaporte quería a toda costa saber cuánto duraría la tempestad, y le designaban el barómetro, que no se decidía a subir. Picaporte sacudía el barómetro, pero nada conseguía ni aun con las injurias que prodigaba al irresponsable instrumento.

Por fin la tempestad se apaciguó; el estado del mar cambió en la jornada del 4 de noviembre. El viento volvió dos cuartos al Sur y se tornó favorable.

Picaporte se serenó juntamente con el tiempo. Las gavias y los foques pudieron desplegarse, y el *Rangoon* prosiguió su rumbo con asombrosa velocidad.

Pero no era posible recobrar todo el tiempo perdido. Había que resignarse, y la tierra no se divisó hasta el día 6 a las cinco de la mañana. El itinerario de Phileas Fogg señalaba la llegada para el 5. Había, pues, una pedida de veinticuatro horas y necesariamente se perdía la salida para Yokohama.

A las seis, el piloto subió a bordo del *Rangoon* y se colocó en el puente que cubría la escotilla de la máquina para dirigir el buque por los pasos hasta el puerto de Hong-Kong.

Picaporte ardía en deseos de preguntar a aquel hombre si el vapor de Yokohama había partido, pero no se atrevió por no perder la esperanza hasta el último momento. Había confiado sus inquietudes a Fix, quien trataba, el muy zorro, de consolarle, diciéndole que Mr. Fogg lo arreglaría tomando un vapor próximo, lo cual encorajinaba mucho a Picaporte.

Pero si Picaporte no se aventuraba a hacer preguntas al piloto, Mr. Fogg, después de haber consultado su *Bradshaw,* le preguntó con calma si sabía cuándo saldría un buque de Hong-Kong para Yokohama.

—Mañana, a primera marea —contestó el piloto.

— ¡Ah! —exclamó Mr. Fogg, sin manifestar ningún asombro.

Picaporte, que estaba presente, hubiera abrazado de buen grado al piloto; por el contrario, Fix le hubiera retorcido con gusto el cuello.

—¿Cuál es el nombre de ese vapor? —preguntó Mr. Fogg.

—El *Carnatic* —contestó el piloto.

—¿No debía de marchar ayer?

—Sí, señor; pero tenía que hacer reparaciones en su caldera y aplazó la salida para mañana.

—Le doy las gracias —respondió Mr. Fogg, que con paso automático bajó al salón del *Rangoon.*

En cuanto a Picaporte, tomó la mano del piloto y la estrechó vigorosamente, diciendo:

—¡Usted, joven piloto, es un hombre digno!

El piloto nunca habrá llegado a saber probablemente por qué sus respuestas le valieron tan amistosa expresión. Después de un silbido de la máquina, dirigió el vapor por entre aquella flotilla de juncos, tankas, barcos de pesca y buques de todo género, que obstruían los pasos de Hong-Kong.

A la una, el *Rangoon* estaba en el muelle y los pasajeros desembarcaban.

Debemos convenir que en esta ocasión el azar había favorecido singularmente a Phileas Fogg. Sin la necesidad de reparar las calderas, el *Carnatic* habría levado anclas el 5 de noviembre, y los viajeros para el Japón hubieran tenido que aguardar durante ocho días la salida del vapor siguiente. Es cierto que Mr. Fogg estaba retrasado en veinticuatro horas, pero este retraso no podía tener para él consecuencias sensibles.

En efecto, el vapor que hace la travesía del Pacífico desde Yokohama a San Francisco estaba en correspondencia directa con el de Hong-Kong y no podía salir antes de la llegada de éste. Habría, en efecto, las tales veinticuatro horas de retraso en Yokohama, pero en los veintidós días que dura la travesía del Pacífico sería fácil recuperarlas. Phileas Fogg se hallaba, pues, con veinticuatro horas de diferencia en las condiciones de su programa, treinta y cinco días después de su salida de Londres.

El *Carnatic* no debía salir hasta el día siguiente, a las cinco, y, por tanto, Mr. Fogg podía disponer de dieciséis horas para sus asuntos, es decir, para los de Mrs. Auda. Al desembarcar, ofreció su brazo a la joven y la condujo a una litera, pidiendo a los portadores que le indicasen una fonda. Le designaron el «Hotel del Club», a donde llegó el palanquín veinte minutos después, seguido de Picaporte.

Fue alquilado un cuarto para la joven, y Phileas Fogg cuidó que nada le faltase. Después le dijo que iba inmediatamente a ponerse en busca de los parientes, en poder de quienes debía dejarla. Al mismo tiempo dio a Picaporte la orden de permanecer en la fonda hasta su regreso, para que la joven no estuviese sola.

El caballero se hizo conducir a la Bolsa. Allí conocerían probablemente a un personaje tal como el honorable Jejeeh, que era uno de los más ricos comerciantes de la ciudad.

El corredor a quien se dirigió Mr. Fogg conocía, en efecto, al negociante parsi; pero hacía dos años que éste, después de haber hecho fortuna, había ido a establecerse a Europa, en Holanda, según se creía, lo cual se explica por las numerosas relaciones que había tenido con este país durante su vida comercial.

Phileas Fogg regresó al «Hotel del Club» y al punto se presentó ante Mrs. Auda, a quien, sin más preámbulo, manifestó que el honorable Jejeeh no residía ya en Hong-Kong, habitando, con toda seguridad, en Holanda.

Mrs. Auda no replicó nada de pronto. Se pasó la mano por la frente y estuvo meditando durante algunos instantes. Después dijo con suave voz:

—¿Qué debo hacer, Mr. Fogg?

—Muy sencillo —contestó el impasible caballero—. Venir a Europa.

—Pero yo no puedo abusar...

—No abusa usted, y su presencia no entorpece mi programa... Picaporte.

—Señor —respondió Picaporte.

—Ve al *Carnatic* y toma tres camarotes.

Picaporte, gozoso de seguir el viaje en compañía de la joven, que le trataba con mucha amabilidad, dejó al punto el «Hotel del Club».

CAPÍTULO XIX

DONDE PICAPORTE SE TOMA DEMASIADO INTERÉS POR SU AMO, Y LO QUE SIGUE

Hong-Kong no es más que un islote cuya posesión quedó asegurada para Inglaterra por el tratado de Nankín, después de la guerra en 1842. En algunos años, el genio colonizador de la Gran Bretaña había fundado allí una importante ciudad y creado un puerto, el puerto de Victoria. La isla se halla situada en la desembocadura del río Cantón, habiendo solamente sesenta millas hasta la ciudad portuguesa de Macao, construida en la ribera opuesta. Hong-Kong debía necesariamente vencer en la lucha mercantil, y ahora, la mayor parte del tránsito chino se efectúa por la ciudad inglesa. Los *docks*, los hospitales, los *wharfs,* los depósitos, una catedral gótica, la casa del gobernador, calles, todo hacia creer que una de las ciudades de los Condados de Kent o de Surrey, atravesando la esfera terrestre, se había trasladado a ese punto de la China, casi en los antípodas.

Con las manos metidas en los bolsillos, Picaporte se dirigió hacia el puerto Victoria, mirando los palanquines, las carretillas de vela, todavía usadas en el Celeste Imperio, y toda aquella muchedumbre de chinos, japoneses y europeos que se apiñaban en las calles. Con escasa diferencia, aquello era aún muy parecido a Bombay, Calcuta o Singapoore. Hay como un reguero de ciudades inglesas así esparcidas alrededor del mundo.

Picaporte llegó al puerto Victoria. Allí, en la embocadura del río Cantón, había un hormiguero de buques de todas las naciones: ingleses, franceses, americanos, holandeses, navíos de guerra y mercantes, embarcaciones japonesas y chinas, juncos, champanes, tankas y aun barcos-flores, que formaban jardines flotantes sobre las aguas. Paseándose, Picaporte observó cierto número de indígenas vestidos de amarillo y de edad muy avanzada. Habiendo entrado en una barbería china para hacerse afeitar a lo chino, supo por el barbero, que hablaba bastante bien el inglés, que aquellos ancianos pasaban todos de ochenta años, porque al llegar a esta edad tenían el privilegio de vestir de amarillo, que es el color imperial. A Picaporte le pareció esto muy chistoso sin saber por qué.

Después de afeitarse se dirigió al muelle de embarque del *Carnatic,* y allí vio a Fix, que se paseaba de arriba abajo y viceversa, lo cual no dejó de

sorprenderle. Pero el inspector de Policía dejaba ver en su semblante muestras de un despecho vivísimo.

—¡Bueno! —dijo para sí Picaporte—. Esto va mal para los señores del «Reform-Club».

Y salió al encuentro de Fix con su alegre sonrisa, sin aparentar que advertía la inquietud de su compañero.

Ahora bien, el agente tenía poderosas razones para echar pestes contra el infernal azar que le perseguía. ¡No había mandamiento! Era evidente que éste corría tras él y no podría alcanzarle sino permaneciendo algunos días en la ciudad. Y como Hong-Kong era la última población inglesa del trayecto, Mr. Fogg se le iba a escapar definitivamente si no conseguía detenerle.

—Y bien, señor Fix, ¿está usted decidido a venir con nosotros a América? —preguntó Picaporte.

—Sí —contestó Fix, apretando los dientes.

—¡Enhorabuena! —exclamó Picaporte, soltando una carcajada—. Bien sabía yo que no podría separarse de nosotros. ¡Venga a tomar su pasaje, venga!

Y ambos entraron en el despacho de los transportes marítimos, tomando camarotes para cuatro personas; pero el empleado les advirtió que estando concluidas las reparaciones del *Carnatic* se marcharía éste aquella misma noche a las ocho, y no al siguiente día, como se había anunciado.

—Muy bien —exclamó Picaporte—; esto no vendrá mal a mi amo. Voy a avisarle.

En aquel momento, Fix tomó una resolución extrema. Resolvió decírselo todo a Picaporte. Era este el único medio de retener a Phileas Fogg durante algunos días en Hong-Kong.

Al salir del despacho, Fix ofreció a su compañero convidarle en una casa de té. Picaporte tenía tiempo y aceptó el convite.

Había en el muelle una de atractivo aspecto y en ella entraron ambos. Era una extensa sala bien adornada, en el fondo de la cual había una tarima de campaña, guarnecida de almohadas, y sobre la cual se hallaban cierto número de durmientes.

Unos treinta consumidores ocupaban en la gran sala unas mesitas de junco tejido. Los unos vaciaban pintas de cerveza inglesa, *ale* o *porter*; los otros, copas de licores alcohólicos, gin o brandy. Además, la mayor parte de ellos fumaban en largas pipas de barro colorado, llenas de bolitas de opio mezclado con esencia de rosas. Después, de cuando en cuando, algún fumador enervado caía bajo la mesa, y los mozos, cogiéndole por los pies y la cabeza, le trasladaban al tinglado para que allí durmiera tranquilamente. Estaban colocados en él como treinta de éstos, embriagados, unos junto a otros, en el último grado de embrutecimiento.

Fix y Picaporte comprendieron que habían entrado en un fumadero frecuentado por esos miserables alelados, enflaquecidos, idiotas, a quienes

la mercantil Inglaterra vende anualmente doscientos sesenta millones de pesetas de esa funesta droga llamada opio. ¡Tristes millones cobrados sobre uno de los vicios más funestos para la salud de los hombres!

Bien ha procurado el Gobierno chino remediar este abuso por medio de leyes severas, pero en vano. De la clase rica, a la cual estaba, al principio, formalmente reservado el uso del opio, descendió el vicio hasta las clases inferiores, y ya no fue posible contener sus estragos. Se fuma el opio en todas partes, entregándose a esta deplorable pasión hombres y mujeres, que después de acostumbrarse a esta inhalación no pueden pasar sin ella, porque experimentan horribles contracciones en el estómago. Un buen fumador puede aspirar ocho pipas al día, pero se muere en cinco años.

Fix y Picaporte habían entrado, por lo visto, en uno de esos fumaderos que abundan hasta en Hong-Kong. Picaporte no tenía dinero, pero aceptó gustoso la invitación de su compañero, reservándose pagársela en su tiempo y lugar. Fueron pedidas dos botellas de «Oporto», a las cuales hizo el francés mucho honor; mientras que Fix, más reservado, observaba a su compañero con gran atención. Hablaron de diferentes cosas, sobre todo de la excelente idea que tuvo Fix al tomar pasaje en el *Carnatic.* Y a causa de este vapor, cuya salida se anticipaba, Picaporte, después de vaciar las botellas se levantó para advertir a su amo.

Fix le detuvo.

—Un momento —le dijo.

—¿Qué quiere usted, señor Fix?

—He de hablarle de cosas serias.

—¡De cosas serias! —exclamó Picaporte, vaciando algunas gotas de vino que se habían quedado en el fondo de su vaso—. Pues bien, mañana hablaremos. No tengo tiempo hoy.

—Quédese —insistió Fix—. ¡Se trata de su amo!

Picaporte, al oír esto, miró con fijeza a su interlocutor.

La expresión del semblante de Fix le pareció singular y se sentó.

—¿Qué tiene usted, pues, que decirme? —preguntó.

Fix apoyó la mano en el brazo de su compañero y, bajando la voz, dijo:

—¿Ha adivinado quién soy?

—¡Pardiez! —soltó Picaporte, sonriendo.

—Entonces voy a confesárselo todo...

—¡Ahora que lo sé todo, compadre! ¡Ah! ¡Eso no tiene chiste! ¡Pero, en fin, siga! Mas antes déjeme decirle que esos caballeros hacen gastos bien inútiles.

—¡Inútiles! —dijo Fix—. ¡Habla usted por hablar! ¡Ya se ve que no conoce la importancia de la suma!

—Sí que la conozco perfectamente —replicó Picaporte—. ¡Se trata de veinte mil libras!

—¡Cincuenta y cinco mil! —rectificó Fix, estrechando la mano del francés.

—¡Cómo! —exclamó Picaporte—, Mr. Fogg se habrá atrevido... ¡Cincuenta y cinco mil libras...! Pues bien, razón de más para no perder momento —añadió, levantándose otra vez.

—¡Cincuenta y cinco mil libras! —repitió Fix, que hizo sentar de nuevo a Picaporte, después de haber hecho traer un frasco de brandy—. Y si salgo bien, me gano una prima de dos mil libras. ¿Quiere quinientas con la condición de ayudarme?

—¿Ayudarle? —exclamó Picaporte, cuyos ojos se abrieron desmesuradamente.

—Sí, ayudarme a detener a Mr. Fogg durante algunos días en Hong-Kong.

—¿Eh? —exclamó Picaporte—. ¿Qué dice usted? ¡Cómo! ¡No contentos con hacer seguir a mi amo y sospechar de su lealtad, esos caballeros quieren, además, promover obstáculos! ¡Me avergüenzo de ellos!

—¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir? —preguntó Fix.

—Quiero decir que eso es puramente muy poco delicado. Eso equivale a despojar a Mr. Fogg y cogerle el dinero del bolsillo.

—¡De eso precisamente se trata!

—¡Pero es una asechanza odiosa —exclamó Picaporte, animándose por la influencia del brandy que le servía Fix y que bebía sin advertirlo—, una verdadera asechanza! ¡Unos caballeros! ¡Unos colegas!

Fix empezaba a no comprender.

—¡Unos colegas! —exclamó Picaporte—. ¡Miembros del «Reform-Club»! ¡Sepa usted, señor Fix, que mi amo es un hombre honrado, y que cuando hace una apuesta siempre trata de ganarla lealmente!

—Pero, ¿quién cree usted que soy? —preguntó Fix, clavando su mirada en Picaporte.

—¡Pardiez! ¡Un agente de los individuos del «Reform-Club», con la única misión de vigilar el itinerario de mi amo, lo cual es altamente humillante! Así es que si bien hace algún tiempo he adivinado vuestro oficio, me he guardado muy bien de revelárselo a Mr. Fogg —dijo Picaporte.

—¿No sabe nada? —preguntó con viveza Fix.

—Nada —afirmó Picaporte, vaciando otra vez el vaso.

El inspector de Policía se pasó la mano por la frente y vació la copa antes de tomar la palabra. ¿Qué debería hacer? El error de Picaporte le parecía sincero; pero dificultaba aún más su proyecto. Era evidente que el muchacho hablaba con buena fe y que no era cómplice de su amo; lo hubiera podido recelar Fix.

—Pues bien —dijo—; puesto que no es cómplice suyo, me ayudará.

El agente se había afirmado en su resolución y, por otra parte, no había tiempo que perder. A toda costa era indispensable prender a Fogg en Hong-Kong.

—Escuche —dijo Fix, con presteza— y escúcheme bien. Yo no soy lo que piensa usted, es decir, un agente de los miembros del «Reform-Club»...

—¡Bah! —exclamó Picaporte, mirándole con aire burlón.

—Soy un inspector de Policía, encargado de una misión metropolitana.

—¡Usted... inspector de Policía...!

—Sí, y lo pruebo —repuso Fix—. He aquí mi título.

Y el agente, sacando un papel de la cartera, enseñó a su compañero un nombramiento firmado por el director de Policía central. Picaporte miraba atónito a Fix, sin poder articular una sola palabra.

—La apuesta de Mr. Fogg —prosiguió Fix— no es más que un pretexto del que son juguete ustedes y sus compañeros del «Reform-Club», porque tenía interés en asegurarse su inconsciente complicidad.

—¿Y por qué? —preguntó Picaporte, curioso.

—Escuche. El día 28 de septiembre último se cometió en el Banco de Inglaterra un robo de cincuenta y cinco mil libras por un sujeto cuyas señas pudieron recogerse. He aquí las señas, que son, una por una las de Mr. Fogg.

—¡Quite allá! —exclamó Picaporte, hiriendo la mesa con su robusto puño—. Mi amo es el hombre más honrado del mundo.

—¿Qué sabe usted, puesto que ni siquiera le conoce? ¡Entró usted a servirle el día de su partida, y se marchó precipitadamente con ese proyecto insensato, sin equipaje y llevándose una gruesa suma de billetes de Banco! ¿Y se atreve usted a sostener que es hombre de bien?

—¡Sí! ¡Sí! —repitió maquinalmente el buen mozo.

—¿Quiere, pues, que le prenda a usted como cómplice suyo?

Picaporte se había asido la cabeza con ambas manos. No parecía el mismo. No se atrevía a mirar al inspector de Policía. ¡Phileas Fogg, ladrón, el salvador de Auda, el hombre generoso y valiente...! Y, sin embargo, ¡cuántas pruebas contra él! Picaporte trataba de rechazar las sospechas que invadían su entendimiento. No quería creer en la culpabilidad de su amo.

—En fin, ¿qué quiere usted de mí? —preguntó al agente de Policía, conteniéndose por un supremo esfuerzo.

—Oiga —respondió el agente—. He seguido a Mr. Fogg hasta aquí, pero no he recibido aún el mandamiento de prisión que he pedido a Londres y es indispensable que me ayude usted a detenerle en Hong-Kong...

—¡Yo! ¿Que ayude a...?

—¡Y partiremos la prima de dos mil libras prometida por el Banco de Inglaterra!

—¡Jamás! —respondió Picaporte, que intentó levantarse y volvió a caer, sintiendo que su razón y sus fuerzas le faltaban a un tiempo—. ¡Señor Fix! —dijo tartamudeando—. Aun cuando fuese verdad todo lo que me ha dicho..., aun cuando mi amo fuera el ladrón que busca usted..., lo cual niego..., he estado..., estoy a su servicio...; le conozco como bueno y generoso... Venderle... jamás..., no, por todo el oro del mundo... ¡Soy de un lugar donde no se come pan de esa especie...!

—¿Se niega usted?

—Me niego.

—Supongamos que yo no he dicho nada —respondió Fix—, y bebamos.

—Sí, bebamos.

Picaporte se sentía cada vez más invadido por la embriaguez. Comprendiendo Fix que era necesario a toda costa separarle de su amo, quiso rematarle. Había sobre la mesa algunas pipas cargadas de opio. Fix puso una en manos de Picaporte, quien la tomó, la llevó a los labios, la encendió, aspiró algunas bocanadas y cayó con la cabeza aturdida bajo la influencia del narcótico.

—En fin —dijo Fix, al ver a Picaporte anonadado—, Mr. Fogg no recibirá a tiempo el aviso de la salida del *Carnatic* y, si parte, por lo menos no se irá con ese maldito francés.

Y salió después de haber pagado el gasto.

CAPÍTULO XX

DONDE FIX ENTRA DIRECTAMENTE EN RELACIÓN CON PHILEAS FOGG

Durante la anterior escena, que iba, quizá, a comprometer gravemente el porvenir de Mr. Fogg, éste se paseaba con Auda por las calles de la ciudad inglesa. Desde que la joven había aceptado la oferta de conducirla a Europa, Mr. Fogg había tenido que pensar en todos los pormenores que requiere tan larguísimo viaje. Que un inglés como él diese la vuelta al mundo en un saco de noche, pase; pero una mujer no podía emprender semejante travesía en tales condiciones. De ahí resultaba la necesidad de adquirir vestidos y objetos necesarios para el viaje. Mr. Fogg hizo este servicio con la calma que le caracterizaba, y a todas las excusas y observaciones de la joven viuda, confundida con tanto obsequio, contestaba invariablemente:

—Eso es en interés de mi viaje; está en mi programa.

Efectuadas las compras, Mr. Fogg y la joven entraron en el hotel, y comieron en la mesa redonda que estaba servida suntuosamente. Después, Mrs. Auda, algo cansada, pasó a su habitación, estrechando antes la mano de su imperturbable salvador.

El honorable Phileas Fogg pasó toda la velada leyendo el *Times* y el *Illustrated London News.*

Si algo debiera haberle asombrado, era no haber visto a su criado a la hora de acostarse; pero sabiendo que el vapor no salía de Hong-Kong hasta el día siguiente, no se preocupó por ello. Pero por la mañana Picaporte no acudió tampoco al llamamiento de la campanilla.

Nadie hubiera podido decir lo que pensó el honorable caballero al saber que su criado no había regresado a la fonda. Mr. Fogg no hizo más que tornar su saco, avisar a Mrs. Auda y enviar a buscar un palanquín.

Eran entonces las ocho y la marea que debía aprovechar el *Carnatic* para su salida estaba indicada para las nueve y media.

Cuando el palanquín llegó a la puerta de la fonda, Mr. Fogg y Mrs. Auda subieron al cómodo vehículo, y el equipaje siguió detrás en una carretilla.

Media hora más tarde los viajeros bajaban al muelle de embarque, y allí recibieron la noticia de que el *Carnatic* había emprendido viaje la víspera.

Mr. Fogg, que esperaba encontrar a la vez al buque y a su criado, tuvo que pasar sin el uno y sin el otro; pero en su rostro no apareció ninguna señal de inquietud, y se limitó a contestar:

—Es un incidente, señora mía, y nada más.

En aquel momento, un personaje que le observaba con atención, se acercó a él. Era el inspector Fix, quien le saludó y le dijo:

—¿No es usted, como yo, caballero, uno de los pasajeros del *Rangoon* llegado ayer?

—Sí, señor —contestó fríamente Mr. Fogg—; pero no tengo la honra...

—Dispénseme, pero creí encontrar aquí a su criado.

—¿Sabe usted dónde está, caballero? —preguntó con viveza la joven viuda.

—¡Cómo! ¿No está con ustedes? —dijo Fix, fingiéndose sorprendido.

—No —repuso Mrs. Auda—. Desde ayer no hemos vuelto a verle. ¿Se habrá embarcado sin nosotros a bordo del *Carnatic*?

—¿Sin ustedes, señora...? —exclamó el agente—. Pero, permítame una pregunta: ¿Pensaban, por lo visto, marchar en el vapor?

—Sí, señor.

—Yo también, señora, y me encuentro muy contrariado. ¡Habiendo terminado el *Carnatic* sus reparaciones, salió de Hong-Kong doce horas antes sin avisar a nadie, y ahora será preciso aguardar ocho días la próxima salida!

Al pronunciar «ocho días» Fix sentía latir de gozo su corazón. ¡Ocho días! ¡Fogg detenido ocho días en Hong-Kong! Habría tiempo de recibir el mandamiento de prisión. En fin, la suerte se declaraba en favor del representante de la ley.

Júzguese qué golpe recibiría cuando oyó decir a Phileas Fogg con sosegada voz:

—Pero me parece que en el puerto de Hong-Kong hay otros buques.

Y Mr. Fogg ofreció su brazo a Mrs. Auda y se dirigió a los *docks* en busca de un buque dispuesto a zarpar.

Fix le seguía, desconcertado. Diríase que un hilo invisible le tenía atado a aquel hombre.

No obstante, el azar parecía abandonar a quien con tanta constancia había servido hasta entonces. Durante tres horas, Phileas Fogg recorrió el puerto en todos sentidos, decidido, si era necesario, a fletar una embarcación para ir a Yokohama; pero no vio más que buques en carga o descarga, y que, por tanto, no podían aparejar.

Fix comenzó a recobrar esperanzas.

Pero el caballero inglés no se desanimaba; estaba dispuesto a continuar sus investigaciones, aunque para ello tuviera que ir hasta Macao, cuando le salió al encuentro un marino, quien, descubriéndose, le dijo:

—¿Busca Su Honor un barco?

—¿Lo tiene usted dispuesto a marchar? —preguntó Mr. Fogg.

—Sí, señor; un barco-piloto, número 43, el mejor de la flotilla.

—¿Marcha bien?

—Entre ocho y nueve millas por lo menos. ¿Quiere verlo Su Honor?

—Sí.

—Su Honor quedará satisfecho. ¿Se trata de un paseo por mar?

—No. De un viaje.

—¡Un viaje!

—¿Se encargaría usted de conducirme a Yokohama?

El marino, al oír esto, se quedó con los brazos colgando y los ojos desencajados.

—¿Su Honor se quiere burlar?

—¡No! He perdido la salida del *Carnatic,* y debo estar el 14, lo más tarde, en Yokohama para tomar el vapor de San Francisco.

—Lo siento —contestó el piloto—, pero es imposible.

—Le ofrezco cien libras por día, y una prima de doscientas libras si llego a tiempo.

—¿De veras? —preguntó el piloto.

—Muy de veras —afirmó Mr. Fogg.

El piloto se había retirado aparte. Miraba el mar; evidentemente luchaba entre el deseo de ganar una suma enorme y el temor de aventurarse tan lejos. Fix padecía, entre tanto, mortales angustias.

Por su parte, Mr. Fogg se había vuelto hacia Auda y le decía:

—¿No tendrá miedo?

—Con usted, no, Mr. Fogg —respondió la joven viuda.

El piloto se había adelantado de nuevo hacia nuestro impasible caballero, dando vueltas al sombrero entre las manos.

—¿Y bien, piloto? —dijo Mr. Fogg.

—Pues bien, Su Honor —respondió el piloto—, no puedo arriesgar ni a mis hombres, ni a mí, ni a vos en tan larga travesía, sobre una embarcación de veinte toneladas y en esta época del año. Además, no llegaríamos a tiempo, porque hay mil seiscientas cincuenta millas de Hong-Kong a Yokohama.

—Mil seiscientas tan sólo —dijo Mr. Fogg.

—Lo mismo da.

Fix respiró una bocanada de aire.

—Pero —añadió el piloto— habría, quizá, modo de arreglar la cosa de otra manera.

Fix dejó de respirar nuevamente.

—¿Cómo? —preguntó Phileas Fogg.

—Yendo a Nagasaki, en la punta meridional del Japón, mil cien millas, o a Shanghai, que está a ochocientas millas de Hong-Kong. En esta última travesía nos separaríamos poco de la costa china, lo cual sería

una gran ventaja, tanto más cuanto que las corrientes se dirigen hacia el Norte.

—Piloto —respondió Phileas Fogg—, en Yokohama es donde debo tomar la *Mala* americana, y no en Shanghai ni en Nagasaki.

—¿Por qué no? —repuso el piloto—. El vapor de San Francisco no sale de Yokohama, sino que hace allí escala, del mismo modo como la hace en Nagasaki, siendo Shanghai su punto de partida.

—¿Está usted cierto de lo que dice?

—Cierto.

—¿Y cuándo sale el vapor de Shanghai?

—El 11, a las siete de la tarde. Tenemos cuatro días para llegar, esto es, noventa y seis horas; y con un promedio de ocho millas por hora si nos acompaña la suerte, si el viento es del Sudeste, si la mar está bonancible, podremos salvar las ochocientas millas que nos separan de Shanghai.

—¿Y cuándo puede usted emprender la marcha?

—Dentro de una hora. El tiempo de comprar víveres y aparejar.

—Asunto convenido... ¿Es usted patrón del buque?

—Sí, señor; John Bunsby, patrón de la *Tankadera.*

—¿Quiere usted señal?

—Si no sirve de molestia a Su Honor.

—Aquí tiene doscientas libras a cuenta... Caballero —añadió Phileas Fogg, volviéndose hacia Fix —, si quiere aprovechar...

—Iba a solicitar de usted ese favor —contestó resueltamente Fix.

—Pues bien. Dentro de media hora estaremos a bordo.

—Pero ese pobre muchacho... —indicó Mrs. Auda, a quien la desaparición de Picaporte preocupaba en grado sumo.

—Voy a hacer por él todo cuanto pueda —dijo Phileas Fogg.

Y mientras Fix, nervioso y calenturiento, rabioso, se dirigía al barco-piloto, ambos se fueron a las oficinas de la Policía de Hong-Kong. Allí, Phileas Fogg dio las señas de Picaporte y dejó una cantidad suficiente para que le enviasen a Europa. La misma formalidad se cumplió en el Consulado de Francia, y después de haber tocado en el hotel donde fue recogido el equipaje, volvieron los viajeros al puerto.

Daban las tres. El barco-piloto número 43, con su tripulación a bordo y sus víveres embarcados, estaba a punto de hacerse a la vela.

Era la *Tankadera* una bonita goleta de veinte toneladas, delgada de proa, franca de corte, muy prolongada en su línea de aguas. Parecía un yate de carreras. Sus brillantes colores, sus herrajes galvanizados, su puente blanco como el marfil, indicaban que el patrón John Bunsby sabía lo que se hacía en cuanto se refería a limpieza y curiosidad. Sus dos mástiles se inclinaban algo hacia atrás. Llevaba cangreja, mesana, trinquete, foques, cuchillos y botadores, y podía aparejar bandola para viento en popa. Marchaba maravillosamente, y de hecho había ganado ya muchos premios en las carreras de barcos-piloto.

La tripulación de la *Tankadera* se componía del patrón, John Bunsby, y de cuatro hombres. Eran de esos atrevidos marineros que en todos tiempos se aventuran en empresas difíciles y conocen admirablemente aquellos mares. John Bunsby, hombre de cuarenta y cinco años, vigoroso y de tez morena, mirada viva y la figura enérgica, actitud bien plantada y muy sobre sí, hubiera inspirado confianza a los pasajeros más procelosos.

Phileas Fogg y Mrs. Auda pasaron a bordo, donde ya se encontraba Fix. Por la carroza de popa de la goleta se bajaba a una cámara cuadrada, cuyas paredes se arqueaban por encima de un diván circular. En medio había una mesa alumbrada por una lámpara a prueba de oscilaciones. Era todo pequeño, pero limpio.

—Lamento no poderle ofrecer otra cosa mejor —dijo Mr. Fogg a Fix, quien se inclinó sin responder.

El inspector de Policía sentía cierta humillación en aprovechar así los obsequios de Mr. Fogg.

«¡Seguramente es un bribón muy cortés, pero es un bribón al fin y al cabo!», decía para sí.

A las tres y diez minutos fueron izadas las velas. El pabellón de Inglaterra ondeaba en la cangreja de la goleta. Los pasajeros estaban sentados en el puente. Mr. Fogg y Mrs. Auda dirigieron una postrer mirada al muelle con el exclusivo objeto de ver si Picaporte aparecía.

Fix no dejaba de tener su miedo, porque la casualidad hubiera podido guiar hasta aquel paraje al desgraciado muchacho, a quien había tratado tan indignamente, y entonces hubiera mediado una explicación desventajosa para el agente. Pero el francés no se presentó, y, sin duda, estaba aún bajo la influencia del embrutecimiento narcótico.

Por fin, el patrón Bunsby pasó mar afuera y, tomando el viento con cangreja, mesana y foques, se lanzó ondulante sobre las aguas.

CAPÍTULO XXI

DONDE EL PATRÓN DE LA *TANKADERA* CORRE GRAVE RIESGO DE PERDER UNA PRIMA DE DOSCIENTAS LIBRAS

Era muy aventurado el emprender aquella navegación de ochocientas millas sobre una embarcación de veinte toneladas y, sobre todo, en aquella época del año. Los mares de China son generalmente malos; están expuestos a terribles borrascas, en particular durante los equinoccios, y aún no habían transcurrido los primeros días de noviembre.

Muy ventajoso hubiera sido, desde luego, para el piloto conducir los pasajeros a Yokohama, puesto que le pagaban a tanto por día, pero arrostraría la grave imprudencia de intentar semejante travesía en tales condiciones, y era ya bastante audacia, si no temeridad, el subir hasta Shanghai. No obstante, John Bunsby tenía mucha confianza en su *Tankadera,* que se elevaba sobre el oleaje como una malva, y quizá no iba descaminado.

Durante las últimas horas de aquella jornada, la *Tankadera* navegó por los caprichosos pasos de Hong-Kong, y en todas sus maniobras cerraba al viento su popa, conduciéndose admirablemente.

—No necesito, piloto —dijo Phileas Fogg, en el momento en que la goleta salía mar afuera—, recomendarle toda la diligencia posible.

—Fíe Su Honor en mí —respondió John Bunsby—. En materia de velas, llevamos todo lo que el viento permite llevar. Nuestros cuchillos no añadirían nada y no servirían más que para estorbo y perjuicio de la marcha.

—Es su oficio y no el mío, piloto, y confío en usted.

Phileas Fogg, con el cuerpo erguido, las piernas separadas, a plomo como un marino, miraba, sin alterarse, el ampollado mar. La joven viuda, sentada a popa, se sentía conmovida al contemplar el océano, oscurecido ya por el crepúsculo, y sobre el cual se arriesgaba en una débil embarcación. Por encima de su cabeza desplegábanse las blancas velas, que la arrastraban por el espacio cual olas gigantescas. La goleta, levantada por el viento, parecía volar por el aire.

Llegó la noche. La luna entraba en el primer cuarto y su insuficiente luz no tardaría en extinguirse entre las brumas del horizonte. Las nubes que venían del Este iban invadiendo ya una parte del cielo.

El piloto había dispuesto sus luces de posición, precaución indispensable en aquellos mares muy frecuentados en las cercanías de la costa. Los encuentros con buques no eran raros, y con la velocidad que navegaba, la goleta se hubiera estrellado al más ligero choque.

Fix estaba meditabundo en la proa. Se mantenía apartado, pues sabía que Fogg era poco hablador; por otra parte, le repugnaba hablar con el hombre de quien aceptaba servicios. También pensaba en el porvenir. Le parecía cierto que Mr. Fogg no se detendría en Yokohama y que tomaría inmediatamente el vapor de San Francisco con objeto de llegar a América, cuya vasta extensión le aseguraría la impunidad y la seguridad. El plan de Phileas Fogg le parecía sumamente sencillo.

En vez de embarcarse en Inglaterra para los Estados Unidos como un bribón vulgar, Fogg había dado la vuelta atravesando las tres cuartas partes del Globo, para alcanzar con más seguridad el continente americano, donde se comería tranquilamente los millones del Banco, después de haber desorientado a la Policía. Pero una vez en los Estados Unidos, ¿qué haría Fix? ¿Abandonar a aquel hombre? No, y cien veces no. Mientras no hubiese conseguido su extradición, no le soltaría. Era su deber y lo cumpliría hasta el fin. En todo caso, se había presentado una circunstancia feliz. Picaporte no estaba ya con su amo y, sobre todo, después de las confidencias de Fix, importaba que amo y criado no volvieran a verse jamás.

Phileas Fogg, por su parte, no dejaba de pensar en su criado, que de modo tan singular había desaparecido. Después de meditar mucho, no le parecía imposible que por mala inteligencia el pobre mozo se hubiese embarcado en el *Carnatic* en el último momento. También era esta la opinión de Mrs. Auda, que echaba de menos a aquel fiel servidor a quien tanto debía. Podía, pues, acontecer que le encontrasen en Yokohama, y sería fácil saber si el *Carnatic* le había llevado.

Hacia las diez de la noche la brisa refrescó. Acaso hubiera sido prudente tomar un rizo; pero el piloto, después de observar con emoción el estado del cielo, dejó el velamen tal como estaba. Por otra parte, la *Tankadera* llevaba admirablemente el trapo con gran calado de agua, y todo estaba preparado para aferrar inmediatamente en caso de chubasco.

A medianoche, Phileas Fogg y Auda bajaron a la cámara. Fix les había precedido y se había tendido en el diván. En cuanto al piloto y sus hombres, permanecieron toda la noche sobre cubierta.

El siguiente día, 8 de noviembre, al salir el sol, la goleta había recorrido más de cien millas. La corredera indicaba que el promedio de velocidad estaba entre las ocho y nueve millas. La *Tankadera,* durante esta jornada, no se alejó sensiblemente de la costa, cuyas corrientes le eran favorables. La tenían a cinco millas lo más por babor, y aquella costa, irregularmente perfilada, aparecía de cuando en cuando entre algunos claros. Viniendo el viento de tierra, la mar era menos fuerte, feliz circunstancia para la goleta, porque las embarcaciones de poco calado

sufren por el oleaje, que corta su velocidad y las mata, valiéndonos de la expresión de aquellos marinos.

A mediodía la brisa amainó algo y fue llamada al Sudeste. El piloto mandó desplegar los cuchillos, pero al cabo de dos horas los aferró, porque el viento arreciaba de nuevo.

Mr. Fogg y la joven, refractarios por fortuna al mareo, comieron con apetito las conservas y la galleta de a bordo. Invitaron a Fix, quien tuvo que aceptar, sabiendo que es tan necesario dar lastre al estómago como a los buques; pero esto le contrariaba. ¡Viajar a expensas de aquel hombre, nutrirse con sus propios víveres, le parecía algo desleal! No obstante, comió con algún melindre, es verdad; pero, al fin, comió.

Con todo, después de dar fin a la comida, creyó que debía llamar a Mr. Fogg aparte, y le dijo:

—Caballero...

Esta palabra «caballero» le escocía algo, y aún se contenía para no echar la mano al cuello de aquel «caballero».

—Caballero, ha estado muy obsequioso ofreciéndome pasaje; pero si bien mis recursos no me permiten obrar con tanta esplendidez como usted, entiendo pagar mi escote...

—No hablemos más de eso, caballero —respondió Mr. Fogg.

—Pero si me empeño...

—No, señor —repitió Fogg, con voz que no admitía réplica—. Eso entra en los gastos generales.

Fix se inclinó; se ahogaba y, yendo a recostarse a proa, no volvió a pronunciar palabra en todo el día.

Entre tanto, se andaba rápidamente. John Bunsby tenía buena esperanza. Varias veces dijo a Mr. Fogg que se llegaría a tiempo a Shanghai, y Mr. Fogg respondía que contaba con ello. Por lo demás, toda la tripulación desplegaba su celo ante la recompensa que engolosinaba a la gente. No había, por tanto, escota que no se hallase bien tendida, ni vela que no estuviese bien reclamada, ni podía imputarse al timonel ningún falso borneo. No se hubiera maniobrado con más maestría en una regata del «Royal-Yacht Club».

Por la tarde, el piloto daba como recorridas doscientas veinte millas desde Hong-Kong, y Phileas Fogg podía esperar que al llegar a Yokohama no tendría tardanza ninguna que apuntar en su programa. Por ende, el primer contratiempo grave que experimentaba desde su salida de Londres no le causaría, con toda probabilidad, perjuicio alguno.

Durante la noche, hacia las primeras horas de la mañana, la *Tankadera* entraba francamente en el estrecho de Fu-Kieu, que separa la costa china de la gran isla de Formosa, y cortaba el trópico de Cáncer. El mar estaba muy duro en ese estrecho, lleno de remolinos formados por contracorrientes. La goleta iba muy trabajada. La marejada quebrantaba su marcha y era dificilísimo tenerse en pie sobre cubierta.

Con el alba, el viento arreció más. Había en el cielo apariencias de un próximo chubasco. Además, el barómetro anunciaba un cercano cambio en la atmósfera; su marcha diurna era irregular y el mercurio oscilaba caprichosamente. La marejada hacia el Sudeste se presentaba ampollada como indicio precursor de la tempestad. La víspera, el sol se había puesto entre una bruma roja, en medio de los destellos fosforescentes del océano.

El piloto observó un buen espacio de tiempo aquel mal aspecto del cielo y murmuró entre dientes algunas palabras poco inteligibles. En cierto momento, dijo en voz baja a su pasajero:

—¿Puede decirse todo a Su Honor?

—Todo —contestó Phileas Fogg.

—Pues bien, vamos a tener chubasco.

—¿Del Norte o del Sur? —preguntó, sencillamente, Mr. Fogg.

—Del Sur. Véalo usted. Se está preparando un tifón.

—Vaya por el tifón del Sur, puesto que nos empujará hacia el buen camino —respondió Fogg.

—Si así lo toma usted —replicó el piloto—, nada tengo que decir.

Los presentimientos de John Bunsby no le engañaban. En una época menos avanzada del año, el tifón, según expresiones de un célebre meteorólogo, se hubiera desvanecido en cascada luminosa de llamarada eléctrica; pero en el equinoccio de invierno era de temer que estallase con violencia.

El piloto tomó de antemano sus precauciones. Arrió todas las velas de la goleta y retiró las vergas sobre cubierta. Los botadores fueron despasados. Las escotillas se condenaron cuidadosamente. Ni una gota de agua podría penetrar en el casco de la embarcación. Sólo se izó en el trinquete una sola vela triangular para conservar a la goleta con viento en popa, y así las cosas, se esperó. hull

John Bunsby había recomendado a sus pasajeros que bajasen a la cámara; pero en tan estrecho espacio, casi privado de aire, y con los sacudimientos de la marejada, no podía tener nada de agradable aquel encierro. Ni Mr. Fogg, ni Mrs. Auda, ni el mismo Fix, consintieron en abandonar la cubierta.

A las ocho, la borrasca de agua y de ráfagas cayó a bordo. Sólo con su trinquetilla, la *Tankadera* fue despedida como una pluma por aquel viento, del cual no se puede formar idea exacta sino cuando sopla en tempestad. Comparar su velocidad a la cuádruple marcha de una locomotora lanzada a todo vapor sería quedar por debajo de la verdad.

Durante toda la jornada la embarcación corrió así hacia el Norte, arrastrada por olas monstruosas, Y conservando, por fortuna, una velocidad igual a la de ellas. Veinte veces estuvo a pique de quedar anegada por una de las montañas de agua que se levantaban por popa, pero la catástrofe se evitaba con un diestro golpe de timón dado por el piloto. Los pasajeros quedaban algunas veces empapados de agua por las rociadas que recibían con toda filosofía. Fix gruñía incesantemente; pero la intrépida Auda,

con la vista fija en su compañero, cuya sangre fría admiraba, se manifestaba digna de él y arrostraba a su lado la tormenta. En cuanto a Phileas Fogg, parecía que el tifón formaba parte de su programa.

Hasta aquel momento, la *Tankadera* había hecho siempre rumbo hacia el Norte; mas por la tarde, como era de temer, el viento saltó tres cuartos al Noroeste. La goleta, dando entonces el costado a la marejada, fue sacudida espantosamente. El mar la hería con violencia suficiente para espantar, cuando no se sabe, como en aquel caso, con qué solidez están enlazadas entre sí todas las partes de un buque.

Con la noche la tempestad se acentuó y, viendo llegar la oscuridad y con ésta crecer la tormenta, John Bunsby abrigó serios temores. Se preguntó si sería tiempo de dirigirse a la costa y consultó a la tripulación, después de lo cual se acercó a Fogg y le dijo:

—Creo, Su Honor, que haríamos bien en arribar a un puerto de la costa.

—Yo también lo creo —contestó Phileas Fogg.

—¡Ah! —dijo el piloto—. Pero, ¿en cuál?

—Sólo conozco uno —replicó Mr. Fogg tranquilamente.

—¿Y es...?

—Shanghai.

El piloto estuvo algunos momentos sin comprender lo que significaba semejante respuesta y lo que encerraba de obstinación y de tenacidad.

Después exclamó:

—¡Pues bien, sí! Su Honor tiene mucha razón. ¡A Shanghai!

Y la dirección de la *Tankadera* se mantuvo denodadamente hacia el Norte siempre.

¡Noche ciertamente increíble! Fue un milagro que no volcase la goleta. Dos veces se vio comprometida, y todo hubiera desaparecido de cubierta a no mantenerse firmes las trincas. Auda estaba destrozada, pero no profirió queja alguna. Más de una vez tuvo que acudir Mr. Fogg a ella para protegerla contra la violencia de las olas.

Al apuntar el día, la tempestad se desencadenaba todavía con extraordinario furor. Sin embargo, el viento volvió al Sudeste. Era una modificación favorable, y la *Tankadera* hizo rumbo otra vez en aquel mar bravío cuyas olas se estrellaban entonces con las producidas por la nueva dirección del viento. De aquí el choque de marejadas encontradas que hubiera desmantelado una embarcación construida con menos solidez.

A intervalos regulares se divisaba la costa por entre las rasgadas brumas, pero no había un solo buque a la vista. La *Tankadera* era el único que se aguantaba en el mar.

A mediodía hubo algunos síntomas de calma, que con el descenso del sol en el horizonte se pronunciaron con más decisión.

La corta duración de la tempestad fue debida a la misma violencia. Los pasajeros, quebrantados, pudieron tomar algún alimento.

La noche fue relativamente apacible. El piloto ordenó restablecer sus velas en bajos rizos. La velocidad de la embarcación era considerable. Al amanecer del día 11, reconocida la costa, aseguró John Bunsby que Shanghai no distaba cien millas.

No quedaba más que aquella jornada para andar esas cien millas. Aquella misma tarde Mr. Fogg debía llegar a Shanghai si no quería faltar a la salida del vapor de Yokohama. A no estallar la tempestad, durante la cual perdió bastantes horas, hubiera estado en aquel momento a treinta millas del puerto.

La brisa amainaba sensiblemente y la mar se calmaba a la vez. La goleta se cubrió de trapo. Cuchillos, velas de estay, contrafoque, en todo hacía presa el viento, levantando espuma en el mar la velocidad del barco.

A mediodía la *Tankadera* no estaba a más de cuarenta y cinco millas de Shanghai. Le faltaban seis horas para llegar al puerto, antes de la salida del vapor de Yokohama.

Los temores se despertaron con viveza. Se quería llegar a toda costa. Todos, excepto Phileas Fogg, sentían latir de impaciencia su corazón. ¡Era necesario que la goleta se mantuviese en un promedio de nueve millas por hora, y el viento seguía calmándose! Era una brisa irregular que soplaba de la costa a rachas, después de cuyo paso desaparecía el oleaje.

No obstante, la embarcación era tan ligera, sus velas de tejido fino recogían tan bien los movimientos sueltos de la brisa, que con ayuda de la corriente, a las seis, John Bunsby no contaba ya más que diez millas hasta la ría de Shanghai, porque esta ciudad está a doce millas de la embocadura.

A las siete aún faltaban tres millas hasta Shanghai. De los labios del piloto se escapó una formidable imprecación. La prima de doscientas libras iba a escapársele. Miró a Mr. Fogg, quien estaba impasible a pesar de que en aquel momento se jugaba la fortuna entera.

Entonces apareció sobre el agua un largo huso negro, coronado por un penacho de humo. Era el vapor americano, que salía como de costumbre a la hora reglamentaria.

—¡Maldición! —exclamó John Bunsby, que rechazó la barra del timón con desesperado brazo.

—¡Señales! —dijo simplemente Phileas Fogg.

En la proa de la *Tankadera* había un cañoncito de bronce que servía para señales en tiempo de bruma.

El cañón fue cargado hasta la boca; pero en el momento en que el piloto iba a aplicar la mecha, dijo Mr. Fogg:

—¡Bandera color castaño!

La bandera se arrió a medio mástil en demanda de auxilio, esperando que al verla el vapor americano modificaría su rumbo para acudir a la embarcación.

—¡Fuego! —ordenó Phileas Fogg.

Y la detonación del cañoncito estalló por los aires.

CAPÍTULO XXII

DONDE PICAPORTE SE DA PERFECTA CUENTA DE QUE AUN EN LOS ANTÍPODAS ES PRUDENTE LLEVAR ALGÚN DINERO EN EL BOLSILLO

El *Carnatic,* salido de Hong-Kong el 7 de noviembre, a las seis y media de la tarde, se dirigía a todo vapor hacia las tierras del Japón. Llevaba cargamento completo de mercancías y pasajeros. Dos cámaras de popa estaban desocupadas; eran las que se habían tomado para Phileas Fogg.

Al día siguiente por la mañana, los hombres de proa pudieron ver, no sin sorpresa, a un pasajero que con la vista medio desvaída, el andar vacilante, la cabeza espantada, salía de la carroza de segunda y venía a sentarse, vacilante, sobre una pieza de repuesto.

Ese pasajero era Picaporte en persona. He aquí lo acontecido:

Algunos instantes después que Fix salió del fumadero, dos mozos habían recogido a Picaporte profundamente dormido y le habían trasladado a la tarima reservada a los fumadores. No mucho más tarde, Picaporte, perseguido hasta en sus pesadillas por una idea fija, se despertaba y luchaba contra la enervante acción del narcótico. El pensamiento de su deber no cumplido sacudía su entorpecimiento. Bajaba de aquella tarima de ebrios y apoyándose vacilante en las paredes, cayendo y levantándose, pero siempre impelido por una especie de instinto, salía del fumadero gritando como en sueños:

—¡El *Carnatic!* ¡El *Carnatic!*

El vapor estaba ya humeando y dispuesto a marchar. Picaporte no tenía más que dar algunos pasos. Se lanzó sobre el puente volante, salvó el espacio y cayó sin aliento a proa, en el momento en que el *Carnatic* soltaba sus amarras.

Algunos marineros, como gente acostumbrada a esta clase de escenas, descendieron al pobre mozo a una cámara de segunda, y Picaporte no despertó hasta la mañana siguiente, a ciento cincuenta millas de las tierras de China.

Por eso, Picaporte se hallaba aquel día sobre la cubierta del *Carnatic,* viniendo a aspirar a pleno pulmón las frescas brisas del mar. Este aire puro le serenó. Comenzó a reunir sus ideas y no lo consiguió sin esfuerzos. Pero

al fin recordó las escenas de la víspera, las confidencias de Fix, el fumadero, etcétera.

«¡Es increíble que haya estado tan ebrio! —decía para sí—. ¿Qué dirá Mr. Fogg? En todo caso no he faltado a la salida del buque, que es lo importante.»

Y después, acordándose del inspector, añadía:

«En cuanto a ése, espero que ya nos habremos desembarazado de él y que después de lo que me ha propuesto, no se atreverá a seguirnos sobre el *Carnatic.* ¡Un inspector de Policía, un detective en persecución de mi amo, acusado del robo cometido en el Banco de Inglaterra! ¡Quita allá! ¡Mr. Fogg es tan ladrón como yo asesino!»

¿Debería Picaporte referir todo eso a su amo? ¿Convendría enterarle del papel que desempeñaba Fix en todo aquel asunto? ¿No sería mejor aguardar su llegada a Londres para decirle que un agente de la Policía metropolitana le había seguido alrededor del mundo y reírse juntos de él? Indudablemente que sí, y en todo caso había tiempo de resolver esta cuestión. Lo más urgente era presentarse a Mr. Fogg y darle excusas por lo sucedido.

Sobre cubierta no vio a nadie que se pareciese ni a Mr. Fogg ni a Mrs. Auda.

«Bueno... —se dijo—. Mrs. Auda estará acostada todavía, y en cuanto a Mr. Fogg, habrá tropezado con algún jugador de *whist* y, según su costumbre...»

Diciéndose esto, Picaporte bajó al salón. Allí no estaba su amo. Picaporte preguntó al *purser* cuál era el camarote que ocupaba Mr. Fogg. El *purser le* contestó que no conocía a ningún pasajero de este nombre.

—Dispense —dijo Picaporte, insistiendo—. Se trata de un caballero alto, frío, poco comunicativo, acompañado de una joven señora...

—No tenemos señoras jóvenes a bordo —respondió el *purser*—. Por lo demás, he aquí la lista de los pasajeros y puede usted consultarla.

Picaporte la leyó y allí no figuraba el nombre de su amo.

Tuvo una especie de desvanecimiento. Ni una sola idea cruzó por su cerebro.

—¿Pero estoy en el *Carnatic?* —preguntó.

—Sí.

—¿En rumbo para Yokohama?

—Exactamente.

¡Picaporte había tenido de pronto el temor de haberse equivocado de buque! Pero si él estaba en el *Carnatic,* era bien seguro que su amo se había embarcado.

Picaporte se dejó caer sobre un sillón como herido por un rayo. Acababa de ocurrírsele súbitamente una idea clara. Recordó que la hora de salida del *Carnatic* había sido adelantada y que no se lo había avisado a su

amo. ¡Culpa suya era, por consiguiente, que Mr. Fogg y Mrs. Auda hubiesen perdido el viaje!

¡Culpa suya, sí, pero más aún del traidor que para separarle de su amo y detener a éste en Hong-Kong, le había embriagado a él! Porque al fin comprendió el ardid del inspector de Policía. ¡Y en aquel momento, Mr. Fogg, seguramente arruinado, ya perdida la apuesta, estaría detenido, preso tal vez! Picaporte se mesaba los cabellos. ¡Ah! ¡Si Fix cayese alguna vez entre sus manos, cómo le ajustaría las cuentas!

En fin, después de los primeros momentos de postración, Picaporte recobró su sangre fría y estudió la situación, que era poco envidiable. El francés viajaba con rumbo al Japón. Estaba seguro de llegar a este país, pero, ¿cómo se marcharía de él? Tenía los bolsillos vacíos. ¡Ni un chelín, ni un penique! Sin embargo, su pasaje y manutención estaban pagados de antemano. Contaba, pues, con cinco o seis días para pensar la solución que había de tomar. Comió y bebió durante la travesía cual no puede describirse. Comió por su amo, por Mrs. Auda y por sí mismo. Comió como si el Japón, adonde iba a desembarcar, hubiera sido un país desierto, desprovisto de toda sustancia comestible.

El 13, a la primera marea, el *Carnatic* entraba en el puerto de Yokohama.

Este puerto es una importante escala en el Pacífico, donde se detienen todos los vapores empleados en el servicio de correos y viajeros entre América del Norte, China, el Japón y las islas de la Malasia. Yokohama está situado en la misma bahía de Yedo, a corta distancia de esta inmensa ciudad, segunda capital del Imperio japonés, antigua residencia del taikun, cuando existía este emperador civil y rival de Meako, la gran ciudad habitada por el mikado, emperador eclesiástico descendiente de los dioses.

El *Carnatic* atracó al muelle de Yokohama, cerca de las escolleras y de la Aduana, en medio de numerosos buques de todas las naciones.

Picaporte puso el pie sin entusiasmo ninguno en aquella tierra tan curiosa de los Hijos del Sol. No tuvo mejor cosa que hacer que tomar el azar por guía y andar errante por las calles de la población.

Picaporte se vio al pronto en una ciudad completamente europea, con casas de fachadas bajas, adornadas con cancelas, bajo las cuales se desarrollaban elegantes peristilos, y que cubría con sus calles, sus plazas, sus *docks* y sus depósitos todo el espacio comprendido desde el promontorio del Tratado hasta el río. Allí, como en Hong-Kong y como en Calcuta, hormigueaba una mezcla de gentes de toda casta, americanos, ingleses, chinos, holandeses, mercaderes dispuestos a comprarlo todo y a venderlo todo, y entre los cuales el francés era tan extranjero como si hubiese nacido en el país de los hotentotes.

Picaporte tenía un recurso, que era el de recomendarse cerca de los agentes consulares franceses o ingleses establecidos en Yokohama; pero le repugnaba relatar su historia, tan íntimamente relacionada con la de su amo, y antes de esto quería apurar todos los demás medios.

Después de haber recorrido la parte europea de la ciudad sin que el azar le hubiese servido, entró en la parte japonesa, decidido, si era necesario, a llegar hasta Yedo.

Esa porción indígena de Yokohama se llama Benten, nombre de una diosa del mar, adorada en las islas vecinas. Allí se veían magníficas alamedas de pinos y cedros; puertas sagradas de extraña arquitectura; puentes envueltos entre cañas y bambúes; templos abrigados por una muralla inmensa y melancólica de seculares cedros; conventos y bonzos, donde vegetaban los sacerdotes del budismo y los sectarios de la religión de Confucio; calles interminables donde había abundante cosecha de chiquillos de tez sonrosada y coloradas mejillas, figuritas que parecían recortadas de algún biombo indígena y que jugaban en medio de unos perrillos de piernas cortas y de unos gatos amarillentos, sin rabo, muy perezosos y muy cariñosos.

En las calles todo era movimiento y agitación incesante; bonzos que pasaban en procesión tocando sus monótonos tamboriles; yakuninos, oficiales de la Aduana o de Policía, con sombreros puntiagudos incrustados de laca y dos sables al cinto; soldados vestidos de percalina azul con rayas blancas y armados con fusiles de percusión, hombres de armas del mikado metidos en su justillo de seda, con loriga y cota de malla, y otros muchos militares de diversas condiciones, porque en el Japón la profesión de soldado es tan distinguida como despreciada en China. Y asimismo hermanos postulantes, peregrinos de largas vestiduras, simples paisanos de cabellera suelta, negra como el ébano, cabeza abultada, busto largo, piernas delgadas, estatura baja, tez teñida desde los sombríos matices cobrizos hasta el blanco mate, pero nunca amarillo como los chinos, de quienes se diferencian los japoneses esencialmente. Y por último, entre carruajes y palanquines, mozos de cuerda, carretillas de velamen, *norimones* con caja laqueada, *cangos*[1] suaves, verdaderas literas de bambú, se veía circular, a cortos pasos y con pie chiquito calzado de lienzo, sandalias de paja o zuecos de madera labrada, a algunas mujeres poco bonitas, de ojos encogidos, deprimido pecho, dientes ennegrecidos a usanza del día, pero que llevaban con elegancia el llamado *kirimon,* especie de bata cruzada con una banda de seda, cuya ancha cintura formaba atrás un extravagante lazo, que las modernas parisienses han copiado.

Picaporte se entretuvo paseando durante algunas horas entre aquella abigarrada muchedumbre, mirando también las curiosas y opulentas tiendas, los bazares en que se aglomera todo el oropel de la bisutería japonesa, los restaurantes adornados con banderolas y banderas, en los cuales le estaba vedado entrar; y las casas de té, en las cuales se bebe a tazas llenas el agua odorífera con el saki, licor sacado del arroz fermentado; y los confortables

[1] Los *norimones* y *cangos* son unas sillas de mano que se distinguen en particular por el mayor lujo en aquéllos.

fumaderos donde se aspira un tabaco muy fino, y no el opio, cuyo uso es apenas conocido en el Japón.

Después, Picaporte se encontró en la campiña, en medio de inmensos arrozales. Allí ostentaban sus últimos colores y sus últimos perfumes las brillantes camelias, nacidas no ya en arbustos, sino en árboles, y dentro de las cercas de bambúes se veían cerezos, ciruelos y manzanos, que los indígenas cultivan más bien por sus flores que por sus frutos, y que están defendidos contra los pájaros, palomas, cuervos y otras aves voraces por medio de maniquíes haciendo muecas y con torniquetes chillones. No había cedro majestuoso que no abrigase algún águila, ni sauce bajo el cual no se encontrase alguna garza melancólicamente posada sobre un pie; finalmente, por todas partes había cornejas, patos, gavilanes, gansos silvestres y muchas de esas grullas a las cuales tratan los japoneses de señorías, porque simbolizan para ellos la longevidad y la dicha.

Al andar así vagando, Picaporte descubrió algunas violetas entre las hierbas cortas.

—¡Bueno! —dijo—. Ya tengo cena.

Pero las olió y no tenían perfume alguno.

—¡No tengo suerte! —pensó.

Cierto es que el buen muchacho había almorzado, por previsión, todo lo copiosamente que pudo antes salir del *Carnatic,* pero después de un día de paseo se sintió muy vacío el estómago. Bien había observado que en la muestra de los carniceros faltaba el carnero, la cabra o el cerdo, y como sabía que es un sacrilegio matar bueyes, únicamente reservados a las necesidades de la agricultura, había deducido que la carne escaseaba en el Japón. No se engañaba; pero a falta de todo eso, su estómago se hubiera arreglado con jabalí, gamo, perdices o codornices, aves o pescado con que se alimentan exclusivamente los japoneses, a la par que el producto de sus arrozales. Pero debió hacer de tripas corazón y dejar para el día siguiente el cuidado de proveer a su manutención.

Llegó la noche, y Picaporte regresó a la ciudad indígena, vagando por las calles en medio de faroles multicolores, viendo a los farsantes ejecutar sus maravillosos ejercicios y a los astrólogos que, al aire libre, reunían a la gente alrededor de su telescopio. Después volvió al puerto, esmaltado con las luces de los pescadores, que atraían los peces por medio de poderosas antorchas encendidas.

Finalmente, las calles se despoblaron. A la multitud sucedieron las rondas de yakuninos, oficiales que con sus magníficos trajes y en medio de un séquito parecían embajadores, y Picaporte repetía alegremente cada vez que encontraba alguna vistosa patrulla:

—¡Bueno va! ¡Otra embajada japonesa que se dirige a Europa!

CAPÍTULO XXIII

DONDE LA NARIZ DE PICAPORTE SE PROLONGA DESMEDIDAMENTE

Al día siguiente, Picaporte, derrengado y hambriento, díjose que era necesario comer a toda costa, y que cuanto antes lo hiciese sería mejor. Bien tenía el recurso de vender el reloj, pero antes hubiera muerto de hambre. Entonces o nunca era ocasión para aquel buen muchacho de utilizar la voz fuerte, si no melodiosa, de que le había dotado la naturaleza.

Sabía algunas coplas de Francia y de Inglaterra, y resolvió ensayarlas. Los japoneses debían, a lo mejor, ser aficionados a la música, puesto que todo se hace entre ellos a son de timbales, tamtanes y tambores, no pudiendo menos de apreciar, por tanto, el talento de un cantor europeo.

Pero era, tal vez, temprano para organizar un concierto, y los *diletanti,* súbitamente despertados, no hubieran pagado acaso al cantante en moneda con la eficie del mikado.

Picaporte se decidió, por consiguiente, a esperar algunas horas; pero mientras iba caminando, se le ocurrió que parecía demasiado bien vestido para un artista ambulante, y concibió entonces la idea de trocar su traje por unos guiñapos que estuviesen más de acuerdo con su posición. Este cambio debía producirle, además, un saldo que podría aplicar inmediatamente a calmar su apetito.

Una vez tomada esta resolución, faltaba llevarla a la práctica, y sólo después de muchas investigaciones descubrió Picaporte a un vendedor indígena a quien expuso su petición. El traje europeo agradó al ropavejero, y no tardó Picaporte en salir ataviado con un viejo traje japonés y cubierto con una especie de turbante de estrías, desteñido por la acción del tiempo. Pero en compensación sonaron en sus bolsillos algunas piezas de plata.

«¡Bueno! —pensó —. Me figuraré que estamos en Carnaval...»

El primer cuidado de Picaporte así ataviado fue el de entrar en un *tea-house*[1] de apariencia modesta, y allí almorzó un resto de ave y algunos puñados de arroz, cual hombre para quien la comida era aún cosa problemática.

---

[1] Literalmente, «casa de té», establecimiento donde sirven también otras cosas.

«Ahora —dijo para sí, después de restaurarse copiosamente—, se trata de no perder la cabeza. Ya no tengo el recurso de vender esta vestidura por otra que sea más japonesa. ¡Es necesario, pues, discurrir el medio de dejar lo más pronto posible este país del Sol, del cual no guardaré más que un lamentable recuerdo!»

Se le ocurrió entonces visitar los vapores que estaban dispuestos a salir para América. Contaba con ofrecerse en calidad de cocinero o de criado, no pidiendo por toda retribución más que el pasaje y el sustento. Una vez en San Francisco, procuraría salir de apuros. Lo importante era salvar las cuatro mil millas del Pacífico que se extienden entre el Japón y el Nuevo Mundo.

No siendo Picaporte hombre que dejase dormir una idea, se dirigió al puerto de Yokohama; pero a medida que se aproximaba a los *docks,* su proyecto, que tan sencillo le había parecido al concebirlo, se le iba haciendo impracticable. ¿Por qué habían de necesitar cocinero a bordo de un vapor americano y qué confianza podía inspirar del modo como iba ataviado? ¿Qué recomendación podía ofrecer? ¿Qué personas podrían abonarle?

Estando así reflexionando, cayó su vista sobre un inmenso cartel que una especie de *clown* paseaba por las calles de Yokohama. Ese cartel decía, en inglés, lo siguiente:

«Compañía japonesa acrobática
Honorable WILLIAM BATULCAR

Últimas representaciones antes de salir
para los Estados Unidos
de los
NARIGUDOS-NARIGUDOS
bajo la invocación directa del dios Tingú.
¡Gran atracción!»

—¡Los Estados Unidos! —exclamó Picaporte—. ¡Ya di con mi negocio...!

Siguió al del cartel y entró en la ciudad japonesa. Un cuarto de hora más tarde se detenía ante una gran barraca coronada con varios haces de banderolas y cuyas paredes exteriores representaban sin perspectiva, pero con exagerados colores, toda una banda de juglares.

Era el establecimiento del honorable Batulcar, especie de Barnum americano, director de una compañía de saltimbanquis, juglares, *clowns*, acróbatas, equilibristas y gimnastas que, según el cartel, daban sus últimas representaciones antes de dejar el Imperio del Sol Naciente para dirigirse a los Estados Unidos.

Picaporte entró bajo un peristilo que precedía al barracón y preguntó por el señor Batulcar, quien se presentó en persona.

—¿Qué desea usted? —dijo a Picaporte, a quien creyó indígena.

—¿Necesita algún criado? —preguntó Picaporte.

—¡Criado! —exclamó el Barnum, acariciándose la poblada perilla gris que adornaba su cabeza—; tengo dos, obedientes, fieles, que nunca me han dejado y que me sirven de balde, y sólo por la comida... Son éstos —añadió, enseñando sus robustos brazos surcados de venas gruesas como las cuerdas de un contrabajo.

—Es decir, ¿que no puedo servirle para algo?

—Para nada.

—¡Diantre! Es que me hubiera convenido mucho marcharme con usted.

—¡Hola! —dijo el honorable Batulcar—. ¡Lo mismo es usted japonés que yo mico! ¿Por qué va así vestido?.

—Cada uno se viste como puede.

—Cierto. ¿Es francés?

—Sí, parisiense.

—Entonces, ¿sabrá hacer muecas?

—¡A fe mía, nosotros, los franceses, sabemos hacer muecas, es verdad, pero no mejor que los americanos! —repuso Picaporte, incomodado por la pregunta.

—Es verdad. Pues bien, si no le tomo como criado, puedo tomarle como *clown*. Ya me comprenderá usted, bravo mozo. ¡En Francia se exhiben farsantes extranjeros, y en el extranjero, farsantes franceses!

—¡Ah!

—Por lo demás, ¿es usted vigoroso?

— Sobre todo cuando acabo de comer.

—¿Y sabe cantar?

—Sí —respondió Picaporte, que en otros tiempos había tomado parte en algunos conciertos callejeros.

—Pero, ¿sabe cantar cabeza abajo, con una peonza girando sobre la planta del pie izquierdo y un sable en equilibrio sobre la planta del pie derecho?

—¡Pardiez! —contestó Picaporte, que recordaba los primeros ejercicios de su edad juvenil.

—¡Es que todo consiste en eso! —dijo el honorable Batulcar.

La contrata quedó terminada *hic et nunc*.

En fin, Picaporte había encontrado una colocación. Estaba contratado para hacerlo todo en la célebre compañía japonesa, lo cual, si no resultaba muy halagüeño, le permitiría estar en San Francisco antes de transcurridos ocho días.

La representación, con tanto aparato anunciada por el honorable Batulcar, debía comenzar a las tres de la tarde, y bien pronto resonaron en la puerta los formidables instrumentos de una orquesta japonesa. Bien se comprende que Picaporte no había podido estudiar su papel, pero debía

prestar el apoyo de sus robustos hombros en el gran ejercicio del racimo humano ejecutado por los narigudos del dios Tingú. Este «gran atractivo» de la representación debía cerrar la serie de ejercicios gimnásticos.

Antes de las tres, los espectadores habían invadido el vasto barracón. Europeos e indígenas, chinos y japoneses, hombres, mujeres y niños, se apiñaban sobre las estrechas banquetas y en los palcos que daban frente al escenario. Los músicos habían entrado, y la orquesta completa, batintines, tantanes, castañuelas, flautas, tamboriles y bombos estaban operando con todo furor.

Fue aquella función lo que son todas las representaciones de acróbatas, pero preciso es confesar que los japoneses son los primeros equilibristas del mundo. Armado el uno con un abanico y con trocitos de papel, ejecutaba el ejercicio tan gracioso de las mariposas y las flores. Otro trazaba con el perfumado humo de su pipa una serie de palabras azuladas que formaban en el aire un letrero de salutación para la concurrencia. Éste jugaba con bujías encendidas que apagaba sucesivamente al pasar ante sus labios y encendía una con otra sin interrumpir el juego. Aquél reproducía, por medio de peones giratorios las combinaciones más inverosímiles. Bajo su mano, aquellas zumbantes maquinillas parecían animarse con vida propia en sus interminables giros; corrían sobre tubos de pipa, sobre los filos de los sables, sobre alambres, verdaderos cabellos tendidos de uno a otro lado del escenario; daban vueltas sobre el borde de vasos de cristal, trepaban por escaleras de bambú, se dispersaban por todos los rincones produciendo efectos armónicos de extraño carácter, combinando las diversas tonalidades. Los jugadores jugueteaban con ellos y les hacían girar hasta en el aire, despidiéndolos luego como volantes, con paletillas de madera, sin que dejasen de girar ni un instante; se los metían en un bolsillo, y cuando los sacaban aún daban vueltas, hasta el momento en que la distensión de un muelle los hacía desplegar en haces de fuegos artificiales.

Inútil es describir los maravillosos ejercicios de los acróbatas y gimnastas de la compañía. Los juegos de la escalera, de la percha, de la bola, de los toneles, etcétera, fueron ejecutados con precisión admirable; pero el principal atractivo de la velada era la exhibición de los narigudos, asombrosos equilibristas que Europa no conoce aún.

Esos narigudos forman una corporación particular, colocada bajo la advocación directa del dios Tingú. Vestidos cual héroes de la Edad Media, llevaban un espléndido par de alas en sus espaldas. Pero lo que especialmente los distinguía era una nariz larga con la cual llevaban adornado el rostro y sobre todo el uso que de ella hacían. Esas narices no eran otra cosa más que unos bambúes de cinco, seis y aun diez pies de longitud, rectos unos, encorvados otros, lisos éstos, verrugosos aquéllos. Sobre estos apéndices, fijados con solidez, se realizaban los ejercicios de equilibrio. Una docena de los sectarios del dios Tingú se echaron de espaldas, y sus compañeros se pusieron a jugar sobre sus narices, enhiestas cual pararrayos,

saltando, volteando de una en otro y ejecutando las suertes más inverosímiles.

Para terminar, a bombo y platillos se había anunciado al público la pirámide humana, en la cual unos cincuenta narigudos debían figurar la Carroza de Jaggernaut. Pero en vez de formar esta pirámide tomando los hombros como punto de apoyo, los artistas del honorable Batulcar debían sustentarse narices sobre narices. Se había marchado de la compañía uno de los que formaban la base de la carroza, y como bastaba ser vigoroso y hábil para ocupar este lugar, Picaporte había sido elegido para reemplazarle.

¡Ciertamente que el pobre mozo se sintió muy compungido —triste recuerdo de la juventud— cuando se endosó su traje de la Edad Media adornado de alas multicolores y se vio aplicar sobre la cara una nariz de seis pies! Pero, en fin, esa nariz era su pan y tuvo que resignarse a dejársela poner.

Picaporte entró en escena y fue a colocarse con aquellos de sus compañeros que debían figurar la base de la carroza de Jaggernaut. Todos se tendieron por tierra con la nariz elevada hacia el cielo. Una segunda sección de equilibristas se colocó sobre los largos apéndices, una tercera después y luego una cuarta, y sobre aquellas narices, que sólo se tocaban por la punta, se levantó un monumento humano hasta la cornisa del teatro.

Los aplausos redoblaban y los instrumentos de la orquesta resonaban como otros tantos truenos, cuando, conmoviéndose la pirámide, el equilibrio se rompió y, saliéndose de quicio una de las narices de la base, el monumento se desmoronó cual castillo de naipes...

Picaporte tuvo la culpa de esto, pues abandonando su puesto, saltando del escenario sin el auxilio de las alas y trepando por la galería de la derecha, cayó a los pies de un espectador, exclamando:

—¡Amo mío! ¡Amo mío!

—¿Usted?

—¡Yo!

—¡Pues bien! ¡Entonces al vapor, muchacho!

Mr. Fogg, Mrs. Auda, que le acompañaba, y Picaporte, salieron precipitados por los pasillos, pero tropezaron fuera del barracón con el honorable Batulcar, furioso, que reclamaba indemnización por la «rotura». Phileas Fogg apaciguó su furor echándole un puñado de billetes de Banco, y a las seis y media, en el momento en que iba a partir, Mr. Fogg y Mrs. Auda ponían el pie en el vapor americano, seguidos de Picaporte, con las alas a la espalda y llevando en el rostro la nariz de seis pies, que aún no había podido quitarse.

CAPÍTULO XXIV

DURANTE EL CUAL SE EFECTÚA LA TRAVESÍA DEL OCÉANO PACÍFICO

Fácil es comprender lo acontecido a la vista de Shanghai. Las señales hechas por la *Tankadera* fueron observadas por el vapor de Yokohama. Viendo el capitán la bandera parda, se dirigió a la goleta y, algunos instantes después, Phileas Fogg, pagando su pasaje según lo convenido, metía en el bolsillo del patrón John Bunsby ciento cincuenta libras. Después, el honorable caballero, Mrs. Auda y Fix subieron a bordo del vapor, que continuó su rumbo hacia Nagasaki y Yokohama.

Llegado el 14 de noviembre a la hora reglamentaria, Phileas Fogg, dejando que Fix fuera a sus negocios, se dirigió a bordo del *Carnatic,* y allí supo, con satisfacción de Mrs. Auda —y tal vez con la suya, pero al menos lo disimuló—, que, efectivamente, el francés Picaporte había llegado la víspera a Yokohama.

Phileas Fogg, que debía marcharse aquella misma noche para San Francisco, se dedicó en el acto a buscar a su criado. Se dirigió en vano a los agentes consulares inglés y francés, y después de haber recorrido inútilmente las calles de Yokohama, desesperaba ya de encontrar a Picaporte, cuando la casualidad o tal vez una especie de presentimiento le hizo entrar en el barracón del honorable Batulcar. Seguramente, no hubiera reconocido a su criado bajo aquel excéntrico atavío de heraldo; pero Picaporte, en su posición invertida, vio a su amo en la galería. No pudo contener un movimiento de su nariz, y de aquí el rompimiento del equilibrio y lo que siguió.

Esto es lo que supo Picaporte de boca de la misma Mrs. Auda, quien le refirió entonces cómo se había efectuado la travesía de Hong-Kong a Yokohama, en compañía de un tal Fix, sobre la goleta *Tankadera.*

Al oír nombrar a Fix, Picaporte no pestañeó. Creía que no había llegado el momento de revelar a su amo lo ocurrido; así es que en la relación que hizo de sus aventuras se culpó a sí mismo, excusándose con haber sido sorprendido por la embriaguez del opio en un fumadero de Hong-Kong.

Mr. Fogg escuchó esta relación con frialdad y sin responder, y después abrió a su criado un crédito suficiente para procurarse a bordo un traje más

conveniente. Menos de una hora después, el honrado mozo, después de haberse quitado las alas y la nariz, y de mudarse de ropa, no conservaba ya nada que recordase al sectario del dios Tingú.

El vapor que hacía la travesía de Yokohama a San Francisco pertenecía a la Compañía del «Pacific Mail Stream» y se llamaba *General Grant*. Era un gran buque de ruedas, de dos mil quinientas toneladas, bien acondicionado y dotado de mucha velocidad. Sobre cubierta se elevaba y bajaba alternativamente un enorme balancín, en una de cuyas extremidades se articulaba la barra de un pistón y en la otra la de una biela que, transformando el movimiento rectilíneo en circular, se aplicaba directamente al árbol de las ruedas. El *General Grant* estaba aparejado en corbeta de tres palos y poseía gran superficie de velamen, que ayudaba poderosamente al vapor. Largando doce millas por hora, el vapor no debía emplear menos de veintiún días en atravesar el Pacífico. Phileas Fogg estaba, pues, confiado en que llegando el 2 de diciembre a San Francisco, estaría el 11 en Nueva York y el 20 en Londres, ganando algunas horas sobre la fecha fatal del 21 de diciembre.

Los pasajeros eran bastante numerosos a bordo del vapor. Había ingleses, americanos, una verdadera emigración de *coolis* para América y cierto número de oficiales del ejército de Indias, que utilizaban su licencia dando la vuelta al mundo.

Durante la travesía no hubo ningún incidente náutico. El vapor, sostenido sobre sus anchas ruedas y apoyado por su fuerte velamen, cabeceaba poco, y el océano Pacífico justificaba bastante bien su nombre. Mr. Fogg estaba tan tranquilo y tan poco comunicativo como de costumbre. Su joven compañera se sentía cada vez más inclinada hacia él por otra atracción diferente de la del reconocimiento. Aquel caballero silencioso, tan generoso en suma, le impresionaba más de lo que creía, y casi sin percatarse de ello se dejaba llevar por sentimientos cuya influencia no parecía hacer mella sobre el enigmático Fogg.

Además, Mrs. Auda se interesaba muchísimo en los proyectos del impasible caballero. Le inquietaban las contrariedades que pudieran comprometer el éxito del viaje, y a veces hablaba con Picaporte, que no dejaba de leer entre líneas en el corazón de Mrs. Auda. Ese buen muchacho tenía ya una fe ciega en su amo; no agotaba los elogios respecto a la honradez, la generosidad, la abnegación de Phileas Fogg y después tranquilizaba a Mrs. Auda en cuanto al éxito del viaje, repitiendo que lo más difícil estaba hecho, que ya quedaban atrás los fantásticos países de la China y del Japón, que ya marchaban hacia las naciones civilizadas y, finalmente, que un tren de San Francisco a Nueva York y un transatlántico de Nueva York a Londres bastarían, sin duda alguna, para terminar aquella dificultosa vuelta al mundo en los plazos convenidos.

Nueve días después de haber salido de Yokohama, Phileas Fogg había recorrido exactamente la mitad del globo terrestre.

En efecto, el *General Grant* pasaba el 23 de noviembre por el meridiano 180, bajo el cual se encuentran en el hemisferio austral los antípodas de Londres. De ochenta días disponibles, Mr. Fogg había empleado ya ciertamente cincuenta y dos, y no le quedaban sino veintiocho; pero si el *gentleman* se encontraba a medio camino en cuanto a los meridianos se refería, había recorrido en realidad más de las dos terceras partes del trayecto total, a consecuencia de los rodeos de Londres a Aden, de Aden a Bombay, de Calcuta a Singapoore y de Singapoore a Yokohama. Siguiendo circularmente el paralelo 50, que es el de Londres, la distancia no hubiera sido más que de unas doce mil millas, mientras que, por los caprichosos medios de locomoción, había que recorrer veintiséis mil, de las cuales se habían andado ya diecisiete mil quinientas en 23 de noviembre. En lo sucesivo, el camino era directo, y Fix ya no estaba allí para acumular obstáculos.

Aconteció, también, que en esa misma fecha, 23 de noviembre, Picaporte experimentó suma alegría. Recuérdese que se había obstinado en conservar la hora de Londres en su famoso reloj de familia, teniendo por equivocadas todas las horas de los países que atravesaba. Pues bien, aquel día, sin haber tocado su reloj, lo encontró conforme con los cronómetros de a bordo. Fácil es comprender el triunfo de Picaporte, que hubiera querido tener delante a Fix para saber lo que diría.

—¡Ese tunante que me refería un montón de historias sobre los meridianos, el sol y la luna! —repetía Picaporte—. ¡Vaya una gente! ¡Si la escuchasen, buena relojería habría! Ya estaba yo seguro de que algún día se decidiría el sol a arreglarse por mi reloj.

Picaporte ignoraba que si la esfera de su reloj hubiese estado dividida en veinticuatro horas, en vez de doce, como los relojes italianos, no hubiera tenido motivo ninguno de triunfo, porque las manecillas de su instrumento cuando fuesen las nueve de la mañana señalarían las de la noche, es decir, la hora vigésima primera después de medianoche, diferencia precisamente igual a la que existe entre Londres y el meridiano que está a los 180 grados.

Pero si Fix hubiera sido capaz de explicar ese efecto puramente físico, Picaporte no lo habría comprendido ni admitido; por otra parte, si en aquel momento el inspector de Policía se hubiese dejado ver a bordo, es probable que Picaporte le ajustase otras cuentas y de un modo muy diferente.

¿Y dónde estaría Fix entonces?

Precisamente a bordo del *General Grant*.

En efecto, al llegar a Yokohama, el agente, separándose de Mr. Fogg, a quien esperaba encontrar en el resto del día, se había dirigido inmediatamente al despacho del cónsul inglés. Allí encontró el mandamiento que, corriendo detrás de él desde Bombay, tenía ya cuarenta días de fecha, mandamiento que le había sido enviado de Hong-Kong por el mismo *Carnatic*, a cuyo bordo se le creía. Júzguese del despecho que experimentó el «detective». El mandamiento ya era inútil. ¡Mr. Fogg no estaba en las

posesiones inglesas, y era necesario un expediente de extradición para prenderle!

—¡De acuerdo! —dijo para sí, después de pasado el primer arrebato de ira—. El mandamiento no sirve para aquí, pero me servirá en Inglaterra. Ese bribón tiene trazas de regresar a su patria creyendo haber desorientado a la Policía. Bien. Le seguiré hasta allí. En cuanto al dinero, Dios quiera que le quede algo, porque en viajes, primas, procesos, multas, elefantes y gastos de toda clase, mi hombre ha dejado ya más de cinco mil libras por el camino. En fin de cuentas, el Banco es rico.

Tomada tal resolución, Fix se embarcó en el *General Grant.* Estaba a bordo cuando Mr. Fogg y Mrs. Auda llegaron. Con sorpresa suya reconoció a Picaporte bajo su traje de volatinero. En el acto se ocultó en su camarote con objeto de ahorrar una explicación que podía comprometerlo todo, y gracias al número de pasajeros, contaba con no ser visto de su enemigo, cuando aquel día se encontró precisamente con él a proa.

Picaporte se arrojó al cuello de Fix sin otra explicación, y con gran satisfacción de ciertos americanos que apostaron inmediatamente a su favor, administró al desventurado inspector una soberbia tunda, que demostró la alta superioridad del pugilismo francés sobre el inglés.

Cuando Picaporte acabó, encontróse más tranquilo y aliviado. Fix se levantó en bastante mal estado, y mirando a su adversario, le dijo con frialdad:

—¿Ha concluido usted?

—Sí, por ahora.

—Entonces vamos a hablar.

—Que yo...

—En interés de su amo.

Picaporte, como subyugado por semejante sangre fría, siguió al inspector de Policía y ambos se sentaron aparte.

—Me ha zurrado usted —dijo Fix—. Bien. Lo esperaba. Ahora escúcheme. Hasta ahora he sido adversario de Mr Fogg; pero en adelante voy a ayudarle.

—¡Al fin! —exclamó Picaporte—. ¿Le cree ya un hombre honrado?

—No —contestó, con frialdad, Fix—, le creo un bribón... ¡Chist! No se mueva usted y déjeme terminar. Mientras Mr. Fogg ha estado en las posesiones inglesas, he tenido interés en detenerle, aguardando un mandamiento de prisión. Todo lo he intentado con ese objeto. He echado detrás de él a los sacerdotes de Bombay, le embriagué a usted en Hong-Kong, le separé de su amo, le hice perder el vapor de Yokohama...

Picaporte seguía escuchando con los puños preparados.

—Ahora —prosiguió Fix—, Mr. Fogg regresa, según parece, a Inglaterra. Le seguiré hasta allí, pero aplicando, para apartar obstáculos, tanto celo como he empleado para acumularlos. ¡Ya ve usted, mi juego ha cambiado, porque así lo quiere mi interés! Añado que su interés es igual al

mío, porque sólo en Inglaterra es donde sabrá usted si está al servicio de un criminal o al de un hombre de bien, pero hemos de esperar a que lleguemos allí.

Picaporte escuchó a Fix con mucha atención y se convenció de su buena fe.

—¿Somos amigos? —preguntó Fix.

— Amigos, no —contestó Picaporte—. Seremos aliados y a beneficio de inventario, porque a la menor apariencia de traición le retorceré el pescuezo.

Once días después, el 3 de diciembre, el *General Grant* penetraba en la bahía de San Francisco por la Puerta de Oro y atracaba junto al muelle.

Mr. Fogg todavía no había ganado ni perdido un solo día.

CAPÍTULO XXV

DONDE SE DA UNA BREVE RESEÑA DE SAN FRANCISCO EN DIA DE *MEETING*

Eran las siete de la mañana cuando Phileas Fogg, Mrs. Auda y Picaporte pusieron el pie en el continente americano —si es que puede darse ese nombre al muelle flotante en que desembarcaron—. Esos muelles, que suben y bajan con la marea, facilitan la carga y descarga de los buques. Allí se arriman los *clippers* de todas dimensiones, los vapores de todas las nacionalidades y esos barcos de varios pisos que hacen el servicio del Sacramento y sus afluentes. Allí se amontonan también los productos de un comercio que se extiende a Méjico, Perú, Chile, Brasil, Europa, Asia y a todas las islas del océano Pacífico.

Picaporte, en su alegría de tocar por fin tierra americana, creyó que debía desembarcar dando un salto mortal del mejor estilo; pero al dar en el suelo, que era de tablas carcomidas, estuvo a punto de atravesarlo. Desconcertado del modo que se había apeado dio un grito estentóreo, que hizo volar una bandada de cuervos marinos y pelícanos, huéspedes habituales de los muelles flotantes.

Tan pronto como Mr. Fogg desembarcó, preguntó a qué hora salía el primer tren para Nueva York. Le dijeron que a las seis de la tarde, y por consiguiente podía emplear un día entero en la capital de California. Hizo traer un coche para Mrs. Auda y para él, Picaporte montó en el pescante, y el vehículo, a tres dólares la hora, se dirigió al «Hotel Internacional».

Desde el sitio elevado que ocupaba Picaporte observaba con curiosidad la gran ciudad americana: anchas calles; casas bajas bien alineadas; iglesias y templos de estilo gótico anglosajón; *docks* inmensos; depósitos como palacios, unos de madera, otros de ladrillo; en las calles muchos coches, ómnibus, tranvías, y las aceras atestadas, no sólo de americanos y europeos, sino de chinos e indianos que componían una población de doscientos mil habitantes.

Picaporte quedó bastante sorprendido de lo que veía, porque no tenía idea más que de la antigua ciudad de 1849, población de bandidos, incendiarios y asesinos que acudían a la busca de pepitas de oro, inmenso tropel de todos los miserables, donde se jugaba el polvo de oro con el revólver en

una mano y la navaja en la otra. Pero aquellos tiempos ya habían pasado, y San Francisco ofrecía el aspecto de una gran ciudad comercial. La elevada torre del Ayuntamiento, donde vigilan los guardias, dominaba todo aquel conjunto de calles y avenidas cortadas a escuadra, y entre las cuales había plazas con verdosos jardines, y después una ciudad china que parecía haber sido importada del Celeste Imperio en un joyero. Ya no había sombreros de anchas alas, ni camisas coloradas a usanza de los buscadores de placeres, ni indios con plumas, sino sombreros de seda y levitas negras llevadas por una multitud de caballeros dotados de actividad devoradora. Ciertas calles, entre otras Montgomery-Street, el Regent-Street de Londres, el *boulevard* de los Italianos de París, el Broadway de Nueva York, estaban llenas de espléndidas tiendas que ofrecían en sus escaparates los productos de todo el mundo.

Cuando Picaporte llegó al «Hotel Internacional», no creyó haber salido de Inglaterra.

El piso bajo del hotel estaba ocupado por un inmenso bar, especie de *buffet* abierto «gratis» para todo transeúnte. Cecina, sopa de ostras, galletas y Chester, todo esto se despachaba allí sin que el consumidor tuviese que aflojar el bolsillo. Sólo pagaba la bebida, *ale*, oporto o jerez, si tenía el capricho de beber; esto pareció muy americano a Picaporte.

El restaurante del hotel era confortable. Mr. Fogg y Mrs. Auda se instalaron en una mesa y fueron abundantemente servidos en platos liliputienses por unos negros del más puro color de azabache.

Después de almorzar, Phileas Fogg, acompañado de Mrs. Auda, salió del hotel para ir a visar su pasaporte en el Consulado inglés. Encontró en la acera a su criado, quien le preguntó si sería prudente, antes de tomar el ferrocarril del Pacífico, adquirir algunas carabinas «Enfield» o revólveres «Colt». Picaporte había oído hablar de los sioux y de los pawnies, que paran los ferrocarriles como simples ladrones. Mr. Fogg respondió que era una preocupación, pero le dejó en libertad de obrar como le pluguiese y después se dirigió a la oficina del agente consular.

Phileas Fogg no había andado doscientos pasos, cuando «por una de las más raras casualidades» encontró a Fix. El inspector se manifestó extraordinariamente sorprendido. ¡Cómo! ¿Habían hecho la travesía juntos sin verse a bordo? En todo caso, Fix no podía menos de considerarse honrado con la vista del caballero a quien tanto debía y, llamándole sus negocios a Europa, se alegraba mucho de proseguir su viaje en tan amable compañía.

Mr. Fogg respondió que la honra era suya, y Fix, que no le quería perder de vista, le pidió permiso para visitar con él aquella curiosa ciudad de San Francisco, lo cual le fue concedido.

Mrs. Auda, Phileas Fogg y Fix echaron, pues, a pasear por las calles y no tardaron en hallarse en Montgomery-Street, donde la afluencia de la muchedumbre era enorme. En las aceras, en medio de la calle, en los raíles del tranvía, a pesar del paso incesante de coches y ómnibus, en el umbral de

las tiendas, en las ventanas de todas las casas y aun en los tejados, había una multitud innumerable. En medio de los grupos circulaban hombres-carteles, y por el aire ondeaban banderas y banderolas, oyéndose una gritería inmensa por todos lados.

—¡Hurra por Kamerfield!

—¡Hurra por Mandiboy!

Era un *meeting*, al menos así lo pensó Fix, quien transmitió su creencia a Mr. Fogg, añadiéndole:

—Quizá haremos bien en no meternos entre esa batahola, porque sólo se reparten golpes.

—En efecto —admitió Phileas Fogg—, y los puñetazos, porque tengan el carácter de políticos, no dejan de ser puñetazos.

Fix creyó conveniente sonreírse al oír esta observación, y con objeto de ver sin ser atropellados, Mrs. Auda, Phileas Fogg y él tomaron sitio en la meseta superior de unas gradas que dominaban la calle. Delante de ellos, y en la acera de enfrente, entre la tienda de un carbonero y un almacén de petróleo, se extendía un ancho mostrador al aire libre, hacia el cual convergían las diversas corrientes de la multitud.

¿Y por qué aquel *meeting*? ¿Con qué motivo se celebraba? Phileas Fogg lo ignoraba en absoluto. ¿Se trataba del nombramiento de un alto funcionario militar o civil, de un gobernador de Estado o de un miembro del Congreso? Permitido era conjeturarlo al ver la extraordinaria animación que tenía agitada a la población entera.

En aquel momento hubo entre la multitud un movimiento considerable. Todas las manos estaban al aire. Algunas de ellas, sólidamente cerradas, se elevaban y bajaban, al parecer entre vociferaciones, manera enérgica, sin duda, de formular un voto. Aquella masa de gente estaba agitada por remolinos semejantes a los producidos por las oleadas del mar. Las banderas oscilaban, desaparecían un momento y reaparecían hechas jirones. Las ondulaciones de la marejada se propagaban hasta la escalera, mientras que todas las cabezas cabrilleaban en la superficie como la mar movida súbitamente por un chubasco. El número de sombreros bajaba a la vista y casi todos parecían haber perdido su altura normal.

—Esto es, evidentemente, un *meeting* —dijo Fix—, y la cuestión que lo ha provocado debe ser palpitante. No me extrañaría que se tratase nuevamente la cuestión del *Alabama*, aunque ésa ya está resuelta.

—Tal vez —contestó sencillamente Mr. Fogg.

—En todo caso —repuso Fix—, hay dos campeones en la liza, el honorable Kamerfield y el honorable Mandiboy.

Mrs. Auda, asida del brazo de Phileas Fogg, miraba con sorpresa aquella tumultuoso escena, y Fix iba a preguntar a uno de sus vecinos la razón de aquella efervescencia popular, cuando se pronunció un movimiento más decidido. Redoblaron los vítores sazonados con injurias. Los mástiles de las banderas se transformaron en armas ofensivas. Ya no había manos, sino

puños en todas partes. Desde lo alto de los coches detenidos y de los ómnibus interceptados en su marcha se repartían sendos porrazos. Todo servía de proyectil. Botas y zapatos describían por el aire largas trayectorias, y hasta pareció que algunos revólveres mezclaban con las vociferaciones sus detonaciones nacionales.

Aquella barahúnda se acercó a la escalera y refluyó sobre las primeras gradas.

Uno de los partidarios era evidentemente rechazado sin que los simples espectadores pudieran reconocer si la ventaja estaba de parte de Mandiboy o de Kamerfield.

—Creo prudente retirarnos —dijo Fix, quien tenía empeño en que su hombre no recibiese un mal golpe o se mezclase en un mal negocio—. Si se trata de Inglaterra en todo esto y nos llegan a conocer, nos veremos muy comprometidos en el tumulto.

—Un ciudadano inglés... —respondió Phileas Fogg.

Pero el impasible caballero no terminó su frase. Detrás de él desde aquella terraza precedida de las gradas, salieron espantosos alaridos. Se gritaba: ¡Hurral ¡Hip! ¡Hip!, por Mandiboy. Era un tropel de electores que llegaba a la pelea cogiendo por el flanco a los partidarios de Kamerfield.

Mr Fogg, Mrs. Auda y Fix se hallaron entre dos fuegos. Era demasiado tarde para huir. Aquel torrente de hombres armados de bastones con puño de plomo y de rompecabezas era irresistible. Phileas Fogg y Fix se vieron horriblemente atropellados al preservar a la joven Auda. Mr. Fogg, no menos flemático que de costumbre, quiso defenderse con esas armas naturales que la Naturaleza ha puesto en el extremo de los brazos de todo inglés, pero fue en vano. Un enorme mocetón de perilla roja, tez encendida, ancho de espaldas, que parecía ser el jefe de la cuadrilla, levantó su formidable puño sobre Mr. Fogg, y hubiera lastimado de fijo al caballero si Fix, por salvarle, no hubiese recibido el golpe en su lugar. Un enorme chichón se desarrolló instantáneamente bajo el sombrero del «detective», transformado en simple cachucha,

—*¡Yankee!* —dijo Mr. Fogg, echando sobre su adversario una mirada de profundo desprecio.

—*¡English!* —respondió el otro—. ¡Nos volveremos a ver!

—Cuando guste.

—¿Su nombre?

—Phileas Fogg. ¿Y el de usted?

—El coronel Stamp Proctor.

Y dicho esto, la marejada pasó. Fix había quedado por el suelo y se levantó con la ropa destrozada, pero sin daño de cuidado. Su paletó de viaje se había rasgado en dos trozos desiguales, y su pantalón se parecía a esos calzones que ciertos indios —cosas de la moda— no se ponen sino

después de haberles quitado el fondo. Pero, en suma, Mrs. Auda se había librado y Fix era el único que había salido con su puñetazo.

— Gracias —dijo Mr. Fogg al inspector, tan pronto como estuvieron fuera de las turbas.

—No hay de qué —respondió Fix—, pero acompáñeme.

—¿A dónde?

—A una sastrería.

En efecto, tal visita era oportuna. Los trajes de Phileas Fogg y de Fix estaban hechos jirones, como si estos dos caballeros se hubiesen batido por cuenta de los honorables Kamerfield y Mandiboy.

Una hora más tarde estaban convenientemente vestidos y cubiertos. Y luego regresaron al «Hotel Internacional».

Allí Picaporte esperaba a su amo, armado con media docena de revólveres-puñales de seis tiros, de fuego central. Cuando vio a Fix en compañía de Mr. Fogg, su frente se oscureció. Pero Mrs. Auda le hizo una relación de lo acaecido y Picaporte se tranquilizó. A todas luces, Fix no era ya enemigo, sino aliado, y cumplía con su palabra.

Acabada la comida, trajeron un coche para conducir a los viajeros y el equipaje a la estación. Al montar Mr. Fogg dijo a Fix:

—¿No ha vuelto a ver a ese coronel Proctor?

—No —contestó Fix.

—Volveré a América para buscarle —dijo, con frialdad, Phileas Fogg—. No sería conveniente que un ciudadano inglés se dejase tratar de esta suerte.

El inspector sonrió y no pronunció palabra. Pero, como se ve, Mr. Fogg pertenecía a esa raza de ingleses que, si no toleran el duelo en su país, se baten en el extranjero cuando se trata de defender su honra.

A las seis menos cuarto los viajeros llegaban a la estación, donde estaba el tren dispuesto a marchar.

En el momento en que Mr. Fogg iba a entrar en el vagón, se dirigió a un empleado y le dijo:

—Dígame, ¿no ha habido algunos disturbios hoy en San Francisco?

—Era un *meeting*, caballero —dijo el empleado.

—Sin embargo, he creído observar alguna animación en las calles.

—Se trataba solamente de un *meeting* organizado para una elección.

—La elección de algún general en jefe, ¿eh? —preguntó Mr. Fogg.

— No, señor, de un juez de paz.

Después de oír esta respuesta, Phileas Fogg montó en el vagón y el tren partió a todo vapor.

CAPÍTULO XXVI

DONDE SE TOMA EL TREN EXPRESO DEL FERROCARRIL DEL PACÍFICO

«Ocean to Ocean»[1] —así dicen los americanos—, y esas tres palabras debían ser la denominación general de la gran línea que atraviesa los Estados Unidos de América en su mayor anchura. Pero en realidad, «Pacific Rail» se divide en dos secciones distintas: «Central Pacific», entre San Francisco y Ogden, y «Union Pacific», entre Ogden y Omaha. Allí enlazan cinco líneas diferentes que ponen a Omaha en comunicación frecuente con Nueva York.

Nueva York y San Francisco están, por tanto, unidas por una cinta no interrumpida de metal que no mide menos de tres mil setecientas ochenta y seis millas. Entre Omaha y el Pacífico, el ferrocarril cruza una región frecuentada todavía por los indios y las fieras; dilatada extensión de territorio que los mormones comenzaron a colonizar en 1845, después de haber sido expulsados del Illinois.

Anteriormente, empleábanse, en las circunstancias más favorables, seis meses para ir de Nueva York a San Francisco. Ahora se hace el viaje en siete días.

En 1862 fue cuando, a pesar de la oposición de los diputados del Sur, que querían una línea más meridional, se fijó el trazado del ferrocarril entre los 41 y 42 grados de latitud. El presidente Lincoln, de tan sentida memoria, fijó por sí mismo en el Estado de Nebraska la ciudad de Omaha como cabeza de línea del nuevo camino. Los trabajos comenzaron en seguida y se prosiguieron con esa actividad americana que no es papeletera ni burocrática. La rapidez de la mano de obra no debía, en modo alguno, perjudicar la buena ejecución del camino. En el llano se avanzaba a razón de milla y media por día. Una locomotora, rodando sobre los railes de la víspera, traía los del día siguiente y corría sobre ellos a medida que se iban colocando.

El «Pacific-Railway» tiene numerosas ramificaciones en su trayecto por los Estados de Iowa, Kansas, Colorado y Oregón. Al salir de Omaha, marcha por la orilla izquierda de Platte-River hasta la embocadura de la derivación del Norte, y luego sigue la derivación del Sur; atraviesa los

[1] De océano a océano.

terrenos de Laramie y las montañas Wahsatch, da vuelta al lago Salado, llega a Salt-Lake-City, capital de los mormones, penetra en el valle de la Tuilla, recorre el desierto americano, los montes de Cedar y Humboldt, «Humboldt-River», la Sierra Nevada y baja por Sacramento hasta el Pacífico, sin que este trazado tenga pendientes mayores de doce pies por mil aun en el trayecto de las montañas Rocosas.

Tal era esa larga arteria que los trenes recorren en siete días y que iba a permitir al honorable Phileas Fogg —así al menos lo esperaba— tomar el 11, en Nueva York, el vapor de Liverpool.

El vagón ocupado por Phileas Fogg era una especie de ómnibus largo que descansaba sobre dos juegos de cuatro ruedas cada uno, cuya movilidad permitía salvar curvas de pequeño radio. En el interior no había compartimientos, sino dos filas de asientos dispuestos a cada lado, perpendicularmente al eje, y entre los cuales estaba reservado un paso que conducía a los gabinetes de tocador y otros, con que cada vagón va provisto. En toda la longitud del tren, los coches comunican entre sí por unos puentecillos, y los viajeros podían circular de uno a otro extremo del convoy, que ponía a su disposición vagones-salones, vagones-terrazas, vagones-restaurantes y vagones-cafés. No faltaban más que vagones-teatros, pero algún día los habrá, sin duda.

Por los puentecillos circulaban sin cesar vendedores de libros y periódicos ofreciendo su mercancía, y vendedores de licores, comestibles y cigarros, que no carecían de compradores.

Los viajeros habían salido de la estación de Oakland a las seis de la tarde. Ya era de noche, noche fría, sombría, con el cielo encapotado, cuyas nubes amenazaban resolverse en nieve. El tren no avanzaba con mucha rapidez. Teniendo en cuenta las paradas, no recorría más de veinte millas por hora, velocidad que, sin embargo, le permitía atravesar los Estados Unidos en el tiempo reglamentario.

Se conversaba poco en el vagón, y por otra parte el sueño iba a apoderarse pronto de los viajeros. Picaporte se encontraba colocado cerca del inspector de Policía, pero no le hablaba. Desde los últimos acontecimientos, sus relaciones se habían enfriado notablemente. Ya no había simpatía ni intimidad. Fix no había cambiado nada de su modo de ser; pero Picaporte, por el contrario, estaba muy reservado y dispuesto a estrangular a su antiguo amigo a la menor sospecha.

Una hora después de la salida del tren comenzó a caer una nieve que no podía entorpecer, afortunadamente, la marcha del tren. Por las ventanillas ya no se veía más que una inmensa alfombra blanca, sobre la cual, desarrollando sus espirales, se destacaba, ceniciento, el vapor de la locomotora.

A las ocho, un *steward* entró en el vagón y anunció a los viajeros que había llegado la hora de acostarse. Ese vagón era un *sleeping-car,* que en algunos minutos quedó transformado en dormitorio. Los respaldos de los bancos se doblaron; unos colchoncitos, curiosamente empaquetados, se desarrollaron por un sistema ingenioso; quedaron improvisados en pocos

instantes unos camarotes, y cada viajero pudo tener a su disposición una cama confortable defendida por recias cortinas contra toda mirada indiscreta. Las sábanas eran blancas, las almohadas blancas, y no había más que acostarse y dormir, lo que cada cual hizo como si se hubiera encontrado en el cómodo camarote de un barco, mientras el tren corría a todo vapor por el Estado de California.

En esa porción del territoro que se extiende entre San Francisco y Sacramento, el suelo es poco accidentado. Esa parte del ferrocarril, llamada «Central Pacific Road», tomaba a Sacramento como punto de partida y avanzaba al Este, al encuentro del que partía de Omaha. De San Francisco, la capital de California, la línea corría directamente al Nordeste, siguiendo el American-River, que desagua en la bahía de San Pablo. Las ciento veinte millas comprendidas entre estas dos importantes ciudades fueron recorridas en seis horas, y hacia la medianoche, mientras los viajeros se hallaban entregados a su primer sueño, pasaron por Sacramento, no pudiendo, por tanto, ver nada de esa considerable ciudad, residencia de la Legislatura del Estado de California, ni sus bellos muelles, ni sus anchas calles, ni sus espléndidos palacios, ni sus plazas, ni sus templos.

Más allá de Sacramento, el tren, después de pasar las estaciones de Junction, Roclin, Auburn y Colfax, penetró en el macizo de Sierra Nevada. Eran las siete de la mañana cuando pasó por la estación de Cisco. Una hora después, el dormitorio era de nuevo vagón ordinario y los viajeros podían ver por los cristales los pintorescos paisajes de aquel montañoso país. El trazado del ferrocarril obedecía los caprichos de la sierra, yendo unas veces adherido a las faldas de la montaña, otras suspendido sobre los precipicios, evitando los ángulos bruscos por medio de curvas atrevidas, penetrando en gargantas estrechas que parecían sin salida. La locomotora, brillante como unas andas, con su gran chimenea que despedía fulgores rojizos y su plateada campana, mezclaba sus silbidos y bramidos con los de los torrentes y cascadas, retorciendo su humo por las ennegrecidas ramas de los pinos.

Había pocos túneles y no existían puentes. El ferrocarril seguía los contornos de las montañas, no buscando en la línea recta el camino más corto de uno a otro punto y no violentando a la Naturaleza.

Hacia las nueve, por el valle de Corson, el tren penetraba en el Estado de Nevada, siguiendo siempre la dirección Nordeste: A las doce pasaba por Reno, donde los viajeros tuvieron veinte minutos para almorzar.

Desde este punto, la vía férrea, costeando el Humboldt-River, se elevó durante algunas millas hacia el Norte, siguiendo su curso; después, torció al Este, no debiendo ya separarse de ese río hasta llegar a los Humboldt-Ranges, donde nace, casi a la extremidad oriental del Estado de Nevada.

Después de haber almorzado, Mr. Fogg, Mrs. Auda y sus compañeros volvieron a sus asientos. Phileas Fog, la joven Auda y sus compañeros, confortablemente colocados, contemplaban el variado paisaje que se presentaba a su vista; dilatadas praderas, montañas que se perfilaban en el

horizonte, y *creeks* de espumosas aguas. De vez en cuando aparecía en masa dilatada un gran rebaño de bisontes, cual dique movedizo. Esos innumerables ejércitos de rumiantes oponen a veces un obstáculo insuperable al paso de los trenes. Se han visto millares de ellos desfilar durante horas y horas en apiñadas hileras a través de los raíles. La locomotora tiene entonces que detenerse y aguardar a que la vía esté libre.

Y eso fue lo que aconteció en aquella ocasión. A las tres de la tarde, la vía quedó interrumpida por un rebaño de diez a doce mil cabezas. La máquina, despues de haber amortiguado su velocidad, intentó introducir su espolón en tan inmensa columna, pero, al fin, hubo de detenerse ante la impenetrable masa.

Aquellos rumiantes —búfalos, como impropiamente los llaman los americanos— marchaban con tranquilo paso, dando a veces formidables mugidos. Tenían una estatura superior a los de Europa; patas y cola cortas; con una joroba muscular; las astas separadas de la base; la cabeza, cuello y espaldas cubiertos con una melena de largo pelo.

No podía pensarse en detener aquella emigración. Cuando los bisontes adoptan una marcha, nada hay que pueda modificarla; es un torrente de carne viva que no puede ser contenido por dique alguno.

Los viajeros, diseminados sobre los pasadizos, contemplaban tan curioso espectáculo; pero el que debía tener más prisa que todos, Phileas Fogg, había permanecido en su puesto, esperando filosóficamente que a los búfalos les pluguiese dejarle paso. Picaporte estaba enfurecido por la tardanza que ocasionaba aquella aglomeración de animales. De buena gana hubiera descargado sobre ellos su arsenal de revólveres.

—¡Qué país! —exclamó—. ¡Unos simples bueyes que detienen los trenes y que van así en procesión sin prisa ninguna, como si no estorbasen la circulación! ¡Pardiez! ¡Quisiera yo saber si Mr. Fogg había previsto este contratiempo en su programa! ¡Y ese maquinista no se atreve a lanzar su máquina a través de ese ganado!

El maquinista no había intentado forzar el obstáculo, obrando con sana prudencia, porque hubiera aplastado, sin duda alguna, a los primeros búfalos, atacados por el espolón de la locomotora; pero, por poderosa que fuera la máquina, habría hecho alto en seguida, dando lugar a un descarrilamiento y a una detención indefinida del tren.

Lo mejor era, pues, esperar con paciencia y ganar después el tiempo perdido, acelerando la marcha del tren. El desfile de los bisontes duró tres horas largas, y la vía no estuvo expedita sino al caer la noche. En este momento, las últimas filas del rebaño atravesaban el ferrocarril, mientras las primeras filas desaparecían por el horizonte meridional.

Eran, pues, las ocho cuando el tren cruzó los desfiladeros de los Humboldt-Ranges, y las nueve y media cuando penetró en el territorio del Utah, la región del gran lago Salado, el curioso país de los mormones.

CAPÍTULO XXVII

DONDE PICAPORTE SIGUE, CON UNA VELOCIDAD DE VEINTE MILLAS POR HORA, UN CURSO DE HISTORIA MORMÓNICA

Durante la noche del 5 al 6 de diciembre, el tren corrió al Sudeste sobre un espacio de unas cincuenta millas y luego subió otro tanto hacia el Nordeste, acercándose al gran lago Salado.

Serían las nueve de la mañana cuando Picaporte salió a tomar el aire a la plataforma. El tiempo estaba frío y el cielo cubierto, pero no nevaba. El disco del sol, abultado por las brumas, parecía como una enorme pieza de oro, y Picaporte se ocupaba en calcular su valor en libras esterlinas, cuando le distrajo de tan útil trabajo la aparición de un personaje bastante extraño.

Ese personaje, que había tomado el tren en la estación de Elko, era hombre de elevada estatura, muy moreno y con bigote negro; vestía pantalón negro, corbata blanca y guantes de piel de perro. Parecía un reverendo. Iba de un extremo a otro del tren y en la portezuela de cada vagón pegaba con obleas una nota manuscrita.

Picaporte se acercó y leyó en una de esas notas que el honorable *elder* William Hitch, misionero mormón, aprovechando su presencia en el tren número 48, daría de once a doce, en el coche número 117, una conferencia sobre el mormonismo, invitando a oírla a todos los caballeros deseosos de instruirse en los misterios de la religión de los «santos de los últimos días».

Picaporte, que sólo sabía del mormonismo sus costumbres polígamas, base de la sociedad mormónica, se propuso asistir a ella.

La noticia se esparció rápidamente por el tren, que llevaba un centenar de viajeros. Entre ellos, treinta a lo más, atraídos por el cebo de la conferencia, ocupaban a las once los asientos del coche número 117, figurando Picaporte en la primera fila de los fieles. Ni su amo ni Fix habían creído oportuno molestarse.

A la hora fijada, el *elder* William Hitch se levantó y, con voz bastante irritada, como si de antemano le hubiesen contradicho. exclamó:

— ¡Os digo yo que Joe Smith es un mártir, que su hermano Hyram es un mártir y que las persecuciones del Gobierno de la Unión contra los

profetas van a hacer también un mártir de Brigham Young! ¿Quién se atreverá a sostener lo contrario?

Nadie se aventuró a contradecir al misionero, cuya exaltación era un contraste con su fisonomía, naturalmente serena. Pero su cólera se explicaba, indudablemente, por estar entonces sometido el mormonismo a trances muy duros. El Gobierno de los Estados Unidos acababa de reducir, no sin trabajo, a esos fanáticos independientes. Se había hecho dueño del Utah, sometiéndolo a las leyes de la Unión, después de haber encarcelado a Brigham Young, acusado de rebelión y de poligamia. Desde aquella época, los discípulos del profeta redoblaban sus esfuerzos y, aguardando los hechos, resistían con la palabra a las pretensiones del Congreso.

Como se ve, el *elder* William Hitch hacía proselitismo hasta en el ferrocarril.

Y entonces refirió, apasionando su relación con los raudales de su voz y la violencia de sus ademanes, la historia del mormonismo desde los tiempos bíblicos: «Cómo en Israel un profeta mormón de la tribu de José publicó los anales de la nueva religión y los legó a su hijo Mormón; cómo muchos siglos más tarde una traducción de ese precioso libro, escrito en caracteres egipcios, fue hecha por José Smith, junior, colono del Estado de Vermont, quien se reveló como profeta místico en 1825; cómo, por último, le apareció un mensajero celeste en una selva luminosa y le entregó los anales del Señor.»

En este momento, algunos oyentes, poco interesados por la relación retrospectiva del misionero, abandonaron el vagón; pero William Hitch, prosiguiendo, refirió «cómo Smith, junior, reuniendo a su padre, a sus dos hermanos y algunos discípulos, fundó la religión de los "santos de los últimos días", religión que, adoptada no tan sólo en América, sino en Inglaterra, Escandinavia y Alemania, cuenta entre sus fieles no sólo artesanos, sino muchas personas que ejercen profesiones liberales; cómo una colonia fue fundada en Ohío; cómo se edificó un templo gastando doscientos mil pesos, y cómo se construyó una ciudad en Kirkand, cómo Smith llegó a ser un audaz banquero y recibió de un simple exhibidor de momias un papiro que contenía la narración escrita de mano de Abraham y otros célebres egipcios».

Como esta historia se iba haciendo un poco larga, las filas de los oyentes se fueron aclarando y el público quedó reducido a unas veinte personas.

Pero el *elder*, sin dársele un ardite esta deserción, refirió los detalles «cómo José Smith quebró en 1837; cómo los accionistas le embrearon y emplumaron; cómo se le volvió a ver más honorable y más honrado que nunca, algunos años después, en Independence, en el Missouri, y jefe de una comunidad floreciente que no contaba menos de tres mil discípulos. Y entonces, perseguido por el odio de los gentiles, se vio obligado a huir al *Far-West* americano».

Aún quedaban diez oyentes, y entre ellos el buen Picaporte, que era todo oídos. Así supo «cómo después de muchas persecuciones Smith apareció en el Illinois y fundó, en 1839, a orillas del Mississippi, Nauvoo-la-Bella, cuya población se elevó hasta veinticinco mil almas; cómo Smith fue su alcalde, juez supremo y general en jefe; cómo en 1844 se presentó candidato a la presidencia de los Estados Unidos, y cómo, por último, atraído a una asechanza a Cartago, fue encarcelado y asesinado por una banda de hombres enmascarados».

Al llegar a este punto, sólo quedaba Picaporte en el vagón, y el *elder,* mirándole de hito en hito, fascinándole con sus palabras, le recordó que dos años después del asesinato de Smith, su sucesor, el profeta inspirado, Brigham Young, abandonando Nauvoo, fue a establecerse a orillas del lago Salado, y allí, en aquel admirable territorio, en medio de una región fértil, en el camino que los emigrantes atraviesan para ir a California, la nueva colonia, gracias a los principios de poligamia del mormonismo, tomó enorme extensión.

—¡Y por eso —añadió William Hitch—, por eso la envidia del Congreso se ha ejercitado contra nosotros! ¡Por eso los soldados de la Unión han pisoteado el suelo de Utah! ¡Por eso nuestro jefe, el profeta Brigham Young, ha sido arrestado, con menosprecio de toda justicia! ¿Cederemos a la fuerza? ¡Jamás! Arrojados del Ohío, arrojados del Missouri, arrojados del Utah, ya encontraremos algún territorio independiente donde plantar nuestra tienda..., y usted, adicto mío —añadió el *elder,* fijando sobre su único oyente su enojada mirada—, ¿plantará la suya a la sombra de nuestra bandera?

—¡No! —contestó con valentía Picaporte, que huyó a su vez, dejando al energúmeno predicar en desierto.

Durante esta conferencia, el tren había marchado con rapidez, y hacia el mediodía tocaba en la punta Noroeste del gran lago Salado. De aquí podía abrazarse en un vasto perímetro el aspecto de ese mar interior que lleva también el nombre de mar Muerto y en el cual desagua un Jordán de América. Lago admirable, rodeado de bellas peñas agrestes, con anchas capas incrustadas de sal blanca, soberbia sabana de agua, que en la antigüedad cubría un espacio más considerable; pero con el tiempo, sus orillas, elevándose poco a poco, han reducido su superficie aumentando su profundidad.

El lago Salado mide unas setenta millas de longitud y treinta y cinco de anchura y está situado a tres mil ochocientos pies sobre el nivel del mar. Muy diferente del lago Asfaltites, cuya depresión acusa mil doscientos pies menos, su intensidad salobre es considerable y sus aguas tienen en disolución la cuarta parte de materia sólida. Su peso específico es de 1.170, siendo 1.000 el del agua destilada. Por eso allí no pueden existir peces. Los que vienen del Jordán, del Weber y de otros ríos, perecen en seguida, pero no es cierto que la densidad de las aguas sea tal que un hombre no pueda sumergirse.

Alrededor del lago, la campiña estaba cultivada admirablemente, porque los mormones entienden bien los trabajos de la tierra; ranchos y corrales para los animales domésticos; campos de trigo, maíz, sorgo; praderas de exuberante vegetación; en todas partes setos de rosales silvestres, matorrales de acacias y de euforbios; tal hubiera sido el aspecto de esa comarca seis meses más tarde; pero entonces, el suelo estaba cubierto por una delgada capa de nieve que se endurecía ligeramente.

A las dos, los viajeros se apeaban en la estación de Ogden. El tren no debía marchar hasta las seis. Mr. Fogg, Mrs. Auda y sus dos compañeros tenían, por tanto, tiempo para ir a la Ciudad de los Santos por el pequeño ramal que se destaca de la estación de Ogden. Dos horas bastaban apenas para visitar esa ciudad absolutamente americana, y como tal, construida por el estilo de todas las ciudades de la Unión: varios tableros de largas líneas monótonas con la lúgubre tristeza de los ángulos rectos, según la expresión de Víctor Hugo. El fundador de la Ciudad de los Santos no podía librarse de esa necesidad de simetría que distingue a los anglosajones. En ese singular país, donde los hombres no están, ciertamente, a la altura de las instituciones, todo se hace cuadrándose: las ciudades, las casas y los campamentos.

A las tres, los viajeros se paseaban, pues, por las calles de la ciudad, construida entre la orilla del Jordán y las primeras ondulaciones de los montes Wahsatch. Advirtieron pocas iglesias, y como monumentos, la casa del Profeta, la *court house y* el arsenal; también unas casas de ladrillos azulados, con cancelas y galerías, rodeadas de jardines, adornadas con acacias, palmeras y algarrobos. Un muro de arcilla y piedras, hecho en 1853, ceñía la ciudad; en la calle principal, donde estaba el mercado, se elevaban algunos palacios adornados con banderas, entre otros, *Salt-Lake-House.*

Mr. Fogg y sus compañeros no encontraron la ciudad muy poblada. Las calles estaban casi desiertas, salvo la parte del templo, adonde llegaron después de atravesar algunos barrios cercados por empalizadas. Las mujeres eran bastante numerosas, lo que se explica por la composición singular de las familias mormonas. No debe creerse, sin embargo, que todos los mormones sean polígamos. Cada cual es libre de hacer sobre este particular lo que guste, pero conviene observar que son las ciudadanas del Utah las que tienen especial empeño en ser casadas, porque, según la religión del país, el cielo mormón no hace participar de sus delicias a las solteras. Estas pobres criaturas no parecen tener existencia holgada ni feliz. Algunas, las más ricas sin duda, llevaban un jubón de seda negro, abierto en la cintura, ocultando la cabeza bajo una capucha o chal muy molesto. Las otras vestían sólo de indiana.

Picaporte, en su cualidad de soltero por convicción, no miraba sin cierto espanto a aquellas mormonas encargadas de hacer entre muchas la felicidad de un solo mormón. En su buen sentido, de quien se compadecía más era del marido. Le parecía terrible tener que guiar a tantas damas a la

vez por entre las vicisitudes de la vida, conduciéndolas así en tropel hasta el Paraíso mormónico, con la perspectiva de encontrarlas allí para la eternidad en compañía del glorioso Smith, que debía ser ornamento de aquel lugar de delicias. Decididamente, no tenía vocación para eso, y le parecía, quizá equivocándose, que las ciudadanas de Salt-Lake-City dirigían a su persona miradas algo inquietantes.

Por fortuna, su residencia en la Ciudad de los Santos no debía prolongarse. A las cuatro menos minutos los viajeros estaban de nuevo en la estación y volvían a ocupar sus asientos en los vagones.

Diose el silbido; pero cuando las ruedas de la locomotora, patinando sobre los raíles, comenzaban a imprimir al tren alguna velocidad, resonaron estos gritos:

—¡Alto! ¡Alto!

No se detiene un tren en marcha, y el que profería esos gritos era, sin duda, algún mormón rezagado. Corría desalentado, y por fortuna para él no había en la estación puertas ni barreras. Se lanzó a la vía, saltó al estribo del último coche y cayó sin aliento sobre una de las banquetas del vagón.

Picaporte, que había seguido con emoción los incidentes de aquella carrera atlética, fue a contemplar al rezagado, por quien cobró vivo interés al saber que se escapaba a consecuencia de una reyerta de familia.

Cuando el mormón recobró aliento, Picaporte se aventuró a preguntarle cortésmente cuántas mujeres tenía para él solo, pues por el modo como venía escapado le suponía una veintena al menos.

—¡Una, señor! —respondió el mormón, elevando los brazos al cielo—. ¡Una, y era bastante!

CAPÍTULO XXVIII

DONDE PICAPORTE NO PUDO LLEGAR A HACER ENTENDER EL LENGUAJE DE LA RAZÓN

El tren, al salir de Great-Salt-Lake y de la estación de Ogden, elevóse durante una hora hacia el Norte hasta el Weber-River después de recorrer unas novecientas millas desde San Francisco. En esa parte del territorio, comprendida entre aquellos montes y las Montañas Rocosas propiamente dichas, los ingenieros americanos han tenido que vencer las más serias dificultades.

Así, pues, en ese trayecto la subvención del Gobierno de la Unión ascendió a cuarenta y ocho mil pesos por milla, al paso que no fue más que de dieciséis mil en la llanura; pero los ingenieros, como hemos dicho, no violentaron la Naturaleza, sino que emplearon con ella la astucia, sesgando las dificultades, no habiendo tenido necesidad de perforar más que un túnel de catorce mil pies para llegar a la gran cuenca.

En el lago Salado era donde el trazado llegaba a la máxima altura. Desde allí su perfil describía una curva muy prolongada, que bajaba hacia el valle de Bitter-Creek, para remontarse hasta la línea divisoria de las aguas entre el Océano y el Pacífico. Los ríos eran numerosos en esa región montuosa. Hubo que pasar sobre puentes el Muddy, el Green y otros. Picaporte se había tornado más impaciente a medida que se acercaba el término del viaje, y Fix, a su vez, hubiera querido hallarse ya fuera de aquella región extraña. Temía las tardanzas, recelaba los accidentes y aún tenía más prisa que el propio Phileas Fogg en poner el pie sobre tierra inglesa.

A las diez de la noche el tren se detenía en la estación de Fort-Bridger, de la cual se separó al punto, y veinte millas más allá entró en el Estado de Wyoming, el antiguo Dakota, siguiendo todo el valle de Bitter-Creek, de donde surgen parte de las aguas que forman el sistema hidrográfico del Colorado.

Al día siguiente, 7 de diciembre, hubo un cuarto de hora de parada en la estación de Green-River. La nieve había caído durante la noche con bastante intensidad; pero mezclada con lluvia medio derretida, no podía estorbar la marcha del tren. Sin embargo, ese mal tiempo no dejó de inquietar a

Picaporte, porque la acumulación de nieve, entorpeciendo las ruedas de los vagones, hubiera comprometido el viaje seguramente.

—Pero, ¿qué idea —se decía— habrá tenido mi amo de viajar durante el invierno? ¿No podía aguardar la buena estación para tener mayores probabilidades de éxito?

En aquel momento en que el honrado mozo no se preocupaba más que del estado del cielo y del descenso de la temperatura, Mrs. Auda experimentaba recelos más vivos, que procedían de otra causa muy diferente.

En efecto, algunos viajeros se habían apeado y se paseaban por el muelle de la estación de Green-River esperando la salida del tren. Ahora bien, a través del cristal reconoció entre ellos al coronel Stamp Proctor, aquel americano que tan groseramente se condujera con Phileas Fogg durante el *meeting* de San Francisco. Mrs. Auda, no queriendo ser visible, se echó para atrás.

Tal circunstancia impresionó vivamente a la joven. Ésta había cobrado afecto al hombre que, por frío que fuera, le daba diariamente muestras de la adhesión más absoluta. No comprendía, sin duda, toda la profundidad del sentimiento que le inspiraba su salvador, y aunque no daba a este sentimiento otro nombre que el de agradecimiento, había más que esto sin sospecharlo ella misma. Por eso su corazón se contrajo cuando reconoció al grosero personaje a quien tarde o temprano Mr. Fogg quería pedir cuenta de su conducta. Evidentemente, la casualidad había llevado allí al coronel Proctor; pero, en fin, estaba allí y era necesario impedir a toda costa que Phileas Fogg se percatase de la presencia de su adversario.

Mrs. Auda, cuando el tren echó de nuevo a andar, aprovechó un momento en que Mr. Fogg dormitaba para poner a Fix y a Picaporte al corriente de lo que ocurría.

—¡Ese Proctor está en el tren! —exclamó Fix—. Pues bien, tranquilícese, señora; antes de entenderse con el llamado... con Mr. Fogg, ajustará cuentas conmigo. Me parece que en todo caso yo soy quien ha recibido los insultos más graves.

—Y además —añadió Picaporte—, yo me encargo de él por más coronel que sea.

—Señor Fix —repuso Mrs. Auda—, Mr. Fogg no dejará a nadie el cuidado de vengarle. Es hombre, lo ha dicho, capaz de volver a América para buscar a ese insolente. Si ve, por tanto, al coronel Proctor, no podremos evitar un encuentro que pudiera tener resultados muy lamentables. Es necesario, pues, que no le vea.

—Dice usted verdad, señora —respondió Fix—; un encuentro podría perderlo todo. Vencedor o vencido, Mr. Fogg se vería atravesado, y...

—Y —añadió Picaporte— eso haría ganar a esos señores del «Reform-Club». ¡Dentro de cuatro días estaremos en Nueva York! Pues bien, si durante cuatro días mi amo no sale de su vagón, puede esperarse que la

casualidad no le pondrá enfrente de ese maldito americano que Dios confunda. Y ya sabremos impedirlo.

La conversación fue suspendida. Mr. Fogg se había despertado y miraba el campo por entre el vidrio manchado de nieve. Pero más tarde, y sin ser oído de su amo ni de Mrs. Auda, Picaporte dijo al inspector de Policía:

—¿De veras se batirá usted por él?

—Todos los medios emplearé para que llegue vivo a Europa —contestó sencillamente Fix con tono que denotaba implacable voluntad.

Picaporte sintió cierto estremecimiento, pero sus convicciones respecto a la no culpabilidad de su amo siguieron inalterables.

¿Y podía hallarse algún medio de detener a Mr. Fogg en el compartimiento, evitando todo encuentro con el coronel? No podía ser esto difícil contando con el genio calmoso del *gentleman.* En todo caso, el inspector de Policía creyó haber dado con el medio, porque a los pocos instantes decía a Phileas Fogg:

—Largas y lentas son estas horas que se pasan así en ferrocarril.

—En efecto —contestó Phileas Fogg—, pero van pasando.

— A bordo de los buques —repuso el inspector—, acostumbraba usted a jugar su partida de *whist.*

—Sí, pero aquí sería difícil. No hay naipes ni jugadores.

—¡Oh! En cuanto a los naipes, ya los encontraremos, porque se venden en todos los vagones americanos. En cuanto a compañeros de juego, si por casualidad la señora...

—Ciertamente, caballero —respondió con viveza Auda—, sé jugar al *whist.* Eso forma parte de la educación inglesa.

— Y yo —repuso Fix— tengo alguna pretensión de jugarlo bien. Por tanto, haremos la partida los tres.

—Como guste —repuso Fogg, gozoso de dedicarse a su juego favorito aun en ferrocarril.

Picaporte fue en busca del *steward* y volvió con una tabla forrada de paño. No faltaba nada. El juego comenzó. Mrs. Auda conocía bastante bien *el whist,* y aún recibió algunos cumplidos del severo Phileas Fogg. En cuanto al inspector, era de primera fuerza y capaz de luchar con el *gentleman.*

«Ahora —dijo entre sí Picaporte— ya es nuestro y no se moverá.»

A las once de la mañana, el tren llegó a la línea divisoria de las aguas de ambos océanos. Aquel paraje, llamado Passe-Bridger, se hallaba a siete mil quinientos veinticuatro pies ingleses sobre el nivel del mar y era uno de los puntos más altos del trazado férreo a través de las Montañas Rocosas. Después de haber recorrido unas doscientas millas, los viajeros se hallaron por fin en una de esas dilatadas llanuras que llegan hasta el Atlántico y que tan propicias son para el establecimiento de líneas férreas.

Sobre la vertiente de la cuenca atlántica se desarrollaban ya los primeros ríos, afluentes o subafluentes del North-Platte-River. Todo el horizon-

te del Norte y del Este estaba cubierto por una inmensa cortina semicircular que formaba la porción septentrional de las Montañas Rocosas dominada por el pico de Laramie. Entre esa curvatura y la línea férrea se extendían vastas llanuras abundantemente regadas. A la derecha de la vía aparecieron las primeras rampas de la masa montuosa que se redondea al Sur hasta el nacimiento del Arkansas, uno de los grandes tributarios del Missouri.

A las doce y media los viajeros divisaron el frente Halleck, que domina aquella comarca. Con algunas horas más, el trayecto de las Montañas Rocosas quedaría hecho y, por tanto, podía esperarse que ningún incidente perturbaría el paso del tren por tan áspera región. Ya no nevaba y el frío era seco. A lo lejos huían unas grandes aves espantadas por la locomotora. Ninguna fiera, ni oso, ni lobo, aparecía en la llanura. Era el desierto con su inmensa desnudez.

Después de un almuerzo bastante confortable, servido en el mismo vagón, Mr. Fogg y sus compañeros acababan de tomar los naipes nuevamente, cuando se oyeron violentos silbidos. El tren se detuvo.

Picaporte se asomó a la portezuela y no vio nada ni había estación alguna.

Mrs. Auda y Fix temieron por un momento que Mr. Fogg bajase a la vía, pero se contentó con decir a su criado:

—Vaya a ver qué sucede.

Picaporte salió, y unos cuarenta viajeros habían dejado ya sus puestos, entre ellos el coronel Stamp Proctor.

El tren se había detenido ante una señal roja, y el maquinista, así como el conductor, discutían vivamente con un guardavía que había sido enviado al encuentro del tren por el jefe de Medicine-Bow, la estación inmediata. Tomaban parte en la discusión algunos viajeros que se habían acercado, y entre otros oíase al referido coronel Proctor con alternas palabras e imperiosos ademanes.

Picaporte oyó decir al guardavía:

—¡No! ¡No hay medio de pasar! El puente de Medicine-Bow está resentido y no aguantaría el peso del tren.

El puente de que se trataba era colgante y cruzaba sobre un torrente a una milla del sitio donde se había detenido el tren. Según el guardavía, muchos tirantes estaban rotos y el puente amenazaba ruina, siendo imposible arriesgarse a pasarlo. El guardavía no exageraba al decirlo así, y debe tenerse en cuenta que con los hábitos de los americanos, cuando ellos son prudentes, sería locura no serlo.

Picaporte, que no se atrevía a contárselo a su amo, oía el relato, quieto como una estatua y apretando los dientes.

—¡Me parece —exclamó el coronel Proctor— que no iremos a estar aquí criando raíces en la nieve!

— Coronel —respondió el conductor—: hemos telegrafiado a la estación de Omaha para pedir un tren, pero es probable que no llegue a Medicine-Bow antes de seis horas.

—¡Seis horas! —dijo Picaporte.

—Sin duda. Además, bien necesitaremos ese tiempo para llegar a pie a la estación.

— Pero si no está más que a una milla de aquí —dijo un viajero.

—En efecto, pero cae al otro lado del río.

—¿Y no puede pasarse con barca?

—Es imposible. El torrente viene muy crecido por las lluvias. Es un rápido y nos veremos obligados a dar un rodeo de diez millas al Norte para hallar un vado.

El coronel soltó una serie de tacos, contra la Compañía y el conductor, mientras Picaporte, furioso, no andaba muy lejos de hacer coro con él. Había un obstáculo material contra el cual habían de estrellarse esta vez todos los billetes de Banco de su amo.

Además, el descontento era general entre los viajeros, quienes, sin contar con el retraso, se veían obligados a andar unas quince millas por la nevada llanura. Hubo, pues, alboroto, vociferaciones y gritería, lo que hubiera debido llamar la atención de Phileas Fogg a no estar absorto en el juego.

Sin embargo, Picaporte tenía que darle cuenta de lo que pasaba, y se dirigía al vagón con la cabeza baja, cuando el maquinista, verdadero *yankee* llamado Forster, dijo, levantando la voz:

—Señores, quizá haya medio de pasar.

—¿Por el puente? —preguntó un viajero.

—Por el puente.

—¿Con nuestro tren? —inquirió el coronel.

—Con nuestro tren.

Picaporte se detuvo y devoraba las palabras del maquinista.

—¡Pero el puente amenaza ruina! —dijo el conductor.

—No importa —repuso Forster—. Creo que lanzando el tren a toda velocidad, hay probabilidad de cruzarlo.

—¡Diantre! —exclamó Picaporte.

Pero cierto número de viajeros fueron inmediatamente seducidos por la proposición, que gustaba en especial al coronel Proctor. Aquel cerebro descompuesto consideraba la cosa como muy practicable. Recordó que unos ingenieros habían concebido la idea de pasar los ríos sin puentes con trenes rígidos lanzados a toda velocidad. Y en fin de cuentas todos los interesados en la cuestión se pusieron de parte del maquinista.

—Tenemos cincuenta probabilidades de pasar —decía uno.

—Sesenta —afirmaba otro.

—Ochenta... ¡Noventa por ciento!

Picaporte estaba asustado, si bien se hallaba dispuesto a intentarlo todo para cruzar el Medicine-Creek, pero la tentativa le parecía demasiado americana.

—Por otra parte —pensó—, hay otra cosa más sencilla que ni siquiera se le ocurre a esa gente. Caballero —dijo a uno de los viajeros—, el medio propuesto por el maquinista me parece algo aventurado, pero...

—¡Ochenta probabilidades! —contestó el viajero, que le volvió la espalda.

—Bien lo sé —respondió Picaporte dirigiéndose a otro—, pero permítame una simple reflexión.

—No hay reflexión, es inútil —replicó el americano encogiéndose de hombros—, puesto que el maquinista asegura que pasaremos.

—Sin duda pasaremos, pero sería tal vez más prudente...

— ¡Cómo prudente! —exclamó el coronel Proctor, a quien hizo dar un salto esa palabra—. ¡Le dicen que a toda velocidad! ¿Comprende? ¡A toda velocidad!

—Ya sé, ya comprendo... —repetía Picaporte, a quien nadie dejaba acabar—. Pero sería, si no más prudente, puesto que la palabra le choca, al menos más natural...

—¿Quién? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué tiene que decir ése con su natural...? —gritaron todos.

El pobre mozo ya no sabía de quién hacerse oír.

—¿Acaso tiene usted miedo? —le preguntó el coronel Proctor.

—¡Yo, miedo! —exclamó Picaporte—. Pues bien, sea. ¡Les enseñaré que un francés puede ser tan americano como ellos!

—¡Al tren, al tren! —gritaba el conductor.

—¡Sí, al tren! —repetía Picaporte—. ¡Al trenl ¡Y al instante! Pero nadie me impedirá pensar que hubiera sido más natural pasar primero el puente a pie y luego el tren.

Nadie oyó tan cuerda reflexión ni nadie hubiera querido reconocer su conveniencia.

Los viajeros regresaron a los coches. Picaporte ocupó su asiento sin decir nada de lo ocurrido. Los jugadores estaban absortos en su partida de *whist.*

La locomotora silbó vigorosamente. El maquinista, invirtiendo el vapor, hizo retroceder el tren cerca de un milla, como un acróbata que va a coger impulso.

Después de otro silbido comenzó la marcha hacia delante; se fue acelerando, y a poco la velocidad fue espantosa. No se oía ya la repercusión de los jadeos de la locomotora, sino una aspiración seguida; los pistones daban veinte golpes por segundo; los ejes humeaban entre las cajas de grasa. Se sentía, por decirlo así, que el tren entero, marchando con una rapidez de cien millas por hora, no gravitaba ya sobre los raíles. La velocidad anulaba el peso.

Y pasaron como un relámpago. Nadie vio el puente. El tren saltó, por decirlo así, de una orilla a otra y el conductor no pudo contener su máquina desbocada sino a cinco millas allá de la estación.

Pero apenas había pasado el convoy cuando el puente, definitivamente arruinado, se desplomó con estrépito sobre el torrente de Medicine-Bow.

CAPÍTULO XXIX

DONDE SE REFIEREN VARIOS INCIDENTES QUE SÓLO ACONTECEN EN LOS FERROCARRILES ESTADOUNIDENSES

Aquella tarde, el tren proseguía su marcha sin obstáculos, pasaba el Fuerte Sanders, trasponía el paso de Cheyenne y llegaba al de Evans. En este lugar el ferrocarril alcanzaba el punto más elevado del trayecto, o sea, ocho mil noventa y un pies sobre el nivel del océano. Los viajeros ya no tenían más que bajar hasta el Atlántico por aquellas llanuras sin límites niveladas por la Naturaleza.

Allí empalmaba el ramal de Denver City, ciudad principal del Colorado. Este territorio es rico en minas de oro y plata, y más de cincuenta mil habitantes han fijado allí su residencia.

Se habían recorrido mil trescientas ochenta y dos millas desde San Francisco, en tres días y tres noches. Cuatro noches y cuatro días debían bastar, según todos los cálculos, para llegar a Nueva York. Phileas Fogg se mantenía, por tanto, dentro del plazo reglamentario.

Durante la noche quedó a la izquierda el campamento de Walbah. El Lodge Pole-Creek discurría paralelo a la vía, siguiendo sus aguas la frontera rectilínea común a los Estados de Wyoming y Colorado. A las once se entraba en el de Nebraska, se pasaba cerca del Sedgwick y se tocaba en Julesburg, situado en el brazo meridional de Platte-River.

Allí fue donde se inauguró el «Union Pacific-Road» el 23 de octubre de 1867, cuyo ingeniero jefe fue el general J. M. Dodge, y donde hicieron alto las dos poderosas locomotoras que remolcaban los nueve vagones de convidados, entre los cuales figuraban el vicepresidente Mr. Tomás L. Durant. Allí fue donde los sioux y los pawnies hicieron el simulacro de un combate indio; allí brillaron los fuegos artificiales en medio de ruidosas aclamaciones; allí, por último, se publicó por medio de una imprenta portátil el primer número del periódico *Railwail-Pioneer.* Así fue celebrada la inauguración de ese gran ferrocarril, instrumento de progreso y de civilización, trazado a través del desierto y destinado a enlazar entre sí ciudades que no existían todavía. El silbato de la locomotora, más poderoso que la lira de Anfión, iba a hacerles surgir en breve del suelo americano.

A las ocho de la mañana, el Fuerte Mac-Pherson quedaba atrás. Este punto dista trescientas cincuenta y siete millas de Omaha. La vía férrea seguía por la izquierda las caprichosas sinuosidades del brazo meridional del Platte-River. A las nueve se llegaba a la importante ciudad de Nort-Platte, construida entre los dos brazos de ese gran río, que se reúnen de nuevo alrededor de ella para no formar en adelante ya más que una sola arteria, afluente considerable cuyas aguas se confunden con las del Missouri, un poco más allá de Omaha.

Mr. Fogg y sus compañeros proseguían su juego, sin que ninguno de ellos se quejase de la longitud del camino. Fix había empezado por ganar algunas guineas que estaba perdiendo, no siendo menos apasionado para el juego que Mr. Fogg. Durante aquella mañana, la suerte favoreció a éste de modo singular. Los triunfos llovían, por decirlo así, en sus manos. En cierto momento, después de haber combinado un golpe atrevido, se disponía a jugar espadas, cuando de detrás de la banqueta salió una voz diciendo:

—Yo jugaría oros...

Mr. Fogg, Mrs. Auda y Fix levantaron la cabeza. El coronel Proctor estaba junto a ellos.

Stamp Proctor y Phileas Fogg se reconocieron en seguida.

—¡Ah!, es usted, señor inglés —exclamó el coronel—. ¡Es usted quien quiere jugar espadas!

—Y que las juega —respondió con frialdad Phileas Fogg, echando un diez de ese palo.

—Pues bien, me acomoda que sean oros —replicó el coronel Proctor, con irritada voz, haciendo un ademán para coger la carta jugada y añadiendo—: No conoce usted ese juego.

—Tal vez sea más diestro en otro —respondió Phileas Fogg levantándose.

—¡Sólo de usted depende ensayarlo, hijo de John Bull! —replicó el grosero personaje.

Mrs. Auda palideció al afluir toda su sangre al corazón. Se asió del brazo de Phileas Fogg, quien la repelió suavemente. Picaporte iba a echarse sobre el americano, el cual miraba a su adversario con aire más insultante; pero Fix se levantó, y yendo hacia el coronel Proctor le dijo:

—Olvida usted que es conmigo con quien debe entenderse, porque no sólo me injurió usted de palabra, sino de obra también.

—Señor Fix —dijo Phileas Fogg—, perdone usted, pero esto me concierne a mí solo. Al pretender que yo hacía mal en jugar espadas, el coronel me ha injuriado de nuevo y me dará una satisfacción.

—Cuando quiera usted y donde quiera —respondió el americano—, y con el arma que sea más de su agrado.

Mrs. Auda intentó en vano detener a Mr. Fogg. El inspector hizo inútiles esfuerzos para hacer suya la cuestión. Picaporte quería echar al coro-

nel por la portezuela, pero una señal de su amo le contuvo. Phileas Fogg salió del vagón y el americano le acompañó al pasillo.

—Caballero —dijo Mr. Fogg a su adversario—, tengo mucha prisa en llegar a Europa y una demora cualquiera perjudicaría mucho mis intereses.

—¿Y qué importa? —replicó el coronel Proctor.

—Caballero —respondió cortésmente Mr. Fogg—, después de nuestro encuentro en San Francisco había formado el proyecto de regresar a América para buscaros, tan pronto como hubiese terminado los negocios que me llaman al antiguo continente.

—¡De veras!

—¿Quiere señalarme sitio para dentro de seis meses? —preguntó.

—¿Por qué no seis años?

—Digo seis meses y seré exacto.

—Esas no son más que pamplinas. O al instante o nunca.

—Acepto. ¿Va usted a Nueva York?

—No.

—¿A Chicago?

—No.

—¿A Omaha?

—No le importa a usted. ¿Conoce Plum-Creek?

—No.

— Es la estación inmediata, y allí llegará el tren dentro de una hora; se detendrá diez minutos, durante los cuales se pueden disparar muy bien unos cuantos tiros.

—Conforme; bajaré en la estación de Plum-Creek.

—Y creo que allí se quedará usted —añadió el americano, con insolencia sin igual.

—¿Quién sabe, caballero? —respondió Mr. Fogg y entró en su vagón tan impasible como de costumbre.

Ya dentro, el caballero comenzó por tranquilizar a Mrs. Auda, diciéndole que los fanfarrones nunca eran de temer. Después rogó a Fix que le sirviera de testigo en el encuentro que iba a celebrarse. Fix no podía rehusarlo, y Phileas Fogg prosiguió tranquilamente su interrumpido juego, volviendo a echar espadas con perfecta calma.

A las once, el silbato de la locomotora anunció la proximidad de la estación de Plum-Creek. Mr. Fogg se levantó y, seguido de Fix, salió a la plataforma. Picaporte le acompañaba llevando un par de revólveres. Mrs. Auda se quedó en el vagón, pálida como una muerta.

En aquel momento abrióse la puerta del otro vagón y el coronel Proctor apareció también en la plataforma, seguido de su testigo, un *yankee* de su temple. Pero cuando los dos adversarios iban a bajar a la vía, el conductor acudió gritando:

—No se puede bajar, señores.

—¿Y por qué? —preguntó el coronel.

—Llevamos veinte minutos de retraso y el tren no se para.

—Pero he de batirme con el señor.

—Lo siento —repuso el empleado—, pero marchamos al punto. ¡Ya suena la campana!

La campana sonaba, en efecto, y el tren prosiguió su camino.

—Lo lamento muchísimo, señores —dijo entonces el conductor—. En cualquier otra circunstancia hubiera podido serviros. Pero en definitiva, puesto que no han podido batirse en esa estación, ¿quién les impide batirse aquí?

—Eso no convendrá tal vez al señor —dijo el coronel Proctor burlonamente.

—Eso me conviene muy bien —replicó Phileas Fogg.

—Decididamente estamos en América —pensó Picaporte—, y el conductor del tren es un caballero.

Y pensando esto siguió a su amo.

Los dos adversarios y sus testigos, precedidos del conductor, se fueron al último vagón del tren, ocupado tan sólo por unos diez viajeros. El conductor les preguntó si querían dejar un momento libre el sitio a dos caballeros que tenían que arreglar una cuestión de honor.

¡Cómo no! Muy gozosos los viajeros accedieron a complacer a los contendientes y se retiraron a la plataforma.

El vagón, que tenía unos cincuenta pies de largo, se prestaba muy bien para el caso. Los adversarios podían marchar uno contra otro por entre las banquetas y fusilarse a su gusto. Nunca hubo duelo más fácil de arreglar. Mr. Fogg y el coronel Proctor, provistos cada uno de dos revólveres, entraron en el vagón. Sus testigos los encerraron. Al primer silbido de la locomotora debían comenzar el fuego. Y luego, después de un transcurso de dos minutos, se sacaría del coche lo que quedase de ambos caballeros.

Nada más sencillo era en verdad; y tan sencillo, por cierto, que Fix y Picaporte sentían latir su corazón hasta romperse.

Se esperaba el silbido convenido, cuando resonaron, de repente, unos gritos salvajes, acompañados de tiros que no procedían del vagón ocupado por los duelistas. Los disparos se escuchaban, al contrario, por la parte delantera y sobre toda la línea del tren; en el interior de éste oíanse gritos de furor.

El coronel Proctor y Mr. Fogg, con los revólveres en las manos, salieron al instante del vagón y corrieron hacia delante, donde eran más ruidosos los gritos y los disparos.

Habían comprendido que el tren acababa de ser atacado por una horda de sioux.

No era la primera vez que esos atrevidos indios habían detenido los trenes. Según su costumbre, sin aguardar la parada del tren, se habían arrojado sobre el estribo un centenar de ellos, escalando los vagones como lo hace un *clown* al saltar sobre un caballo a galope.

Aquellos sioux estaban armados de fusiles. De aquí las detonaciones, que eran correspondidas por los viajeros, casi todos armados. Los indios habían comenzado por arrojarse sobre la máquina. El maquinista y el fogonero habían sido ya casi magullados. Un jefe sioux, queriendo detener el tren, pero no sabiendo manejar el regulador, había abierto la introducción del vapor en vez de cerrarla, y la locomotora, arrastrada, corría con una velocidad espantosa.

Al mismo tiempo, los sioux habían invadido los vagones.

Corrían como monos enfurecidos sobre las cubiertas, echaban abajo las portezuelas y luchaban cuerpo a cuerpo con los viajeros. El furgón de equipajes había sido saqueado arrojando los bultos a la vía. La gritería y los tiros no cesaban.

No obstante, los viajeros se defendían con valor. Algunos vagones, por medio de barricadas, sostenían un sitio, como verdaderos fuertes ambulantes llevados a una velocidad de cien millas por hora. Desde el principio del ataque, Mrs. Auda se había conducido valerosamente. Revólver en mano se defendía heroicamente disparando por entre los cristales rotos cuando asomaba algún salvaje. Unos veinte sioux heridos de muerte habían caído a la vía y las ruedas de los vagones aplastaban a los que caían sobre los raíles desde las plataformas.

Varios viajeros, gravemente heridos de bala o de *tomahawk,* yacían sobre las banquetas.

Era necesario acabar. La lucha llevaba diez minutos de duración y tenía que terminar con ventaja para los sioux si el tren no se paraba. En efecto; la estación de Fuerte Kearney no estaba sino a dos millas de distancia, y una vez pasado el fuerte y la estación siguiente, los sioux serían dueños del tren.

El conductor se batía junto a Mr. Fogg cuando una bala le alcanzó.

— ¡Estamos perdidos si el tren tarda cinco minutos en detenerse!

—¡Se detendrá! —dijo Phileas Fogg, que quiso echarse fuera del vagón.

—Estése quieto, señor —le gritó Picaporte—. Yo me encargo de ello.

Phileas Fogg no tuvo tiempo de detener al animoso muchacho, quien, abriendo una portezuela, consiguió deslizarse debajo del vagón. Y entonces, mientras la lucha continuaba y las balas cruzaban por encima de su cabeza, recobrando su agilidad y flexibilidad de *clown,* arrastrándose colgado por debajo de los coches y agarrándose a las cadenas y a las palancas de freno, arrastrándose de uno a otro vagón con maravillosa destreza, llegó a la parte delantera del tren sin haber sido visto por nadie.

Allí, colgado por una mano entre el furgón y el ténder, desenganchó con la otra las cadenas de seguridad; pero a consecuencia de la tracción, no hubiera logrado desenroscar la barra de enganche si un sacudimiento que la máquina experimentó no la hubiera hecho saltar, de modo que el tren, desprendido, se fue quedando atrás, mientras la locomotora huía con mayor velocidad.

Llevado por la fuerza adquirida, el tren corrió aún durante algunos minutos; pero los frenos se manejaron bien y se detuvo al fin a menos de cien pasos de distancia de la estación de Kearney.

Allí, los soldados del fuerte, atraídos por los disparos, acudieron apresuradamente. Los sioux no quisieron esperarlos y antes de pararse el tren completamente, toda la banda había desaparecido.

Pero cuando los viajeros se contaron en el andén de la estación, advirtieron que faltaban algunos, y entre otros el valiente francés cuyo denuedo acababa de salvarlos.

CAPÍTULO XXX

EN EL CUAL PHILEAS FOGG CUMPLE SIMPLEMENTE CON SU DEBER

Tres viajeros, incluyendo a Picaporte, habían desaparecido. ¿Los habrían muerto en la lucha? ¿Estarían prisioneros de los sioux? Era muy pronto para saberlo.

Los heridos eran bastante numerosos, pero se comprobó que ninguno lo estaba mortalmente. Uno de los más graves era el coronel Proctor, quien se había batido valerosamente, recibiendo un balazo en la ingle. Fue trasladado a la estación con otros viajeros cuyo estado reclamaba inmediatos cuidados.

Mrs. Auda estaba en salvo; Phileas Fogg no había recibido ni un rasguño. Fix estaba herido en el brazo levemente. Pero Picaporte faltaba, y los ojos de la joven Auda vertían lágrimas.

Entre tanto, todos los viajeros habían abandonado el tren. Las ruedas de los vagones estaban manchadas de sangre. De los cubos y de los ejes colgaban informes despojos de carne. Por la llanura, hasta perderse de vista, se veían largos rastros encarnados. Los últimos indios desaparecían entonces por el Sur, hacia *Republican-River.*

Mr. Fogg permanecía quieto y cruzado de brazos. Tenía que adoptar una grave resolución. Mrs. Auda le miraba sin pronunciar palabra. Comprendió él esta mirada. Si su criado estaba prisionero, ¿no debería intentarlo todo para librarle de los indios?

—Le encontraré muerto o vivo —dijo sencillamente a Mrs. Auda.

—¡Ah, Mr. Fogg! —exclamó la joven, asiendo las manos de su compañero y bañándolas de lágrimas.

—¡Vivo, si no perdemos un minuto! —añadió Mr. Fogg.

Con esta resolución, Phileas Fogg se sacrificaba por entero. Acababa de sentenciar su ruina. Un día tan sólo de retraso le hacía faltar a la salida del vapor en Nueva York y perdía la apuesta irremisiblemente, pero no vaciló ante la idea de cumplir con su deber.

El capitán que mandaba el Fuerte Kearney estaba allí. Sus soldados, un centenar de hombres, se habían puesto a la defensiva para el caso en que los sioux hubieran dirigido un ataque directo contra la estación.

—Señor —dijo Mr. Fogg al capitán—, tres viajeros han desaparecido.

—¿Muertos? —preguntó el capitán.

—Muertos o prisioneros —repuso Phileas Fogg—. Esta es una incertidumbre que debemos aclarar. ¿Tiene usted intención de perseguir a los sioux?

—Eso es grave —dijo el capitán—. ¡Esos indios pueden huir hasta más allá de Arkansas! No me es posible abandonar el fuerte que me está confiado.

—¡Señor! —exclamó Phileas Fogg—, se trata de la vida de tres hombres.

—Sin duda... Pero, ¿puedo arriesgar la de cincuenta para salvar a tres?

—Yo no sé si puede usted, pero debe hacerlo.

— Caballero —replicó el capitán—, nadie tiene que enseñarme cuál es mi deber.

—Sea —dijo fríamente Phileas Fogg—. ¡Iré solo!

—¡Usted, señor! —exclamó Fix—. ¿Irá solo en persecución de los sioux?

—¿Quiere, entonces, que deje perecer a ese infeliz a quien todos los que están aquí deben la vida? Iré.

—Pues bien; ¡no irá solo! —exclamó el capitán, conmovido, a su pesar—. ¡No! Tiene usted un corazón valiente. ¡Treinta hombres de buena voluntad! —añadió volviéndose a los soldados.

Toda la compañía avanzó en masa. El capitán tuvo que elegir treinta soldados y los puso a las órdenes de un viejo sargento.

—¡Gracias, capitán! —dijo Mr. Fogg.

—¿Me permitirá acompañarle? —preguntó el agente Fix al *gentleman*.

—Como guste usted, caballero —le respondió Phileas Fogg—; pero si desea prestarme un servicio, quédese junto a Mrs. Auda y, en el caso de que me suceda algo...

Una súbita palidez invadió el rostro del inspector de Policía. ¡Separarse del hombre a quien había seguido paso a paso y con tanta insistencia! ¡Dejarle aventurarse así en el desierto! Fix miró con atención al impasible caballero y, a pesar de sus prevenciones, bajó la vista ante aquella mirada franca y serena.

—Me quedaré —dijo.

Algunos instantes después, Mr. Fogg, después de estrechar la mano de la joven y de entregarle su precioso saco de viaje, partió con el sargento y su reducida tropa, diciendo a los soldados:

—¡Amigos míos, hay mil libras para vosotros si salváis a los prisioneros!

Eran las doce y algunos minutos.

Mrs. Auda se había retirado a un cuarto de la estación, y allí sola aguardó, pensando en Phileas Fogg, en su sencilla y graciosa generosidad y en su sereno valor. Mr. Fogg había sacrificado su fortuna y en aquel momento se

jugaba su vida, todo sin vacilación, por deber y sin alarde. Phileas Fogg era un hérore para ella.

El inspector Fix no pensaba de la misma manera y no podía contener su agitación. Se paseaba calenturiento por el andén de la estación. Estaba arrepentido de haberse dejado subyugar en el primer momento por Mr. Fogg y comprendía la necedad en que había incurrido permitiéndole marchar. ¡Cómo! ¿Había podido consentir en separarse de aquel hombre a quien acababa de seguir alrededor del mundo? Se reconvenía, se acusaba, se trataba como si hubiera sido el director de la Policía metropolitana amonestando a un agente cogido en flagrante delito de candidez.

—¡He sido inepto! —decía para sí—. ¡El otro le habrá dicho quién era yo! ¡Ha perdido y no volverá! ¿Dónde cogerle ahora? Pero, ¿cómo he podido dejarme fascinar así, yo, Fix, yo, que llevo en el bolsillo la orden de arresto? ¡Decididamente, soy un perfecto imbécil!

Así razonaba el inspector de Policía, mientras las horas transcurrían lentamente. No sabía qué hacer. Algunas veces estuvo a punto de decirle la verdad a Mrs. Auda, pero comprendía de qué modo serían acogidas sus palabras por la joven. ¿Qué partido tomar? Estaba tentado por irse a través de las llanuras en seguimiento de Fogg. No le parecía imposible volver a dar con él: ¡Las huellas del destacamento estaban impresas aún en el nevado suelo! Pero a no tardar, todo vestigio quedaría borrado bajo una nueva capa de nieve.

Entonces el desaliento se apoderó de Fix. Experimentó un insuperable deseo de abandonar la partida y, precisamente, se le ofreció ocasión de seguir el viaje partiendo de la estación de Kearney.

En efecto, a las dos de la tarde, mientras la nieve caía a grandes copos, se oyeron unos silbidos procedentes del Este. Una enorme sombra, precedida de un rojizo resplandor, avanzaba con lentitud, considerablemente oculta por las brumas, que le daban un fantástico aspecto.

Sin embargo, ningún tren de la parte del Este era esperado todavía. El auxilio pedido por telégrafo no podía llegar con tanta rapidez y el tren de Omaha a San Francisco no debía pasar hasta el día siguiente.

No tardó en saberse lo que era. La locomotora, que andaba a corto vapor y dando grandes silbidos, era la que, después de haberse separado del tren, había continuado su marcha con tan espantosa velocidad llevando al maquinista y fogonero inanimados. Había corrido muchas millas y, después, apagándose el fuego por falta de combustible, la velocidad fue disminuyendo, hasta que la máquina se detuvo, veinte millas más allá de la estación de Kearney.

Ni el maquinista ni el fogonero habían sucumbido y después de un desmayo bastante prolongado recobraron los sentidos.

La máquina estaba entonces parada y cuando el maquinista se vio en el desierto con la locomotora sola, comprendió lo ocurrido y, sin que pudie-

ra atinar cómo se había efectuado la separación, no dudaba que el tren estaba atrás esperando auxilio.

No vaciló el maquinista acerca de la resolución que debía adoptar. Proseguir el camino que conducía a Omaha era prudente; volver hacia el tren, en cuyo saqueo estarían, quizá, ocupados los indios, era peligroso... ¡No importa! Se rellenó la hornilla de combustible, el fuego se reanimó, la presión volvió a subir y hacia las dos de la tarde la máquina regresaba a la estación de Kearney, siendo ella la que silbaba entre la bruma.

Fue para los viajeros gran satisfacción el ver que la locomotora se ponía a la cabeza del tren. Iban a poder continuar su viaje, tan desgraciadamente interrumpido.

Al llegar la máquina, Mrs. Auda preguntó al conductor:

—¿Van a marchar en seguida?

—Al momento, señora.

—Pero esos prisioneros... nuestros desventurados compañeros...

—No puedo interrumpir el servicio —contestó el conductor—. Ya llevamos tres horas de retraso.

—¿Y cuándo pasa el otro tren, procedente de San Francisco?

—Mañana por la tarde, señora.

—¡Mañana por la tarde! Pero ya no será tiempo. Es necesario aguardar.

—Imposible. Si queréis partir, subid al coche.

—No marcharé —respondió la joven.

Fix había oído la conversación. Algunos momentos antes, cuando todo medio de locomoción le faltaba, estaba decidido a marchar, y entonces, cuando el tren estaba allí y no tenía más que ocupar su asiento, le retenía un irresistible impulso. El andén de la estación le quemaba los pies y no podía desprenderse de allí. Volvía a la lucha de sus encontradas ideas y la cólera del mal éxito le ahogaba. Quería luchar, luchar hasta el fin.

Entre tanto, los viajeros y algunos heridos, entre ellos el coronel Proctor, cuyo estado era grave, habían tomado asiento en los vagones. Se oía el zumbido de la caldera y el vapor se desprendía por las válvulas. El maquinista silbó, el tren se puso en marcha y desapareció luego, mezclando su blanco humo con el torbellino de la nieve.

El inspector Fix se quedó.

Transcurrieron algunas horas. El tiempo era muy malo y el frío excesivo. Fix, sentado en un banco, en la estación, permanecía inmóvil, hasta el punto de parecer dormido. Mrs. Auda, a pesar de la nevada, salía a cada instante del cuarto que estaba a su disposición. Llegaba hasta lo último del andén queriendo penetrar la bruma con la mirada y procurando escuchar si se percibía algún ruido. Pero nada. Arrecida por el frío, volvía a su aposento para volver a salir algunos momentos más tarde, siempre con idéntico resultado.

Llegó la noche y el destacamento no había regresado. ¿Dónde estaría? ¿Había alcanzado a los indios? ¿Habría habido lucha o tal vez los solda-

dos, perdidos en medio de la nieve, andarían errantes a la ventura? El capitán del fuerte Kearney estaba muy inquieto, si bien procuraba disimularlo.

Por la noche la nieve no cayó con tanta abundancia, pero el frío se intensificó. La mirada más intrépida no hubiera considerado sin espanto aquella oscura inmensidad. Reinaba un silencio absoluto, cuya infinita calma no era turbada ni por el vuelo de las aves ni por el paso de las fieras.

Durante toda aquella noche, Mrs. Auda, con el ánimo entregado a siniestros presentimientos, con el corazón lleno de angustia, anduvo errando por la linde de la pradera. Su imaginación la llevaba a lo lejos mostrándole mil peligros; es imposible expresar con palabras lo que sufrió durante tan largas horas.

Fix permaneció quedo en el mismo sitio, pero tampoco dormía. En cierto momento se le acercó un hombre y le habló, pero el agente le despidió después de haber respondido negativamente.

Así transcurrió la noche. Al alba, el disco medio apagado del sol se levantó sobre un horizonte nublado, pudiendo, no obstante, extenderse la mirada hasta dos millas de distancia. Phileas Fogg y el destacamento se habían dirigido hacia el Sur, y por ese lado no se divisaba más que el desierto. Eran entonces las siete de la mañana.

El capitán, muy caviloso, no sabía qué determinación tomar. ¿Debía enviar otro destacamento en busca del primero? ¿Debía sacrificar más hombres ante la escasa posibilidad de salvar a los que, sin duda alguna, había sacrificado primero? Pero su vacilación no duró mucho, y al fin llamó con una seña a uno de sus tenientes y le dio la orden de hacer un reconocimiento por el Sur. Pero en ese momento sonaron unos disparos. ¿Era esto una señal? Los soldados salieron fuera del fuerte y a media milla vieron una pequeña partida que venía en buen orden.

Mr. Fogg iba a la cabeza, y junto a él estaban Picaporte y los otros dos viajeros librados de las manos de los sioux.

Había habido combate a diez millas al sur del Kearney. Pocos momentos antes de la llegada del destacamento, Picaporte y los dos compañeros comenzaron a luchar con sus guardianes, y el francés acababa de derribar a su tercer adversario a puñetazos cuando su amo y los soldados se precipitaron en su auxilio.

Todos, salvadores y salvados, fueron acogidos con gritos de alegría, y Phileas Fogg distribuyó a los soldados la prima que les había prometido, mientras Picaporte repetía, no sin algún fundamento:

—¡Decididamente, se ha de convenir que cuesto muy caro a mi amo!

Fix, sin pronunciar una palabra, miraba a Mr. Fogg, y hubiera sido difícil analizar las impresiones que luchaban en su interior. En cuanto a Mrs. Auda, había tomado la mano del *gentleman* y la estrechaba con las suyas sin poder pronunciar una palabra.

Entre tanto, Picaporte, tan pronto como llegó, buscó el tren en la estación creyendo encontrarlo allí dispuesto a correr hacia Omaha y esperando que se podría ganar el tiempo perdido.

—¡El tren, el tren! —gritaba.

—Se marchó —respondió Fix.

—Y el tren siguiente, ¿cuándo pasa? —preguntó Mr. Fogg

—Esta noche.

—¡Ah! —contestó simplemente el impasible *gentleman.*

CAPÍTULO XXXI

DONDE EL INSPECTOR FIX FAVORECE MUY SENCILLAMENTE LOS INTERESES DE PHILEAS FOGG

Phileas Fogg llevaba veinticuatro horas de retraso, y Picaporte, causa involuntaria de esta tardanza, estaba desesperado. Había arruinado, indudablemente y sin remedio, a su amo.

En aquel momento, el inspector se acercó a Phileas Fogg y, mirándole bien de frente, le preguntó:

—Formalmente, Mr. Fogg, ¿tiene usted prisa?

—Formalmente, la tengo —respondió Phileas Fogg.

—Insisto —repuso Fix—, ¿tiene usted verdadero interés de estar en Nueva York el 11, antes de las nueve de la noche, hora de salida del vapor de Liverpool?

—El mayor interés.

—Y si el viaje no hubiera sido interrumpido por el ataque de los indios, ¿hubiera llegado a Nueva York el 11 por la mañana?

—Sí, con doce horas de adelanto sobre el vapor.

—Bien. Tiene usted ahora veinte horas de retraso. Entre veinte y doce, la diferencia es de ocho. Luego con ganar estas ocho horas le bastaría. ¿Quiere usted intentarlo?

—¿A pie?

—No. En trineo de vela. Un hombre me ha propuesto este sistema de transporte.

Era el hombre que había hablado al inspector de Policía durante la noche y cuya oferta había sido desechada.

Phileas Fogg no respondió a Fix, pero éste le mostró al hombre de que se trataba y el *gentleman* fue a su encuentro. Un instante después, Phileas Fogg y el americano, llamado Mudge, entraban en una covacha construida en la base del fuerte Kearney.

Allí, Mr. Fogg examinó un vehículo bastante singular, especie de tablero montado sobre dos largueros algo levantados por delante como las plantas de un trineo, y en el cual cabían cinco o seis personas. Al tercio, por delante, se alzaba un mástil muy alto en el cual podía envergarse una

inmensa cangreja. Este mástil, sólidamente sostenido por obenques metálicos, tenía un estay de hierro que servía para guardar un foque de gran dimensión. Detrás había un timón de espadilla que permitía dirigir el aparato.

Como se ve era un trineo aparejado en balandro. Durante el invierno, en la llanura helada, cuando los trenes se ven detenidos por las nieves, estos vehículos hacen travesías muy largas de una a otra estación. Están, por lo demás, muy bien aparejados, quizá mejor que un balandro, que está expuesto a volcar, y con viento en popa corren por las praderas con rapidez igual, si no superior, a la de un expreso.

En pocos instantes se cerró el trato entre Mr. Fogg y el patrón de aquella embarcación terrestre. El viento era bueno. Soplaba del Oeste muy frescachón. La nieve estaba endurecida y Mudge tenía grandes esperanzas de llegar en pocas horas a la estación de Omaha, donde los trenes son frecuentes y las vías numerosas en dirección a Chicago y Nueva York. No era difícil que pudiera ganarse el retraso. Por tanto, no debía vacilarse en intentar la aventura.

No queriendo Mr. Fogg exponer a Mrs. Auda a los tormentos de una travesía al aire libre y del frío, que la velocidad haría, sin duda alguna, más insoportable, le propuso quedarse con Picaporte en la estación de Kearney, desde donde el buen muchacho la conduciría hasta Europa por mejor camino y en mejores condiciones.

Mrs. Auda se negó a separarse de Mr. Fogg, y Picaporte se alegró mucho de esta determinación. En efecto, por nada del mundo hubiera querido separarse de su amo, puesto que Fix le acompañaba.

En cuanto a lo que entonces pensaba el inspector de Policía, sería muy difícil decirlo. Su convicción estaba quebrantada por el regreso de Phileas Fogg, o bien le consideraba como un bribón de gran talento, por creer que después de cumplida la vuelta al mundo estaría absolutamente seguro en Inglaterra. Acaso la opinión de Fix con respecto a Phileas Fogg estaba modificada, pero no por eso se hallaba menos decidido a cumplir con su deber y más impaciente que todos a ayudar con todas sus fuerzas el regreso a Inglaterra.

A las ocho, el trineo estaba preparado para la marcha. Los viajeros, casi puede decirse los pasajeros, tomaron asiento muy envueltos en sus mantas de viaje. Las dos inmensas velas estaban izadas y al impulso del viento el vehículo comenzó a correr sobre la endurecida nieve a razón de cuarenta millas por hora.

La distancia que separa el Fuerte Kearney de Omaha en línea recta, a vuelo de abeja, como dicen los americanos, era de doscientas millas lo más. Manteniéndose el viento, esta distancia podía recorrerse en cinco horas, y no ocurriendo ningún incidente, el trineo entraría en Omaha a la una de la tarde.

¡Qué travesía! Los viajeros apiñados no podían hablarse. El frío, acrecentado por la velocidad, les hubiera cortado la palabra.

El trineo corría tan ligeramente sobre la superficie de la llanura como un barco sobre las aguas, pero sin marejada. Cuando la brisa llegaba rasando la tierra, parecía que el trineo iba a ser levantado del suelo por sus velas, semejantes a alas de inmensa envergadura. Mudge se mantenía por medio del timón, en la línea recta, y con un golpe de espadilla rectificaba los borneos que el aparejo tendía a dar. Todo el velamen daba presa al viento. El foque desviado no estaba cubierto por la cangreja. Se levantó una cofa y, dando al viento un cuchillo, se aumentó la fuerza de impulso de las demás velas. No podía calcularse la velocidad matemáticamente, pero era seguro que no bajaba de las cuarenta millas por hora.

—Si nada se rompe —dijo Mudge—, llegaremos.

Y Mudge tenía interés en llegar dentro del plazo convenido, porque Mr. Fogg, fiel a su sistema, le había engolosinado con una crecida oferta.

La pradera por donde corría el trineo era tan llana que parecía un inmenso estanque helado. El ferrocarril que cruzaba por aquella región subía del Sudoeste al Noroeste por Grand-Island Columbus —ciudad importante de Nebraska— Schuyler, Fremont y luego Omaha. Seguía en todo su trayecto por la orilla derecha del Platte-River. El trineo, atajando, recorría la cuerda del arco descrita por la vía férrea. Mudge no podía verse detenido por el Platte-River en el recodo que forma antes de llegar a Fremont, porque sus aguas estaban heladas. El camino se hallaba, pues, totalmente desembarazado de obstáculos, y a Phileas Fogg sólo podían darle cuidado dos circunstancias: una avería en el aparato o un cambio de viento.

La brisa, sin embargo, no amainaba; por el contrario, soplaba hasta el punto de poder tumbar el cabo, si bien lo sostenían con firmeza los obenques de hierro. Esos alambres metálicos, semejantes a cuerdas de un instrumento, resonaban como si un arco hubiese provocado sus vibraciones. El trineo volaba acompañado de una armonía plañidera de muy particular intensidad.

—Esas cuerdas dan la quinta y la octava —dijo Mr. Fogg.

Fueron éstas las únicas palabras que pronunció durante la travesía. Mrs. Auda, cuidadosamente envuelta en los abrigos y mantas de viaje, estaba preservada en lo posible del alcance del frío.

En cuanto a Picaporte, roja la cara como el disco solar cuando se pone entre brumas, aspiraba aquel aire penetrante, dando rienda a sus esperanzas, con el fondo de imperturbable confianza que le distinguía. En vez de llegar por la mañana a Nueva York se llegaría por la tarde, pero aún existían probabilidades de que esto ocurriese antes de salir el vapor de Liverpool.

Picaporte experimentó hasta deseos de dar un apretón de manos a su aliado Fix, pues no olvidaba que era el inspector mismo quien había pro-

porcionado el trineo de velas, y por tanto el único medio de llegar a Omaha a tiempo, pero obedeciendo a un indefinible presentimiento se mantuvo en su acostumbrada reserva.

En todo caso, había una cosa que Picaporte no olvidaría jamás: esto es, el sacrificio de Mr. Fogg para librarle de los sioux arriesgando su fortuna y su vida. No, ¡jamás lo olvidaría su criado!

Mientras cada uno de los viajeros se entregaba a reflexiones diversas, el trineo volaba sobre la inmensa alfombra de nieve, y si atravesaba algunos ríos, afluentes o subafluentes del Little-Blue-River, no se percataba nadie de ello. Los campos y los cursos de agua se igualaban bajo una blancura uniforme. El llano estaba desierto por completo. Comprendido entre el «Union Pacific Road» y el ramal que ha de enlazar Kearney con San José, formaba como una gran isla deshabitada. Ni una aldea, ni una estación, ni siquiera un fuerte. De cuando en cuando se veía pasar, cual relámpago, algún árbol raquítico, cuyo blanco esqueleto se retorcía bajo la brisa. A veces se levantaban del suelo bandadas de aves silvestres. A veces también, algunos lobos, en tropeles numerosos, flacos, hambrientos y movidos por una necesidad feroz, luchaban en velocidad con el trineo. Entonces, Picaporte, revólver en mano, estaba apercibido para hacer fuego sobre los más cercanos. Si algún incidente hubiese detenido entonces el trineo, los viajeros, atacados por las encarnizadas fieras, hubieran corrido los más graves peligros; pero el trineo seguía firme y, cogiendo buena delantera, no tardó en dejar atrás aquella aulladora manada.

A las doce, Mudge reconoció, por algunos indicios, que estaba pasando el helado curso del Platte River. No dijo nada, pero estaba ya seguro de que veinte millas más allá se hallaba la estación de Omaha.

Y, en efecto, no era la una de la tarde cuando, abandonando la barra, el patrón recogía velas, mientras el trineo, arrastrado por su empuje, recorría aún media milla sin velamen; por último se detuvo, y Mudge, enseñando una aglomeración de tejados blancos, dijo:

—Hemos llegado.

Ya se hallaban, pues, en aquella estación, donde numerosos trenes comunican con la parte oriental de los Estados Unidos.

Picaporte y Fix saltaron a tierra y estiraron sus entumecidos miembros. Ayudaron a Mr. Fogg y a la joven a bajar del trineo. Phileas Fogg pagó generosamente a Mudge, a quien Picaporte estrechó la mano amistosamente, y todos corrieron en seguida a la estación de Omaha.

En esta importante ciudad de Nebraska es donde va a parar el ferrocarril que, con el nombre de «Chicago Rock-Island-Road», corre directamente al Este sirviendo cincuenta estaciones.

Estaba dispuesto a marchar un tren directo, de modo que Phileas Fogg y sus compañeros sólo tuvieron tiempo de arrojarse a un vagón. No habían visto nada en Omaha, pero Picaporte reconocía que no era cosa de sentir, puesto que no era ver ciudades lo que importaba.

Con extraordinaria rapidez, el tren pasó por el Estado de Iowa por Council-Bluffs, Moines, Iowa-City... Durante la noche cruzaba el Mississippi en Davenport y entraba por Rock-Island en Illinois. Al día siguiente, 10, a las cuatro de la tarde, llegaba a Chicago, renacida ya de sus ruinas y más que nunca firmemente asentada a orillas del hermoso lago Michigan.

Chicago está a novecientas millas de Nueva York, y allí no faltaban trenes, por lo cual Mr. Fogg pudo pasar inmediatamente de uno a otro. La elegante locomotora del «Pittsburg Fors-Wayne-Chicago-Rail-Road» partió a toda velocidad, como si hubiese comprendido que el honorable caballero no tenía tiempo que perder. Atravesó como un relámpago los Estados de Indiana, Ohio, Pennsylvania y Nueva Jersey, pasando por ciudades de nombres históricos, algunas de las cuales tenían calles y tranvías, pero no edificios todavía. Por fin apareció el Hudson, y el 11 de diciembre, a las once y cuarto de la noche, el tren se detenía en la estación, a la margen derecha del río, ante el mismo muelle de los vapores de la «Línea Cunard», llamada por otro nombre «British and North American Royal Mail Steam Packet Co.».

El *China,* con destino a Liverpool, había zarpado cuarenta y cinco minutos antes.

CAPÍTULO XXXII

DONDE PHILEAS FOGG EMPEÑA UNA LUCHA CONTRA LA MALA SUERTE

Al zarpar, el *China* se llevó, al parecer, la última esperanza de Phileas Fogg.

En efecto, ninguno de los otros vapores que hacen el servicio directo entre América y Europa, ni los transatlánticos franceses, ni los buques del «White Star Line», ni los de la «Compañía Imman», ni los de la «Línea Hamburguesa», ni otros podían responder a los proyectos del caballero inglés.

El *Pereire,* de la compañía transatlántica francesa, cuyos admirables buques igualan en velocidad y sobrepujan en comodidades a los de las demás líneas sin excepción, no partía hasta tres días más tarde, el 14 de diciembre, y además no iba directamente a Liverpool, sino al Havre, y lo mismo sucedía con los de la «Compañía Hamburguesa»; así es que la travesía suplementaria del Havre a Southampton hubiera anulado los últimos esfuerzos de Phileas Fogg.

En cuanto a lo vapores »Imman«, uno de los cuales, el *City of Paris,* se daba a la mar el día siguiente, no debía pensarse en ellos, porque estando destinados al transporte de emigrantes, son de máquinas poco potentes, navegan lo mismo a vela que a vapor y su velocidad es mediana. Invertían en la travesía de Nueva York a Inglaterra más tiempo del que necesitaba Mr. Fogg para ganar la apuesta.

De todo esto se informó el *gentleman* consultando su *Bradshaw,* que le reseñaba, día por día, los movimientos de la navegación transoceánica.

Picaporte estaba anonadado. El haber perdido la salida por cuarenta y cinco minutos le abrumaba, porque tenía la culpa él, que en vez de ayudar a su amo no había cesado de crearle incesantes obstáculos por el camino. Y cuando repasaba en su mente todos los incidentes del viaje; cuando calculaba las sumas gastadas en pura pérdida y sólo en interés suyo; cuando pensaba que aquella apuesta, con los gastos considerables de tan inútil viaje, arruinaba a Mr. Fogg, se llenaba a sí mismo de injurias.

Sin embargo, Mr. Fogg no le dirigió reconvención alguna, y al abandonar el muelle de los vapores transatlánticos no dijo más que estas palabras:

— Mañana veremos lo que se hace. Acompáñame.

Mr. Fogg, Mrs. Auda, Fix y Picaporte atravesaron el Hudson en el *ferry boat Tersey City* y subieron a un coche, que los condujo a la fonda de «San Nicolás» en Broadway. Alquilaron unos cuartos, y la noche transcurrió con profundo sueño, pero muy larga para la joven Mrs. Auda y sus compañeros, a quienes la agitación no permitió descansar.

La fecha del día siguiente era el 12 de diciembre. Desde el 12, a las siete de la mañana, hasta el 21, a las ocho y cuarenta y cinco de la noche, quedaban nueve días, trece horas y cuarenta y cinco minutos. Si Phileas Fogg hubiera salido la víspera en el *China,* uno de los mejores andadores de la «Línea Cunard», habría llegado a Liverpool y luego a Londres en el tiempo estipulado.

Mr. Fogg abandonó el hotel solo, después de haber recomendado a su criado que le esperase y de haber prevenido a Mrs. Auda que estuviese dispuesta.

Después se dirigió al Hudson, y entre los buques amarrados al muelle o anclados en el río, buscó detenidamente los que estaban listos para salir. Muchos tenían la señal de partida y se disponían a tomar la mar aprovechando la marea de la mañana, porque en ese inmenso y admirable puerto de Nueva York no hay día en que cien embarcaciones no salgan con rumbo a los distintos puntos del orbe, pero casi todos eran de vela y no convenían a Phileas Fogg.

Este caballero se estrellaba, al parecer, en su última tentativa, cuando vio a un cable o más de distancia un buque mercante de hélice, de formas delgadas, cuya chimenea, dejando escapar grandes bocanadas de humo, indicaba que se preparaba para aparejar.

Phileas Fogg alquiló un bote, se embarcó y a poco se encontraba en la escala del *Enriqueta,* vapor de hierro con los altos de madera.

El capitán del *Enriqueta* estaba a bordo. Phileas Fogg subió a cubierta y preguntó por él. El capitán se presentó en seguida.

Era hombre de unos cuarenta años, especie de lobo de mar, con trazas de regañón y poco sociable. Tenía ojos grandes, tez de cobre oxidado, pelo rojo, ancho de cuerpo y nada del aspecto de hombre de mundo.

—¿El capitán? —preguntó Mr. Fogg.

—Soy yo.

—Soy Phileas Fogg, de Londres.

—Y yo Andrés Speedy, de Cardiff.

—¿Va usted a zarpar?

—Dentro de una hora.

—¿Para dónde?

— Para Burdeos.

—¿Qué cargamento lleva?

—Piedras en la cala. No hay flete y me voy en lastre.

—¿Tiene pasajeros?

—No hay pasajeros. Nunca pasajeros. Es una mercancía voluminosa y razonadora.

—¿Tiene buena marcha su buque?

—Entre once y doce nudos. El *Enriqueta* es muy conocido.

—¿Quiere llevarme a Liverpool, a mí y a tres personas más?

—¡A Livepool! ¿Y por qué no a China?

—Digo a Liverpool.

—No.

—¿No?

—No. Estoy en ruta hacia Burdeos y voy a Burdeos.

—No importa a qué precio.

El capitán había hablado en un tono que no admitía réplica.

—Pero los armadores del *Enriqueta*... —repuso Phileas Fogg.

—No hay más armadores que yo —repuso el capitán—. El buque es mío.

—Lo fleto.

—No.

—Lo compro.

—No.

Phileas Fogg no pestañeó. Sin embargo, la situación era grave. No sucedía en Nueva York lo que en Hong-Kong, ni con el capitán del *Enriqueta* lo que con el patrón de la *Tankadera.* Hasta entonces el dinero del obstinado caballero había vencido todos los obstáculos. En esta ocasión el dinero no daba resultado.

Era necesario, sin embargo, hallar el medio de atravesar el Atlántico en barco, o cruzarlo en globo, lo cual hubiera sido muy aventurado y nada realizable.

A pesar de todo, parece que a Phileas Fogg se le ocurrió una idea, puesto que dijo al capitán:

—Pues bien, ¿quiere usted llevarme a Burdeos?

—No, aun cuando me dierais doscientos dólares.

—Os ofrezco dos mil.

—¿Por persona?

—Por persona.

—¿Y son ustedes cuatro?

—Cuatro.

El capitán Speedy comenzó a rascarse la frente como si hubiera querido arrancarse la epidermis. Ocho mil dólares que ganar sin modificar el viaje valían la pena de dejar a un lado sus antipatías hacia todo pasajero. Por otra parte, pasajeros a dos mil dólares no son ya pasajeros, sino mercancía preciosa.

—Parto a las nueve —dijo tan sólo el capitán Speedy—. ¿Y si usted y los suyos no están aquí...?

—¡A las nueve estaremos a bordo! —respondió con no menos laconismo Mr. Fogg.

Eran las ocho y media. Desembarcar del *Enriqueta,* subir a un coche, dirigirse al hotel «San Nicolás», traer a Auda, Picaporte y al inseparable Fix, a quien ofreció pasaje gratis, todo lo hizo el caballero inglés con la calma que no le abandonaba nunca.

En el momento en que el *Enriqueta* aparejaba, los cuatro personajes estaban a bordo.

Cuando Picaporte supo lo que costaría aquella última travesía, lanzó un prolongado «¡oh!» de esos que recorren todas las notas de la escala cromático descendente.

En cuanto al inspector Fix, pensó que el Banco de Inglaterra no saldría indemnizado de aquel negocio. En efecto, al llegar, y admitiendo que Mr. Fogg no echase todavía algunos puñados de billetes al mar, faltarían más de siete mil libras en el saco, donde, según Fix, estaba lo robado.

CAPÍTULO XXXIII

EN EL CUAL PHILEAS FOGG SE MUESTRA A LA ALTURA DE LAS CIRCUNSTANCIAS

Una hora después, el vapor *Enriqueta* transponía el barco faro que marca la entrada del Hudson, doblaba la punta del Sandy-Hook y salía al mar libre. Durante el día costeó Long-Island, pasó por delante de Fire-Island y corrió rápidamente hacia el Este.

Al día siguiente, 13 de diciembre, a mediodía, subió un hombre al puentecillo para tomar la altura. ¡Pudiera creerse que era el capitán Speedy! Nada de eso. Era Phileas Fogg.

En cuanto al capitán Speedy, estaba buenamente encerrado con llave en su cámara y prorrumpía en alaridos que denotaban una cólera muy perdonable, llevada hasta el paroxismo.

Lo que había ocurrido era muy sencillo. Phileas Fogg quería ir a Liverpool y el capitán no accedía a llevarle. Entonces había aceptado el pasaje para Burdeos, y a las treinta horas de estar a bordo había maniobrado tan bien a golpes de billetes de Banco, que la tripulación, marineros y fogoneros, tripulación algo pirata, que estaba bastante disgustada con el capitán, le pertenecía. Por eso, Phileas Fogg mandaba en lugar del capitán Speedy, que estaba encerrado en su cámara, mientras el *Enriqueta* se dirigía a Liverpool. Y al ver maniobrar a Phileas Fogg bien se descubría que había sido marino.

Entre once y doce nudos, había dicho el capitán Speedy, y, en efecto, el *Enriqueta* se mantenía en este promedio de velocidad.

Por consiguiente, no alterándose el mar, ni saltando el viento al Este, ni sobreviniendo ninguna avería al buque ni ningún accidente a la máquina, el *Enriqueta,* en los nueve días, contados desde el 12 de diciembre al 21, podría salvar las tres mil millas que separan Nueva York de Liverpool. Es verdad que una vez llegados allí, lo ocurrido en el *Enriqueta,* combinado con el asunto del Banco, podía llevar al caballero un poco más lejos de lo que quisiera.

Durante los primeros días la navegación se hizo en excelentes condiciones. El mar estaba muy duro y el viento parecía fijado al Noroeste, las

velas fueron izadas y el *Enriqueta* marchaba como un verdadero trasatlántico.

Picaporte estaba encantado. La última hazaña de su amo, cuyas consecuencias se negaba a entrever, le entusiasmaba. Nunca la tripulación había visto a un muchacho más alegre y más ágil. Hacía muchos obsequios a los marineros y los asombraba con sus juegos gimnásticos. Les prodigaba los mejores calificativos y las bebidas más fuertes. Para él maniobraban como caballeros y los fogoneros se conducían como héroes. Su buen humor, muy comunicativo, se impregnaba en todos. Había olvidado el pasado, los disgustos, los peligros, y no pensaba más que en el término del viaje, tan próximo ya, hirviendo de impaciencia como si le hubieran caldeado las hornillas del *Enriqueta.* A veces también, el digno muchacho daba vueltas alrededor de Fix y le miraba con ojos que decían mucho; pero no le hablaba, pues no existía ya intimidad alguna entre los dos antiguos amigos.

Por otro lado, Fix, preciso es decirlo, no comprendía nada. La conquista del *Enriqueta,* la compra de su tripulación, aquel Fogg maniobrando como un marino consumado, todo ese conjunto de cosas le aturdía. ¡Ya no sabía qué pensar! Pero después de todo, un caballero que empezaba por robar cincuenta y cinco mil libras, bien podía acabar robando un buque. Y Fix concluyó por creer, naturalmente, que el *Enriqueta,* dirigido por Fogg, no iba a Liverpool, sino a algún punto del mundo donde el ladrón convertido en pirata se pondría tranquilamente en seguridad. Preciso es confesar que semejante hipótesis era muy plausible, por cuya razón comenzaba el agente de Policía a estar seriamente pesaroso de haberse metido en aquel negocio.

En cuanto al capitán Speedy, seguía bramando en su cámara, y Picaporte, encargado de proveer a su sustento, no lo hacía sin tomar las mayores precauciones. Respecto a Mr. Fogg, ni aun tenía trazas de recordar que hubiese un capitán a bordo.

El 13 doblaron la punta del banco de Terranova, paraje muy malo en invierno, sobre todo cuando las brumas son frecuentes y los chubascos temibles. Desde la víspera, el barómetro, que bajó bruscamente, daba indicios de un próximo cambio en la atmósfera. Durante la noche la temperatura se modificó y el frío fue más intenso, y saltó al propio tiempo el viento al Sudeste.

Era un contratiempo. Mr. Fogg, para no apartarse de su rumbo, recogió velas y forzó vapor, pero, a pesar de todo, la marcha disminuyó a consecuencia de la marejada, que comunicaba al buque movimientos muy violentos de cabeceo en detrimento de la velocidad. La brisa se iba convirtiendo en huracán, y ya se prevenía el caso de que el *Enriqueta* no pudiera aguantar. Ahora bien, si era necesario huir, no quedaba otro arbitrio que lo desconocido con toda su mala suerte.

El semblante de Picaporte se nubló al mismo tiempo que el cielo, y durante dos días el honrado muchacho sufrió mortales angustias; pero

Phileas Fogg era audaz marino, y como sabía hacer frente al mar, no perdió rumbo ni aun disminuyó la fuerza del vapor. El *Enriqueta,* cuando no podía elevarse sobre la ola, la atravesaba, y su puente quedaba barrido, pero el barco pasaba. Algunas veces también la hélice salía fuera de las aguas, batiendo el aire con sus enloquecidas palas cuando alguna montaña de agua levantaba la popa, pero el buque avanzaba siempre.

El viento, sin embargo, no arreció todo lo que hubiera podido temerse. No fue uno de esos huracanes que pasan con velocidad de noventa millas por hora. No pasó de una fuerza regular; mas por desgracia sopló con obstinación por el Sudeste, no permitiendo utilizar el velamen, y eso que, como vamos a verlo, hubiera sido muy conveniente acudir en ayuda del vapor.

El 16 de diciembre no había todavía retraso de cuidado, porque era el día septuagesimoquinto desde la salida de Londres. La mitad de la travesía estaba hecha y ya habían quedado atrás los peores parajes. En verano se hubiera podido responder del éxito, pero en invierno se estaba a merced de los temporales. Picaporte abrigaba alguna esperanza, y si el viento faltaba, al menos contaba con el vapor.

Precisamente aquel día el maquinista sostuvo sobre cubierta una conversación en términos algo vivos con Mr. Fogg.

Sin saber por qué, y por presentimiento, Picaporte experimentó una vaga inquietud. Hubiera dado una de sus orejas para oír con la otra lo que decían. Pudo al fin coger algunas palabras, y entre otras las siguientes, pronunciadas por su amo:

—¿Está cierto de lo que asegura?

—Seguro, señor. No olvide que desde nuestra salida estamos caldeando con todas las hornillas encendidas, y si tenemos bastante carbón para ir a poco vapor de Nueva York a Burdeos, no lo hay para ir a todo vapor de Nueva York a Liverpool.

—Resolveré —respondió Mr. Fogg.

Picaporte había comprendido, y al punto se apoderó de él una inquietud mortal.

Iba a faltar carbón.

—¡Ah! —decía—. Será hombre famoso mi amo si vence esta dificultad.

Y habiendo encontrado a Fix, no pudo menos de ponerle al corriente de la situación, pero el inspector le contestó con los dientes del todo apretados:

—Entonces, ¿cree usted que vamos a Liverpool?

—¡Pardiez!

—¡Imbécil...! —respondió el agente, encogiéndose de hombros.

Picaporte estuvo a punto de contestar cual se merecía a tal calificativo, cuya verdadera significación no podía comprender; pero al considerar que Fix debía de estar muy mohíno y humillado en su amor propio por haber seguido una pista equivocada alrededor del mundo, no hizo caso.

Y ahora, ¿qué partido iba a tomar Phileas Fogg? Difícil era imaginarlo. Parece, sin embargo, que el flemático caballero había adoptado una resolución, porque aquella misma tarde hizo venir al maquinista y le dijo:

—Activad los fuegos haciendo rumbo hasta agotar el combustible por completo.

Algunos momentos más tarde la chimenea del *Enriqueta* vomitaba torrentes de humo.

Siguió, pues, el buque marchando a todo vapor; pero dos días más tarde, el 18, el maquinista dio parte, según había anunciado, de que aquel día faltaría el carbón.

—Que no amortigüen los fuegos —ordenó Fogg—. Al contrario. Cárguense las válvulas.

Aquel día, hacia las doce de la mañana, y después de haber tomado la altura y calculado la posición del buque, Phileas Fogg llamó a Picaporte y le dio orden de ir en busca del capitán Speedy. Era esto como mandarle soltar a un tigre, y bajó por la escotilla diciendo:

—Indudablemente estará hidrófobo.

En efecto, algunos minutos más tarde llegaba a la toldilla una bomba cargada de gritos e imprecaciones. Esa bomba era el capitán Speedy, y se advertía bien que estaba a punto de estallar.

—¿Dónde estamos?

Tales fueron las primeras palabras que pronunció entre la sofocación de la cólera, y ciertamente que no lo habría contado, por poco propenso que hubiera sido a la apoplejía.

—¿Dónde estamos? —repitió con el rostro congestionado.

—A setecientas setenta millas de Liverpool —contestó Mr. Fogg con imperturbable calma.

—¡Pirata! —exclamó Andrés Speedy.

—Le he hecho venir a usted para...

—¡Filibustero!

—Para rogarle que me venda su buque.

—¡No, por mil pares de demonios, no y no!

—¡Es que voy a tener que quemarlo!

—¡Quemar mi buque!

—Sí, todo lo alto, porque estamos sin combustible.

—¡Quemar mi buque! ¡Un buque que vale cincuenta mil dólares!

—Aquí tiene sesenta mil —contestó Phileas Fogg ofreciendo al capitán un paquete de billetes.

Esto hizo un efecto prodigioso sobre Andrés Speedy. No se puede ser americano sin que la vista de sesenta mil dólares cause alguna sensación. El capitán olvidó por un momento su cólera, su encierro y todas las quejas contra el pasajero. ¡Su buque tenía veinte años, y aquel negocio podía hacerle de oro! La bomba ya no podía estallar, porque Mr. Phileas Fogg le había quitado la mecha.

—¿Y me quedará el casco de hierro? —preguntó el capitán con tono singularmente suavizado.

—El casco de hierro y la máquina. ¿Es cosa concluida?

—Concluida.

Y Andrés Speedy, tomando el paquete de billetes, los contó haciéndolos desaparecer luego en el bolsillo.

Durante esta escena, Picaporte estaba pálido. En cuanto a Fix, por, poco le da un ataque. ¡Cerca de veinte mil libras gastadas, y aún dejaba Fogg al vendedor el casco y la máquina, es decir, casi el valor total del buque! Verdad es que la suma robada al Banco ascendía a cincuenta y cinco mil libras.

Después de haberse metido el capitán el dinero en el bolsillo, le dijo Mr. Fogg:

—No se asombre de todo esto, porque debe saber que pierdo veinte mil libras si no estoy en Londres el 21 a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche. No llegué a tiempo al vapor de Nueva York, y como se negaba usted a llevarme a Liverpool...

—Y bien hecho, por los cincuenta mil diablos del infierno —exclamó Andrés Speedy—, porque salgo ganando lo menos cuarenta mil dólares. —Y luego añadió con más formalidad—: ¿Sabe usted una cosa, capitán...?

—Fogg.

—¿... capitán Fogg? Y es que hay mucho de americano en usted.

Y después de haber tributado a Mr. Fogg lo que para él era una lisonja, se marchaba, cuando Phileas Fogg le dijo:

—¿Ahora este buque me pertenece?

—Indudablemente, desde la quilla a la punta de los palos; pero todo lo que es madera, se entiende.

—Bien, que se arranquen todos los aprestos interiores y que se vayan echando a la hornilla.

Júzguese la mucha leña que debió gastarse para conservar el vapor con su suficiente presión. Aquel día, la toldilla, la carroza, los camarotes, el entrepuente, todo fue a la hornilla.

Al día siguiente, 19, fueron quemados los palos, las piezas de repuesto, las berlingas. La tripulación empleaba un celo increíble en hacer leña. Picaporte, rajando, cortando y aserrando, hacía el trabajo de diez hombres. Era un furor de demolición.

Al día siguiente, 20, los parapetos, los empavesados, la obra muerta la mayor parte del puente fueron devorados. El *Enriqueta* sólo era ya un barco raso como un pontón.

Pero aquel día se divisó la costa irlandesa y el faro de Falsenet.

Sin embargo, a las diez de la noche, el buque no se encontraba aún más que enfrente de Queenstown. ¡Faltaban veinticuatro horas para el plazo, y era precisamente el tiempo que se necesitaba para llegar a Liverpool, aun marchando a todo vapor, el cual iba a faltar también!

—Señor —le dijo entonces el capitán Speedy, que había acabado por interesarse en sus proyectos— lamento lo que le sucede. Todo parece conspirar contra usted. Todavía no estamos más que a la altura de Queenstown.

—¡Ah! —dijo Mr. Fogg—. ¿Es Queenstown esa población que divisamos?

—Sí.

—¿Podemos entrar en el puerto?

—Antes de tres horas, no. Sólo en pleamar.

—¡Aguardemos! —contestó tranquilamente Phileas Fogg, sin dejar ver en su semblante que por una suprema inspiración iba a procurar vencer la última probabilidad contraria.

En efecto, Queenstown es un puerto de la costa irlandesa, en el cual los transatlánticos de los Estados Unidos dejan, al pasar, la valija del correo. Las cartas se llevan a Dublín por un expreso siempre dispuesto, y de Dublín llegan a Liverpool por vapores de gran velocidad, adelantando doce horas a los rápidos buques de las compañías marítimas.

Phileas Fogg pretendía ganar también las doce horas que sacaba de ventaja al correo de América. En lugar de llegar al día siguiente por la tarde con el *Enriqueta* a Liverpool, llegaría a mediodía y le quedaría tiempo para estar en Londres a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

A la una de la mañana, el *Enriqueta* estaba con la pleamar en el puerto de Queenstown, y Phileas Fogg, después de haber recibido un apretón de manos del capitán Speedy, le dejaba en el casco raso de su buque, que aún valía la mitad de lo recibido.

Los pasajeros desembarcaron al punto. Fix tuvo entonces intención decidida de prender a Mr. Fogg, y, sin embargo, no lo hizo. ¿Por qué? ¿Existían algunas dudas en su ánimo? ¿Habían reformado su opinión? ¿Reconocía al fin que se había equivocado?

Sin embargo, Fix no abandonó a Mr. Fogg. Con él, con Mrs. Auda, con Picaporte, que no tenía tiempo de respirar, subió al tren de Queenstown a la una y media de la mañana, llegó a Dublín al amanecer, y se embarcó en uno de esos vapores fusiformes de acero, todo máquina, que desdeñándose de subir con las olas pasan invariablemente a través de ellas.

A las doce menos veinte, el 21 de diciembre, Phileas Fogg desembarcaba por fin en el muelle de Liverpool. Ya no estaba más que a seis horas de Londres.

Pero en aquel momento, Fix se acercó, le puso la mano en el hombro y, exhibiendo su mandamiento, le dijo:

—¿Es usted Mr. Phileas Fogg?

—Sí, señor.

—¡En nombre de la reina, le arresto!

CAPÍTULO XXXIV

QUE PROPORCIONA A PICAPORTE LA OCASIÓN DE PRORRUMPIR EN UN JUEGO DE PALABRAS ATROZ, PERO QUIZÁ INÉDITO[1]

Phileas Fogg estaba preso. Le habían encerrado en «Custom-House», aduana de Liverpool, donde debía pasar la noche aguardando su traslado a Londres.

En el momento del arresto, Picaporte quiso arrojarse sobre el inspector, pero fue detenido por unos agentes. Mrs. Auda, espantada por la brutalidad del suceso, no comprendió nada de lo que pasaba, pero Picaporte se lo explicó. Mr. Fogg, el honrado y valeroso caballero a quien debía la vida, estaba preso como ladrón. La joven protestó contra esa acusación, su corazón se indignó, las lágrimas corrieron por sus mejillas cuando vio que nada podía hacer ni intentar para librar a su salvador.

En cuanto a Fix, había detenido a Phileas Fogg porque su deber se lo mandaba. Si era o no culpable, la justicia lo decidiría.

Y entonces ocurrió a Picaporte una idea terrible: ¡la de que él tenía la culpa de toda aquella desgracia! ¿Por qué había ocultado a Mr. Fogg lo que sabía? Cuando Fix le reveló su condición de inspector de Policía y la misión de que estaba encargado, ¿por qué no se lo avisó a su amo? Advertido éste quizá hubiera dado a Fix pruebas de su inocencia demostrándole su error, y en todo caso no hubiera conducido a sus expensas y en su seguimiento a aquel malaventurado agente, cuyo primer cuidado había sido el de prenderle al poner el pie en el suelo del Reino Unido. Al pensar en sus culpas e imprudencias, el pobre mozo sintió irremisibles remordimientos. Daba lástima verle llorar y querer hasta romperse la cabeza.

Mrs. Auda y él se quedaron, a pesar del frío, bajo el peristilo de la Aduana. No querían ni uno ni otro abandonar aquel sitio sin ver de nuevo a Mr. Fogg.

En cuanto a éste, estaba bien y perfectamente arruinado, y esto en el momento en que iba a alcanzar su objetivo. Aquel arresto le perdía sin

[1] El título de este capítulo no puede quedar bien explicado en castellano, porque se funda en un retruécano de voces francesas, que se indican en su lugar.

remedio. Habiendo llegado a las doce menos veinte a Liverpool el 21 de diciembre, tenía de tiempo hasta las ocho y cuarenta y cinco minutos para presentarse en el «Reform-Club», o sea nueve horas y quince minutos después, pues le bastaban seis para llegar a Londres.

Quien hubiera entonces penetrado en el calabozo de la Aduana, habría visto a Mr. Fogg, inmóvil y sentado en un banco de madera, imperturbable y sin cólera. No era fácil asegurar si estaba resignado; pero aquel último golpe no le había tampoco conmovido, al menos en apariencia. ¿Habríase formado en él una de esas iras secretas, terribles porque están contenidas, y que sólo estallan en el último momento con irresistible fuerza? No se sabe; pero Phileas Fogg estaba allí calmoso y esperando... ¿Qué? ¿Tendría aún alguna esperanza? ¿Creería aún en el triunfo cuando la puerta del calabozo se cerró sobre él? Comoquiera que sea, Mr. Fogg colocó cuidadosamente su reloj sobre la mesa y miró cómo marchaban las agujas. Ni una sola palabra salía de sus labios, pero su mirada tenía una fijeza singular.

En todo caso, la situación era terrible y para quien no podía leer en aquella conciencia, se resumía así:

En el caso de ser hombre de bien, Phileas Fogg estaba arruinado.

En el caso de ser ladrón estaba cogido.

¿Tuvo, acaso, la idea de escaparse? ¿Trató de averiguar si el calabozo tenía alguna salida practicable? ¿Pensaba en huir? Casi pudiera creerse esto último, porque en cierto momento se paseó alrededor del cuarto. Pero la puerta estaba sólidamente cerrada y la ventana tenía una fuerte reja. Volvió a sentarse y sacó de la cartera el itinerario de viaje. En la línea que contenía estas palabras:

«21 de diciembre, sábado, en Liverpool»,

añadió:

«Día 80, a las 11 y 45 de la mañana»,

y aguardó.

Dio la una en el reloj de la «Custom-House». Mr. Fogg reconoció que su reloj adelantaba dos minutos.

¡Dieron las dos! Suponiendo que tomase entonces un expreso, aún podría llegar al «Reform-Club» antes de las ocho y cuarenta y cinco minutos. Su frente se arrugó ligeramente.

A las dos y treinta y tres minutos se escuchó ruido fuera y un estrépito de puertas que se abrían. Se oyó la voz de Picaporte y también la de Fix.

La mirada de Phileas Fogg brilló un instante.

La puerta se abrió y vio que Mrs. Auda, Picaporte y Fix corrían a su encuentro.

Fix estaba desalentado, con el pelo en desorden y sin poder hablar.

—¡Señor... —dijo tartamudeando— señor..., perdón...! Una semejanza deplorable... Ladrón cogido hace tres días... ¡Está usted libre!

¡Phileas Fogg estaba libre! Se fue hacia el detective, le miró fijamente y, ejecutando el único movimiento rápido que en toda su vida había hecho, echó sus brazos atrás y luego, con la precisión de un autómata, golpeó con ambos puños al desgraciado inspector.

—¡Bien aporreado! —exclamó Picaporte, quien permitiéndose un juego de palabras muy digno de un francés, añadió—: ¡Pardiez! ¡Bien puede llamarse eso una bella aplicación de puños de Inglaterra! [2]

Fix, derribado en el suelo, no pronunció una sola palabra, pues no le habían dado más que su merecido, y entre tanto, Mr. Fogg, Mrs. Auda y Picaporte salieron de la Aduana, se metieron en un coche y llegaron a la estación.

Phileas Fogg preguntó si había algún expreso dispuesto a salir para Londres...

Eran las dos y cuarenta minutos... El expreso había salido treinta y cinco minutos antes.

Phileas Fogg pidió entonces un tren especial.

Había en presión varias locomotoras de gran velocidad; pero considerando las exigencias del servicio, el tren especial no pudo salir sino antes de las tres.

Phileas Fogg, después de haber hablado al maquinista de una prima por ganar, corría en dirección a Londres en compañía de la joven y de su fiel servidor.

La distancia que hay entre Liverpool y Londres debía cubrirse en cinco horas y media, cosa muy fácil estando la vía libre; pero hubo retrasos forzosos, y cuando el *gentleman* llegó a la estación todos los relojes de Londres señalaban las nueve menos diez.

¡Phileas Fogg, después de haber dado la vuelta al mundo, llegaba con un retraso de cinco minutos...! Había perdido la apuesta.

---

[2] En francés, la palabra *poing* significa puño, y la palabra *point*, punto, y se pronuncian igual, y como la imitación de encaje en Inglaterra se denomina aplicación al punto inglés, he aquí el retruécano al título del capítulo.

CAPÍTULO XXXV

EN EL CUAL PICAPORTE NO SE HACE REPETIR DOS VECES LA ORDEN QUE LE DA SU AMO

Al siguiente día, los habitantes de Saville-Row se hubieran sorprendido mucho si les hubiesen asegurado que Mr. Fogg había vuelto a su domicilio. Puertas y ventanas estaban cerradas, y ningún cambio se había notado en el exterior.

Efectivamente, poco después de haber salido de la estación, Phileas Fogg dio a Picaporte la orden de comprar algunas provisiones y había entrado en su casa.

El impasible caballero había recibido con su habitual indiferencia el golpe que le hería. ¡Arruinado! ¡Y por culpa de aquel torpe inspector de Policía! ¡Después de haber seguido con planta certera todo el viaje; después de haber salvado mil obstáculos y arrostrado mil peligros; después de haber tenido hasta la ocasión de hacer algunos beneficios, fracasar en el puerto mismo ante un hecho brutal, era cosa terrible! De la considerable suma que se había llevado no le quedaba más que una cantidad insignificante. Su fortuna estaba reducida a las veinte mil libras depositadas en «Casa de Baring Hermanos», y las debía a sus colegas del «Reform-Club». Después de tanto gasto, aun en el caso de ganar la apuesta, no se hubiera enriquecido ni es probable que hubiese tratado de hacerlo, siendo hombre que apostaba por pundonor, pero perdiéndola se arruinaba completamente. Además, el *gentleman* había tomado ya su resolución y sabía lo que quedaba por hacer.

Había sido dispuesto un cuarto para Mrs. Auda en la casa de Saville-Row. La joven estaba desesperada, y por determinadas palabras que Mr. Fogg había pronunciado, había comprendido que éste meditaba algún funesto propósito.

Sabido es, en efecto, a qué deplorable desesperación se entregan los ingleses monomaníacos cuando les domina una idea fija. Por eso Picaporte vigilaba a su amo con disimulo.

Pero antes que todo, el buen muchacho subió a su cuarto y apagó el gas que había estado ardiendo durante ochenta días. Había encontrado en el

buzón una cuenta de la Compañía del Gas y creyó que ya era tiempo de suprimir aquellos gastos de que era responsable.

Transcurrió la noche y Mr. Fogg se había acostado, pero es dudoso que durmiera. En cuanto a Mrs. Auda, no pudo descansar ni un solo instante. Picaporte había velado como un perro a la puerta de la habitación de su amo. Al día siguiente, Mr. Fogg le llamó y le recomendó en breves palabras que se cuidase del almuerzo de Auda, pues él tendría bastante con una taza de té y una tostada, y que la joven le dispensara por no poderla acompañar tampoco a la comida, pues tenía que consagrar todo su tiempo a ordenar sus asuntos. Sólo por la noche tendría un rato de conversación con Mrs. Auda.

Enterado Picaporte del programa de aquel día, no tenía otra cosa que hacer sino conformarse. Contemplaba a su amo siempre impasible, y no podía decidirse a marcharse de allí. Su corazón estaba apesadumbrado y su conciencia llena de remordimientos, porque se acusaba más que nunca de aquel irreparable desastre. Si hubiera avisado a Mr. Fogg, si le hubiera descubierto los proyectos del agente Fix, aquél no hubiera, quizá, llevado a éste a Liverpool, y entonces...

Picaporte no pudo contenerse.

—¡Amo mío! ¡Mr. Fogg! ¡Maldígame! Yo tengo la culpa de...

—A nadie culpo —contestó Phileas Fogg con el tono más calmoso— Déjeme solo.

Picaporte salió del cuarto y se reunió con Auda, a quien dio a conocer las instrucciones de su amo.

—¡Señora! —añadió—. ¡Yo nada puedo! No tengo influencia alguna sobre mi amo! Vos quizá...

—¿Y qué influencia puedo yo tener? —contestó Auda—. ¡Mr. Fogg no se somete a ninguna! ¿Ha comprendido nunca que mi reconocimiento ha estado a punto de desbordarse? ¿Ha leído alguna vez en mi corazón? Amigo mío, es preciso no dejarle solo ni un momento. ¿Dice usted que ha manifestado intenciones de hablarme esta noche?

—Sí, señora. Se trata, sin duda, de regularizar la situación de usted en Inglaterra.

—Esperemos —dijo la joven quedándose pensativa.

Así es que durante aquel día, que era domingo, la casa de Saville-Row parecía deshabitada, y por la vez primera desde que vivía allí, Phileas Fogg no se fue al club cuando daban las once y media en la torre del Parlamento.

¿Y por qué se había de presentar en el «Reform-Club»? Sus colegas no le esperaban, puesto que la víspera, sábado, fecha fatal del 21 de diciembre, a las ocho y cuarenta y cinco minutos, Phileas Fogg no se había presentado en el salón del «Reform-Club» y tenía la apuesta perdida. Ni era siquiera necesario ir a casa de su banquero para entregarla, puesto que sus adversarios tenían un talón firmado por él, bastando un simple asiento en «Casa de Baring Hermanos» para transferir el crédito.

No tenía, pues, Mr. Fogg necesidad de salir, y no salió. Estuvo en su cuarto ordenando sus asuntos. Picaporte no cesó de subir y bajar la escalera de la casa de Saville-Row, yendo a escuchar, a la puerta del aposento de su amo, con lo cual no creía ser indiscreto. Miraba por el ojo de la cerradura, imaginándose que tenía este derecho, porque temía a cada momento una catástrofe. A veces se acordaba de Fix, pero sin encono, porque, al fin, equivocado el agente como todo el mundo respecto de Phileas Fogg, no había hecho otra cosa que cumplir con su deber, siguiéndole hasta prenderle, mientras que él... Esta idea le abrumaba y se consideraba como el último de los miserables.

Cuando estas reflexiones le hacían insoportable la soledad, llamaba a la puerta del cuarto de Auda, entraba y se sentaba en un rincón sin pronunciar palabra, mirando a la joven, que seguía pensativa.

Serían las siete y media de la tarde cuando Mr. Fogg hizo preguntar a Mrs. Auda si le podía recibir, y algunos instantes después, la joven y él estaban solos en la habitación de ésta.

Phileas Fogg tomó una silla y se sentó junto a la chimenea, enfrente de Auda, sin descubrir por su semblante emoción alguna. El Fogg de regreso era exactamente al Fogg de partida. Igual calma e idéntica impasibilidad.

Estuvo sin hablar cinco minutos, y luego, elevando la vista hacia Auda, le dijo:

—Señora, ¿me perdonará usted el haberla traído a Inglaterra?

—¡Yo, Mr. Fogg! —respondió Auda, comprimiendo los latidos de su corazón.

—Permítame acabar. Cuando tuve la idea de llevarla lejos de aquella región tan peligrosa para usted, yo era rico, y esperaba poner una parte de mi fortuna a su disposición. Su existencia hubiera sido feliz y libre. Ahora estoy arruinado.

—Lo sé, Mr. Fogg, y a mi vez le pregunto si me perdona el haberle seguido a usted y, ¿quién sabe?, el haber contribuido, quizá, a su ruina, retrasando el viaje que usted hacía.

—Señora, usted no podía permanecer en la India, y su salvación no quedaba asegurada sino alejándose bastante para que aquellos fanáticos no pudiesen apresarla de nuevo.

—¿Así, pues, Mr. Fogg, no satisfecho de librarme de una muerte horrible, se creía usted obligado, además, a asegurarme una posición en el extranjero?

—Sí, señora; pero los sucesos me han sido contrarios. Sin embargo, le ruego que me permita disponer en su favor de lo poco que nos queda.

—¿Y qué va usted a hacer?

—Yo, señora, no necesito nada —dijo, con frialdad, el caballero.

—Pero, ¿de qué modo considera la suerte que le aguarda?

—Como conviene hacerlo.

—En todo caso la miseria no puede cebarse en un hombre como usted. Sus amigos...

—No tengo amigos, señora.

—Sus parientes.

—No tengo parientes.

—Entonces, le compadezco, Mr. Fogg, porque el aislamiento es cosa bien triste. ¡Cómo! ¿No hay un solo corazón con quien desahogar sus pesadumbres? Sin embargo, se dice que la miseria entre dos es soportable.

—Así lo dicen, señora.

—Mr. Fogg —dijo entonces Auda, levantándose y dando su mano al caballero—, ¿quiere usted tener a un tiempo pariente y amiga? ¿Me quiere como esposa?

Mr. Fogg, al oír esto, se levantó. Había en sus ojos un reflejo insólito y una especie de temblor en sus labios. Auda le miraba. La sinceridad, la rectitud, la firmeza y suavidad de la mirada de una noble mujer que se atreve a todo para salvar a quien se lo ha dado todo, le admiraron primero y le cautivaron después. Cerró un momento los ojos como queriendo evitar que aquella mirada no le penetrase todavía más, y cuando los abrió, dijo sencillamente:

—La amo; por todo lo más sagrado del mundo, la amo y soy todo suyo.

—¡Ah! —exclamó Mrs. Auda llevando la mano al corazón.

Llamaron a Picaporte y, cuando se presentó, Mr. Fogg tenía aún entre sus manos la de Mrs. Auda. Picaporte comprendió al instante y su ancho rostro se tornó radiante como el sol en el cenit de las regiones tropicales.

Mr. Fogg le preguntó si no sería tarde para avisar al reverendo Samuel Wilson, de la parroquia de Marylebane.

Picaporte, con la mejor sonrisa del mundo, dijo:

—Nunca es tarde.

Eran las ocho y cinco minutos.

—¿Será para mañana, lunes? —preguntó Picaporte.

—¿Para mañana, lunes? —dijo Fogg, mirando a la joven Auda.

—Para mañana, lunes —contestó la joven.

Y Picaporte echó a correr.

CAPÍTULO XXXVI

DONDE EL PHILEAS FOGG VUELVE A TENER VALOR EN EL MERCADO

Ya es tiempo de decir el cambio de opinión que se había verificado en el Reino Unido cuando se supo la prisión del verdadero ladrón del Banco, un tal James Strand, que había sido detenido el 17 de diciembre en Edimburgo.

Tres días antes, Phileas Fogg era un criminal que la Policía perseguía sin descanso, y entonces era el caballero más honrado, que estaba cumpliendo matemáticamente su excéntrico viaje alrededor del mundo.

¡Qué efecto, qué ruido en los periódicos! Todos los que habían apostado en pro y en contra y tenían olvidado aquel asunto resucitaron como por magia. Todas las transacciones volvieron a ser valederas. Todos los compromisos revivían y debemos añadir que las apuestas adquirieron nueva energía. El nombre de Phileas Fogg volvió a subir en el mercado.

Los cinco colegas de Phileas Fogg en el «Reform-Club» pasaron aquellos tres días con cierta inquietud, puesto que volvía a aparecer ese Phileas Fogg que ya estaba olvidado. ¿Dónde se hallaría entonces? El 17 de diciembre, día en que fue preso James Strand, hacía setenta y seis días que Phileas Fogg había partido y no se tenían noticias suyas. ¿Habría perecido? ¿Habría, tal vez, renunciado a la lucha o proseguiría su marcha según el itinerario convenido? ¿Y el sábado, 21 de diciembre, aparecería a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde, como el dios de la exactitud, en el umbral del «Reform-Club»?

Debemos renunciar a pintar la ansiedad en que vivió durante tres días todo ese mundo de la sociedad inglesa. Se expidieron despachos a América, a Asia, para adquirir noticias de Phileas Fogg. Se envió a observar por mañana y tarde la casa de Saville-Row... Nada. La misma policía ignoraba lo que había sido del detective Fix, que se había, con tan mala fortuna, lanzado tras su equivocada pista, lo cual no impidió que las apuestas se empeñasen de nuevo en gran escala. Phileas Fogg llegaba, cual un caballo de carreras, a la última vuelta. Ya no se cotizaba a uno por ciento, sino por veinte, por diez, por ciento, y el viejo paralítico Lord Albermale lo tomaba a la par.

Por eso el sábado por la noche había gran concurrencia en Pall-Mall y calles inmediatas. Parecía un inmenso agrupamiento de corredores en servicio permanente en las cercanías del «Reform-Club». La circulación estaba interrumpida. Se discutía, se disputaba, se voceaba la cotización de Phileas Fogg como la de los fondos ingleses. Los agentes de circulación podían apenas contener al pueblo, y a medida que avanzaba la hora en que debía llegar Phileas Fogg, la emoción asumía proporciones inverosímiles

Aquella noche, los cinco colegas del *gentleman* estaban reunidos desde hacía nueve horas en el gran salón del «Reform-Club». Los dos banqueros John Sullivan y Samuel Fallentin, el ingeniero Andrés Stuart, Gualterio Ralph —administrador del Banco de Inglaterra— el cervecero Tomás Flanagan... todos esperaban con ansiedad.

En el momento en que el reloj del gran salón señaló las ocho y veinticinco, Andrés Stuart levantóse:

—Señores —dijo—, dentro de veinte minutos el plazo convenido con Mr. Fogg habrá expirado.

—¿A qué hora llegó el último tren de Liverpool? —preguntó Tomás Flanagan.

—A las siete y veintitrés —dijo Gualterio Ralph—, y el tren siguiente no llega hasta las doce y diez.

—Pues bien, señores —repuso Andrés Stuart—, si Phileas Fogg hubiese llegado en el tren de las siete y veintitrés ya estaría aquí. Podemos, por consiguiente, ganar la apuesta.

—Aguardemos y no decidamos —dijo Samuel Fallentin—. Ya saben ustedes que nuestro colega es un excéntrico de primer orden. Su exactitud en todo es bien conocida. Nunca llega tarde ni temprano, y no me sorprendería verle aparecer aquí en el último minuto.

—Pues yo —replicó Andrés Stuart tan nervioso como siempre—, lo vería y no lo creería.

—En efecto —repuso Tomás Flanagan—, el proyecto de Phileas Fogg era insensato. Cualquiera que fuese su exactitud no podía evitar retrasos inevitables, y una pérdida de dos o tres días era bastante para comprometer su viaje.

—Observarán ustedes, además —añadió John Sullivan—, que no hemos recibido ninguna noticia de nuestro colega y, sin embargo, no faltan líneas telegráficas por su camino.

—¡Ha perdido, señores —exclamó Andrés Stuart—, ha perdido sin remedio! Ya saben que el *China*, único vapor de Nueva York que ha podido tomar para llegar a Liverpool a tiempo, ha llegado ayer. Ahora bien, aquí está la lista de los pasajeros, publicada por la *Sping-Gazette*, y no figura entre ellos Phileas Fogg. Admitiendo las probabilidades más favorables, nuestro colega está apenas en América. Calculo en veinte días por lo menos el retraso que traerá sobre el plazo convenido, y el viejo Lord Albermale perderá también sus cinco mil libras.

—Es evidente —respondió Gualterio Ralph—, mañana no tendremos más que presentar en «Casa de Baring Hermanos» el talón de Mr. Fogg.

En aquel momento, el reloj del salón señalaba las ocho y cuarenta.

—Aún faltan cinco minutos —dijo Andrés Stuart.

Los cinco colegas se miraban. Se podía creer que los latidos de sus corazones experimentaban cierta aceleración, porque al fin la partida era fuerte. Pero lo quisieron disimular, puesto que, a propuesta de Samuel Fallentin, tomaron asiento en una mesa de juego.

—¡No daría mi parte de cuatro mil libras en la apuesta —dijo Andrés Stuart, sentándose—, aun cuando me ofrecieran tres mil novecientas noventa y nueve!

Las manecillas del reloj señalaban entonces las ocho y cuarenta y dos minutos.

Los jugadores habían tomado las cartas, pero a cada momento su mirada se fijaba en el reloj. ¡Se puede asegurar que cualquiera que fuese su seguridad, nunca les habían parecido tan largos los minutos!

—Las ocho y cuarenta y tres —dijo Tomás Flanagan, cortando la baraja que le presentaba Gualterio Ralph.

Hubo un momento de silencio. El vasto salón del club estaba tranquilo, pero fuera se oía la algazara de la muchedumbre, dominada algunas veces por agudos gritos. El péndulo batía los segundos con regularidad matemática. Cada jugador podía contar las divisiones sexagesimales que herían su oído.

—¡Las ocho y cuarenta y cuatro! —exclamó John Sullivan, con voz que descubría una inmensa emoción involuntaria.

Un minuto nada más y la apuesta estaba ganada. Andrés Stuart y sus compañeros ya no jugaban. ¡Habían abandonado las cartas y contaban los segundos!

A los cuarenta segundos, nada. ¡A los cincuenta, nada tampoco!

A los cincuenta y cinco se oyó fuera un estrépito atronador, aplausos, vítores y hasta imprecaciones que se prolongaron en redoble continuo.

Los jugadores se levantaron.

A los cincuenta y siete segundos, la puerta del salón se abrió, y no había batido el péndulo los sesenta segundos cuando Phileas Fogg aparecía, seguido de una multitud delirante que había forzado la entrada del club, y, con voz tranquila, dijo:

—Aquí estoy, señores.

CAPÍTULO XXXVII

DONDE SE DEMUESTRA QUE PHILEAS FOGG NO HA GANADO NADA EN DAR LA VUELTA AL MUNDO, SINO EL HONOR

¡Sí! Phileas Fogg en persona.

Recuérdese que a las ocho y cinco minutos de la tarde, unas veinticuatro horas después de la llegada de los viajeros a Londres, Picaporte fue encargado de prevenir al reverendo Samuel Wilson para cierto casamiento que debía celebrarse al día siguiente.

Picaporte partió muy alegre, yendo con paso rápido al domicilio del reverendo Samuel Wilson, que no había regresado aún a casa. Naturalmente, Picaporte tuvo que esperar unos veinte minutos.

En suma, eran las ocho y treinta y cinco cuando salió de casa del reverendo. ¡Pero en qué estado! El pelo desordenado, sin sombrero, corriendo como jamás ha corrido hombre alguno, derribando a los transeúntes y precipitándose, como una tromba, por las aceras.

En tres minutos llegó a la casa de Saville-Row, y casi sin aliento entró en el cuarto de Mr. Fogg.

No podía hablar.

—Señor... —tartamudeó Picaporte—, casamiento... imposible.

—¿Imposible?

—Imposible... para mañana.

—¿Por qué?

—¡Porque mañana... es domingo!

—Lunes —respondió Mr. Fogg.

— No. Hoy... sábado.

—¿Sábado...? ¡Imposible!

—¡Sí, sí, sí! —exclamó Picaporte—. ¡Se ha equivocado usted en un día! ¡Hemos llegado con veinticuatro horas de adelanto... pero sólo le quedan diez minutos...!

Picaporte tenía cogido a su amo por el cuello y lo impelía con fuerza irresistible.

Phileas Fogg, así llevado sin tener tiempo de reflexionar, salió de su casa, saltó a un *cab,* prometió cien libras al cochero, y después de haber aplastado dos perros y atropellado cinco coches, llegó al «Reform-Club».

El reloj marcaba las ocho y cuarenta y cinco minutos cuando apareció en el gran salón.

¡Phileas Fogg había dado la vuelta al mundo en ochenta días!

¡Phileas Fogg había ganado la apuesta de veinte mil libras!

¿Y cómo siendo tan exacto y minucioso había podido equivocarse en un día? ¿Cómo se creía en sábado, 21 de diciembre, cuando había llegado a Londres en viernes, 20 de diciembre, setenta y nueve días después de su salida?

He aquí el motivo de este error. Es muy sencillo.

Phileas Fogg, sin sospecharlo, había ganado un día en su itinerario, porque había dado la vuelta al mundo yendo hacia Oriente; lo hubiera perdido yendo en sentido inverso, es decir, hacia Occidente.

En efecto, marchando hacia Oriente, Phileas Fogg iba al encuentro del sol, y por tanto, los días disminuían para él tantas veces cuatro minutos como grados recorría. Hay 360 grados en la circunferencia, los cuales, multiplicados por cuatro minutos, dan precisamente veinticuatro horas, es decir, el día inconscientemente ganado. En otros términos: mientras Phileas Fogg, marchando hacia Oriente, vio el sol pasar ochenta veces por el meridiano, sus colegas de Londres no lo habían visto más que setenta y nueve. Por eso aquel mismo día, que era sábado y no domingo, como lo creía Mr. Fogg, le esperaban los de la apuesta en el salón del «Reform-Club». Y esto es lo que el famoso reloj de Picaporte, que siempre había conservado la hora de Londres, hubiera acusado si al mismo tiempo que las horas y los minutos hubiese marcado los días.

Phileas Fogg había ganado, pues, las veinte mil libras; pero como había gastado en el camino unas diecinueve mil, el resultado pecuniario no era de importancia. Sin embargo, como se ha dicho, el excéntrico no había buscado en aquella apuesta más que la lucha y no la fortuna. Y distribuyó las mil libras que le sobraban entre Picaporte y el desgraciado Fix, contra quien era incapaz de conservar rencor. Sólo que para mera formalidad descontó a su criado el precio de las mil novecientas veinte horas de gas gastado por su culpa.

Aquella misma noche, Mr. Fogg, tan impasible y tan flemático como siempre, dijo a Mrs. Auda:

—¿Le conviene aún el casamiento?

—Mr. Fogg —contestó Mrs. Auda—, a mí es a quien toca hacerle la pregunta. Estaba usted arruinado y ahora es rico...

Dispense, esa fortuna le pertenece. Sin la idea de ese matrimonio, mi criado no habría ido a casa del reverendo Samuel Wilson, no se hubiera descubierto el error y...

—¡Mi querido Fogg! —dijo la joven.

—Mi querida Auda... —respondió Phileas Fogg.

Innecesario es decir que el casamiento se celebró cuarenta y ocho horas más tarde; y Picaporte, engreído, resplandeciente, deslumbrador, figuró en él como testigo de la novia. ¿No la había él salvado y no le debía esa honra?

Al día siguiente, al amanecer, Picaporte llamó con estrépito a la puerta de su amo.

La puerta se abrió y apareció el impasible caballero.

—¿Qué hay, Picaporte?

—Lo que hay, señor, es que acabo de saber ahora mismo...

—¿Qué?

—Que podíamos haber dado la vuelta al mundo en setenta y nueve días tan sólo.

—Sin duda —contestó Mr. Fogg—, no atravesando el Indostán; pero entonces no hubiera salvado a Mrs. Auda, no sería mi mujer y...

Y Mr. Fogg cerró la puerta tranquilamente.

Así, pues, la apuesta estaba ganada, haciendo Phileas Fogg su viaje alrededor del mundo en ochenta días. Había empleado para ello todos los medios de transporte: vapores, ferrocarriles, coches, yates, buques mercantes, trineos, elefantes... El excéntrico caballero había desplegado en ese negocio sus maravillosas cualidades de serenidad y exactitud. ¿Pero qué había ganado con semejante excursión? ¿Qué había obtenido de su viaje?

Nada, se dirá, enhorabuena, a no ser su linda mujer, que por inverosímil que parezca, le hizo el más feliz de los mortales.

Y en verdad, ¿no se daría por menos esa vuelta al mundo?

DE LA TIERRA A LA LUNA

CAPÍTULO PRIMERO

EL *GUN-CLUB*

Durante la guerra de Secesión de los Estados Unidos, se estableció en Baltimore, ciudad del Estado de Maryland, una nueva sociedad de mucha influencia. Conocida es la energía con que el instinto militar se desenvolvió en aquel pueblo de armadores, mercaderes y fabricantes. Simples comerciantes y tenderos abandonaron su despacho y su mostrador para improvisarse capitanes, coroneles y hasta generales sin haber visto las aulas de West Point[1], y no tardaron en rivalizar dignamente en el arte de la guerra con sus colegas del antiguo continente, alcanzando victorias, lo mismo que éstos, a fuerza de prodigar balas, millones y hombres.

Pero en lo que principalmente los americanos aventajaron a los europeos, fue en la ciencia de la balística, y no porque sus armas hubiesen llegado a un grado más alto de perfección, sino porque se les dieron dimensiones desusadas y con ellas un alcance desconocido hasta entonces. Respecto a tiros rasantes, directos, parabólicos, oblicuos y de rebote, nada tenían que envidiarles los ingleses, franceses y prusianos, pero los cañones de éstos, los obuses y los morteros, no son más que simples pistolas de bolsillo comparados con las formidables máquinas de artillería norteamericana.

No es extraño. Los yanquis no tienen rivales en el mundo como mecánicos, y nacen ingenieros como los italianos nacen músicos, y los alemanes, metafísicos. Era, además, natural que aplicasen a la ciencia de la balística su natural ingenio y su característica audacia. Así se explican aquellos cañones gigantescos, mucho menos útiles que las máquinas de coser, pero no menos admirables y mucho más admirados. Conocidas son en este género las maravillas de Parrot, de Dahlgreen y de Rodman. Los Armstrong, los Pallisier y los Treuille de Brencelieu tuvieron que reconocer su inferioridad delante de sus rivales ultramarinos.

Así, pues, durante la terrible lucha entre nordistas y sudistas, los artilleros figuraron en primera línea. Los periódicos de la Unión celebraron con entusiasmo sus inventos, y no hubo ningún hortera, por insignificante que fuese, ni ningún cándido bobalicón que no se devanase día y noche los sesos calculando trayectorias desatinadas.

---

[1] Academia militar de los Estados Unidos.

Y cuando a un americano se le mete una idea en la cabeza, nunca falta otro americano que le ayude a realizarla. Con sólo que sean tres, eligen un presidente y dos secretarios. Si llegan a cuatro, nombran un archivero, y la sociedad funciona. Siendo cinco se convocan en asamblea general, y la Sociedad queda definitivamente constituida. Así sucedió en Baltimore. El primero que inventó un nuevo cañón se asoció con el primero que lo fundió y el primero que lo taladró. Tal fue el núcleo del *Gun-Club* [2].

Un mes después de su formación, se componía de 1.833 miembros efectivos y 30.565 socios correspondientes.

A todo el que quería entrar en la sociedad se le imponía la condición, *sine qua non*, de haber ideado o por lo menos perfeccionado un nuevo cañón, o, a falta de cañón, una arma de fuego cualquiera. Pero fuerza es decir que los inventores de revólveres de quince tiros, de carabinas de repetición o de sables-pistolas no eran muy considerados. En todas las circunstancias los artilleros privaban y merecían la preferencia.

—La predilección que se les concede —dijo un día uno de los oradores más distinguidos del *Gun-Club*— guarda proporción con las dimensiones de su cañón y está en razón directa del cuadrado de las distancias alcanzadas por sus proyectiles.

Fundado el *Gun-Club,* fácil es figurarse lo que produjo en este género el talento inventivo de los americanos. Las máquinas de guerra tomaron proporciones colosales, y los proyectiles, traspasando los límites permitidos, fueron a mutilar horriblemente a más de cuatro inofensivos transeúntes. Todas aquellas invenciones hacían parecer poca cosa los tímidos instrumentos de la artillería europea.

Júzguese por las siguientes cifras:

En otro tiempo, una bala de treinta y seis, a la distancia de 300 pies, atravesaba treinta y seis caballos cogidos de flanco y setenta y ocho hombres. La balística se hallaba en mantillas. Desde entonces los proyectiles han ganado mucho terreno. El cañón Rodman, que arrojaba a siete millas [3] de distancia una bala que pesaba media tonelada, habría fácilmente derribado 150 caballos y 300 hombres. En el *Gun-Club* se trató de hacer la prueba, pero aunque los caballos se sometían a ella, los hombres fueron por desgracia menos complacientes.

Pero sin necesidad de pruebas se puede asegurar que aquellos cañones eran muy mortíferos, y en cada disparo caían combatientes como espigas en un campo que se está segando. Junto a semejantes proyectiles, ¿qué significaba aquella famosa bala que en Ceutras, en 1857, dejó fuera de combate a veinticinco hombres?

¿Qué significaba aquella otra bala que en Zeradoff, en 1758, mató a cuarenta soldados? ¿Qué era en sustancia aquel cañón austríaco de Kesselsdorf, que en 1742 derribaba en cada disparo a setenta enemigos?

---

[2] Cañón Club.

[3] La milla anglosajona equivale a 1.609,31 metros.

¿Quién hace caso de aquellos fuegos sorprendentes de Jena y de Austerlitz que decidían la suerte de la batalla? Cosas mayores se vieron durante la guerra federal. En la batalla de Gettysburg un proyectil cónico disparado por un cañón mató a 173 confederados, y en el paso del Potomac una bala Rodman envió a 115 sudistas a un mundo evidentemente mejor. Debemos también hacer mención de un mortero formidable inventado por J. T. Maston, miembro distinguido y secretario perpetuo del *Gun-Club,* cuyo resultado fue mucho más mortífero, pues en el ensayo mató a 137 personas. Verdad es que reventó.

¿Qué hemos de decir que no lo digan mejor que nosotros, guarismos tan elocuentes? Preciso es admitir sin repugnancia el cálculo siguiente obtenido por el estadista Pitcairn: dividiendo el número de víctimas que hicieron las balas de cañón por el de los miembros del *Gun-Club,* resulta que cada uno de éstos había por término medio costado la vida a 2.375 hombres y una fracción.

Fijándose en semejantes guarismos, es evidente que la única preocupación de aquella sociedad científica fue la destrucción de la humanidad con un objeto filantrópico, y el perfeccionamiento de las armas de guerra consideradas como instrumentos de civilización.

Aquella sociedad era una reunión de ángeles exterminadores, hombres de bien a carta cabal.

Añádase que aquellos yanquis, valientes todos a cual más, no se contentaban con fórmulas, sino que descendían ellos mismos al terreno de la práctica. Había entre ellos oficiales de todas las graduaciones, subtenientes y generales, y militares de todas las edades, algunos recién entrados en la carrera de las armas y otros que habían encallecido en los campamentos. Muchos, cuyos nombres figuraban en el libro de honor del *Gun-Club,* habían quedado en el campo de batalla, y los demás llevaban en su mayor parte señales evidentes de su indiscutible denuedo. Muletas, piernas de palo, brazos artificiales, manos postizas, mandíbulas de goma elástica, cráneos de plata o narices de platino, de todo había en la colección, y el referido Pitcairn calculó igualmente que en el *Gun-Club* no había, a lo sumo, más que un brazo por cada cuatro personas y dos piernas por cada seis.

Pero aquellos intrépidos artilleros no reparaban en semejantes bagatelas y se llenaban justamente de orgullo cuando el parte de una batalla dejaba consignado un número de víctimas diez veces mayor que el de proyectiles gastados.

Un día, sin embargo, triste y lamentable día, los que sobrevivieron a la guerra firmaron la paz; cesaron poco a poco los cañonazos; enmudecieron los morteros; los obuses y los cañones volvieron a los arsenales; las balas se hacinaron en los parques, se borraron los recuerdos sangrientos. Los algodoneros brotaron magníficamente en los campos pródigamente abonados, los vestidos de luto se fueron haciendo viejos a la par del dolor y el *Gun-Club* quedó sumido en una ociosidad profunda.

Algunos apasionados, trabajadores incansables, se entregaban aún a cálculos de balística y no pensaban más que en bombas gigantescas y obuses incomparables. Pero, sin la práctica, ¿de qué sirven las teorías? Los salones estaban desiertos, los criados dormían en las antesalas, los periódicos permanecían encima de las mesas, tristes ronquidos partían de los rincones oscuros y los miembros del *Gun-Club*, tan bulliciosos en otro tiempo, se amodorraban mecidos por la idea de una artillería platónica.

—¡Qué desconsuelo! —dijo un día el bravo Tom Hunter, mientras sus piernas de palo se carbonizaban en la chimenea—. ¡Nada hacemos! ¡Nada esperamos! ¡Qué existencia tan fastidiosa! ¿Qué se hicieron aquellos tiempos en que nos despertaba todas las mañanas el alegre estampido de los cañones?

—Aquellos tiempos pasaron para no volver —respondió Bilsby, procurando estirar los brazos que le faltaban—. ¡Entonces daba gusto! Se inventaba un obús y, apenas estaba fundido, iba el mismo inventor a ensayarlo delante del enemigo y se obtenía en el campamento un aplauso de Sherman o un apretón de manos de Mac Clellan. Pero actualmente los generales han vuelto a su escritorio y en lugar de mortíferas balas de hierro despachan inofensivas balas de algodón. ¡Santa Bárbara bendita! ¡El porvenir de la artillería se ha perdido en América!

—Sí, Bilsby —exclamó el coronel Blomsberry—, hemos sufrido crueles decepciones. Un día abandonamos nuestros hábitos tranquilos, nos ejercitamos en el manejo de las armas, nos trasladamos de Baltimore a los campos de batalla, nos portamos como héroes y dos o tres años después perdemos el fruto de tantas fatigas para condenarnos a una deplorable inercia con las manos metidas en los bolsillos.

Trabajo le hubiera costado al valiente coronel dar una prueba semejante de su ociosidad, y no por falta de bolsillos.

—¡Y ninguna guerra en perspectiva! —dijo entonces el famoso J. T. Maston, rascándose su cráneo de goma elástica—. ¡Ni una nube en el horizonte, cuando tanto hay aún que hacer en la ciencia de la artillería! Yo, que os hablo en este momento, he terminado esta misma mañana un modelo de mortero, con su plano, su corte y su elevación, destinado a modificar profundamente las leyes de la guerra.

—¿De veras? —replicó Tom Hunter, pensando involuntariamente en el último ensayo del respetable J. T. Maston.

—De veras —respondió éste—. Pero, ¿de qué sirven tantos estudios concluidos y tantas dificultades vencidas? Nuestros trabajos son inútiles. Los pueblos del nuevo mundo se han empeñado en vivir en paz y nuestra belicosa *Tribuna*[4] pronostica catástrofes debidas al aumento incesante de las poblaciones.

—Sin embargo, Maston —respondió el coronel Blomsberry—, en Europa siguen batiéndose para sostener el principio de las nacionalidades.

[4] El más fogoso periódico abolicionista de la Unión.

—¿Y qué?

—¡Y qué! Podríamos allí intentar algo, y si se aceptasen nuestros servicios...

—¿Qué osáis proponer? —exclamó Bilsby—. ¡Cultivar la balística en provecho de los extranjeros!

—Es preferible a no hacer nada —respondió el coronel.

—Sin duda —dijo J. T. Maston— es preferible, pero ni siquiera nos queda tan pobre recurso.

—¿Y por qué? —preguntó el coronel.

—Porque en el viejo mundo se profesan sobre los ascensos ideas que contrarían todas nuestras costumbres americanas. Los europeos no comprenden que pueda llegar a ser general en jefe quien no ha sido antes subteniente, lo que equivale a decir que no puede ser buen artillero el que por sí mismo no ha fundido el cañón, lo que me parece...

—¡Absurdo! —replicó Tom Hunter destrozando con su *bowieknife* [5] los brazos de la butaca en que estaba sentado—. Y en el extremo a que han llegado las cosas no nos queda ya más recurso que plantar tabaco y destilar aceite de ballena.

—¡Cómo! —exclamó J. T. Maston con voz atronadora—. ¿No dedicaremos los últimos años de nuestra existencia al perfeccionamiento de las armas de fuego? ¿No ha de presentarse una nueva ocasión de ensayar el alcance de nuestros proyectiles? ¿Nunca más el fogonazo de nuestros cañones iluminará la atmósfera? ¿No sobrevendrá una complicación internacional que nos permita declarar la guerra a alguna potencia transatlántica? ¿No echarán los franceses a pique ni uno solo de nuestros vapores, ni ahorcarán los ingleses, con menosprecio del derecho de gentes, a tres o cuatro de nuestros compatriotas?

—¡No, Maston —respondió el coronel Blomsberry—, no tendremos tanta dicha! ¡No se producirá ni uno solo de los incidentes que tanta falta nos hacen, y aunque se produjesen, no sacaríamos de ellos ningún partido! ¡La susceptibilidad americana va desapareciendo y vegetamos en la molicie!

—¡Sí, nos humillamos! —replicó Bilsby.

—¡Se nos humilla! —respondió Tom Hunter.

—¡Y tanto! —replicó J. T. Maston con mayor vehemencia—. ¡Sobran razones para batirnos y no nos batimos! Se economizan piernas y brazos en provecho de gentes que no saben qué hacer de ellos. Sin ir muy lejos, se encuentra un motivo de guerra. Decid, ¿la América del Norte no perteneció en otro tiempo a los ingleses?

—Sin duda —respondió Tom Hunter, dejando con rabia quemarse en la chimenea el extremo de su muleta.

—¡Pues bien! —repuso J. T. Maston—. ¿Por qué Inglaterra, a su vez, no ha de pertenecer a los americanos?

—Sería muy justo —respondió el coronel Blomsberry.

[5] Cuchillo de bolsillo, de ancha hoja.

—Id con vuestra proposición al presidente de los Estados Unidos —exclamó J. T. Maston— y veréis cómo la acoge.

—La acogerá mal —murmuró Bilsby entre los cuatro dientes que había salvado de la batalla.

—No seré yo —exclamó J. T. Maston— quien le dé el voto en las próximas elecciones.

—Ni yo —exclamaron de acuerdo todos aquellos belicosos inválidos.

—Entre tanto, y para concluir —repuso J. T. Maston—, si no se me proporciona ocasión de ensayar mi nuevo mortero sobre un verdadero campo de batalla, presentaré mi dimisión de miembro del *Gun-Club* y me sepultaré en las soledades de Arkansas.

—Donde os seguiremos todos —respondieron los interlocutores del audaz J. T. Maston.

Tal era el estado de cosas. La exasperación de los ánimos iba en progresivo aumento, y el Club se hallaba amenazado de una próxima disolución, cuando sobrevino un acontecimiento inesperado que impidió tan sensible catástrofe.

Al día siguiente de la acalorada conversación de que acabamos de dar cuenta, todos los miembros de la sociedad recibieron una circular concebida en los siguientes términos:

«Baltimore, 3 de octubre.

El presidente del *Gun-Club* tiene la honra de prevenir a sus colegas que en la sesión del 5 del corriente les dirigirá una comunicación de la mayor importancia, por lo que les suplica que, cualesquiera que sean sus ocupaciones, acudan a la cita que les da por la presente.

Su afectísimo colega,
Impey Barbicane, P.G.G.»

CAPÍTULO II

COMUNICACIÓN DEL PRESIDENTE BARBICANE

El 5 de octubre, a las ocho de la noche, una multitud compacta se apiñaba en los salones del *Gun-Club,* 21, Union Square. Todos los miembros de la sociedad residentes en Baltimore habían acudido a la cita de su presidente.

En cuanto a los socios correspondientes, los trenes los depositaban a centenares en las estaciones de la ciudad, sin que por mucha que fuese la capacidad del salón de sesiones, cupiesen en ella todos. Así es que aquel concurso de sabios refluía en las salas próximas, en los corredores y hasta en los vestíbulos exteriores, donde se condensaba un gentío inmenso que deseaba con ansia conocer la importante comunicación del presidente Barbicane. Los unos empujaban a los otros, y mutuamente se atropellaban y aplastaban con esa libertad de acción característica de los pueblos educados en las ideas democráticas.

Un extranjero que se hubiese hallado aquella noche en Baltimore no hubiera conseguido a fuerza de oro penetrar en el gran salón, exclusivamente reservado a los miembros residentes o correspondientes, sin que nadie más pudiera ocupar en él puesto alguno; así es que los notables de la ciudad, los magistrados del consejo y la gente selecta habían tenido que mezclarse con la turba de sus administrados para coger al vuelo las noticias del interior.

La inmensa sala ofrecía a las miradas un curioso espectáculo. Aquel vasto local estaba maravillosamente adecuado a su destino. Altas columnas, formadas de cañones sobrepuestos que tenían por pedestal grandes morteros, sostenían la esbelta armazón de la bóveda, verdadero encaje de hierro fundido admirablemente recortado. Panoplias de trabucos, retacos, arcabuces, carabinas y de todas las armas de fuego antiguas y modernas cubrían las paredes entrelazándose de una manera pintoresca. La llama del gas brotaba profusamente de un millar de revólveres dispuestos en forma de lámparas, completando tan espléndido alumbrado arañas de pistolas y candelabros formados de fusiles artísticamente reunidos. Los modelos de cañones, las muestras de bronce, los blancos acribillados a balazos, las

planchas destruidas por el choque de las balas del *Gun-Club,* el surtido de baquetones y escobillones, los rosarios de bombas, los collares de proyectiles, las guirnaldas de granadas, en una palabra, todos los útiles del artillero fascinaban por su asombrosa disposición y hacían presumir que su verdadero destino era más decorativo que mortífero.

En el puesto de preferencia, detrás de una espléndida vidriera, se veía un pedazo de recámara rota y torcida por el efecto de la pólvora, preciosa reliquia del cañón de J. T. Maston.

El presidente, con dos secretarios a cada lado, ocupaba en uno de los extremos del salón un ancho espacio entarimado. Su sillón, levantado sobre una cureña laboriosamente tallada, afectaba en su conjunto las robustas formas de un mortero de treinta y dos pulgadas, apuntando en ángulo de 90°, y estaba suspendido de dos quicios que permitían al presidente columpiarse como en una mecedora, que tan cómoda es en verano para dormir la siesta. Sobre la mesa, que era una gran plancha de hierro sostenida por seis obuses, se veía un tintero de exquisito gusto, hecho de una bala de cañón admirablemente cincelada, y un timbre que se disparaba estrepitosamente como un revólver. Durante las discusiones acaloradas, esta campanilla de nuevo género bastaba apenas a dominar la voz de aquella legión de artilleros sobreexcitados.

Delante de la mesa presidencial, los bancos, colocados de modo que formaban eses como las circunvalaciones de una trinchera, constituían una serie de parapetos del *Gun-Club, y* bien puede decirse que aquella noche había gente hasta en las trincheras. El presidente era bastante conocido para que nadie pudiese ignorar que no hubiera molestado a sus colegas sin un motivo sumamente grave.

Impey Barbicane era un hombre de unos cuarenta años, sereno, frío, austero, de un carácter esencialmente formal y reconcentrado; exacto como un cronómetro, de un temperamento a toda prueba y de una resolución inquebrantable. Poco caballeresco, aunque aventurero, siempre resuelto a trasladar del campo de la especulación al de la práctica las más temerarias empresas, era el hombre por excelencia de la Nueva Inglaterra, el nordista colonizador, el descendiente de aquellas Cabezas Redondas tan funestas a los Estuardos y el implacable enemigo de los aristócratas del Sur, de los antiguos caballeros de la madre patria. Barbicane, en una palabra, era lo que podría calificarse como un yanqui completo.

Había hecho, comerciando con maderas, una fortuna considerable. Nombrado director de artillería durante la guerra, se manifestó fecundo en invenciones, audaz en ideas y contribuyó poderosamente a los progresos del arma, dando a las investigaciones experimentales un incomparable desarrollo.

Era un personaje de mediana estatura, que por una rara excepción en el *Gun-Club,* tenía ilesos todos los miembros. Sus facciones, acentuadas, parecían trazadas con carbón y tiralíneas, y si es cierto que para adivinar los instintos de un hombre se le debe mirar de perfil,

Barbicane, mirado así, ofrecía los más seguros indicios de energía, audacia y sangre fría.

En aquel momento permanecía inmóvil en su sillón, mudo, meditabundo, con una mirada honda, medio tapada la cara por un enorme sombrero, cilindro de seda negra que parece hecho a propósito exclusivamente para los cráneos americanos.

A su alrededor, sus colegas conversaban estrepitosamente sin distraerle. Se interrogaban, recorrían el campo de las suposiciones, examinaban a su presidente y procuraban, aunque en vano, despejar la incógnita de su imperturbable fisonomía.

Al dar las ocho en el reloj fulminante del gran salón, Barbicane, como impelido por un resorte, se levantó de pronto. Reinó un silencio general, y el orador, con bastante énfasis, tomó la palabra en los siguientes términos:

—Denodados colegas: mucho tiempo ha transcurrido ya desde que una paz infecunda condenó a los miembros del *Gun-Club* a una ociosidad lamentable. Después de un período de algunos años, tan lleno de incidentes, tuvimos que abandonar nuestros trabajos y detenernos en la senda del progreso. Lo proclamo sin miedo y en voz alta: toda guerra que nos obligase a empuñar de nuevo las armas sería acogida con un entusiasmo frenético.

—¡Sí, la guerra! —exclamó el impetuoso J. T. Maston.

—¡Atención! —gritaron por todos lados.

—Pero la guerra —dijo Barbicane— es imposible en las actuales circunstancias, y aunque otra cosa desee mi distinguido colega, muchos años pasarán aún antes de que nuestros cañones vuelvan al campo de batalla. Es, pues, preciso tomar una resolución y buscar en otro orden de ideas una salida al afán de actividad que nos devora.

La asamblea redobló su atención, comprendiendo que su presidente iba a abordar el punto delicado.

—Hace algunos meses, ilustres colegas —prosiguió Barbicane—, que me pregunté si, sin separarnos de nuestra especialidad, podríamos acometer alguna grande empresa digna del siglo XIX, y si los progresos de la balística nos permitirán salir airosos de nuestro empeño. He, pues, buscado, trabajado, calculado y ha resultado de mis estudios la convicción de que el éxito coronará nuestros esfuerzos, encaminados a la realización de un plan que en cualquier otro país sería imposible. Este proyecto, prolijamente elaborado, va a ser el objeto de mi comunicación. Es un proyecto digno de vosotros, digno del pasado del *Gun-Club*, y que producirá necesariamente mucho ruido en el mundo.

—¿Mucho ruido? —preguntó un artillero apasionado.

—Mucho ruido en la verdadera acepción de la palabra —respondió Barbicane.

—¡No interrumpáis! —repitieron al unísono muchas voces.

—Os suplico, pues, dignos colegas —repuso el presidente—, que me otorguéis toda vuestra atención.

Un estremecimiento circuló por la asamblea. Barbicane, sujetando con un movimiento rápido su sombrero en su cabeza, continuó su discurso con voz tranquila.

—No hay ninguno entre vosotros, beneméritos colegas, que no haya visto la Luna, o que, por lo menos, no haya oído hablar de ella. No os asombréis si vengo aquí a hablaros del astro de la noche. Acaso nos esté reservada la gloria de ser los colonos de ese mundo desconocido. Comprendedme, apoyadme con todo vuestro poder y os conduciré a su conquista, y su nombre se unirá a los de los treinta y seis Estados que forman este gran país de la Unión[1].

—¡Viva la Luna! —exclamó el *Gun-Club* confundiendo en una sola todas sus voces.

—Mucho se ha estudiado la Luna —repuso Barbicane—; su masa, su densidad, su peso, su volumen, su constitución, sus movimientos, su distancia, el papel que en el mundo solar representa están perfectamente determinados; se han formado mapas selenográficos con una perfección igual y tal vez superior a la de las cartas terrestres, habiendo la fotografía sacado de nuestro satélite pruebas de una belleza incomparable. En una palabra, se sabe de la Luna todo lo que las ciencias matemáticas, la astronomía, la geología y la óptica pueden saber; pero hasta ahora no se ha establecido comunicación directa con ella.

Un vivo movimiento de interés y de sorpresa acogió esta frase del orador.

—Permitidme —prosiguió— recordaros, en pocas palabras, de qué manera ciertas cabezas calientes, embarcándose para viajes imaginarios, pretendieron haber penetrado los secretos de nuestro satélite. En el siglo XVII, un tal David Fabricius se vanaglorió de haber visto con sus propios ojos habitantes en la Luna. En 1649, un francés llamado Jean Baudoin, publicó el *Viaje hecho al mundo de la Luna por Domingo González, aventurero español.* En la misma época, Cyrano de Bergerac publicó la célebre expedición que tanto éxito obtuvo en Francia. Más adelante, otro francés (los franceses se ocupan mucho de la Luna), llamado Fontenelle, escribió la *Pluralidad de los mundos,* obra maestra en su tiempo, pero la ciencia avanzando destruye hasta las obras maestras. Hacia 1835, un opúsculo traducido del *New York American* nos dijo que sir John Herschell, enviado al cabo de Buena Esperanza para ciertos estudios astronómicos, consiguió, empleando al efecto un telescopio perfeccionado por una iluminación interior, acercar la Luna a una distancia de ochenta yardas[2]. Entonces percibió distintamente cavernas en que vivían hipopótamos, verdes montañas veteadas de oro, carneros con cuernos de marfil, corzos blancos y habitantes

[1] Número de los que entonces formaban los Estados Unidos de América del Norte.

[2] La yarda equivale a 0,91 metros

con alas membranosas como las del murciélago. Aquel folleto, obra de un americano llamado Locke, alcanzó un éxito prodigioso. Pero luego se reconoció que todo era una supercherÍa de la que fueron los franceses los primeros en reírse.

—¡Reírse de un americano! —exclamó J. T. Maston—. ¡He aquí un *casus belli!*

—Tranquilizaos, mi digno amigo; los franceses, antes de reírse de nuestro compatriota, cayeron en el lazo que él les tendió haciéndoles comulgar con ruedas de molino. Para terminar esta rápida historia, añadiré que un tal Hans Pfaal, de Rotterdam, ascendiendo en un globo lleno de un gas extraído del ázoe, treinta y siete veces más ligero que el hidrógeno, alcanzó la Luna después de un viaje aéreo de diecinueve días. Aquel viaje, lo mismo que las precedentes tentativas, era simplemente imaginario y fue obra de un escritor popular de América, de un ingenio extraño y contemplativo, de Edgard Poe.

—¡Viva Edgard Poe! —exclamó la asamblea, electrizada por las palabras de su presidente.

—Nada más digo —repuso Barbicane— de esas tentativas que llamaré puramente literarias, de todo punto insuficientes para establecer relaciones formales con el astro de la noche. Debo, sin embargo, añadir que algunos caracteres prácticos trataron de ponerse en comunicación con él, y así es que, años atrás, un geómetra alemán propuso enviar una comisión de sabios a los páramos de Siberia. Allí, en aquellas vastas llanuras, se debían trazar inmensas figuras geométricas, dibujadas por medio de reflectores luminosos, entre otras el cuadrado de la hipotenusa, llamado vulgarmente en Francia el *puente de los asnos.* "Todo ser inteligente —decía el geómetra— debe comprender el destino científico de esta figura. Los selenitas, si existen, responderán con un figura semejante, y una vez establecida la comunicación, fácil será crear un alfabeto que permita conversar con los habitantes de la Luna." Así hablaba el geómetra alemán, pero no se ejecutó su proyecto, y hasta ahora no existe lazo alguno directo entre la Tierra y su satélite. Pero está reservado al genio práctico de los americanos ponerse en relación con el mundo sideral. El medio de llegar a tan importante resultado es sencillo, fácil, seguro, infalible y va a ser el objeto de mi proposición.

Una gran runrún, una tempestad de exclamaciones acogió estas palabras. No hubo entre los asistentes uno solo que no se sintiera dominado, arrastrado, arrebatado por las palabras del orador.

—¡Atención! ¡Atención! ¡Silencio! —gritaron por todas partes.

Calmada la agitación, Barbicane prosiguió con una voz más grave su interrumpido discurso.

—Ya sabéis —dijo— cuántos progresos ha hecho la balística de algunos años a esta parte y a qué grado de perfección hubieran llegado las armas de fuego, si la guerra hubiese continuado. No ignoráis tampoco que, de una manera general, la fuerza de resistencia de los cañones y el poder

expansivo de la pólvora son ilimitados. Pues bien, partiendo de este principio, me he preguntado a mí mismo si, por medio de un aparato suficiente, establecido en condiciones determinadas de resistencia, sería posible enviar una bala a la Luna.

A estas palabras, un grito de asombro se escapó de mil pechos anhelantes y hubo luego un momento de silencio, parecido a la profunda calma que precede a las grandes tronadas. Y en efecto, hubo tronada, pero una tronada de aplausos, de gritos, de clamores que hicieron retemblar el salón de sesiones. El presidente quería hablar y no podía. No consiguió hacerse oír hasta pasados diez minutos.

—Dejadme concluir —repuso tranquilamente—. He examinado la cuestión bajo todos sus aspectos, la he abordado resueltamente y de mis cálculos indiscutibles resulta que todo proyectil dotado de una velocidad inicial de doce mil yardas[1] por segundo, y dirigido hacia la Luna, llegará necesariamente a ella. Tengo, pues, distinguidos y bravos colegas, el honor de proponeros que intentemos este pequeño experimento.

[1] Unos 10.000 metros.

CAPÍTULO III

EFECTOS DE LA COMUNICACIÓN DE BARBICANE

Es imposible describir el efecto producido por las últimas palabras del ilustre presidente. ¡Qué gritos! ¡Qué vociferaciones! ¡Qué sucesión de vítores, de hurras, de *¡hip, hip!* y de todas las onomatopeyas con que el entusiasmo condimenta la lengua americana! Aquello era un desorden, una barahúnda indescriptible. Las bocas gritaban, las manos palmoteaban, los pies sacudían el entarimado de los salones. Todas las armas de aquel museo de artillería, disparadas a las vez, no hubieran agitado con más violencia las ondas sonoras. No es extraño. Hay artilleros casi tan retumbantes como sus cañones.

Barbicane permanecía tranquilo en medio de aquellos clamores entusiastas. Sin duda quería dirigir aún algunas palabras a sus colegas, pues sus gestos reclamaron silencio y su timbre fulminante se extenuó a fuerza de detonaciones. Ni siquiera se oyó. Luego le arrancaron de su asiento, le llevaron en triunfo y pasó de las manos de sus fieles camaradas a los brazos de una muchedumbre no menos enardecida.

No hay nada que asombre a un americano. Se ha repetido con frecuencia que la palabra *imposible* no es francesa: los que tal han dicho han tomado un diccionario por otro. En América todo es fácil, todo es sencillo, y en cuanto a dificultades mecánicas, todas mueren antes de nacer. Entre el proyecto de Barbicane y su realización, no podía haber un verdadero yanqui que se permitiese entrever la apariencia de una dificultad. Cosa dicha, cosa hecha.

El paseo triunfal del presidente se prolongó hasta muy entrada la noche. Fue una verdadera marcha a la luz de innumerables antorchas. Irlandeses, alemanes, franceses, escoceses, todos los individuos heterogéneos de que se compone la población de Maryland gritaban en su lengua materna, y los vítores, los hurras y los bravos se mezclaban en un confuso e inenarrable estrépito.

Precisamente la Luna, como si hubiese comprendido que era de ella de quien se trataba, brillaba entonces con serena magnificencia, eclipsando con su intensa irradiación las luces circundantes. Todos los yanquis diri-

gían sus miradas a su centelleante disco. Algunos la saludaron con la mano, otros la llamaban con los dictados más halagüeños; éstos la medían con la mirada, aquéllos la amenazaban con el puño, y en las cuatro horas que median entre las ocho y las doce de la noche, un óptico de Jones Fall labró su fortuna vendiendo anteojos. El astro de la noche era mirado con tanta avidez como una hermosa ladi de alto copete. Los americanos hablaban de él como si fuesen sus propietarios. Hubiérase dicho que la casta Diana pertenecía ya a aquellos audaces conquistadores y formaba parte del territorio de la Unión. Y sin embargo, no se trataba más que de enviarle un proyectil, manera bastante brutal de entrar en relaciones, aunque sea con un satélite, pero muy en boga en las naciones civilizadas.

Acababan de dar las doce y el entusiasmo no se apagaba. Seguía siendo igual en todas las clases de la población; el magistrado, el sabio, el hombre de negocios, el mercader, el mozo de cuerda, las personas inteligentes y las gentes incultas se sentían heridas en la fibra más delicada. Tratábase de una empresa nacional. La ciudad alta, la ciudad baja, los muelles bañados por las aguas del Patapsco, los buques anclados no podían contener la multitud, ebria de alegría, y también de gin y de whisky. Todos hablaban, peroraban, discutían, aprobaban, aplaudían, lo mismo los ricos arrellanados muellemente en el sofá de los *barroms*[1] delante de su sopa de *sherry cobbler*[2], que el *waterman*[3] que se emborrachaba con el *quebrantapechos*[4] en las tenebrosas tabernas del Fells Point.

Sin embargo, a cosa de las dos la conmoción se calmó. El presidente Barbicane pudo volver a su casa, estropeado, quebrantado, molido. Un hércules no hubiera resistido un entusiasmo semejante. La multitud abandonó poco a poco plazas y calles. Los cuatro trenes de Ohio, de Susquehanna, de Filadelfia y de Washington, que convergen en Baltimore, arrojaron al público heterogéneo a los cuatro puntos cardinales de los Estados Unidos y la ciudad adquirió una tranquilidad relativa.

Se equivocaría el que creyese que durante aquella memorable noche quedó la agitación circunscrita dentro de Baltimore. Las grandes ciudades de la Unión, Nueva York, Boston, Albany, Washington, Richmond, Crescent City[5], Charleston, Mobile, desde Tejas a Massachussetts, desde Michigan a Florida, participaron todas del delirio. Los treinta mil socios correspondientes de *Gun-Club* conocían la carta de su presidente y aguardaban con igual impaciencia la famosa comunicación del 5 de octubre. Aquella misma noche, las palabras del orador, a medida que salían de sus labios, corrían por los hilos telegráficos que atraviesan en todos sentidos los Estados de la Unión, con una velocidad de 248.447 millas por segundo.

[1] Locales semejantes a los cafés.

[2] Mezcla de ron, zumo de naranja, azúcar, canela y nuez moscada. Esta bebida, de color amarillo, se sorbe por medio de un tubito de vidrio.

[3] Marinero.

[4] Sobrenombre de Nueva Orleans. Bebida muy fuerte, que suele tomar el vulgo.

[5] Sobrenombre de Nueva Orleans.

Podemos, pues, decir con una exactitud absoluta, que los Estados Unidos de América, diez veces mayores que Francia, lanzaron en el mismo instante un solo hurra y que veinticinco millones de corazones, henchidos de orgullo, palpitaron con un solo latido.

Al día siguiente, mil quinientos periódicos diarios, hebdomadarios, bimensuales o mensuales, se apoderaron de la cuestión y la examinaron bajo sus diferentes aspectos físicos, meteorológicos, económicos y morales, y hasta bajo el punto de vista de la preponderancia política y de su influencia civilizadora. Algunos se preguntaron si la Luna era un mundo extinguido y si no experimentaría ya ninguna transformación. ¿Se parecía a la Tierra durante los tiempos en que no había aún atmósfera? ¿Qué espectáculo presentaría al hacerse visible la faz que desconoce el esferoide terrestre?

Aunque no se tratara más que de enviar una bala al astro de la noche, todos veían en este hecho el punto de partida de una serie de experimentos; todos esperaban que América penetraría los últimos secretos de aquel disco misterioso, y algunos hablaban ya de las sensibles perturbaciones que acarrearía su conquista al equilibrio europeo.

Discutido el proyecto, no hubo un solo periódico que pusiese su realización en duda. Las colecciones, los folletos, las gacetas, los boletines publicados por las sociedades científicas, literarias o religiosas hicieron resaltar sus ventajas, y la Sociedad de Historia Natural de Boston, la Sociedad Americana de Ciencias y Artes de Albany, la Sociedad de Geografía y Estadística de Nueva York, la Sociedad Filosófica Americana de Filadelfia y el Instituto Sunthosontana de Washington enviaron mil cartas de felicitación al *Gun-Club,* con ofrecimientos inmediatos de apoyo y dinero.

Nunca proposición alguna había obtenido tan numerosas adhesiones. No hubo ninguna inquietud, ninguna vacilación, ninguna duda. En cuanto a las chanzonetas, a las caricaturas, a las canciones burlescas que hubieran acogido en Europa, y particularmente en Francia, la idea de enviar un proyectil a la Luna, hubiera desacreditado al que las hubiese permitido, y todos los *life preservers*[6] del mundo hubieran sido impotentes para librarse de la indignación general. Hay cosas de las que nadie suele reírse en el Nuevo Mundo.

Impey Barbicane fue desde aquel día uno de los más grandes ciudadanos de los Estados Unidos, algo como si dijéramos el Washington de la ciencia, y un rasgo de los muchos que pudiéramos citar, bastará para demostrar a qué extremo llegó la idolatría que a todo un pueblo merecía un hombre.

Algunos días después de la famosa sesión del *Gun-Club,* el director de una compañía inglesa de cómicos anunció en el teatro de Baltimore la representación de *Much ado about nothing*[7]. Pero la población de la ciu-

[6] Arma de bolsillo que se compone de una ballena flexible y una bala de metal.

[7] *Mucho ruido para nada,* comedia de Shakespeare.

dad, viendo en este título una alusión malévola a los proyectos del presidente Barbicane, invadió el teatro, hizo pedazos los asientos y obligó a variar su cartel al desgraciado director, el cual, hombre sagaz, inclinándose ante la voluntad pública, reemplazó la malhadada comedia por la titulada *As you tithe it*[8], que durante muchas semanas le valió un lleno completo.

---

[8] *Como gustéis,* obra del mismo autor.

CAPÍTULO IV

RESPUESTA DEL OBSERVATORIO DE CAMBRIDGE

Sin embargo, Barbicane no perdió un solo instante en medio de las ovaciones de que era objeto. Lo primero que hizo fue reunir a sus colegas en el salón de conferencias del *Gun-Club,* donde después de una concienzuda discusión, se convino en consultar a los astrónomos sobre la parte astronómica de la empresa. Conocida la respuesta, se debían discutir los medios mecánicos, no descuidando ni lo más insignificante para asegurar el buen éxito de tan gran experimento.

Se redactó, pues, y se dirigió al Observatorio de Cambridge, en Massachusetts, una nota muy precisa que contenía preguntas especiales. La ciudad de Cambridge, donde se fundó la primera Universidad de los Estados Unidos, es justamente célebre por su observatorio astronómico. Allí se encuentran reunidos sabios del mayor mérito y allí funciona el poderoso anteojo que permitió a Bond resolver en estrellas las nebulosa de Andrómeda y a Clarke descubrir el satélite de Sirio. Aquel establecimiento célebre tenía, por consiguiente, adquiridos muchos títulos honrosos que justificaban la consulta del *Gun-Club.*

Dos días después, la respuesta, tan impacientemente esperada, llegó a manos del presidente Barbicane. Estaba concebida en los siguientes términos:

«El director del Observatorio de Cambridge al presidente del Gun-Club en Baltimore

Cambridge, 7 de octubre

Al recibir vuestra carta del 6 del corriente, dirigida al Observatorio de Cambridge en nombre de los miembros del *Gun-Club* de Baltimore, nuestra junta directiva se ha reunido en el acto y ha resuelto responder lo que sigue:

Las preguntas que se le dirigen son:

1.ª ¿Es posible enviar un proyectil a la Luna?

2.ª ¿Cuál es la distancia exacta que separa a la Tierra de su satélite?

3.ª ¿Cuál será la duración del viaje del proyectil, dándole una velocidad inicial suficiente y, por consiguiente, en qué momento preciso deberá dispararse para que encuentre la Luna en un punto determinado?

4.ª ¿En qué momento preciso se presentará la Luna en la posición más favorable para que el proyectil la alcance?

5.ª ¿A qué punto del cielo se deberá apuntar el cañón destinado a lanzar el proyectil?

6.ª ¿Qué sitio ocupará la Luna en el cielo en el momento de disparar el proyectil?

Respuesta a la primera pregunta: ¿Es posible enviar un proyectil a la Luna?

Sí, es posible enviar un proyectil a la Luna, si se llega a dar a este proyectil una velocidad inicial de doce mil yardas por segundo. El cálculo demuestra que esta velocidad es suficiente. A medida que se aleja de la Tierra, la acción del peso disminuirá en razón inversa del cuadrado de las distancias, es decir, que para una distancia tres veces mayor esta acción será nueve veces menor. En consecuencia, el peso de la bala disminuirá rápidamente y se anulará completamente en el momento de quedar equilibrada la atracción de la Luna con la de la Tierra, es decir, a los 47/58 del trayecto. En aquel momento el proyectil no tendrá peso alguno y, si salva aquel punto, caerá sobre la Luna por el solo efecto de la atracción lunar. La posibilidad teórica del experimento queda, pues, absolutamente demostrada, dependiendo únicamente su éxito de la potencia de la máquina empleada.

Respuesta a la segunda pregunta: ¿Cuál es la distancia exacta que separa la Tierra de su satélite?

La Luna no describe alrededor de la Tierra una circunferencia, sino una elipse, de la cual nuestro globo ocupa uno de los focos, y por consiguiente la Luna se encuentra a veces más cerca y a veces más lejos de la Tierra, o, hablando en términos técnicos, a veces en su apogeo y a veces en su perigeo. La diferencia en el espacio entre su mayor y menor distancia es bastante considerable para que se le deba tener en cuenta. La Luna en su apogeo se halla a 247.552 millas (99.640 leguas de 4 kilómetros), y en su perigeo, a 218.895 millas (88.010 leguas), lo que da una diferencia de 28.657 millas (11.630 leguas), que son más de una novena parte del trayecto que el proyectil ha de recorrer. La distancia perigea de la Luna, es, pues, la que debe servir de base a los cálculos.

Respuesta a la tercera pregunta: ¿Cuál será la duración del viaje del proyectil, dándole una velocidad inicial suficiente y, por consiguiente, en qué momento preciso se deberá disparar para que encuentre la Luna en un punto determinado?

Si la bala conservase indefinidamente la velocidad inicial de doce mil yardas por segundo que le hubiesen dado al partir, no tardaría más que unas nueve horas en llegar a su destino; pero como esta velocidad inicial va

continuamente disminuyendo, resulta, por un cálculo riguroso, que el proyectil tardará trescientos mil segundos, o sea, ochenta y tres horas y veinte minutos en alcanzar el punto en que se hallen equilibradas las atracciones terrestre y lunar, y desde dicho punto caerá sobre la Luna en cincuenta mil segundos, o sea trece horas, cincuenta y tres minutos y veinte segundos. Convendrá, pues, dispararlo noventa y siete horas, trece minutos y veinte segundos antes de la llegada de la Luna al punto a que se haya dirigido la puntería.

Respuesta a la cuarta pregunta: ¿En qué momento preciso se presentará la Luna en la posición más favorable para que el proyectil la alcance?

Después de lo que se ha dicho, es evidente que debe escogerse la época en que se halle la Luna en su perigeo y, al mismo tiempo, el momento en que pase por el cenit, lo que disminuirá el trayecto en una distancia igual al radio terrestre, o sea, 3.919 millas, de suerte que el trayecto definitivo será de 214.966 millas (86.410 leguas). Pero si bien la Luna pasa todos los meses por su perigeo, no siempre en aquel momento se encuentra en su cenit. No se presenta en estas dos condiciones sino a muy largos intervalos. Será, pues, preciso aguardar la coincidencia del paso al perigeo y al cenit. Por una feliz circunstancia, el 4 de diciembre del año próximo la Luna ofrecerá estas dos condiciones: a las doce de la noche se hallará en su perigeo, es decir, a la menor distancia de la Tierra, y, al mismo tiempo, pasará por el cenit.

Respuesta a la quinta pregunta: ¿A qué punto del cielo deberá apuntarse el cañón destinado a disparar el proyectil?

Admitidas las precedentes observaciones, el cañón deberá apuntarse al cenit[1] del lugar en que se haga el experimento, de suerte que el tiro sea perpendicular al plano del horizonte, y así el proyectil se librará más pronto de los efectos de la atracción terrestre. Pero para que la Luna suba al cenit de un sitio, preciso es que la latitud de este sitio no sea más alta que la declinación del astro, o, en otros términos, que el sitio no se halle comprendido entre 0° y 28° de latitud Norte o Sur[2]. En cualquier otro punto, el tiro tendría que ser necesariamente oblicuo, lo que contraría el buen resultado del experimento.

Respuesta a la sexta pregunta: ¿Qué sitio ocupará la Luna en el cielo en el momento de partir el proyectil?

En el acto de lanzar la bala al espacio, la Luna, que avanza diariamente 13° 10' y 35", deberá encontrarse alejada del punto cenital cuatro veces esta distancia, o sea, 52° 42' y 20", espacio que corresponde al camino que ella hará mientras dure el avance del proyectil. Pero como es preciso tener también en cuenta el desvío que hará sufrir a la bala el movimiento de rotación

[1] El cenit es el punto del cielo situado verticalmente sobre la cabeza del observador.

[2] No hay, en efecto, más que las regiones del globo comprendidas entre el Ecuador y los paralelos 28 en que la elevación de la Luna llega al cenit. Más allá de 28 grados, la Luna se acerca tanto menos al cenit cuanto más avanza hacia los polos.

de la Tierra, y como la bala no llegará a la Luna sino después de haber sufrido una desviación igual a dieciséis radios terrestres, los cuales, contados en la órbita de la Luna, son unos 11°, se deben éstos añadir a los que expresan el retraso de la Luna, ya mencionado, o sea, 64°. Así, pues, en el momento del tiro, el rayo visual dirigido a la Luna formará con la vertical del sitio del experimento un ángulo de 64.

Tales son las respuestas que da el Observatorio de Cambridge a las preguntas de los miembros del *Gun-Club*.

En resumen:

1.ª El cañón deberá colocarse en un país situado entre 0° y 28° de latitud Norte o Sur.

2.ª Deberá apuntarse al cenit del sitio del experimento.

3.ª El proyectil deberá estar dotado de una velocidad inicial de 12.000 yardas por segundo.

4.ª Deberá dispararse el 1.º de diciembre del año próximo a las once horas menos tres minutos y veinte segundos.

5.ª Encontrará la Luna cuatro días después de su partida, el 4 de diciembre, a las doce de la noche en punto, en el momento de pasar por el cenit.

Los miembros del *Gun-Club* deben, por tanto, emprender sin pérdida de tiempo los trabajos que requiere su empresa y hallarse prontos a obrar en el momento determinado, pues, si dejan pasar el 4 de diciembre, no hallarán la Luna en las mismas condiciones del perigeo y de cenit hasta que hayan transcurrido dieciocho años y once días.

La junta directiva del Observatorio de Cambridge se pone enteramente a disposición del *Gun-Club* para las cuestiones de astronomía teórica y une por la presente sus felicitaciones a las de la América entera.

Por la junta:
J. M. BELFAST
Director del Observatorio de Cambridge.»

CAPÍTULO V

LA NOVELA DE LA LUNA

Un observador dotado de una vista infinitamente penetrante y colocado en este centro desconocido a cuyo alrededor gravita el mundo, había visto en la época caótica del universo miríadas de átomos que poblaban el espacio. Pero poco a poco, pasando siglos y siglos, se produjo una variación manifestándose una ley de atracción, a la cual subordinaron los átomos hasta entonces errantes. Aquellos átomos se combinaron químicamente según sus afinidades, se hicieron moléculas y formaron esas acumulaciones nebulosas de que están sembradas las profundidades del cielo.

Animó luego aquellas acumulaciones un movimiento de rotación alrededor de su punto central. Aquel centro, formado de moléculas vagas, empezó a girar alrededor de sí mismo, condensándose progresivamente. Además, siguiendo leyes de mecánica inmutables, a medida que por la condensación disminuía su volumen, su movimiento de rotación se aceleró, de lo que resultó una estrella principal, centro de las acumulaciones nebulosas.

Mirando atentamente, el observador hubiera visto entonces las demás moléculas de la acumulación conducirse como la estrella central, condensarse de la misma manera por un movimiento de rotación bajo forma de innumerables estrellas. La nebulosa estaba formada. Los astrónomos cuentan actualmente cerca de 5.000 nebulosas.

Hay una entre ellas que los hombres han llamado la *Vía Láctea,* la cual contiene dieciocho millones de estrellas, siendo cada estrella el centro de un mundo solar.

Si el observador hubiese entonces examinado especialmente entre aquellos dieciocho millones de astros, uno de los más modestos y menos brillantes[1], una estrella de cuarto orden, la que llamamos orgullosamente el Sol, todos los fenómenos a que se debe la formación del universo se hubieran realizado sucesivamente a su vista.

Hubiera visto al Sol, en estado gaseoso aún y compuesto de moléculas movibles, girando alrededor de su eje para consumar su trabajo de concen-

[1] El diámetro de Sirio, según Wollaston, es doce veces mayor que el del Sol.

tración. Este movimiento, sometido a las leyes de la mecánica, se hubiese acelerado con la disminución de volumen, llegando un momento en que la fuerza centrífuga prevaleciese sobre la centrípeta, que tiende a impeler las moléculas hacia el centro.

Entonces, a la vista del observador se habría presentado otro fenómeno. Las moléculas situadas en el plano del ecuador, escapándose como la piedra de una honda que se rompe súbitamente, habrían ido a formar alrededor del Sol varios anillos concéntricos semejantes a los de Saturno. Aquellos anillos de materia cósmica, dotados a su vez de un movimiento de rotación alrededor de la masa central, se habrían roto y descompuesto en nebulosidades secundarias, es decir, en planetas.

Si el observador hubiese entonces concentrado en estos planetas toda su atención, les habría visto conducirse exactamente como el Sol y dar nacimiento a uno o más anillos cósmicos, origen de esos astros de orden inferior que se llaman satélites.

Así, pues, subiendo del átomo a la molécula, de la molécula a la acumulación, de la acumulación a la nebulosa, de la nebulosa a la estrella principal, de la estrella principal al Sol, del Sol al planeta y del planeta al satélite, tenemos toda la serie de las transformaciones experimentadas por los cuerpos celestes desde los primeros días del mundo.

El Sol parece perdido en las inmensidades del mundo estelar y, sin embargo, según las teorías que actualmente privan en la ciencia, se había subordinado a la nebulosa de la Vía Láctea. Centro de un mundo, aunque tan pequeño parece en medio de las regiones etéreas, es, sin embargo, enorme, pues su volumen es un millón cuatrocientas mil veces mayor que el de la Tierra. A su alrededor gravitan ocho planetas, salidos de sus entrañas mismas en los primeros tiempos de la Creación. Estos planetas, enumerándolos por el orden de su proximidad, son: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Además, entre Marte y Júpiter circulan regularmente otros cuerpos menos considerables, restos errantes tal vez de un astro hecho pedazos, de los cuales el telescopio ha reconocido ya ochenta y dos[2].

De estos servidores que el Sol mantiene en su órbita elíptica por la gran ley de la gravitación, algunos poseen también sus satélites. Urano tiene ocho; Saturno, otros tantos; Júpiter, cuatro; Neptuno, tres; la Tierra, uno. Este último, uno de los menos importantes del mundo solar, se llama Luna, y es el que el genio audaz dc los americanos pretendía conquistar.

El astro de la noche, por su proximidad relativa y el espectáculo rápidamente renovado de sus diversas fases, compartió con el Sol, desde los primeros días de la humanidad, la atención de los habitantes de la Tierra. Pero el Sol ofende los ojos al mirarlo y los torrentes de luz que despide obligan a cerrarlos a los que los contemplan.

[1] Algunos de estos asteroides son tan pequeños que, a paso gimnástico, se podría dar una vuelta a su alrededor en un solo día.

La plácida Febe, más humana, se deja ver complaciente en su modesta gracia; agrada a la vista, es poco ambiciosa y, sin embargo, se permite alguna vez eclipsar a su hermano, el radiante Apolo, sin ser nunca eclipsada por él. Los mahometanos, comprendiendo el reconocimiento que debían a esta fiel amiga de la Tierra, han tomado su revolución por regla de sus meses[2].

Los primeros pueblos tributaron un culto muy preferente a esta casta deidad. Los egipcios la llamaban Isis; los fenicios, Astarté; los griegos la adoraron bajo el nombre de Febe, hija de Latona y de Júpiter, y explicaban sus eclipses por las visitas misteriosas de Diana al bello Endimión. Según la leyenda mitológica, el león de Nemea recorrió los campos de la Luna antes de su aparición en la Tierra, y el poeta Agesianaz, citado por Plutarco, celebró en sus versos aquella amable boca, aquella nariz encantadora, aquellos dulces ojos, formados por las partes luminosas de la adorable Selene.

Pero si bien los antiguos comprendieron a las mil maravillas el carácter, el temperamento, en una palabra, las cualidades morales de la Luna bajo el punto de vista mitológico, los más sabios que había entre ellos permanecieron muy ignorantes en selenografía.

Sin embargo, algunos astrónomos de épocas remotas descubrieron ciertas particularidades confirmadas actualmente por la ciencia. Si bien los arcadios pretendieron haber habitado la Tierra en una época en que la Luna no existía aún; si bien Simplicio la creyó inmóvil y colgada de la bóveda de cristal; si bien Tasio la consideró como un fragmento desprendido del disco solar; si bien Clearco, el discípulo de Aristóteles, hizo de ella un bruñido espejo en que se reflejaban las imágenes del océano; si bien otros, en fin, no vieron en ella más que una acumulación de vapores exhalados por la Tierra o un globo medio fuego, medio hielo, que giraba alrededor de sí mismo, algunos sabios por medio de observaciones sagaces, a falta de instrumentos de óptica, sospecharon la mayor parte de las leyes que rigen al astro de la noche.

Tales de Mileto, 600 años antes de Jesucristo, emitió la opinión de que la Luna estaba iluminada por el Sol. Aristarco de Samos dio la verdadera explicación de sus fases. Cleómedes enseñó que brillaba con una luz refleja. El caldeo Beroso descubrió que la duración de su movimiento de rotación era igual a la de su movimiento de revolución, y así explicó cómo la Luna presenta siempre la misma faz. Por último, Hiparco, dos siglos antes de la era cristiana, reconoció algunas desigualdades en los movimientos aparentes del satélite de la Tierra.

Estas distintas observaciones se confirmaron después, y de ellas sacaron partido nuevos astrónomos. Tolomeo, en el siglo II, y el árabe Abul Wefa, en el siglo X, completaron las observaciones de Hiparco sobre las desigualdades que sufre la Luna siguiendo la línea tortuosa de su órbita, bajo la acción del Sol. Después, Copérnico, en el siglo XV, y Tycho Brahe,

[2] La revolución de la Luna dura unos veintisiete días y medio.

en el siglo XVI, expusieron completamente el sistema del mundo y el papel que desempeña la Luna entre los cuerpos celestes.

Ya en aquella época, sus movimientos estaban casi determinados; pero de su constitución física se sabía muy poca cosa. Entonces fue cuando Galileo explicó los fenómenos de luz producidos en ciertas fases por la existencia de montañas, a las que dio una altura media de 4.500 toesas.

Después Hevelius, un astrónomo de Dantzig, rebajó a 2.600 toesas las mayores alturas, pero su compañero, Riccioli, las elevó a 7.000.

A fines del siglo XVIII, Herschell, armado de un poderoso telescopio, redujo mucho las precedentes medidas. Dio 2.900 toesas a las montañas más elevadas y redujo por término medio las diferentes alturas a 400 toesas solamente. Pero Herschel se equivocaba también, y se necesitaron las observaciones de Schoeter, Louville, Halley, Nasmith, Bianchini, Pastori, Lohrman, Gruithysen y, sobre todo, los minuciosos estudios de Beer y de Moedler, para resolver la cuestión de una manera definitiva. Gracias a los mencionados sabios, la elevación de las montañas de la Luna se conoce en la actualidad perfectamente. Beer y Moedler han medido 1.905 alturas, de las cuales seis pasan de 2.600 toesas y veintidós pasan de 2.400[3]. La más alta cima sobresale de la superficie del disco lunar 3.801 toesas.

Al mismo tiempo, se completaba el reconocimiento del disco de la Luna, el cual aparecía acribillado de cráteres, confirmándose en todas las observaciones su naturaleza esencialmente volcánica. De la falta de refracción en los rayos de los planetas que ella oculta, se deduce que le falta casi absolutamente atmósfera. Esta carencia de aire supone falta de agua y, por consiguiente, los selenitas, para vivir en semejantes condiciones, deben tener una organización especial y diferenciarse singularmente de los habitantes de la Tierra.

Por último, gracias a nuevos métodos, instrumentos más perfeccionados registraron ávidamente la Luna, no dejando inexplorado ningún punto en su hemisferio, no obstante medir su diámetro 2.150 millas[4] y ser su superficie igual a una treceava parte de la del globo[5], y su volumen una 49 parte de la esfera terrestre; pero ninguno de estos secretos podía serlo eternamente para los sabios astrónomos, que llevaron más lejos aún sus prodigiosas observaciones.

Ellos notaron que, durante el plenilunio, el disco aparecía en ciertas partes surcado de líneas blancas, y durante las fases, marcado de líneas negras. Estudiando estas líneas con mayor precisión, llegaron a darse cuenta exacta de su naturaleza. Aquellas líneas eran surcos largos y estrechos, abiertos entre bordes paralelos que terminaban generalmente en las márgenes de los cráteres. Tenían una longitud comprendida entre 10 y 100 millas, y una anchura de 800 toesas. Los astrónomos las llamaron ranura, pero

[1] La altura del Mont Blanc es de 4.813 metros sobre el nivel del mar.

[2] 3.475 kilómetros, es decir, algo más de una cuarta parte del diámetro terrestre.

[3] Treinta y ocho millones de kilómetros cuadrados.

darles este nombre es todo lo que supieron hacer. En cuanto a averiguar si eran lechos secos de antiguos ríos, no pudieron resolverlo de una manera concluyente. Los americanos esperaban poder, un día u otro, determinar este hecho geológico. Se reservaban igualmente la gloria de reconocer aquella serie de parapetos paralelos, descubiertos en la superficie de la Luna por Gruithysen, sabio profesor de Munich, que las consideró como un sistema de fortificaciones levantadas por los ingenieros selenitas. Estos dos puntos, aún oscuros, y otros sin duda, no podían aclararse definitivamente sino por medio de una comunicación directa con la Luna.

En cuanto a la intensidad de su luz, nada había que aprender, pues ya se sabía que es 300.000 veces más débil que la del Sol y que su calor no ejerce sobre los termómetros ninguna acción apreciable. Respecto del fenómeno conocido con el nombre de luz cenicienta, se explica naturalmente por el efecto de los rayos del Sol rechazados de la Tierra a la Luna, los cuales completan, al parecer, el disco lunar, cuando éste se presenta en cuarto creciente o menguante.

Tal era el estado de los conocimientos adquiridos sobre el satélite de la Tierra, que el *Gun-Club* se propuso completar bajo todos los puntos de vista, tanto cosmográficos y geológicos como políticos y morales.

CAPÍTULO VI

LO QUE NO ES POSIBLE DUDAR Y LO QUE NO ES PERMITIDO CREER EN LOS ESTADOS UNIDOS

La proposición de Barbicane había tenido por resultado inmediato el poner sobre el tapete todos los hechos astronómicos relativos al astro de la noche. Todos los ciudadanos de la Unión se dieron a estudiarlo asiduamente. Hubiérase dicho que la Luna aparecía por primera vez en el horizonte y que nadie hasta entonces la había entrevisto en el cielo. Se hizo de moda, era el alma de todas las conversaciones, sin menoscabo de su modestia, y tomó sin envanecerse un puesto de preferencia entre los astros. Los periódicos reprodujeron las anécdotas añejas en que el *Sol de los lobos* figuraba como protagonista; recordaron las influencias que le atribuía la ignorancia de las primeras edades; la cantaron en todos los tonos y poco le faltó para que citasen de ella algunas frases ingeniosas. La América entera se sintió acometida de selenomanía.

Las revistas científicas trataron más especialmente las cuestiones que se referían a la empresa del *Gun-Club* y publicaron, comentándola y aprobándola sin reserva, la carta de observación de Cambridge.

A nadie, ni aun al más lego de los yanquis, le estaba permitido ignorar uno solo de los hechos relativos a su satélite, ni respecto del particular se hubiera tampoco tolerado que las personas de menos cacumen hubiesen admitido supersticiosos errores. La ciencia llegaba a todas partes bajo todas las formas imaginables; penetraba por los oídos, por los ojos, por los sentidos todos; en una palabra, era imposible ser un asno... en astronomía.

Hasta entonces la generalidad ignoraba cómo se había podido calcular la distancia que separa la Luna de la Tierra. Los sabios se aprovecharon de las circunstancias para enseñar hasta a los más negados que la distancia se obtenía midiendo el paralaje de la Luna. Y si la palabra paralaje les dejaba a oscuras, decían que paralaje es el ángulo formado por dos líneas rectas que parten a la Luna desde cada una de las extremidades del radio terrestre. Y si alguien dudaba de la perfección de este método, se le probaba inmediatamente que esta distancia media no sólo era de 234.347 millas (94.330 leguas), sino que los astrónomos no se equivocaban ni en 70 millas (30 leguas).

A los que no estaban familiarizados con los movimientos de la Luna, los periódicos les demostraban diariamente que la Luna posee dos movimientos distintos, el primero llamado de rotación alrededor de su eje y el segundo llamado de revolución alrededor de la Tierra, verificándose los dos en igual período de tiempo, o sea, en veintisiete días y un tercio[1].

El movimiento de rotación es el que crea el día y la noche en la superficie de la Luna, pero no hay más que un día ni más que una noche para cada mes lunar, durando cada uno trescientas cincuenta y cuatro horas y un tercio. Afortunadamente para ella, el hemisferio que mira al globo terrestre está alumbrado por éste con una intensidad igual a la luz de catorce Lunas. En cuanto al otro hemisferio, siempre invisible, tiene, como es natural, trescientas cincuenta y cuatro horas de una noche absoluta, algo atemperada por la pálida claridad que cae de las estrellas. Este fenómeno se debe únicamente a que los movimientos de rotación y revolución se verifican en un período de tiempo rigurosamente igual, fenómeno común, según Cassini y Hers, a los satélites de Júpiter y muy probablemente a todos los otros.

Algún individuo muy aplicado, pero algo duro de mollera, no comprendía fácilmente que si la Luna presentaba invariablemente la misma faz a la Tierra durante su revolución, fuese esto debido a que en el mismo período de tiempo describía una vuelta alrededor de sí misma. A esto se le decía:

—Vete a tu comedor, da una vuelta alrededor de la mesa mirando siempre su centro, y cuando hayas concluido tu paseo circular, habrás dado una vuelta alrededor de ti mismo, pues tu vista habrá recorrido sucesivamente todos los puntos del comedor. Pues bien, el comedor es el Cielo, la mesa es la Tierra y tú eres la Luna.

Y los más reacios quedaban encantados de la comparación.

Tenemos, pues, que la Luna presenta incesantemente el mismo hemisferio a la Tierra, si bien, para ser más exactos, debemos añadir que, a consecuencia de cierto balance y bamboleo del Norte al Sur y del Oeste al Este llamado *libración,* se deja ver un poco más de la mitad de su disco, o sea cincuenta y siete centésimas partes de él aproximadamente.

Luego que los ignorantes, por lo que atañe al movimiento de rotación de la Luna, superior tanto como el director del Observatorio de Cambridge, se ocuparon de su movimiento de revolución alrededor de la Tierra, y veinte revistas científicas les instruyeron inmediatamente, entonces supieron que el firmamento, con su infinidad de estrellas, puede considerarse como un vasto cuadrante por el que la Luna se pasea indicando la hora verdadera a todos los habitantes de la Tierra. Supieron también que en este movimiento el astro de la noche presenta sus diferentes fases; que la Luna es llena cuando se halla en oposición con el Sol, es decir, cuando los tres astros se hallan sobre la misma línea, estando la Tierra en medio; que la

[1] Es la duración de la revolución sideral, es decir, el tiempo que tarda la Luna en volver a una misma estrella.

Luna es nueva cuando se halla en conjunción con el Sol, es decir, cuando se halla entre la Tierra y él, y, por fin, que la Luna se halla en su primero o su último cuarto cuando forma con el Sol y la Tierra un ángulo recto del cual ocupa el vértice.

Algunos yanquis perspicaces deducían entonces la consecuencia de que los eclipses no pueden reproducirse sino en las épocas de conjunción o de oposición, y raciocinaban perfectamente. En conjunción, la Luna puede eclipsar al Sol, al paso que en oposición es la Tierra quien puede eclipsar a la Luna, y si estos eclipses no sobrevienen dos veces al mes, se debe a que el plano en que se mueve la Luna está inclinado sobre la eclíptica, en otros términos, sobre el plano en que se mueve la Tierra.

Respecto a la altura que el astro de la noche puede alcanzar en el horizonte, la carta del Observatorio de Cambridge había ya dicho cuanto podía apetecerse. Todos sabían que la altura varía según la latitud del lugar desde el cual se observa. Pero las únicas zonas del globo en que la Luna pasa por el cenit, es decir, en que se coloca directamente encima de la cabeza de los que la contemplan, se hallan necesariamente comprendidas entre los 28° paralelos y el ecuador. De aquí la importancia suma de la recomendación de hacer el experimento desde un punto cualquiera de esta parte del globo, a fin de que el proyectil pudiera avanzar perpendicularmente y sustraerse más pronto a la acción de la gravedad. Esta condición era esencial para el buen resultado de la empresa y no dejaba de preocupar vivamente a la opinión pública.

En cuanto a la línea que sigue la Luna en su revolución alrededor de la Tierra, el Observatorio de Cambridge se había expresado tan claramente que los más ignorantes comprendieron que es una línea curva entrante, una elipse y no un círculo en que la Tierra ocupa uno de los focos. Estas órbitas elípticas son comunes a todos los planetas y a todos los satélites, y la mecánica racional prueba rigurosamente que no puede ser otra cosa. Para todos fue evidente que la Luna se halla lo más lejos posible de la Tierra estando en su apogeo y lo más cerca de su perigeo.

He aquí, pues, lo que todo americano sabía de grado o por fuerza, y lo que nadie podía ignorar decentemente. Pero si muy fácil fue vulgarizar rápidamente estos principios, no lo fue tanto desarraigar muchos errores y ciertos miedos ilusorios.

Algunas almas pacatas sostenían que la Luna era un antiguo cometa que, recorriendo su órbita alrededor del Sol, pasó junto a la Tierra y se detuvo en su círculo de atracción. Así pretendían explicar los astrónomos del salón el aspecto ceniciento de la Luna, desgracia irreparable de que acusaban al astro radiante. Verdad es que cuando se les hacía notar que los cometas tienen atmósfera y que la Luna carece de ella o poco menos, se encogían de hombros sin saber qué responder.

Otros, pertenecientes al gremio de los temerosos, manifestaban respecto de la Luna cierto terror pánico. Habían oído decir que, según las

observaciones hechas en tiempo de los califas, el movimiento de rotación de la Luna se aceleraba hasta cierto punto, de lo que dedujeron, lógicamente sin duda, que a una aceleración de movimiento debía corresponder una disminución de distancia entre los dos astros, y que prolongándose hasta lo infinito este doble efecto, la Luna, al fin y al cabo, había de chocar con la Tierra. Debieron, sin embargo, tranquilizarse y dejar de temer por la suerte de las generaciones futuras cuando se les demostró que, según los cálculos del ilustre matemático francés Laplace, esta aceleración de movimiento estaba contenida dentro de límites muy estrechos y que no tardaría en suceder a ella una disminución proporcionar. El equilibrio del mundo solar no podía, por consiguiente, alterarse en los siglos venideros.

Quedaba en último término la clase supersticiosa de los ignorantes, que no se contentan con ignorar, sino que saben lo que no es, y respecto de la Luna sabían demasiado; algunos de ellos consideraban su disco como un bruñido espejo por cuyo medio se podían ver desde distintos puntos de la Tierra y comunicarse sus pensamientos. Otros pretendían que de las mil Lunas nuevas observadas, novecientas cincuenta habían acarreado notables perturbaciones, tales como cataclismos, revoluciones, terremotos, diluvios, pestes, etc., es decir, que creían en la influencia misteriosa del astro de la noche sobre los destinos humanos. La miraban como el *verdadero contrapeso* de la existencia: creían que cada selenita correspondía a un habitante de la Tierra, al cual estaba unido por un lazo simpático; decían, con el doctor Mead, que el sistema vital le está enteramente sometido, y sostenían con una convicción profunda que los varones nacen principalmente durante la Luna llena y las hembras en el cuarto menguante, etc. Pero tuvieron, al fin, que renunciar a tan groseros errores y reconocer la verdad, y si bien la Luna, despojada de su supuesta influencia, perdió en el concepto de ciertos cortesanos toda su categoría, si algunos le volvieron la espalda, se declaró partidario suyo la inmensa mayoría. En cuanto a los yanquis, no abrigaban más ambición que la de tomar posesión de aquel nuevo continente de los aires para enarbolar en la más erguida cresta de sus montañas el poderoso pabellón, salpicado de estrellas, de los Estados Unidos de América.

CAPÍTULO VII

EL HIMNO AL PROYECTIL

En su memorable carta del 7 de octubre, el Observatorio de Cambridge había tratado la cuestión bajo el punto de vista astronómico, pero era preciso resolverla mecánicamente. En este concepto las dificultades prácticas hubieran parecido insuperables a cualquier otro país que no hubiese sido América. En los Estados Unidos pareció cosa de juego.

El presidente Barbicane había nombrado, sin pérdida de tiempo, en el seno del *Gun-Club,* una comisión ejecutiva. Esta comisión debía en tres sesiones dilucidar las tres grandes cuestiones del cañón, del proyectil y de las pólvoras. Se componía de cuatro miembros muy conocedores de estas materias. Barbicane, con voto preponderante en caso de empate, el general Morgan, el mayor Elphiston y el inevitable J. T. Maston, a quien se confiaron las funciones de secretario.

El 8 de octubre, la comisión se reunió en casa del presidente Barbicane: 3, Republican Street. Como importaba mucho que el estómago no turbase con sus gritos una discusión tan grave, los cuatro miembros del *Gun-Club* se sentaron a una mesa cubierta de bocadillos y de enormes teteras. En seguida J. T. Maston fijó su pluma en su brazo postizo y empezó la sesión.

Barbicane tomó la palabra.

—Mis queridos colegas —dijo—, estamos llamados a resolver uno de los más importantes problemas de la balística, la ciencia por excelencia, que trata del movimiento de los proyectiles, es decir, de los cuerpos lanzados al espacio por una fuerza de impulsión cualquiera y abandonados luego a sí mismos.

—¡Oh! ¡La balística! ¡La balística! —exclamó J. T. Maston con voz conmovida.

—Tal vez hubiera parecido más lógico —repuso Barbicane— dedicar esta primera sesión a la discusión del cañón...

—En efecto —respondió el general Morgan.

—Sin embargo —repuso Barbicane—, después de maduras reflexiones, me ha parecido que la cuestión del proyectil debía preceder a la del cañón y que las dimensiones de éste debían subordinarse a las de aquél.

—Pido la palabra —dijo J. T. Maston.

Se le concedió la palabra con la prontitud y espontaneidad a que le hacía acreedor su magnífico pasado

—Mis dignos amigos —dijo con acento inspirado—, nuestro presidente tiene razón en dar a la cuestión del proyectil preferencia sobre todas las otras. La bala que vamos a enviar a la Luna es nuestro mensajero, nuestro embajador, y os suplico que me permitáis considerarlo bajo un punto de vista puramente moral.

Esta manera nueva de examinar un proyectil excitó singularmente la curiosidad de los miembros de la comisión, por lo que escucharon con la más viva atención las palabras de J. T. Maston.

—Mis queridos colegas —repuso éste—, seré breve. Dejaré a un lado la bala física, la bala que mata, para no ocuparme más que de la bala matemática, la bala moral. La bala es para mí la más brillante manifestación del poder humano; éste se resume en ella todo entero: creándola es como el hombre se ha acercado más al Creador.

—¡Muy bien! —dijo el mayor Elphiston.

—En efecto —exclamó el orador—, si Dios ha hecho las estrellas y los planetas, el hombre ha hecho la bala, este criterio de las velocidades terrestres, esta reducción de los astros errantes en el espacio, que en definitiva tampoco son más que proyectiles. ¡A Dios corresponde la velocidad de la electricidad, la velocidad de la luz, la velocidad de las estrellas, la velocidad de los cometas, la velocidad de los planetas, la velocidad de los satélites, la velocidad del sonido, la velocidad del viento! ¡Pero a nosotros la velocidad de la bala, cien veces superior a la de los trenes y a la de los caballos más rápidos!

J. T. Maston estaba arrebatado; su voz tomaba acentos líricos cantando este himno sagrado a la bala.

—¿Queréis cifras? —repuso—. ¡Os las presentaré elocuentes! Fijaos sencillamente en la modesta bala de 24[1]: si bien corre con una velocidad ochocientas mil veces menor que la de la electricidad, seiscientas cuarenta mil veces menor que la de la luz y setenta y seis veces menor que la de la Tierra en su movimiento de traslación alrededor del Sol, sin embargo, al salir del cañón, excede en rapidez al sonido[2], avanza 200 toesas por segundo, 2.000 toesas en diez segundos, 14 millas por minuto (seis leguas), 840 millas por hora (360 leguas) y 20.100 millas por día (8.640 leguas), es decir, la velocidad de los puntos del ecuador en el movimiento de rotación del globo, que es de 7.336.500 millas por año (3.155.670 leguas). Tardaría, pues, once días en trasladarse a la Luna, doce años en llegar al Sol, trescientos sesenta años en alcanzar a Neptuno, en los límites del mundo solar. ¡He aquí lo que haría esta modesta bala, obra de nuestras manos! ¿Qué será, pues, cuando haciendo esta velocidad veinte veces mayor la lancemos

[1] Es decir, que pesa 24 libras.

[2] Así es que cuando se ha oído el estampido de la boca de fuego, el que lo ha oído no puede ser ya herido por la bala.

con una rapidez de siete millas por segundo? ¡Bala soberbia! ¡Espléndido proyectil! ¡Me complazco en pensar que serás allá arriba recibida con los honores debidos a un embajador terrestre!

Entusiastas hurras acogieron esta retumbante peroración, y J. T. Maston, muy conmovido, se sentó entre las felicitaciones de sus colegas.

—Y ahora —dijo Barbicane— que hemos pagado un tributo a la poesía, vámonos directamente al grano.

—Vamos al grano —respondieron los miembros del comité, echándose cada uno al coleto media docena de bocadillos.

—Ya sabéis cuál es el problema que hay que resolver —repuso el presidente—. Se trata de dar a un proyectil una velocidad de 12.000 yardas por segundo. Tengo motivos para creer que lo conseguiremos. Pero ahora examinemos las velocidades obtenidas hasta la fecha. Acerca del particular, el general Morgan podrá instruirnos.

—Tanto más —respondió el general— cuanto que, durante la guerra, era miembro de la comisión de experimentos. Os diré, pues, que los cañones de a 100 de Dahlgreen, que alcanzaban a 2.500 toesas, daban a su proyectil una velocidad inicial de 500 yardas por segundo.

—Bien. ¿Y el *columbiad*[3] *Rodman?* —preguntó el presidente.

—El *columbiad Rodman,* ensayado en el fuerte Hamilton, lanzaba una bala de media tonelada de peso a una distancia de seis millas, con una velocidad de 800 yardas por segundo, resultado que no han obtenido nunca en Inglaterra, Armstrong y Pallisier.

—¡Oh! ¡Los ingleses! —murmuró J. T. Maston, volviendo hacia el horizonte del Este su formidable mano postiza.

—¿Así, pues —repuso Barbicane—, 800 yardas son el máximo de la velocidad alcanzada hasta ahora en balística?

—Sí —respondió Morgan.

—Diré, sin embargo —replicó J. T. Maston—, que si mi mortero no hubiese reventado...

—Sí, pero reventó —respondió Barbicane con un ademán benévolo—. Tomemos, pues, por punto de partida la velocidad de 800 yardas. La necesitamos veinte veces mayor. Dejando para otra sesión la discusión de los medios destinados a producir esta velocidad, llamo vuestra atención, mis queridos colegas, sobre las dimensiones que conviene dar a la bala. Bien comprendéis que no se trata ahora de proyectiles que pesen media tonelada.

—¿Por qué no? —preguntó el mayor.

—Porque —respondió al momento J. T. Maston— se necesita una bala que sea bastante grande para llamar la atención de los habitantes de la Luna, en el supuesto de que la Luna tenga habitantes.

—Sí —respondió Barbicane—, y también por otra razón aún más importante.

—¿Qué queréis decir, Barbicane? —preguntó el mayor.

[3] Los americanos dan el nombre de *columbiad* a estas enormes máquinas de destrucción.

—Quiero decir que no basta enviar un proyectil para no volverse a ocupar de él; es menester que le sigamos durante su viaje hasta el momento de llegar a su destino.

—¡Cómo! —dijeron el general y el mayor, algo sorprendidos de la proposición.

—Es natural —repuso Barbicane con la seguridad de un hombre que sabe lo que se dice—, de otra suerte nuestro experimento no produciría el menor resultado.

—Pero entonces —replicó el mayor—, ¿vais a dar al proyectil dimensiones enormes?

—No, escuchadme. Ya sabéis que los instrumentos de óptica han adquirido una perfección suma. Con ciertos telescopios se han llegado a obtener aumentos de seis mil veces el tamaño natural, y a acercar la Luna a unas 16 leguas. A esta distancia, los objetos cuyo volumen es de 60 pies, son perfectamente visibles. Si no se ha llevado más lejos el poder de penetración de los telescopios, ha sido porque este poder no se ejerce sino en menoscabo de la claridad; la Luna, que no es más que un espejo reflector, no envía una luz bastante intensa para que se pueda llevar el aumento más allá de ese límite.

—¿Qué pensáis, pues, hacer? —preguntó el general—. ¿Daréis a vuestro proyectil un diámetro de sesenta pies?

—¡No!

—¿Os comprometéis, pues, a volver la Luna más luminosa?

—Precisamente.

—¡Me gusta la ocurrencia! —exclamó J. T. Maston.

—Es una cosa muy sencilla —respondió Barbicane—. Si se llega a disminuir la densidad de la atmósfera que atraviesa la luz de la Luna, ¿no es evidente que se habrá vuelto esta luz más intensa?

—Evidentemente.

—Pues bien, para obtener este resultado, me bastará colocar mi telescopio en alguna montaña elevada, y es lo que haremos.

—Convenido, convenido —respondió el mayor—. ¡Tenéis una manera de simplificar las cosas...! ¿Y qué aumento esperáis obtener así?

—Un aumento de cuarenta y ocho mil veces, que nos pondrá la Luna a una distancia que será no más que de cinco millas, Y los objetos para ser visibles no necesitarán tener más que un diámetro de nueve pies.

—¡Perfectamente! —exclamó J. T. Maston—. ¿Nuestro proyectil va a tener nueve pies de diámetro?

—Ni más ni menos.

—Permitidme deciros, sin embargo —repuso el mayor Elphiston—, que, aun así, será un peso tal...

—¡Oh, mayor! —respondió Barbicane—. Antes de discutir su peso, permitidme deciros que nuestros padres hacían, en este género, maravillas. Lejos de mí la idea de que la balística no ha progresado, pero bueno es

saber que ya en la Edad Media se obtenían resultados sorprendentes, y aun me atreveré a decir más sorprendentes que los nuestros.

—Eso contádselo a mi abuela —replicó Morgan.

—Justificad vuestras palabras —exclamó al momento J. T. Maston.

—Nada más fácil —replicó Barbicane—, puedo citar ejemplos en apoyo de mi aserción. En el sitio que puso a Constantinopla Mahomet II, en 1543, se lanzaron balas de piedra que pesaban 1.900 libras, que serían de un regular tamaño.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó el mayor—. Muchas libras son 1.900.

—En Malta, en tiempos de los Caballeros, cierto cañón del fuerte de San Telmo arrojaba proyectiles que pesaban 2.500 libras.

—¡Imposible!

—Por último, según un historiador francés, bajo el reinado de Luis XI, había un mortero que arrojaba una bomba de 500 libras de peso solamente; pero esta bomba, partiendo de la Bastilla, que era un punto en que los locos encerraban a los cuerdos, iba a caer en Charenton, que es un punto donde los cuerdos encierran a los locos.

—¡Imposible!

—¡Muy bien! —dijo J. T. Maston.

—¿Qué hemos visto nosotros después, en resumidas cuentas? ¡Los cañones Armstrong, que disparan balas de 500 libras, y los *columbiads Rodman,* que disparan balas de media tonelada! Parece, pues, que si los proyectiles han ganado en alcance, en peso más han perdido que han ganado. Haciendo los debidos esfuerzos, llegaremos con los progresos de la ciencia a decuplicar el peso de las balas de Mahomet II y de los Caballeros de Malta.

—Es evidente —respondió el mayor—. ¿Pero de qué meta pensáis echar mano para el proyectil?

—Del hierro fundido, pura y simplemente —dijo el general Morgan.

—¡Hierro fundido! —exclamó J. T. Maston con profundo desdén—. El hierro es un metal muy ordinario para fabricar una bala destinada a hacer una visita a la Luna.

—No exageremos, mi distinguido amigo —respondió Morgan—. El hierro fundido bastará.

—Entonces —repuso el mayor Elphiston—, puesto que el peso de la bala es proporcionado a su volumen, una bala de hierro fundido que mida nueve pies de diámetro pesará horriblemente.

—Horriblemente, si es maciza; pero no si es hueca —dijo Barbicane.

—¡Hueca! ¿Será, pues, una granada?

—¡En la que pondremos mensajes! —replicó J. T. Maston—. ¡Y muestras de nuestras producciones terrestres!

—¡Sí, una granada —respondió Barbicane—; no puede ser otra cosa! Una bala maciza de 108 pulgadas pesaría más de 100.000 libras, y este peso es evidentemente excesivo. Sin embargo, como es menester que el proyec-

til tenga cierta consistencia, propongo que se le consienta un peso de 20.000 libras.

—¿Cuál será, pues, el grueso de sus paredes? —preguntó el mayor.

—Si seguimos la proporción reglamentaria —respondió Morgan—, un diámetro de 108 pulgadas exigirá paredes que no bajen de dos pies.

—Sería demasiado —contestó Barbicane—. Notad bien que no se trata de una bala destinada a taladrar planchas de hierro; basta, pues, que sus paredes sean bastante fuertes para contrarrestar la presión de los gases de la pólvora. He aquí, pues, el problema: ¿qué grueso debe tener una granada de hierro fundido para no pesar más que 20.000 libras? Nuestro hábil calculador, el intrépido Maston, va a decirlo ahora mismo.

—Nada más fácil —replicó el distinguido secretario de la comisión.

Y sin decir más, trazó algunas formas algebraicas en el papel, viéndose aparecer bajo su pluma X y más X elevadas hasta la segunda potencia. Hasta pareció que extraía, sin tocarla, cierta raíz cúbica, y dijo:

—Las paredes no llegarán a tener el grueso de dos pulgadas.

—¿Será suficiente? —preguntó el mayor con un ademán dubitativo.

—No, evidentemente, no —respondió el presidente Barbicane.

—¿Qué se hace, pues? —repuso Elphiston bastante perplejo.

—Emplear otro metal.

—¿Cobre? —dijo Morgan.

—No; es aún demasiado pesado, y os propongo otro mejor.

—¿Cuál? —dijo el mayor.

—El aluminio —respondió Barbicane.

—¡Aluminio! —exclamaron los tres colegas del presidente.

—Sin duda, amigos míos. Ya sabéis que un ilustre químico francés, Henry Sainte-Claire Deville, llegó en 1854 a obtener el aluminio en masa compacta. Este precioso metal tiene la blancura de la plata, la inalterabilidad del oro, la tenacidad del hierro, la fusibilidad del cobre y la ligereza del vidrio. Se trabaja fácilmente, abunda en la naturaleza, pues la alúmina forma la base de la mayor parte de las rocas; es tres veces más ligero que el hierro, y parece haber sido creado expresamente para suministrarnos la materia de que se ha de componer nuestro proyectil.

—¡Bien por el aluminio! —exclamó el secretario de la comisión, siempre muy estrepitoso en sus momentos de entusiasmo.

—Pero, mi estimado presidente —dijo el mayor—, ¿no es acaso el aluminio excesivamente caro?

—Lo era —respondió Barbicane—; en los primeros tiempos de su descubrimiento, una libra de aluminio costaba de 260 a 280 dólares (cerca de 1.500 francos); después bajó a 20 dólares (150 francos), y actualmente vale 9 dólares (48 francos).

—Aun así —replicó el mayor, que no daba fácilmente su brazo a torcer—, es un precio enorme.

—Sin duda, mi querido mayor, pero no inasequible a nuestros medios.

—¿Cuánto pesará, pues, el proyectil? —preguntó Morgan.

—He aquí el resultado de mis cálculos —respondió Barbicane—. Una bala de 180 pulgadas de diámetro y de 12 pulgadas de espesor pesaría, siendo de hierro colado, 67.440 libras; construida en aluminio, su peso queda reducido a 19.250 libras.

—¡Perfectamente! —exclamó Maston—. No nos separamos del programa.

—Ciento sesenta y tres mil doscientos cincuenta dólares, exactamente; pero no temáis, amigos, no faltará dinero para nuestra empresa, respondo de ello.

—Una lluvia de oro caerá en nuestras cajas —replicó J. T. Maston.

—Pues bien, ¿qué os parece el aluminio? —preguntó el presidente.

—Adoptado —respondieron los tres miembros de la comisión.

—En cuanto a la forma de la bala —repuso Barbicane—, importa poco, pues una vez traspasada la atmósfera, el proyectil se hallará en el vacío. Propongo, por tanto, que la bala sea redonda, para que gire como mejor le parezca y se conduzca del modo que le dé la gana.

Así terminó la primera sesión de la comisión. La cuestión del proyectil estaba definitivamente resuelta, y J. T. Maston no cabía de alegría en su pellejo, pensando que se iba a enviar una bala de aluminio a los selenitas, lo que les daría una alta idea de los habitantes de la Tierra.

CAPÍTULO VIII

HISTORIA DEL CAÑÓN

Las resoluciones tomadas en la primera sesión produjeron en el exterior un gran efecto. La idea de una bala de 20.000 libras atravesando el espacio alarmaba un poco a los meticulosos. ¿Qué cañón, se preguntaban, podrá transmitir jamás a semejante mole una velocidad inicial suficiente? Durante la segunda sesión de la comisión debía responderse satisfactoriamente a esta pregunta.

Al día siguiente por la noche, los cuatro miembros *del Gun-Club* se sentaban delante de nuevas montañas de emparedados, a la orilla de un verdadero océano de té. La discusión empezó inmediatamente, sin ningún preámbulo.

—Mis queridos colegas —dijo Barbicane—, vamos a ocuparnos de la máquina que se ha de construir, de su tamaño, forma, composición y peso. Es probable que lleguemos a darle dimensiones gigantescas, pero, por grandes que sean las dificultades, nuestro genio industrial las allanará fácilmente. Tened, pues, la bondad de escucharme y no os desagrade hacerme las objeciones que os parezcan convenientes. No las temo.

Un murmullo aprobador acogió esta declaración tan acertada.

—No olvidemos —repuso Barbicane— el punto a que ayer nos condujo nuestra discusión. El problema se presenta ahora bajo esta forma: dar una velocidad inicial de 12.000 yardas por segundo a una granada de 180 pulgadas de diámetro y de 20.000 libras de peso.

—He aquí el problema, en efecto —respondió el mayor Elphiston.

—Prosigo —repuso Barbicane—. Cuando un proyectil se lanza al espacio, ¿qué sucede? Se halla solicitado por tres fuerzas independientes: la resistencia del medio, la atracción de la Tierra y la fuerza de impulsión de que está animado. Examinemos estas tres fuerzas. La resistencia del medio, es decir, la resistencia del aire, será poco importante. La atmósfera terrestre no tiene más que 40 millas de altura, que con una velocidad de 12.000 yardas el proyectil podrá atravesar en cinco segundos, lo que nos permite considerar la resistencia del medio como insignificante. Pasemos a la atracción de la Tierra, es decir, al peso de la granada. Ya sabemos que este peso disminuirá en razón inversa del cuadrado de las distancias. He aquí lo que la

física nos enseña: cuando un cuerpo abandonado a sí mismo cae a la superficie de la tierra, su caída es de 15 pies[1] en el primer segundo, y si este mismo cuerpo fuese transportado a 257.542 millas o, en otros términos, a la distancia a que se encuentra la Luna, su caída quedaría reducida a cerca de media línea, en el primer segundo, lo que es casi la inmovilidad. Trátase, pues, de vencer progresivamente esta acción del peso. ¿Cómo la venceremos? Mediante la fuerza de impulsión.

—He aquí la dificultad —respondió el mayor.

—En efecto —repuso el presidente—, pero la allanaremos, porque la fuerza de impulsión que necesitamos resulta de la longitud de la máquina y de la cantidad de pólvora empleada, hallándose ésta limitada por la resistencia de aquélla. Ocupémonos ahora, pues, de las dimensiones que hay que dar al cañón. Téngase en cuenta que podemos procurarle condiciones de una resistencia infinita, si es lícito hablar así, pues no se tiene que maniobrar con él.

—Es evidente —respondió el general.

—Hasta ahora —dijo Barbicane—, los cañones más largos, nuestros enormes *columbiads,* no han pasado de veinticinco pies de longitud; mucha sorpresa causarán, pues, a la gente las dimensiones que tendremos que adoptar.

—Sin duda —exclamó J. T. Maston—. Yo propongo un cañón cuya longitud no baje de media milla.

—¡Media milla! —exclamaron el mayor y el general.

—Sí, media milla, y me quedo corto.

—Vamos, Maston —respondió Morgan—. Exageráis.

—No —replicó el fogoso secretario—, no sé en verdad por qué me tacháis de exagerado.

—¡Porque vais demasiado lejos!

—Sabed, señor —respondió J. T. Maston, con solemne gravedad—, sabed que un artillero es como una bala, que no puede ir demasiado lejos.

La discusión tomaba un carácter personal, pero el presidente intervino.

—Calma, amigos, calma, y razonemos. Se necesita evidentemente un cañón de gran calibre, puesto que la longitud de la pieza aumentará la presión de los gases acumulados debajo del proyectil, pero es inútil pasar de ciertos límites.

—Perfectamente —dijo el mayor.

—¿Qué reglas hay para semejantes casos? Ordinariamente la longitud de un cañón es la de 20 a 25 veces el diámetro de la bala, y pesa de 235 a 240 veces más que ésta.

—No basta —exclamó J. T. Maston impetuosamente.

—Convengo en ello, mi digno amigo. En efecto, siguiendo la proporción indicada, para el proyectil que tuviese nueve pies de ancho y pesase

[1] 4,90 metros.

20.000 libras, el cañón no tendría más que una longitud de 225 pies y un peso de 200.000 libras.

—Lo que es ridículo —añadió J. T. Maston—; tanto valdría echar mano de una pistola.

—Lo mismo opino —respondió Barbicane—, por lo que propongo cuadruplicar esta longitud y construir un cañón de 900 pies.

El general y el mayor hicieron algunas objeciones; pero sostenida resueltamente la proposición por el secretario del *Gun-Club*, se adoptó definitivamente.

—Ahora sepamos —dijo Elphiston— qué grueso debemos dar a sus paredes.

—Seis pies —respondió Barbicane.

—¿Supongo que no intentaréis colocar en una cureña semejante mole? —preguntó el mayor.

—¡Lo que, sin embargo, sería soberbio!

—Pero impracticable —respondió Barbicane—. Creo que se debe fundir el cañón en el punto mismo en que se ha de disparar, ponerle abrazaderas de hierro forjado y rodearlo de una obra de mampostería, de modo que participe de toda la resistencia del terreno circundante. Fundida la pieza, se pulirá el ánima para impedir el viento[2] de la bala, y de este modo no habrá pérdida de gas y toda la fuerza expansiva de la pólvora se invertirá en la impulsión.

—¡Bravo! —exclamó J. T. Maston—. Ya tenemos nuestro cañón.

—¡Todavía no! —respondió Barbicane, calmando con la mano a su impaciente amigo.

—¿Por qué?

—Porque hasta ahora no hemos discutido aún su forma. ¿Será un cañón, un obús o un mortero?

—Un cañón —respondió Morgan.

—Un lanzaobuses —replicó el mayor.

—Un mortero —exclamó J. T. Maston.

Iba a empeñarse una nueva discusión que prometía ser bastante acalorada, y cada cual preconizaba su arma favorita, cuando intervino el presidente.

—Amigos míos —dijo—, voy a poneros a todos de acuerdo. Nuestro *columbiad* participará a la vez de las tres bocas de fuego. Será un cañón, porque la recámara y el ánima tendrán igual diámetro. Será un lanzaobuses, porque disparará una granada. Será un mortero, porque se apuntará formando en el horizonte un ángulo de noventa grados y, además, le será imposible retroceder, estará fijo en tierra y así comunicará al proyectil toda la fuerza de impulsión acumulada en sus entrañas.

—Adoptado, adoptado —respondieron los miembros de la comisión.

---

[2] Se denomina viento, en balística, al espacio que algunas veces queda entre el proyectil y el ánima de la pieza.

—Permitidme una sencilla reflexión —dijo Elphiston—. ¿Este cañón-lanzaobuses-mortero será rayado?

—No —respondió Barbicane—, no; necesitamos una velocidad inicial enorme, y ya sabéis que la bala sale con menos rapidez de los cañones rayados que de los lisos.

—Justamente.

—¡En fin, ya es nuestro! —repitió J. T. Maston.

—Aún falta algo —replicó el presidente.

—¿Qué falta?

—Aún no sabemos de qué metal se ha de componer.

—Decidámolos sin demora.

—Iba a proponéroslo.

Los cuatro miembros de la Comisión se zamparon una docena de emparedados por barba, seguidos de una buena taza de té, y reanudaron la discusión.

—Dignísimos colegas —dijo Barbicane—, nuestro cañón debe tener mucha tenacidad y dureza, ser infusible al calor, ser inoxidable e indisoluble a la acción corrosiva de los ácidos.

—Acerca del particular, no cabe la menor duda —respondió el mayor—. Y como será preciso emplear una cantidad considerable de metal, la elección no puede ser dudosa.

—Entonces —dijo Morgan—, propongo para la fabricación del *columbiad* la mejor aleación que se conoce, es decir, cien partes de cobre, doce de estaño y seis de latón.

—Amigos míos —respondió el Presidente—, convengo en que la composición que se acaba de proponer ha dado resultados excelentes, pero costaría mucho y se maneja difícilmente. Creo, pues, que se debe adoptar una materia que es excelente y al mismo tiempo barata, cual es el hierro fundido. ¿No sois de mi opinión, mayor?

—Estamos de acuerdo —respondió Elphiston.

—En efecto —respondió Barbicane—, el hierro fundido cuesta diez veces menos que el bronce; es fácil de fundir y de amoldar, y se deja trabajar dócilmente. Su adopción economiza dinero y tiempo. Recuerdo, además, que durante la guerra, en el sitio de Atlanta, hubo piezas de hierro que de veinte en veinte minutos dispararon más de mil tiros sin experimentar deterioro alguno.

—Pero el hierro fundido es quebradizo —respondió Morgan.

—Sí, pero también muy resistente. Además, no reventará, respondo de ello.

—Un cañón puede reventar y ser bueno —replicó sentenciosamente J. T. Maston, abogando *pro domu sua* como si se sintiese aludido.

—Es evidente —respondió Barbicane—. Me permito, pues, suplicar a nuestro digno secretario que calcule el peso de un cañón de hierro fundido de 900 pies de longitud y de un diámetro interior o calibre de nueve pies, con un grueso de seis pies en sus paredes.

—Al momento —respondió J. T. Maston.

Y como lo había hecho en la sesión anterior, hizo sus cálculos con una maravillosa facilidad y dijo al cabo de un minuto:

—El cañón pesará 68.040 toneladas.

—¿Y a dos céntimos la libra, costará...?

—Dos millones quinientos diez mil setecientos y un dólares.

J. T. Maston, el mayor y el general, miraron con inquietud a Barbicane.

—Señores —dijo éste—, repito lo que dije ayer: estad tranquilos, los millones no nos faltarán.

Dadas estas seguridades por el presidente, la comisión se separó, quedando citados todos sus individuos para el día siguiente, en que celebrarían la tercera sesión.

CAPÍTULO IX

LA CUESTIÓN DE LAS PÓLVORAS

Aún había que tratar la cuestión de las pólvoras. Esta última decisión era aguardada con ansiedad por el público. Dadas la magnitud del proyectil y la longitud del cañón, ¿cuál sería la cantidad de pólvora necesaria para producir la impulsión? Este agente terrible, cuyos efectos, sin embargo, ha dominado el hombre, iba a ser llamado para desempeñar su papel en proporciones insólitas.

Se cree generalmente, y se repite sin cesar, que la pólvora fue inventada en el sitio XIV por el fraile Schwartz, cuyo descubrimiento le costó la vida. Pero en la actualidad está casi probado que esta historia se debe colocar entre las leyendas de la Edad Media.

La pólvora no ha sido inventada por nadie; resulta directamente del fuego griego, compuesto como ella de azufre y salitre, si bien estas mezclas, que en el fuego griego no eran más que mezclas de dilatación, en la pólvora, tal como se conoce actualmente, al inflamarse producen un estrépito.

Pero si bien los eruditos conocen perfectamente la falsa historia de la pólvora, pocos son los que saben darse cuenta de su poder mecánico, sin cuyo conocimiento no es posible comprender la importancia del asunto sometido a la comisión.

Un litro de pólvora pesa aproximadamente dos libras (900 gramos), y produce, al inflamarse, 400 libras de gases, que haciéndose libres, y bajo la acción de una temperatura elevada a 2.400°, ocupan el espacio de 4.000 litros. El volumen de la pólvora es, pues, a los volúmenes de los gases producidos por su combustión o deflagración lo que 1 es a 4.000. Júzguese cuál debe ser el ímpetu de estos gases cuando se hallan comprimidos en un espacio cuatro mil veces demasiado reducido para contenerlos.

He aquí lo que sabían perfectamente los miembros de la comisión cuando se citaron para la tercera sesión. Barbicane concedió la palabra al mayor. Elphiston había sido durante la guerra director de las fábricas de pólvora.

—Mis buenos camaradas —dijo el distinguido químico—, vamos a enumerar unos guarismos irrecusables que nos servirán de base. La bala de 24 de que hablaba ayer el respetable J. T. Maston en términos tan poéticos, sale de la boca de fuego empujada por dieciséis libras de pólvora.

—¿Estáis seguro de la cifra? —preguntó el presidente.

—Absolutamente seguro —respondió con énfasis el mayor—. El cañón Armstrong no se carga más que con 75 libras de pólvora para arrojar un proyectil 800 libras, y el *columbiad Rodman* no gasta más que 170 libras de pólvora para enviar a seis millas de distancia su bala de media tonelada. Estos son hechos acerca de los cuales no cabe la menor duda, pues los he comprobado yo mismo en las actas de la Junta de Artillería.

—Perfectamente —respondió el general.

—De estos guarismos —repuso el mayor— se deduce que la cantidad de pólvora no aumenta con el peso de la bala. En efecto, si bien se necesitan 16 libras de pólvora para una bala de 24, o, en otros términos, si bien en los cañones ordinarios se emplea una cantidad de pólvora cuyo peso es dos terceras partes el del proyectil, esta proporción no es constante. Calculad y veréis que para una bala de media tonelada, en lugar de 333 libras de pólvora, se reduce esta cantidad a 160 libras solamente.

—¿Y qué pretendéis deducir de eso? —preguntó el presidente.

—Si lleváis vuestra teoría al último extremo, mi querido mayor —dijo J. T. Maston—, resultará que cuando una bala tenga un peso suficiente, no se necesitará pólvora alguna.

—Mi amigo Maston se chancea hasta en las ocasiones más solemnes —replicó el mayor—; pero tranquilizaos. No tardaré en proponerle cantidades de pólvora que dejarán satisfecho su amor propio de artillero. Pero tenía interés en dejar consignado que durante la guerra, la experiencia demostró que para cargar las piezas de mayor calibre, el peso de la pólvora podía reducirse perfectamente a una décima parte del que tiene la bala.

—No hay nada más exacto —dijo Morgan—. Pero antes de determinar la cantidad de pólvora necesaria para dar el impulso, opino que convendría ponernos de acuerdo sobre su naturaleza.

—Emplearemos la pólvora de grano grueso —respondió el mayor—, porque su deflagración es más rápida que la de la pólvora fina.

—Sin duda —replicó Morgan—. Pero se desmenuza más fácilmente y, al fin y al cabo, altera el ánima de las piezas.

—Lo que sería un inconveniente para un cañón destinado a un largo servicio, pero no para nuestro co*lumbiad.* No corremos riesgo alguno de explosión y necesitamos que la pólvora se inflame instantáneamente para que su efecto mecánico sea completo.

—Podríamos —dijo J. T. Maston— abrir varios agujeros para aplicar el fuego a un mismo tiempo a distintos puntos.

—Sin duda —respondió Elphiston—. Pero complicaríamos la operación. Me atengo, pues, a mi pólvora de grano grueso, que allana todas las dificultades.

—Sea —respondió el general.

—Para cargar su *columbiad* —añadió el mayor— Rodman empleaba una pólvora de granos gruesos como castañas, hecha con carbón de sauce, tostado sencillamente en calderas de hierro fundido. Era una pólvora dura y brillante, que no manchaba la mano; contenía una gran proporción de hidrógeno y de oxígeno, se inflamaba instantáneamente y, aunque muy desmenuzable, no deterioraba sensiblemente las bocas de fuego.

—Me parece, pues —respondió J. T. Maston—, que no debemos vacilar y que la elección está hecha.

—A no ser que prefiráis la pólvora de oro —replicó el mayor riendo, lo que le valió un ademán amenazador con que le contestó la mano postiza de su susceptible amigo.

Hasta entonces, Barbicane se había abstenido de tomar parte en la discusión. Dejaba hablar y escuchaba. Evidentemente meditaba algo. Se contentó con preguntar sencillamente:

—¿Y ahora, amigos, qué cantidad de pólvora proponéis?

Los tres miembros del *Gun-Club* se miraron mutuamente.

—Doscientas mil libras —dijo, por fin, Morgan.

—Quinientas mil —replicó el mayor.

—Ochocientas mil —exclamó J. T. Maston.

Esta vez, Elphiston no se atrevió a calificar a su colega de exagerado. En efecto, se trataba de enviar a la Luna un proyectil de 20.000 libras, dándole una fuerza inicial de 12.000 yardas por segundo. Siguió a la triple proposición hecha por los tres colegas un momento de silencio.

El presidente Barbicane lo rompió.

—Mis bravos camaradas —dijo con voz tranquila—, yo parto del principio de que la resistencia de nuestro cañón, construido en las condiciones requeridas, es ilimitada. Voy, pues, a sorprender al distinguido J. T. Maston diciéndole que ha sido tímido en sus cálculos, y propongo doblar sus 800.000 libras de pólvora.

—¿Un millón seiscientas mil libras? —exclamó J. T. Maston saltando de su asiento.

—Como lo digo.

—Pero entonces fuerza será recurrir a mi cañón de media milla de longitud.

—Es evidente —dijo el mayor.

—Un millón seiscientas mil libras de pólvora —repuso el secretario de la comisión— ocuparán aproximadamente un espacio de 22.000 pies cúbicos[1], y como vuestro cañón no tiene más que una capacidad de 54.000 pies cúbicos[2], quedará cargado de pólvora hasta la mitad y el ánima no será bastante larga para que la detención de los gases dé al proyectil un impulso suficiente.

[1] Poco menos de 800 metros cúbicos.

[2] 2.000 metros cúbicos.

La objeción no tenía réplica. J. T. Maston estaba en lo justo. Todos miraron a Barbicane.

—Sin embargo —repuso el presidente—, se necesita la cantidad de pólvora que he dicho. Pensadlo bien, un millón seiscientas mil libras de pólvora producirán seis mil millones de litros de gas. ¡Seis mil millones! ¿Lo entendéis?

—Pero, entonces, ¿cómo hacerlo? —preguntó el general.

—Muy sencillamente. Es preciso reducir esta enorme cantidad de pólvora conservándola con este poder mecánico.

—¡Bueno! Pero, ¿cómo?

—Voy a decíroslo —respondió tranquilamente Barbicane.

Sus interlocutores le miraban ávidamente.

—Nada, en efecto, es más fácil —dijo— que reducir esta masa de pólvora a un volumen cuatro veces menos considerable. Todos conocéis esa curiosa materia que constituyen los tejidos elementales de los vegetales, llamada celulosa.

—Os comprendo, querido Barbicane —dijo el mayor.

—Esta materia —prosiguió el presidente— se saca perfectamente pura de varios cuerpos, especialmente del algodón, y no es más que la pelusa de los granos del algodonero. El algodón, combinado con el ácido nítrico en frío, se transforma en una sustancia eminentemente insoluble, eminentemente combustible, eminentemente explosiva. En 1832, Braconnot, químico francés, descubrió esta sustancia, a la cual dio el nombre de xiloidina. En 1838, Pelouze, otro francés, estudió sus diversas propiedades, y, por último, en 1846, Shonbein, profesor de química en Basilea, la propuso como pólvora de guerra. Esta pólvora es el algodón azótico o nítrico...

—O piróxido —respondió Elphiston.

—O furmicotón —replicó Morgan.

—¿No hay un solo nombre americano que pueda ponerse al pie de este descubrimiento? —exclamó J. T. Maston a impulsos de su amor propio nacional.

—Ni uno, desgraciadamente —respondió el mayor.

—Sin embargo —repuso el presidente—, debo decir, para halagar el patriotismo de Maston, que los trabajos de un conciudadano nuestro se refieren al estudio de la celulosa, pues el colodión, uno de los principales agentes de la fotografía, no es más que piróxilo disuelto en el éter con adición de alcohol, y ha sido descubierto por Maynard, que estudiaba entonces medicina en Boston.

—¡Pues hurra por Maynard y por el fulmicotón! —exclamó el entusiasta secretario del *Gun-Club*.

—Volvamos al piróxilo —repuso Barbicane—. Conocéis sus propiedades, por las cuales va a ser para nosotros tan precioso. Se prepara con la mayor facilidad, sumergiendo algodón en ácido nítrico humeante[3], por

[3] Llamado así, porque el contacto del aire húmedo despide una densa humareda blanquecina.

espacio de quince minutos, lavándolo después en mucha agua y dejándolo secar.

—Nada, en efecto, más sencillo —dijo Morgan.

—Además, el piróxilo es inalterable a la humedad, cualidad preciosa para nosotros, que necesitaremos muchos días para cargar el cañón; se inflama a los 170° en lugar de 240°, y su deflagración es tan súbita que se inflama sobre la pólvora ordinaria sin que tenga tiempo de inflamarse ésta.

—Perfectamente —respondió el mayor.

—Sólo que cuesta más cara.

—¿Qué importa? —dijo J. T. Maston.

—Por último, comunica a los proyectiles una velocidad cuatro veces mayor que la que les da la pólvora ordinaria. Y si se mezclan con el piróxilo ocho décimas de su peso de nitrato de potasa, su fuerza expansiva aumenta considerablemente.

—¿Será necesaria esa mezcla? —preguntó el mayor.

—Me parece que no —respondió Barbicane—. Así pues, en lugar de 1.600 libras de pólvora, nos bastarán 500 libras de fulmicotón, y como no hay peligro en comprimir 500 libras de algodón en un espacio de 26 pies cúbicos, esta materia no ocupará en el *columbiad* más que una altura de 30 toesas. Así recorrerá la bala más de 700 pies de ánima bajo el esfuerzo de seis mil millones de litros de gas antes de emprender su marcha hacia el astro de la noche.

Al oír estas palabras, J. T. Maston no pudo reprimir su entusiasmo, y con la velocidad de un proyectil se arrojó en los brazos de su amigo, al cual hubiera derribado, si Barbicane no hubiese sido un hombre hecho a prueba de bomba.

Este incidente fue el punto final de la tercera sesión de la comisión. Barbicane y sus audaces colegas, para quienes no había nada imposible, acababan de resolver la cuestión tan compleja del proyectil, del cañón y de la pólvora. Formado su plan, ya no faltaba más que ejecutarlo.

—Poca cosa, una bagatela —decía J. T. Maston.

CAPÍTULO X

UN ENEMIGO PARA VEINTICUATRO MILLONES DE AMIGOS

Los más insignificantes pormenores de la empresa del *Gun-Club* excitaban el interés del público americano, que seguía uno tras otro todos los pasos de la comisión. Los menores preparativos de tan colosal experimento, las cuestiones de cifras que provocaba, las dificultades mecánicas que había que resolver, en una palabra, la ejecución del gran proyecto le absorbía completamente.

Más de un año había de mediar entre el principio y la conclusión de los trabajos, pero este transcurso de tiempo no podía ser estéril en emociones. La elección del sitio para la fundición, la construcción del molde, la fundición del *columbiad,* su muy peligrosa carga, eran más que suficientes para excitar la curiosidad pública. El proyectil, apenas disparado, desaparecería en algunas décimas de segundo, sin ser accesible a mirada alguna; pero lo que llegaría a ser después, su manera de conducirse en el espacio y el momento de llegar a la Luna, no podían verlo con sus propios ojos más que unos cuantos privilegiados. Así, pues, los preparativos del experimento, los pormenores precisos de la ejecución, constituían entonces el verdadero interés, el interés general, el interés público.

Sin embargo, hubo un incidente que sobreexcitó de pronto el atractivo puramente científico.

Ya se sabe que el proyecto de Barbicane había agolpado en torno de éste numerosas legiones de admiradores y amigos. Pero aquella mayoría, por grande, por extraordinaria que fuese, no era la unanimidad. Un hombre, un sólo hombre en todos los Estados de la Unión, protestó contra la tentativa del *Gun-Club* y la atacó con violencia en todas las ocasiones que le parecieron oportunas. Es tal la naturaleza humana, que Barbicane fue más sensible a esta oposición de uno solo que a los aplausos de todos los demás.

Y eso, pese a que conocía el motivo de semejante antipatía, y que conocía la procedencia de aquella enemistad aislada, enemistad personal y antigua, fundada en una rivalidad de amor propio.

El presidente del *Gun-Club* no había visto ni una vez en la vida a aquel enemigo perseverante, lo que fue una dicha, porque el encuentro de aque-

llos dos hombres hubiera tenido funestas consecuencias. Aquel rival de Barbicane era un sabio como él, de carácter altivo, audaz, seguro de sí mismo, violento, un yanqui de pura sangre. Se llamaba capitán Nicholl y residía en Filadelfia.

Nadie ignora la curiosa lucha que se empeñó durante la guerra federal entre el proyectil y la coraza de los buques acorazados, estando aquél destinado a atravesar a ésta y estando ésta resuelta a no dejarse atravesar. De esta lucha nació una transformación de la Marina en los Estados de los dos continentes. La bala y la plancha lucharon con un encarnizamiento sin ejemplo, la una creciendo y la otra engrosando en una propòrción constante. Los buques, armados de formidables piezas, marchaban al combate al abrigo de su invulnerable concha. El *Merrimac*, el *Monitor*, el *Ram Tennesee* y el *Wechausen*[1] lanzaban proyectiles enormes, después de haberse acorazado para librarse de los proyectiles contrarios. Causaban a otros el daño que no querían que los otros les causasen, siendo éste el principio inmoral en que suele descansar todo el arte de la guerra.

Y si Barbicane fue el gran fundidor de proyectiles, Nicholl fue un gran forjador de planchas. El uno fundía noche y día en Baltimore, y el otro forjaba día y noche en Filadelfia. Los dos seguían una corriente de ideas esencialmente opuestas.

Apenas Barbicane inventaba una nueva bala, Nicholl inventaba una nueva plancha. El presidente del *Gun-Club* pasaba su vida pensando en la manera de abrir agujeros, y el capitán pasaba la suya pensando en la manera de impedirle que los abriese. He aquí el origen de una rivalidad continua que se convirtió en odio personal.

Nicholl se aparecía a Barbicane en sus sueños bajo la forma de una coraza impenetrable contra la cual se estrellaba, y Barbicane se aparecía en sus sueños a Nicholl como un proyectil que le atravesaba de parte a parte.

Los dos sabios, si bien seguían dos líneas divergentes, se hubieran al fin encontrado a pesar de todos los axiomas de geometría, pero se hubieran encontrado en el terreno dél duelo. Afortunadamente aquellos dos ciudadanos, tan útiles a su país, se hallaban separados uno de otro por una distancia de 50 a 60 millas, y sus amigos hacinaron en el camino tantos obstáculos que no llegaron a encontrarse nunca.

No se podía decir de una manera positiva cuál de los dos inventores había triunfado del otro. Los resultados obtenidos volvían difícil una apreciación justa. Parecía, sin embargo, que en último resultado la coraza había de ceder a la bala. Con todo, había dudas entre las personas competentes. En los últimos experimentos, los proyectiles cilindro-cónicos de Barbicane se clavaron como alfileres en las planchas de Nicholl, por cuyo motivo éste se creyó victorioso y atesoró para su rival una dosis inmensa de desprecio. Pero más adelante, cuando Barbicane sustituyó las balas cónicas con sim-

[1] Buques de la Armada americana.

ples granadas de 600 libras, el presidente del *Gun-Club* tomó su desquite. En efecto, aquellos proyectiles, aunque animados de una velocidad regular, rompieron, taladraron, hicieron saltar a pedazos las planchas del mejor metal.

A este punto habían llegado las cosas y parecía que la bala había quedado victoriosa, cuando terminó la guerra, y terminó precisamente el mismo día en que Nicholl concluía una nueva coraza de hierro forjado, que era en su género una obra maestra, capaz de burlarse de todos los proyectiles del mundo. El capitán la hizo trasladar al polígono de Washington, desafiando a que la destruyeran los proyectiles del presidente del *Gun-Club,* el cual, hecha la paz, se negó a la prueba.

Entonces Nicholl furioso, ofreció exponer su plancha al choque de las balas más inverosímiles, llenas o huecas, redondas o cónicas.

Ni por esas; el presidente no quería comprometer su última victoria.

Nicholl, exasperado por la incalificable obstinación de su adversario, quiso tentar a Barbicane dejándole todas las ventajas. Barbicane siguió terco en su negativa. ¿A cien yardas? Ni a setenta y cinco.

—A cincuenta —exclamó el capitán insertando su desafío en todos los periódicos—; colocaré mi plancha a veinticinco yardas del cañón, y yo me colocaré detrás de ella.

Barbicane hizo contestar que aun cuando el capitán Nicholl se colocase delante, no dispararía un solo tiro.

Nicholl, al oír esta contestación, no pudo contenerse y se deshizo en insultos; dijo que la cobardía era indivisible, que el que se niega a tirar un cañonazo está muy cerca de tener miedo al cañón; que, en suma, los artilleros que se baten a seis millas de distancia han reemplazado prudentemente el valor individual por las fórmulas matemáticas, y que hay por lo menos tanto valor en aguardar tranquilamente una bala detrás de una plancha como en enviarla según todas las reglas del arte.

Siguió Barbicane haciéndose el sordo. O tal vez no tuvo noticia de la provocación, absorbido enteramente como estaba entonces por los cálculos de su grande empresa.

Cuando dirigió al *Gun-Club* su famosa comunicación, el capitán Nicholl se salió de sus casillas; mezclábanse con su cólera una suprema envidia y un sentimiento absoluto de impotencia. ¿Cómo inventar algo superior a aquel *columbiad* de 900 pies? ¿Qué coraza podía idearse para resistir un proyectil de 30.000 libras?

Nicholl quedó abatido, aterrado, anonadado por aquel cañón, pero luego se reanimó y resolvió aplastar la proposición bajo el peso de sus argumentos.

Atacó con violencia los trabajos del *Gun-Club,* publicando al efecto numerosas cartas que los periódicos reprodujeron. Quiso demoler científicamente la obra de Barbicane. Empeñado el combate, se valió de razones de todo género con harta frecuencia especiosas y rebuscadas.

Empezó a combatir a Barbicane por sus cifras. Se esforzó en probar por A+B la falsedad de sus fórmulas y le acusó de ignorar los principios rudimentarios de la balística. Echó cálculos para demostrar, amén de otros errores, que era absolutamente imposible dar a un cuerpo cualquiera una velocidad de 12.000 yardas por segundo; con el álgebra en la mano sostuvo que aun en el supuesto de que se consiguiera esta velocidad, jamás un proyectil tan pesado traspasaría los límites de la atmósfera terrestre, Ni siquiera iría más allá de ocho leguas. Más aún, suponiendo adquirida la velocidad suficiente, la granada no resistiría la presión de los gases desarrollados por la combustión de un millón seiscientas mil libras de pólvora, y aunque la resistiera, no soportaría una temperatura semejante, se fundiría al salir del *columbiad,* y convertiría en lluvia de hierro derretido, caería sobre el cráneo de los imprudentes espectadores.

Barbicane, sin hacer caso de estos ataques, continuó su obra.

Entonces Nicholl miró la cuestión bajo otros aspectos. Dejando a un lado su inutilidad absoluta, consideró el experimento como muy peligroso para los ciudadanos que autorizasen con su presencia tan reprobado espectáculo y para las poblaciones próximas a aquel cañón vituperable. Hizo notar también que el proyectil, si no alcanzaba, como no lo alcanzaría, el objetivo a que se le destinaba, caería, y la caída de una mole semejante, multiplicada por el cuadrado de su velocidad, comprometería singularmente algún punto del globo. Sin atacar los derechos de los ciudadanos, había llegado el caso en que la intervención del Gobierno era de absoluta necesidad, pues no era justo comprometer la seguridad de todos por el capricho de uno solo.

Véase a qué exageraciones se dejaba arrastrar el capitán Nicholl. Nadie participaba de su opinión, ni tuvo en cuenta sus funestos pronósticos. Se le dejó gritar y desgañitarse cuanto le diera la gana. Así quedó constituido el capitán en defensor de una causa perdida de antemano; se le oía, pero no se le escuchaba, y no privó al presidente del *Gun-Club* ni de uno solo de sus admiradores. Barbicane no se tomó siquiera la molestia de contestar a los argumentos de su implacable rival.

Acorralado en sus últimas trincheras, Nicholl, ya que no podía pagar con su persona, resolvió pagar con su dinero.

En el *Enquirer,* de Richmond, propuso públicamente una serie de apuestas en la forma siguiente..

Apostó:

1.°	A que no se reunirían los fondos necesarios para llevar a cabo la empresa del *Gun-Club*	1.000	dólares
2.°	A que la fundición de un cañón de 900 pies resultaría impracticable y no tendría buen éxito	2.000	”

3.º	A que sería imposible cargar el *columbiad*, y a que la pólvora se inflamaría por la sola presión del proyectil	3.000	"
4.º	A que el *columbiad* reventaría al primer disparo	4.000	"
5.º	A que la bala no alcanzaría a más de 6 millas y caería a los pocos segundos de haberla disparado	5.000	"

Como se ve, era importante la suma que, en su obstinación invencible, arriesgaba el capitán. Tratábase nada menos que de 15.000 dólares.

A pesar de la importancia de la apuesta, recibió el 19 de mayo un pliego lacrado. Era lacónico.

«Baltimore, 18 de octubre.
Aceptadas.
Barbicane»

CAPÍTULO XI

FLORIDA Y TEJAS

Una cuestión faltaba resolver, y era la elección del lugar favorable al experimento. El Observatorio de Cambridge había recomendado con interés que el disparo se dirigiese perpendicularmente al plano del horizonte, es decir, hacia el cenit, y la Luna no sube al cenit sino en los lugares situados entre 1° y 28° de latitud, o, lo que es lo mismo, la declinación de la Luna no es más que de 28 grados[1]. Tratábase, pues, de determinar exactamente el punto del globo en que se había de fundir el inmenso *columbiad.*

El día 20 de octubre, hallándose reunido el *Gun-Club* en sesión general, Barbicane se presentó con un magnífico mapa de los Estados Unidos de Z. Belltropp. Pero sin darle tiempo de desplegarlo, J. T. Maston pidió la palabra con su habitual vehemencia, y se expresó en los siguientes términos:

—Dignísimos colegas, la cuestión que vamos a debatir tiene una importancia verdaderamente nacional, y va a depararnos la ocasión de ejercer un gran acto de patriotismo.

Los miembros del *Gun-Club* se miraron unos a otros sin comprender dónde iría a parar el orador.

—Ninguno de vosotros —prosiguió éste— ha pensado ni pensará nunca en transigir con la gloria de su país, y si hay algún derecho que la Unión pueda reivindicar es el fundir en su propio seno el formidable cañón del *Gun-Club.* Así, pues, en las circunstancias actuales...

—Insigne Maston... —dijo el presidente.

—Permitidme desenvolver mi pensamiento —repuso el orador—. En las circunstancias actuales, tenemos que buscar un sitio bastante cerca del ecuador, para que el experimento se haga en buenas condiciones...

—Si me dejáis hablar... —dijo Barbicane.

—Pido que no se opongan obstáculos a la libre discusión de las ideas —repuso el displicente J. T. Maston—, y sostengo que el territorio desde el cual se lance nuestro glorioso proyectil, debe ser parte integrante de la Unión.

—¡Sin duda! —respondieron algunos miembros.

---

[1] La declinación de un astro es su latitud en la esfera terrestre, la ascensión recta es la longitud.

—¡Pues bien! Puesto que nuestras fronteras no son bastante extensas, puesto que al Sur nos opone el Océano una barrera insuperable, puesto que tenemos necesidad de ir a buscar más allá de los Estados Unidos este 28° paralelo que nos es tan preciso, se nos presenta un *casus belli* legítimo y pido que se declare la guerra a Méjico.

—¡No! ¡No! —exclamaron muchas voces al unísono.

—¿Conque no? —replicó J. T. Maston—. No, es un monosílabo que me resulta totalmente incomprensible en este recinto.

—¡Pero, escuchad...!

—¡No puedo escuchar nada! —exclamó el fogoso orador—. Tarde o temprano la guerra se hará, y pido que estalle hoy mismo.

—¡Maston! —dijo Barbicane, haciendo sonar el timbre con estrépito—. ¡Os suplico que no sigáis hablando!

Maston quiso replicar, pero algunos de sus colegas pudieron contenerle.

—Convengo —dijo Barbicane— en que el experimento no se puede ni se debe intentar sino en territorio de la Unión, pero si mi impaciente amigo me hubiese dejado hablar, si hubiese con la vista recorrido este mapa, sabría que es perfectamente inútil declarar la guerra a nuestros vecinos, en atención a que ciertas fronteras de los Estados Unidos se extienden más allá del 28° paralelo. Mirad el mapa y veréis que tenemos a nuestra disposición, sin salir de nuestro país, toda la parte meridional de Tejas y de Florida.

El incidente no tuvo consecuencias, si bien a J. T. Maston le costó no poco dejarse convencer. Se decidió fundir el *columbiad* en el suelo de Tejas o en el de Florida.

Pero esta decisión debía crear una rivalidad sin ejemplo entre las ciudades de estos dos Estados.

En la costa americana, el 28° paralelo atraviesa la península de Florida y la divide en dos partes casi iguales. Después, cruzando el golfo de Méjico, se apoya en los extremos del arco formado por las costas de Alabama, Mississippi y Luisiana. Entonces, abordando Tejas, de la que corta un ángulo, se prolonga por Méjico, salva Sonora, pasa por encima de la antigua California y se pierde en los mares del Pacífico. Situadas debajo de este paralelo, no había más que las porciones de Tejas y Florida que se hallasen en las condiciones de latitud recomendadas por el observatorio de Cambridge.

En su parte meridional, Florida, erizada de fuertes levantados contra los indios nómadas, no tiene ciudades de importancia. Tampa es la única población que por su situación merece tenerse en cuenta.

En Tejas las ciudades son más numerosas e importantes. Corpus Christi, en el distrito de Nueces, y todas las poblaciones situadas en el río Bravo: Laredo, Realitos, San Ignacio, Webb, Roma, Río Grande City Pharr, Edimburgo, Hidalgo, Santa Rita, Panda, Brownsville, La Feria y San Manuel formaron contra las pretensiones de Florida una liga imponente.

Los diputados tejanos y floridenses, apenas conocieron la decisión, se trasladaron a Baltimore por el camino más corto, y desde entonces el presidente Barbicane y los miembros más influyentes del *Gun-Club* se vieron día y noche asediados por formidables reclamaciones.

Con menos afán se disputaron siete ciudades de Grecia la gloria de haber sido la cuna de Homero que el Estado de Tejas y el de Florida la de ver fundir un cañón en su regazo.

Aquellos *feroces hermanos* recorrían armados las calles de Baltimore. Era inminente un conflicto de incalculables consecuencias. Afortunadamente, la prudencia y el buen tacto del presidente Barbicane conjuraron el peligro. Las demostraciones personales hallaron un derivativo en los periódicos de varios Estados. En tanto que el *New York Herald* y la *Tribune* se declaraban partidarios de Tejas, el *Times* y el *American Review* se constituían en órganos de los diputados floridenses. Los miembros del *Gun-Club* estaban perplejos.

Tejas hacía orgulloso alarde de sus veintiséis condados, que parecía poner en batería; pero Florida contestaba que, siendo ella un país seis veces más pequeño, tenía doce condados que son relativamente a la extensión del territorio más que los veintiséis de Tejas.

Tejas sacaba a relucir sus 300.000 habitantes, pero Florida, menos extensa, se consideraba más poblada con sus 56.000. Acusaba a Tejas de tener una variedad de fiebres palúdicas que costaban la vida todos los años a algunos miles de habitantes. Y, desde luego, tenía razón.

Tejas, a su vez, replicaba que Florida, respecto a fiebres, nada tenía que envidiar a nadie, y que no era prudente que acusase de insalubres a otros países un Estado que tenía la honra de poseer entre sus enfermedades endémicas el vómito negro. Y Tejas tenía razón también.

Además, añadían los tejanos en el *New York Herald,* algunas consideraciones merece un Estado que produce el mejor algodón de América y la mejor madera de construcción para buques, encerrando también en sus entrañas soberbio carbón de piedra y minas de hierro que dan un cincuenta por ciento de mineral puro.

A esto el *American Review* contestaba que el suelo de Florida, sin ser tan rico, ofrecía mejores condiciones para fundir y vaciar el *columbiad,* porque estaba compuesto de arena y arcilla.

—Pero —replicaban los tejanos— antes de fundir algo, sea lo que quiera, en un país, es preciso llegar al país, y las comunicaciones con Florida son difíciles, al paso que la costa de Tejas ofrece la bahía de Galveston, que tiene catorce leguas de extensión y podría contener holgadamente a todas las escuadras del mundo.

—¡Bueno! —repetían los periódicos defensores de Florida—. ¡Gran cosa tenéis en vuestra bahía de Galveston, situada encima del 29° paralelo! ¿No tenemos acaso nosotros la bahía del Espíritu Santo, abierta precisamente al 28° de latitud, y por la cual los buques llegan directamente a Tampa?

—¡Magnífica bahía! —respondía sarcásticamente Tejas—. ¡Una bahía medio cegada!

—¡Vosotros sois los que estáis cegados por la pasión! —exclamaba Florida—. ¡Cualquiera, al oíros, diría que yo soy un país de salvajes!

—La verdad es que los semícolas recorren vuestras praderas.

—¿Y vuestros apaches y comanches son gente civilizada?

Después de algunos días de dimes y diretes, Florida llamó a su adversario a otro terreno, y una mañana salió el *Times* con la pata de gallo de que siendo la empresa *esencialmente americana,* no podía llevarse a cabo sino en un terreno *esencialmente americano.*

A estas palabras, Tejas se salió de sus casillas.

—¡Americanos! —exclama—. ¿No lo somos tanto nosotros como vosotros? ¿Tejas y Florida no se incorporaron los dos a la Unión en 1845?

—Sin duda —respondió el *Times*—, pero nosotros pertenecemos a los americanos desde 1820.

—Ya lo creo —replicó la *Tribune*—. ¡Después de haber sido españoles o ingleses por espacio de doscientos años, os vendieron a los Estados Unidos por cinco millones de dólares!

—¡Qué importa! —replicaron los floridenses—. ¿Debemos por ello avergonzarnos? En 1903, ¿no fue comprada la Luisiana a Napoleón por dieciséis millones de dólares?

—¡Qué vergüenza! —exclamaron entonces los diputados de Tejas—. ¡Un miserable pedazo de tierra como Florida ponerse en parangón con Tejas, que, en lugar de venderse, se hizo ella misma independiente, expulsó a los mejicanos el 2 de marzo de 1836 y se declaró república federal después de la victoria alcanzada por Samuel Houston en las márgenes del San Jacinto sobre las tropas de Santana! ¡Un país, en fin, que se anexionó voluntariamente a los Estados Unidos de América!

—¡Sí, por miedo a los mejicanos! —respondió Florida.

¡Miedo! Desde el momento que se pronunció esta palabra, demasiado fuerte, en realidad, la posición se hizo intolerable. Era de temer un degüello de los dos partidos en las calles de Baltimore. Necesidad hubo de poner centinelas de vista a los diputados.

El presidente Barbicane se hallaba metido en un atolladero. Llegaban continuamente a sus manos notas, documentos y cartas preñadas de amenazas. ¿Qué partido había de tomar? Bajo el punto de vista de la posición, facilidad de las comunicaciones y rapidez de los transportes, los derechos de los dos Estados eran perfectamente iguales. En cuanto a las personalidades políticas, nada tenían que ver en el asunto.

La vacilación y la perplejidad se habían prolongado ya mucho y ofrecían visos de perpetuarse, por lo que Barbicane trató de salir resueltamente al paso ocurriéndosele una solución que era indudablemente la más discreta.

—Todo bien considerado —dijo—, es evidente que las dificultades suscitadas por la rivalidad de Tejas y Florida se producirán entre las ciudades del Estado favorecido. La rivalidad descenderá del género a la especie, del Estado a la ciudad, y no habremos adelantado nada. Pero Tejas tiene once ciudades que gozan de las condiciones requeridas, y las once, disputándose el honor de la empresa, nos crearán nuevos conflictos, al paso que Florida no tiene más ciudades que Tampa. Optemos, pues, por Florida.

Esta disposición, apenas fue conocida, puso a los diputados de Tejas de un humor de perros. Se apoderó de ellos un furor indescriptible y dirigieron insultos desmedidos a los distintos miembros del *Gun-Club.* Los magistrados de Baltimore no podían tomar más que un partido, y lo tomaron. Mandaron preparar un tren especial, metieron en él de grado o fuerza a los tejanos, y les hicieron abandonar la ciudad con una rapidez de treinta millas por hora.

Pero, por precipitado que fuese su forzoso viaje, tuvieron tiempo de echar un último sarcasmo amenazador a sus adversarios.

Aludiendo a la poca extensión de Florida, península en miniatura encerrada entre dos mares, se consolaron con la idea de que no resistiría al sacudimiento del disparo y saltaría al primer cañonazo.

—¡Que salte! —respondieron los floridenses, con un laconismo digno de los tiempos antiguos.

CAPÍTULO XII

URBI ET ORBI

Resueltas las dificultades astronómicas, mecánicas y topográficas, se presentaba la cuestión económica. Tratábase nada menos que de procurarse una enorme cantidad para la ejecución del proyecto. Ningún particular, ningún Estado hubiera podido disponer de los millones necesarios.

Por más que la empresa fuese americana, el presidente Barbicane tomó el partido de darle un carácter de universalidad para poder pedir su cooperación a todas las naciones. Era a la vez un derecho y un deber de toda la Tierra intervenir en los negocios de su satélite. Abrióse con este objeto una suscripción que se extendió desde Baltimore al mundo entero. *Urbi et orbi.*

La suscripción debía tener un éxito superior a todas las esperanzas. Tratábase, sin embargo, de un donativo, y no de un préstamo. La operación, en el sentido literal de la palabra, era puramente desinteresada, sin la más remota probabilidad de beneficio.

Pero el efecto de la comunicación de Barbicane no se había limitado a las fronteras de los Estados Unidos, sino que había salvado el Atlántico y el Pacífico, invadiendo a la vez Asia y Europa, África y Oceanía. Los observadores de la Unión se pusieron inmediatamente en contacto con los de los países extranjeros. Algunos, los de París, San Petersburgo, El Cabo, Berlín, Altona, Estocolmo, Varsovia, Hamburgo, Budapest, Bolonia, Malta, Lisboa, Benarés, Madrás y Pekín cumplimentaron al *Gun-Club;* los demás se encerraron en una prudente expectativa.

En cuanto al observatorio de Greenwich, con el beneplácito de los otros veintidós establecimientos astronómicos de la Gran Bretaña, no se anduvo en chiquitas ni paños calientes, sino que negó terminantemente la posibilidad del éxito, y se colocó sin vacilar en las filas del capitán Nicholl, cuyas teorías prohijó sin la menor reserva.

Así es que, en tanto que otras ciudades científicas prometían enviar delegados a Tampa, los astrónomos de Greenwich, acordaron, en una sesión especial, no darse por enterados de la proposición de Barbicane. ¡A tanto llega la envidia inglesa!

Pero el efecto fue excelente en el mundo científico en general, desde el cual se propagó a todas las clases de la sociedad, que acogieron el proyecto

con el mayor entusiasmo. Este hecho era de una importancia inmensa tratándose de una suscripción para reunir un capital considerable.

El 8 de octubre, el presidente Barbicane redactó un manifiesto capaz de entusiasmar a las piedras, en el cual hacía un llamamiento *a todos los hombres de buena voluntad que pueblan la Tierra.* Aquel documento, traducido a todos los idiomas, tuvo un éxito portentoso.

Se abrió suscripción en las principales ciudades de la Unión para centralizar fondos en el Banco de Baltimore, 9 Baltimore Street, y luego se establecieron también centros de suscripción en los diferentes países de los dos continentes:

En Viena, S. M. Rothschild.
En San Petersburgo, Stieglitz y Compañía.
En París, el Crédito Mobiliario.
En Estocolmo, Tottie y Arfuredson.
En Londres, N. M. Rothschild e Hijos.
En Turín, Ardouin y Compañía.
En Berlín, Mendelsohn.
En Ginebra, Lombard Odier y Compañía.
En Constantinopla, el Banco Otomano.
En Bruselas, S. Lambert.
En Madrid, Daniel Weisweiller.
En Amsterdam, el Crédito Neerlandés.
En Roma, Torlonia y Compañía.
En Lisboa, Lecesno.
En Copenhague, el Banco Privado.
En Buenos Aires, el Banco Maun.
En Río de Janeiro, la misma casa.
En Montevideo, la misma casa.
En Valparaíso, Tomás La Chambre y Compañía.
En Méjico, Martín Durán y Compañía.
En Lima, Tomás La Chambre y Compañía.

Tres días después del manifiesto del presidente Barbicane se habían recaudado en las varias ciudades de la Unión cuatro millones de dólares[1], con los cuales el *Gun-Club* pudo empezar los trabajos.

Algunos días después se supo en América, por partes telegráficos, que en el extranjero se cubrían las suscripciones con una rapidez asombrosa. Algunos países se distinguían por su generosidad, pero otros no soltaban el dinero tan fácilmente. Cuestión de temperamento.

Rusia, para cubrir su contingente, aportó la enorme suma de 368.733 rublos[2].

---

[1] 21.680.000 francos.
[2] 1.475.000 francos.

Francia empezó riéndose de la pretensión de los americanos. Sirvió la Luna de pretexto a mil chanzonetas y retruécanos trasnochados y a dos docenas de sainetes en que el mal gusto y la ignorancia andaban a la greña. Pero así como en otro tiempo los franceses soltaron la mosca después de cantar, la soltaron esta vez después de reír, y se suscribieron por una cantidad de 253.930 francos. A este precio, derecho tenían a divertirse un poco.

Austria, atendido el mal estado de su hacienda, se mostró bastante generosa. Su parte en la contribución pública se elevó a la suma de 216.000 florines, que fueron bien recibidos[3].

Suecia y Noruega enviaron 52.000 rixdales[4], que, en relación al país, son una cantidad considerable, pero hubiera sido mayor aún si se hubiese abierto suscripción en Cristianía al mismo tiempo que en Estocolmo. Por no sabemos qué razón, a los noruegos no les gusta enviar su dinero a Suecia.

Prusia demostró la consideración que le mereció la empresa enviando 250.000 táleros[5]. Todos sus observatorios se suscribieron por una cantidad importante, y fueron los que más procuraron alentar al presidente Barbicane.

Turquía se condujo generosamente, pues siendo la Luna quien regula el curso de sus años y su ayuno del Ramadán, se hallaba personalmente interesada en el asunto. No podía enviar menos de 1.372.640 piastras[6], y las dio con una espontaneidad que revelaba, sin embargo, cierto interés del Gobierno otomano.

Bélgica se distinguió entre todos los Estados de segundo orden con un donativo de 513.000 francos, que vienen a corresponder a doce céntimos por habitante.

Holanda y sus colonias se interesaron en la cuestión por 110.000 florines[7], pidiendo sólo una rebaja del 5 por 100 por pagarlos al contado.

Dinamarca, cuyo territorio es muy limitado, dio, sin embargo, 9.000 ducados finos[8], lo que prueba la afición de los dinamarqueses a las expediciones científicas.

La confederación germánica contribuyó con 34.285 florines[9]. Pedirle más hubiera sido gollería, y aunque se lo hubieran pedido, ella no lo hubiera dado.

Italia, aunque muy entrampada, encontró 200.000 liras en los bolsillos de sus hijos, pero dejándolos limpios como una patena. Si hubiese tenido Venecia hubiera dado más; pero no la tenía.

---

[3] 520.000 francos.
[4] 294.323 francos.
[5] 937.500 francos.
[6] 343.160 francos.
[7] 235.400 francos.
[8] 117.414 francos.
[9] 72.000 francos.

Los Estados de la Iglesia no creyeron prudente enviar menos de 7.040 escudos romanos[10], y Portugal llegó a desprenderse por la ciencia hasta de 30.000 cruzados[11].

En cuanto a Méjico, no pudo dar más que 86.000 pesos fuertes[12], pues los imperios que se están fundando andan algo apurados.

Doscientos cincuenta y siete francos fueron el modesto tributo de Suiza para la obra americana... Digamos francamente que Suiza no acertaba a ver el lado práctico de la operación; no le parecía que el acto de enviar una bala a la Luna fuese de tal naturaleza que estableciese relaciones diplomáticas con el astro de la noche, y se le antojó que era poco prudente aventurar sus capitales en una empresa tan aleatoria. Si bien se medita, Suiza tenía, tal vez, razón.

Respecto a España, no pudo reunir más que 110 reales. Dio por excusa de su mezquindad que tenía que concluir sus caminos de hierro. La verdad es que la ciencia en aquel país no está muy considerada. Se halla aún aquel país algo atrasado. Y, además, ciertos españoles, y no de los menos instruidos, no sabían darse cuenta exacta del peso del proyectil, comparado con el de la Luna, y temían que la sacase de su órbita; que la turbase en sus funciones de satélite y provocase su caída sobre la superficie del globo terráqueo. Por lo que pudiera tronar, lo mejor era abstenerse. Así se hizo, salvo unos cuantos realejos.

Quedaba Inglaterra. Conocida es la desdeñosa antipatía con que acogió la proposición de Barbicane. Los ingleses no tienen más que una sola alma para los veinticinco millones de habitantes que encierra la Gran Bretaña. Dieron a entender que la empresa del *Gun-Club* era contraria al principio de no intervención, y no soltaron ni un cuarto.

A esta noticia, el *Gun-Club* se contentó con encogerse de hombros y siguió su negocio. En cuanto a la América del Sur: Perú, Chile, Brasil, las provincias de la Plata, Colombia, remitieron a los Estados Unidos 300.000 pesos[13]. *El Gun-Club* se encontró con un capital considerable, cuyo resumen es el siguiente:

Suscripción de los Estados Unidos	4.000.000	dólares
Suscripciones extranjeras	1.446.675	”
Total	5.446.675	dólares

5.446.675 dólares[14] entraron, como resultado de la suscripción, en la caja del *Gun-Club*.

[10] 38.00 francos.
[11] 113.200 francos.
[12] 1.727 francos.
[13] 59.000 francos.
[14] Alrededor de 29,5 millones de francos

A nadie sorprenda la importancia de la suma. Los trabajos de fundición, taladro y albañilería, el transporte de los operarios, su permanencia en un país casi inhabitado, la construcción de hornos y andamios, las herramientas, la pólvora, el proyectil y los gastos imprevistos, debían, según el presupuesto, consumirse casi completamente. Algunos cañonazos de la guerra federal costaron 1.000 dólares, y, por consiguiente, bien podía costar cinco mil veces más el del presidente Barbicane, único en los fastos de la artillería.

El 20 de octubre, se ajustó un contrato con la fábrica de fundición de Goldspring, cerca de Nueva York, la cual se comprometió a transportar a Tampa, en la Florida meridional, el material necesario para la fundición del *columbiad.*

Todo lo más tarde, la operación debía quedar terminada el 15 del próximo octubre, y entregado el cañón en buen estado, bajo pena de una indemnización de 100 dólares por día hasta el momento de volverse a presentar la Luna en las mismas condiciones requeridas, es decir, hasta haber transcurrido dieciocho años y once días.

El ajuste y pago de salario de los trabajadores y las demás atenciones de esta índole, eran de cuenta de la Compañía de Goldspring.

Este convenio, hecho por duplicado y de buena fe, fue firmado por Y. Barbicane, presidente del *Gun-Club,* y por J. Murphison, director de la fábrica de Goldspring, que aprobaron la escritura.

CAPÍTULO XIII

STONE'S HILL

Hecha ya la elección por los miembros del *Gun-Club,* en detrimento de Tejas, los americanos de la Unión, que saben todos leer, se impusieron la obligación de estudiar la geografía de la Florida. Nunca jamás habían vendido los libreros tantos ejemplares de *Eartram's travel in Florida,* de *Roman's natural history of East and West Florida,* de *William's territory of Florida,* de *Cleland on the culture of the Sugar, Cane in East Florida.* Fue necesario tirar nuevas ediciones. Aquello era un delirio.

Barbicane tenía que hacer algo más que leer; quería ver con sus propios ojos y marcar el sitio del *columbiad.* Sin pérdida de un instante puso a disposición del Observatorio de Cambridge los fondos necesarios para construcción de un telescopio, y entró en tratos con la casa Breadwill y Compañía, de Albany, para la fabricación del proyectil de aluminio. En seguida partió de Baltimore, acompañado de J. T. Maston, del mayor Elphiston y del director de la fábrica de Goldspring.

Al día siguiente, los cuatro compañeros de viaje llegaron a Nueva Orleáns, donde se embarcaron inmediatamente en el *Tampico,* aviso de la Marina federal que el Gobierno ponía a su disposición, y, calentadas las calderas, las orillas de la Luisiana desaparecieron luego de su vista.

La travesía no fue larga. Dos días después de partir el *Tampico,* que había ganado 480 millas, distinguióse la costa floridense. Al acercarse a ésta, Barbicane se halló en presencia de una tierra baja, llana, de aspecto bastante árido. Después de haber costeado una cadena de ensenadas materialmente cubiertas de ostras y cangrejos, el *Tampico* entró en la bahía del Espíritu Santo.

Dicha bahía se divide en dos radas prolongadas: la rada de Tampa y la rada de Hillisboro, por cuya boca penetró el buque. Poco tiempo después, el Fuerte Broke descubrió sus baterías rasantes por encima de las olas, y apareció la ciudad de Tampa, negligentemente echada en el fondo de un puertecillo natural formado por la desembocadura del río Hillisboro.

Allí fondeó el *Tampico* el 22 de octubre, a las siete de la tarde, y los cuatro pasajeros desembarcaron inmediatamente.

Barbicane sintió palpitar con violencia su corazón al pisar la tierra floridense; parecía tantearla con el pie, como hace un arquitecto con una casa cuya solidez desea conocer; J. T. Maston escarbaba el suelo con su mano postiza.

—Señores —dijo entonces Barbicane—, no tenemos tiempo que perder, y mañana mismo montaremos a caballo para empezar a recorrer el país.

Barbicane, en el momento de saltar a tierra, vio que le salían al encuentro los 3.000 habitantes de la ciudad de Tampa. Bien merecía este honor el presidente del *Gun-Club,* que les había dado la preferencia. Fue acogido con formidables aclamaciones; pero él se sustrajo a la ovación, se encerró en un cuarto de la fonda *Franklin* y no quiso recibir a nadie. Decididamente, no se avenía su carácter con el oficio de hombre célebre.

Al día siguiente, 23 de octubre, algunos caballos de raza española, de poca alzada, pero de mucho vigor y brío, relinchaban debajo de sus ventanas. Pero no eran cuatro, sino cincuenta, con sus correspondientes jinetes. Barbicane, acompañado de sus tres camaradas, bajó y se asombró de pronto, viéndose en medio de aquella cabalgata. Notó que cada jinete llevaba una carabina a la bandolera y un par de pistolas en el cinto. Un joven floridense le explicó inmediatamente la razón que había para aquel aparato de fuerzas.

—Señor —dijo—, hay semínolas.

—¿Qué son semínolas?

—Salvajes que recorren las praderas, y nos ha parecido prudente escoltaros.

—¡Bah! —dijo desdeñosamente J. T. Maston montando a caballo.

—Siempre es bueno —respondió el floridense— tomar precauciones.

—Señores —repuso Barbicane—, os agradezco vuestra atención, y partamos.

La cabalgata se puso en movimiento y desapareció en una nube de polvo. Eran las cinco de la mañana; el sol resplandecía ya, y el termómetro señalaba 84 grados[1], pero frescas brisas del mar moderaban la temperatura excesiva.

Barbicane, al salir de Tampa, bajó hacia el Sur y siguió la costa, ganando el *creek*[2] de Alifia. Aquel arroyo desagua en la bahía de Hillisboro, doce millas al sur de Tampa. Barbicane y su escolta costearon la orilla derecha, remontando hacia el Este. Las olas de la bahía desaparecieron luego detrás de un accidente del terreno, y únicamente se ofreció a su vista la campiña.

La Florida se divide en dos partes: una, al Norte, más populosa, menos abandonada, tiene por capital a Tallahassee, y posee uno de los principales arsenales marítimos de los Estados Unidos, que es Pensacola; la otra, colocada entre los Estados Unidos y el golfo de Méjico, que la estrechan con

[1] 28° centígrados.

[2] Arroyo.

sus aguas, no es más que una angosta península roída por la corriente del *Gulf Stream,* punta de tierra perdida en medio de un pequeño archipiélago, doblándola incesantemente los numerosos buques del canal de Bahama. Aquella punta es el centinela avanzado del golfo de las grandes tempestades. Tiene aquel Estado una superficie de 38.033.267 acres[3], entre los cuales había que escoger uno situado más allá del 28° paralelo que conviniese a la empresa, por lo que Barbicane, sin apearse, examinaba atentamente la configuración del terreno y su distribución particular.

La Florida, descubierta por Juan Ponce de León el Domingo de Ramos de 1512, debió a esta circunstancia el nombre que llevaba en un principio de Pascua Florida. No la hacían en verdad muy digna de él sus costas áridas y abrasadas. Pero a algunas millas de la playa, la naturaleza del terreno se fue modificando poco a poco, y el país se mostró acreedor a su denominación primitiva. Entrecortaba el terreno una red de *creeks,* ríos, manantiales, estanques y lagos, que le daba un aspecto parecido al que tienen Holanda y Guayana; pero el campo se elevó sensiblemente y no tardó en ostentar sus llanuras cultivadas, en que se daban admirablemente todas las producciones vegetales del Norte y del Mediodía. El sol de los trópicos y las aguas conservadas por la arcilla del terreno, pagan todos los gastos de cultivo de su inmensa vega. Praderas de ananás, de icacos, de tabaco, de arroz, de algodón y de caña de azúcar, que se extienden a cuanto alcanza la vista, ofrecen sus riquezas con la prodigalidad más espontánea.

Mucho satisfacía a Barbicane la elevación progresiva del terreno, y cuando J. T. Maston le interrogó acerca del particular, le respondió:

—Amigo mío, tenemos el mayor interés en fundir nuestro *columbiad* en un terreno alto.

—¿Para estar más cerca de la Luna? —preguntó con sorna el secretario del *Gun-Club.*

—No —respondió Barbicane sonriéndose—. ¿Qué importan algunas toesas más o menos? Pero en terrenos altos la ejecución de nuestros trabajos será más fácil, no tendremos que luchar con las aguas, lo que nos permitirá prescindir de largo y penoso sistema de tuberías, cosa digna de consideración cuando se trata de abrir un pozo de 900 pies de profundidad.

—Tenéis razón —dijo el ingeniero Murchisson—. Debemos, en cuanto podamos, evitar los cursos de agua durante la perforación; pero si encontramos manantiales, no hay que amilanarse por eso, los agotaremos con nuestras máquinas o los desviaremos. No se trata de un pozo artesiano, estrecho y oscuro, en el que la terraja, el cubo, la sonda, en una palabra, todos los instrumentos del perforador, trabajan a ciegas. No. Nosotros trabajaremos al aire libre, a plena luz, con el azadón o el pico en la mano, y con el auxilio de los barrenos saldremos pronto del paso.

—Sin embargo —respondió Barbicane—, si por la elevación o naturaleza del terreno podemos evitar una lucha con las aguas subterráneas, el

[3] 151.975 kilómetros cuadrados.

trabajo será más rápido y saldrá más perfecto. Procuremos, pues, abrir nuestra zanja en un terreno situado a algunos centenares de toesas sobre el nivel del mar.

—Tenéis razón, señor Barbicane; si no me engaño, no tardaremos en encontrar el sitio que nos conviene.

—¡Ah! Ya quisiera haber dado el primer azadonazo —dijo el presidente.

—¡Y yo el último! —exclamó J. T. Maston.

—Todo se andará, señores —respondió el ingeniero—, y, creedme, la Compañía de Goldspring no tendrá que pagar indemnización alguna por causa de retraso.

—¡Por Santa Bárbara que tenéis razón! —replicó J. T. Maston—. Cien dólares por día hasta que la Luna se vuelva a presentar en las mismas condiciones, es decir, durante dieciocho años y once días, constituirían una suma de 650.000 dólares. ¿Sabíais eso?

—Ni tenemos necesidad de saberlo —respondió el ingeniero.

A cosa de las diez de la mañana, la comitiva había avanzado unas 12 millas. A los campos fértiles sucedió entonces la región de los bosques. Allí se presentaban las esencias más variadas con una profusión tropical. Aquellos bosques casi impenetrables, estaban formados de granados, naranjos, limoneros, higueras, olivos, albaricoqueros, bananeros y cepas de viña, cuyos frutos y flores rivalizaban en colores y perfumes. A la olorosa sombra de aquellos árboles magníficos, cantaban y volaban numerosísimas aves de brillantes colores, entre las cuales se distinguían muy particularmente las cangrejeras, cuyo nido debería ser un estuche de guardar joyas para ser digno de su magnífico y variado plumaje.

J. T. Maston y el mayor, no podían hallarse en presencia de aquella naturaleza opulenta, sin admirar su espléndida belleza.

Pero el presidente Barbicane, poco sensible a tales maravillas, tenía prisa en seguir adelante. Aquel país tan fértil le desagradaba por su fertilidad misma. Sin ser hidróscopo sentía el agua bajo sus pies, y buscaba, aunque en vano, señales de una aridez incontestable.

Se siguió avanzando, y hubo que vadear varios ríos, no sin algún peligro, porque estaban infestados de caimanes de 15 a 18 pies de largo. J. T. Maston les amenazó con su temible mano postiza, pero sólo consiguió meter miedo a los pelícanos, yaguazas y faelones, salvajes habitantes de aquellas costas, mientras los grandes flamencos de color de rosa le miraban como embobados.

Aquellos huéspedes de las regiones húmedas desaparecieron a su vez, y árboles menos corpulentos se desparramaron por bosques menos espesos. Algunos grupos aislados se destacaron en medio de llanuras infinitas cruzadas por numerosas manadas de gansos azorados.

—¡Por fin llegamos! —exclamó Barbicane, levantándose sobre los estribos—. ¡He aquí la región de los pinos!

—Y la de los salvajes —respondió el mayor.

En efecto, algunos semínolas aparecían a lo lejos, agitándose, revolviéndose, corriendo de un lado a otro, montados en rápidos caballos, blandiendo largas lanzas o descargando fusiles de sordo estampido. Limitáronse a estas demostraciones hostiles, sin inquietar a Barbicane y a sus compañeros.

Éstos ocupaban entonces el centro de una llanura pedregosa, vasto espacio descubierto de una extensión de algunos acres que sumergía el sol en abrasadores rayos. Estaba formada la llanura por una especie de dilatado entumecimiento del terreno, que ofrecía, al parecer, a los miembros del *Gun-Club* todas las condiciones que requería la colocación de su *columbiad.*

—¡Alto! —dijo Barbicane deteniéndose—. ¿Cómo se llama este sitio?

—Stone's Hill[1] —respondió uno de los floridenses.

Barbicane, sin decir una palabra, se apeó, sacó sus instrumentos y empezó a determinar la posición del sitio con la mayor precisión.

La escolta, agolpada en torno suyo, le examinaba en silencio.

El sol pesaba en aquel momento por el meridiano. Barbicane, después de algunas observaciones, apuntó rápidamente su resultado y dijo:

—Este sitio está situado a 300 toesas sobre el nivel del mar, a los 27° 7' de latitud y 5° 7' de longitud Oeste[2]; me parece que, por su naturaleza árida y pedregosa, presenta todas las condiciones que el experimento requiere; en esta llanura, pues, levantaremos nuestros almacenes, nuestros talleres, nuestros hornos, las chozas de los trabajadores y desde aquí, desde aquí mismo —repitió, golpeando con el pie en el suelo—, desde aquí, desde la cúspide de Stone's Hill, nuestro proyectil volará a los espacios del mundo solar.

---

[4] Colina de piedras.

[5] La longitud indicada corresponde al meridiano de Washington.

CAPÍTULO XIV

PALA Y ZAPAPICO

Aquella misma tarde, Barbicane y sus compañeros regresaron a Tampa, y el ingeniero Murchisson embarcó de nuevo en el *Tampico* para Nueva Orleáns. Tenía que contratar un ejército de trabajadores y recoger la mayor parte del material. Los miembros del *Gun-Club* se quedaron en Tampa a fin de organizar los primeros trabajos con la ayuda de la gente del país.

Ocho días después de su partida, el *Tampico* regresaba a la bahía del Espíritu Santo con una flotilla de buques de vapor. Murchisson había reunido quinientos trabajadores. En los malos tiempos de la esclavitud le hubiera sido imposible. Pero desde que América, la tierra de la libertad, no abrigaba en su seno más que hombres libres, éstos acudían dondequiera que les llamaba un trabajo generosamente retribuido. Y el *Gun-Club* no carecía de dinero, y ofrecía a sus trabajadores un buen salario con gratificaciones considerables y proporcionadas. El operario reclutado para la Florida podía contar, concluidos los trabajos, con un capital depositado en su nombre en el Banco de Baltimore. Murchisson tuvo, pues, donde escoger, y pudo manifestarse severo respecto de la inteligencia y habilidad de sus trabajadores. Es de creer que formó su laboriosa legión con la flor y nata de los maquinistas, fogoneros, fundadores, mineros, albañiles y artesanos de todo género, negros o blancos, sin distinción de colores. Muchos partieron con su familia. Aquello era una verdadera emigración.

El 31 de octubre, a las diez de la mañana, la legión desembarcó en los muelles de Tampa, y fácilmente se comprende el movimiento y actividad que reinarían en aquella pequeña ciudad cuya población se duplicaba en un día. En efecto, Tampa debía ganar mucho con aquella iniciativa del *Gun-Club*, no precisamente por el número de trabajadores que se dirigieron inmediatamente a Stone's Hill, sino por la afluencia de curiosos que convergieron poco a poco de todos los puntos del globo hacia la península.

Se invirtieron los primeros días en descargar los utensilios que transportaba la flotilla, las máquinas, los víveres e igualmente un gran número de casas de palastro compuestas de piezas desmontadas y numeradas. Al mismo tiempo, Barbicane trazaba un *railway* de 15 millas para poner en comunicación Stone's Hill con Tampa.

Nadie ignora lo que es un camino de hierro americano. Caprichoso en sus curvas, atrevido en sus pendientes, despreciando terraplenes, desmontes y obras de ingeniería, escalando colinas, precipitándose por los valles; el *rail road* corre a ciegas y sin cuidarse de la línea recta, no es muy costoso, ni ofrece grandes dificultades de construcción, pero descarrila con suma facilidad. El camino de Tampa a Stone's Hill no fue más que una bagatela, y su construcción no requirió mucho tiempo ni tampoco mucho dinero.

Por lo demás, Barbicane era el alma de aquella muchedumbre que acudió a su llamamiento. Él la alentaba, la animaba y le comunicaba su energía y su entusiasmo; su persona se hallaba en todas partes, como si hubiese estado dotado del don de ubicuidad, seguido siempre de J. T. Maston, su mosca zumbadora. Con él no había obstáculos ni dificultades, ni contratiempos; era minero, albañil y maquinista tanto como artillero, teniendo respuestas para todas las preguntas y soluciones para todos los problemas. Estaba en correspondencia constante con el *Gun-Club* y con la fábrica de Goldspring, y día y noche, con las calderas encendidas, con el vapor en presión, el *Tampico* aguardaba sus órdenes en la rada de Hillisboro.

El día 1.° de noviembre, Barbicane salió de Tampa con un destacamento de trabajadores, y al día siguiente se había levantado alrededor de Stone's Hill una ciudad de casas metálicas que se cercó de empalizadas, la cual, por su movimiento, por su actividad, poco o nada tenía que envidiar a las mayores ciudades de la Unión. Se reglamentó cuidadosamente el régimen de vida y empezaron las obras.

Cortaduras escrupulosamente practicadas permitieron reconocer la naturaleza del terreno, y empezó la excavación el 4 de noviembre.

Aquel día, Barbicane reunió a los jefes de los talleres y les dijo:

—Todos conocéis, amigos míos, el objeto por el cual os he reunido en esta parte salvaje de Florida. Trátase de fundir un cañón de nueve pies de diámetro interior, seis pies de grueso en sus paredes y diecinueve y medio de revestimiento de piedra. Es, pues, preciso abrir una zanja que tenga de ancho 60 pies y una profundidad de 900. Esta obra considerable debe concluirse en ocho meses, y, por consiguiente, tenéis que sacar, en doscientos cincuenta y cinco días, 2.543.200 pies cúbicos de tierra, es decir, diez mil pies cúbicos al día. Esto, que no ofrecería ninguna dificultad a mil operarios que trabajasen con holgura, será más penoso en un espacio relativamente limitado. Sin embargo, puesto que es un trabajo que se ha de hacer, se hará, para lo cual cuento tanto con vuestro ánimo como con vuestra destreza.

A las ocho de la mañana se dio el primer azadonazo en el terreno floridense, y desde entonces el poderoso instrumento no tuvo en manos de los mineros un solo momento de ocio. Las tandas de operarios se revelaban de seis en seis horas.

Por colosal que fuese la operación, no rebasaba el límite de las fuerzas humanas. ¡Cuántos trabajos más difíciles, en los que había sido necesario

combatir directamente contra los elementos, se habían llevado felizmente a cabo! Sin hablar más que de obras análogas, basta citar el *Pozo del Tío José,* construido cerca de El Cairo, por el sultán Saladino, en una época en que las máquinas no habían completado aún la fuerza del hombre. Dicho pozo baja al nivel del Nilo, a una profundidad de 300 pies. ¡Y aquel otro pozo abierto en Coblenza, por el margrave Juan de Baden, a la profundidad de 600 pies! Pues bien, ¿de qué se trataba en última instancia? De triplicar esta profundidad y duplicar su anchura, lo que haría la perforación más fácil. Así es que no había ni un peón, ni un oficial, ni un maestro, que dudase del éxito de la operación.

Una decisión importante, tomada por el ingeniero Murchisson, de acuerdo con el presidente Barbicane, había de acelerar más y más la marcha de los trabajos. Por un artículo del contrato, el *columbiad* debía estar reforzado con zunchos o abrazaderas de hierro forjado. Estos zunchos eran un lujo de precauciones inútil, de las que el cañón podía prescindir sin ningún riesgo. Se suprimió, pues, dicha cláusula, con lo que se economizaba mucho tiempo, porque se pudo entonces emplear el nuevo sistema de perforación adoptado actualmente en la construcción de los pozos, en que la perforación y la obra de mampostería se hacen al mismo tiempo. Gracias a este sencillo procedimiento, no hay necesidad de apuntalar la tierra, pues la pared misma la contiene con un poder inquebrantable y desciende por su propio peso.

No debía empezar esta maniobra hasta alcanzar el azadón la parte sólida del terreno.

El 4 de noviembre, cincuenta trabajadores abrieron en el centro mismo del recinto cercado, es decir, en la parte superior de Stone's Hill, un agujero circular de 60 pies de ancho.

El pico encontró primero una especie de terreno negro, de seis pies de profundidad, de cuya resistencia triunfó fácilmente. Sucedieron a este terreno dos pies de una arena fina, que se sacó y guardó cuidadosamente porque debía servir para la construcción del molde interior.

Apareció después de la arena una arcilla blanca bastante compacta, parecida a la marga de Inglaterra, que tenía un grosor de cuatro pies.

En seguida, el hierro de los picos echó chispas bajo la capa dura de la tierra, que era una especie de roca formada de conchas petrificadas, muy seca y muy sólida, y con la cual tuvieron en lo sucesivo que luchar siempre los instrumentos. En aquel punto, el agujero tenía una profundidad de seis pies y medio, y empezaron los trabajos de albañilería.

Construyóse en el fondo de la excavación un torno de encina, una especie de disco muy asegurado con pernos y de una solidez a toda prueba. Tenía en su centro un agujero de un diámetro igual al que debía tener el *columbiad* exteriormente. Sobre aquel aparato se sentaron las primeras hiladas de piedras, unidas con inflexible tenacidad por un cemento de hormigón hidráulico. Los albañiles, después de haber trabajado de la cir-

cunferencia al centro, se hallaron dentro de un pozo que tenía 25 pies de ancho.

Terminada esta obra, los mineros volvieron a coger el pico y el azadón para atacar la roca debajo del mismo disco, procurando sostenerlo con puntales de mucha solidez; estos puntales se quitaban sucesivamente a medida que se iba ahondando el agujero. Así, el disco iba bajando poco a poco, y con él la pared circular de mampostería, en cuya parte superior trabajaban incesantemente los albañiles, dejando aspilleras o respiraderos para que durante la fundición encontrase salida el gas.

Este género de trabajo exige en los obreros mucha habilidad y cuidado. Alguno de ellos, cavando bajo el disco, fue peligrosamente herido por los pedazos de piedra que saltaban y hasta hubo alguna muerte; pero estos percances del oficio no menguaban ni un solo minuto el ardor de los trabajadores. Trabajaban éstos durante el día, a la luz de un sol que algunos meses después daba a aquellas calcinadas llanuras un calor de 99 grados[1]. Trabajaban durante la noche, envueltos en los resplandores de la luz eléctrica. El ruido de los picos rompiendo las rocas, el estampido de los barrenos, el chirrido de las máquinas, los torbellinos de humo agitándose en el aire, trazaban alrededor de Stone's Hill un círculo de terror que no se atrevían a romper las manadas de bisontes ni las partidas de semínolas.

Los trabajos avanzaban regularmente. Grúas movidas por la fuerza del vapor activaban la traslación de los materiales, encontrándose pocos obstáculos inesperados, pues todas las dificultades estaban previstas y había habilidad para allanarlas.

El pozo, en un mes, había alcanzado la profundidad proyectada para este tiempo, o sea 112 pies. En diciembre, esta profundidad se duplicó, y se triplicó en enero. En febrero, tuvieron los trabajadores que combatir una capa de agua que apareció de improviso, viéndose obligados a recurrir a poderosas bombas y aparatos de aire comprimido para agotarla y tapar los orificios como se tapa una vía de agua a bordo de un buque. Se dominaron aquellas corrientes, pero a consecuencia de la poca consistencia del terreno, el disco cedió algo y hubo un derrumbamiento parcial. El accidente no podía dejar de ser terrible y costó la vida a algunos trabajadores. Tres semanas se invirtieron en reparar la avería y en restablecer el disco, devolviéndole sus condiciones de solidez; pero gracias a la habilidad del ingeniero y a la potencia de las máquinas empleadas, la obra, un instante comprometida, recobró su aplomo y la perforación siguió adelante.

Ningún nuevo incidente paralizó en lo sucesivo la marcha de la operación, y el 10 de junio, veinte días antes de expirar el plazo fijado por Barbicane, el pozo enteramente revestido de su muro de piedra, había alcanzado la profundidad de 900 pies. En el fondo, la mampostería descansaba sobre un cubo macizo que medía 30 pies de grueso, al paso que en su parte superior se hallaba al nivel del suelo.

[1] 37° centígrados.

El presidente Barbicane y los miembros del *Gun-Club* felicitaron con efusión al ingeniero Murchisson, cuyo trabajo ciclópeo se había llevado a cabo con una rapidez asombrosa.

Durante los ocho meses que en dicho trabajo se invirtieron, Barbicane no se separó un instante de Stone's Hill, y al mismo tiempo vigilaba de cerca las operaciones de la excavación y no olvidaba un solo instante el bienestar y la salud de los trabajadores, siendo bastante afortunado para evitar las epidemias que suelen engendrarse en las grandes aglomeraciones de hombres y que tantos desastres causan en las regiones del globo expuestas a todas las influencias tropicales.

Verdad es que algunos trabajadores pagaron con la vida las imprudencias inherentes a trabajos tan peligrosos. Pero estas deplorables catástrofes son inevitables y los americanos no hacen de ellas ningún caso. Se cuidan más de la humanidad en general que del individuo en particular. Sin embargo, Barbicane profesaba excepcionalmente los principios contrarios y los aplicaba en todas las ocasiones. Así es que, gracias a su solicitud, a su inteligencia, a su útil intervención en los casos difíciles, a su prodigiosa y filantrópica sagacidad, el término medio de las catástrofes no excedió al de los países de Ultramar famosos por su lujo de precauciones, entre otros Francia, donde se cuenta con un accidente por cada 200.000 francos de trabajo.

CAPÍTULO XV

LA FIESTA DE LA FUNDICIÓN

Durante los ocho meses que se invirtieron en la operación de la zanja, se llevaron simultáneamente adelante con suma rapidez los trabajos preparatorios de la fundición. Una persona extraña que, sin estar en antecedentes, hubiese llegado de improviso a Stone's Hill, hubiera quedado atónita ante el espectáculo que se ofrecía a sus miradas.

A 600 yardas de la zanja se levantaban 1.200 hornos de reverbero, de 600 pies de ancho cada uno, circularmente situados alrededor de la zanja misma, que era su punto central, separados uno de otro por un intervalo de media toesa. Los 1.200 hornos formaban una línea que no bajaba de dos millas. Estaban todos calcados sobre el mismo modelo, con una alta chimenea cuadrangular, y producían un singular efecto. Soberbia parecía a J. T. Maston aquella disposición arquitectural, que le recordaba los monumentos de Washington. Para él no había nada más bello, ni aun en Grecia, donde, según él mismo confesaba, no había estado nunca.

Sabido es que en su tercera sesión la comisión resolvió valerse, para el *columbiad,* del hierro fundido, especialmente del hierro fundido gris, que es, en efecto, un metal tenaz y dúctil, de fácil pulimento, propio para efectuar todas las operaciones de moldeo, y que tratado con el carbón de piedra, es de una calidad superior para las piezas de gran resistencia, tales como cañones, cilindros de máquinas de vapor y prensas hidráulicas.

Pero el hierro fundido, si no ha sido sometido más que a una sola fusión, es muy rara vez lo suficientemente homogéneo, por lo que se le acendra y depura por medio de una segunda fusión, que le desembaraza de sus últimos depósitos terrosos.

Por lo mismo, el mineral de hierro, antes de ser embarcado para Tampa, era sometido a los altos hornos de Goldspring y puesto en contacto con carbón y silicio y elevado a una alta temperatura, siendo transformado en carduro[1], y después de esta primera operación, se dirigía el metal a Stone's Hill. Pero se trataba de 136.000.000 de libras de hierro fundido, que son una cantidad enorme para transportar por los *rail-ways.* El precio

[1] Por la operación de refinado en los hornos, el hierro fundido, libre de carbono y silicio, se convierte en hierro dulce.

del transporte hubiera duplicado el de la materia. Pareció preferible fletar buques de Nueva York y cargarlos de fundición en barras, aunque para esto se necesitaron 68 buques de 1.000 toneladas, una verdadera escuadra, que el 3 de mayo salió de la bahía de Nueva York, entró en el océano, siguió a lo largo de las costas americanas, penetró en el canal de Bahama, dobló la punta de Florida y, el 10 del mismo mes, remontando la bahía del Espíritu Santo, pasó a fondear sin avería alguna en el puerto de Tampa. Allí el cargamento fue trasladado a los vagones del ferrocarril de Stone's Hill y, a mediados de enero, la enorme cantidad de metal había llegado a su destino.

Bien se comprende que 1.200 hornos no eran un exceso para derretir a un mismo tiempo 68.000 toneladas de hierro. Cada horno podía contener cerca de 114.000 libras de metal, y todos, construidos y dispuestos según el modelo de los que sirvieron para fundir el cañón Rodman, afectaban la forma de un trapecio y eran muy rebajados. El aparato para caldear la chimenea se hallaba en los dos extremos del horno, el cual se calentaba por igual en toda su extensión. Los hornillos, hechos de tierra refractaria, constaban de una reja, donde se colocaba el carbón de piedra, y un crisol o laboratorio donde se ponían las barras que habían de fundirse. El suelo de este crisol, inclinado en ángulo de 25° permitía al metal derretido verterse hacia los depósitos de recepción, de los cuales partían doce arroyos divergentes que desaguaban en el pozo central.

Un día, después de terminadas las obras de albañilería, Barbicane mandó proceder a la construcción del molde interior. La cuestión era levantar en el centro del pozo, siguiendo su eje, un cilindro de 900 pies de altura y nueve pies de diámetro, que llenase exactamente el espacio reservado al ánima del *columbiad.* Este cilindro debía componerse de una mezcla de tierra arcillosa y arena, a la que añadían heno y paja. El intervalo que quedase entre el molde y la obra de fábrica, debía llenarlo el metal derretido para formar las paredes del cañón, de un grosor de seis pies. Para mantener equilibrado el cilindro preciso fue reforzarlo con armadura de hierro y sujetarlo a trechos por medio de puntales transversales que iban desde él a las paredes del pozo. Estas traviesas, después de la fundición, quedaban formando cuerpo común con el cañón mismo, sin que éste sufriese por la interposición menoscabo alguno.

Habiendo terminado esta operación el 8 de julio, podía procederse inmediatamente a la fundición, y se fijó ésta para el día siguiente.

—Será una gran fiesta el acto de la fundición —dijo J. T. Maston a su amigo Barbicane.

—Sin duda —respondió Barbicane—, pero no será fiesta pública.

—¡Cómo! ¿No abriréis las puertas del recinto a todo el que se presente?

—No haré semejante disparate, Maston; la fundición del *columbiad* es una operación delicada que puede también ser peligrosa, y prefiero que se

ejecute a puerta cerrada. Al dispararse el proyectil, toleraremos todo el bullicio que se quiera, pero no antes.

En efecto, la operación podía dar origen a peligros imprevistos y, además, una gran afluencia de espectadores estorbaría tal vez para conjurar una catástrofe. Convenía mucho conservar la libertad de movimiento. Así es que a nadie se permitió entrar en el recinto, a excepción de una delegación de individuos del *Gun-Club,* que se había trasladado a Tampa. Figuraban entre ella el entusiasta Bilby, Tom Hunter, el coronel Blomsberry, el mayor Elphiston, el general Morgan y otros, para quienes la fundición del *columbiad* era una cuestión personal. J. T. Maston se convirtió espontáneamente en su cicerone; no omitió ningún pormenor; les condujo a todas partes, a los almacenes, a los talleres, a las máquinas, y les obligó a visitar uno tras otro, no obstante ser perfectamente iguales, los 1.200 hornos. Al efectuar la visita mil doscientas, estaban algo cansados.

La fundición debía ejecutarse a las doce en punto. El día anterior se había invertido principalmente en cargar cada uno de los hornos con 114.000 libras de barras de metal, colocadas de manera que dejasen algunos huecos para que el aire inflamado pudiese circular entre ellas libremente. Desde la madrugada, empezaron las 200 chimeneas a vomitar en la atmósfera sus torrentes de llamas, y agitaban la tierra sordas trepidaciones. Había que quemar tantas libras de carbón de piedra cuantas eran las libras de metal que había que fundir. Había, pues, 68.000 libras de carbón que proyectaban delante del disco del sol un denso cortinaje de humo negro.

No tardó el calor en hacerse insoportable en aquel círculo de hornos cuyos ronquidos parecían retumbos de trueno, aumentando el estrépito poderosos ventiladores que en su continuo soplo saturaban de oxígeno todos aquellos focos candentes.

El buen éxito de la operación de la fundición dependía en gran parte de la rapidez con que se la condujese. A una señal dada, que consistía en un cañonazo, todos los hornos a la vez debían abrir paso al hierro derretido y vaciarse enteramente.

Tomadas estas disposiciones, maestros y trabajadores aguardaron el momento fijado con mucha impaciencia y también con cierta zozobra. No había nadie en el recinto y cada maestro fundidor ocupaba su puesto cerca de los agujeros por donde debía salir el metal licuado.

Barbicane y sus colegas contemplaban la operación desde una eminencia cercana, teniendo delante un cañón, pronto a ser disparado a una señal del ingeniero.

Algunos minutos antes de dar las doce, empezó el metal a formar gotas que se iban dilatando, se fueron llenando poco a poco los receptáculos y cuando el hierro se hubo derretido enteramente, se le dejó reposar un poco con el fin de facilitar la separación de las sustancias heterogéneas.

Dieron las doce, sonó de pronto un cañonazo, perdiéndose en el aire, como un relámpago, su resplandor momentáneo. Mil doscientas aberturas

se destaparon a la vez, y mil doscientas serpientes de fuego se arrastraron hacia el pozo central, desarrollando sus anillos candentes. Al llegar al pozo, se precipitaron a una profundidad de 900 pies con espantoso estrépito. Aquel espectáculo era conmovedor y magnífico. La tierra temblaba, y las olas de metal hirviente, lanzando al cielo los torbellinos de humo, volatilizaban al mismo tiempo la humedad del molde y la arrojaban por los espiráculos o respiraderos del muro de piedra bajo la forma de impenetrables vapores. Aquellas nubes ficticias, subiendo hacia el cenit a una altura de 500 toesas, desenvolvían sus densas espirales. Un salvaje errante, más allá de los límites del horizonte, hubiera podido creer en la formación de un nuevo cráter en las entrañas de Florida, y, sin embargo, aquello no era una erupción, ni una tromba, ni una tempestad, ni una lucha de elementos, ni ninguno de los fenómenos terribles que es capaz de producir la naturaleza. ¡No! El hombre había creado aquellos vapores rojizos, aquellas llamas gigantescas dignas de un volcán, aquellas trepidaciones estrepitosamente análogas a los sacudimientos de un terremoto, aquellos mugidos rivales de los huracanes y las borrascas, y era su mano quien precipitaba en un abismo abierto por ella todo un Niágara de humeante metal derretido.

CAPÍTULO XVI

EL *COLUMBIAD*

¿La operación había tenido buen éxito? Acerca del particular no se podía juzgar más que por conjeturas. Todo, sin embargo, inducía a creer que la fundición se había verificado debidamente, puesto que el molde había absorbido todo el metal licuado en los hornos. Pero nada en mucho tiempo se podría asegurar de una manera positiva. La prueba directa había de ser necesariamente muy tardía.

En efecto, cuando el mayor Rodman fundió su cañón de 160.000 libras, el hierro tardó en enfriarse más de quince días. ¿Cuánto tiempo, pues, el monstruoso *columbiad,* coronado de torbellinos de vapor y defendido por su calor intenso, iba a ocultarse a las investigaciones de sus admiradores? Difícil era calcularlo.

Durante este tiempo la impaciencia de los miembros del *Gun-Club* pasó por una dura prueba. Pero fuerza es esperar, y más de una vez la curiosidad y el entusiasmo expusieron a J. T. Maston a asarse vivo. Quince días después de verificada la fundición, subía aún al cielo un inmenso penacho de humo y el suelo abrasaba los pies en un radio de doscientos pasos alrededor de la cima de Stone's Hill.

Pasaron días y días, semanas y semanas. No había medio de enfriar el inmenso cilindro, al cual era imposible acercarse. Preciso era aguardar, y los miembros del *Gun-Club* tascaban su freno.

—Nos hallamos ya a 10 de agosto —dijo una mañana J. T. Maston—. ¡Faltan apenas cuatro meses para llegar al 1 de diciembre, y aún tenemos que sacar el molde interior, formar el ánima de la pieza y cargar el *columbiad!* ¿Tendremos tiempo? ¡Ni siquiera podemos acercamos al cañón! ¿No se enfriará nunca? ¡Sería un chasco horrible!

En vano se trataba de calmar la impaciencia del secretario; Barbicane no despegaba los labios, pero su silencio ocultaba una sorda irritación. Verse absolutamente detenido por un obstáculo del cual sólo podía triunfar el tiempo, enemigo temible en aquellas circunstancias, y hallarse a discreción suya, era duro para un hombre de guerra.

Sin embargo, observaciones diarias permitieron comprobar modificaciones en el estado del terreno. Hacia el 15 de agosto, la intensidad y den-

sidad de los vapores había disminuido notablemente. Algunos días después, la tierra no exhalaba más que un ligero vaho, último soplo del monstruo encerrado en su ataúd de piedra. Poco a poco se apaciguaron las convulsiones del terreno, y se circunscribió el círculo calórico; los espectadores más impacientes se acercaron, ganaron un día dos toesas y al otro cuatro, y el 22 de agosto, Barbicane, sus colegas y el ingeniero pudieron llegar a la masa de hierro colado que asomaba al nivel de la cima de Stone's Hill, sitio sin duda muy higiénico, en que no estaba aún permitido tener frío en los pies.

—¡Loado sea Dios! —exclamó el presidente del *Gun-Club* con un inmenso suspiro de satisfacción.

Se volvió a trabajar aquel mismo día. Procedióse inmediatamente a la extracción del molde interior para dejar libre el ánima de la pieza; funcionaron sin descanso el pico, el azadón y la terraja; la tierra arcillosa y la arena habían adquirido con el calor una dureza suma, pero con el auxilio de las máquinas, se venció la resistencia de aquella mezcla que ardía aún al contacto de las paredes de hierro fundido; se sacaron rápidamente en carros de vapor los materiales extraídos, y se hizo todo tan bien, se trabajó con tanta actividad, fue tan apremiante la intervención de Barbicane y tenían tanta fuerza sus argumentos, a los que dio la forma de dólares, que el 3 de septiembre había desaparecido hasta el último vestigio del molde.

Inmediatamente después, empezó la operación de alisar el ánima, a cuyo efecto se establecieron con la mayor prontitud las máquinas convenientes y se pusieron en juego poderosos alisadores cuyo corte mordió rápidamente las desigualdades de la fundición. Al cabo de algunas semanas, la superficie interior del inmenso tubo era perfectamente cilíndrica y el ánima de la pieza había adquirido un pulimento perfecto.

Por último, el 22 de septiembre, no habiendo aún transcurrido un año desde la comunicación de Barbicane, la enorme máquina, calibrada rigurosamente y absolutamente vertical, según comprobaron los más delicados instrumentos, estaba en disposición de funcionar. No había que esperar más que a la Luna, pero todos tenían una completa confianza en que tan honrada señora no faltaría a la cita. La conocían por sus antecedentes, y por ellos la juzgaban.

La alegría de J. T. Maston traspasó todos los límites, y poco le faltó para ser víctima de una espantosa caída por el afán con que abismaba sus miradas en el tubo de 900 pies. Sin el brazo derecho de Blomsberry, que el digno coronel había felizmente conservado, el secretario del *Gun-Club*, como un segundo Eróstrato, hubiera encontrado la muerte en las profundidades del *columbiad*.

El cañón estaba, pues, concluido, y no cabía duda alguna acerca de su ejecución perfecta. Así es que, el 6 de octubre, el capitán Nicholl, no obstante sus antipatías, pagó al presidente Barbicane la segunda apuesta, y Barbicane en sus libros, en la columna de ingresos, apuntó una suma de

2.000 dólares. Motivos hay para creer que la cólera del capitán llegó al último extremo, causándole una verdadera enfermedad. Sin embargo, quedaban aún tres apuestas, una de 3.000 dólares, otra de 4.000 y otra de 5.000, y con sólo ganar dos de ellas, no se hubiera librado mal del negocio. Pero el dinero no entraba para nada en sus cálculos, y el éxito obtenido por su rival en la fundición de su cañón, a cuyo proyectil no hubiera resistido una plancha de 10 toesas, le daba un golpe terrible. El 23 de septiembre se permitió al público entrar libremente en el recinto de Stone's Hill, y ya se comprende lo que sería la afluencia de visitantes.

Innumerables curiosos, procedentes de todos los puntos de los Estados Unidos, se dirigían a Florida. Durante aquel año la ciudad de Tampa, consagrada enteramente a los trabajos del *Gun-Club,* se había desarrollado de una manera prodigiosa, y contaba entonces con una población de 60.000 almas. Después de envolver en una red de calles el Fuerte Broke, se fue prolongando por la lengua de tierra que separa las dos radas de la bahía del Espíritu Santo. Nuevos cuarteles, nuevas plazas, un bosque entero de casas nuevas había brotado en aquellos eriales antes desiertos, al calor del sol americano. Habíanse fundado compañías para erigir iglesias, escuelas y habitaciones particulares, y en menos de un año se decuplicó la extensión de la ciudad.

Sabido es que los yanquis han nacido comerciantes. Dondequiera que les lance la suerte, desde la zona glacial a la zona tórrida, es menester que se ponga en ejecución su instinto de los negocios. He aquí por qué simples curiosos que se habían trasladado a Florida sin más objeto que seguir las operaciones del *Gun-Club,* se entregaron, no bien se hubieron establecido en Tampa, a operaciones mercantiles. Los buques fletados para el transporte del material y de los trabajadores, habían dado al puerto una actividad sin ejemplo. Otros buques de todas clases, cargados de víveres, provisiones y mercancías, surcaron luego la bahía y las dos radas; grandes contadores de armadores y corredores se establecieron en la ciudad, y la *Spping Gacette*[1] anunció diariamente en sus columnas la llegada de nuevas embarcaciones al puerto de Tampa.

Mientras se multiplicaban los caminos alrededor de la ciudad, ésta, teniendo en consideración el prodigioso desarrollo de su población y su comercio, fue unida por un camino de hierro a los Estados meridionales de la Unión. Por medio de un *railway,* Mobile se enlazó con Pensacola, el gran arsenal marítimo del Sur, desde donde el camino de hierro se dirigió a la ciudad de Tallahasee, donde había ya un pequeño trozo de vía férrea, y la ponía en comunicación con Saint-Marks, en la costa. Aquel *railway* se prolongó hasta Tampa, vivificando a su paso y despertando las comarcas muertas de Florida central. Gracias a las maravillas de la industria, debidas a la idea que cruzó por la mente de un hombre, Tampa pudo darse la importancia de una gran ciudad. Le habían dado el sobrenombre de *Moon*

[1] *Gaceta Marítima.*

City, y Tallahasee, la capital de las dos Floridas, sufrió un eclipse total, visible desde todos los puntos del globo.

Ahora comprende cualquiera el fundamento de la gran rivalidad entre Tejas y Florida, y la exasperación de los tejanos cuando se vieron desahuciados en sus pretensiones por la elección del *Gun-Club*. Con su sagacidad previsora había adivinado cuánto debía ganar un país con el experimento de Barbicane y los beneficios que produciría un cañonazo semejante. Tejas perdía por la elección de Barbicane un vasto centro de comercio, un camino de hierro y un aumento considerable de población. Todas estas ventajas las obtenía la miserable península floridense, echada como una estacada en las olas del golfo y las del océano Atlántico. Así es que Barbicane participaba, con el general Santana, de todas las antipatías de Tejas.

Sin embargo, aunque entregada a su furor mercantil y a su pasión industrial, la nueva población de Tampa no olvidó las interesantes operaciones del *Gun-Club*. Todo lo contrario. Seguía con ansia los menores accidentes de la empresa y la entusiasmaba cualquier azadonazo. Un continuo ir y venir, una procesión, una romería, hubo constantemente entre la ciudad y Stone's Hill.

Fácil era prever que, al llegar el día del experimento, la concurrencia ascendería a millares de personas, que de todos los puntos de la Tierra se iban acumulando en la circunscrita península. Europa emigraba a América.

Pero es preciso confesar que hasta entonces la curiosidad de los numerosos viajeros no se hallaba enteramente satisfecha. Muchos contaban con el espectáculo de la fundición, de la cual no alcanzaron más que el humo. Poca cosa era para aquellas gentes ávidas, pero Barbicane, como es sabido, no quiso admitir a nadie durante aquella operación. Hubo descontento, refunfuños, murmullos; hubo reconvenciones al presidente, de quien se dijo que adolecía de absolutismo, y su conducta fue declarada *poco americana*. Hubo casi una asonada alrededor de la cerca de Stone's Hill. Pero ni por esas; Barbicane era inquebrantable en sus resoluciones.

Pero cuando el *columbiad* quedó enteramente concluido, preciso fue abrir las puertas, pues hubiera sido poco prudente contrariar el sentimiento público manteniéndolas cerradas. Barbicane permitió entrar en el recinto a todos los que llegaban, si bien, empujado por su talento práctico, resolvió especular en grande con la curiosidad general. La curiosidad es siempre, para el que sabe explotarla, una fábrica de moneda.

Gran cosa era contemplar el inmenso *columbiad*, pero la gloria de bajar a sus profundidades parecía a los americanos el *non plus ultra* de la felicidad posible en este mundo. No hubo un curioso que no quisiese darse a toda costa el placer de visitar interiormente aquel abismo de metal. Atados y suspendidos de una cabria que funcionaba a impulsos del vapor, se permitió a los espectadores satisfacer su curiosidad excitada. Aquello fue un delirio. Mujeres, niños, ancianos, todos se impusieron el deber de penetrar en el fondo del ánima del colosal cañón preñado de misterios. Se fijó el

precio de cinco dólares por persona, y a pesar de su elevación, en los dos meses que precedieron inmediatamente al experimento, la afluencia de visitantes permitió al *Gun-Club* meter en caja cerca de 500.000 dólares.

Inútil es decir que los primeros que visitaron el *columbiad* fueron los miembros del *Gun-Club,* a cuya ilustre asamblea estaba justamente reservada esta preferencia. Esta solemnidad se celebró el 25 de septiembre. En un cajón de honor, bajaron el presidente Barbicane, J. T. Maston, el mayor Elphiston, el general Morgan, el coronel Blomsberry, el ingeniero Murchisson y otros miembros distinguidos de la célebre sociedad, en número de unos diez. Mucho calor hacía aún en el fondo de aquel largo tubo de metal; se sentía dentro alguna sofocación. Pero, ¡qué alegría! ¡Qué encanto! Se colocó una mesa de diez cubiertos en la recámara de piedra que sostenía el *columbiad,* alumbrado *a giorno* por un chorro de luz eléctrica. Exquisitos y numerosos manjares, que parecían bajados del cielo, se colocaron sucesivamente delante de los convidados, y botellas de los mejores vinos se apuraron profusamente durante aquel espléndido banquete a 900 pies bajo tierra.

El festín fue muy animado y también muy bullicioso. Se entrecruzaron numerosos brindis: se brindó por el globo terrestre; se brindó por su satélite; se brindó por el *Gun-Club;* se brindó por la Unión, por la Luna, por Febe, por Diana, por Selene, por el astro de la noche, por la *pacífica mensajera del firmamento.* Los hurras, llevados por las sonoras ondas del inmenso tubo acústico, llegaban a su extremo como un trueno, y la multitud, colocada alrededor de Stone's Hill, se unía con el corazón y con los gritos a los diez convidados hundidos en el fondo del gigantesco *columbiad.*

J. T. Maston no era ya dueño de sí mismo. Difícil sería determinar si gritaba más que gesticulaba y si bebía más que comía. Lo cierto es que no cabía de gozo en su pellejo, que no hubiera dado su lugar por el imperio del mundo, aun cuando el cañón cargado, cebado y haciendo fuego en aquel instante, hubiera debido enviarle hecho pedazos a los espacios planetarios.

CAPÍTULO XVII

UN PARTE TELEGRÁFICO

Pudiérase decir que estaban terminados los grandes trabajos emprendidos por el *Gun-Club,* y, sin embargo, tenían aún que transcurrir dos meses antes de enviar el proyectil a la Luna. Dos meses que debían parecer dos años a la impaciencia universal. Hasta entonces los periódicos habían dado diariamente cuenta de los más insignificantes pormenores de la operación y sus columnas eran devoradas con avidez; pero era de temer que en lo sucesivo disminuyese mucho el *dividendo de interés* distribuido entre todas las gentes, y no había quien no temiese que iba a dejar pronto de percibir la parte de emociones que diariamente le correspondía.

No fue así. El más inesperado, el más extraordinario, más increíble y más inverosímil incidente volvió a fanatizar los ánimos anhelantes y a causar en el mundo una sorpresa y una sobreexcitación hasta entonces desconocidas.

Un día, el 30 de septiembre, a la una y cuarenta y siete de la tarde llegó a Tampa, con destino al presidente Barbicane un telegrama transmitido por el cable sumergido entre Valentia (Irlanda), Terranova y la costa americana.

El presidente Barbicane rasgó el sobre, leyó el parte y, no obstante su fuerza de voluntad para hacerse dueño de sí mismo, sus labios palidecieron y su vista se turbó a la lectura de las veinte palabras del telegrama.

He aquí el texto del mismo, que se conserva aún en los archivos del *Gun-Club:*

«Francia, París.
30 septiembre, 4 h. mañana.
Barbicane. Tampa, Florida.
Estados Unidos.

Reemplazad granada esférica por proyectil cilindrocónico. Partiré dentro. Llegaré por vapor *Atlanta.*

MIGUEL ARDAN»

CAPÍTULO XVIII

EL PASAJERO DEL ATLANTA

Si tan estupenda noticia, en vez de volar por los hilos telegráficos, hubiera llegado sencillamente por el correo, cerrada y bajo un sobre, si los empleados de Francia, Irlanda, Terranova y Estados Unidos de América no hubiesen debido conocer necesariamente la confidencia telegráfica, Barbicane no habría vacilado un solo instante. Hubiese callado por medida de prudencia y para no desprestigiar su obra. Aquel telegrama, sobre todo procediendo de un francés, podía ser una burla. ¿Qué apariencia de verdad tenía la audacia de un hombre capaz de concebir la idea de un viaje semejante? Y, si en realidad había un hombre resuelto a llevar a cabo tan singular propósito, ¿no era un loco a quien se debía encerrar en una casa de orates y no en una bala de cañón?

Pero el parte era conocido, porque los aparatos de transmisión son por su naturaleza poco discretos y la proposición de Miguel Ardan circulaba ya por los diversos Estados de la Unión. No tenía, pues, Barbicane ninguna razón para guardar silencio acerca de ella y, por tanto, reunió a los individuos del *Gun-Club,* que se hallaban en Tampa, y, sin dejarles entrever su pensamiento, sin discutir el mayor o menor crédito que le merecía el telegrama, leyó con sangre fría su lacónico texto.

—¡Imposible!

—¡Es inverosímil!

—¡Pura broma!

—¡Se están burlando de nosotros!

—¡Ridículo!

—¡Absurdo!

Durante algunos minutos, se pronunciaron todas las frases que sirven para expresar la duda, la incredulidad, la barbaridad y la locura, con acompañamiento de los aspavientos y gestos que se usan en semejantes circunstancias. Cada cual, según su carácter, se sonreía, o reía, o se encogía de hombros, o soltaba la carcajada. J. T. Maston fue el único que tomó la cosa en serio.

—¡Es una soberbia idea! —exclamó.

—Sí —le respondió el mayor—, pero si alguna vez es permitido tener ideas semejantes, es con la condición de no pensar siquiera en ponerlas en práctica.

—¿Y por qué no? —replicó con cierto desenfado el secretario del *Gun-Club*, aprestándose para el combate que sus colegas rehuyeron.

Sin embargo, el nombre de Miguel Ardan corría de boca en boca en la ciudad de Tampa. Extranjeros e indígenas se miraban, se interrogaban y se burlaban, no del europeo, que era en su concepto un mito, un ente imaginario, un ser quimérico, sino de J. T. Maston, que había podido creer en la existencia de aquel personaje fabuloso. Cuando Barbicane propuso enviar un proyectil a la Luna, la empresa pareció a todos natural y practicable, y no vieron en ella más que una simple cuestión de balística. Pero que un ser racional quisiera tomar asiento en el proyectil e intentar aquel viaje inverosímil, era una proposición tan sin pies ni cabeza que no podía dejar de parecer una chanza, una farsa, un engaño.

Las chanzonetas duraron sin interrupción hasta la noche y se puede asegurar que toda la Unión prorrumpió en una sola carcajada, lo que es poco común en un país donde las empresas imposibles encuentran fácilmente panegiristas, adeptos y partidarios.

Con todo, la proposición de Miguel Ardan, como todas las ideas nuevas, no dejaban de preocupar a más de cuatro, por lo mismo que se apartaba de la corriente de las emociones acostumbradas. «He aquí —decían— una cosa que no se le había ocurrido a nadie.» Aquel incidente fue luego una obsesión por su misma extrañeza. Daba en qué pensar. ¡Cuántas cosas negadas la víspera han sido una realidad al día siguiente! ¿Por qué un viaje a la Luna no se ha de realizar un día u otro? Pero siempre tendremos que el primero que a él quiera arriesgarse debe ser un loco de atar, y decididamente, pues su proyecto no puede tomarse por lo serio, hubiera hecho bien en callarse en lugar de poner en fermentación a una población entera con sus ridículas salidas de tono.

Pero, ¿existía realmente aquel personaje? He aquí la primera cuestión. El nombre de Miguel Ardan no era desconocido en América. Era el nombre de un europeo muchas veces citado por sus atrevidas empresas. Además, aquel telegrama que había atravesado las profundidades del Atlántico, la designación del buque en que el francés decía haber tomado pasaje, la fecha fija de su llegada próxima, eran circunstancias que daban a la proposición ciertos visos de verosimilitud. La empresa requería, sin duda, un valor inaudito. Pronto los individuos aislados se agruparon: los grupos se condensaron bajo la acción de la curiosidad como en virtud de la atracción molecular se condensan los átomos, y al cabo se formó una multitud compacta que se dirigió al domicilio del presidente Barbicane.

Éste, desde la llegada del telegrama, no había manifestado acerca de él opinión alguna, había dejado a J. T. Maston descubrir la suya sin aprobar ni desaprobar; se mantenía al pairo y se proponía aguardar los acontecimientos.

Pero echaba las cuentas sin la huéspeda, pues no contaba con la impaciencia pública, y vio con muy poca satisfacción a los habitantes de Tampa reunirse bajo sus ventanas. Los murmullos, los gritos y las vociferaciones le obligaron a presentarse. Tenía todos los deberes y, por consiguiente, todas las obligaciones de la celebridad.

Se presentó y la multitud guardó silencio. Un ciudadano tomó la palabra y dirigió a Barbicane la siguiente pregunta.

—¿El personaje designado en el parte bajo el nombre de Miguel Ardan se ha puesto en marcha para América? ¿Sí o no?

—Señores —respondió Barbicane—, no sé más que lo que sabéis vosotros.

—Pues es preciso saberlo —gritaron algunos con impaciencia.

—El tiempo nos lo dirá —respondió con sequedad el presidente.

—No reconocemos en el tiempo ningún derecho para mantener en un estado de ansiedad penosa a un pueblo entero —replicó el orador—. ¿Habéis modificado los planos del proyectil en conformidad con lo que dice el telegrama?

—Todavía no, señores, pero tenéis razón; es preciso saber a qué atenernos, y el telégrafo, que ha causado toda esta conmoción, completará nuestros informes.

—¡Al telégrafo! ¡Al telégrafo! —exclamó la muchedumbre.

Barbicane bajó y, seguido del inmenso gentío, se dirigió a las oficinas de la administración.

Pocos minutos después, se envió al síndico de los corredores marítimos de Liverpool un parte en el que se le hacían las siguientes preguntas:

«¿Qué buque es el *Atlanta*? ¿Cuándo salió de Europa? ¿Llevaba a bordo a un francés llamado Miguel Ardan?»

Dos horas después Barbicane recibía informes de una precisión tal que no permitían abrigar ninguna duda.

«El vapor *Atlanta,* de Liverpool, se hizo a la mar el 2 de octubre con rumbo a Tampa, llevando a bordo a un francés que, con el nombre de Miguel Ardan, consta en la lista de los pasajeros.»

Al ver esta confirmación del telegrama, los ojos del presidente brillaron con una llama de satisfacción, se cerraron fuertemente sus puños y con violencia se le oyó murmurar:

—¡Es, pues, cierto! ¡Es. pues, posible! ¡Este francés existe! ¡Y estará aquí dentro de quince días! Pero es un loco, y nunca consentiré...

Y, sin embargo, aquella misma tarde escribió a la casa Breadvill y Compañía para que suspendiese hasta nueva orden la fundición del proyectil.

Expresar ahora la conmoción que se apoderó de toda América, el efecto que produjo la comunicación de Barbicane, lo que dijeron los periódicos de la Unión, el asombro que les causó la noticia y el entusiasmo con que la acogieron y con que cantaron la llegada de aquel héroe del antiguo

continente; pintar la agitación febril de cada individuo, que veía transcurrir lentamente las horas; dar una idea, aunque imperfecta, de aquella obsesión fatigosa de todos los cerebros subordinados a un solo pensamiento; narrar el cese completo de toda actividad humana; la paralización de la industria y la suspensión del comercio para presenciar la llegada del *Atlanta;* pintar la animación de la bahía del Espíritu Santo, incesantemente surcada por vapores, paquebotes, yates de placer, *fly-boats* de todas las dimensiones, enumerar los millares de curiosos que cuadruplicaron en quince días la población de Tampa y tuvieron que acampar bajo tiendas como un ejército en campaña, sería una pretensión temeraria superior a todas las fuerzas de los hombres.

El 20 de octubre, a las nueve de la mañana, los vigías del canal de Bahama distinguieron una densa humareda en el horizonte.

Dos horas después, un vapor de alto bordo era por ellos reconocido y el nombre de *Atlanta* fue transmitido a Tampa. A las cuatro, el buque inglés entraba en la bahía del Espíritu Santo. A las cinco, cruzaba a todo vapor la rada de Hillisboro. A las seis fondeaba en el puerto de Tampa.

El áncora no había aún mordido el fondo de la arena, cuando quinientas embarcaciones rodeaban el *Atlanta,* y el vapor era tomado por asalto. El primero que pisó su cubierta fue Barbicane, el cual dijo con una voz cuya emoción quería en vano reprimir:

—¿Miguel Ardan?

—¡Presente! —respondió un individuo encaramado a la toldilla.

Barbicane, con los brazos cruzados, con la mirada interrogante, con los labios apretados, miró finalmente al pasajero del *Atlanta.*

Era éste un hombre de cuarenta y dos años, alto, pero algo cargado de espaldas, como esas cariátides que sostienen balcones en sus hombros. Su cabeza enérgica, verdadera cabeza de león, sacudía de cuando en cuando una cabellera roja que parecía realmente una guedeja. Una cara corta, ancha en las sienes, adornada con unos bigotes erizados como los del gato y mechones de pelos amarillentos que salpicaban sus mejillas, ojos redondos de los que partía una mirada miope y como extraviada, completaban aquella fisonomía eminentemente felina. Pero la nariz era de un dibujo atrevido, la boca perfecta, la frente alta, inteligente, y surcada como un campo que no ha estado nunca inculto. Un cuerpo bien desarrollado, descansando sobre unas largas piernas, unos brazos musculosos, que eran poderosas y bien apoyadas palancas, y un continente resuelto, hacían de aquel europeo un hombre sólidamente constituido, *que más parecía forjado que fundido,* valiéndonos de una de las expresiones del arte metalúrgico.

Los discípulos de Lavater o de Gratiolet hubieran sin dificultad encontrado en el cráneo y en la fisonomía de aquel personaje los signos indiscutibles de la contabilidad, es decir, el valor en el peligro y de la tendencia a sobrepujar los obstáculos; los de la benevolencia y los de apego a lo maravilloso, instinto que induce a ciertos temperamentos a apasionarse por las

cosas sobrehumanas; pero, en cambio, las protuberancias de la adquisibilidad, de la necesidad de poseer y adquirir, faltaban absolutamente.

Para completar el retrato físico del pasajero del *Atlanta,* es oportuno decir que sus vestidos eran holgados, que no oponían el menor obstáculo al juego de sus articulaciones, siendo su pantalón y su gabán tan sumamente anchos que él mismo se llamaba *la muerte con capa.* Llevaba la corbata en desaliño, y su cuello de camisa muy escotado dejaba ver un cuello robusto como el de un toro. Sus manos febriles arrancaban de dos mangas de camisa que estaban siempre desabrochadas. Bien se conocía que aquel hombre no sentía nunca el frío, ni en la crudeza del invierno, ni en medio de los peligros.

Iba y venía por la cubierta del vapor, en medio de la multitud que apenas le dejaba espacio para moverse, sin poderse estar quieto un momento. Pero él *derivaba sobre sus anclas,* como decían los marineros; gesticulaba y tuteaba a todo el mundo, y se mordía las uñas con una avidez convulsiva.

Era uno de esos tipos originales que el Creador inventa por capricho pasajero, rompiendo el molde en seguida.

En efecto, la personalidad moral de Miguel Ardan ofrecía un campo muy dilatado a la investigación de los observadores analíticos. Aquel hombre asombroso vivía en una perpetua disposición a la hipérbole y no había traspasado aún la edad de los superlativos. En la retina de sus ojos se juntaban los objetos con dimensiones desmedidas, de lo que resultaba una asociación de ideas gigantescas. Todo lo veía abultadísimo y en grande, a excepción de las dificultades y los hombres, que los veía siempre pequeños.

Estaba dotado de una naturaleza poderosa exorbitante, superabundante; era artista por instinto, muy ingenioso, muy decidor, pero aunque no hacía nunca un fuego graneado de chistes, el chiste que se permitía era siempre una descarga cerrada. En las discusiones se cuidaba muy poco de la lógica; rebelde al silogismo, no lo hubiera nunca inventado, y todas sus salidas eran suyas y no más que suyas. Atropellando por todo y para todo, apuntaba en medio del pecho argumentos *ad hominem* certeros y seguros, y le gustaba defender con el pico y con las zarpas las causas desesperadas.

Tenía, entre otras manías, la de proclamarse, como Shakespeare, *un ignorante sublime,* y hacía alarde de despreciar a los sabios. «Los sabios —decía— no hacen más que llevar el tanteo mientras nosotros jugamos.» Era un bohemio del mundo de las maravillas, que se aventuraba mucho sin ser por eso aventurero, una cabeza destornillada, un Faetonte que se empeña en guiar el carro del sol, un Ícaro con alas de reserva. Por lo demás, pagaba con su persona, y pagaba bien; se arrojaba, sin cerrar los ojos, a las más peligrosas empresas; quemaba sus naves con más decisión que Agatocles; siempre dispuesto a romperse el alma o desnucarse, caía invariablemente de pies, como esos monigotes de medula de saúco con plomo en la base que sirven de diversión a los niños.

En una palabra, su divisa era: *A pesar de todo,* y el amor a lo imposible, constituían su pasión dominante.

Pero aquel hombre emprendedor tenía como ningún otro los defectos de sus cualidades. Se dice que quien nada arriesga nada tiene. Ardan nada tenía y lo arriesgaba siempre todo. Era un despilfarrador, un tonel de las Danaides. Perfectamente desinteresado, hacía tantas buenas obras como calaveradas; caritativo, caballeresco y generoso, no hubiera firmado la sentencia de muerte de su más cruel enemigo, y era muy capaz de venderse como esclavo para rescatar a un negro.

En Francia, en la Europa entera, todo el mundo conocía a un personaje tan brillante y que tanto ruido metía. ¿No hablaban acaso de él incesantemente las cien trompas de la fama, puestas todas a su servicio? ¿No vivía en una casa de vidrio, tomando el universo entero por confidente de sus más íntimos secretos? Eso, no obstante, no le faltaba una buena colección de enemigos entre los individuos a quienes había rozado, herido o atropellado más o menos al abrirse paso con los codos entre la muchedumbre.

Pero generalmente se le quería bien y hasta se le mimaba como a un niño. Era, según la expresión popular, «un hombre a quien era preciso tomar o dejar», y se le tomaba. Todos se interesaban por él en sus atrevidas empresas y le seguían con la mirada inquieta. ¡Era audaz con tanta imprudencia! Cuando algún amigo quería detenerle prediciéndole una catástrofe próxima, le respondía, sonriéndose amablemente: «El bosque no es quemado sino por sus propios árboles.» Y no sabía, al dar esta respuesta, que citaba el más bello de todos los proverbios árabes.

Tal era aquel pasajero del *Atlanta,* siempre agitado, siempre hirviendo al calor de un fuego interior, siempre conmovido, y no por lo que pretendía hacer en América, en lo cual ni siquiera pensaba, sino por efecto de su organización calenturienta. Era seguramente un contraste, el más singular, el que ofrecían el francés Miguel Ardan y el yanqui Barbicane, no obstante ser los dos, cada cual a su manera, emprendedores, atrevidos y audaces.

La contemplación a que se abandonaba el presidente del *Gun-Club* en presencia de aquel rival que acababa de relegarle a un segundo término, fue muy pronto interrumpida por los hurras y vítores de la muchedumbre. Tan frenéticos fueron los gritos, y formas tan personales tomó el entusiasmo, que Miguel Ardan, después de haber apretado millares de manos, en las que estuvo expuesto a dejar sus dedos, tuvo que buscar refugio en el fondo de su camarote.

Barbicane le siguió sin haber pronunciado una palabra.

—¿Sois vos Barbicane? —le preguntó Miguel Ardan, cuando estuvieron solos los dos, con un tono como si hubiese hablado a un amigo de veinte años.

—Sí —respondió el presidente del *Gun-Club.*

—Pues bien, os saludo, Barbicane. ¿Cómo estáis? ¿Muy bien? ¡Me alegro! ¡Me alegro!

—Así, pues —dijo Barbicane entrando en materia, sin preámbulos—, ¿estáis decidido a partir?

—Absolutamente decidido.

—¿Nada os detendrá?

—Nada. ¿Habéis modificado el proyectil como os indicaba en mi telegrama?

—Aguardaba vuestra llegada. Pero —preguntó Barbicane con insistencia—, ¿lo habéis pensado detenidamente?

—¡Reflexionado! ¿Tengo acaso tiempo que perder? Se me presenta la ocasión de ir a dar una vuelta por la Luna, y la aprovecho; he aquí todo. No creo que la cosa merezca tantas reflexiones.

Barbicane devoraba con la vista a aquel hombre que hablaba de su proyecto de viaje con una ligereza y un desdén tan completo y sin la más mínima inquietud ni zozobra.

—Pero, al menos —le dijo—, tendréis un plan, tendréis medios de ejecución.

—Excelentes, amigo Barbicane. Pero permitidme haceros una observación; me gusta contar mi historia de una sola vez a todo el mundo, y luego no cuidarme más de ella. Así se evitan repeticiones, y, por consiguiente, salvo mejor parecer, convocad a vuestros amigos, a vuestros colegas, a la ciudad entera, a toda Florida, a todos los americanos, si queréis, y mañana estaré dispuesto a desenvolver mis medios y a responder a todas las objeciones, cualesquiera que sean. Tranquilizaos, los aguardaré a pie firme. ¿Os parece bien?

—Muy bien —respondió Barbicane.

Y salió del camarote para participar a la multitud la proposición de Miguel Ardan. Sus palabras fueron acogidas con palabras y gritos de alegría, porque la proposición allanaba todas las dificultades. Al día siguiente, todos podrían contemplar a su gusto al héroe europeo. Sin embargo, algunos de los más obstinados espectadores no quisieron dejar la cubierta del *Atlanta*, y pasaron la noche a bordo. J. T. Maston, entre otros, había clavado su mano postiza en un ángulo de la toldilla, y se hubiera necesitado un cabrestante para arrancarle de su sitio.

—¡Es un héroe! ¡Un héroe! —exclamaba en todos los tonos—. ¡Y comparados con él, con ese europeo, nosotros no somos más que unos muñecos!

En cuanto al presidente, después de suplicar a los espectadores que se retirasen, entró en el camarote del pasajero y no se separó de él hasta que la campana del vapor señaló la hora del relevo de la guardia de medianoche.

Pero entonces los dos rivales en popularidad se apretaron muy amistosamente la mano, y ya Miguel Ardan tuteaba al presidente Barbicane.

CAPÍTULO XIX

UN MITIN

Al día siguiente, el astro diurno se levantó mucho más tarde de lo que deseaba la impaciencia pública. Un sol destinado a alumbrar semejante fiesta no debía ser tan perezoso. Barbicane, temiendo por Miguel Ardan las preguntas indiscretas, hubiera querido reducir el auditorio a un pequeño número de adeptos, a sus colegas, por ejemplo. Pero más fácil le hubiera sido detener el Niágara con un dique. Tuvo, pues, que renunciar a sus proyectos de protección y dejar correr a su nuevo amigo los peligros de una conferencia pública.

El nuevo salón de la Bolsa de Tampa, no obstante sus colosales dimensiones, fue considerado insuficiente para el acto, porque la reunión proyectada tomaba todas las proporciones de un verdadero mitin.

El sitio escogido fue una inmensa llanura situada fuera de la ciudad. Pocas horas bastaron para ponerlo a cubierto de los rayos del sol. Los buques del puerto, que tenían de sobra velas, jarcias, palos de reserva y vergas, suministraron los accesorios necesarios para la construcción de una tienda gigantesca. Un inmenso techo de lona se extendió muy pronto sobre la calcinada pradera y la defendió de los ardores del día. Trescientas mil personas pudieron colocarse en el local y desafiaron durante algunas horas una temperatura sofocante, aguardando la llegada del francés. Una tercera parte de aquellos espectadores podía ver y oír, otra tercera parte veía mal y no oía nada, y la otra restante ni oía ni veía, lo que, sin embargo, no impidió que fuese la más pródiga en aplausos.

A las tres apareció Miguel Ardan, acompañado de los principales miembros del *Gun-Club*. Daba el brazo derecho al presidente Barbicane y el izquierdo a J. T. Mastón, más radiante que el sol del mediodía y casi tan rutilante como él.

Ardan subió a un estrado, desde el cual paseaba sus miradas por un océano de sombreros negros. No parecía turbado, ni manifestaba el menor embarazo; estaba allí como en su casa, jovial, familiar, amable. Respondió con un gracioso saludo a los hurras con que le acogieron, reclamó silencio con un ademán, tomó la palabra en inglés y se expresó muy correctamente en los siguientes términos:

—Señores —dijo—, a pesar del calor que hace aquí dentro, voy a abusar de vuestro tiempo para daros algunas explicaciones acerca de proyectos que parece que os interesan. Yo no soy un orador, ni un sabio, ni creía tener que hablar en público; pero mi amigo Barbicane me ha dicho que os gustaría oírme, y cedo a sus súplicas. Oídme, pues, con vuestros seiscientos mil oídos y perdonad las muchas faltas del autor.

Este exordio, tan a la buena de Dios, gustó mucho a los concurrentes, que lo demostraron con un inmenso murmullo de satisfacción.

—Señores —dijo—, podéis aprobar o desaprobar, según mejor os parezca, y empiezo. En primer lugar no olvidéis que el que os habla es un ignorante, pero de una ignorancia tal, que hasta ignora las dificultades. Así es que, eso de irse a la Luna metido en un proyectil, le ha parecido la cosa más sencilla, más fácil y más natural del mundo. Tarde o temprano habla de emprenderse este viaje y, en cuanto al género de locomoción adoptada, no hago más que seguir sencillamente la ley del progreso. El hombre empezó por andar a gatas, luego utilizó los pies, en seguida viajó en carro, después en coche, más adelante en barco, posteriormente en diligencia y, por último, en vagón por caminos de hierro. Pues bien, el proyectil es el medio de locomoción del porvenir, y todo bien considerado, los planetas no son otra cosa, no son más que balas de cañón disparadas por la mano del Creador. Pero volvamos a nuestro vehículo. Algunos de ustedes, señores, creen que la velocidad que se le va a dar es excesiva. Los que así opinan están en un error. Todos los astros le exceden en rapidez, y la Tierra misma, en su movimiento de traslación alrededor del Sol, nos arrastra con una velocidad tres veces mayor. Pondré algunos ejemplos, y sólo os pido que me permitáis contar por leguas, porque las medidas americanas me son poco familiares y podría incurrir en algún error en mis cálculos.

La demanda pareció muy justa y no tropezó con ninguna dificultad. El orador prosiguió:

—Voy, señores, a ocuparme de la velocidad de diferentes planetas. Confieso, aunque parezca falta de modestia, que, no obstante mi ignorancia, conozco muy exactamente este insignificante pormenor astronómico; pero antes de dos minutos sabréis todos acerca del particular tanto como yo. Sabed, pues, que Neptuno recorre 5.000 leguas por hora; Urano 7.000; Saturno, 8.858; Júpiter, 11.575; Marte, 22.011; la Tierra, 27.500; Venus, 32.190; Mercurio, 52.250; ciertos cometas, 1.400.000 leguas en su perigeo. En cuanto a nosotros, verdaderos haraganes, que tenemos siempre poca prisa, nuestra velocidad no pasa de 9.900 leguas y disminuirá incesantemente. Y ahora pregunto si no es evidente que todas esas velocidades serán algún día sobrepasadas por otras, de las cuales serán probablemente la luz y la electricidad los agentes mecánicos.

Nadie puso en duda esta afirmación de Miguel Ardan.

—Amados oyentes míos —repuso—, si nos dejásemos convencer por ciertos talentos limitados (no quiero calificarlos de otra manera), la huma-

nidad estaría encerrada en un círculo de Pompilio del que no podría salir y quedaría condenada a vegetar en este globo sin poder lanzarse nunca a los espacios planetarios. No será así. Se va a ir a la Luna, se irá a los planetas, se irá a las estrellas, como se va actualmente de Liverpool a Nueva York, fácilmente, rápidamente, seguramente, y el océano atmosférico se atravesará como se atraviesan los océanos de la Tierra. La distancia no es más que una palabra relativa y acabará forzosamente por reducirse a cero.

La asamblea, aunque muy predispuesta en favor del francés, quedó como atónita delante de tan atrevida teoría.

Miguel Ardan lo comprendió.

—No os he convencido, insignes oyentes —añadió sonriéndose afablemente—. Vamos, pues, a razonar. ¿Sabéis cuánto tiempo necesitaría un tren directo para llegar a la Luna? No más que trescientos días. Un trayecto de 80.400 leguas. ¡Vaya una gran cosa! No llega al que se tendría que recorrer para dar nueve veces la vuelta alrededor de la Tierra y no hay marinero ni viajero un poco diligente que no haya andado más durante su vida. Haceos cargo de que yo no gastaré en la travesía más que noventa y siete horas. ¡Pero vosotros os figuráis que la Luna está muy lejos de la Tierra y que antes de emprender un viaje para ir a ella se necesita meditarlo mucho! ¿Qué diríais, pues, si se tratase de ir a Neptuno, que gravita del sol a 1.147 millones? He aquí un viaje que, aunque no costase más que a cinco céntimos por kilómetro, podrían emprender muy pocos. El mismo barón de Rothschild, con sus inmensos tesoros, no tendría para pagar el pasaje y tendría que quedarse en casa por faltarle 140 millones.

Esta lógica *sui generis* gustó mucho a la asamblea, tanto más cuanto que Miguel Ardan, muy penetrado del asunto, lo trataba con un entusiasmo soberbio. No pudiendo dudar de la avidez con que se recogían sus palabras, prosiguió con admirable aplomo:

—Y ahora os diré, mis buenos amigos, que la distancia que separa a Neptuno del Sol es muy poca; para calcular la distancia de estos astros, es menester valerse de cosa comparada con la de las estrellas. Para evaluar esa enumeración fascinadora en que la cantidad más pequeña consta de nueve guarismos y tomar por unidad el millón de millones. Perdonadme si me detengo tanto en este asunto, que es para mí de un interés capitalísimo. Oíd y juzgad: la estrella Alfa, que pertenece a la constelación del Centauro, se halla a ocho mil millares de millones de leguas; a cincuenta mil millares de millones se halla Vega; a cincuenta mil millares de millones, Sirio; a cincuenta y dos mil millares de millones, Arturo; a ciento diecisiete millares de millones, la Estrella Polar; a ciento setenta millares de millones, Cabra, y las demás estrellas a billones y a centenares de billones de leguas. ¡Y hay quien se ocupa de la distancia que separa a los planetas del Sol! ¡Y hay quien sostiene que esta distancia es tremenda! ¡Error! ¡Mentira! ¡Aberración de los sentidos! ¿Sabéis lo que yo opino acerca del mundo, que empieza en el Sol y concluye en Neptuno? ¿Queréis mi teo-

ría? Es muy sencilla. Para mí el mundo solar es un cuerpo sólido, homogéneo; los planetas que lo componen se acercan, se tocan, se adhieren, y el espacio que queda entre ellos no es más que el espacio que separa las moléculas del metal más compacto, plata o hierro, oro o platino. Estoy, pues, en mi derecho afirmando y repitiendo con una convicción de que participaréis todos: la distancia es una palabra hueca, la distancia, como hecho concreto, como realidad, no existe.

—¡Muy bien dicho! ¡Bravo! ¡Hurra! —exclamó unánimemente la asamblea, electrizada por el gesto y el acento del orador y por el atrevimiento de sus concepciones.

—¡No! —exclamó J. T. Maston, con más energía que los otros—. ¡La distancia no existe! ¡La distancia no existe!

Y arrastrado por la violencia de sus movimientos y por el empuje de su cuerpo, que casi no pudo dominar, estuvo en un tris de caer al suelo desde el estrado. Pero consiguió restablecer su equilibrio y evitó una caída que le hubiera brutalmente probado que la distancia no es una palabra vacía de sentido. Luego, el entusiasta orador prosiguió:

—Amigos míos —dijo—, me parece que la cuestión queda resuelta. Si no he logrado convenceros a todos, se debe a que he sido tímido en mis demostraciones, débil en mis argumentos: y echad la culpa a la insuficiencia de mis estudios teóricos. Comoquiera que sea, os lo repito, la distancia de la Tierra a su satélite es, en realidad, poco importante y no merece preocupar a un pensador grave y concienzudo. No creo, pues, avanzar demasiado diciendo que se establecerán próximamente trenes de proyectiles, en los que se hará con toda comodidad el viaje de la Tierra a la Luna. No habrá que temer choques, sacudidas ni descarrilamientos y llegaremos rápidamente al término, sin fatiga, en línea recta, y antes de veinte años la mitad de la Tierra habrá visitado la Luna.

—¡Hurra! ¡Hurra por Miguel Ardan! —exclamaron todos los concurrentes, hasta los menos convencidos.

—¡Hurra por Barbicane! —respondió modestamente el orador.

Este acto de reconocimiento hacia el promotor de la empresa fue acogido con unánimes y calurosos aplausos.

—Ahora, amigos míos —añadió Miguel Ardan—, si tenéis que dirigirme alguna pregunta, pondréis evidentemente en un apuro a un pobre hombre como yo, pero, no obstante, procuraré responderos.

Motivos tenía el presidente del *Gun-Club* para estar satisfecho del giro que tomaba la discusión. Versaba sobre teorías especulativas, en las que Miguel Ardan, en alas de su viva imaginación, volaba muy alto. Era, pues, preciso impedir que la cuestión descendiera del terreno de la especulación al de la práctica, del cual no era fácil salir bien librado. Barbicane se apresuró a tomar la palabra y preguntó a su nuevo amigo si era de la opinión de que la Luna o los planetas estuviesen habitados.

—Gran problema me propones, mi amigo presidente —replicó el orador sonriendo—; sin embargo, hombres de muy poderosa inteligencia, Plutarco, Swedemborg, Bernardino de Saint Pierre y otros muchos, se han pronunciado por la afirmativa. Considerando la cuestión bajo el punto de vista de la filosofía natural, me inclino a opinar como ellos, porque en el mundo no existe nada inútil, y contestando, amigo Barbicane, a tu cuestión con otra, afirmo que si los mundos son habitables, están habitados, o lo han estado o lo estarán.

—¡Muy bien! —exclamaron los espectadores de las primeras filas, que imponían su opinión a los de las últimas.

—Es imposible responder con más lógica y acierto —dijo el presidente del *Gun-Club*—. La cuestión queda reducida a los siguientes términos: ¿Los mundos son habitables? Yo creo que lo son.

—Y yo estoy de ello seguro —respondió Miguel Ardan.

—Sin embargo —replicó uno de los concurrentes—, hay argumentos contra la habitabilidad de los mundos. En la mayor parte de ellos sería absolutamente indispensable que los principios de la vida se modificasen, pues, sin hablar más que de los planetas, es evidente que en algunos de ellos el que los habitase se abrasaría y se helaría en otros, según su mayor o menor distancia del Sol.

—Siento —respondió Miguel Ardan— no conocer personalmente a mi distinguido antagonista para poder contestarle. Su objeción no carece de fuerza, pero creo que se la puede combatir victoriosamente, como se pueden combatir todas las teorías fundadas en la habitabilidad de los mundos. Si yo fuese físico, diría que, si bien es verdad que hay menos calórico en movimiento en los planetas próximos al Sol, y más calórico en movimiento en los que de él están lejos, este simple fenómeno basta para equilibrar el calor y volver la temperatura de dichos mundos soportable a seres que están organizados como nosotros. Si fuese naturalista, le diría, de acuerdo con muchos ilustres sabios, que la naturaleza nos suministra en la tierra ejemplos de animales que viven en distintas condiciones de habitabilidad; unos peces respiran en un medio que es mortal para los demás animales; que algunos habitantes de los mares se mantienen debajo de capas de una gran profundidad, soportando, sin ser aplastados, presiones de cincuenta o sesenta atmósferas; le diría que algunos insectos acuáticos, insensibles a la temperatura, se encuentran a la vez en los manantiales de agua hirviendo y en las heladas llanuras del océano polar; le diría, por último, que es preciso reconocer en la naturaleza una diversidad de medios de acción, que no deja de ser real aun siendo incomprensible, a lo menos para nosotros. Si yo fuese químico le diría que los aerolitos, cuerpos evidentemente formados fuera del mundo terrestre, han revelado al análisis indiscutibles vestigios de carbono, el cual no debe su origen más que a seres organizados, y, según los experimentos de Reichenbach, ha tenido necesariamente que ser *animalizado*. En fin, si fuese teólogo, le diría que, según San Pablo, la Redención

divina no se aplica exclusivamente a la Tierra, sino que comprende a todos los mundos celestes. Pero yo no soy teólogo, ni químico, ni naturalista, ni físico, y como ignoro completamente las grandes leyes que rigen el universo, me limito a responder: No sé si los mundos están habitados, y como no lo sé, voy a verlos.

¿Aventuró el adversario de las teorías de Miguel Ardan algún otro argumento? Es imposible decirlo, porque los gritos frenéticos de la muchedumbre hubieran impedido a todas las opiniones manifestarse. Cuando se hubo restablecido el silencio hasta en los grupos más lejanos, el orador victorioso se contentó con añadir las siguientes consideraciones:

—Ya veis, valerosos yanquis, que yo no he hecho más que desflorar una cuestión de tanta trascendencia. No he venido aquí a dar lecciones, ni a sostener una tesis sobre tan vasto objeto. Omito otros varios argumentos en pro de la habitabilidad de los mundos. Permitidme, no obstante, insistir en un solo punto. A los que sostienen que los planetas no son habitados, es preciso responderles: Es posible que tengáis razón, si se demuestra que la Tierra es el mejor de los mundos posibles, lo que no está demostrado, diga Voltaire lo que quiera. Ella no tiene más que un satélite, al paso que Júpiter, Urano, Saturno y Neptuno tienen varios que les están subordinados, lo que constituye una ventaja que no es despreciable. Pero lo que principalmente hace nuestro globo poco cómodo, es la inclinación de su eje sobre su órbita, de lo que procede la desigualdad de los días y las noches y la molesta diversidad de estaciones. En nuestro desventurado esferoide hace siempre demasiado calor o demasiado frío: en él nos helamos en invierno y nos abrasamos en verano; es el planeta de los reumatismos, de los resfriados y de las fluxiones, al paso que en la superficie de Júpiter, por ejemplo, cuyo eje está muy poco inclinado[1], los habitantes podrían gozar de temperaturas invariables, pues si bien hay allí la zona de las primaveras, la de los veranos, la de los otoños y la de los inviernos, cada uno podría escoger el clima que más le conviniese y ponerse durante toda su vida al abrigo de las variaciones de la temperatura. No tendréis ningún inconveniente en convenir conmigo en esta superioridad de Júpiter sobre nuestro planeta, sin hablar de sus años, de los cuales cada uno vale por doce de los nuestros. Es, además, evidente para mí que, bajo estos auspicios y en condiciones de existencia tan maravillosas, los habitantes de aquel mundo afortunado son seres superiores, que en él los sabios son más sabios, los artistas más artistas, los malos menos malos y los buenos mucho mejores. ¡Ay! ¿Qué le falta a nuestro esferoide para alcanzar esta perfección? Muy poca cosa, un eje de rotación menos inclinado sobre el plano de su órbita.

—¿Nada más? —exclamó una voz imperiosa—. Pues unamos nuestros esfuerzos, inventemos máquinas y enderecemos el eje de la Tierra.

---

[1] La inclinación de Júpiter sobre su eje no es más que de 3° 5'.

Una salva de aplausos sucedió a esta proposición, cuyo autor era y no podía ser más que J. T. Maston. Es probable que el fogoso secretario hubiese sido arrastrado a tan atrevida proposición por sus instintos de ingeniero. Pero, a decir verdad, muchos le aplaudieron de buena fe, y si hubieran tenido el punto de apoyo reclamado por Arquímedes, los americanos hubieran construido una palanca capaz de levantar el mundo y enderezar su eje. ¡El punto de apoyo! He aquí lo único que faltaba a aquellos temerarios mecánicos.

Con todo, una idea tan *eminentemente práctica* alcanzó un éxito extraordinario. Se suspendió la discusión por espacio de un cuarto de hora, y durante mucho, muchísimo tiempo, se habló en los Estados Unidos de América de la proposición tan enérgicamente formulada por el secretario perpetuo del *Gun-Club.*

CAPÍTULO XX

ATAQUE Y RESPUESTA

Parecía que este incidente debía terminar la discusión. Era la *última palabra* y difícilmente se hubiese encontrado otra mejor. Sin embargo, cuando se hubo calmado la agitación, oyéronse las siguientes frases pronunciadas con voz fuerte y sonora:

—Ahora que el orador ha pagado a la fantasía el debido tributo, ¿querrá entrar en materia y, sin teorizar tanto, discutir la parte práctica de su expedición?

Todas las miradas se dirigieron hacia el personaje que de este modo hablaba. Era un hombre flaco, enjuto de carnes, de semblante enérgico, con una enorme perilla a la americana que subrayaba todos los movimientos de su boca. Aprovechando hábilmente la agitación que de cuando en cuando se había producido en la asamblea, consiguió poco a poco colocarse en primera fila. Con los brazos cruzados y los ojos brillantes y atrevidos, miraba imperturbablemente al héroe del mitin. Después de haber formulado su pregunta, calló, sin hacer ningún caso de millares de miradas que convergían en él ni de los murmullos de desaprobación que provocaron sus palabras. Haciéndose aguardar la respuesta, sentó de nuevo la cuestión con el mismo acento claro y preciso, y luego añadió:

—Estamos aquí para ocuparnos de la Luna y no de la Tierra.

—Tenéis razón, caballero —respondió Miguel—. La discusión se ha extraviado. Volvamos a la Luna.

—Caballero —repuso el desconocido—; estáis empeñado en que se halla habitado nuestro satélite. De acuerdo. Pero si existen selenitas, es seguro que éstos viven sin respirar, porque (por vuestro interés os lo digo) no hay en la superficie de la Luna la menor molécula de aire.

Al oír esta afirmación, levantó Ardan su melenuda cabeza, comprendiendo que con aquel hombre se iba a empeñar una lucha sobre lo más capital de la cuestión.

—¿Conque no hay aire en la Luna? ¿Y quién lo dice? —preguntó, mirándole fijamente.

—Los sabios.

—¿De veras?

—De veras.

—Caballero —replicó Miguel—, lo digo seriamente: profeso la mayor estimación a los sabios que saben, pero los sabios que no saben me inspiran un desdén profundo.

—¿Conocéis a alguno que pertenezca a esta última categoría?

—Alguno conozco. En Francia hay uno de ellos que sostiene que matemáticamente el pájaro no puede volar y otro cuyas teorías demuestran que el pez no está organizado para vivir en el agua.

—No se trata de esos sabios, y los nombres que yo podría citar en apoyo de mi proposición no serían rehusados por vos, caballero.

—Entonces pondríais en grave apuro a un pobre ignorante como yo, que, por otra parte, no desea más que instruirse.

—¿Por qué, pues, os ocupáis de cuestiones científicas si no las habéis estudiado? —preguntó el desconocido bastante brutalmente.

—¿Por qué? —respondió Ardan—. Por la misma razón que es siempre intrépido el que no sospecha el peligro. Yo no sé nada, es verdad, pero precisamente es mi debilidad quien forma mi fuerza.

—Vuestra debilidad va hasta la locura —exclamó el desconocido, con un tono bastante agrio.

—¡Tanto mejor —respondió el francés—, si mi locura me lleva a la Luna!

Barbicane y sus colegas devoraban con la mirada a aquel intruso que acababa tan audazmente de colocarse como un obstáculo delante de la empresa. Nadie le conocía, y el presidente, que no las tenía todas consigo respecto a las consecuencias de una discusión tan francamente empleada, miraba con cierto recelo a su nuevo amigo. La asamblea estaba atenta y algo inquieta, porque aquella polémica daba por resultado llamar la atención sobre los peligros o imposibilidades de la expedición.

—Las razones que prueban la falta de toda atmósfera alrededor de la Luna son numerosas y concluyentes —respondió el adversario de Miguel Ardan—. Me atrevo a decir a *priori* que, en el caso de haber existido alguna vez esta atmósfera, la Tierra la habría arrebatado a su satélite. Pero prefiero oponer hechos irrecusables.

—Oponed cuantos hechos queráis —respondió Miguel Ardan con perfecta galantería.

—Ya sabéis —dijo el desconocido— que cuando los rayos luminosos atraviesan un medio tal como el aire, se desvían de la línea recta, o, lo que es lo mismo, experimentan una refracción. Pues bien, los rayos de las estrellas que la Luna oculta, al pasar rasando el borde del disco lunar, no experimentan desviación alguna, ni dan el menor indicio de refracción. Es, pues, evidente que no se halla la Luna envuelta en una atmósfera.

Todos miraron a Ardan con cierta ansiedad y hasta con cierta lástima, como si previesen su derrota, pues, en realidad, siendo cierto el hecho que la observación revelaba, la consecuencia que de él deducía el desconocido era rigurosamente lógica.

—He aquí —respondió Miguel Ardan— vuestro mejor, por no decir vuestro único, argumento valedero, con el cual hubierais puesto en un brete al sabio obligado a contestaros; pero yo me limitaré a deciros que vuestro argumento no tiene un valor absoluto, porque supone que el diámetro angular de la Luna está perfectamente determinado, lo que no es exacto. Pero dejando a un lado vuestro argumento, decidme si admitís la existencia de volcanes en la superficie de la Luna.

—De volcanes apagados, sí; de volcanes encendidos, no.

—Dejadme, no obstante, creer, sin traspasar los límites de la lógica, que los tales volcanes estuvieron en actividad durante algún tiempo.

—Es cierto, pero como podían suministrar ellos mismos el oxígeno necesario para la combustión, el hecho de su erupción no prueba en manera alguna la presencia de una atmósfera lunar.

—Adelante —respondió Miguel Ardan—, y dejemos a un lado esta clase de argumentos para llegar a observaciones directas. Pero os prevengo que voy a citar nombres propios.

—Citadlos.

—En 1815, los astrónomos Louville y Halley, observando el eclipse del 3 de mayo, notaron en la Luna ciertos fulgores de una naturaleza extraña, frecuentemente repetidos. Los atribuyeron a tempestades que se desencadenan en la atmósfera que envuelve a veces la Luna.

—En 1815 —replicó el desconocido—, los astrónomos Louville y Halley tomaron por fenómenos lunares fenómenos puramente terrestres, tales como bólidos, aerolitos u otros, que se producían en nuestra atmósfera. He aquí lo que respondieron los sabios al anuncio del citado fenómeno, y lo mismo respondo yo, ni más ni menos.

—Quiero suponer que tengáis razón —respondió Ardan, sin que la contestación de su adversario le hiciese la menor mella—. ¿No observó Herschell, en 1787, un gran número de puntos luminosos en la superficie de la Luna?

—Es verdad, pero sin explicarse su origen. Él mismo no dedujo de su aparición la necesidad de una atmósfera lunar.

—Bien respondido —dijo Miguel Ardan, cumplimentando a su antagonista—; veo que sois muy fuerte en selenografía.

—Muy fuerte, caballero, y añadiré que los señores Beer y Moedler, que son los más hábiles observadores, los que mejor han estudiado el astro de la noche, están de acuerdo sobre la falta absoluta de aire en su superficie.

Se produjo cierta sensación en el auditorio, al cual empezaban a convencer los argumentos del personaje desconocido.

—Adelante —respondió Miguel Ardan con la mayor calma—, y llegamos ahora a un hecho importante. El señor Laussedat, hábil astrónomo francés, observando el eclipse del 18 de junio de 1860, comprobó que los extremos del creciente solar estaban redondeados y truncados. Este fenómeno no pudo ser producido más que por una desviación de los

rayos del sol al atravesar la atmósfera de la Luna, sin que haya otra explicación posible.

—¿Pero el hecho es cierto? —preguntó con viveza el desconocido.

—Absolutamente cierto.

Un movimiento inverso al que había experimentado la asamblea poco antes se tradujo en rumores de aprobación a su héroe favorito, cuyo adversario guardó silencio. Ardan repitió la frase y, sin envanecerse por la ventaja que acababa de obtener, dijo sencillamente:

—Ya veis, pues, mi querido caballero, que no conviene pronunciarse de una manera absoluta contra la existencia de una atmósfera en la superficie de la Luna. Esta atmósfera es probablemente muy poco densa, bastante sutil, pero la ciencia en la actualidad admite generalmente su existencia.

—No en las montañas, por más que lo sintáis —respondió el desconocido, que no quería dar su brazo a torcer.

—Pero sí en el fondo de los valles, y no elevándose más allá de algunos centenares de pies.

—Aunque así fuese, haríais bien en tomar vuestras precauciones, porque el tal aire estará terriblemente enrarecido.

—¡Oh! Caballero, siempre habrá el suficiente para un hombre solo, y además, una vez allí, procuraré economizarlo todo lo que pueda y no respirar sino en las grandes ocasiones.

Una estrepitosa carcajada retumbó en los oídos del misterioso interlocutor, el cual paseó sus miradas por la asamblea desafiándola con orgullo.

—Ahora bien —repuso Miguel Ardan con cierta indiferencia—, puesto que estamos de acuerdo sobre la existencia de una atmósfera lunar, tenemos también que admitir la presencia de cierta cantidad de agua. Esta es una consecuencia que me alegro de poder sacar por la cuenta que me tiene. Permitidme, además, mi amable contradictor, someter una observación a vuestro ilustrado criterio. Nosotros no conocemos más que un lado del disco de la Luna, y aunque haya poco aire en el lado que nos mira, es posible que haya mucho en el opuesto.

—¿Por qué razón?

—Porque la Luna, bajo la acción de la atracción terrestre, ha tomado la forma de un huevo, que vemos por su extremo más pequeño. De aquí ha deducido Hansteen, cuyos cálculos son siempre de trascendencia, que el centro de la gravedad de la Luna está situado en el otro hemisferio y, por consiguiente, todas las masas de aire y agua han debido ser arrastradas al otro extremo de nuestro satélite desde los primeros días de su creación.

—¡Paradojas! —exclamó el desconocido.

—¡No! Teorías que se apoyan en las leyes de la mecánica y que me parecen difíciles de refutar. Apelo al buen juicio de esta asamblea y pido que ella diga si la vida, tal como existe en la Tierra, es o no posible en la superficie de la Luna. Deseo que se vote esta proposición.

La proposición obtuvo los aplausos unánimes de trescientos mil oyentes. El adversario de Miguel Ardan quería replicar, pero no pudo hacerse oír. Caía sobre él una granizada de gritos y amenazas.

—¡Basta! ¡Basta! —decían unos.

—¡Fuera el intruso! —repetían otros.

—¡Fuera! ¡Fuera! —exclamaba la irritada muchedumbre.

Pero él, firme, agarrado al estrado, dejaba pasar sin moverse la tempestad, la cual hubiese tomado proporciones formidables si Miguel Ardan no la hubiese apaciguado con un ademán. Era de un carácter demasiado caballeresco para abandonar a su contradictor en el apuro en que le veía.

—¿Deseáis añadir algunas palabras? —le preguntó con la mayor cortesía.

—¡Sí! ¡Ciento! ¡Mil! —respondió el desconocido, con arrebato—. Pero, no, me basta una sola. Para perseverar en vuestro proyecto, preciso en que seáis...

—¿Imprudente? ¿Cómo podéis tratarme así, sabiendo que he pedido una bala cilíndrico-cónica a mi amigo Barbicane, para no dar por el camino vueltas y revueltas como una ardilla?

—¡Desgraciado! ¡Al salir del cañón, la repercusión os hará pedazos!

—Mi querido colega, acabáis de poner el dedo en la llaga, en la verdadera y única dificultad; pero la buena opinión que tengo formada del genio industrial de los americanos me permite creer que llegará a resolverse...

—¿Y el calor desarrollado por la velocidad del proyectil al atravesar las capas del aire?

—¡Oh! Sus paredes son gruesas, ¡y cruzará con tanta rapidez la atmósfera...!

—¿Y víveres? ¿Y agua?

—He calculado que podría llevar víveres y agua para un año —respondió Ardan—, y la travesía durará cuatro días.

—¿Y aire para respirar durante el viaje?

—Lo haré artificialmente por procedimientos químicos bien conocidos.

—Pero, ¿y vuestra caída en la Luna, suponiendo que lleguéis a ella?

—Será seis veces menos rápida que una caída en la Tierra, porque el peso es seis veces menor en la superficie de la Luna.

—¡Pero aun así, será suficiente para romperos como un pedazo de vidrio!

—¿Y quién me impedirá retardar mi caída por medio de cohetes convenientemente dispuestos y disparados en ocasión oportuna?

—Por último, aun suponiendo que se hayan resuelto todas las dificultades, que se hayan allanado todos los obstáculos, que se hayan reunido a favor vuestro todas las probabilidades, aun admitiendo que lleguéis sano y salvo a la Luna, ¿cómo volveréis?

—¡No volveré!

A esta respuesta, sublime por su sencillez, la asamblea quedó muda. Pero su silencio fue más elocuente que todos los gritos de entusiasmo. El desconocido se aprovechó de él para protestar por última vez.

—Os mataréis infaliblemente —exclamó—, y vuestra muerte, que no será más que la muerte de un insensato, ¡ni siquiera servirá de algo a la ciencia!

—¡Proseguid, mi generoso desconocido, porque, la verdad, vuestros pronósticos son muy agradables!

—¡Ah! ¡Eso es demasiado! —exclamó el adversario de Miguel Ardan—. ¡Y no sé por qué pierdo el tiempo en una discusión tan poco formal! ¡No desistáis de vuestra loca empresa! ¡No es vuestra la culpa!

—¡Oh! ¡No salgáis de vuestras casillas!

—¡ No! Sobre otro pesará la responsabilidad de vuestros actos.

—¿Sobre quién? —preguntó Miguel Ardan con voz imperiosa—. ¿Sobre quién? Decidlo.

—Sobre el ignorante que ha organizado esta tentativa tan imposible como ridícula.

El ataque era directo. Barbicane, desde la intervención del desconocido, tuvo que esforzarse mucho para contenerse y conservar su sangre fría; pero viéndose ultrajado de una manera tan terrible, se levantó precipitadamente, y ya marchaba hacia su advesario, que le miraba frente a frente y le aguardaba con la mayor serenidad, cuando se vio súbitamente separado de él.

De pronto, cien brazos vigorosos levantaron en alto el estrado, y el presidente del *Gun-Club* tuvo que compartir con Miguel Ardan los honores del triunfo. La carga era pesada, pero los que la llevaban se iban relevando sin cesar, luchando todos con el mayor encarnizamiento unos contra otros para prestar a aquella manifestación el apoyo de sus hombros.

Sin embargo, el desconocido no se había aprovechado del tumulto para dejar su puesto. ¿Pero, acaso, aunque hubiese querido, hubiera podido evadirse en medio de aquella compacta muchedumbre? Lo cierto es que no pensó en escurrirse, pues se mantenía en primera fila, con los brazos cruzados, y miraba a Barbicane como si quisiera comérselo.

Tampoco Barbicane le perdía de vista y las miradas de aquellos dos hombres se cruzaban como dos espadas diestramente esgrimidas.

Los gritos de la muchedumbre duraron tanto como la marcha triunfal. Miguel Ardan se dejaba llevar con un placer evidente. Su rostro estaba radiante. De cuando en cuando parecía que el estrado se balanceaba como un buque azotado por las olas. Pero los héroes de la fiesta, acostumbrados a navegar, no se mareaban, y su buque llegó sin ninguna avería al puerto de Tampa.

Miguel Ardan pudo afortunadamente ponerse a salvo de los abrazos y apretones de manos de sus vigorosos admiradores. En la fonda Franklin

encontró un refugio, subió a su cuarto y se metió entre sábanas, mientras un ejército de cien mil hombres velaba bajo sus ventanas.

Al mismo tiempo ocurría una escena corta, grave y decisiva entre el personaje misterioso y el presidente del *Gun-Club.*

Barbicane, apenas se vio libre, se dirigió a su adversario.

—¡Venid! —le dijo con voz breve.

El desconocido le siguió y no tardaron en hallarse los dos solos en un malecón sito en el Jone's Fall.

No se conocían aún, y se miraron.

—¿Quién sois? —preguntó Barbicane.

—El capitán Nicholl.

—Me lo figuraba. Hasta ahora la casualidad no os había colocado en mi camino...

—¡Me he colocado en él yo mismo!

—¡Me habéis insultado!

—Públicamente.

—Me daréis satisfacción del insulto.

—Ahora mismo.

—No, quiero que todo pase secretamente entre nosotros. Hay un bosque, el bosque de Skernaw, a tres millas de Tampa. ¿Lo conocéis?

—Lo conozco.

—¿Tendréis inconveniente en entrar en él por un lado mañana por la mañana a las cinco?

—Ninguno, si a la misma hora entráis vos por el otro lado.

—¿Y no olvidaréis vuestro rifle? —dijo Barbicane.

—Ni vos el vuestro —respondió Nicholl.

Pronunciadas estas palabras con la mayor calma, el presidente del *Gun-Club* y el capitán se separaron. Barbicane volvió a su casa, pero, en vez de descansar, pasó la noche buscando el medio de evitar la repercusión del proyectil y resolver el difícil problema presentado por Miguel Ardan en la discusión del mitin.

CAPÍTULO XXI

CÓMO ARREGLA UN FRANCÉS UN DESAFÍO

Mientras entre el presidente y el capitán se concertaba aquel duelo terrible y salvaje en que un hombre se hace a la vez res y cazador de otro hombre, Miguel Ardan descansaba de las fatigas del triunfo. Pero no descansaba, no es esta la expresión propia, porque los colchones de las camas americanas nada tienen que envidiar por su dureza al mármol y al granito.

Ardan dormía, pues, bastante mal, volviéndose de un lado a otro entre las servilletas que le servían de sábanas, y pensaba en proporcionarse un lugar de descanso más cómodo y mullido en su proyectil, cuando un violento ruido le arrancó de sus sueños. Golpes desordenados conmovían su puerta como si fuesen dados con un martillo, mezclándose con aquel estrépito tan temprano gritos desaforados.

—¡Abre! —gritaba una voz desde fuera—. ¡Abre pronto, en nombre del cielo!

Ninguna razón tenía Ardan para acceder a una demanda tan estrepitosamente formulada. No obstante, se levantó y abrió la puerta, en el momento de ir ésta a ceder a los esfuerzos del obstinado visitante.

El secretario del *Gun-Club* se metió en el cuarto. No hubiera una bomba entrado en él con menos ceremonias.

—Anoche —exclamó J. T. Maston al momento—, nuestro presidente, durante el mitin, fue públicamente insultado. ¡Ha provocado a su adversario, que es nada menos que el capitán Nicholl! ¡Se baten los dos esta mañana en el bosque de Skernaw! ¡Lo sé todo por el mismo Barbicane! ¡Si éste muere, fracasan sus proyectos! ¡Es, pues, preciso impedir el duelo a toda costa! ¡No hay más que un hombre en el mundo que ejerza sobre Barbicane bastante imperio para detenerle, y este hombre es Miguel Ardan!

En tanto que J. T. Maston hablaba como acabamos de referir, Miguel Ardan, sin interrumpirle, se vistió su ancho pantalón, y no habían transcurrido aún dos minutos, cuando los dos amigos ganaban a escape los arrabales de Tampa.

Durante el camino, Maston acabó de poner a Ardan al corriente de todo el negocio. Le dio a conocer las verdaderas causas de la enemistad de

Barbicane y de Nicholl, la antigua rivalidad, los amigos comunes que mediaron para que los adversarios no se encontrasen nunca cara a cara, y añadió que se trataba únicamente de una pugna entre plancha y proyectil, de suerte que la escena del mitin no había sido más que una ocasión rebuscada desde mucho tiempo por el rencoroso Nicholl para armar camorra.

Nada más terrible que esos duelos propios de los americanos, durante los cuales los dos adversarios se buscan por entre la maleza y los matorrales, se acechan desde un escondrijo cualquiera y se disparan las armas en medio de lo más enmarañado de las selvas, como bestias feroces. ¡Cuánto, entonces, deben envidiar los combatientes las maravillosas cualidades de los indios de las praderas: su perspicacia, su astucia, su conocimiento de los rastros, su olfato para percibir al enemigo! Un error, una vacilación, un mal paso, pueden acarrear la muerte. En estos momentos, los yanquis se hacen con frecuencia acompañar de sus perros, y, cazando y siendo cazados a un mismo tiempo, se persiguen a menudo durante horas y horas.

—¡Qué diablos de gente sois! —exclamó Miguel Ardan, cuando su compañero le pintó con mucho realismo todos los pormenores.

—Somos como somos —respondió modestamente J. T. Maston—, pero démonos prisa.

Él y Miguel Ardan tuvieron que correr mucho para atravesar la llanura humedecida por el rocío, pasar arrozales y torrentes, y atajar por el camino más corto, y aun así no pudieron llegar al bosque de Skernaw antes de las cinco y media. Hacía media hora que Barbicane debía encontrarse en el teatro de la lucha.

Allí estaba un viejo leñador haciendo pedazos algunos árboles caídos.

Maston corrió hacia él gritando:

—¿Habéis visto entrar en el bosque a un hombre armado de rifle, a Barbicane, el presidente..., mi mejor amigo...?

El digno secretario del *Gun-Club* pensaba cándidamente que su presidente no podía dejar de ser conocido de todo el mundo. Pero no pareció que el leñador le comprendiese.

—Un cazador —dijo entonces Ardan.

—¿Un cazador? Sí, le he visto —respondió el leñador.

—¿Hace mucho tiempo?

—Cosa de una hora.

—¡Hemos llegado tarde! —exclamó Maston.

—¿Y habéis oído algún tiro? —preguntó Miguel Ardan.

—No.

—¿Ni uno solo?

—Ni uno solo. Me parece que el tal cazador no hace negocio.

—¿Qué hacemos, Maston?

—Entrar en el bosque, aunque sea exponiéndonos a un balazo por un *quid pro quo*.

—¡Ah! —exclamó Maston con un acento de verdad, salido del fondo de su corazón—. Preferiría diez balas en mi cabeza a una sola en la de Barbicane.

—¡Adelante, pues! —respondió Ardan, estrechando la mano de su compañero.

A los pocos segundos, los dos amigos desaparecieron en el espeso bosque de cedros, sicomoros, tuliperos, icacos, pinos, encinas y mangos, que entrecruzaban sus ramas formando una inextricable red y privando a la vista de todo horizonte. Miguel Ardan y Maston no se separaban uno de otro, cruzando silenciosamente las altas hierbas, abriéndose camino por entre vigorosos bejucales, interrogando con la mirada las matas y el ramaje perdidos en la sombría espesura y esperando oír de un momento a otro el mortífero estampido de los rifles. Imposible les hubiera sido reconocer las huellas que marcasen el tránsito de Barbicane, marchando como ciegos por senderos casi vírgenes y cubiertos de broza, donde un indio hubiera seguido uno tras otro todos los pasos de un enemigo.

Pasada una hora de búsqueda estéril y ociosa, los dos compañeros se detuvieron. Su zozobra iba en aumento.

—Necesariamente debe haber concluido todo —dijo Maston, desalentado—. Un hombre como Barbicane no se vale de astucias contra su enemigo, ni le tiende lazos, ni procura desorientarle. ¡Es demasiado franco, demasiado valiente! ¡Ha acometido, pues, el peligro de frente, y sin duda tan lejos del leñador que éste no ha oído la detonación del arma!

—Pero, ¡y nosotros! ¡Nosotros! — respondió Miguel Ardan—. En el tiempo que ha transcurrido desde que entramos en el bosque, algo habríamos oído.

—¿Y si hubiésemos llegado demasiado tarde? —exclamó Maston con un acento de desesperación.

Miguel Ardan no supo qué responder. Él y Maston prosiguieron su interrumpida marcha. De cuando en cuando gritaban con toda la fuerza de sus pulmones, ya llamando a Barbicane, ya a Nicholl; pero ninguno de los dos adversarios respondía a sus voces. Alegres bandadas de pájaros, que se levantaban al ruido de sus pasos y de sus palabras, desaparecían entre las ramas y algunos gansos azorados huían precipitadamente hasta perderse en el fondo de las selvas.

Una hora más se prolongaron aún las pesquisas. Ya había sido explorada la mayor parte del bosque. Nada revelaba la presencia de los combatientes. Motivos había para dudar de las afirmaciones del leñador, y Ardan iba va a renunciar a un reconocimiento que le parecía inútil, cuando de repente Maston se detuvo.

—¡Silencio! —dijo—. ¡Allí hay alguien!

—¡Alguien! —repitió Miguel Ardan.

—¡Sí! ¡Un hombre! Parece inmóvil. No tiene el rifle en las manos. ¿Qué hace, pues?

—¿Puedes reconocerle? —preguntó Miguel Ardan, cuya cortedad de vista era para él un gran inconveniente en aquellas circunstancias.

—¡Sí! ¡Sí! Ahora se vuelve —respondió Maston.

—¿Y quién es...?

—El capitán Nicholl.

—¡Nicholl! —respondió Miguel Ardan, sintiendo oprimírsele el corazón.

—¡Nicholl, desarmado! ¿Conque nada tiene ya que temer de su adversario?

—Vamos hacia él —dijo Miguel Ardan— y sabremos a qué atenernos.

Pero él y su compañero no habían aún dado cincuenta pasos, cuando se detuvieron para examinar más atentamente al capitán. ¡Se habían figurado encontrar a un hombre sediento de sangre y entregado enteramente a su venganza! Al verle, quedaron atónitos.

Entre los tuliperos gigantescos había tendida una red de malla estrecha, en cuyo centro, un pajarillo, con las alas enredadas, forcejeaba lanzando lastimosos quejidos. El cazador que había armado aquella inextricable artimaña, no era humano: era una araña venenosa, indígena del país, del tamaño de un huevo de paloma y provista de enormes patas. El repugnante animal, en el momento de precipitarse contra su presa, se vio a su vez amenazado de un enemigo temible, y retrocedió para buscar asilo en las altas ramas de tulipero.

El capitán Nicholl, que, olvidando los peligros que le amenazaban, había dejado el rifle en el suelo, se ocupaba en libertar con la mayor delicadeza posible a la víctima cogida en la red de la monstruosa araña. Cuando hubo concluido su operación, devolvió la libertad al pajarillo, que desapareció moviendo alegremente las alas.

Nicholl le veía, enternecido, huir por entre las ramas, cuando oyó las siguientes palabras, pronunciadas con voz conmovida:

—¡Sois un valiente y un hombre de bien a carta cabal!

Se volvió. Miguel Ardan se hallaba en su presencia, repitiendo en todos los tonos:

—¡Y un hombre generoso!

—¡Miguel Ardan! —exclamó el capitán—. ¿Qué venís a hacer aquí, caballeros?

—Vengo, Nicholl, a daros un apretón de manos y a impedir que matéis a Barbicane o que él os mate.

—¡Barbicane! ¡Dos horas hace que le busco y no le encuentro! ¿Dónde se oculta?

—Nicholl —dijo Miguel Ardan—, eso no es decoroso. Se debe respetar siempre a un adversario. Tranquilizaos, que si Barbicane vive, le encontraremos, tanto más cuanto que, a no ser que se divierta como vos en socorrer pájaros oprimidos, él también os estará buscando. Pero Miguel Ardan

es quien lo dice; cuando le hayamos encontrado, no se tratará ya de duelo entre vosotros.

—Entre el presidente Barbicane y yo —respondió gravemente Nicholl— hay una rivalidad tal que sólo la muerte de uno de los dos...

—No prosigáis —repuso Miguel Ardan—; valientes como vosotros, aun siendo enemigos, pueden estimarse. No os batiréis.

—¡Me batiré, caballero!

—¡No!

—Capitán —dijo entonces J. T. Maston con la mayor sinceridad y ardiente fe—, soy el amigo del presidente, su *alter ego;* si os empeñáis en matar a alguien, matadme a mí, y será exactamente lo mismo.

—Caballero —dijo Nicholl, apretando convulsivamente su rifle—, esas chanzas...

—El amigo Maston no se chancea —respondió Miguel Ardan—, y comprendo su resolución de hacerse matar por el hombre que es su amigo predilecto. Pero ni él ni Barbicane caerán heridos por las balas del capitán Nicholl, porque tengo que hacer a los dos rivales una proposición tan seductora que la aceptarán con entusiasmo.

—¿Qué proposición? —preguntó Nicholl con visible incredulidad.

—Un poco de paciencia —respondió Ardan—; no puedo dárosla a conocer sino en presencia de Barbicane.

—Busquémosle, pues —exclamó el capitán.

Inmediatamente, los tres se pusieron en marcha. El capitán, después de haber puesto el seguro al rifle que llevaba amartillado, se lo echó a la espalda y avanzó con paso reprimido, sin decir una palabra. Durante media hora, las pesquisas siguieron siendo inútiles. Maston se sentía preocupado por un siniestro presentimiento. Observaba a Nicholl con severidad, preguntándose si habría el capitán satisfecho su venganza, y si el desgraciado Barbicane, herido de un balazo, yacía sin vida en el fondo del matorral, ensangrentado. Miguel Ardan había, al parecer, concebido la misma sospecha, y los dos interrogaban con la vista al capitán Nicholl, cuando Maston se detuvo de repente.

Medio oculto por la hierba, aparecía a veinte pasos de distancia el busto de un hombre apoyado en el tronco de una caoba gigantesca.

—¡Él es! —dijo Maston.

Barbicane no se movía. Ardan abismó sus miradas en los ojos del capitán, pero éste permaneció impasible. Ardan dio algunos pasos, gritando:

—¡Barbicane! ¡Barbicane!

No obtuvo respuesta. Entonces se precipitó hacia su amigo; pero en el momento de irle a coger del brazo, se contuvo, lanzando un grito de sorpresa.

Barbicane, con el lápiz en la mano, trazaba fórmulas y figuras geométricas en un libro de memorias, teniendo echado en el suelo, de cualquier modo, su rifle desmontado.

Absorto en su ocupación, sin pensar en su desafío ni en su venganza, el sabio nada había visto ni oído. Pero cuando Miguel Ardan le dio la mano, se levantó y le miró con asombro.

—¡Cómo! —exclamó—. ¡Tú aquí! ¡Ya apareció aquello, amigo mío! ¡Ya apareció aquello!

—¿Qué?

—¡Mi medio!

—¿Qué medio?

—¡El de anular el efecto de la repercusión al arrancar el proyectil!

—¿De veras? —dijo Miguel, mirando al capitán con el rabillo del ojo.

—¡Sí, con agua! ¡Con agua común, que amortiguará...! ¡Ah, Maston! —exclamó Barbicane—. ¡Vos también!

—El mismo —respondió Miguel Ardan—. Y permítame presentarle al mismo tiempo al digno capitán Nicholl.

—¡Nicholl! —exclamó Barbicane, que se puso en pie al momento—. Perdón, capitán —dijo—. Había olvidado... Estoy pronto...

Miguel Ardan intervino sin dar a los dos enemigos tiempo de interpelarse.

—¡Voto al chápiro! —dijo—. ¡Fortuna ha sido que valientes como vosotros no se hayan encontrado antes! Ahora tendríamos que llorar a uno u otro de los dos. Pero gracias a Dios, que ha intervenido, no hay ya nada que temer. Cuando se olvida el odio para abismarse en problemas de mecánica o jugar una mala pasada a las arañas, el tal odio no es peligroso para nadie.

Y Miguel Ardan contó al presidente la historia del capitán.

—Ahora quisiera que me dijeseis —prosiguió— si dos hombres de tan buenos sentimientos como vosotros han sido creados para romperse la cabeza a balazos.

En aquella situación, un si es no es ridícula, había algo tan inesperado, que Barbicane y Nicholl no sabían qué actitud adoptar uno respecto de otro. Miguel Ardan lo comprendió y resolvió precipitar la reconciliación.

—Mis buenos amigos —dijo, dejando asomar a sus labios su mejor sonrisa—, entre vosotros no ha habido nunca más que una mala inteligencia. No ha habido otra cosa. Pues bien, para probar que todo entre vosotros ha concluido, y puesto que sois hombres a quienes no duelen prendas y saben arriesgar su pellejo, aceptad francamente la proposición que voy a haceros.

—Hablad —dijo Nicholl.

—El amigo Barbicane cree que su proyectil irá derecho a la Luna.

—Sí, lo creo —replicó el presidente.

—Y el amigo Nicholl está persuadido de que volverá a caer en la Tierra.

—Estoy seguro —exclamó el capitán.

—De acuerdo —repuso Miguel Ardan—. No trato de poneros de acuerdo, pero os digo muy buenamente: Partid conmigo y lo veréis.

—¡Qué idea! —murmuró J. T. Maston, asombrado.

Al oír aquella proposición tan imprevista, los dos rivales se miraron recíprocamente y siguieron observándose con atención. Barbicane aguardaba la respuesta del capitán. Nicholl espiaba las palabras del presidente.

—¿Qué resolvéis? —dijo Miguel, con un acento que obligaba—. ¡Ya que no hay que temer repercusiones...!

—¡Aceptado! —exclamó Barbicane.

Pese a la rapidez con que pronunció la palabra, Nicholl la acabó de pronunciar al mismo tiempo.

—¡Hurra! ¡Bravo! ¡Viva! ¡Hip, hip! —exclamó Miguel Ardan, tendiendo la mano a los dos adversarios—. Y ahora que el asunto está arreglado, permitidme, amigos míos, trataros a la francesa. Vamos a almorzar.

CAPÍTULO XXII

EL NUEVO CIUDADANO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Aquel mismo día, América entera supo, al mismo tiempo que el desafío del capitán Nicholl y del presidente Barbicane, el singular desenlace que había tenido. El papel desempeñado por el caballeresco europeo, su inesperada proposición con que zanjó las dificultades, la simultánea aceptación de los dos rivales, la conquista del continente lunar, a la cual iban a marchar de acuerdo Francia y los Estados Unidos, todo contribuía a aumentar más y más la popularidad de Miguel Ardan. Ya se sabe con qué frenesí los yanquis se apasionan de un individuo. En un país en que graves magistrados tiran del coche de una bailarina para llevarla en triunfo, júzguese cuál sería la pasión que se desencadenó en favor del francés, audaz sobre todos los audaces. Si los ciudadanos no desengancharon sus caballos para colocarse ellos en su lugar, fue probablemente porque él no tenía caballos, pero todas las demás pruebas de entusiasmo le fueron prodigadas. No había uno solo que no estuviese unido a él con el alma. *Ex pluribus unum,* según reza la divisa de los Estados Unidos.

Desde aquel día, Miguel Ardan no tuvo un momento de reposo. Diputaciones procedentes de todos los puntos de la Unión le felicitaron incesantemente, y de grado o fuerza tuvo que recibirlas. Las manos que apretó y las personas que tuteó no pueden contarse; pero se rindió al cabo, y su voz, enronquecida por tantos discursos, salía de sus labios sin articular casi sonidos inteligibles, sin contar con que los brindis que tuvo que dedicar a todos los condados de la Unión le produjeron casi una gastroenteritis. Tantos brindis, acompañados de fuertes licores, hubieran, desde el primer día, producido a cualquier otro un *delirium tremens;* pero él sabía mantenerse dentro de los discretos límites de una media embriaguez alegre y decidora.

Entre las diputaciones de toda especie que le asaltaron, la de los *lunáticos* no olvidó lo que debía al futuro conquistador de la Luna. Un día, algunos de aquellos desgraciados dementes, asaz numerosos en América, le visitaron para pedirle que les llevase con él a su país natal. Algunos pretendían hablar el *selenita* y quisieron enseñárselo a Miguel Ardan. Éste se

prestó con docilidad a su inocente manía y se encargó de comisiones para sus amigos de la Luna.

—¡Singular locura! —dijo a Barbicane, después de haberles despedido—. Y es una locura que ataca con frecuencia inteligencias privilegiadas. Arago, uno de nuestros sabios más ilustres, me decía que muchas personas muy discretas y muy reservadas en sus concepciones, se dejaban llevar a una exaltación suma, a increíbles singularidades, siempre que de la Luna se ocupaban. ¿Crees tú en la influencia de la Luna en las enfermedades?

—Poco —respondió el presidente del *Gun-Club.*

—Lo mismo digo, y, sin embargo, la historia registra hechos asombrosos. En 1693, durante una epidemia, las defunciones aumentaron considerablemente el día 21 de enero, en el momento de un eclipse. Durante los eclipses de la Luna, el célebre Bacon se desvanecía y no volvía en sí hasta después de la completa emersión del astro. El rey Carlos VI, durante el año 1399, sufrió seis arrebatos de locura que coincidieron con la Luna nueva o con la Luna llena. Algunos médicos han clasificado la epilepsia o mal caduco, entre las enfermedades que siguen las fases de la Luna. Parece que las afecciones nerviosas han sufrido a menudo su influencia. Mead habla de un niño que experimentaba convulsiones cuando la Luna entraba en oposición. Gall había notado que la exaltación de las personas débiles aumentaba dos veces cada mes: una en el novilunio y otra en el plenilunio. En fin, hay mil observaciones del mismo género sobre los vértigos, las fiebres malignas, los sonambulismos, que tienden a probar que el astro de la noche ejerce una misteriosa influencia sobre las enfermedades terrestres.

—Pero, ¿cómo? ¿Por qué? —preguntó Barbicane.

—¿Por qué? —respondió Ardan—. Te daré la misma respuesta que Arago repetía diecinueve siglos después que Plutarco: *Tal vez porque no es verdad.*

En medio de su triunfo, no pudo Miguel Ardan librarse de ninguna de las gabelas inherentes al estado de hombre célebre. Los que especulaban con lo que está en boga, quisieron exhibirle. Barnum le ofreció un millón para pasearle de una ciudad a otra en todos los Estados Unidos y darlo en espectáculo como un animal curioso. Miguel Ardan le trató de *cornac*[1] y le envió a paseo.

Sin embargo, aunque se negó a satisfacer de esta manera la curiosidad pública, circularon por todo el mundo y ocuparon el puesto de honor en los álbumes, sus numerosos retratos, de los cuales se sacaron pruebas de todas las dimensiones, desde el tamaño natural hasta las reducciones microscópicas para sellos de correo. Se podía cualquiera proporcionar un ejemplar en todas las actitudes imaginables, retrato de cabeza, retrato de busto, retrato de cuerpo entero, sentado, en pie, de perfil, de espaldas; se tiraron más de 1.500.000 ejemplares, y podía muy bien, pero no quiso,

[1] Conductor de elefantes.

haber aprovechado la ocasión de enriquecerse con sus propias reliquias. Sin más que vender sus cabellos a dólar cada uno, tenía los suficientes para hacer una fortuna.

Para decirlo todo, diremos que esta popularidad no le desagradaba.

Al contrario. Se ponía a disposición del público y se carteaba con el universo entero. Se repetían sus chistes, se propagaban sus felices ocurrencias, sobre todo las que él no había tenido. Por lo mismo que las tenía en abundancia, se le atribuían muchas más. Así es el mundo. Más limosnas se hacen al rico que al pobre.

No solamente tuvo propicios a los hombres, sino también a las mujeres. ¡Cuántos buenos matrimonios se le hubieran presentado por pocos deseos que hubiera manifestado de casarse! Las solteronas particularmente, las que habían pasado cuarenta años llamando inútilmente a un marido caritativo, estaban día y noche contemplando sus fotografías.

La verdad es que hubiera encontrado compañeras a centenares, aunque les hubiese impuesto la condición de seguirle en su peregrinación aérea. Las mujeres son intrépidas cuando no tienen miedo a todo. Pero Ardan no tenía intención de fundar una dinastía en el continente lunar y ser allí el tronco de una raza cruzada de francés y americano. Por, tanto, se negó rotundamente.

—¡Ir allá arriba —decía— a representar el papel de Adán con una hija de Eva! ¡Gracias! ¡No tardaría en encontrar serpientes!

Apenas pudo sustraerse a las alegrías demasiado repetidas del triunfo; fue, seguido de sus amigos, a hacer una visita al *columbiad.* Se la debía. Además, se había hecho muy fuerte en balística, desde que vivía con Barbicane, J. T. Maston y *tutti cuanti.* Su mayor placer consistía en repetir a aquellos bravos artilleros que no eran más que homicidas amables y sabios. Respecto del particular, no se agotaba nunca su ingenio epigramático. El día en que visitó el *columbiad,* lo admiró mucho y bajó hasta el fondo del ánima de aquel gigantesco mortero que debía muy pronto lanzarle por el aire.

—Al menos —dijo—, este cañón no hará daño a nadie, lo que, tratándose de un cañón, no deja de ser una maravilla. Pero en cuanto a vuestras máquinas que destruyen, que incendian, que rompen, que matan, no me habléis de ellas, y, sobre todo, no me digáis que tienen ánima o *alma,* que es lo mismo, porque yo no lo creo.

Debemos aquí hacer mención de una proposición relativa a J. T. Maston. Cuando el secretario del *Gun-Club* oyó que Barbicane y Nicholl aceptaban la proposición de Miguel, le entraron ganas de unirse a ellos y formar parte de la expedición. Formalizó un día su deseo. Barbicane, sintiendo mucho no poder acceder a su demanda, le hizo comprender que el proyectil no podía llevar tantos pasajeros. J. T. Maston, desesperado, acudió a Miguel Ardan, quien le aconsejó resignación y recurrió a diversos argumentos *ad hominem.*

—Oye, querido Maston —le dijo—, no des a mis palabras un alcance que no tienen; pero, sea dicho entre nosotros, la verdad es que eres demasiado incompleto para presentarte en la Luna.

—¡Incompleto! —exclamó el valeroso inválido.

—¡Sí, mi valiente amigo! Da por sentado que encontraremos bastantes habitantes allá arriba. ¿Querrás darles una triste idea de lo que pasa aquí, enseñarles lo que es la guerra, demostrarles que los hombres invierten el tiempo más precioso en devorarse, en comerse, en romperse brazos y piernas, en un globo que podría alimentar cien mil millones de habitantes y cuenta apenas mil doscientos millones? Vamos, amigo mío, no quieras que en la Luna nos den con la puerta en las narices, que nos echen a cajas destempladas.

—Pero si vosotros llegáis a pedazos —replicó J. T. Maston—, seréis tan incompletos como yo.

—Es una verdad digna de Pero Grullo —respondió Ardan—. Pero nosotros llegaremos muy enteritos.

En efecto, un experimento preliminar, realizado por vía de ensayo el día 18 de octubre, había dado los mejores resultados y hecho concebir las más legítimas esperanzas. Barbicane, deseando darse cuenta del efecto de la repercusión en el momento de partir un proyectil mandó traer del arsenal de Pensacola un mortero de 32 pulgadas (0,75 centímetros), que colocó en la rada de Hillisboro, a fin de que la bomba cayera en el mar y se amortiguase su choque. Tratábase únicamente de experimentar el sacudimiento a la salida y no el choque al caer.

Para este curioso experimento, se preparó con el mayor esmero un proyectil hueco. Una gruesa almohadilla, aplicada a una red de resortes de acero delicadamente templados, forraba sus paredes interiores. Era un verdadero nido cuidadosamente mullido y acolchado.

—¡Qué lástima no poder meterse en él! —decía J. T. Maston, lamentando que su volumen no le permitiera intentar la aventura.

La ingeniosa bomba se cerraba por medio de una tapa con tornillos; se introdujo en ella un enorme gato y después una ardilla perteneciente al secretario perpetuo del *Gun-Club*, J. T. Maston, a la cual éste profesaba un verdadero cariño. Pero se quería saber prácticamente cómo soportaría el viaje un animalito tan poco sujeto a vértigos.

Se cargó el mortero con 160 libras de pólvora y, colocada en él la bomba, se dio la voz de fuego.

El proyectil salió inmediatamente; con la rapidez propia de los proyectiles, describió majestuosamente su parábola: subió a una altura aproximada de 1.000 pies y, formando una graciosa curva, cayó en el mar y se abismó en las olas.

Sin pérdida de tiempo se dirigió una embarcación al sitio de la caída, y hábiles buzos, que se echaron al agua y chapuzaron como peces, ataron con cables el proyectil y éste fue izado rápidamente a bordo. No habían

transcurrido cinco minutos desde el momento en que fueron encerrados los animales, cuando se levantó la tapa de su mazmorra.

Ardan, Barbicane, Maston y Nicholl se hallaban en la embarcación, y examinaron la operación con un sentimiento de interés que fácilmente se comprende. Apenas se abrió la bomba, salió el gato echando chispas, lleno de vida, aunque no de muy buen humor, si bien nadie hubiera dicho que acababa de regresar de una expedición aérea. Pero, ¿y la ardilla? ¿Dónde estaba que no se veía de ella ni rastro? Fuerza fue reconocer la verdad. El gato se había comido a su compañera de viaje.

La pérdida de su graciosa y desgraciada ardilla causó una verdadera pesadumbre a J. T. Maston, el cual se propuso inscribir el nombre de tan digno animal en el martirologio de la ciencia.

Después de un experimento tan decisivo y coronado de un éxito tan feliz, todas las vacilaciones y zozobras desaparecieron. Para mayor abundamiento, los planes de Barbicane debían perfeccionar aún más el proyectil y anular casi enteramente los efectos de la repercusión.

No faltaba ya más que ponerse en camino.

Dos días después, Miguel Ardan recibió un mensaje del presidente de la Unión, siendo éste un honor que halagó mucho su amor propio.

Lo mismo que a su caballeresco compatriota, el marqués de Lafayette, el Gobierno le confirió el título de ciudadano de los Estados Unidos de América.

CAPÍTULO XXIII

EL VAGÓN PROYECTIL

Concluido el monstruoso *columbiad,* el interés público fue inmediatamente atraído por el proyectil, nuevo vehículo destinado a transportar, atravesando el espacio, a los tres atrevidos aventureros. Nadie había olvidado que en su comunicación de 30 de septiembre, Miguel Ardan pedía una modificación de los planos adoptados en principio por los miembros de la comisión.

El presidente Barbicane pensaba entonces muy justamente que la forma del proyectil importaba poco, porque después de haber atravesado la atmósfera en algunos segundos, su trayecto debía efectuarse en un absoluto vacío. La comisión había adoptado la forma redonda para que la bala pudiese girar sobre sí misma y conducirse a su arbitrio. Mas, desde el momento en que se la trasformaba en vehículo, la cuestión era ya muy diferente. Miguel Ardan no quería viajar a la manera de las ardillas; deseaba subir con la cabeza hacia arriba y con los pies hacia abajo, con tanta dignidad como en la barquilla de un globo aerostático, sin duda más de prisa, pero sin entregarse a una sucesión de cabriolas poco decorosas.

Se enviaron, pues, nuevos planos a la casa de Breadwill y Compañía, de Albany, con recomendación de ejecutarlos sin demora. El proyectil, con las modificaciones requeridas, fue fundido el 2 de noviembre y enviado inmediatamente a Stone's Hill por los ferrocarriles del Este.

El día 10 llegó sin accidente al lugar de su destino. Miguel Ardan, Barbicane y Nicholl aguardaban con la mayor impaciencia aquel *vagón proyectil,* en que debían tomar asiento para volar al descubrimiento de un nuevo mundo.

Fuerza es convenir en que el tal proyectil era una magnífica pieza de metal, un producto metalúrgico que hacía mucho honor al genio industrial de los americanos. Era la primera vez que se obtenía aluminio en tal cantidad, lo que podía justamente considerarse como un resultado prodigioso. El precioso proyectil centelleaba a los rayos del sol. Al verlo con sus formas imponentes y con su sombrero cónico encasquetado, cualquiera lo hubiera tomado por una de aquellas macizas torrecillas, a manera de gari-

tas, que los arquitectos de la Edad Media colocaban en el ángulo de las fortalezas. No le faltaban más que saeteras y una veleta.

—Estoy esperando —exclamaba Miguel Ardan— que salga de aquí un hombre de armas con arcabuz y coraza. Nosotros estaremos dentro como unos señores feudales, y con un poco de artillería haríamos frente a todos los ejércitos selenitas, en la hipótesis de que los haya en la Luna.

—Así, pues, ¿te gusta el vehículo? —preguntó Barbicane a su amigo.

—Sí, me gusta, me gusta —respondió Miguel Ardan, que lo examinaba con su amor a lo bello, característico de los artistas—. Me gusta, pero siento que no sean sus formas más esbeltas, más ligeras, su cono más gracioso; debería terminar en un florón de metal tallado o con una quimera, una gárgola, una salamandra saliendo del fuego con las alas desplegadas y las fauces abiertas...

—¿Para qué? —dijo Barbicane, cuyo carácter positivo era poco sensible a las bellezas del arte.

—¿Para qué, amigo Barbicane? ¡Ay! En el mero hecho de preguntarlo, temo que no lo comprenderías nunca.

—Habla, hombre, habla.

—Pues bien, en mi concepto, en todo lo que se hace debe intervenir algo el gusto artístico, y es mejor. ¿Conoces una comedia india que se llama *El Carretón del Niño?*

—No la he oído nombrar en mi vida —respondió Barbicane.

—Lo creo, no es menester que me lo jures —repuso Miguel—. Sabe, pues, que en dicha pieza hay un ladrón que, en el momento de agujerear la pared de una casa, se pregunta si dará a su agujero la forma de una lira, de una flor, de un pájaro o de una ánfora. Pues bien, dime, amigo Barbicane, si en aquella época hubieras formado parte de un jurado para juzgar a ese ladrón, ¿le hubieras condenado?

—Y no le hubiera valido la bula de Meco —respondió el presidente del *Gun-Club*—. Le hubiera condenado sin vacilar y con la circunstancia agravante de fractura.

—Pues yo le hubiera absuelto, amigo Barbicane. He aquí por qué tú no podrás nunca comprenderme.

—Ni trataré de ello, valeroso artista.

—Pero, al menos —añadió Miguel Ardan—, ya que el exterior de nuestro vagón deja algo que desear, se me permitirá amueblarlo a mi gusto, y con todo el lujo que corresponde a embajadores de la Tierra.

—Acerca del particular, mi bravo Miguel —respondió Barbicane—, harás de tu capa un sayo y tienes carta blanca.

Pero antes de pasar a lo agradable, el presidente del *Gun-Club* había pensado en lo útil, y el procedimiento inventado por él para amortiguar los efectos de la repercusión fue aplicado con una inteligencia perfecta.

Barbicane se había dicho, no sin razón, que no habría ningún resorte bastante poderoso para amortiguar el choque, y durante su famoso paseo

en el bosque de Skernaw logró, al cabo, resolver esta gran dificultad de una manera ingeniosa. Pensó en pedir al agua tan señalado servicio. He aquí cómo.

El proyectil debía llenarse de agua hasta la altura de tres pies. Esta capa de agua estaba destinada a sostener un disco de madera, perfectamente ajustado, que se deslizase rozando por las paredes interiores del proyectil, y constituía una verdadera almadía en que se colocaban los pasajeros. La masa líquida estaba dividida por tabiques horizontales que, al partir el proyectil, el choque debía romper sucesivamente. Entonces todas las capas de agua, desde la más alta a la más baja, escapándose por tubos de desagüe hacia la parte superior del proyectil, obraban como un resorte, no pudiendo el disco, por estar dotado de tapones sumamente poderosos, chocar con el fondo sino después de la sucesiva destrucción de los diversos tabiques. Aun así, los viajeros experimentarían una repercusión violenta después de la completa evasión de la masa líquida, pero el primer choque quedaría casi enteramente amortiguado por aquel resorte de tanta potencia.

Verdad es que tres pies de agua sobre una superficie de 54 pies cuadrados debían pesar cerca de 11.500 libras; pero, en el concepto de Barbicane, la detención de los gases acumulados en el *columbiad* bastaría para vencer este aumento de peso y, además, el choque debía echar fuera toda el agua en menos de un segundo, con lo que el proyectil volvería a tomar casi al momento su peso normal.

He aquí lo que había ideado el presidente del *Gun-Club* y de qué manera pensaba haber resuelto la grave dificultad de la repercusión. Por lo demás, aquel trabajo, perspicazmente comprendido por los ingenieros de la casa Breadwill, fue maravillosamente ejecutado. Una vez producido el efecto y echada fuera el agua, los viajeros podían desprenderse fácilmente de los tabiques rotos y desmontar el disco movible que los sostenía en el momento de la partida.

En cuanto a las paredes superiores del proyectil, estaban revestidas de un denso almohadillado de cuero y aplicadas a muelles de acero perfectamente templado que tenían la elasticidad de los resortes de un reloj. Los tubos de desahogo, hábilmente disimulados bajo el almohadillado, no permitían siquiera sospechar su existencia.

Así, pues, estaban tomadas todas las precauciones imaginables para amortiguar el primer choque, y hubiera sido necesario, según decía Miguel Ardan, para dejarse aplastar, ser un hombre de alfeñique.

El proyectil medía exteriormente 9 pies de ancho y 15 de largo. Para que no excediese del peso designado, se había disminuido algo el grueso de las paredes y reforzado su parte inferior, que tenía que sufrir toda la violencia de los gases desarrollados por la conflagración del piróxilo. Lo mismo se hace con las bombas y granadas cilindro-cónicas, cuyas paredes se procura que sean siempre más gruesas en el fondo.

Se penetraba en aquella torre de metal por una abertura estrecha practicada en las paredes del cono y análoga a los *agujeros para hombre* de las calderas de vapor. Se cerraba herméticamente por medio de una chapa de aluminio que sujetaba por dentro poderosas tuercas de presión. Los viajeros podrían, pues, salir de su movible cárcel, si bien les parecía, al astro de la noche.

Pero no bastaba ir, sino que era preciso ver durante el camino. Había al efecto, abiertos en el almohadillado, cuatro tragaluces con su correspondiente cristal lenticular sumamente grueso. Dos de los tragaluces estaban abiertos en la pared circular del proyectil; otro en su parte inferior, y otro en el cono. Los viajeros, durante su marcha, se hallaban, pues, en aptitud de observar la Tierra que abandonaban, la Luna, a la cual se acercaban, y los espacios planetarios. Los tragaluces estaban protegidos contra los choques de la partida por planchas sólidamente incrustadas, que fácilmente podían echarse fuera destornillando tuercas interiores. Así el aire contenido en el proyectil no podía escaparse y eran posibles las observaciones.

Todos estos mecanismos, admirablemente establecidos, funcionaban con la mayor facilidad, y los ingenieros no se habían mostrado menos inteligentes en todos los accesorios del vagón-proyectil.

Recipientes, sólidamente sujetos, estaban destinados a contener el agua y los víveres que necesitaban los tres viajeros. Éstos podían procurarse hasta fuego y luz por medio de gas almacenado en un receptáculo especial, bajo una presión de varias atmósferas. Bastaba dar vuelta a una llave para que durante seis días el gas alumbrase y calentase tan cómodo vehículo. Se ve, pues, que nada faltaba de lo esencial a la vida y hasta al bienestar. Además, gracias a los instintos de Miguel Ardan, a lo útil se juntó lo agradable, bajo la forma de objetos artísticos. Si no le hubiese faltado espacio, Miguel hubiera hecho de su proyectil un verdadero taller de artista. Se engañaría, sin embargo, el que creyese que tres personas debían ir en la tal torre de metal apretadas como sardinas en un barril. Tenían a su disposición una superficie de 54 pies cuadrados sobre 10 de altura, lo que permitía a sus huéspedes cierta holgura en sus movimientos. No hubieran estado tan cómodos en ningún vagón de los Estados Unidos.

Resuelta la cuestión de los víveres y del alumbrado, quedaba en pie la cuestión del aire. Era evidente que el aire encerrado en el proyectil no bastaría para la respiración de los viajeros durante cuatro días, pues cada hombre consume en una hora casi todo el oxígeno contenido en 10 libras de aire. Barbicane, con sus dos compañeros y dos perros que quería llevarse, debía consumir cada veinticuatro horas 2.400 libras de oxígeno o, a poca diferencia, unas siete libras en peso. Era, pues, preciso renovar el aire del proyectil. ¿Cómo? Por un procedimiento muy sencillo: el de los señores Reisset y Regnault, indicado por Miguel Ardan en el curso de la discusión durante el mitin.

Se sabe que el aire se compone principalmente de 21 partes de oxígeno y 79 de ázoe. ¿Qué sucede en el acto de la respiración? Un fenómeno muy sencillo. El hombre absorbe el oxígeno del aire, eminentemente propio para alimentar la vida, y deja el ázoe intacto. El aire espirado ha perdido cerca de un cinco por ciento de su oxígeno y contiene entonces un volumen a poca diferencia igual de ácido carbónico, producto definitivo de la combustión de los elementos de la sangre por el oxígeno inspirado. Sucede, pues, que en un medio cerrado, y pasado cierto tiempo, todo el oxígeno del aire es reemplazado por el ácido carbónico, gas esencialmente deletéreo.

La cuestión se reducía a lo siguiente. Habiéndose conservado intacto el ázoe: primero, rehacer el oxígeno absorbido; segundo, destruir el ácido carbónico espirado. Nada más fácil por medio del clorato de potasa y de la potasa cáustica.

El clorato de potasa es una sal que se presenta bajo la forma de pajitas blancas. Cuando se la eleva a una temperatura que pase de 400°, se transforma en cloruro de potasio, y el oxígeno que contiene se desprende enteramente. Dieciocho libras de clorato de potasa dan siete libras de oxígeno, es decir, la cantidad que necesitan gastar dos viajeros en veinticuatro horas. Ya está rehecho el oxígeno.

En cuanto a la potasa cáustica, es una materia muy ávida de ácido carbónico mezclado con el aire, y basta agitarla para que se apodere de él y forme bicarbonato de potasa. Ya tenemos también absorbido el ácido carbónico. Combinando estos dos medios, hay seguridad de volver al aire viciado todas sus cualidades vivificadoras, y esto es lo que los dos químicos, los señores Reisset y Regnault, habían experimentado con éxito.

Pero, fuerza es decirlo, el experimento hasta entonces se había hecho únicamente *in anima vili.* Por mucha que fuese su precisión científica, se ignoraba absolutamente cómo lo sobrellevarían los hombres.

Tal fue la observación que hizo en la sesión donde se trató tan grave materia. Miguel Ardan no quería poner en duda la posibilidad de vivir por medio de aquel aire artificial, y se brindó a ensayarlo en sí mismo antes de la partida.

Pero el honor de realizar la prueba fue enérgicamente reclamado por J. T. Maston.

—Ya que yo no parto —dijo este bravo artillero—, lo menos que se me debe conceder es que habite el proyectil durante ocho días.

Hubiera sido crueldad no acceder a su demanda. Se le quiso dar gusto. Se puso a su disposición una cantidad suficiente de clorato de potasa y de potasa cáustica, con víveres para ocho días, y el 12 de noviembre, a las seis de la mañana, después de dar un apretón de manos a sus amigos y haber recomendado expresamente que no se abriese su cárcel antes de las seis de la tarde del día 20, se deslizó en el proyectil, cuya plancha se cerró luego herméticamente.

¿Qué sucedió durante aquellos ocho días? Imposible es saberlo. Las gruesas paredes del proyectil no permitían llegar fuera ningún ruido de los que dentro de él se producían.

El 20 de noviembre, a las seis en punto, se levantó la plancha. Los amigos de J. T. Maston no dejaban de experimentar cierta zozobra. Pero pronto se tranquilizaron oyendo una voz alegre que prorrumpía en un hurra formidable.

El secretario del *Gun-Club* apareció luego en el vértice del cono en actitud de triunfo.

¡Había engordado!

CAPÍTULO XXIV

EL TELESCOPIO DE LAS MONTAÑAS ROCOSAS

El 20 de octubre del año precedente, después de cerrada la suscripción, el presidente del *Gun-Club* había abierto un crédito al Observatorio de Cambridge para las sumas que requiriese la construcción de un enorme instrumento de óptica. Este aparato, anteojo o telescopio, debía ser de tanto poder que volviese visible en la superficie de la Luna todo objeto cuyo volumen excediese de nueve pies.

Entre el anteojo y el telescopio hay una diferencia importante, que conviene recordar en este momento. El anteojo se compone de un tubo que en su extremo superior lleva una lente convexa que se llama objetivo y en el extremo inferior una segunda lente llamada ocular, a la cual se aplica el ojo del observador. Los rayos que proceden del objeto luminoso atraviesan la primera de dichas lentes y van a formar, por refracción, una imagen invertida en su foco[1]. Esa imagen se observa con el ocular, que la aumenta exactamente como la aumentaría un microscopio. El tubo del anteojo está, pues, cerrado en un extremo por el objetivo y en el otro por el ocular.

El tubo del telescopio, al contrario, está abierto por su extremo superior. Los rayos que parten del objeto observado penetran en él libremente y van a herir un espejo metálico cóncavo, es decir, convergente. Estos rayos reflejados encuentran un espejo que los envía al ocular dispuesto de modo que aumenta la imagen producida.

Así, pues, en los anteojos la refracción desempeña el papel principal, y en los telescopios la reflexión. De aquí el nombre de refractores dado a los primeros y el de reflectores dado a los segundos. Toda la dificultad de ejecución de estos aparatos de óptica estriba en la construcción de los objetivos, ya sean lentes, ya sean espejos metálicos.

Sin embargo, en la época en que el *Gun-Club* intentó su colosal experimento, estos instrumentos se hallaban muy perfeccionados y daban resultados magníficos. Estaba ya lejos aquel tiempo en que Galileo observó los astros con su pobre anteojo, que no aumentaba las imágenes más que

[1] Punto donde los rayos luminosos se reúnen después de haber sido refractados.

siete veces su tamaño propio. Ya en el siglo XVI los aparatos de óptica se ensancharon y prolongaron de una manera considerable, y permitieron penetrar en los espacios planetarios a una profundidad hasta entonces desconocida. Entre los instrumentos refractores que funcionaban en aquella época, se citan el anteojo del observatorio de Poltava, en Rusia, cuyo objetivo era de 15 pulgadas (38 centímetros) de ancho; el anteojo del óptico francés Lerebours, provisto de un objetivo igual al precedente, y, en fin, el anteojo del Observatorio de Cambridge, dotado de un objetivo que tiene 19 pulgadas de diámetro (48 centímetros).

Entre los telescopios se conocían dos de una potencia notable y de dimensión gigantesca. El primero, construido por Herschel, era de una longitud de 36 pies y poseía un espejo que tenía 4,5 pies de ancho, permitiendo obtener aumentos de seis mil veces. El segundo se levantaba en Irlanda, en Bircastle, en el parque de Parsonstown, y pertenecía a lord Rosse. La longitud de su tubo era de 48 pies, y de 6 pies (1,60 metros) su anchura, y agrandaba los objetos seis mil cuatrocientas veces, habiendo sido preciso levantar una inmensa construcción de cal y canto para disponer los aparatos que requería la maniobra del instrumento, el cual pesaba 28.000 libras.

Pero, como se ve, a pesar de tan colosales dimensiones, los aumentos obtenidos no pasaban, en números redondos, de seis mil veces. Pero un aumento de seis mil veces no aproxima la Luna más que a 39 millas y sólo deja percibir los objetos que tienen un diámetro de 60 pies, a no ser que estos objetos sean muy prolongados.

Ahora se trataba de un proyectil de 9 pies ancho y 15 de largo, por lo que era menester acercar por lo menos la Luna a la distancia de 5 millas, y producir al efecto un aumento de cuarenta y ocho mil veces.

Tal era la cuestión que tenía que resolver el Observatorio de Cambridge, el cual no debía detenerse por ninguna dificultad económica, y, por consiguiente, sólo había que pensar en allanar las materiales.

En primer lugar, fue preciso optar entre los telescopios y los anteojos. Éstos tienen ventajas sobre los telescopios. En igualdad de objetivos, permiten obtener aumentos más considerables, porque los rayos luminosos que atraviesan las lentes pierden menos por la absorción que por la reflexión en el espejo de los telescopios. Pero el grueso que se puede dar a una lente es limitado, porque, siendo mucho, no deja pasar los rayos luminosos. Además, la construcción de tan enormes lentes es excesivamente difícil y se cuenta por años el tiempo considerable que exige.

Pero aunque las imágenes se presentan más claras en los anteojos, ventaja inapreciable cuando se trata de observar la Luna, cuya luz es simplemente reflejada, se resolvió emplear el telescopio, que es de una ejecución más pronta y permite obtener mayor aumento. Sólo que, como los rayos luminosos pierden una gran parte de su intensidad atravesando la atmósfera, el *Gun-Club* determinó colocar el instrumento en una de las más eleva-

das montañas de la Unión, lo que había de disminuir la densidad de las capas aéreas.

En los telescopios, como hemos visto, el ocular, es decir, la lente, colocada en el ojo del observador produce el aumento, y el objetivo que consiente los aumentos más considerables es aquel cuyo diámetro es mayor y más también la distancia focal. Para agrandar cuarenta y ocho mil veces, preciso era exceder singularmente en magnitud los objetivos de Herschel y de lord Rosse. En esto consistía la dificultad, porque la fundición de los espejos es una operación sumamente delicada.

Afortunadamente, algunos años antes, un sabio del Instituto de Francia, León Foucault, había inventado un procedimiento que volvía muy fácil y muy pronta la pulimentación de los objetivos, reemplazando el espejo metálico con espejos plateados. Basta fundir un pedazo de vidrio, del tamaño que se quiera, y metalizarlo en seguida con una sal de plata. Este procedimiento, cuyos resultados son excelentes, fue el adoptado para la fabricación del objetivo.

Además, se les dispuso según el método ideado por Herschel para sus telescopios. En el grande aparato del astrónomo de Slough, la imagen de los objetos, reflejada por el espejo inclinado hacia el fondo del tubo, venía a presentarse en el otro extremo en que se hallaba situado el ocular. De esta manera el observador, en lugar de colocarse en la parte inferior del tubo, subía a la superior, y allí, armado de su carta, abismaba su mirada en el enorme cilindro. Esta combinación tiene la ventaja de suprimir el pequeño espejo destinado a volver a enviar la imagen al ocular. La imagen, en lugar de dos reflexiones, no sufre más que una. Hay, por consiguiente, un número menor de rayos luminosos extinguidos, por lo que la imagen aparece menos debilitada y se obtiene mayor claridad, que era una ventaja preciosa en la observación que debía hacerse.

Tomadas estas resoluciones empezaron los trabajos. Según los cálculos de la dirección del Observatorio de Cambridge, el tubo del nuevo reflector debía tener 280 pies de longitud y su espejo 16 pies de diámetro. Por colosal que fuese semejante instrumento, no era comparable a aquel telescopio de 10.000 pies (3,5 kilómetros) de longitud, que el astrónomo Hooke proponía construir algunos años atrás. A pesar de todo, la colocación del aparato presentaba grandes dificultades.

En cuanto a la cuestión del sitio, quedó muy pronto resuelta. Tratábase de escoger una montaña alta, y las montañas altas no son numerosas en los Estados Unidos.

En efecto, el sistema orográfico de este gran país se reduce a dos cordilleras de una mediana elevación entre las cuales corre el magnífico Mississippi, que los americanos llamarían el *rey de los ríos* si admitiese un rey cualquiera.

Al Este se levantan los Apalaches, cuya cima más elevada, en el Nuevo Hampshire, no pasa de 5.600 pies, lo que es muy modesto.

Al Oeste, al contrario, se encuentran las montañas Rocosas, inmensa cordillera que empieza en el estrecho de Magallanes, sigue la costa occidental de la América del Sur bajo el nombre de Andes o Cordillera, salva el istmo de Panamá y corre atravesando la América del Norte hasta las playas del mar polar.

Estas montañas no son muy elevadas. Los Alpes o el Himalaya las mirarían con el más soberano desdén desde lo alto de su estatura. Su más elevada cima no tiene más que 10.700 pies, al paso que el Mont Blanc mide 14.430 y el Kinchinyinga, en el Himalaya, 26.776 sobre el nivel del mar.

Pero como el *Gun-Club* estaba empeñado en que el telescopio, lo mismo que el *columbiad,* se colocase en los Estados de la Unión, preciso fue contentarse con las montañas Rocosas, y todo el material necesario se dirigió a la cima de Long's Peak, en el territorio del Missouri.

La pluma y la palabra no podrían expresar las dificultades de todo género que los ingenieros americanos tuvieron que vencer y los prodigios que hicieron de habilidad y audacia. Aquello fue un verdadero esfuerzo sobrehumano. Hubo necesidad de subir piedras enormes, colosales piezas de fundición, abrazaderas de extraordinario peso, gigantescas piezas cilíndricas y el objetivo, que pesaba él sólo más de 20.000 libras, más allá del límite de las nieves perpetuas a más de 10.000 pies de elevación, después de haber atravesado praderas desiertas, bosques impenetrables, torrentes espantosos, lejos de todos los centros de población, en medio de regiones salvajes en que cada pormenor de la existencia se convierte en un problema casi insoluble. Y el genio de los americanos triunfó de tantos y tan inmensos obstáculos. Menos de un año después de haberse principiado los trabajos, en los últimos días del mes de setiembre, el gigantesco reflector levantaba en el aire un tubo de 380 pies. Estaba suspendido de un enorme andamio de hierro, permitiendo un mecanismo ingenioso dirigirlo fácilmente hacia todos los puntos del cielo y seguir los astros de uno a otro horizonte durante su marcha por el espacio.

Había costado más de 400.000 dólares. La primera vez que se apuntó a la Luna, los observadores experimentaron una sensación de curiosidad e inquietud a un mismo tiempo. ¿Qué iban a descubrir en el campo de aquel telescopio que aumentaba cuarenta y ocho mil veces los objetos observados? ¿Poblaciones? No, nada que la ciencia no conociese ya, y en todos los puntos de su disco la naturaleza volcánica de la Luna pudo determinarse con una precisión absoluta.

Pero el telescopio de las montañas Rocosas, antes de prestar sus servicios al *Gun-Club,* los prestó inmensos a la astronomía. Gracias a su poder de penetración, las profundidades del cielo fueron sondeadas hasta los últimos límites, se pudo medir rigurosamente el diámetro aparente de un gran número de estrellas y el señor Clarke, del Observatorio de Cambridge, descompuso la nebulosa del Cangrejo, en la constelación del Toro, que no había podido reducir jamás el reflector de lord Rosse.

CAPÍTULO XXV

ÚLTIMOS PORMENORES

Había llegado el 22 de noviembre, y diez días después debía verificarse la partida suprema. Ya no quedaba por hacer más que una operación, pero era una operación delicada, peligrosa, que exigía precauciones infinitas, y contra cuyo éxito el capitán Nicholl había hecho su tercera apuesta. Tratábase de cargar el *columbiad* introduciendo en él 400.000 libras de fulmicotón. Nicholl opinaba, tal vez con fundamento, que la manipulación de una cantidad tan formidable de piróxilo acarrearía graves catástrofes y que esta masa eminentemente explosiva se inflamaría por sí misma bajo la presión del proyectil.

Aumentaban la inminencia del peligro la indiscreción y ligereza de los americanos, que durante la guerra federal solían cargar sus bombas con el cigarro en la boca. Pero Barbicane esperaba salirse con la suya y no naufragar a la entrada del puerto. Escogió sus mejores operarios, les hizo trabajar bajo su propia inspección, no les perdió un momento de vista y, a fuerza de prudencia y precauciones, consiguió inclinar a su favor todas las probabilidades de éxito.

Se guardó muy bien de mandar conducir todo el cargamento al recinto de Stone's Hill. Hízolo llegar poco a poco en cajones perfectamente cerrados. Las 400.000 libras de piróxilo se dividieron en paquetes de a 5.000 libras, lo que formaba 800 gruesos cartuchos elaborados con esmero por los más hábiles trabajadores de Pensacola. Cada cajón contenía 10 cartuchos y llegaban uno tras otro por el ferrocarril de Tampa; de este modo no había nunca a la vez en el recinto más de 5.000 libras de piróxilo. Cada cajón, al llegar, era descargado por operarios que andaban descalzos, y cada cartucho era transportado a la boca del *columbiad* bajándolo al fondo por medio de grúas movidas a brazo. Se habían alejado todas las máquinas de vapor y apagado todo fuego a dos millas a la redonda. Bastantes dificultades había en preservar aquellas cantidades de fulmicotón de los ardores del sol, aunque fuese en noviembre.

Así es que se trabajaba principalmente de noche a la claridad de una luz producida en el vacío, la cual, por medio de los aparatos de Ruhmkorff, creaba un día artificial hasta el fondo del *columbiad*. Allí se colocaban los

cartuchos con perfecta regularidad y se unían entre sí por medio de un hilo metálico destinado a llevar simultáneamente la chispa eléctrica al centro de cada uno de ellos.

En efecto, el fuego debía comunicarse al algodón pólvora por medio de la pila. Todos los hilos, cubiertos de una materia aislante, venían a reunirse en uno solo, convergiendo de un pequeño orificio abierto a la altura del proyectil; por aquel agujero atravesaban la gruesa pared de fundición y subían a la superficie del suelo por uno de los respiraderos del revestimiento de piedra conservado con este objeto. Llegado ya a la cúspide de Stone's Hill, el hilo, que estaba sostenido por postes, a manera de los hilos telegráficos, en un trayecto de dos millas, se unía a una poderosa pila de Bunsen pasando por un aparato interruptor. Bastaba, pues, pulsar con el dedo el botón del aparato para establecer instantáneamente la corriente y prender fuego a las 400.000 libras de fulmicotón. No es necesario decir que la pila no debía entrar en funcionamiento hasta el último instante.

El 28 de noviembre, los 800 cartuchos estaban debidamente colocados en el fondo del *columbiad.* Esta parte de la operación se había llevado a cabo felizmente. ¡Pero cuántas zozobras, cuántas inquietudes, cuántos sobresaltos había sufrido el presidente Barbicane! ¡Cuántas luchas había tenido que sostener! En vano había prohibido la entrada en Stone's Hill; todos los días los curiosos armaban escándalos en las empalizadas, algunos, llevando la imprudencia hasta la locura, fumaban en medio de las cargas de fulmicotón. Barbicane se ponía furioso y lo mismo J. T. Maston, que echaba a los intrusos con la mayor energía y recogía las colillas de cigarro que los yanquis tiraban de cualquier modo. La tarea era ruda, porque pasaban de 300.000 individuos los que se agrupaban alrededor de las empalizadas. Miguel Ardan se había ofrecido a escoltar los cajones hasta la boca del *columbiad;* pero habiéndole sorprendido a él mismo con un enorme cigarro en la boca, mientras perseguía a los imprudentes a quienes daba mal ejemplo, el presidente del *Gun-Club* vio que no podía contar con un fumador tan empedernido y, en lugar de nombrarle vigilante, ordenó que fuese vigilado muy especialmente.

En fin, como hay un Dios para los artilleros, el *columbiad* se cargó y todo fue a pedir de boca. Mucho peligro corría el capitán Nicholl de perder su tercera apuesta.

Aún había que introducir el proyectil en el *columbiad* y colocarlo sobre el fulmicotón.

Pero antes de proceder a esta operación, se dispusieron con orden en el vagón proyectil los objetos que el viaje requería. Éstos eran bastante numerosos y, si se hubiese dejado hacer a Miguel Ardan, habrían muy pronto ocupado todo el espacio reservado a los viajeros. Nadie es capaz de figurarse lo que el buen francés quería llevar a la Luna. Una verdadera pacotilla de superfluidades. Pero Barbicane intervino y todo se redujo a lo estrictamente necesario.

Se colocaron en el cofre de los instrumentos varios termómetros, barómetros y anteojos.

Los viajeros tenían curiosidad de examinar la Luna durante la travesía, y para facilitar el reconocimiento de su nuevo mundo, iban provistos de una excelente carta de Beer y Moedler, *Mapa selenographica* publicado en cuatro hojas, que pasa, con razón, por una verdadera obra maestra de observación y paciencia. En dicho mapa se reproducen con escrupulosa exactitud los más insignificantes pormenores de la porción del astro que mira a la Tierra; montañas, valles, circos, cráteres, picos, ranuras, se ven en él con sus dimensiones exactas, con su fiel orientación y hasta con su denominación propia, desde los montes Doerfel y Leibnitz, cuya alta cima descuella en la parte oriental del disco, hasta el Mar del Frío, que se extiende por las regiones circumpolares del Norte.

Era, pues, un precioso documento para los viajeros porque les permitía estudiar el país antes de entrar en él.

Llevaban también tres rifles y tres escopetas que disparaban balas explosivas, y, además, pólvora y balas en gran cantidad.

—No sabemos con quién tendremos que habérnoslas —decía Miguel Ardan—. Podemos encontrar hombres o animales que tomen a mal nuestra visita. Es, pues, preciso tomar precauciones.

A más de los instrumentos de defensa personal, había picos, azadones, sierras de mano y otras herramientas indispensables, sin hablar de los vestidos adecuados a todas las temperaturas, desde el frío de las regiones polares hasta el calor de la zona tórrida.

Miguel Ardan hubiera querido llevarse cierto número de animales, aunque no un par de cada especie de todas las conocidas, pues él no veía la necesidad de aclimatar en la Luna serpientes, tigres, cocodrilos y otros animales dañinos.

—No —decía a Barbicane—, pero algunas bestias de carga, toros, asnos o caballos, harían buen efecto en el país y nos serían sumamente útiles.

—Convengo en ello, mi querido Ardan —respondía el presidente del *Gun-Club*—, pero nuestro vagón proyectil no es el arca de Noé. No tiene su capacidad, ni tampoco su objetivo. No traspasemos los límites de lo posible.

En fin, después de prolijas discusiones, quedó convenido que los viajeros se contentarían con llevar una excelente perra de caza perteneciente a Nicholl y un vigoroso perro de Terranova de una fuerza prodigiosa. En el número de los objetos indispensables se incluyeron algunas cajas de granos y semillas útiles. Si hubiesen dejado a Miguel Ardan despacharse a su gusto, habría llevado también algunos sacos de tierra para sembrarlas. Ya que no pudo hacer todo lo que quería, cargó con una docena de arbustos que, envueltos en paja con el mayor cuidado, fueron colocados en un rincón del proyectil.

Quedaba aún la importante cuestión de los víveres, pues era preciso prepararse para el caso en que se llegase a una comarca de la Luna absolutamente estéril. Barbicane se lo arregló de modo que reunió víveres para un año. Pero debemos advertir, para que nadie se haga cruces ni ponga en cuarentena lo que decimos, que los víveres consistieron en conservas de carnes y legumbres reducidas a su menor volumen posible bajo la acción de la prensa hidráulica y que contenían una gran cantidad de elementos nutritivos; verdad es que no eran muy variados, pero en una expedición era preciso no andarse con dengues y zalamerías. Había también una reserva de aguardiente que se elevaba a unos 50 galones[1] y agua nada más que para dos meses, pues, según las últimas observaciones de los astrónomos nadie podía poner en duda la presencia de cierta cantidad de agua en la superficie de la Luna. En cuanto a los víveres, insensatez hubiera sido creer que habitantes de la Tierra no habían de encontrar allí arriba con qué alimentarse. Acerca del particular, Miguel Ardan no abrigaba la menor duda. Si la hubiese abrigado, no hubiera pensado siquiera en emprender el peligroso viaje.

—Por otra parte —dijo un día a sus amigos—, no quedaremos completamente abandonados de nuestros camaradas de la Tierra y ellos procurarán no olvidarnos.

—¡Claro que no! —respondió J. T. Maston.

—¿En qué se funda usted? —preguntó Nicholl.

—Muy sencillamente —respondió Ardan—. ¿No quedará siempre aquí el *columbiad*? ¡Pues bien! Cuantas veces la Luna se presente en condiciones favorables del cenit, ya que no de perigeo, es decir una vez al año a poca diferencia, ¿no se nos podrán enviar granadas cargadas de víveres, que nosotros recibiremos en día fijo?

—¡Hurra! ¡Hurra! —exclamó J. T. Maston, como hombre a quien se le ha ocurrido una idea—. ¡Muy bien dicho! ¡Perfectamente dicho! ¡No, en verdad, queridos amigos, no os olvidaremos!

—¡Cuento con ello! Así, pues, ya lo veis, tendremos regularmente noticias del globo y, por lo que a nosotros toca, muy torpes hemos de ser para no hallar medio de ponernos en comunicación con nuestros buenos amigos de la Tierra.

Había en estas palabras tal confianza, que Miguel Ardan, con su resuelto continente y su soberbio aplomo, hubiera arrastrado en pos de sí a todo el *Gun-Club*. Lo que él decía parecía sencillo, elemental, fácil, de un éxito asegurado, y necesario hubiera sido tener un apego mezquino a este miserable globo terráqueo para no seguir a los tres viajeros en su fantástica expedición lunar.

Cuando estuvieron debidamente colocados en el proyectil todos los objetos, se introdujo entre sus tabiques el agua destinada a amortiguar la repercusión, y el gas para el alumbrado se encerró en su recipiente. En

[1] Cerca de 200 litros.

cuanto al clorato de potasa y a la potasa cáustica, Barbicane, temiendo en el camino retrasos imprevistos, se llevó una cantidad suficiente para renovar por espacio de dos meses el oxígeno y absorber el carbónico. Un aparato sumamente ingenioso que funcionaba automáticamente, se encargaba de devolver al aire sus cualidades vivificadoras y de purificarlo completamente. El proyectil estaba, pues, en disposición de echar a volar y ya no faltaba más que bajarlo al *columbiad.* La operación estaba erizada de dificultades y peligros.

Se trasladó la enorme granada a la cúspide de Stone's Hill, donde grúas de gran potencia se apoderaron de ella y la tuvieron suspendida encima del pozo de metal.

Aquel momento fue palpitante. Si las cadenas, no pudiendo resistir tan enorme peso, se hubiesen roto, la caída de una mole tan enorme hubiera indudablemente determinado la inflamación del fulmicotón.

Afortunadamente nada de esto sucedió, y algunas horas después el vagón proyectil, bajando poco a poco por el ánima del cañón, se acostó en su lecho de piróxilo, verdadero edredón fulminante. Su presión no hizo más que atacar con mayor fuerza la carga del *columbiad.*

—He perdido —dijo el capitán, entregando al presidente Barbicane una suma de 3.000 dólares.

Barbicane no quería recibir cantidad alguna de un compañero de viaje, pero tuvo que ceder a la obstinación de Nicholl, el cual deseaba cumplir todos los compromisos antes de abandonar la Tierra.

—Entonces —dijo Miguel Ardan—, ya no tengo que desearos más que una cosa, mi bravo capitán.

—¿Cuál? —preguntó Nicholl.

—Que perdáis vuestras otras dos apuestas —respondió el francés—. Así estaremos seguros de no quedarnos en el camino.

CAPÍTULO XXVI

¡FUEGO!

Había llegado el 1 de diciembre, día decisivo, porque si la partida del proyectil no se efectuaba aquella misma noche, a las diez y cuarenta y seis minutos y cuarenta segundos, más de dieciocho años tendrían que transcurrir antes que la Luna se volviese a presentar en las mismas condiciones simultáneas de cenit y perigeo.

El tiempo estaba magnífico. A pesar de aproximarse el invierno, el Sol resplandecía y bañaba con sus radiantes efluvios la Tierra, que tres de sus habitantes iban a abandonar en busca de un nuevo mundo. ¡Cuántas gentes durmieron mal durante la noche que precedió a aquel día tan impacientemente deseado! ¡Cuántos pechos estuvieron oprimidos bajo el peso de una ansiedad penosa! ¡Todos los corazones palpitaron inquietos, a excepción del de Miguel Ardan. Este impasible personaje iba y venía con su habitual movilidad, pero nada denunciaba en él una preocupación insólita. Su sueño había sido pacífico, como el de Turena al pie del cañón, antes de la batalla.

Después que amaneció, una innumerable muchedumbre cubría las praderas que se extienden hasta perderse de vista alrededor de Stone's Hill. Cada cuarto de hora, el ferrocarril de Tampa acarreaba nuevos curiosos. La inmigración tomó luego proporciones fabulosas y, según los registros del *Tampa Town Observer,* durante aquella memorable jornada, hollaron con su pie el suelo de Florida alrededor de cinco millones de espectadores.

Un mes hacía que la mayor parte de aquella multitud vivaqueaba alrededor del recinto y echaba los cimientos de una ciudad que se llamó después Ardan's Town. Erizaban la llanura barracas, cabañas, bohíos, tiendas, toldos, rancherías, y estas habitaciones efímeras abrigaron una población bastante numerosa para causar envidia a las mayores ciudades de Europa.

Allí tenían representantes todos los pueblos de la Tierra; allí se hablaban a la vez todos los dialectos del mundo. Reinaba la confusión de lenguas, como en los tiempos bíblicos de la torre de Babel. Allí las diversas clases de la sociedad americana se confundían en una igualdad absoluta. Banqueros, labradores, marinos, comerciantes, corredores, plantadores de algodón, negociantes, banqueros y magistrados se codeaban con una sencillez primitiva. Los criollos de Luisiana fraternizaban con los terratenientes

de Indiana; los aristócratas de Kentucky y de Tennessee, los virginianos elegantes y altaneros, departían de igual a igual con los cazadores medio salvajes de los lagos y con los traficantes de bueyes de Cincinnati. Cubrían unos su cabeza con sombrero de castor, de anchas alas, otros con el clásico panamá; quien, vestía pantalones azules de algodón; quien, iba ataviado con elegantes blusas de lienzo crudo; unos calzaban botines de colores brillantes; otros, ostentaban extravagantes chorreras de batista y hacían centellear en su camisa, en sus bocamangas, en su corbata, en sus diez dedos, y hasta en los lóbulos de sus orejas, todo un surtido de sortijas, alfileres, brillantes, cadenas, aretes y otras zarandajas cuyo valor era igual a su mal gusto. Mujeres, niños, criados, con trajes no menos opulentos, acompañaban, seguían, precedían, rodeaban a estos maridos, estos padres, estos señores, que parecían jefes de tribu en medio de sus innumerables familias.

A la hora de comer era de ver cómo aquella multitud se precipitaba sobre los platos típicos del Sur y cómo devoraba, con un apetito capaz de producir una escasez de alimentos en Florida, manjares que repugnarían a un estómago europeo, tales como ranas en pepitoria, monos estofados, *fischower*[1], didelfo frito, zorra casi cruda o magras de oso asadas a la parrilla.

Pero, también, ¡cuán grande era, para facilitar la digestión en el estómago de manjares tan indigesto, la variada serie de licores! ¡Qué gritos tan estruendosos, qué vociferaciones tan apremiantes resonaban en las tabernas, provistas abundantemente de vasos, copas, frascos, garrafas, botellas y otras vasijas de formas inverosímiles, con morteros para pulverizar el azúcar y con paquetes de paja!

—¡Julepe de hierbabuena! —gritaba con voz sonora un vendedor.

—¡Ponche de vino de Burdeos! —replicaba otro, con un tono que parecía estar gruñendo.

—*¡Gin-sling!* —repetía otro.

—¡El buen cóctel! ¡El buen *brandy-smash!* —decían otros varios.

—¿Quién quiere el verdadero *ment-julep* a la última moda? —entonaban algunos mercaderes diestros, haciendo pasar rápidamente de un vaso a otro, con la habilidad de un jugador de dados, el azúcar, el limón, la hierbabuena, el hielo, el agua, el coñac y la piña de América, que componen una excelente bebida refrigerante.

En los demás días, invitaciones dirigidas a los gaznates alterados por la acción ardiente de las especias se repetían y cruzaban incesantemente, produciendo una barahúnda de todos los diablos. Pero en aquel 1.° de diciembre los gritos eran raros. En vano los vendedores se hubieran puesto roncos para estimular a la gente. Nadie pensaba en comer ni en beber, y a las cuatro de la tarde eran muchos los espectadores, muchos los que componían aquella inmensa multitud, que no habían aún tomado su acostumbrado aperitivo. Había otro síntoma más significativo: la violenta pasión de

[1] Manjar compuesto de diferentes pescados.

los americanos por los juegos de azar era vencida por la agitación que se notaba en todas partes. Bien se conocía que el grande acontecimiento que se aguardaba embargaba todos los sentidos y no dejaba lugar a ninguna distracción, al ver que las bolas de billar no salían de las troneras, que los dados del chaquelete dormían en sus cubiletes, que la ruleta permanecía inmóvil, que los naipes de *whist*, de la veintiuna, del rojo y negro, del monte y del faro, permanecían tranquilamente encerrados en sus cubiertas intactas.

Durante el día corrió entre aquella multitud ansiosa una agitación sorda, sin gritos, como la que precede a las grandes catástrofes. Un malestar indescriptible reinaba en los ánimos, un entorpecimiento penoso, un sentimiento indefinible que oprimía el corazón. Todos hubieran querido que el suceso hubiese ya terminado.

Sin embargo, a eso de las siete se disipó de pronto aquel pesado silencio. La Luna apareció en el horizonte. Su aparición fue saludada por millares de hurras. Había acudido puntualmente a la cita. Los clamores subían al cielo; los aplausos partieron de todos los puntos y, entre tanto, la blanca Febe, brillando pacíficamente en un cielo admirable, acariciaba la multitud con sus rayos más afectuosos.

En aquel momento se presentaron los intrépidos viajeros. Se centuplicó a su llegada el general clamoreo. Unánime e instantáneamente el canto nacional de los Estados Unidos se escapó de todos los pechos anhelantes, y el *Yankee doodle*, cantado a coro por cinco millones de voces, se elevó como una tempestad sonora hasta los últimos límites de la atmósfera.

Después de este irresistible arranque, el himno cesó; las últimas armonías se extinguieron poco a poco, las notas se perdieron y disiparon en el espacio, un rumor silencioso flotó sobre aquella multitud tan profundamente impresionada.

Sin embargo, el francés y los dos americanos habían entrado en el recinto reservado, a cuyo alrededor se agolpaba la inmensa muchedumbre. Les acompañaban los miembros del *Gun-Club* y diputaciones enviadas por los observatorios europeos. Barbicane, frío y sereno, daba tranquilamente sus últimas órdenes. Nicholl, con los labios apretados y las manos cruzadas a la espalda, andaba con paso firme y mesurado. Miguel Ardan, siempre despreocupado, en traje de perfecto viajero, con las polainas de cuero, con la bolsa de camino colgada del hombro y el cigarro en la boca, distribuía, al pasar, sendos apretones de manos con una prodigalidad de príncipe. Su verbosidad era inagotable. Alegre, risueño, dicharachero, hacía al digno J. T. Maston muecas de pilluelo. En una palabra, era francés y, lo que es peor aún, parisiense hasta la médula.

Dieron las diez. Había llegado el momento de colocarse en el proyectil, pues la maniobra necesaria para bajar a él, atornillar la tapa y quitar las grúas y andamios inclinados sobre la boca del *columbiad* exigían algún tiempo.

Barbicane había arreglado su cronómetro, que no discrepaba una décima de segundo del reloj del ingeniero Murchisson, encargado de prender fuego a la pólvora por medio de la chispa eléctrica. De esta manera los viajeros encerrados en el proyectil podrían seguir también con su mirada la impasible manecilla hasta que marcase el instante preciso de su partida.

Había, pues, llegado el momento de la despedida. La escena fue patética, y hasta el mismo Miguel Ardan, no obstante su jovialidad febril, se sintió conmovido. J. T. Maston había hallado bajo sus párpados secos una antigua lágrima, que reservaba sin duda para aquella ocasión, y la vertió en el rostro de su querido y bravo presidente.

—¡Si yo partiese...! —dijo—. ¡Aún es tiempo!

—¡Imposible, mi querido amigo Maston! —respondió Barbicane.

Algunos instantes después, los tres compañeros ocupaban su puesto en el proyectil y habían ya atornillado interiormente la tapa. La boca del *columbiad,* enteramente despejada, se abría libremente hacia el cielo.

Nicholl, Barbicane y Miguel Ardan se hallaban definitivamente encerrados en su vagón de metal.

¿Quién sería capaz de pintar la ansiedad universal llegada entonces a su paroxismo?

La Luna avanzaba en un firmamento de límpida pureza, apagando al pasar el centelleo de las estrellas. Recorría entonces la constelación de Géminis y se hallaba casi a la mitad del camino del horizonte y el cenit. No había, pues, quien no pudiese comprender fácilmente que se apuntaba delante del objeto, como apunta el cazador delante de la liebre que quiere matar y no a la liebre misma.

Un silencio imponente y aterrador pesaba sobre toda la escena. ¡Ni un soplo de viento en la tierra! ¡Ni un soplo en los pechos! Los corazones no se atrevían a palpitar. Todas las miradas convergían azoradas en la boca del *columbiad.*

Murchisson seguía con la vista la manecilla de su cronómetro. Apenas faltaban cuarenta segundos para el momento de la partida y cada uno de ellos duraba un siglo.

Hubo al vigésimo un estremecimiento universal y no hubo uno solo en la multitud que no pensase que los audaces viajeros encerrados en el proyectil contaban también aquellos terribles segundos. Se escaparon gritos aislados.

—¡Treinta y cinco! ¡Treinta y seis! ¡Treinta y siete! ¡Treinta y ocho! ¡Treinta y nueve! ¡Cuarenta! ¡Fuego!

Inmediatamente, Murchisson, apretando con el dedo el interruptor del aparato, estableció la corriente y lanzó la chispa eléctrica al fondo del *columbiad.*

Una detonación espantosa, inaudita, sobrehumana, de la que no hay estruendo alguno que pueda dar la más débil idea, ni los estallidos del rayo, ni el estrépito de las erupciones, se produjo instantáneamente. Un haz

inmenso de fuego salió de las entrañas de la tierra como de un cráter. El suelo se levantó y apenas hubo uno que otro espectador que pudiera entrever un instante el proyectil hendiendo victoriosamente el aire en medio de inflamados vapores.

CAPÍTULO XXVII

TIEMPO NUBLADO

En el momento de elevarse al cielo a una prodigiosa altura, la candente luz, la llama dilatada iluminó Florida entera, y hubo un momento de incalculable brevedad en que el día sustituyó a la noche en una considerable extensión de territorio. El inmenso penacho de fuego se percibió desde 100 millas en el mar, lo mismo en el Golfo que en el Atlántico, y más de un capitán anotó en su diario de a bordo la aparición de aquel gigantesco meteoro.

La detonación del *columbiad* fue acompañada de un verdadero terremoto. Florida sintió el sacudimiento hasta el fondo de sus entrañas. Los gases de la pólvora, dilatados por el calor, rechazaron con incomparable violencia las capas atmosféricas, y aquel huracán artificial, cien veces más rápido que el huracán de las tormentas, cruzó el aire como una tromba.

Ni un solo espectador quedó en pie. Hombres, mujeres, niños, todos fueron derribados como espigas sacudidas por el viento de la tempestad; hubo un tumulto formidable; muchas personas al caer se hirieron gravemente, y J. T. Maston, que imprudentemente se colocó demasiado cerca de la pieza, fue arrojado a 20 toesas y pasó como una bala por encima de la cabeza de sus conciudadanos. Trescientas mil personas quedaron momentáneamente sordas y como heridas de estupor.

La corriente atmosférica, después de haber derribado barracas, hundido chozas, desarraigado árboles en un radio de 20 millas, arrojado los trenes de los raíles, hasta Tampa, cayó sobre esta ciudad como un alud y destruyó un centenar de edificios, entre otros la iglesia de Santa María y el nuevo palacio de la Bolsa, que se agrietó en toda su longitud. Algunos buques del puerto, chocando unos contra otros, se fueron a pique, y diez embarcaciones, ancladas en la rada, se estrellaron en la costa, después de haber roto sus cadenas como si fuesen hebras de algodón.

Pero el círculo de las devastaciones se extendió más lejos aún, y más allá de los límites de los Estados Unidos. El efecto de la repercusión, ayudada por los vientos del Oeste, se dejó sentir en el Atlántico a más de 300 millas de las playas americanas. Una tempestad ficticia, una tempestad inesperada, que no había podido prever el almirante Fitz Roy, puso en

dispersión su escuadra, y muchos buques, envueltos en espantosos torbellinos que no les dieron tiempo de cargar ni rizar una sola vela, zozobraron en un instante, entre ellos el *Child-Herald,* de Liverpool, lamentable catástrofe que fue objeto de las más vivas reclamaciones de la prensa de la Gran Bretaña.

En fin, y para decirlo todo, si bien el hecho no tiene más garantía que la afirmación de algunos indígenas, media hora después de la partida del proyectil, algunos habitantes de Gorea y de Sierra Leona pretendieron haber percibido una conmoción sorda, última vibración de las ondas sonoras, que, después de haber atravesado el Atlántico, iba a morir en las costas africanas.

Pero volvamos a Florida. Pasado el primer instante del tumulto, los heridos, los sordos, todos los que componían la multitud, salieron de su asombro y lanzaron gritos frenéticos, vitoreando a Ardan, a Barbicane y a Nicholl. Millones de hombres, armados de telescopios y anteojos de largo alcance, interrogaban el espacio, olvidando las contusiones para no pensar más que en el proyectil. Pero lo buscaban en vano.

No se le podía ya distinguir, y era preciso resignarse a aguardar a que llegaran los telegramas de Long's Peak. El director del Observatorio de Cambridge ocupaba su puesto en las Montañas Rocosas, siendo él, astrónomo hábil y perseverante, a quien se habían confiado las observaciones.

Pero un fenómeno imprevisto, aunque fácil de prever y contra el cual nada podían los hombres, sometió la impaciencia pública a una ruda prueba.

El tiempo, hasta entonces tan sereno, se echó a perder de pronto; el cielo se cubrió de oscuras nubes. ¿Podía suceder otra cosa, después de la revolución terrible que experimentaron las capas atmosféricas y de la dispersión de la cantidad enorme de vapores procedentes de la deflagración de 200.000 libras de piróxilo? Todo el orden natural se había perturbado, lo que no puede asombrar a los que saben que con frecuencia en los combates navales se ha visto modificarse de pronto el estado atmosférico por las descargas de la artillería.

El Sol, al día siguiente, se levantó en un horizonte cargado de espesas nubes, que formaban entre el cielo y la tierra una pesada e impenetrable cortina que se extendió desgraciadamente hasta las regiones de las Montañas Rocosas. Fue una fatalidad. De todas las partes del globo se elevó un concierto de reclamaciones. Pero la naturaleza no hizo de ellas ningún caso, y justo era, ya que los hombres habían turbado la atmósfera con su cañonazo, que sufriesen las consecuencias.

Durante el primer día, no hubo quien no tratase de penetrar el velo opaco de las nubes, pero todos perdieron el tiempo miserablemente. Además, todos miraban erróneamente al cielo, pues, a consecuencia del movimiento diurno del globo, el proyectil debía necesariamente pasar entonces por la línea de las antípodas.

Comoquiera que sea, cuando la Tierra quedó envuelta en las tinieblas de una noche impenetrable y profunda, fue imposible percibir la Luna levantada en el horizonte, como si expresamente la casta Diana se ocultase a las miradas de los temerarios o profanos que habían hecho fuego contra ella. No hubo observación posible, y los partes de Long's Peak confirmaron este funesto contratiempo.

Sin embargo, si el resultado del experimento fue el que se esperaba, los viajeros que partieron el 1 de diciembre a las diez horas y cuarenta minutos de la noche, debían llegar el día 4 a medianoche. Hasta entonces era, pues, preciso tener paciencia sin alborotar demasiado, haciéndose todos cargo de que era muy difícil, no siendo en condiciones muy favorables, observar un cuerpo tan pequeño como la granada.

El 4 de diciembre, desde las ocho de la tarde hasta medianoche, hubiera sido posible seguir el curso del proyectil, el cual habría parecido como un punto en el plateado disco de la Luna. Pero el tiempo permaneció inexorablemente encapotado, lo que llevó al último extremo la exasperación pública. Se injurió a la Luna porque no se presentaba. ¡Volubilidad humana!

J. T. Maston, desesperado, marchó a Long's Peak. Quería observar por sí mismo, no cabiéndole la menor duda de que sus amigos habían llegado al término de su viaje. Por otra parte, no había oído decir que el proyectil hubiese caído en un punto cualquiera de las islas y continentes terrestres, y J. T. Maston no admitía ni un solo instante la posibilidad de una caída en los océanos que cubren las tres cuartas partes del globo.

El día 5 siguió el mismo tiempo. Los grandes telescopios del Viejo Mundo, de Herschel, de Rosse, de Fousseaul, estaban invariablemente dirigidos al astro de la noche, porque en Europa el tiempo era precisamente magnífico; pero la debilidad relativa de dichos instrumentos invalidaba todas las observaciones.

No hizo el día 6 mejor tiempo. La impaciencia atormentaba las tres cuartas partes del globo. Hasta hubo quienes propusieron los medios más insensatos para disipar las nubes acumuladas en el aire.

El día 7 el cielo se modificó algo. Hubo alguna esperanza, pero ésta duró poco, pues por la noche espesas nubes pusieron la bóveda estrellada a cubierto de todas las miradas.

La situación se agravaba. El día 11, a las nueve y once minutos de la mañana, la Luna debía entrar en su último cuarto, y luego ir declinando, de suerte que después, aunque el tiempo se despejase, la observación sería poco menos que infructuosa. La Luna entonces no mostraría más que una porción siempre decreciente de su disco hasta hacerse Luna nueva, es decir, que se pondría y saldría con el Sol, cuyos rayos la volverían absolutamente invisible. Sería, por consiguiente, preciso aguardar hasta el 3 de enero, a las doce horas y cuarenta y un minutos del día para volverla a encontrar llena y empezar de nuevo la observación.

Los periódicos publicaban estas reflexiones con mil comentarios y aconsejaban al público que se armase de paciencia.

El día 8, no hubo novedad. El 9, reapareció el Sol un instante, como para burlarse de los americanos. Éstos lo recibieron con una estrepitosa silba, y él, herido sin duda en su amor propio por una acogida semejante, se mostró muy avaro de sus rayos.

El día 10 tampoco hubo variaciones notables. Poco faltó para que J. T. Maston perdiese la chaveta, inspirando serios temores el cerebro del digno veterano, tan bien conservado hasta entonces bajo su cráneo de gutapercha.

Pero el día 11 se desencadenó en la atmósfera una de esas espantosas tempestades de las regiones intertropicales. Fuertes vientos del Este barrieron las nubes tan tenazmente acumuladas, y por la noche el disco del astro nocturno, a la sazón rojizo, pasó majestuosamente en medio de las límpidas constelaciones del cielo.

CAPÍTULO XXVIII

UN ASTRO NUEVO

Aquella misma noche, la palpitante noticia esperada con tanta impaciencia, cayó como un rayo en los Estados de la Unión, y luego, atravesando el océano, circuló por todos los hilos telegráficos del globo. El proyectil había sido percibido gracias al gigantesco reflector de Long's Peak.

He aquí la nota redactada por el director del Observatorio de Cambridge, la cual contiene la conclusión científica del gran experimento del *Gun-Club:*

«Long's Peak, 2 de diciembre

A los señores miembros del Observatorio de Cambridge

El proyectil disparado por el *columbiad* de Stone's Hill ha sido percibido por los señores Belfast y J. T. Maston, el 12 de diciembre, a las ocho horas cuarenta y siete minutos de la noche, habiendo entrado la Luna en su último cuarto.

El proyectil no ha llegado a su término. Ha pasado, sin embargo, bastante cerca de él para ser retenido por la atracción lunar.

Allí, su movimiento rectilíneo se ha convertido en un movimiento circular de una rapidez vertiginosa, y ha sido arrastrado siguiendo una órbita elíptica alrededor de la Luna, de la cual ha pasado a ser un verdadero satélite.

Los elementos de este nuevo astro no han podido aún determinarse. No se conoce su velocidad de traslación ni su velocidad de rotación. Puede calcularse en 2.833 millas, aproximadamente, la distancia que lo separa de la superficie de la Luna.

En la actualidad se pueden establecer dos hipótesis, y según cuál sea la que corresponde al hecho, modificar de distinta manera el estado de cosas.

O la atracción de la Luna prevalecerá sobre todas las fuerzas, y arrastrará el proyectil, en cuyo caso los viajeros llegarán al término de su viaje, o, conservándose el proyectil en una órbita inmutable, gravitará alrededor del disco lunar hasta la consumación de los siglos.

He aquí lo que las observaciones nos dirán un día u otro, pero, por ahora, el único resultado de la tentativa del *Gun-Club* ha sido dotar a nuestro sistema solar de un astro nuevo.

J. Belfast.»

¡Cuántas cuestiones suscitaba un desenlace tan inesperado! ¡Qué situación preñada de misterios reserva el porvenir a las investigaciones de la ciencia! Gracias al valor y abnegación de tres hombres, una empresa tan fútil en apariencia, cual era la de enviar una bala a la Luna, acababa de tener un resultado inmenso, cuyas consecuencias eran incalculables. Los viajeros, encarcelados en un nuevo satélite, si bien es verdad que no habían alcanzado su objetivo, formaban al menos parte del mundo lunar; gravitaban alrededor del astro de la noche, y por primera vez podía la vista penetrar todos sus misterios. Los nombres de Nicholl, de Barbicane y de Miguel Ardan deberán, pues, ser siempre célebres en los fastos astronómicos, porque estos atrevidos exploradores, deseando ensanchar el círculo de los conocimientos humanos, atravesaron audazmente el espacio y se jugaron la vida en la más sorprendente tentativa de los tiempos modernos.

Conocida la nota de Long's Peak, hubo en el universo entero un sentimiento de sorpresa y espanto. ¿Era posible auxiliar a aquellos heroicos habitantes de la Tierra? No, sin duda alguna, porque se habían colocado fuera de la humanidad traspasando los límites impuestos por Dios a las criaturas terrestres. Podían procurarse aire durante dos meses. Tenían víveres para un año. Pero, ¿y después...? Los corazones más insensibles palpitaban al dirigirse tan terrible pregunta.

Un hombre, uno sólo, se negaba a admitir que la situación fuese desesperada; no sólo tenía confianza, y era su amigo adicto, audaz y resuelto como ellos, el buen J. T. Maston.

No les perdía de vista. Su domicilio fue en lo sucesivo Long's Peak; su horizonte, el espejo del inmenso reflector. Apenas la Luna aparecía en el horizonte, la encerraba en el campo del telescopio y la seguía asiduamente en su marcha por los espacios planetarios. Observaba con una paciencia eterna el paso del proyectil por su disco de plata; en realidad, el digno veterano vivía en comunicación perpetua con sus tres amigos, y no desesperaba de volverlos a ver un día u otro.

«Me cartearé con ellos —decía al que quería oírle—, cuando las circunstancias lo permitan. Tendremos de ellos noticias, y ellos las tendrán de nosotros. Los conozco; son hombres de mucho temple. Llevan consigo en el espacio todos los recursos del arte, de la ciencia y de la industria. Con esto se hace cuanto se quiere, y ya veréis cómo salen del atolladero.»

MIGUEL STROGOFF

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

UNA FIESTA EN EL PALACIO NUEVO

—Señor, otro telegrama.

—¿De dónde procede?

—De Tomsk.

—¿La comunicación está cortada más allá de esta ciudad?

—Sí, está cortada desde ayer.

—General, envía un telegrama a Tomsk cada hora y que se me tenga al corriente de lo que ocurra.

—Sí, señor; así se hará —respondió el general Kissoff.

El precedente diálogo era sostenido a las dos de la madrugada, en el momento en que la fiesta, que se celebraba en el Palacio Nuevo, estaba en su mayor esplendor.

Durante toda la velada, las músicas de los regimientos de Preobrajensky y Paulowsky no habían cesado de ejecutar polcas, mazurcas, chotis y valses, escogidos entre los mejores del repertorio. Las parejas se multiplicaban hasta lo infinito a través de los espléndidos salones del palacio, que sólo distaba algunos pasos de la *antigua casa de piedras,* donde tan terribles dramas se habían desarrollado en otro tiempo, y cuyos ecos parecían haberse despertado aquella noche para servir de tema a las contradanzas.

El gran mariscal de la Corte estaba, por lo demás, bien secundado en sus delicadas funciones, pues tanto los grandes duques como sus edecanes, los chambelanes del servicio y los oficiales de palacio, presidían personalmente la organización de los bailes. Las grandes duquesas, cubiertas de diamantes, y las damas de la Corte, vestidas con sus trajes de gala, daban ejemplo a las señoras de los altos funcionarios militares y civiles de la *antigua ciudad de las piedras blancas,* y por eso, cuando sonó la señal de la *polonesa,* cuando los invitados de todas las categorías tomaron parte en esta especie de paseo cadencioso, que en este género de solemnidades tiene la misma importancia que un baile nacional, la mezcla de los vestidos de la nobleza llenos de encajes y de los uniformes cuajados de condecoraciones, ofrecía

un golpe de vista indescriptible al resplandor de cien arañas, multiplicadas por la reverberación de los espejos.

El cuadro no podía ser más brillante.

El gran salón en que se celebraba la fiesta, que era el más hermoso de todos los del Palacio Nuevo, formaba a este cortejo de altos personajes y de damas espléndidamente ataviadas un marco digno de su magnificencia. La rica bóveda, con sus dorados, empalidecidos ya por la página del tiempo, parecía sembrada de puntos luminosos. Los brocados de los cortinajes y portieres, llenos de pliegues magníficos, empurpurábanse con tonos cálidos que se quebraban violentamente en los ángulos de la pesada tela.

La luz que alumbraba los salones, tamizada por un ligero vaho, salía al exterior, a través de los cristales de las amplias galerías circulares, brillando en medio de la noche con un resplandor de incendio. El contraste que hacían las sombras en que por fuera estaba envuelto el palacio y el espléndido alumbrado que había dentro, no podían por menos de llamar la atención de los invitados que no tomaban parte en el baile, los cuales, cuando se aproximaban a las ventanas, podían ver algunos campanarios, cuyas siluetas enormes se destacaban acá y allá entre las tinieblas, y el incesante y silencioso ir y venir de los numerosos centinelas que hacían la guardia con el fusil al hombro, y cuyos cascos puntiagudos, al reflejar la luz que salía por los huecos del palacio, parecían empenachados con pompones de fuego. De cuando en cuando, veíanse pasar algunas patrullas pisando sobre el empedrado con más seguridad, probablemente, que los bailarines sobre el pavimento del salón, y a intervalos, oíase el alerta de ordenanza, repitiéndose de puesto en puesto y ensordecido a veces por el toque de alguna trompeta, cuyo vibrante sonido, al confundirse con los acordes de la orquesta, lanzaba sus notas metálicas en medio de la universal armonía.

Más abajo aún, frente a la fachada, destacábanse sobre los focos de luz que proyectaban las ventanas del Palacio Nuevo las masas sombrías de los barcos que se deslizaban sobre un río cuyas aguas, iluminadas de trecho en trecho por la luz vacilante de algunos faroles, bañaban las primeras hiladas de piedras de las terrazas.

El personaje principal del baile, el que daba la fiesta y a quien el general Kissoff había tratado del modo que únicamente suele tratarse a los soberanos, vestía el sencillo uniforme de oficial de cazadores de la guardia, y aunque no mostraba la menor afectación, advertíase en él que era persona poco sensible a las aparatosas ceremonias. Su indumentaria contrastaba notablemente con los soberbios trajes de las personas que le rodeaban; pero esto no podía sorprender, porque también en la misma forma, sencillamente vestido, solía vérsele en medio de su escolta, formada por los brillantes escuadrones de georgianos, cosacos y lesguianos, cuyos espléndidos uniformes eran los más brillantes del ejército del Cáucaso.

Alto, de aspecto afable, fisonomía tranquila y con la preocupación reflejada a veces en su frente, iba de un grupo a otro, pero casi sin hablar y

prestando apenas más que una vaga atención a las frases alegres de los jóvenes y a las palabras algo más graves de los altos funcionarios y de los miembros del cuerpo diplomático que representaban ante él a los principales Estados de Europa. Dos o tres de estos perspicaces políticos, excelentes fisonomistas, habían creído advertir en el rostro de este personaje ciertas señales de inquietud, cuyas causas les eran completamente desconocidas, pero ninguno se había atrevido a interrogarle respecto al particular. Sin duda alguna, el oficial de los cazadores de la guardia deseaba que sus preocupaciones no turbasen un solo momento el regocijo de la fiesta, y como era uno de los soberanos a quienes todo el mundo estaba acostumbrado a obedecer, hasta con el pensamiento, los placeres del baile no disminuyeron durante toda la velada.

Mientras tanto, el general Kissoff esperaba, a respetuosa distancia, que el oficial de cazadores de la guardia, a quien acababa de comunicar el telegrama recibido de Tomsk, le diese orden de retirarse; pero éste permaneció silencioso. Había tomado el telegrama, lo había leído y una nube de tristeza había ensombrecido su rostro. Después, y como con un movimiento involuntario, había colocado su mano sobre la empuñadura de la espada y, elevándola luego a la altura de su frente, habíasela puesto sobre los ojos a modo de pantalla, como si la luz le molestase y buscara la oscuridad para reconcentrarse en sí mismo.

—¿De manera —dijo el oficial de coraceros de la guardia llevándose al general Kissoff al lado de una ventana— que desde ayer estamos incomunicados con el gran duque mi hermano?

—Sí, señor, y es de temer que, dentro de poco, los despachos no puedan pasar la frontera siberiana.

—¿Las tropas de las provincias del Amur, de Yakutsk y de Transbaikalia no han recibido la orden de marchar inmediatamente a Irkutsk?

—Esa orden ha sido transmitida por el último telegrama que ha podido pasar más allá del lago Baikal.

—Pero, ¿desde el principio de la invasión estamos en comunicación constante con los Gobiernos de Yeniseisk, Omsk, Semipalatinsk y Tobolsk?

—Sí, señor, nuestros despachos han llegado hasta allí y tenemos la seguridad de que los tártaros no pueden ya pasar el Irtich y el Obi.

—¿Se tiene alguna nueva noticia del traidor Iván Ogareff?

—Ninguna —respondió el general Kissoff—. El jefe de policía ignora si ha pasado o no la frontera.

—En ese caso es preciso enviar su filiación inmediatamente a Nijni-Novgorod, Perm, Ekaterinburg, Kassimow, Tiumen, Ichim. Omsk, Elamsk, Kolivan, Tomsk y a todas las demás estaciones telegráficas cuya comunicación no se haya interrumpido todavía.

—Las órdenes de Su Majestad serán ejecutadas en seguida —repuso el general Kissoff.

—Sobre todo, mucho silencio acerca de este asunto.

El general hizo un signo de respetuosa adhesión, se inclinó profundamente y, confundiéndose entre la multitud, abandonó los salones, sin que su partida fuese notada.

El oficial de cazadores de la guardia permaneció pensativo durante algunos instantes y luego fue a mezclarse con los grupos de militares y personajes políticos que se habían formado en diversos puntos de los salones, cuando su rostro había ya recobrado su tranquilo aspecto habitual.

Sin embargo, el grave suceso acerca del cual habían conversado secretamente el oficial de cazadores de la guardia y el general Kissoff, no era tan desconocido como ellos creían. Aunque no se hablaba de él oficialmente, porque las lenguas habían enmudecido *por orden superior*, algunos diplomáticos habían sido informados, más o menos vagamente, de los acontecimientos que se desarrollaban más allá de la frontera. Sin embargo, dos invitados a la fiesta del Palacio Nuevo, que no ostentaban uniforme alguno ni lucían ninguna condecoración, conversaban en voz baja, como si hubieran recibido informes precisos acerca de lo que nadie hablaba apenas y de lo que hasta para los miembros del cuerpo diplomático era casi desconocido.

¿Cómo? ¿Por qué medio? ¿En virtud de qué habilidad estos dos simples mortales habían llegado a saber con exactitud lo que personas mucho más importantes que ellos apenas conocían? No puede decirse. ¿Poseían acaso el don de la presencia o de la previsión? ¿Acaso tenían un sentido suplementario que les permitía ver más allá de los límites naturales? ¿Poseían, por ventura, una perspicacia extraordinaria para sorprender las noticias más secretas? ¿Tal vez el hábito —que en ellos era una especie de segunda naturaleza— de vivir de la información y para la información había metamorfoseado su manera de ser, hasta el punto de convertirlos en seres distintos de los demás del género humano? Casi podría afirmarse.

Estos dos hombres, inglés uno y francés el otro, eran altos y gruesos; moreno éste, como los meridionales de Provenza, y rubio aquél, como un caballero de Lancashire. El inglés, calmoso, frío, flemático y parco en los movimientos y en las palabras, parecía que sólo hablaba y gesticulaba movido por un resorte que le agitaba a intervalos regulares. Por el contrario, el galorromano, dotado de gran actividad y osadía, expresábase con los labios, con los ojos y con las manos a la vez, manifestando de veinte maneras su pensamiento, mientras que su interlocutor no encontraba más que una sola, como si ésta estuviera estereotipada en su cerebro.

Estas discrepancias físicas podrían engañar fácilmente, quizá, al menos observador de los hombres; pero un fisonomista, después de dirigir una mirada a los dos extranjeros, habría podido determinar el contraste fisiológico que los caracterizaba, diciendo que si el francés era *todo ojos*, el inglés era *todo oídos*.

Efectivamente, la vista del uno parecía haberse agudizado a causa del mucho uso. La sensibilidad de su retina debía ser tan rápida como la de los prestidigitadores que reconocen una carta con sólo un movimiento rápido del corte o por la más insignificante señal, inadvertida para cualquier otra persona. El francés poseía en el más alto grado lo que podría llamarse *memoria de la vista.*

El inglés, por el contrario, parecía estar organizado exclusivamente para oír y enterarse de lo que se decía. Le bastaba oír una voz una sola vez para que no la olvidara jamás y para reconocerla entre mil muchos años después. Sus orejas no tenían, naturalmente, la misma movilidad que las de los animales provistos de grandes pabellones auditivos; pero, puesto que los sabios han demostrado que las del hombre no son absolutamente inmóviles, se podría afirmar que las del susodicho inglés se enderezaban, se torcían o se oblicuaban para percibir los sonidos, por insignificantes que fuesen.

Conviene advertir que la perfección de la vista y del oído de estos dos hombres les servía para el mejor desempeño de su oficio, porque el inglés era corresponsal del periódico *Daily Telegraph,* y el francés, corresponsal de... ¿De cuál o cuáles periódicos era corresponsal este último? Él no lo decía, y, cuando se le preguntaba, limitábase a dar la siguiente contestación:

—Soy corresponsal de mi prima Magdalena.

En el fondo, y a pesar de su aparente frivolidad, era perspicaz en grado sumo y tenía una sagacidad extraordinaria; hablaba mucho de todo, probablemente para disimular su deseo de oír, y esta locuacidad le servía para no revelar lo que se proponía tener reservado, porque, sin duda alguna, era más ladino y circunspecto que su colega, el corresponsal del *Daily Telegraph.*

Los dos asistían a la fiesta que se celebra en el Palacio Nuevo en la noche del 15 al 16 de julio, en calidad de periodistas y con el fin de tener bien informados a los lectores de sus periódicos respectivos.

Ambos eran apasionados por el periodismo y creían desempeñar una importante misión en el mundo lanzándose como dos hurones tras la pista de las noticias más insignificantes, sin que nada les arredrase ni les hiciera desistir, porque estaban dotados de una sangre fría imperturbable y del verdadero valor, propio de las personas del oficio.

Verdaderos *jockeys* de carreras de obstáculos —porque no otra cosa es la carrera de la información—, saltaban setos, atravesaban ríos y pasaban por encima de todas las vallas con el incomparable ardor de los corredores de pura sangre que prefieren morir antes que dejar de llegar a la meta los primeros.

Además, ellos no economizaban el dinero, que es hasta hoy el medio de información más seguro, más rápido y más perfecto que se conoce; pero es preciso agregar, en su honor, que ni uno ni otro investigaban ni escuchaban nada referente a la vida privada, y que sólo entraban en acción cuando

los intereses políticos o sociales estaban en juego. En una palabra, estos dos periodistas hacían lo que desde algunos años a esta parte se llama *gran reportaje político y militar;* pero cada uno, como se verá siguiéndoles de cerca, tenía su manera especial de juzgar los hechos y especialmente sus consecuencias, puesto que cada cual los veía bajo un prisma diferente. Sin embargo, como disponían de dinero abundante y jugaban limpio, no se les censuraba.

El corresponsal francés se llamaba Alcides Jolivet, y Enrique Blount era el nombre del periodista inglés. Se habían visto por primera vez en esta fiesta del Palacio Nuevo, de la que estaban encargados de informar a los lectores de sus respectivos periódicos, y aunque la diferencia de sus caracteres y los celos naturales de su oficio les debían hacer poco simpáticos uno al otro no trataron de esquivar el encuentro, sino que, por el contrario, se buscaron, tratando de sondearse mutuamente acerca de las noticias del día, como si fueran dos cazadores que cazasen en el mismo terreno y con iguales reservas. La caza que se le escapase al uno podía ser apresada por el otro, y por interés mutuo les convenía permanecer a distancia conveniente para verse y oírse.

Aquella noche estaban los dos al acecho, porque algo se cernía en el aire que les llamaba la atención.

—Aunque sólo se trata de embustes —decíase Alcides Jolivet—, conviene disparar el fusil para cazarlos.

Con este propósito los dos corresponsales entablaron conversación durante el baile, algunos momentos después de la salida del general Kissoff, y tardaron poco en entenderse.

—Verdaderamente, señor, esta fiesta es deslumbradora —dijo, sonriente, Alcides Jolivet, que creyó que debía empezar la conversación con esta frase eminentemente francesa.

—Ya he telegrafiado: *¡espléndida!* —respondió Enrique Blount, empleando esta palabra especialmente consagrada para expresar la admiración de un ciudadano del Reino Unido.

—Sin embargo —agregó Alcides Jolivet—, he creído deber decir también a *mi prima...*

—*¿Su prima?* —preguntó Enrique Blount sorprendido, interrumpiendo a su colega.

—Sí —repuso Alcides Jolivet—, *mi prima* Magdalena... Ella es a quien envío mis noticias... ¡Oh! Desea ser informada pronto y bien *mi prima,* y he creído deber decirle que, durante esta fiesta, una especie de nube parece ensombrecer la frente del soberano.

—Pues a mí me ha parecido radiante —respondió Enrique Blount, quizá con el propósito de disimular su pensamiento respecto al asunto.

—Y, naturalmente, usted la habrá hecho radiar en las columnas del *Daily Telegraph.*

—Precisamente.

—¿Recuerda usted, señor Blount —preguntó Alcides Jolivet—, lo que sucedió en Zakret en 1812?

—Lo recuerdo como si lo hubiera presenciado, señor —respondió el corresponsal inglés.

—En ese caso —repuso Alcides Jolivet—, sabrá usted que se anunció al emperador Alejandro, en medio de una fiesta que se celebraba en su honor, que Napoleón acababa de pasar el Niemen con la vanguardia francesa, a pesar de lo cual el emperador no abandonó la fiesta y, a pesar de la gravedad extremada de una noticia que podía costarle el imperio, no dejó percibir más inquietud...

—Que la que ha manifestado nuestro huésped cuando el general Kissoff le ha notificado que acababa de ser cortada la comunicación telegráfica entre la frontera y el Gobierno de Irkutsk.

—¡Ah! ¿Conocía usted ese detalle?

—Sí, lo conocía.

—A mí me sería difícil ignorarlo, puesto que mi último telegrama ha ido hasta Udinsk —dijo Alcides Jolivet con una especie de satisfacción.

—Pues el mío ha ido solamente hasta Krasnoiarsk —repuso Enrique Blount con tono no menos satisfecho.

—En ese caso, ¿sabrá usted también que se han enviado órdenes a las tropas de Nikolaievsk?

—Sí, señor, al mismo tiempo que se ha telegrafiado a los cosacos del Gobierno de Tobolsk ordenándoles que se concentren.

—Es verdad, señor Blount, esas disposiciones las conocía yo también, y mi amable *prima* sabrá mañana alguna cosa.

—También lo sabrán los lectores del *Daily Telegraph,* señor Jolivet.

—¡Claro! ¡Cuando se ve todo lo que ocurre!

—¡Y cuando se oye todo lo que se dice!

—Una interesante campaña en perspectiva, señor Blount.

—La seguiré, señor Jolivet.

—Entonces, es posible que pisemos un terreno menos seguro quizá que el pavimento de este salón.

—Menos seguro, sí, pero...

—Pero también menos escurridizo —respondió Alcides Jolivet, deteniendo a su colega en el momento en que éste iba a perder el equilibrio retrocediendo.

Y, dicho esto, separáronse los dos corresponsales, muy contentos por saber que el uno no estaba más adelantado que el otro en noticias.

Efectivamente, ambos estaban igualmente enterados de lo que ocurría.

En aquel momento abriéronse las puertas de las habitaciones contiguas al gran salón, dejando ver muchas y grandes mesas admirablemente servidas, todas cargadas con profusión de porcelanas preciosas y vajilla de oro. Sobre la mesa central, reservada para los príncipes, para las princesas y para los miembros del cuerpo diplomático, brillaba una batea de inestimable

precio, procedente de las fábricas de Londres, y en torno de esta obra maestra de orfebrería centelleaban, a la luz de las arañas, las mil piezas de la vajilla más admirable que saliera jamás de las manufacturas de Sévres.

Los invitados empezaron entonces a dirigirse hacia el salón en que la cena estaba preparada.

El general Kissoff, que acababa de entrar, se aproximó rápidamente al oficial de cazadores de la guardia.

—¿Qué sucede? —preguntó éste, con la misma viveza de la primera vez.

—Señor, los telegramas no pasan ya de Tomsk.

—¡Un correo, en seguida!

El oficial de cazadores de la guardia salió del salón pasando a una habitación inmediata, que era un gabinete de trabajo sencillamente decorado con muebles antiguos de roble y situado en un ángulo del Palacio Nuevo. De las paredes pendían algunos cuadros, la mayor parte de los cuales estaban firmados por Horacio Vernet.

El oficial abrió inmediatamente la ventana, como si faltase oxígeno a sus pulmones, y aspiró el aire puro que en aquella hermosa noche de julio penetraba por su ancho balcón.

Ante sus ojos, e iluminado por los rayos lunares, redondeábase un recinto fortificado, en el cual se elevaban dos catedrales, tres palacios y un arsenal, y en cuyo derredor se distinguían las tres ciudades de Kitaï-Gorod, Boï-Gorod y Zemlinaoï-Gorod, inmensos barrios europeos que dominaban las torres, los campanarios, los minaretes y las cúpulas de trescientas iglesias, cuyos verdes domos estaban coronados por cruces de plata. En las aguas de un río de curso sinuoso rielaban, acá y allá, los rayos de la luna.

Este conjunto formaba un caprichoso mosaico encerrado en un extenso cuadrado de diez leguas.

El río era el Moskova; la ciudad, Moscú; el recinto fortificado, el Kremlin, y el oficial de cazadores de la guardia, que con los brazos cruzados y la frente contraída escuchaba vagamente el ruido que promovían los invitados del Palacio Nuevo de la antigua ciudad moscovita, era el zar.

CAPÍTULO II

RUSOS Y TÁRTAROS

Si el zar había abandonado tan inopinadamente, los salones del Palacio Nuevo, en el momento en que la fiesta que él daba a las autoridades civiles y militares y a las personas más notables de Moscú estaba en su mayor esplendor, era porque más allá de las fronteras del Ural se desarrollaban grandes acontecimientos. Era ya indudable; una formidable invasión amenazaba sustraer las provincias siberianas a la dominación rusa.

La Rusia asiática, o Siberia, tiene una superficie de quinientas sesenta mil leguas, poblada por dos millones de habitantes aproximadamente, y se extiende desde los montes Urales, que la separan de la Rusia europea, hasta el litoral del océano Pacífico. Al Sur se encuentran el Turquestán y el Imperio chino, que la limitan siguiendo una frontera bastante indeterminada, y al Norte está el océano Glacial, desde el mar de Kara hasta el estrecho de Bering. Está dividida en los Gobiernos o provincias de Tobolsk, Yeniseisk, Irkutsk, Omsk y Yakutsk; comprende los distritos de Okotsk y Kamtschatka, y posee el país de los kirguises y el de los churaches, sometidos actualmente a la dominación moscovita.

Esta inmensa extensión de estepas, que comprende más de ciento diez grados de Oeste a Este, es tierra de deportación para los criminales, al mismo tiempo que lugar de destierro para los que son expulsados de la patria en virtud de un ucase.

La autoridad suprema de los zares está representada en este extenso país por dos gobernadores generales, uno de los cuales reside en Irkutsk, capital de la Siberia occidental. El río Tchuna, afluente del Yenisei, separa las dos Siberias.

Ningún camino de hierro surca todavía estas llanuras inmensas, algunas de las cuales son sumamente fértiles; ninguna vía férrea sirve para la explotación de las minas preciosas que hacen en estas vastas extensiones más rico el suelo siberiano por debajo que por encima de la superficie. Se viaja, durante el verano, en tarentas o en talegas, y en trineos durante el invierno.

Las fronteras oeste y este de Siberia comunícanse entre sí por medio de un alambre de más de ocho mil verstas de longitud (8.536 kilómetros), y, al

salir del Ural, pasa por Ekaterinburg, Kassimow, Tiumen, Ichim, Omsk, Elamsk, Kolivan, Tomsk, Krasnoiarsk, Nijni-Udinsk, Irkutsk, Verkne-Nertsching, Strelink, Albacine, Blagowstenks, Radde, Oslomskaya, Alexandrowskoe y Nicolask, y cobra por cada palabra que lanza de un extremo a otro seis rublos y diecinueve kopeks. De Irkutsk parte un ramal que va a Kiakhta, en la frontera de Mogolia, y esta estación telegráfica envía, a razón de treinta kopeks por palabra, los despachos a Pekín, en catorce días.

Este hilo telegráfico, tendido desde Ekaterinburg hasta Nikolaevsk, era el que había sido cortado, primeramente más allá de Tomsk, y algunas horas más tarde entre Tomsk y Kolivan. Por esto, el zar, al oír la noticia que le comunicó el general Kissoff, cuando éste se presentó ante él por segunda vez, había dado por contestación esta orden imperiosa:

—¡Un correo, en seguida!

Apenas hacía algunos instantes que el zar estaba inmóvil en la ventana de su gabinete, cuando los ujieres volvieron a abrir la puerta de la estancia y apareció en ella el jefe superior de policía.

—Pasa, general —dijo el zar con voz grave—, y dime cuanto sepas acerca de Iván Ogareff.

—Es un hombre extraordinariamente peligroso, señor —respondió el jefe superior de policía.

—¿Tenía el grado de coronel?

—Sí, señor.

—¿Era un jefe inteligente?

—Muy inteligente, pero imposible de dominar, y de una ambición tan desenfrenada, que no retrocede ante ningún obstáculo. Esta ambición le condujo pronto a intrigar secretamente, y por este motivo fue destituido de su grado por Su Alteza el gran duque, y, luego, desterrado a Siberia.

—¿En qué época?

—Hace dos años. Perdonado, cuando llevaba seis meses en el destierro, por el favor de Su Majestad, volvió a Rusia.

—¿Y desde esa época no ha vuelto a Siberia?

—Sí, señor, ha vuelto; pero, esta vez, voluntariamente —respondió el jefe superior de policía. Y agregó, bajando un poco la voz—: ¡Hubo un tiempo, señor, en el que, cuando se iba a Siberia, no se volvía!

—Mientras yo viva, Siberia es y será un país del que se vuelva.

El zar tenía el derecho de pronunciar estas palabras con verdadero orgullo, porque su clemencia había demostrado frecuentemente que la justicia rusa sabía perdonar.

El jefe superior de policía guardó silencio, pero era evidente que él no estaba conforme con hacer las cosas a medias. Según él, toda persona que hubiera pasado los montes Urales entre policías no debía volver jamás, y como esto no ocurría bajo el nuevo reinado, él lo deploraba sinceramente. ¡Cómo! ¡Ya no había destierros a perpetuidad por otros crímenes que los

del derecho común, y los desterrados políticos podían volver de Tobolsk, Yakutsk y de Irkutsk! En realidad, de verdad, el jefe superior de policía, habituado a las decisiones autocráticas de los ucases que no perdonaban, no podía admitir el nuevo modo de gobernar; pero se calló, esperando que el zar volviera a interrogarle. Las preguntas no se hicieron esperar.

—¿No ha vuelto Iván Ogareff por segunda vez a Rusia —inquirió el zar— después de haber ido a las provincias siberianas con un objeto que es desconocido aún?

—Ha vuelto.

—¿Y desde su regreso ha perdido la policía su pista?

—No, señor, porque un condenado no se convierte verdaderamente peligroso hasta el día en que se le indulta.

La frente del zar se contrajo un momento y el jefe superior de policía llegó a temer haber ido demasiado lejos, aun cuando su obstinación en sus ideas fuese por lo menos igual que su adhesión sin límites a su soberano; pero éste, desdeñando estos reproches indirectos a su política interior, prosiguió interrogando brevemente:

—Últimamente, ¿dónde estaba Iván Ogareff?

—En el Gobierno de Perm.

—¿En qué ciudad?

—En la misma Perm.

—¿Qué hacía?

—Al parecer, no tenía ocupación alguna y su conducta no tenía nada de sospechosa.

—¿No estaba sometido a la vigilancia de la alta policía?

—No, señor.

—¿Cuándo abandonó Perm?

—Hacia el mes de marzo.

—¿Adónde fue?

—Se ignora.

—Y, desde entonces, ¿no se sabe qué ha sido de él?

—No se sabe,

—Pues bien, lo sé yo —repuso el zar—. Se me han dirigido algunos anónimos, que no han pasado por las oficinas de la policía, y, en vista de los acontecimientos que se realizan ahora más allá de la frontera, hay motivos para creer que son exactos los hechos que se me denuncian.

—¿Quiere decir Su Majestad —interrogó el jefe superior de policía— que Iván Ogareff tiene intervención en la invasión tártara?

—Sí, general, y voy a informarte de lo que ignoras. Iván Ogareff, después de salir del Gobierno de Perm, ha pasado los montes Urales y se ha internado en Siberia, y allí, en las estepas kirguises, ha tratado de sublevar aquellos pueblos nómadas, no sin éxito, y ha descendido luego más al Sur y llegado hasta el Turkestán libre, donde ha encontrado jefes dispuestos a lanzar sus hordas tártaras contra las provincias siberianas y a provocar una

invasión general del Imperio ruso en Asia. El movimiento, que ha sido fomentado en secreto, acaba de estallar como el rayo, e inmediatamente han sido cortados todos los medios de comunicación entre la Siberia occidental y la Siberia oriental. Además, Iván Ogareff, deseando vengarse, trata de atentar contra la vida de mi hermano.

El zar se había animado mientras hablaba y recorría la estancia con paso precipitado.

El jefe de policía guardaba silencio; pero decíase a sí mismo que, en la época en que los emperadores de Rusia no indultaban jamás a un desterrado, los proyectos de Iván Ogareff no habrían podido realizarse.

Después de algunos instantes de silencio, el jefe superior de policía, acercándose al zar, que había tomado asiento en un sillón, le dijo:

—Vuestra Majestad habrá dado sin duda las órdenes necesarias para que la invasión sea rechazada inmediatamente.

—Sí —respondió el zar—, el último telegrama ha debido poner en movimiento las tropas de los Gobiernos de Yeniseisk, Irkutsk y Yakutsk, y las de los de las provincias de Amur y del lago Baikal. Además, los regimientos de Perm y de Nijni-Novgorod y los cosacos de la frontera se dirigen a marcha forzada hacia los montes Urales; pero, desgraciadamente, han de transcurrir muchas semanas antes que alcancen a las columnas de los tártaros.

—Y el hermano de Vuestra Majestad, Su Alteza el gran duque, aislado actualmente en el Gobierno de Irkutsk, ¿no está en comunicación directa con Moscú?

—No.

—Sin embargo, debe conocer, por los últimos telegramas que habrá recibido, cuáles son las medidas adoptadas por Vuestra Majestad y qué auxilios debe esperar recibir de los Gobiernos más próximos al de Irkutsk.

—Lo sabe, efectivamente —respondió el zar—; pero ignora que Iván Ogareff, al mismo tiempo que el de rebelde, se dispone a desempeñar el papel de traidor y que es su enemigo personal y encarnizado. Iván Ogareff debe su primera desgracia al gran duque y lo más grave es que éste no conoce a ese hombre. El proyecto del traidor es ir a Irkutsk, ofrecer sus servicios al gran duque, a quien se presentará bajo un nombre falso y, después que se haya captado su confianza, cuando los tártaros cerquen la ciudad, franquearles la entrada y entregarles a mi hermano, cuya vida, por consiguiente, está directamente amenazada. Esto es lo que sé por mis informes, esto es lo que ignora el gran duque y esto es lo que necesita saber a todo trance.

—Pues bien, señor, un correo inteligente, valeroso...

—Así lo espero.

—Y que vaya con toda rapidez —agregó el jefe superior de policía—, porque Vuestra Majestad me permitirá que le diga que la tierra más propicia para las rebeliones es la Siberia.

—¿Quiere decir, general, que los desterrados harán causa común con los invasores? —exclamó el zar, que no fue dueño de sí al oír la insinuación del jefe superior de policía.

—¡Perdóneme Vuestra Majestad! —respondió balbuceando el jefe superior de policía, porque, efectivamente, tal era el pensamiento que le había sugerido su imaginación inquieta y desconfiada.

—No creo que los desterrados tengan tan poco patriotismo —replicó el zar.

—Además de los desterrados por delitos políticos —insistió el jefe superior de policía—, hay en Siberia otros condenados.

—¡Los criminales! ¡Oh, general, te los abandono! ¡Son la escoria del género humano y no pertenecen a país alguno! Además, el levantamiento o, mejor dicho, la invasión no es contra el emperador, sino contra Rusia, contra la patria, que los desterrados por delitos políticos no han perdido toda esperanza de volver a ver..., y que verán de nuevo, seguramente. ¡No, un ruso no se aliará jamás con un tártaro para abatir, ni aun por una hora, el poderío moscovita!

El zar tenía razón para creer en el patriotismo de aquellos a quienes su política tenía momentáneamente alejados. La clemencia, que constituía el fondo de su justicia, cuando él podía dirigir personalmente los efectos, y la consideración con que procedía al aplicar los ucases, tan terribles otras veces, eran una garantía de su seguridad respecto a este punto; pero, aunque la invasión tártara no dispusiera de este poderoso elemento para triunfar, las circunstancias no dejaban de ser graves, porque se temía que gran parte de la población kirguis hiciera causa común con los invasores.

Los kirguises están divididos en tres hordas: la grande, la pequeña y la mediana, que ocupan unas cuatrocientas mil tiendas, ascendiendo la población, por consiguiente, a dos millones de almas, pocas más o menos. Algunas de estas tribus son independientes y las demás reconocen la soberanía, ya de Rusia, ya de los kanatos de Kiva, de Kokand o de Bukara, es decir, de los jefes más temibles del Turkestán. La horda más rica, y también la más numerosa, es la mediana, cuyos campamentos ocupan todo el espacio comprendido entre los ríos Sara-Su, Irtich e Ichim superior y los lagos Hadisang y Aksakal, y la horda grande, que ocupa las comarcas situadas al este de la mediana, se extiende hasta los Gobiernos de Omsk y de Tobolsk. Por tanto, si estos pueblos kirguises se sublevaban, la Rusia asiática sería completamente invadida y la separación de Siberia, al este del Yenisei, sería un hecho.

Es verdad que los kirguises, demasiado novicios en el arte de la guerra, son ladrones nocturnos y agresores de caravanas y no soldados regulares, y por esto sin duda ha dicho Levchine: "que un frente cerrado o un cuadro de buena infantería puede resistir a una masa de kirguises diez veces más numerosa y un solo cañón puede hacer en ellos una espantosa carnicería"; pero para que esto ocurra es necesario que este cuadro de buena infantería

llegue al país sublevado y que los cañones salgan de los parques de artillería de las provincias rusas, que se encuentran a dos mil o tres mil verstas de distancia.

Además, excepto la ruta directa que une a Ekaterinburg con Irkutsk, las estepas, frecuentemente pantanosas, son casi impracticables, y se necesitaban muchas semanas para que las tropas rusas pudieran estar en disposición de rechazar las hordas tártaras.

El centro de organización militar de la Siberia occidental, encargada de mantener a raya a los pueblos kirguises es Omsk, y como allí están las fronteras que han sido atacadas más de una vez por los nómadas, cuya sumisión no es completa, al Ministerio de la Guerra no le faltaban motivos para temer que la citada ciudad se viese seriamente amenazada. La línea de colonias militares, es decir, de los puestos de cosacos, escalonados desde Omsk hasta Semipalatinsk, debía haber sido cortada en muchos puntos, y era de esperar que los *grandes sultanes* que gobernaban los distritos kirguises no hubiesen aceptado voluntariamente o soportado contra su voluntad la dominación de los tártaros, musulmanes como ellos, y que al odio suscitado por la servidumbre no se hubiera unido el odio provocado por el antagonismo de sus diferentes religiones griega y musulmana, pues, efectivamente, hacía ya largo tiempo que los tártaros del Turkestán, y especialmente los de los kanatos de Bukara, Kokand y Kunduze, trataban, más por la fuerza que por la persuasión, de sustraer las hordas kirguises a la dominación moscovita.

Digamos algo acerca de los tártaros.

Éstos pertenecen más especialmente a dos razas distintas, la caucásica y la mogola. La caucásica, que, según dice Abel Remusat, es considerada como tipo de la belleza de nuestra especie, porque de ella proceden todos los pueblos de esta parte del mundo, reúne bajo la misma denominación a los turcos y a los indígenas de origen persa, mientras que la raza puramente mogola comprende los mogoles, los manchúes y los tibetanos.

Los tártaros que, a la sazón, amenazaban al Imperio ruso, eran de raza caucásica y ocupaban más particularmente el Turkestán, vasto país dividido en varios Estados, que están gobernados por kanes, por lo cual se denominan kanatos, siendo los principales los de Bukara, Kiva, Kokaud, Kunduze, etc.

En la época a que nos referimos, el kanato más importante y el más temible al mismo tiempo era el de Bukara. Rusia habíase visto ya obligada varias veces a luchar con sus jefes, que, por interés personal y por imponerles otro yugo, habían defendido la independencia de los kirguises contra la dominación moscovita, y el jefe actual, Féofar-Kan seguía la misma ruta que sus antecesores.

El kanato de Bukara se extiende entre los paralelos treinta y siete y cuarenta y uno, y, de Este a Oeste, entre los sesenta y uno y sesenta y seis grados de longitud, es decir, en una superficie de diez mil leguas cuadradas·

aproximadamente, con dos millones y medio de habitantes, un ejército de setenta mil hombres, que puede triplicarse en tiempo de guerra, y treinta mil caballos. Es un país rico, variado en sus producciones animales, vegetales y minerales, y que la anexión de los territorios de Balk, Aukoi y Meimaneh ha agrandado considerablemente. Posee diecinueve poblaciones importantes: Bukara, rodeada por una muralla que mide más de ocho millas inglesas y franqueada por torres, ciudad gloriosa, que fue ilustrada por Avicena y otros sabios del siglo X y está considerada como el centro de la ciencia musulmana y como una de las más célebres del Asia central; Samarcanda, que guarda los restos de Tamerlán, posee el famoso palacio donde se conserva la piedra azul en que ha de sentarse, a su advenimiento, todo nuevo kan, y está defendida por una fortísima ciudadela; Karschi, con su triple recinto, situada en un oasis rodeado por un pantano lleno de tortugas y saurios, que la hace inexpugnable; Chardijui, que está defendida por cerca de veinte mil habitantes, y, en fin, Katta-Kurgán, Nurata, Dyzah, Paikanda, Karakul, Kuzar, etc., que forman un conjunto de ciudades difíciles de vencer. Por consiguiente, el kanato de Bukara, protegido por sus montañas y rodeado por sus estepas, es un Estado verdaderamente temible, y Rusia tenía necesidad de enviar un ejército formidable para someterlo a su obediencia.

El ambicioso y feroz Féofar-Kan gobernaba entonces este rincón de Tartaria, con el apoyo de los demás kanes —especialmente con el de los de Kokand y Kunduze, guerreros crueles y rapaces dispuestos a lanzarse a cualquier empresa que halagara sus instintos tártaros— y, ayudado por los jefes que mandaban las hordas del Asia central, habíase puesto a la cabeza de la invasión, de la que era el alma el traidor Iván Ogareff quien, impulsado tanto por su ambición insensata como por el odio, había organizado el movimiento de manera que pudiera cortar el camino de Siberia.

¡Estaba loco al suponer que podía desmembrar el imperio moscovita! Sin embargo, bajo su inspiración había lanzado el emir —que éste era el título que tomaban los kanes de Bukara— sus hordas tártaras más allá de la frontera rusa y había invadido primero el Gobierno de Semipalatinsk, obligando a retroceder a los cosacos que en pequeño número se encontraban en este punto. Luego, había avanzado más allá del lago Balkach, sublevando a su paso los pueblos kirguises, saqueando, asolando, alistando bajo su bandera a los que se sometían, aprisionando a los que le hacían resistencia y yendo de una ciudad a otra con toda la impedimenta de un soberano oriental, que así podía llamarse su casa civil, sus mujeres y sus esclavos, todo con la audacia imprudente de un Gengis-Kan moderno.

¿Dónde se encontraba en aquel momento? ¿Hasta dónde habían llegado sus soldados a la hora en que la noticia de la invasión llegaba a Moscú? ¿A qué punto de Siberia se habían visto obligadas a retroceder las tropas rusas? No podía saberse, porque estaba interrumpida la comunicación. ¿El hilo telegráfico había sido cortado entre Kolivan y Tomsk por algunos

exploradores del ejército tártaro o el emir había llegado hasta las provincias de Yeniseisk? ¿Estaba sobre las armas toda la baja Siberia occidental? ¿Extendíase ya el levantamiento hasta las regiones del Este? No podía decirse. La corriente eléctrica, único agente que no teme al frío ni al calor, al que no detienen las inclemencias del invierno ni los rigores del verano, y que vuela con la rapidez del rayo, no podía ya propasarse a través de la estepa y no era posible, por consiguiente, avisar al gran duque, encerrado en Irkutsk, el peligro con que le amenazaba la traición de Iván Ogareff.

Sólo un correo podía reemplazar a la corriente eléctrica, pero era preciso que el que se encargase de esta misión dispusiera del tiempo necesario para recorrer las cinco mil doscientas verstas (5.523 kilómetros), que separan a Moscú de Irkutsk. Además, para atravesar las filas de los rebeldes e invasores, se necesitaban un valor e inteligencia sobrehumanos, pero con la inteligencia y el corazón se va a todas partes.

—¿Encontraré esa inteligencia y ese corazón? —preguntábase el zar.

CAPÍTULO III

MIGUEL STROGOFF

Pocos minutos después abrióse la puerta del gabinete imperial y presentóse un ujier anunciando al general Kissoff.

—¿Y el correo? —preguntó vivamente el zar.

—Está ahí, señor —respondió el general Kissoff.

—¿Has encontrado al hombre que hace falta?

—Me atrevo a responder de él a Vuestra Majestad.

—¿Estaba de servicio en palacio?

—Sí, señor.

—¿Le conoces?

—Personalmente, y con frecuencia ha desempeñado con éxito misiones difíciles.

—¿En el extranjero?

—En Siberia.

—¿De dónde es?

—De Omsk. Es siberiano.

—¿Tiene sangre fría, inteligencia y valor?

—Sí, señor, tiene todo lo que se necesita para triunfar allí donde otros resultarían derrotados.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta años.

—¿Es hombre vigoroso?

—Señor, puede soportar hasta el último límite el frío, el hambre, la sed y la fatiga.

—¿Acaso tiene el cuerpo de hierro?

—Sí, señor.

—¿Y el corazón?

—El corazón es de oro.

—¿Cómo se llama?

—Miguel Strogoff.

—¿Está dispuesto a partir?

—En la sala de guardias espera las órdenes de Vuestra Majestad.

—Que pase —dijo el zar.

Y, algunos momentos después, entró en el gabinete imperial el correo Miguel Strogoff.

Éste era un hombre alto, vigoroso, de anchas espaldas y pecho levantado; su cabeza poderosa tenía los bellos caracteres de la raza caucásica, y sus miembros, bien proporcionados, eran palancas mecánicamente dispuestas para efectuar de un modo admirable cualquier trabajo de fuerza. Joven, hermoso y robusto, cuando estaba bien plantado y bien asegurado, no era fácil moverle de su sitio contra su voluntad, porque, al sentar los dos pies sobre el suelo, parecía que echaba raíces. Sobre su cabeza, cuadrada en la parte superior, y ancha de frente, arrollábase una abundante cabellera, cuyos bucles escapábanse por debajo del casco moscovita cuando se cubría, y su rostro, ordinariamente pálido, únicamente se alteraba a impulso de algún movimiento rápido del corazón o bajo la influencia de una circulación más viva que la de la sangre arterial. Recta, franca e inalterable era la mirada de sus ojos de color azul oscuro, que brillaban bajo el arco de sus cejas, cuyos músculos superciliares, débilmente contraídos, revelaban un valor altivo, *el valor sin cólera de los héroes,* según dicen los fisiólogos, y su nariz poderosa, de anchas ventanas, dominaba una boca simétrica, cuyos labios, algo prominentes, revelaban al hombre generoso y bueno.

Miguel Strogoff tenía el temperamento del hombre decidido, que adopta rápidamente una resolución, que no se muerde las uñas en la incertidumbre, que no se rasca las orejas en la indecisión, y, sobrio en los ademanes como en las palabras, no sabía permanecer inmóvil como un soldado ante su superior; pero, cuando caminaba, su paso revelaba gran seguridad y notable desenvoltura en los movimientos, lo que era prueba de la confianza y de la gran fuerza de voluntad de su espíritu. En suma, era un hombre cuya mano parecía que *agarraba siempre la ocasión por los cabellos,* figura algo atrevida que, sin embargo, lo retrata con un solo rasgo.

Vestía un elegante uniforme militar, que se parecía al que usan los oficiales de cazadores de caballería en campaña: botas, espuelas, pantalón ajustado, pelliza bordada de pieles, con adornos de trencillas amarillas sobre fondo oscuro. Pertenecía al cuerpo especial de los correos del zar y tenía la categoría de oficial de estos militares distinguidos.

Sus ademanes, su fisonomía y toda su persona revelaban, y el zar lo conoció al punto, que era un *ejecutor de órdenes,* y poseía, por tanto, una de las cualidades más recomendables en Rusia, y la que, según la observación del célebre novelista Turguenev, conduce a las posiciones más elevadas en el imperio moscovita.

Y, efectivamente, si había algún hombre que podía realizar con éxito el viaje de Moscú a Irkutsk a través de un territorio invadido, vencer todos los obstáculos y desafiar todos los peligros, no era otro que Miguel Strogoff. A favor del buen éxito de sus proyectos concurría la circunstancia de que Miguel Strogoff conocía admirablemente el país que iba a atra-

vesar y que entendía sus diversos idiomas, no sólo por haberlo ya recorrido, sino también porque él era de origen siberiano.

Su padre, el anciano Pedro Strogoff, muerto hacía diez años, había habitado en la ciudad de Omsk, situada en el Gobierno del mismo nombre, y su madre, Marfa Strogoff continuaba viviendo allí; y allí era donde, en medio de las salvajes estepas de las provincias de Omsk y de Tobolsk, el bravo cazador siberiano había educado a su hijo Miguel *con dureza,* según la expresión popular.

La verdadera profesión de Pedro Strogoff había sido la de cazador, y tanto en invierno como en verano, bajo los rigores de un calor tórrido o arrostrando fríos de más de cincuenta grados bajo cero algunas veces, recorría la llanura endurecida, las espesuras de maleza y de álamos, y los bosques de pinos, y colocaba sus trampas, acechando a la caza menor con el fusil y a la mayor con el cuchillo.

La caza mayor era nada menos que el oso siberiano, animal temible y feroz, cuya talla iguala a la de sus congéneres de los mares glaciales.

Pero Strogoff había matado más de treinta y nueve osos, lo que quiere decir que el que hacía el número cuarenta había caído bajo sus golpes, y se sabe, si hemos de dar crédito a las leyendas cinegéticas de Rusia, que cuantos cazadores han tenido la suerte de matar treinta y nueve osos, son muertos por el cuadragésimo. Sin embargo, él había pasado del número fatal sin recibir la más pequeña lesión.

Desde entonces, su hijo Miguel, que a la sazón sólo tenía once años de edad, no dejó de acompañarle cuando iba de caza, llevando *la regatina,* es decir, la horquilla, para ayudarle, mientras el anciano iba armado solamente con el cuchillo.

A los catorce años de edad el joven Miguel Strogoff mató sin ayuda de nadie un oso, lo cual no tenía importancia alguna; pero, además, lo desolló y llevó a rastras la piel a la casa paterna, que distaba muchas verstas, hazaña que revelaba que el chiquillo estaba dotado de un vigor poco común.

Este género de vida le fue provechoso, y cuando fue un hombre hecho, estuvo en disposición de soportar toda clase de penalidades: frío, calor, hambre, sed y cansancio, pues, como el yakuta de las comarcas septentrionales, tenía una naturaleza de hierro, sabía pasarse veinticuatro horas sin comer, diez noches consecutivas sin dormir y construirse una guarida en plena estepa, donde otro cualquiera no habría tenido otro recurso que pernoctar al aire libre.

Dotado de extremada intuición, y guiado por un instinto de *delaware* en medio de la blanca planicie, cuando la niebla cubría todo el horizonte, aun encontrándose en el país de las altas latitudes donde la noche polar se prolonga durante muchos días, encontraba siempre su camino allí donde otros no habrían acertado a dirigir sus pasos.

Miguel Strogoff conocía todos los secretos de la naturaleza como su padre, y cualquier síntoma, por imperceptible que pareciera, le servía para

orientarse. La proyección de las agujas de hielo, la disposición de las pequeñas ramas de un árbol, las emanaciones que llegaban a él de los últimos límites del horizonte, las hierbas pisadas en el bosque, los vagos sonidos que atravesaban el aire, las lejanas detonaciones, el paso de los pájaros por la atmósfera brumosa y otros infinitos detalles, que son otros tantos jalones para el que sabe conocerlos, eran por él útilmente aprovechados. Además, templado en las nieves, como acero damasquino en las aguas de Siberia, tenía una salud de hierro, como había dicho el general Kissoff, y, lo que no era menos cierto, un corazón de oro.

La única pasión de Miguel Strogoff era su madre, la anciana Marfa, que jamás había querido abandonar la antigua casa de los Strogoff, en Omsk, a orillas del Irtich, donde el viejo cazador y ella habían vivido largo tiempo juntos. Cuando el hijo se separó de ella, experimentó la anciana uno de los más grandes dolores de su vida; pero la consoló algún tanto la promesa que él había hecho de volver siempre que le fuera posible, y esta promesa había sido siempre religiosamente cumplida.

Habíase decidido que Miguel Strogoff, de veinte años de edad, entrara al servicio personal del emperador de Rusia en el cuerpo de los correos del zar, y el joven siberiano, atrevido, inteligente y celoso, no tardó en distinguirse especialmente en un viaje efectuado al Cáucaso, a través de un país difícil, sublevado por algunos sucesores de Samil, como se distinguió también más tarde en el desempeño de una importante misión que le fue confiada y en el cumplimiento de la cual tuvo que ir hasta Petropolowsk, en Kamtschatka, en el extremo límite de la Rusia asiática, desplegando durante estos largos viajes maravillosas cualidades de sangre fría, prudencia y valor, que le valieron no sólo la aprobación y la protección de sus jefes, sino hasta un rápido ascenso.

En cuanto a las licencias que de derecho le correspondían, después de tan lejanas expediciones, jamás dejó de consagrarlas a su anciana madre, aun cuando le separasen de ella millares de verstas y el invierno hubiese hecho impracticables los caminos. Sin embargo, por primera vez, Miguel Strogoff, que acababa de desempeñar una misión en el sur del Imperio, había dejado de ver a la anciana Marfa durante tres años, que para el habían tenido la duración de tres siglos, y, a la sazón, cuando se le había ya comunicado la licencia reglamentaria para ausentarse y él había hecho los preparativos necesarios para su partida a Omsk, habían ocurrido los sucesos que conocemos.

Cuando fue conducido a presencia del zar, encontrábase Miguel Strogoff en la más absoluta ignorancia de lo que de él se pretendía.

El emperador, sin dirigirle la palabra, le miró durante algunos momentos observándole con ojos penetrantes, mientras él permanecía absolutamente inmóvil.

Luego, satisfecho de este examen, sin duda, aproximóse a su mesa-despacho, y, después de ordenar con un gesto al jefe superior de policía que se sentara, le dictó en voz baja un carta que sólo contenía algunas líneas.

Escrita la carta, el zar la leyó muy atentamente, y la firmó anteponiendo a su nombre las palabras "Byt po semu", que significan "Así sea" y constituyen la fórmula sacramental de los emperadores de Rusia.

La carta fue luego introducida en un sobre, que quedó cerrado y sellado con las armas imperiales, y el zar, levantándose, dijo a Miguel Strogoff que se aproximara.

Éste avanzó algunos pasos y volvió a quedarse inmóvil dispuesto a responder.

El zar volvió a mirarle detenidamente cara a cara y, luego, le preguntó brevemente:

—¿Tu nombre?

—Miguel Strogoff, señor.

—¿Tu grado?

—Capitán del cuerpo de correos del zar.

—¿Conoces la Siberia?

—Soy siberiano.

—¿Has nacido...?

—En Omsk.

—¿Tienes parientes en Omsk?

—Si, señor.

—¿Que parientes?

—Mi anciana madre.

El zar suspendió un instante la serie de sus interrogaciones y, luego, mostrando la carta que tenía en la mano, le dijo:

—Miguel Strogoff, he aquí una carta que te confío para que la entregues al gran duque, en propia mano, y a nadie más que a él.

—Se la entregaré, señor.

—El gran duque se encuentra en Irkutsk.

—Iré a Irkutsk.

—Pero es preciso atravesar un país ocupado por rebeldes e invadido por tártaros, que tendrán interés en interceptar esta carta.

—Lo atravesaré.

—Desconfiarás, sobre todo, de un traidor, llamado Iván Ogareff, a quien probablemente encontrarás en el camino.

—Desconfiaré.

—¿Pasarás por Omsk?

—Es mi camino, señor.

—Si ves a tu madre te expondrás a ser reconocido y, por consiguiente, es preciso que no la veas.

Miguel Strogoff tuvo un segundo de vacilación y, al fin, dijo:

—No la veré.

—Júrame que nada te podrá hacer confesar quién eres ni dónde vas.

—Lo juro.

—Miguel Strogoff —repuso entonces el zar, entregando el pliego al joven correo—, toma, pues, la carta de la que depende la salvación de toda Siberia, y acaso también la vida del gran duque, mi hermano.

—Esta carta será entregada a Su Alteza el gran duque.

—¿La entregarás tú mismo?

—La entregaré, si no me matan.

—Es necesario que vivas.

—Viviré y la entregaré —respondió Miguel Strogoff.

El zar, satisfecho de la seguridad absoluta y de la calma con que el correo le había contestado, dijo entonces:

—Marcha, pues, Miguel Strogoff. ¡Ve a servir a Dios, a Rusia, a mi hermano y a mí!

Miguel Strogoff saludó militarmente, salió del gabinete imperial y, algunos instantes después, del Palacio Nuevo.

—Creo que has tenido acierto, general —dijo el zar.

—Así lo creo también, señor —respondió el general Kissoff—, y puede estar segura Vuestra Majestad de que Miguel Strogoff hará todo cuanto a un hombre es posible hacer.

—Es un hombre completo, efectivamente —asintió el zar.

CAPÍTULO IV

DE MOSCÚ A NIJNI-NOVGOROD

La distancia que había de Moscú a Irkutsk y que Miguel Strogoff tenía que recorrer, era de cinco mil doscientas verstas. Cuando no se había establecido aún la comunicación telegráfica entre los montes Urales y la frontera oriental de Siberia, el servicio de despachos oficiales hacíase por medio de correos, los más rápidos de los cuales tardaban dieciocho días en ir desde Moscú a Irkutsk; pero esto no era muy excepcional, porque la travesía de la Rusia asiática duraba de ordinario de cuatro a cinco semanas, aunque los enviados especiales del zar tuviesen a su disposición todos los medios posibles de transporte.

Como hombre que no temía al frío ni a la nieve, Miguel Strogoff habría preferido viajar en la cruda estación del invierno que le permitía organizar el servicio de trineos en toda la extensión del recorrido, porque, entonces las dificultades inherentes a los diversos géneros de locomoción disminuyen en parte en las inmensas estepas niveladas por la nieve, puesto que no hay ríos que franquear y el vehículo se desliza rápida y fácilmente sobre la sabana helada que aparece tendida por doquier. En esa época son, probablemente, temibles ciertos fenómenos naturales, como la persistencia e intensidad de las nieblas, los fríos excesivos y las horribles y constantes ventiscas, cuyos torbellinos envuelven a caravanas enteras haciéndolas perecer. Ocurre también, a veces, que los lobos, acosados por el hambre, cubren la llanura por miles; pero, de todos modos, habría sido preferible arrostrar estos peligros, porque, en el duro invierno, los invasores tártaros hubieran preferido acantonarse en las ciudades, los merodeadores no hubiesen recorrido la estepa, las tropas estarían imposibilitadas para efectuar movimiento alguno y Miguel Strogoff pasaría con mayor facilidad. Éste, sin embargo, no podía elegir el tiempo ni la hora, y, cualesquiera que fuesen las circunstancias, tenía que aceptarlas y partir.

Tal era la situación que Miguel Strogoff vio claramente y se dispuso a afrontarla.

Además, él no se encontraba ya en las circunstancias ordinarias de un correo del zar, cuya cualidad era preciso que nadie sospechara al verle en

camino, porque, en un país invadido, los espías hormiguean por doquier, y, si era reconocido, su misión quedaba gravemente comprometida.

Por esto, al entregarle una suma importante, que debía ser suficiente para el viaje y hasta, en cierto modo, para facilitarlo, el general Kissoff se abstuvo de darle orden alguna por escrito, que dijese: "servicio del emperador", y que es el *sésamo ábrete* por excelencia, limitándose a poner en sus manos un *podaroshna* bajo el nombre de Nicolás Korpanoff, negociante residente en Irkutsk.

Este *podaroshna* autorizaba a Nicolás Korpanoff para llevar en su compañía una o varias personas, y era valedero hasta para el caso en que el gobierno moscovita prohibiese a todos los demás súbditos salir de Rusia.

El *podaroshna* no es otra cosa que una autorización para tomar caballos de posta, pero Miguel Strogoff no debía hacer uso de él más que cuando su exhibición no pudiese despertar la menor sospecha, es decir, mientras estuviera en terreno europeo, de donde resultaba que, cuando se encontrase en Siberia o, lo que es lo mismo, cuando atravesara las provincias sublevadas, no podía mandar como amo en las paradas de postas, ni hacerse entregar caballos con preferencia a otros viajeros, ni exigir que le facilitasen medios de transporte para su uso personal. Miguel Strogoff, pues, no debía olvidar que no era un correo, sino el simple comerciante Nicolás Korpanoff que iba de Moscú a Irkutsk y que, como tal, estaba, por consiguiente, sometido a todos los contratiempos de un viaje ordinario.

Pasar inadvertido, más o menos rápidamente, pero pasar, tal debía ser su programa.

Treinta años antes, la escolta de un viajero de calidad componíase, por lo menos, de doscientos infantes, veinticinco jinetes baskires, trescientos camellos, cuatrocientos caballos, veinticinco carros, dos barcos portátiles y dos piezas de artillería, todo lo cual se consideraba necesario para hacer un viaje a Siberia; pero Miguel Strogoff veíase obligado a partir sin cañones, sin caballería, sin infantería y sin bestias de carga. Le era, por consiguiente, preciso viajar en carruaje o a caballo cuando pudiera, y a pie cuando no tuviese otro medio de locomoción.

Las mil cuatrocientas primeras verstas (1.493 kilómetros), distancia que separa a Moscú de la frontera rusa, no debían ofrecer dificultad alguna, porque a disposición de todos, y, por tanto, también a la disposición del zar, había caminos de hierro, carruajes de posta, barcos de vapor y caballos en las diversas posadas. Y, en la misma mañana del día 16 de julio, desprovisto de su uniforme, con un saco de viaje a la espalda y vestido con un simple traje ruso compuesto de túnica ceñida al talle, el tradicional cinturón de mujik, pantalones anchos y botas altas, encaminóse Miguel Strogoff a la estación ferroviaria para tomar el primer tren que saliera. No llevaba armas, ostensiblemente por lo menos; pero bajo el cinturón ocultaba un revólver y, en el bolsillo, una especie de machete, que tenía tanto de puñal

como de yatagán, con el cual un cazador siberiano sabe abrir el vientre de un oso con tanta limpieza que no deteriora su hermosa piel.

En la estación ferroviaria de Moscú había gran concurrencia de viajeros, pero debe advertirse que las estaciones de los ferrocarriles rusos son lugares de reunión muy frecuentados tanto por los que esperan ver partir el tren como por los que en él parten, por lo que están consideradas como una pequeña bolsa de noticias.

El tren al que subió Miguel Strogoff debía dejarle en Nijni-Novgorod, donde se detenía el ferrocarril que, uniendo Moscú con San Petersburgo, continuaba luego hasta la frontera rusa, recorriendo en diez horas un trayecto de, aproximadamente, cuatrocientas verstas (426 kilómetros).

Al llegar a Nijni-Novgorod, Miguel Strogoff debía proseguir el viaje, o por tierra, o tomando uno de los vapores del Volga, según las circunstancias, con el fin de pasar cuanto antes las montañas del Ural. Refugióse, pues, en un rincón como un digno burgués a quien los negocios no preocupan mucho y trata de pasar lo mejor posible el tiempo durmiendo; pero, como no iba solo en el departamento, no durmió más que con un ojo y, en cambio, escuchó con ambos oídos.

Efectivamente, el rumor de la sublevación de las hordas kirguises y de la invasión tártara se había difundido algo, y los viajeros, que el azar le había dado por compañeros, hablaban del asunto, pero no sin alguna circunspección.

Estos viajeros, como la mayor parte de los que transportaba el tren, eran comerciantes que iban a la famosa feria de Nijni-Novgorod, conjunto necesariamente muy heterogéneo de gentes, del que formaban parte judíos, turcos, cosacos, rusos, georgianos, calmucos y personas de otros países, que en su inmensa mayoría hablaban el idioma nacional.

Se discutía el pro y el contra de los graves acontecimientos que estaban desarrollándose al otro lado del Ural, y los mercaderes abrigaban el temor de que el Gobierno ruso se viese obligado a adoptar algunas medidas restrictivas, especialmente en las provincias limítrofes con la frontera, que seguramente perjudicarían al comercio.

Es preciso decirlo: aquellos egoístas no consideraban la guerra, o, lo que es lo mismo, la represión de la revuelta y la lucha contra la invasión, más que desde el solo punto de vista de sus intereses amenazados.

La presencia de un simple soldado vestido de uniforme —pues ya se sabe qué gran importancia tiene el uniforme en Rusia—, habría seguramente bastado para contener las lenguas de los mercaderes; pero en el departamento ocupado por Miguel Strogoff nada podía hacer suponer la presencia de un militar, pues el correo del zar, obligado a guardar el incógnito, no era hombre que inspirase sospechas.

Limitábase, pues, a escuchar.

—Se afirmó que el té de caravana está en alza —decía un persa, que se distinguía por su gorro forrado de astrakán y su túnica oscura de anchos pliegues, deteriorada por el roce.

—¡Oh! El té no tiene por qué temer la baja —respondió un viejo judío de cara arrugada—. El que está en el mercado de Nijni-Novgorod se expedirá fácilmente por el Oeste; pero, por desgracia, los tapices de Bukara no saldrán tan bien librados.

—¡Cómo! ¿Acaso espera usted algún envío de Bukara? —preguntóle el persa.

—No, pero sí lo espero de Samarcanda, que está más expuesto aún. ¡Confíe usted en las expediciones en un país sublevado por los kanes desde Kiva hasta la frontera china!

—¡Bien! —dijo el persa—. Si no llegan los tapices, no llegarán tampoco las letras de cambio, supongo.

—¡Dios de Israel! —exclamó el pequeño judío—. ¿Acaso no tiene usted en cuenta la ganancia?

—Tiene usted razón —dijo el otro viajero—; los artículos del Asia central corren el gran riesgo de faltar en el mercado, y esto es lo que sucederá con los tapices de Samarcanda, como con las lanas, los sebos y los chales de Oriente.

—¡Eh! Tenga cuidado, padrecito —respondió un viajero ruso de aspecto socarrón—. ¡Va usted a manchar horriblemente los chales si llega a mezclarlos con los sebos!

—¿Eso le hace a usted reír? —replicó con acritud el comerciante, a quien agradaba poco esta clase de bromas.

—¡Eh! Porque nos arranquemos los cabellos y nos cubramos la cabeza de ceniza —respondió el viajero—, ¿podremos cambiar el curso de los acontecimientos? No, como tampoco hemos de variar el curso de las mercaderías.

—¡Se ve bien que usted no es comerciante! —observó el pequeño judío.

—¡No, a fe mía, digno descendiente de Abraham! No vendo lúpulo, ni plumón, ni miel, ni cera, ni cañamones, ni carnes saladas, ni caviar, ni madera, ni lana, ni cintas, ni cáñamo, ni lino, ni tafilete, ni pieles...

—Pero, ¿compra usted? —preguntó el persa, que interrumpió la nomenclatura del viajero.

—Lo menos posible y solamente para mi consumo particular —respondió éste, guiñándole el ojo.

—¡Es un bufón! —dijo el judío persa.

—¡O un espía! —respondió el de Persia bajando la voz—. ¡Desconfiemos y no hablemos más que lo necesario! La policía no es compasiva en los tiempos que corren y no se sabe con quién se viaja.

En otro rincón del departamento hablábase un poco menos de los productos mercantiles y un poco más de la invasión tártara y de sus funestas consecuencias.

—Los caballos de Siberia van a ser requisados —decía un viajero—, y las comunicaciones entre las diversas provincias del Asia central serán muy difíciles.

—¿Es cierto —preguntó su vecino— que los kirguises de la horda mediana han hecho causa común con los tártaros?

—Así se dice —respondió el viajero, bajando la voz—; pero, ¿quién puede vanagloriarse de saber alguna cosa en ese país?

—He oído hablar de concentración de tropas en la frontera. Los cosacos del Don se encuentran ya reunidos en las márgenes del Volga y se les va a lanzar contra los kirguises sublevados.

—¡Si los kirguises han seguido el curso del Irtich, el camino de Irkutsk no debe ser seguro! —respondió el vecino—. Además, ayer quise enviar un telegrama a Krasnoiarsk y no ha podido pasar. Es, por consiguiente, de temer que dentro de poco las columnas tártaras aíslen la Siberia oriental.

—En suma, padrecito —replicó el primer interlocutor—, los comerciantes tienen motivos para inquietarse por su comercio y sus operaciones, porque, después de haber requisado los caballos, se requisarán los barcos, los carruajes y todos los medios de transporte, hasta el punto de que no será permitido dar un paso en toda la extensión del Imperio.

—Creo que la feria de Nijni-Novgorod no terminará tan brillantemente como ha comenzado —respondió el segundo interlocutor, sacudiendo la cabeza—; pero la seguridad y la integridad del territorio ruso están muy por encima de todo. ¡Los negocios no son más que negocios!

Si en este departamento el objeto de todas las conversaciones no variaba mucho, tampoco variaba gran cosa en los demás coches del tren; pero, en todas partes, un buen observador habría podido advertir la extremada prudencia con que se hablaba, y, cuando alguna vez algún interlocutor aventurábase a entrar en el dominio de los hechos, jamás llegaba a presentir las intenciones del Gobierno moscovita, ni mucho menos a juzgarlas.

Esta circunstancia fue muy justamente advertida por uno de los viajeros que iba en un vagón enganchado a la cabeza del tren. Este viajero —extranjero sin duda alguna— miraba con los ojos muy abiertos y hacía veinte preguntas a las que nadie contestaba más que de un modo evasivo.

A cada momento sacaba la cabeza fuera de la ventanilla, cuyo vidrio mantenía bajo con manifiesto disgusto de sus compañeros de viaje, y no perdía un punto de vista del horizonte de la derecha, preguntando sin cesar el nombre de las localidades más insignificantes, su orientación, su comercio, su industria, el número de sus habitantes, el término medio de su mortalidad por sexos, etc., y todo lo escribía en un *carnet* ya atestado de notas.

Era el corresponsal Alcides Jolivet, que si hacía tantas preguntas acerca de asuntos insignificantes era porque esperaba sorprender en las res-

puestas alguna noticia importante para *su prima;* pero, como se le tomaba por espía, no se pronunciaba una sola palabra en su presencia que tuviera relación con la cuestión palpitante.

Convencido, pues, de que por este medio no averiguaría nada referente a la invasión de los tártaros, escribió en su *carnet:*

"Viajeros sumamente discretos. En materia política, es muy difícil hacerles hablar."

Y, en tanto que Alcides Jolivet anotaba minuciosamente sus impresiones de viaje, su colega, que viajaba en el mismo tren, con igual objeto, se dedicaba a idéntico trabajo de observación en otro departamento. Ni uno ni otro habíanse visto aquel día en la estación ferroviaria de Moscú e ignoraban recíprocamente que iban a visitar el teatro de la guerra.

Como Enrique Blount hablaba poco y escuchaba mucho, no había inspirado a sus compañeros de viaje las mismas desconfianzas que Alcides Jolivet, no se le había tomado por espía, y sus vecinos, sin recatarse, hablaban en su presencia, yendo a veces más lejos de lo que su natural circunspección les permitía.

El corresponsal del *Daily Telegraph* había podido, por consiguiente, observar cuánto preocupaban los acontecimientos a los comerciantes que se dirigían a Nijni-Novgorod y hasta qué punto el comercio con el Asia central estaba amenazado en su tránsito, y no vaciló en anotar en su *carnet* la siguiente observación, bastante justa:

"Viajeros extremadamente alarmados. La guerra es el único asunto de que se habla, pero con una libertad que es admirable entre el Volga y el Vístula."

De este modo, los lectores del *Daily Telegraph* iban a estar tan bien informados como la *prima* de Alcides Jolivet.

Además, como Enrique Blount, sentado en el lado izquierdo del tren, no había visto más que una parte del trayecto que recorría, que era muy quebrado, y no se había tomado la molestia de mirar hacia la derecha, que era un terreno sumamente llano, no vaciló en agregar con británica tranquilidad:

"País montañoso entre Moscú y Wladimir."

Sin embargo, era evidente que el Gobierno ruso, en presencia de los graves acontecimientos, había adoptado severas medidas hasta en el interior del Imperio. La sublevación no había pasado la frontera siberiana; pero era de temer que en las provincias del Volga, tan próximas al país de los kirguises, se sintiera el efecto de las malas influencias.

Efectivamente, la policía no había podido encontrar aún la pista de Iván Ogareff, el traidor que, llamando en su auxilio al extranjero, para vengar sus rencores personales, habíase reunido con Féofar-Kan quizá, o que tal vez trataba de fomentar la sublevación en el Gobierno de Nijni-Novgorod, que en aquella época del año reunía una población muy numerosa compuesta de elementos sumamente diversos. Entre los persas, arme-

nios y calmucos que concurrían al mercado, ¿no había agentes encargados de provocar un movimiento en el interior? Todas estas hipótesis eran posibles, especialmente en un país como Rusia.

Naturalmente, en este vasto Imperio, que tiene una extensión de doce millones de kilómetros cuadrados, no puede haber la misma homogeneidad que en los Estados de Europa occidental. Necesariamente existe entre los diversos pueblos que lo componen algo más que matices. El territorio ruso en Europa, Asia y América se extiende desde el grado 15 de longitud Este hasta el 133 de longitud Oeste en un desarrollo de cerca de 200 grados[1], y desde el 38 paralelo Norte hasta el 81 paralelo Norte, o sea 43 grados[2], vasto imperio poblado por más de sesenta millones de habitantes que hablan treinta idiomas diferentes. Allí domina indudablemente la raza eslava; pero, además de los rusos, comprende los polacos, los lituanos y los curlandeses, y, si a éstos se agregan los fineses, los tonios, los lapones, los chermises, los chuvaches, los permios, los almanes, los griegos, los tártaros, las tribus caucásicas, las hordas mogolas, los calmucos, los samoyedos, los kanchadalas y los aleutinos, se comprende la dificultad de mantener la unidad de tan extenso Estado y que éste no ha podido ser otra cosa que la obra del tiempo, ayudada por la sagacidad de los gobernantes.

De cualquier modo que fuese, Iván Ogareff había logrado, hasta entonces, escapar a todas las investigaciones policíacas, y muy probablemente habíase incorporado ya al ejército tártaro; pero, por si acaso así no había ocurrido, deteníase el tren en todas las estaciones y presentábanse los inspectores a examinar a los viajeros, haciéndoles sufrir a todos una minuciosa investigación por orden del jefe superior de policía, porque el Gobierno creía saber que el traidor no había podido abandonar aún la Rusia europea. Cuando un viajero parecía sospechoso, tenía que explicarse en el puesto de policía, y, durante este tiempo, el tren volvía a ponerse en marcha sin que nadie se preocupara del que se quedaba retrasado.

Es absolutamente inútil el pretender razonar con la policía rusa, que es muy expeditiva, cuyos funcionarios ostentan grados militares y proceden militarmente. Además, no hay medio de desobedecer, sin decir una sola palabra, las órdenes de un soberano que tiene derecho a encabezar sus ucases con la siguiente fórmula. «Nos, por la gracia de Dios, emperador y autócrata de todas las Rusias, de Moscú, Kiev, Wladimir y Novgorod; zar de Kazán y de Astrakán; zar de Polonia, zar de Siberia, zar del Quersoneso Táurico; señor de Pskof, gran príncipe de Smolensk, de Lituania, de Volinia, de Podolia y Finlandia; príncipe de Estonia, de Livonia, de Curlandia y de Semigalia, de Bialistok, de Carelia, de Iugria, de Perm, de Viatka, de Bulgaria y de otros muchos países; señor y gran príncipe de Nijni-Novgorod, de Chernigov, de Riazán, de Polotsk, de Rostov, de Jaroslav, de Bielozersk, de Udoria, de Obdoria, de Kondinia, de Vitebsk y de Mstislaf;

[1] 2.500 leguas aproximadamente.
[2] 1.000 leguas aproximadamente.

dominador de las regiones hiperbóreas; señor de los países de Iberia, de Kartalinia, de Grucinia, de Kabardinia y de Armenia; señor hereditario y soberano de los príncipes circasianos, de los de las montañas y de otros; heredero de Noruega, y duque de Schleswig-Holstein, de Stormarn, de Dittmarsen y de Oldemburgo». ¡Poderoso soberano, en verdad, aquel cuyas armas son un águila de dos cabezas que sostiene un cetro en una guerra y un globo en la otra, está rodeada de los escudos de Novgorod, de Wladimir, de Kiev, de Kazán, de Astrakán y de Siberia, y aparece envuelta en el collar de la orden de San Andrés y coronada con una corona real!

En cuanto a Miguel Strogoff, estaba en regla y, por consiguiente, al abrigo de toda disposición policíaca.

En la estación de Wladimir detúvose el tren durante algunos minutos, y este tiempo bastó al corresponsal del *Daily Telegraph* para hacer, desde el doble punto de vista físico y moral, un examen sumamente completo de la antigua capital de Rusia.

En la estación de Wladimir subieron al tren nuevos viajeros, y entre ellos una joven que entró en el departamento en que iba Miguel Strogoff.

Delante del correo del zar había un asiento vacío, que la joven se apresuró a ocupar, después de haber depositado a su lado un modesto saco de viaje, de cuero rojo, que parecía ser todo su equipaje. Después, con la vista baja y sin siquiera mirar a los compañeros de viaje que la suerte le había deparado, dispúsose para un trayecto que debía durar algunas horas.

Miguel Strogoff no pudo dejar de mirar a su nueva vecina, y como ésta se había sentado de espaldas a la marcha del tren, aquél le ofreció su sitio, si lo prefería; pero ella lo rehusó dándole las gracias con una ligera inclinación de cabeza.

La joven debía tener de dieciséis a diecisiete años de edad. Su cabeza, verdaderamente hermosa, revelaba que pertenecía a la raza eslava en toda su pureza, pero su tipo, algo severo, inducía a suponer que, cuando se hubieran fijado detenidamente los trazos de su fisonomía, sería una joven más bella que graciosa. Iba tocada con una especie de papalina, por debajo de la cual se escapaban con profusión los cabellos de un rubio dorado; sus ojos eran oscuros, y su mirada, aterciopelada, de infinita dulzura; su nariz, recta, uníase a las mejillas, algo pálidas y enflaquecidas, por alas ligeramente movibles, y su boca, finamente dibujada, producía la impresión de que de ella había desaparecido la sonrisa hacía largo tiempo.

Era alta y esbelta, según podía juzgarse al verla, a pesar del amplio y demasiado sencillo abrigo que la cubría, y, aunque era una niña aún, en toda la pureza de la expresión, el desarrollo de su frente elevada y la forma correcta de la parte inferior de su rostro, revelaban que la viajera estaba dotada de una gran energía moral, cualidad que Miguel Strogoff no dejó de observar. Evidentemente, la joven había sufrido ya en el pasado, y el porvenir no se le ofrecía con colores muy sonrientes, pero no era menos cierto que había sabido luchar y que estaba resuelta a seguir luchando contra

las dificultades de la vida. Su voluntad debía ser viva, persistente, y su calma inalterable hasta en circunstancias en que un hombre se habría visto expuesto a ceder o a encolerizarse.

Tal era la impresión que la joven producía a primera vista, y Miguel Strogoff, dotado también de una naturaleza enérgica, debía ser seducido por el carácter de aquella fisonomía, que trató de observar con alguna atención, aunque procurando no molestar con la insistencia de sus miradas.

La joven vestía con sencillez y limpieza extraordinarias, y, aunque se advertía claramente que no era rica, hubiera sido inútil pretender encontrar en su indumentaria la menor muestra de negligencia. Todo su equipaje consistía en un saco de cuero cerrado con llave y que, por no disponer de otro sitio mejor, llevaba sobre las rodillas.

El traje de la viajera consistía en una larga manteleta de pieles, de color oscuro, graciosamente ajustada al cuello por medio de una cinta azul, y, debajo, un jubón, oscuro y también, sobre falda que le caía hasta los tobillos y cuyo pliegue inferior estaba adornado con bordados de poco mérito. Completaban esta sencilla indumentaria unas botinas de cuero labrado y suelas fuertes, como si hubieran sido elegidas de propósito para hacer un largo viaje, y que aprisionaban sus pies pequeños.

En ciertos detalles de este traje creyó reconocer Miguel Strogoff el corte particular de la indumentaria de Livonia, lo que le hizo suponer que la joven era originaria de las provincias del Báltico.

¿Adónde iba sola aquella joven, en la edad en que es de rigor, por decirlo así, la protección de un padre, de una madre o de un hermano? ¿Se detendría en Nijni-Novgorod o proseguiría hasta más allá de las fronteras orientales del Imperio? ¿Quién, pariente o amigo, la esperaba a la llegada del tren? ¿No era, por el contrario, de esperar que, al apearse, se encontrara aislada en la ciudad, como lo estaba en el departamento del tren, donde nadie —así debía creerlo ella— parecía cuidarse de su persona? Efectivamente, todo esto era probable.

La viajera revelaba muy ostensiblemente en toda su manera de ser las costumbres que suelen adquirir las personas habituadas al aislamiento. Su entrada en el departamento del tren, las disposiciones que tomaba para el camino, la poca agitación que produjo en su derredor, las precauciones que adoptaba para no molestar a nadie, todo, en suma, manifestaba la costumbre que tenía de estar sola y de no contar más que consigo misma.

Miguel Strogoff la observaba atentamente; pero, reservado también, nada hizo por hablarle, aunque uno y otro estaban destinados a pasar juntos muchas horas en el tren antes de llegar a Nijni-Novgorod.

Solamente en una ocasión, el viajero inmediato a la joven, aquel mercader que de modo tan imprudente mezclaba los sebos con los chales, que se había dormido y amenazaba a su vecina con su gruesa cabeza, inclinándola de uno a otro hombro, obligó a intervenir a Miguel Strogoff, quien le

despertó bastante bruscamente para hacerle comprender que debía mantenerse derecho y no molestar a la joven.

El mercader, que era bastante grosero por idiosincrasia, murmuró algunas palabras contra los que intervienen en asuntos que no les importan; pero Miguel Strogoff miróle con expresión tan poco benévola, que el dormilón apoyóse del lado contrario, librando con esto a la joven de su incómoda vecindad.

Ésta miró un instante a Miguel Strogoff y en sus ojos brilló modestamente una muda acción de gracias.

Otro hecho, que ocurrió después, acabó de dar a Miguel Strogoff una idea exacta del carácter de la joven viajera.

En una curva muy brusca que tiene la vía férrea, doce verstas antes de la estación de Nijni-Novgorod, el tren experimentó un choque violentísimo y luego corrió durante un minuto por la pendiente de un terraplén.

A causa de este choque, fueron lanzados de su sitio todos los viajeros, unos más y otros menos, promoviéndose un desorden general en los vagones, donde todo fueron gritos y confusión. Se temió que hubiera ocurrido algún grave accidente y, antes que el tren se detuviese, se abrieron todas las portezuelas y los viajeros, asustados, precipitáronse a salir de los coches y a buscar refugio en la vía.

Miguel Strogoff pensó desde el primer momento en su vecina; pero mientras los demás viajeros de su departamento lanzábanse al exterior gritando y tropezando en todas partes, la joven permaneció tranquila en su asiento, sin más alteración que una ligera palidez en el rostro.

Esperaba, y Miguel Strogoff esperaba también.

La joven no había hecho un solo movimiento para apearse y Miguel Strogoff no se movió tampoco.

Ambos permanecieron impasibles.

"¡Es una naturaleza enérgica!", pensó Miguel Strogoff.

Mientras tanto había desaparecido el peligro. El choque, lo mismo que la detención, habían sido provocados por el rompimiento de la cadena de un vagón de equipajes; pero había faltado poco para que el tren descarrilara, en cuyo caso habríase precipitado en un barranco desde lo alto del terraplén. Este accidente ocasionó un retraso de una hora; pero, al fin, despejada la vía, se reanudó la marcha y el tren llegó a la estación de Nijni-Novgorod a las ocho y media de la tarde.

Antes de que hubiera podido apearse nadie, presentáronse en las portezuelas de los coches los inspectores de policía para examinar a los viajeros.

Miguel Strogoff mostró su *podaroshna,* expedido a nombre de Nicolás Korpanoff, y la policía no le opuso dificultad alguna. En cuanto a los demás viajeros, todos los cuales iban a Nijni-Novgorod, tuvieron la fortuna de no despertar sospecha.

La joven no mostró pasaporte, porque éste no se exige ya en Rusia; pero presentó un permiso autorizado con un sello que parecía ser de naturaleza especial. El inspector lo leyó atentamente, examinó con suma atención a la persona cuyas señas estaban consignadas en el citado documento y luego le preguntó:

—¿Eres de Riga?

—Sí —contestó la joven.

—¿Vas a Irkutsk?

—Sí.

—¿Por qué camino vas?

—Por el de Perm.

—Bueno —respondió el inspector—, pero cuida de hacer refrendar tu permiso en la oficina de policía de Nijni-Novgorod.

La joven inclinó la cabeza con un gesto de asentimiento.

Miguel Strogoff, que oyó estas preguntas y respuestas, experimentó tanta sorpresa como compasión. ¡Cómo! ¿Aquella joven iba sola a un país tan lejano como Siberia, cuando a los peligros ordinarios de todo viaje agregábanse los riesgos de atravesar un territorio invadido y sublevado? ¿,Qué suerte sería la de ella y cómo podría llegar al término de su destino?

Terminada la inspección, abriéronse las portezuelas de los coches, y, antes que Miguel Strogoff hubiera podido hacer un movimiento hacia la joven livonia, ésta, que había sido la primera en apearse, había desaparecido ya entre la multitud que ocupaba los andenes de la estación.

CAPÍTULO V

UN DECRETO EN DOS ARTÍCULOS

Nijni-Novgorod, Novgorod la Baja, situada en la confluencia de los ríos Volga y Oka, es la capital del Gobierno de este nombre, y allí era donde Miguel Strogoff debía abandonar la vía férrea que, en aquella época, no llegaba más allá. Así, pues, a medida que avanzaba, los medios de comunicación eran menos rápidos y menos seguros.

Nijni-Novgorod, que en tiempo ordinario no tiene más de treinta mil o treinta y cinco mil habitantes, tenía entonces más de trescientos mil, es decir, su población estaba decuplicada. Este acrecentamiento era debido a la famosa feria que se celebraba dentro de sus muros durante un período de tres semanas, y que antiguamente se había celebrado en Makariev, que obtenía grandes beneficios del extraordinario concurso de mercaderes; pero desde 1817 el célebre mercado habíase trasladado a la primera de las dos capitales antes mencionadas.

La ciudad, bastante triste de ordinario, estaba entonces extraordinariamente animada, pues en ella fraternizaban, bajo la influencia de las transacciones mercantiles, diez razas diferentes de negociantes, europeos o asiáticos.

Aunque la hora en que Miguel Strogoff salió de la estación de ferrocarril era ya avanzada, había aún gran concurso de gente en las dos ciudades que, separadas por el curso del Volga, constituyen Nijni-Novgorod, la más alta de las cuales, edificada sobre una roca escarpada, está defendida por uno de esos fuertes a que en Rusia se les da el nombre de *kremlin.*

Si Miguel Strogoff se hubiera visto obligado a residir en Nijni-Novgorod, le habría costado trabajo encontrar un hotel o un albergue cualquiera algo decoroso, porque todo estaba completamente lleno; pero, sin embargo, como no podía partir inmediatamente porque necesitaba tomar el vapor del Volga, tuvo que buscar una vivienda. Ante todo, quiso conocer exactamente la hora de la partida y, al efecto, se encaminó a las oficinas de la Compañía de los barcos que hacen el servicio entre Nijni-Novgorod y Perm.

Allí tuvo el gran sentimiento de enterarse de que el *Cáucaso* —que así se llamaba el vapor en que él se debía embarcar— no partía para Perm hasta

el día siguiente a las doce. Tenía, por consiguiente, que esperar diecisiete horas, y esto era sumamente desagradable para un hombre que viajaba con tanta prisa; pero, como no le quedaba otro recurso que resignarse, esto fue lo que hizo, porque jamás se enojaba inútilmente.

Además, como en tales circunstancias ningún carruaje, telega o tarenta, berlina o cabriolé de posta, ni aun siquiera un caballo, le habrían podido conducir más pronto a Perm o a Kazán, era preferible esperar el vapor, vehículo más rápido que otro cualquiera y que le haría recuperar el tiempo perdido.

Por tanto, púsose Miguel Strogoff a pasear por la ciudad, buscando al mismo tiempo, pero sin inquietarse, un albergue cualquiera donde pudiese pernoctar.

Sin el hambre que le atenazaba, él habría pasado la noche, sin dificultad alguna, recorriendo las calles de Nijni-Novgorod hasta que hubiese amanecido; así es que lo que buscaba con más ansiedad que un lecho era una cena, y ambas cosas tuvo la fortuna de encontrarlas en una posada que ostentaba el título de "Ciudad de Constantinopla".

El posadero le ofreció una habitación bastante decente, en la que, si no había muchos muebles, no faltaban las imágenes de la Virgen y de algunos santos, encuadrados en una tela dorada, e inmediatamente le fueron servidos un pato con salsa agria y crema espesa, pan de cebada, leche cuajada, azúcar en polvo mezclada con canela y un jarro de *kwas,* que es una especie de cerveza muy común en Rusia, con lo que tuvo suficiente, tanto mejor cuanto que su compañero de mesa, que en calidad de *viejo creyente* de la secta de los raskolniks había hecho voto de abstinencia, apartaba las patatas de su plato y se guardaba bien de azucarar el té.

Concluida la cena, Miguel Strogoff, en vez de dirigirse a su aposento, salió a la calle y empezó de nuevo a pasear maquinalmente por la ciudad, pero, aunque el largo crepúsculo se prolongaba aún, la muchedumbre empezaba ya a desaparecer, las calles iban quedándose poco a poco desiertas y cada cual se retiraba a su alojamiento.

¿Por qué Miguel Strogoff no se había ido buenamente a la cama, como le convenía, después de haber pasado todo el día viajando en ferrocarril? ¿Pensaba acaso en la joven livonia que, durante algunas horas, había sido su compañera de viaje? No teniendo otra cosa mejor que hacer, pensaba efectivamente en ella. ¿Creía que, perdida en la vorágine de aquella ciudad tumultuosa, estaba expuesta a ser insultada? Sí, lo creía, y tenía razón al creerlo. ¿Esperaba, entonces, encontrarla para en caso necesario prestarle protección? No, porque encontrarla era difícil, y, en cuanto a protegerla... ¿Con qué derecho?

«¡Sola! —decíase a sí mismo—. ¡Sola en medio de estos nómadas! ¡Y los peligros presentes no son nada todavía comparándolos con los que el porvenir le tiene reservados! ¡Siberia! ¡Irkutsk! Lo que yo voy a intentar por Rusia y por el zar, ella va a hacerlo por... ¿Por quién? ¿Por qué? ¡Tiene

autorización para pasar la frontera, más allá de la cual el país está sublevado! ¡Las hordas tártaras recorren las estepas!»

De cuando en cuando deteníase en su paseo y poníase a reflexionar.

«¡Sin duda —pensaba—, la idea de viajar se le ocurrió antes de la invasión! ¡Probablemente, lo ignora todavía...! Pero no, los comerciantes que venían en el tren han hablado de los acontecimientos de Siberia en su presencia..., y ella no ha parecido asombrarse..., no ha pedido ninguna explicación... Lo sabía, por consiguiente y, sabiéndolo, ya... ¡Infeliz! ¡Es preciso que sea muy poderoso el motivo que la impulsó! ¡Por mucho valor que tenga, y seguramente lo tiene, las fuerzas la traicionarán en el camino y, dejando aparte los peligros y los obstáculos, no podrá soportar las fatigas de semejante viaje...! ¡Jamás esta muchacha podrá llegar a Irkutsk!»

Mientras reflexionaba, Miguel Strogoff no cesaba de andar al acaso; pero, como conocía perfectamente la ciudad, el regresar a la posada no podía serle penoso.

Después de haber caminado durante una hora aproximadamente, tomó asiento en un banco adosado a la fachada de una gran casa de piedra que, en medio de otras muchas, se elevaba en una amplia plaza.

Apenas hacía cinco minutos que se encontraba allí, cuando sintió que una mano se apoyaba fuertemente en uno de sus hombros.

—¿Qué haces aquí? —preguntóle con voz bronca un hombre de alta estatura a quien no había visto acercarse.

—Descanso —respondió Miguel Strogoff.

—¿Acaso tienes intención de pasar la noche en este banco? —inquirió el hombre.

—Sí, si me conviene —repuso Miguel Strogoff con tono demasiado acentuado para proceder de un simple negociante como él debía ser.

—Aproxímate para que te vea —dijo el hombre.

Miguel Strogoff, recordando entonces que, ante todo, debía ser prudente, contúvose instintivamente y dijo:

—No hay necesidad de verme.

Y, con mucha sangre fría, se levantó y separóse de su interlocutor unos diez pasos.

Parecióle entonces, observándolo bien, que aquel hombre era una especie de bohemio como los que acuden a todas las ferias y con quienes no es agradable tener contacto alguno físico ni moral. Después, mirando más atentamente en la sombra que empezaba a espesarse, vio cerca de la casa un gran carro, morada habitual y ambulante de los cíngaros o gitanos que pululan en Rusia por doquiera donde hay algunos kopeks que ganar.

Mientras tanto, el bohemio había avanzado dos o tres pasos hacia Miguel Strogoff y se disponía a interpelarle más directamente, cuando, de pronto, abrióse la puerta de la casa y apareció una mujer, apenas visible entre las sombras, que, adelantándose vivamente, dijo en un idioma bastante rudo:

—¿Otro espía? Déjale tranquilo y ven a comer el *papluka*.

Miguel Strogoff, que entendió lo que dijo porque aquel lenguaje era una mezcla de mogol y de siberiano, no pudo por menos de sonreírse de la calificación que se le daba, porque los espías eran precisamente a quienes él temía encontrar.

En el mismo lenguaje, aunque pronunciado con acento muy diferente que el de la mujer, respondió el bohemio algunas palabras que significaban:

—Tienes razón, Sangarra. Además, mañana nos vamos.

—¿Mañana? —replicó a media voz la mujer, en un tono que revelaba cierta sorpresa.

—Sí, Sangarra —respondió el bohemio—, mañana. Es el mismo Padre quien nos envía..., adonde nosotros queremos ir.

Luego, el hombre y la mujer entraron en la casa, cuya puerta fue cerrada con cuidado.

—Bueno —díjose Miguel Strogoff—; si estos bohemios desean no ser comprendidos, cuando hablen delante de mí les aconsejo que empleen otro lenguaje.

En su calidad de siberiano y por haber pasado la infancia en la estepa, Miguel Strogoff, como ya se ha dicho, entendía casi todos los idiomas usados desde Tartaria hasta el mar Glacial. En cuanto a la significación precisa de las palabras empleadas por el bohemio y su compañera, no se preocupaba, porque, ¿en qué podía interesarle?

La hora era ya muy avanzada y decidió volver a la posada para descansar un rato, y a este fin siguió el curso del Volga, cuyas aguas desaparecían bajo la sombría masa de innumerables barcos. La orientación del río le hizo conocer el sitio que acababa de dejar. Aquella aglomeración de carros y de casas ocupaba precisamente la amplia plaza donde se celebraba anualmente el mercado principal de Nijni-Novgorod, lo que explicaba, en aquel sitio, la gran afluencia de saltimbanquis y bohemios llegados de todas las partes del mundo.

Una hora después, Miguel Strogoff dormía con sueño algo agitado en una cama rusa, que parece muy dura a los extranjeros, y, a la mañana siguiente, 17 de julio, se despertó cuando el día estaba ya muy avanzado.

Tenía que permanecer aún cinco horas en Nijni-Novgorod, tiempo que para él tenía la duración de un siglo. ¿Qué podía hacer para ocupar la mañana sino vagar por las calles como la noche anterior? Después que hubiera tomado el desayuno, cerrado su saco de viaje y visado su *podaroshna* en la oficina de policía, ya no tenía que hacer otra cosa que partir; pero, como no estaba acostumbrado a levantarse después que el sol, dejó el lecho, se vistió, ocultó cuidadosamente la carta sellada con las armas imperiales en el fondo de un bolsillo practicado en el forro de su túnica, apretóse el cinturón sobre ella, cerró el saco de viaje y se lo echó a la espalda. Después, como no quería volver al "Ciudad de Constantinopla" y pensaba almorzar a orillas del Volga, cerca del embarcadero, pagó el hospedaje y salió de la posada.

Por exceso de precaución, encaminóse a las oficinas de la Compañía de los vapores; allí se aseguró de que el *Cáucaso* saldría a la hora que ya le habían dicho, y entonces se le ocurrió, por primera vez, pensar que la joven livonia, que debía tomar el camino de Perm, habría posiblemente formado el proyecto de embarcarse también en el mismo barco que él, en cuyo caso no podría menos de viajar en su compañía.

La ciudad alta, con su *kremlin,* cuya circunferencia mide dos verstas, y que en cierto modo se asemeja a Moscú, encontrábase a la sazón abandonada, pues el gobernador aún habitaba en ella, mientras que, por el contrario, en la ciudad baja había excesiva animación.

Miguel Strogoff, después de haber atravesado el Volga por un puente de barcos, guardado por cosacos a caballo, llegó al mismo sitio en que, la noche anterior, había encontrado el campamento de bohemios. La feria de Nijni-Novgorod, con la que ni aun la de Leipzig podría rivalizar, celebrábase algo fuera de la ciudad, en una extensa llanura, situada más allá del Volga, en donde se alzaba el palacio provisional del gobernador general y donde, por orden superior, residía este alto funcionario mientras duraba el célebre mercado que, por los elementos que a él concurren, necesita ser vigilado constantemente.

Numerosas casas de madera, simétricamente colocadas, ocupaban entonces aquella llanura, pero de tal manera que dejaban entre sí calles suficientemente espaciosas para que la multitud pudiera circular libremente. Cierta aglomeración de estas casas, de todos los tamaños y de todas las formas, constituían un barrio diferente, destinado a un género especial de comercio, por lo que había el barrio de los hierros, el de las pieles, el de las lanas, el de las maderas, el de los tejidos, el del pescado seco, etc. Había también algunas casas construidas con materiales de gran fantasía, como tablillas de té y trozos de carne salada, que no eran, en suma, otra cosa que las muestras de los artículos que sus propietarios vendían y despachaban a los compradores. ¡Reclamo singular, algo americano!

A lo largo de estas avenidas, la afluencia era ya extraordinaria, y el sol, que aquella mañana había salido antes de las cuatro, estaba bastante alto sobre el horizonte. Rusos, siberianos, alemanes, cosacos, turcomanos, extraordinaria mezcla de europeos y de asiáticos, charlaban, discutían, peroraban y traficaban. Todo lo que se vende y se compra en el mundo parecía haber sido amontonado en aquella plaza, en cuyo recinto ferial había gran número de mozos de cuerda, caballos, camellos, asnos, barcos, carros y todo lo que podía servir para el transporte de las mercancías. Pieles, piedras preciosas, telas de seda, cachemiras de la India, alfombras turcas, armas del Cáucaso, tejidos de Esmirna o de Ispahán, armaduras de Tiflis, té, bronces europeos, relojes de Suiza, terciopelos y sedas de Lyon, algodones ingleses, artículos de carrocería, frutas, legumbres, minerales de Ural, malaquitas, lapislázuli, perfumes, plantas medicinales, maderas, alquitranes, cuerdas, cueros, calabazas, sandías y, en suma, todos los pro-

ductos de la India, de China, de Persia, de los mares Caspio y Negro, de América y de Europa se encontraban reunidos en este punto del globo.

Había un movimiento, una excitación, un barullo y una confusión de la que no se podría dar idea; los indígenas de la clase inferior eran sumamente expresivos y los extranjeros nada tenían que envidiarles en este punto. Había allí comerciantes del Asia central que habían tardado un año en atravesar sus largas llanuras, escoltando sus mercancías, y que no debían volver a ver sus tiendas o sus despachos hasta otro año después. En fin, es tanta la importancia de esta feria de Nijni-Novgorod, que las transacciones comerciales que en ella se hacen importan más de cien millones de rublos[1].

Además, en las plazas, entre los barrios de esta ciudad improvisada había gran aglomeración de vividores de toda especie: saltimbanquis y acróbatas que ensordecían con los ruidos de sus orquestas y con las vociferaciones de sus llamamientos al público; bohemios llegados de las montañas que decían la buenaventura a los bobos de un público constantemente renovado; cíngaros, o tziganes —nombre que los rusos dan a los egipcios, que son antiguos descendientes de los coptos—, que cantaban sus aires más brillantes y bailaban sus danzas más originales, y cómicos de la legua, que representaban dramas de Shakespeare adaptados al gusto de los espectadores, que acudían en tropel. Después, en las largas avenidas, domadores de osos, que paseaban en libertad sus equilibristas de cuatro patas; casas de fieras, que retumbaban con los roncos gritos de los animales, estimulados por el látigo acerado o por la varilla del domador, enrojecida al fuego, y, en fin, en medio de la gran plaza central rodeada por un grupo de entusiastas *dilettanti*, un coro de *marineros del Volga*, sentados en el suelo como en el puente de sus barcos, simulaba la acción de remar, bajo la batuta de un director de orquesta, verdadero timonero de aquel barco imaginario.

¡Costumbre bizarra y hermosa! Por encima de aquella muchedumbre revoloteaba una nube de pájaros que acababan de salir de las jaulas en que habían sido llevados. Según el uso muy en boga en la feria de Nijni-Novgorod, a cambio de algunos kopeks, caritativamente ofrecidos por buenas almas, los carceleros abrían las puertas a sus prisioneros y éstos volaban a centenares lanzando sus alegres gritos.

Tal era el aspecto que la llanura ofrecía y así debía continuar durante las seis semanas que durara la famosa feria de Nijni-Novgorod. Después de este período ensordecedor, el inmenso barullo iría amortiguándose como por arte de encantamiento, la ciudad alta recobraría su carácter oficial, la ciudad baja volvería a su monotonía ordinaria y de la enorme afluencia de mercaderes, pertenecientes a todas las comarcas de Europa y del Asia central, no quedaría un solo comerciante que tuviese aún cosa alguna que vender, ni comprador a quien faltase todavía algo que comprar.

---

[1] 393 millones de francos, poco más o menos.

Conviene advertir aquí que, esta vez al menos, Francia e Inglaterra estaban representadas en el gran mercado de Nijni-Novgorod por dos de los *productos* más distinguidos de la civilización moderna: Enrique Blount y Alcides Jolivet.

Efectivamente, los dos corresponsales habían ido a buscar impresiones, en provecho de sus lectores, y empleaban del mejor modo las horas que tenían que perder, porque también ellos iban a tomar pasaje en el *Cáucaso.*

Allí, en el campo de la feria, encontráronse precisamente uno y otro, sin que ninguno de los dos se asombrara mucho de ver a su compañero, porque el mismo instinto debía hacerles seguir la misma pista; pero esta vez no se hablaron, limitándose a saludarse con bastante frialdad.

Alcides Jolivet, optimista por naturaleza, parecía creer que todo pasaba convenientemente, y como el azar le había, por fortuna, proporcionado mesa y albergue, escribió en su *carnet* algunas notas particularmente favorables para la ciudad.

Por el contrario, Enrique Blount, que después de haber buscado inútilmente dónde cenar, se había visto obligado a dormir al aire libre, había visto las cosas desde otro punto de vista completamente diferente y meditaba un artículo fulminante contra una ciudad en que los hoteleros rehúsan recibir a los viajeros que no pedían más que dejarse desollar *moral y físicamente.*

Miguel Strogoff, con una de las manos en el bolsillo y sosteniendo con la otra su larga pipa, parecía el más indiferente y el menos impaciente de los hombres, a pesar de lo cual un observador que hubiese visto cierta contracción de sus músculos superciliares, habría conocido fácilmente que tascaba el freno.

Hacía aproximadamente dos horas que no cesaba de recorrer la ciudad, para volver invariablemente al campo de la feria, y, al circular entre los grupos, observaba que todos los comerciantes procedentes de las comarcas vecinas de Asia mostraban cierta inquietud, de la que se resentían visiblemente las operaciones mercantiles.

Que los saltimbanquis, acróbatas y equilibristas promoviesen mucho ruido a las puertas de sus barracas, comprendíase bien, porque a estos pobres diablos no les interesaba el comercio; pero los negociantes dudaban en hacer operaciones con los traficantes del Asia central, cuyo país estaba perturbado por la invasión tártara.

Otro síntoma, que tampoco podía pasar inadvertido, era que aquel día no se veía ningún militar en el mercado, a pesar de que en Rusia el uniforme se encuentra en todas partes, mezclándose frecuentemente los soldados con la muchedumbre, y de que, sobre todo en Nijni-Novgorod, durante la feria, los agentes de policía son ayudados militarmente en sus funciones por gran número de cosacos que, con la lanza al hombro, mantienen el orden entre aquella aglomeración de trescientos mil extranjeros.

Los militares, en previsión, sin duda, de que se les diese de pronto la orden de partir, estaban acuartelados.

A los soldados no se les veía efectivamente por ninguna parte; pero, en cambio, los oficiales se mostraban por doquier. Desde la víspera los ayudantes de campo, al salir del palacio del gobernador general, habíanse lanzado en todas direcciones y había un movimiento desacostumbrado, que sólo la gravedad de las circunstancias podía explicar.

En los caminos de la provincia multiplicábanse los correos, encaminándose ya hacia Wladimir, ya hacia los montes Urales, y el cambio de telegramas con Moscú y con San Petersburgo era incesante. Evidentemente, la situación de Nijni-Novgorod, no lejos de la frontera siberiana, exigía que se adoptaran serias precauciones, pues no podía olvidarse que, durante el siglo XIV, había sido tomada dos veces la ciudad por los antepasados de los tártaros, a quienes la ambición de Féofar-Kan lanzaba ahora a través de las estepas kirguises,

Un alto personaje, que no estaba menos ocupado que el gobernador general, era el jefe de policía. Sus inspectores y él, encargados de mantener el orden, de atender toda clase de reclamaciones y de hacer que se cumplieran los reglamentos, no descansaban un momento, y las oficinas de la administración, abiertas día y noche, estaban incesantemente sitiadas, tanto por los habitantes de la ciudad como por los extranjeros, europeos o asiáticos.

Miguel Strogoff encontrábase precisamente en la plaza central cuando empezó a circular el rumor de que el jefe de policía acababa de ser llamado al palacio del gobernador general, a causa de haberse recibido de Moscú un importante telegrama.

El jefe de policía encaminóse, pues, al palacio del gobernador, y, en seguida, como por un presentimiento general, circuló la noticia de que, como medida de previsión, se iba a adoptar una resolución grave.

Miguel Strogoff escuchaba cuanto se decía para aprovecharse de las noticias que adquiriese, si de ello tenía necesidad.

—¡Se va a cerrar la frontera! —exclamaba uno.

—¡El regimiento de Nijni-Novgorod acaba de recibir la orden de ponerse en camino! —respondía otro.

—¡Se dice que los tártaros amenazan a Tomsk!

—¡Aquí llega el jefe de policía! —gritaron por todas partes.

De pronto promovióse un gran barullo, que poco a poco fue amortiguándose, hasta que al fin reinó un silencio absoluto. Todos presentían alguna grave comunicación de parte del Gobierno.

El jefe de policía, precedido por sus agentes, acababa de salir del palacio del gobernador general. Acompañábale un destacamento de cosacos que trataban de poner orden entre la multitud a fuerza de culatazos, violentamente dados y pacientemente sufridos.

El jefe de policía llegó, por último, al medio de la plaza central, y entonces pudo ver todo el mundo que aquél llevaba un documento en la mano.

Entonces, en voz alta, leyó la declaración siguiente:

«Decreto del gobernador de Nijni-Novgorod

Art. 1.°—Queda terminantemente prohibido salir de la provincia a todo individuo de nacionalidad rusa, cualquiera que sea la causa que alegue.

Art. 2.°—Todo extranjero de origen asiático saldrá de la provincia en el término de veinticuatro horas.»

CAPÍTULO VI

HERMANO Y HERMANA

Las circunstancias justificaban plenamente las medidas adoptadas por el Gobierno y que tan funestas eran para los intereses privados.

La prohibición terminante de salir de la provincia a todo individuo de nacionalidad rusa, podía impedir o dificultar extremadamente a Iván Ogareff, si no había salido aún, la consecución de sus planes de unirse con Féofar-Kan, con lo cual el jefe tártaro quedaría privado de un auxiliar temible.

La orden de salir de la provincia en el término de veinticuatro horas, dada a todos los extranjeros de origen asiático, obedecía al propósito de alejar en masa tanto a los negociantes procedentes del Asia central como a las bandas de bohemios, de egipcianos y tziganes, más o menos afines a las poblaciones tártaras o mogolas, y a quienes la feria había reunido, porque eran tantos espías como personas, cuya expulsión era exigida por el estado de las cosas.

Pero se comprenderá fácilmente el efecto que producirían estos dos estallidos del rayo, al caer sobre la ciudad de Nijni-Novgorod, necesariamente más deseada y más amenazada que ninguna.

Así, pues, los rusos, a quienes los negocios reclamaban al otro lado de la frontera siberiana, no podían ya salir de la provincia, momentáneamente al menos. El tenor del primer artículo del decreto era formal, no admitía excepción alguna y todo interés privado debía posponerse al interés general.

En cuanto al artículo segundo del decreto, la orden de expulsión que contenía no admitía tampoco réplica. No concernía a más extranjeros que a los de origen asiático, pero éstos veíanse obligados a recoger inmediatamente sus mercancías y a marcharse por donde habían venido. Para los saltimbanquis, cuyo número era considerable y que tenían que recorrer cerca de mil verstas para llegar a la frontera más próxima, era la miseria en breve plazo.

Así, pues, levantóse contra aquella medida insólita un murmullo de protesta, un grito de desesperación, que la presencia de los cosacos y de los agentes de policía reprimió inmediatamente.

Casi en seguida empezó lo que podría llamarse el desalojamiento de aquella extensa llanura. Se plegaron las telas tendidas delante de las barracas; se deshicieron y desarmaron los teatros al aire libre; cesaron las danzas y los cánticos; concluyeron las representaciones; se apagaron los fuegos; dejaron de estar en tensión las cuerdas de los equilibristas, y los caballos que arrastraban aquellas viviendas ambulantes salieron de las cuadras para ser enganchados en los vehículos. Los agentes de policía y los soldados estimulaban a los perezosos con el látigo o la vara en la mano, derribando a veces las barracas antes que los pobres bohemios salieran de ellas. Evidentemente, bajo la influencia de estas disposiciones, antes que llegara la noche, la plaza de Nijni-Novgorod quedaría completamente evacuada y al tumulto del gran mercado sucedería el silencio del desierto.

Es preciso repetir aún, porque esta era una agravación forzosa de las disposiciones adoptadas, que todos aquellos nómadas, a quienes el decreto de expulsión comprendía directamente, no podían atravesar las estepas siberianas porque les estaba prohibido y se verían obligados a dirigirse al sur del mar Caspio, ya a Persia, ya a Turquía o a las llanuras del Turkestán. Los puestos militares del Ural y los de las montañas que forman como la prolongación de este río en la frontera rusa, no les hubiesen permitido pasar. Eran, por consiguiente, mil verstas las que tenían que recorrer antes de poder pisar territorio libre.

En el momento en que el jefe de policía acabó la lectura del decreto, ocurriósele instintivamente a Miguel Strogoff una idea que le hizo meditar.

«¡Es una coincidencia singular —pensaba— la del decreto de expulsión de los extranjeros originarios de Asia y las palabras cruzadas esta noche entre aquellos dos bohemios de raza tzigana! "¡Es el Padre mismo que nos envía adonde queremos ir!", dijo el hombre, pero el *Padre* es el emperador. Así, por lo menos, le llama siempre el pueblo. ¿Cómo esos bohemios han podido prever la disposición adoptada contra ellos? ¿Cómo la han conocido anticipadamente y adónde quieren ir? Esta es gente sospechosa, a la que me parece que el decreto del gobernador debe ser más útil que perjudicial.»

Pero esta reflexión, seguramente muy justa, fue interrumpida por otra que debía ocupar por completo el ánimo de Miguel Strogoff, quien olvidó los tziganes, sus palabras y la sospechosamente extraña coincidencia de la publicación del decreto... El recuerdo de la joven livonia acababa de acudir a su mente.

—¡Pobre niña! —exclamó como a pesar suyo—. ¡No podrá atravesar la frontera!

Efectivamente, la joven era de Riga, livonia, y, por consiguiente, rusa, y no podía salir del territorio ruso. El permiso para viajar que tenía había sido expedido antes de las nuevas disposiciones adoptadas y, evidentemente no era ya válido. Todos los caminos de Siberia debían estar cerrados

inexorablemente para ella; cualquiera que fuese el motivo que la llevara a Irkutsk, le era ya imposible proseguir el viaje.

Este pensamiento preocupó vivamente a Miguel Strogoff, quien, con cierta vaguedad al principio, decíase que, sin descuidar nada de lo que su importante misión exigía, quizá le sería posible prestar algún socorro a la joven, y esta idea le lisonjeaba.

Conociendo los peligros que él personalmente se vería obligado a afrontar, siendo un hombre enérgico y vigoroso, en un país cuyos caminos le eran, sin embargo, familiares, no podía dejar de conocer que estos peligros habían de ser infinitamente más temibles para una joven. Puesto que iba a Irkutsk, tendría que seguir la misma ruta que él y se vería obligada a pasar por en medio de las hordas invasoras, como él mismo trataría de hacer; pero si, además, y según todas las probabilidades, no tenía a su disposición más que los recursos necesarios para un viaje emprendido en circunstancias ordinarias, ¿cómo podría la joven cumplir las condiciones que los acontecimientos iban a hacer tan peligrosas como caras?

—¡Vaya, bien! —se decía—. Puesto que emprende el camino de Perm, es casi imposible que no la encuentre y, por tanto, podré velar por ella sin que lo sospeche. Además, como, según parece, tiene tanta prisa por llegar a Irkutsk como yo, no me ocasionará retardo alguno.

Pero un pensamiento sugiere otro, y a Miguel Strogoff, que hasta entonces había raciocinado en la hipótesis de hacer una buena acción y de prestar un servicio, acababa de ocurrírsele otra idea, y la cuestión variaba de aspecto.

—Lo cierto es —se dijo— que yo puedo tener más necesidad de ella que ella de mí; por consiguiente, su presencia no me es inútil y servirá para alejar de mí toda sospecha. En el hombre que corre a través de la estepa se puede adivinar más fácilmente al correo del zar. Si, por el contrario, voy acompañado de una joven, pasaré mucho mejor, a los ojos de todos, como el Nicolás Korpanoff de mi *podaroshna.* Es preciso, por tanto, que ella me acompañe y es preciso también que, a toda costa, la encuentre. No es probable que desde ayer por la tarde hasta ahora haya podido adquirir un carruaje para salir de Nijni-Novgorod... ¡Busquémosla, pues, y que Dios me guíe!

Hecha esta reflexión, abandonó la gran plaza de la ciudad, donde el tumulto producido por la ejecución de las disposiciones prescritas había llegado al colmo en aquel momento, pues las recriminaciones de los extranjeros y los gritos de los agentes de policía y de los cosacos que les amenazaban brutalmente formaban un barullo indescriptible. La joven que Miguel Strogoff buscaba no podía estar allí.

Eran las nueve de la mañana y, como el vapor no emprendía la marcha hasta el mediodía, Miguel Strogoff disponía de más de dos horas para buscar a la que él quería que fuese su compañera de viaje.

Atravesó nuevamente el Volga y recorrió los barrios de la otra orilla, donde la multitud era menos considerable. Visitó, puede decirse, calle por calle, la ciudad alta y la ciudad baja, y entró en las iglesias, refugio natural de todo el que llora y de todo el que sufre, y en parte alguna encontró a la joven livonia.

—Sin embargo —repetía—, no puede haber salido aún de Nijni-Novgorod. Continuaremos buscándola.

Y así anduvo errante durante dos horas, sin detenerse, y obedeciendo a un sentimiento imperioso que no le permitía reflexionar; pero todo fue inútil.

Entonces se le ocurrió que era posible que la joven no tuviese todavía conocimiento del decreto, circunstancia improbable, porque semejante rayo no podía brillar sin ser visto por todo el mundo; pero interesada evidentemente en conocer hasta las más insignificantes noticias que llegasen de Siberia, ¿podría ignorar las disposiciones dictadas por el gobernador, cuando éstas la afectaban directamente?

Pero, en fin, si las ignoraba, acudiría dentro de poco al embarcadero y allí algún implacable agente de policía le impediría brutalmente el paso. Era preciso a toda costa verla antes, para que ella pudiese, por mediación de él, evitar esta contrariedad.

Como sus investigaciones fueron inútiles, pronto perdió Miguel Strogoff toda esperanza de encontrarla.

Eran entonces las once de la mañana, y, aunque en cualquier otra circunstancia hubiera creído inútil presentar su *podaroshna* en las oficinas del jefe de policía, porque el decreto no podía evidentemente concernirle, puesto que el caso estaba previsto para él, quiso asegurarse de que nada se opondría a su salida de la ciudad, y, en consecuencia, volvió a pasar a la otra orilla del Volga, donde estaban las citadas oficinas.

Había allí gran afluencia de gente, porque, aunque los extranjeros tenían orden de salir de la provincia, no podían efectuarlo sin someterse a ciertas formalidades, dictadas para evitar que algún ruso, más o menos comprometido en el movimiento tártaro, pudiese, merced a cualquier disfraz, pasar la frontera, cosa que el decreto pretendía impedir.

Se les arrojaba, pero era preciso que tuvieran permiso para salir.

Así, pues, vividores, bohemios, cíngaros, tziganes y comerciantes de Persia, de Turquía, de la India, del Turkestán y de China llenaban el patio y las oficinas de la casa de policía.

Todos se apresuraban, porque los medios de transporte iban a ser muy solicitados por la multitud de personas expulsadas, y los que llegasen demasiado tarde corrían el riesgo de no poder salir de la ciudad en el plazo que se les había señalado, lo que les expondría a ser víctimas de la brutal intervención de los agentes del gobernador.

Miguel Strogoff pudo atravesar el patio gracias al vigor de sus codos; pero entrar en las oficinas y llegar a la ventanilla de los empleados era sumamente difícil. Sin embargo, un palabra dicha al oído de un inspector y

algunos rublos dados oportunamente fueron bastante poderosos para abrirle paso.

El agente, después de introducirle en una antesala, fue a avisar a un empleado superior.

Miguel Strogoff no podía, pues, tardar en estar en regla con la policía y en ser dueño de sus movimientos.

Mientras esperaba, miró en torno suyo y... ¿qué vio?

Allí, echada más que sentada, en un banco, estaba una joven, presa de muda desesperación, cuyo rostro apenas podía ver, porque únicamente en la pared se dibujaba su perfil.

No se había equivocado; acababa de reconocer a la joven livonia, quien, no conociendo el decreto del gobernador, había ido a la oficina de policía para que le visaran su permiso, pero le habían negado la autorización para proseguir el viaje.

Sin duda, ella había sido autorizada para ir a Irkutsk, pero el reciente decreto del gobernador anulaba todas las autorizaciones concedidas anteriormente; los caminos de Siberia le habían sido cerrados.

Miguel Strogoff, muy contento por haberla encontrado al fin, se aproximó a la joven.

Ésta le miró un instante, y en su rostro brilló un fulgor fugitivo al ver de nuevo a su compañero de viaje. Se levantó instintivamente y, como un náufrago que se agarra a la única tabla de salvación que está al alcance de su mano, iba a pedirle que la protegiera... cuando el agente de policía puso una mano sobre el hombro de Miguel Strogoff y le dijo:

—El jefe de policía le espera a usted.

—Bien —respondió Miguel Strogoff.

Y sin decir una palabra a la joven a quien tanto había buscado desde la víspera, sin tranquilizarla con un gesto que hubiera podido comprometer a los dos, siguió al agente de policía a través de los compactos grupos.

La joven livonia, al ver desaparecer al único que hubiera podido prestarle ayuda, dejóse caer nuevamente sobre el banco.

No habían pasado aún tres minutos, cuando Miguel Strogoff volvió a aparecer en la sala, acompañado por un agente de policía.

Llevaba en la mano su *podarashna,* que abría todos los caminos de Siberia.

Se aproximó entonces a la joven livonia y, tendiéndole la mano, dijo:

—Hermana...

Ella comprendió y se puso en pie como si una inspiración repentina no le permitiese vacilar.

—Hermana —repitió Miguel Strogoff—, estamos autorizados para proseguir nuestro viaje a Irkutsk, ¿vienes?

—Te sigo —respondió la joven, poniendo su mano en la de Miguel Strogoff.

Y, juntos, salieron de la casa de policía.

CAPÍTULO VII

DESCENSO POR EL VOLGA

Poco antes del mediodía la campana del vapor llamaba al embarcadero un gran concurso de gente, pues allí acudían no sólo los que se marchaban, sino también los que habrían querido marcharse. Las calderas del *Cáucaso* tenían ya presión suficiente; su chimenea no dejaba escapar más que un humo ligero mientras que el extremo del tubo de escape y la cubierta de las válvulas se coronaban de vapor blanco.

No es necesario decir que la policía vigilaba la salida del *Cáucaso,* mostrándose inexorable con los viajeros que no se encontraban en las debidas condiciones para salir de la ciudad.

Por el muelle iban y venían gran número de cosacos, dispuestos a ayudar enérgicamente a los agentes de policía en caso necesario, pero por suerte, no tuvieron que intervenir y las cosas pasaron sin resistencia.

A la hora reglamentaria sonó la última campanada, se soltaron las amarras, azotaron el agua con sus paletas articuladas las poderosas ruedas del *Cáucaso y* éste enfiló rápidamente la corriente entre las dos ciudades de que está compuesta Nijni-Novgorod.

Miguel Strogoff y la joven livonia habían tomado pasaje a bordo del *Cáucaso* y habían embarcado sin dificultad alguna, porque, como se sabe, el *podaroshna* extendido a nombre de Nicolás Korpanoff autorizaba a éste para ser acompañado en su viaje a Siberia. Eran, por consiguiente, dos hermanos que viajaban bajo la garantía de la policía imperial.

Sentados los dos a popa, veían alejarse la ciudad tan profundamente perturbada por el decreto del gobernador.

Miguel Strogoff no había dicho ni preguntado nada a la joven; esperaba que hablase si le convenía hablar; pero ella, que ansiaba salir de la ciudad en que, sin la intervención providencial de su inesperado protector, hubiese quedado prisionera, nada decía, limitándose a darle las gracias con la vista.

El Volga, al que los antiguos daban el nombre de Rha, está considerado como el río más caudaloso de toda Europa, y su curso no es inferior a cuatro mil verstas (4.300 kilómetros). Sus aguas, bastante insalubres en su

parte superior, se modifican en Nijni-Novgorod, al unirse con las del Oka, afluente rápido que procede de las provincias centrales de Rusia.

Los canales y ríos rusos se han comparado, con bastante exactitud, con un árbol gigantesco cuyas ramas se extienden por todo el Imperio, y cuyo tronco es el Volga, que tiene por raíces setenta embocaduras, abiertas en el litoral del mar Caspio.

El Volga es navegable desde Rjef, ciudad del Gobierno de Tver, o, lo que es lo mismo, en la mayor parte de su curso,

Los barcos de la Compañía de transportes entre Perm y Nijni-Novgorod recorren bastante rápidamente las trescientas cincuenta verstas (373 kilómetros) que separan esta ciudad de la de Kazán, si bien es cierto que no tienen que hacer otra cosa que seguir la corriente del Volga, la cual acelera próximamente dos millas más la marcha propia de los vapores; pero, cuando llegan a la confluencia del Kama, un poco mas abajo de Kazán, vense obligados a entrar en este último río, marchando entonces contra la corriente del agua hasta Perm.

Resultaba, pues, que el *Cáucaso,* aunque su máquina era poderosa, no avanzaba más que dieciséis verstas cada hora, de suerte que, contando con una hora de detención en Kazán, debía durar el viaje de sesenta a setenta horas, poco más o menos.

Por lo demás, el barco tenía buenas condiciones y en él ocupaban los pasajeros tres clases distintas, según su condición y sus recursos pecuniarios.

Miguel Strogoff había tenido la precaución de tomar dos camarotes de primera clase, para que su joven compañera pudiera retirarse al suyo y permanecer sola cuando le pareciese bien.

El *Cáucaso* iba atestado de pasajeros de todas las categorías. Numerosos traficantes asiáticos habían creído prudente salir lo antes posible de Nijni-Novgorod, y en la parte del vapor destinada a la primera clase veíanse armenios vestidos con largas túnicas y tocados con una especie de mitras; judíos, a quienes se conocía fácilmente por sus gorros cónicos; ricos chinos con el traje tradicional, consistente en una larga túnica, azul, violeta o negra, abierto por delante y por detrás, y cubierta por otra túnica de mangas anchas, cuyo corte es parecido a la que usan los popes; turcos, que llevaban todavía el turbante nacional; indios, con gorro cuadrado y, por cinturón, un sencillo cordón, algunos de los cuales, designados especialmente con el nombre de *shtkarpuris,* tienen en sus manos todo el tráfico mercantil de Asia central, y, por último, tártaros, calzados con botas adornadas con cintas multicolores y que llevaban el pecho lleno de bordados. Todos ellos habían tenido que amontonar en la cala y sobre el puente del vapor sus numerosos equipajes, cuyo transporte debía costarles caro, porque, reglamentariamente, no tenían derecho más que a un peso de veinte libras por persona.

Agrupados en la proa del *Cáucaso* iban pasajeros en mayor número, y éstos no eran todos extranjeros, sino que también iban muchos rusos a quienes el decreto del gobernador de Nijni-Novgorod no impedía volver a las ciudades de la provincia.

Entre estos rusos había mujiks, tocados con gorros o casquetes y vestidos con camisa a pequeños cuadros bajo su amplia pelliza; campesinos de las orillas del Volga, con pantalón azul, cuyos bajos llevaban dentro de las botas, camisa de algodón de color rosa, ajustada al cuerpo por medio de una cuerda, y casquete plano o gorro de fieltro, y algunas mujeres, con vestido de algodón floreado, delantal de tonos vivos y pañuelo con dibujos de color a la cabeza. Eran, en su mayoría, pasajeros de tercera clase, a quienes, por fortuna, la perspectiva de un largo viaje de vuelta no les preocupaba. En suma, esta parte del barco estaba muy concurrida, por lo cual los pasajeros de popa no se aventuraban entre aquellos grupos tan heterogéneos, que tenían señalado su sitio delante de los tambores.

Mientras tanto, el *Cáucaso* deslizábase entre las dos orillas del Volga con gran velocidad, impulsado por sus máquinas, cruzándose con numerosos barcos que, llevados por algunos remolcadores sobre la corriente del río, transportaban toda clase de mercancías a Nijni-Novgorod. Después pasaban trenes de madera, largos como interminables filas de sargazos del Atlántico, y chalanas tan abarrotadas que el agua les llegaba hasta los bordes. ¡Viaje ya inútil puesto que la feria había sido cerrada poco después de comenzada!

Las orillas del Volga, salpicadas por la marcha del vapor, coronábanse de bandadas de patos que huían lanzando ensordecedores gritos. Algo más lejos, en aquellas secas llanuras, bordeadas de sauces, alisos y tilos, esparcíanse algunas vacas de color rojo oscuro, rebaños de carneros de lana y piaras numerosas de cerdos blancos y negros. Algunos campos, sembrados de trigo y de centeno, extendíanse hasta el último de los collados a medio cultivar, pero que, en suma, no ofrecían ningún punto de vista digno de llamar la atención. En aquellos paisajes monótonos, el lápiz de un dibujante que hubiese buscado un sitio pintoresco no habría encontrado nada que reproducir.

Dos horas después de la salida del *Cáucaso,* la joven livonia, dirigiéndose a Miguel Strogoff, le dijo:

—¿Vas a Irkutsk, hermano?

—Sí, hermana —respondió el joven—. Los dos llevamos la misma ruta y, por consiguiente, por donde yo pase, pasarás tú.

—Mañana, hermano, sabrás por qué he dejado las orillas del Báltico para ir más allá de los Urales.

—Nada te pregunto, hermana.

—Todo lo sabrás —respondió la joven, cuyos labios esbozaron una triste sonrisa—. Una hermana no debe ocultar nada a su hermano; pero, hoy, no podría. La fatiga y la desesperación me tienen rendida.

—¿Quieres reposar en tu camarote? —preguntó Miguel Strogoff.

—Sí, sí... y mañana...

—Ven, pues...

Él dudaba de terminar su frase, como si hubiese querido concluirla con el nombre de su compañera, que ignoraba aún.

—Nadia —dijo ella tendiéndole la mano.

—Ven, Nadia —repuso Miguel Strogoff—, y, sin cumplidos, cuenta con tu hermano Nicolás Korpanoff.

Y la condujo al camarote que había tomado para ella y que daba al salón de popa.

Luego, volvió al puente, y ávido de noticias, que podrían quizá modificar su itinerario, se mezcló entre los grupos de los pasajeros, escuchando, pero sin tomar jamás parte en las conversaciones. Además, tenía el propósito, si por casualidad se le interrogara y se veía en la necesidad de responder, de presentarse como el negociante Nicolás Korpanoff que se dirigía a a la frontera, porque de ningún modo quería que se sospechase que iba provisto de un permiso especial para viajar por Siberia.

Los extranjeros que el vapor transportaba no podían hablar, sin duda alguna, más que de los acontecimientos del día, del decreto del gobernador de Nijni-Novgorod y de sus consecuencias. Aquellas pobres gentes, apenas repuestas de las fatigas de un viaje a través del Asia central, veíanse obligadas a regresar; pero no se atrevían a manifestar a voces su cólera y su desesperación: el temor y el respeto las contenían. Posiblemente se habrían embarcado en el *Cáucaso,* en secreto, algunos inspectores de policía para vigilar a los viajeros, y era preferible contener la lengua, porque, de todos modos, la expulsión no era tan penosa como la prisión en una fortaleza. Así, pues, entre aquellos grupos, o se guardaba silencio, o se hablaba con tanta circunspección, que no podía sacarse de ellos ninguna enseñanza provechosa.

Pero, si bien Miguel Strogoff no tenía nada que aprender en aquel sitio, si las bocas se cerraban más de una vez cuando él se acercaba, porque no le conocían, no tardó en oír una voz poco cuidadosa de ser o no reconocida.

El hombre, que se expresaba alegremente, hablaba ruso, pero con acento extranjero, y su interlocutor, más reservado, le contestaba en el mismo idioma, que tampoco era el suyo natal.

—¡Cómo! —decía el primero—. ¡Cómo! ¡Usted en este barco, mi querido colega, a quien he visto en la fiesta imperial de Moscú, y sólo entrevisto en Nijni-Novgorod!

—Yo mismo —respondió el segundo secamente.

—Pues bien, con franqueza, no esperaba ser seguido inmediatamente por usted ni tan cerca.

—No le sigo, señor; le precedo.

—¡Me precede! ¡Me precede! Reconozcamos que ambos marchamos de frente y con igual paso, como los soldados en la parada, y, provisional-

mente al menos, reconozcamos también, si usted quiere, que ninguno pasa delante del otro.

—Por el contrario, yo pasaré delante de usted.

—Lo veremos allá, cuando nos encontremos en el teatro de la guerra; pero hasta que lleguemos allá, ¡qué diablo!, somos compañeros de viaje. Más tarde, tendremos tiempo y ocasión de ser rivales.

—Enemigos.

—¡Enemigos, bien está! Emplea usted las palabras, querido colega, con una precisión que me es sumamente agradable. Con usted, al menos, sabe uno a qué atenerse.

—¿Dónde está el mal?

—No hay mal alguno, y, por consiguiente, le pediré, a mi vez, permiso para determinar nuestra recíproca situación.

—Determínela, pues.

—¿Usted va a Perm... como yo?

—Como usted.

—¿Y, probablemente, se dirigirá usted desde Perm a Ekaterinburg, puesto que es el camino mejor y más seguro por el que pueden atravesar los montes Urales?

—Probablemente.

—Después de atravesar la frontera nos encontraremos en Siberia, es decir, en plena invasión.

—Sí, nos encontraremos.

—Pues bien, entonces y solamente entonces será el momento de decir «cada cual para sí y Dios para...»

—Dios para mí.

—¡Dios para usted solamente! ¡Muy bien! Pero, puesto que tenemos ante nosotros ocho días de neutralidad, y puesto que seguramente no han de llover las noticias en el camino, seremos amigos hasta el momento en que seamos rivales.

—Enemigos.

—Sí. Eso es precisamente, ¡enemigos! Pero, hasta entonces, vayamos de acuerdo y no nos devoremos uno a otro. Por lo demás, le prometo reservar para mí todo cuanto vea.

—Y yo cuanto oiga.

—¿Está dicho?

—Dicho está.

—¿Su mano?

—Hela aquí.

Y la mano del primer interlocutor, es decir, cinco dedos muy abiertos, sacudió vigorosamente los dos dedos que el segundo le tendió flemáticamente.

—A propósito —dijo el primero—. Esta mañana he podido telegrafiar a *mi prima* el texto íntegro del decreto del gobernador de Nijni-Novgorod, a las diez y diecisiete minutos.

—Pues yo lo he telegrafiado al *Daily Telegraph* a las diez y trece minutos.

—¡Bravo, señor Blount!

—¡Muy bien, señor Jolivet!

—Ya tomaré la revancha.

—Será difícil.

—Lo intentaré, de todos modos.

Y, al decir esto, el corresponsal francés saludó familiarmente al corresponsal inglés, quien, inclinando la cabeza, le devolvió el saludo con seriedad completamente británica.

El decreto del gobernador de Nijni-Novgorod no concernía a los dos cazadores de noticias, porque ni eran rusos ni extranjeros de origen asiático. Habían, pues, salido de la ciudad, y si salieron al mismo tiempo era porque el mismo instinto los impulsaba hacia adelante y, como ambos seguían la misma ruta hasta las estepas siberianas, era natural que los dos adoptasen el mismo medio de transporte.

Compañeros de viaje, amigos o enemigos, tenían aún ocho días por delante antes que la *caza se abriese.* Cuando este caso llegara, ganaría el más hábil. Alcides Jolivet había dado los primeros pasos y, por fríamente que fuese, Enrique Blount no había dudado en aceptar el reto.

Esto no obstante, aquel día, el francés, siempre franco y algo locuaz, y el inglés, siempre reservado y grave, comieron en la misma mesa, brindaron y bebieron un «Cliquot» auténtico, de a seis rublos la botella, generosamente elaborado con la savia fresca de los abedules de las cercanías.

Al oír hablar de este modo a Alcides Jolivet y Enrique Blount, se dijo Miguel Strogoff:

—He aquí unos curiosos e indiscretos, a quienes probablemente volveré a encontrarme en mi camino. Me parece prudente mantenerlos a distancia.

La joven livonia no acudió a comer; dormía en su camarote y Miguel Strogoff no quiso que la despertasen. Llegó la tarde y tampoco se dejó ver en el puente del *Cáucaso.*

El largo crepúsculo impregnaba entonces la atmósfera de una frescura que los pasajeros, después del calor achicharrante que habían soportado durante el día, buscaban con avidez; pero, cuando la hora fue algo avanzada, la mayor parte se retiraron a buscar los salones o los camarotes y, tendidos sobre los bancos, respiraban con placer la brisa que la celeridad del barco aumentaba.

En aquella época y bajo aquella latitud, el cielo apenas se oscurecía entre la tarde y la mañana, y daba al timonel gran facilidad para orientarse entre las numerosas embarcaciones que bajaban y remontaban el Volga.

Sin embargo, como entonces había luna nueva, entre las once de la noche y las dos de la madrugada reinó una oscuridad casi absoluta. Casi todos los pasajeros del puente dormían y el silencio sólo era turbado por el ruido que producían las paletas del vapor al azotar el agua a intervalos regulares.

Una especie de inquietud tenía desvelado a Miguel Strogoff, que no cesaba de ir y venir, pero siempre por el lado de popa. Sin embargo, una vez llegó en su paseo más allá del cuarto de máquinas y se encontró, por consiguiente, en la parte reservada a los viajeros de segunda y tercera clase.

Allí se dormía no sólo sobre los bancos y sobre los fardos, sino también sobre las planchas del puente, siendo los marineros del cuarto los únicos que vigilaban sobre el castillo de proa.

Dos luces, una verde y otra roja, proyectadas por los faroles de estribor y de babor, iluminaban oblicuamente con sus rayos los costados del barco.

Se necesitaba andar con mucho cuidado para no pisar a los pasajeros que dormían, la mayor parte de los cuales eran mujiks, habituados a entregarse al sueño sobre camas muy duras y para quienes las tablas del puente eran un lecho suficientemente cómodo. Sin embargo, habría sido muy mal recibido sin duda el torpe que los hubiera despertado con un puntapié o con un pisotón.

Miguel Strogoff ponía, pues, mucha atención al andar para no tropezar con nadie y, al caminar así hacia el extremo del barco, no tenía otro propósito que el de combatir el sueño por medio de un paseo algo más largo.

Había llegado a la parte anterior del puente y subía ya la escalera del castillo de proa, cuando oyó hablar cerca de él y se detuvo. Las voces parecían venir de un grupo de pasajeros, envueltos en chales y mantas, y a quienes, por hallarse en la sombra, era imposible conocer; pero ocurría a veces, cuando la chimenea del vapor en medio de las volutas de humo, se empenachaba de llamas rojizas, que las chispas parecían correr a través de los grupos, como si millares de pajarillas se hubiesen inflamado de improviso bajo la acción de un rayo luminoso.

Miguel Strogoff iba a continuar adelante, cuando oyó más distintamente algunas palabras, pronunciadas en aquella lengua extraña que la noche anterior había ya llamado su atención en el recinto de la feria.

Instintivamente se detuvo a escuchar. Protegido por la sombra del castillo de proa, no podía ser visto, y, en cuanto a ver a los pasajeros que hablaban, le era imposible. Limitóse, por consiguiente, ante la imposibilidad de hacer otra cosa, a escuchar.

Las primeras palabras que se cruzaron no tenían importancia alguna, para él a lo menos; pero le permitieron reconocer con precisión las dos voces de mujer y de hombre que había oído en Nijni-Novgorod, y redobló su atención. No era imposible, en efecto, que los tziganes cuya conversa-

ción había sorprendido en la ciudad, expulsados como todos sus compañeros, se encontrasen a bordo del *Cáucaso*.

Estuvo acertado al escuchar, porque esto le proporcionó la ocasión de oír con bastante claridad la siguiente pregunta y la correspondiente respuesta, hechas en idioma tártaro:

—Se dice que de Moscú ha salido un correo para Irkutsk.

—Se dice eso, Sangarra; pero ese correo llegará demasiado tarde, o no llegará.

Miguel Strogoff tembló involuntariamente al oír esta respuesta, que tan directamente le concernía, y trató de cerciorarse si el hombre y la mujer que acababan de hablar eran los que él suponía; pero la sombra era entonces demasiado espesa y no los pudo reconocer.

Algunos momentos después había vuelto a la popa del vapor sin que nadie le viera y con la cabeza entre las manos trataba de reflexionar. Se podía creer que estaba durmiendo. No dormía, sin embargo, ni pensaba dormir.

Reflexionaba de este modo, no sin aprensión bastante viva:

—¿Quién sabe, pues, mi partida y a quién interesa saberla?

CAPÍTULO VIII

SUBIENDO POR EL KAMA

El *Cáucaso* llegó al embarcadero de Kazán, que dista de la ciudad siete verstas (7,5 kilómetros), a las seis y cuarenta minutos de la mañana del día siguiente, 18 de julio.

Kazán, situada en la confluencia del Volga y del Kazanca, es una importante capital del Gobierno y de arzobispado griego, al mismo tiempo que de universidad.

Este Gobierno tiene una población heterogénea, compuesta de circasianos, morduinos, chuvaches, volsalcos, vigulitches y tártaros, siendo estos últimos la raza que ha conservado más especialmente el carácter asiático.

Aunque la ciudad se encontraba bastante lejos del desembarcadero, una numerosa multitud, deseando adquirir noticias, ocupaba el muelle.

El gobernador de la provincia había dado un decreto idéntico al de su colega de Nijni-Novgorod, y veíanse allí tártaros vestidos con caftán de mangas cortas y con la cabeza cubierta con gorros puntiagudos, cuyas anchas alas les dan cierto parecido al sombrero del Pierrot tradicional; otros, envueltos en una larga hopalanda y con la cabeza cubierta con un pequeño casquete, que se asemejaban a los judíos polacos, y mujeres, con el pecho lleno de colgajos relucientes y la cabeza coronada con una diadema en forma de media luna, que discutían formando grupos.

Oficiales de policía diseminados entre la multitud, y cosacos armados de lanza, mantenían el orden y obligaban a dejar paso tanto a los pasajeros del *Cáucaso* que desembarcaban, como a los que se embarcaban allí, pero después de examinar minuciosamente a los viajeros de estas dos categorías. Eran, por una parte, asiáticos comprendidos en el decreto de expulsión y, por la otra, algunas familias de mujiks que se detenían en Kazán.

Miguel Strogoff miraba con bastante indiferencia el movimiento del embarcadero al que acababa de arribar el barco.

El *Cáucaso* debía detenerse en Kazán una hora, tiempo necesario para renovar la provisión de combustible.

En cuanto a desembarcar, ni siquiera se le ocurrió a Miguel Strogoff, porque por nada del mundo habría dejado sola a bordo del *Cáucaso* a la joven livonia, que no había vuelto a aparecer sobre el puente.

Los dos periodistas habíanse levantado antes del alba, como corresponde a todo cazador diligente; bajaron al muelle y se mezclaron con la multitud, cada cual por su lado,

Miguel Strogoff vio, en una pared, a Enrique Blount con el carnet en la mano dibujando con lápiz algunos tipos o anotando alguna observación y, en otro sitio distinto, a Alcides Jolivet, quien, seguro de su memoria, que no podía olvidar nada, no hacía más que hablar.

Por toda la frontera oriental de Rusia circulaba el rumor de que el levantamiento y la invasión adquirirían proporciones considerables. Las comunicaciones entre Siberia y el Imperio eran ya extremadamente difíciles. Tales fueron las noticias que, sin abandonar el puente del *Cáucaso,* oyó decir Miguel Strogoff a los nuevos viajeros que estaban embarcándose.

Estas noticias no dejaban de causarle verdadera inquietud y avivaban el imperioso deseo que tenía de encontrarse ya al otro lado de los montes Urales para juzgar la gravedad de los acontecimientos y ponerse en situación de afrontar toda eventualidad.

Iba ya a pedir quizá noticias más precisas a algún indígena de Kazán, cuando de pronto se distrajo su atención. Entre los viajeros que desembarcaban del *Cáucaso,* reconoció la banda de tziganes que la víspera se encontraba aún en el recinto de la feria de Nijni-Novgorod.

Allí, sobre el puente del vapor, estaban el viejo bohemio y la mujer que le habían tratado de espía, y con ellos y bajo su dirección sin duda, una veintena de bailarinas y cantadoras, de quince a veinte años, envueltas en unas malas mantas que cubrían sus faldas llenas de lentejuelas.

Aquella extraña indumentaria, iluminada entonces por los primeros rayos del sol, recordaron a Miguel Strogoff el efecto singular que había observado durante la noche: era todo el relumbrón de la bohemia que había brillado en la sombra cuando la chimenea del vapor vomitaba algunas llamas.

—Evidentemente —se dijo—, esta banda de tziganes, después de haber permanecido bajo el puente durante el día, ha venido a agazaparse bajo el castillo de la proa durante la noche. ¿Tendrán, acaso, el propósito de dejarse ver lo menos posible estos bohemios? No entra en las costumbres de su raza.

Miguel Strogoff no dudó ya, entonces, que las palabras que le concernían directamente habían partido de aquel grupo negro, iluminado a ratos por los resplandores de a bordo, y que se habían cruzado entre el viejo bohemio y la mujer a quien el primero había dado el nombre mogol de Sangarra.

Encaminóse, pues, por un movimiento involuntario hacia la salida del barco, en el momento en que la banda bohemia iba a desembarcar para no volver.

Allí estaba el viejo bohemio, en humilde actitud, poco conforme con la desvergüenza natural de sus congéneres. Habríase dicho que más procuraba evitar las miradas que atraerlas. Su sombrero, en lamentable estado y tostado por todos los soles del mundo, inclinábase profundamente sobre su arrugado rostro; su encorvada espalda iba cubierta por una vieja túnica en la que se arrebujaba a pesar del calor que hacía, y habría sido difícil apreciar su talla y su figura bajo aquel miserable atavío.

Cerca de él, permanecía en altanera actitud la gitana Sangarra, mujer de unos treinta años, morena, alta, bien formada y con ojos magníficos y cabello dorado.

Entre las bailadoras había muchas que eran sumamente bonitas, con el tipo francamente acentuado de su raza. En general, las gitanas son atrayentes, y más de uno de esos grandes señores rusos que se proponen luchar con los ingleses en extravagancia no han vacilado en tomar por esposa a una de estas bohemias.

Una cantadora tarareaba una canción de extraño ritmo, cuyos primeros versos pueden traducirse del siguiente modo:

¡Sobre mi piel morena el coral brilla
y la agujeta de oro de mi moño!
Buscando la fortuna por el mundo,
Voy al país...

La risueña joven continuó, sin duda, su canción; pero Miguel Strogoff no oyó más.

Pareció que la gitana Sangarra le miraba con singular insistencia, como si pretendiera grabar en su memoria de una manera indeleble los rasgos de su fisonomía.

Sangarra desembarcó la última, algunos instantes después, cuando el viejo y su tropa habían salido ya del *Cáucaso.*

—¡He aquí una gitana descarada! —se dijo Miguel Strogoff—. ¿Me habrá reconocido por el hombre a quien trató de espía en Nijni-Novgorod? ¡Estos malditos tziganes tienen ojos de gato! Ven claramente durante la noche, y ésta podría saber...

Estuvo a punto de seguir a Sangarra y a su banda, pero se arrepintió, pensando:

"No, no cometamos una imprudencia. Si hago detener a ese viejo decidor de la buenaventura y a su banda, me expongo a que se descubra mi incógnita. Además, ellos ya han desembarcado, y antes que pasen la frontera, yo estaré ya lejos del Ural. Sé bien que pueden tomar el camino de Kazán a Ichim, pero no ofrece seguridad alguna, y una tarenta arrastrada

por buenos caballos de Siberia adelantará siempre a un carro de bohemios. ¡Vamos, amigo Korpanoff, tranquilízate!"

Además, en aquel momento, el viejo gitano y Sangarra habían desaparecido entre la muchedumbre.

Si a Kazán se le da con justicia el nombre de *Puerto del Asia,* si se la considera como el centro de todo el tráfico comercial siberiano y bukariano, es porque allí se unen los dos caminos que dan paso a través de los montes Urales. Miguel Strogoff, con gran acierto, había elegido el que pasa por Perm, Ekaterinburg y Tiumen, camino de postas, sostenidas por el Estado, y que se prolonga desde Ichim hasta Irkutsk.

Es verdad que había otra ruta —la de que acababa de hablar Miguel Strogoff— que, evitando el pequeño rodeo de Perm, unía igualmente a Kazán con Ichim, pasando por Jelabuga, Menzelonsk, Birsk, Zlatuste, donde dejaba Europa, Jelabinsk, Chadrinsk y Kurgana, la cual era algo más corta que la otra, pero esta ventaja la aminoraban notablemente la falta de casas de posta, el mal estado de las carreteras y la escasez de poblaciones.

Miguel Strogoff, pues, había tenido razón al elegir el primer camino, y, si como era probable, los bohemios elegían el segundo, que va de Kazán a Ichim, él tenía todas las probabilidades de llegar primero.

Una hora después, la campana de proa del *Cáuca*so llamaba a los nuevos pasajeros, lo mismo que a los que ya viajaban en él. Eran las siete de la mañana, el barco había concluido ya de aprovisionarse de combustible, las planchas de las calderas se estremecían bajo la presión del vapor y éste estaba ya dispuesto a partir.

Los viajeros que iban de Kazán a Perm ocupaban ya sus respectivos puestos a bordo, cuando Miguel Strogoff advirtió que, de los dos periodistas, sólo Enrique Blount había vuelto a embarcarse.

¿Alcides Jolivet, pues, iba a quedarse en tierra?

Pero, en el momento en que soltaban las amarras, llegó corriendo el periodista francés, quien, saltando con la ligereza de un clown, porque ya había sido separada del muelle la pasarela, fue a caer sobre el puente del *Cáucaso,* donde le recibieron los brazos de su colega.

—¡Creía que íbamos a partir sin usted! —le dijo en un tono medio en serio, medio en broma.

—¡Bah! —respondió Alcides Jolivet—. Le hubiera alcanzado a usted, aunque para eso hubiese tenido necesidad de fletar un barco a expensas de *mi prima* o de correr la posta a razón de veinte kopeks por versta y por caballo. ¡Está lejos del muelle el telégrafo!

—¡Cómo! ¿Ha ido usted al telégrafo? —inquirió Enrique Blount, mordiéndose los labios.

—Sí, he ido —respondió Alcides Jolivet, con la más amable de sus sonrisas.

—¿Y funciona todavía hasta Kolivan?

—Eso lo ignoro; pero puedo asegurarle que funciona, por ejemplo, desde Kazán a París.

—¿Ha telegrafiado usted a su *prima?*

—Con entusiasmo.

—Entonces, ¿ha sabido usted...?

—Escuche, padrecito, para hablar como los rusos —contestó Alcides Jolivet—, yo soy un buen muchacho y no quiero ocultarle nada. Los tártaros, con Féofar-Khan a la cabeza, han pasado de Semipalatinsk y bajan por el curso del Irtich. ¡Aproveche la noticia!

¡Cómo! ¡Enrique Blount no conocía una noticia tan grave, mientras que su rival, que verosímilmente la habría oído a algún habitante de Kazán, la había transmitido ya a París! ¡El periódico inglés estaba mal servido!

Enrique Blount, sin decir una palabra, cruzó sus manos a la espalda y fue a tomar asiento a la popa del barco.

A las diez de la mañana, la joven livonia salió de su camarote y subió al puente.

Miguel Strogoff le salió al encuentro y le tendió la mano.

—Mira, hermana —le dijo, después de conducirla a la proa del *Cáucaso.*

Y, efectivamente, el paisaje merecía ser contemplado con alguna atención.

El *Cáucaso* llegaba en aquel momento a la confluencia de los ríos Volga y Kama, donde debía dejar al primero, después de haber descendido por él durante más de cuatrocientas verstas, para subir por el segundo recorriendo un trayecto de cuatrocientas sesenta (490 kilómetros).

En aquel punto mezclábanse las aguas, cada cual de su color, de los dos ríos, prestando el Kama a la orilla izquierda el mismo servicio que el Oka prestaba a la derecha al atravesar Nijni-Novgorod, cuya ciudad saneaba con su límpida corriente.

El Kama ensanchábase allí, y sus márgenes, pobladas de bosques, ofrecían una admirable perspectiva. Algunas velas blancas animaban sus aguas transparentes, iluminadas por los rayos solares; las costas, pobladas de alisos, de sauces y, a trechos, de encinas, limitaban el horizonte con una línea armoniosa que en algunos puntos se confundía con el cielo, al brillante resplandor del sol de mediodía.

Sin embargo, estas maravillas de la Naturaleza parecía que no tenían poder suficiente para variar el curso de los pensamientos de la joven livonia, a quien sólo preocupaba el término de su viaje y para quien el Kama no era otra cosa que un camino más fácil que otro cualquiera para llegar a él. Sus ojos brillaban de un modo extraordinario mirando hacia el Este, como si quisiera atravesar con la vista aquel impenetrable horizonte.

Nadia, que había dejado abandonada su mano en la de su compañero, volvióse de repente hacia él, preguntándole:

—¿A qué distancia de Moscú nos encontramos?

—A novecientas verstas —respondió Miguel Strogoff.

—¡Novecientas de siete mil! —murmuró la joven.

La campana anunció que había llegado la hora del almuerzo y Nadia siguió a Miguel Strogoff al restaurante del barco.

Ella no quiso tocar los entremeses, servidos aparte, y que consistían en caviar, arenques cortados en pequeños trozos y aguardiente de centeno anisado destinados a abrir el apetito, según el uso común de todos los países del Norte, en Rusia como en Suecia y en Noruega, y de los demás platos comió poco, y quizá como una pobre joven cuyos recursos son muy limitados.

Miguel Strogoff, creyendo que debía conformarse con la comida que iba a ser suficiente para su compañera, es decir, con un poco de *kulbat,* especie de pastel hecho con yemas de huevo, arroz y carne machacada, no tomó más que esto y lombarda rellena de caviar[1], y, por toda bebida, té.

La comida, por consiguiente, no fue larga ni costosa, por lo que, apenas hacía veinte minutos que se habían sentado a la mesa, cuando Nadia y Miguel Strogoff volvieron al puente del *Cáucaso* y tomaron asiento a proa, sin más preámbulo.

Entonces, Nadia, bajando la voz para que sólo Miguel Stroogff pudiese oiría, dijo:

—Hermano, me llamo Nadia Fedor y soy hija de un desterrado. Mi madre ha muerto en Riga, apenas hace un mes, y voy a Irkutsk a unirme con mi padre para compartir con él su destierro.

—También yo voy a Irkutsk —respondió Miguel Strogoff—, y consideraré como un favor del cielo el poner, sana y salva, a Nadia Fedor en las manos de su padre.

—¡Gracias, hermano! —repuso Nadia.

Miguel Strogoff agregó entonces que había obtenido un *podaroshna* especial para ir a Siberia y que las autoridades rusas no le opondrían dificultad alguna para proseguir el viaje.

Nadia no preguntó más. En su encuentro providencial con aquel joven sencillo y bueno, ella no veía más que una cosa: el medio de llegar hasta su padre.

—Tenía —dijo— un permiso que me autorizaba para ir a Irkutsk, Pero el decreto del gobernador de Nijni-Novgorod lo ha anulado, y sin ti, hermano, no habría podido salir de la ciudad en que me encontraste y en la que seguramente habría muerto.

—¿Y sola, Nadia —repuso Miguel Strogoff—, sola, te atrevías a atravesar las estepas de Siberia?

—Era mi deber, hermano.

—Pero, ¿no sabías que el país, sublevado e invadido, se habrá puesto casi infranqueable?

[1] El caviar es un plato ruso que se compone de huevos de esturión salados.

—La invasión tártara no era conocida aún cuando salí de Riga —exclamó la joven livonia—. Hasta que llegué a Moscú no me enteré de esta noticia.

—Y, a pesar de eso, ¿proseguías el viaje?

—Era mi deber.

Esta frase resumía todo el carácter de esta joven valerosa. Era su deber, y Nadia no vacilaba en cumplirlo.

Luego, habló de su padre, Basilio Fedor, que era un médico muy apreciado en Riga, donde ejercía provechosamente su profesión y donde vivía dichoso en medio de los suyos; pero, afiliado a una sociedad secreta extranjera, fue descubierto y recibió la orden de partir para Irkutsk. Los mismos policías que le llevaron la orden de deportación le condujeron al otro lado de la frontera.

Basilio Fedor no tuvo tiempo más que de abrazar a su esposa, que se encontraba ya bastante enferma, y a su hija, que iba probablemente a quedarse sin apoyo, y, llorando por los dos seres a quienes amaba, partió.

Hacía ya dos años que habitaba la capital de la Siberia oriental, y allí continuaba ejerciendo su profesión de médico, pero sin provecho alguno. Sin embargo, habría sido dichoso si hubiera podido tener a su lado a su esposa y a su hija; pero la señora Fedor, muy debilitada ya, no pudo salir de Riga, y veinte meses después de la deportación de su marido moría en brazos de su hija, a quien dejó sola y sin recursos.

Nadia Fedor solicitó entonces y obtuvo fácilmente del gobernador ruso autorización para ir al lado de su padre, a Irkutsk, y escribió a éste notificándole que se ponía en camino.

Mientras los jóvenes hablaban, el *Cáucaso* proseguía su marcha río arriba.

Era ya de noche. El aire se impregnaba de una frescura deliciosa; de la chimenea del vapor, cuyo fuego estaba alimentado por madera de pino, escapábanse millares de chispas luminosas, y los rugidos de los lobos que infestaban la orilla derecha del Kama, envuelta en sombras, mezclábanse con el murmullo de las aguas que rompía la roda del barco.

CAPÍTULO IX

EN TARENTA NOCHE Y DÍA

El *Cáucaso* llegó a Perm, última estación del trayecto que tenía que recorrer a orillas del Kama, a la mañana siguiente.

El Gobierno, cuya capital es Perm, es uno de los más vastos del Imperio ruso; atraviesa los montes Urales y penetra en Siberia. Canteras de mármol, salinas, yacimientos de platino y de oro, y minas de carbón se explotan en él en gran escala.

Aunque Perm, por su situación, está llamada a ser una ciudad de primer orden, es muy poco atrayente aún, pues además de sucia y fangosa no ofrece atractivo alguno. Para los que de Rusia se dirigen a Siberia, como ya van provistos de todo lo necesario porque vienen del interior, esta falta de comodidades les es casi indiferente; pero, para los que llegan de las comarcas de Asia Central, no dejaría de ser agradable, después de un viaje largo y fatigoso, encontrar mejor aprovisionada esta primera ciudad europea del Imperio, situada en la frontera asiática.

Los viajeros que llegan de Siberia venden en Perm sus vehículos, más o menos deteriorados a causa de una larga travesía por las extensas llanuras, y los que van de Europa a Asia compran en esta ciudad carruajes en verano y trineos en invierno antes de emprender el viaje a través de las estepas, y que suele durar muchos meses.

Miguel Strogoff había ya hecho anticipadamente el programa para su largo trayecto y no tenía más que ejecutarlo.

Existe un servicio de correos que atraviesa con bastante rapidez la cordillera de los Urales, pero a la sazón, merced a las circunstancias, este servicio estaba desorganizado. De todos modos, Miguel Strogoff, que deseaba viajar rápidamente sin depender de nadie, no habría tomado el coche correo y habría preferido adquirir un carruaje y correr de una a otra casa de postas, activando por medio de *navodkuks*[1] suplementarios el celo de los postillones, a quienes en el país se les da el nombre de *yemschiks.*

Desgraciadamente, a causa de las disposiciones dictadas por el Gobierno contra los extranjeros de origen asiático, habían salido ya de

[1] Propinas.

Perm gran número de viajeros y los medios de transporte eran, pór tanto, sumamente raros, por cuya razón Miguel Strogoff tuvo necesidad de contentarse con lo que los demás habían despreciado. En cuanto a caballos, mientras el correo del zar no se encontrara en Siberia, podía exhibir su *padaroshna* y los maestros de postas se lo darían con preferencia. Después, cuando hubiera salido de la Rusia europea, no podría ya contar más que con la influencia de los rublos.

Pero, ¿a qué clase de vehículo iba a enganchar los caballos? ¿A una telega? ¿A una tarenta?

La telega no es más que un verdadero carro descubierto, con cuatro ruedas, y en cuya construcción no entra absolutamente otro material que madera. Los árboles de las cercanías suministran las ruedas, los ejes, los tornillos, la caja y las varas, y el ajuste de las diversas piezas de que consta la telega se obtiene por medio de cuerdas gruesas. Este carruaje es, sin duda, muy primitivo y muy poco cómodo; pero tiene, en cambio, la ventaja de que se puede componer fácilmente cualquier desperfecto que sufra en el camino, porque los abetos no faltan en la frontera rusa y los ejes de estos carros crecen naturalmente y en abundancia en los bosques.

Por medio de la telega se corre la posta extraordinaria conocida por el nombre de *perekladnoï*, aunque, a veces, ocurre que las ligaduras que sujetan al aparato se rompen y la parte trasera queda atascada en algún bache, mientras que la delantera prosigue el viaje con las otras dos ruedas, pero este resultado es considerado como satisfactorio.

Miguel Strogoff se habría visto obligado a emplear una telega para viajar si no hubiese tenido la suerte de encontrar una tarenta, que no es precisamente la última palabra en cuanto al progreso de la industria cochera se refiere, pues, como la telega, carece de resortes y en ella la abundancia de madera compensa la falta de hierro; pero sus cuatro ruedas, separadas ocho o nueve pies al extremo de cada eje, le aseguran cierto equilibrio en aquellos caminos quebrados y, con demasiada frecuencia, desnivelados.

Lleva, además, este vehículo un guardabarros que protege a los viajeros contra el fango del camino y una fuerte capota de cuero, que puede bajarse y cerrarse casi herméticamente para que los grandes calores y las violentas borrascas del verano no molesten tanto a los que lo ocupan.

Por otra parte, la tarenta es tan sólida y tan fácil de componer como la telega, y no está tan expuesta a dejar en medio del camino el juego posterior.

A pesar de todos los defectos de esta clase de carruajes, Miguel Strogoff viose obligado a practicar minuciosas investigaciones para encontrar una tarenta, la única disponible quizá que quedaba en Perm; pero por pura fórmula, para mantenerse dentro de su papel de Nicolás Korpanoff, simple negociante de Irkutsk, regateó mucho el precio.

Nadia le siguió en sus correrías en busca de un vehículo, pues, como él, tenía mucha prisa por llegar a su destino, aunque cada cual con diferente objeto. Es decir, una misma voluntad animaba a los dos.

—Hermana —dijo Miguel Strogoff—, habría querido encontrar un carruaje más cómodo para ti.

—¡Y me dices eso, hermano, a mí, cuando sabes que iría a pie, si esto fuera preciso, a reunirme con mi padre!

—No dudo de tu valor, Nadia; pero hay fatigas físicas que no puede soportar una mujer.

—Yo las soportaré, cualesquiera que ellas sean —respondió la joven—. Si oyes que sale de mis labios una queja, déjame en el camino y prosigue solo tu viaje.

Media hora después, a la presentación del *podaroshna,* tres caballos de posta eran enganchados a la tarenta.

Aquellos animales, cubiertos de pelo largo, parecían osos sostenidos por sus cuatro patas; pero eran pequeños y vivos, y de raza siberiana.

El postillón, o *yemschik,* los había enganchado, colocando uno, el mayor, entre las dos varas largas, que tenían en su extremo anterior un cerco, llamado *duga,* cargados de penachos y campanillas, y sujetando simplemente con cuerdas los otros dos a los estribos del vehículo; pero carecían de arneses y las riendas no eran nada más que un simple bramante.

Ni Miguel Strogoff ni la joven livonia llevaban mucho bagaje, pues las condiciones de rapidez en que uno debía hacer el viaje y los recursos más que modestos de la otra, no les habían permitido ir con bultos de gran peso. Esto, sin embargo, era una circunstancia feliz, porque la tarenta no habría podido conducir el equipaje o no habría podido conducir a los viajeros. No tenía capacidad más que para dos personas, además del *yemschik,* y aun éste sólo podía mantenerse en su estrecho asiento por un milagro de equilibrio.

El *yemschik* se releva en cada parada.

El encargado de la conducción de la tarenta durante la primera etapa era siberiano, como sus caballos, y no menos peludo que éstos. Tenía los cabellos largos, cortados cuadradamente sobre la frente, y llevaba sombrero de alas levantadas, cinturón rojo y capote con galones cruzados sobre los botones en que campeaba la cifra imperial.

Al llegar con su atalaje, había dirigido en torno suyo una mirada inquisitoria a los viajeros de la tarenta. ¡Sin equipaje! ¿Dónde diablos lo habrían puesto? Aspecto pobre, por consiguiente, lo que le indujo a hacer un gesto muy significativo.

—¡Cuervos! —dijo sin preocuparse de que le oyeran o no—. ¡Cuervos a seis kopeks por versta!

—No, águilas —respondió Miguel Strogoff, que entendía el *argot* de los *yemschiks*—. Águilas, ¿lo oyes?, a nueve kopeks por versta y la propina.

El postillón le contestó restallando alegremente la tralla.

El *cuervo,* en el lenguaje de los postillones rusos, es el viajero avaro o indigente que en las paradas de posta no paga los caballos más que a dos

o tres kopeks por versta, y *águila* es el que no retrocede ante los precios altos y, además, da propinas espléndidas. Por eso los *cuervos* no pueden tener la pretensión de volar tan rápidamente como el *águila* imperial.

Nadia y Miguel Strogoff ocuparon inmediatamente asiento en la tarenta, llevando consigo algunas provisiones de poco volumen colgadas en una caja, que debían permitirles, en caso de retraso, tomar alimento hasta llegar a las casas de posta, bastante bien atendidas bajo la vigilancia del Estado.

Se bajó la capota, porque hacía un calor insoportable, y, al mediodía, la tarenta, arrastrada por sus tres caballos, salía de Perm, envuelta en una nube de polvo. La manera de mantener el paso de las caballerías, adoptada por el *yemschik,* habría seguramente llamado la atención de otros viajeros, ni rusos ni siberianos, que no hubiesen estado habituados a ella.

Efectivamente, el caballo de varas, regulador de la marcha y algo más grande que los otros, conservaba imperturbablemente, cualesquiera que fuesen las pendientes del camino, un paso largo y de perfecta uniformidad, y las dos caballerías restantes no parecían saber andar más que a galope y marchaban haciendo mil movimientos, tan caprichosos como divertidos. El *yemschik* no los castigaba, limitándose a excitarles de cuando en cuando con los sonoros chasquidos de su tralla; pero, en cambio, les prodigaba los epítetos y les aplicaba los nombres de todos los santos de la corte celestial, cuando se conducían como bestias dóciles y concienzudas. El bramante que le servía de rienda no habría servido de nada si se hubiese tratado de manejar con él animales indómitos, pero las palabras *na pravo* (a la derecha) y *na levo* (a la izquierda), pronunciadas con voz gutural, producían mejor efecto que la brida y el bridón.

¡Y qué interpelaciones tan cariñosas, según las circunstancias!

—¡Andad, palomas mías! —repetía el *yemschik*—. ¡Caminad, golondrinas gentiles¡ ¡Volad, pichoncitos míos! ¡Firme, primo de la izquierda! ¡Sigue, mi padrecito de la derecha!

Pero también, cuando la marcha se acortaba, ¡qué de expresiones insultantes, de las cuales los sensibles animales parecían comprender el valor!

—¡Marcha, pues, caracol del diablo! ¡Maldito seas, babosa! ¡Te he de despellejar vivo, tortuga, y serás condenado en el otro mundo!

Sea lo que quiera de estas maneras de conducir carruajes, que exigen más solidez de garganta que vigor de brazo en los *yemschisks,* lo cierto es que la tarenta volaba por el camino, recorriendo de doce a catorce verstas por hora.

A Miguel Strogoff, que estaba acostumbrado a aquella clase de vehículos y a aquel modo de conducirlos, no le molestaban ni los sobresaltos ni los vaivenes; sabía que un tiro de caballos rusos no evita los guijarros, ni los baches, ni los hoyos, ni los árboles derribados, ni las zanjas que hay en el camino; estaba curado de espanto en cuanto a este punto, pero su compañera corría el peligro de herirse a causa de los saltos de la tarenta, a pesar de lo cual no formulaba queja alguna.

Al principio del viaje, Nadia, que era llevada a gran velocidad, permaneció en silencio; pero, después, obsesionada por su único propósito de llegar pronto, dijo:

—He contado trescientas verstas entre Perm y Ekaterinburg, hermano, ¿estoy equivocada?

—No, Nadia; no te has engañado —respondió Miguel Strogoff—, y, cuando hayamos llegado a Ekaterinburg, nos encontraremos al pie mismo de los montes Urales, en su vertiente opuesta.

—¿Cuánto durará la travesía de los montes?

—Cuarenta y ocho horas, porque viajaremos noche y día. Digo noche y día porque no puedo detenerme un solo instante, Nadia, y es preciso que marche a Irkutsk sin descanso.

—No te retrasaré ni una sola hora, hermano, y viajaremos noche y día.

—Pues bien, Nadia, si la invasión tártara nos deja libre el paso, llegaremos antes de veinte días.

—¿Has hecho ya este viaje? —inquirió Nadia.

—Muchas veces.

—Durante el invierno habríamos ido más rápidamente y con mayor seguridad, ¿no es cierto, hermano mío?

—Sí, sobre todo más rápidamente, pero el frío y la nieve te habrían hecho sufrir mucho.

—¿Qué importa? El invierno es el amigo de los rusos.

—Sí, Nadia; pero, ¡qué temperamento a toda prueba se necesita para resistir semejante amistad! ¡Con frecuencia he visto descender la temperatura de las estepas siberianas a más de cuarenta grados bajo cero; he sentido, a pesar de mi vestido de piel de reno[2], entorpecérseme el corazón, retorcérseme los miembros y helárseme los pies dentro de mi triple calzado de lana! ¡He visto los caballos de mi trineo cubiertos de una capa de nieve y la respiración fija en las narices, y he visto también el aguardiente de mi cantimplora convertido en piedra tan dura que no podía cortarlo con mi cuchillo...! Pero mi trineo volaba como el huracán; no había obstáculos en la llanura, nivelada y blanca, en cuanto alcanzaba la vista; no había ríos en los que fuese preciso buscar los sitios vadeables para atravesarlos; no había lagos para cruzar los cuales se necesitasen barcas. ¡Sólo había hielo duro por doquier, el camino libre, el paso asegurado! Pero, ¡a costa de cuántos sufrimientos, Nadia! ¡Únicamente los que no han vuelto, aquellos cuyos cadáveres sepultó la nieve, podrán decirlo!

—Tú has vuelto, sin embargo, hermano.

—Sí, pero soy siberiano y, siendo niño, cuando acompañaba a mi padre a cazar, me acostumbré a estas duras pruebas; pero a ti, cuando me has

[2] Este vestido, llamado *dakha*, es muy ligero y, sin embargo, absolutamente impermeable al frío.

dicho, Nadia, que no te hubiera detenido el invierno y que habrías partido sola, dispuesta a luchar contra la horrorosa intemperie del clima siberiano, me ha parecido verte perdida entre la nieve y cayendo para no levantarte más.

—¿Cuántas veces has recorrido la estepa durante el invierno? —preguntó la joven livonia.

—Tres veces, Nadia, cuando he ido a Omsk.

—¿Y qué has ido a hacer a Omsk?

—Ver a mi madre, que estaba esperándome.

—Pues yo voy a Irkutsk, donde me espera mi padre. Voy a transmitirle las últimas palabras de mi madre; lo que quiere decir, hermano, que nada me habría impedido emprender la marcha.

—¡Eres una joven valiente, Nadia —repuso Miguel Strogoff—, y Dios mismo te conducirá!

Durante este primer día, la tarenta fue conducida rápidamente por los *yemschiks* que sucesivamente fueron relevándose en cada parada, de tal modo que las águilas de la montaña no hubieran creído deshonrado su nombre por aquellas águilas del camino real. El alto precio pagado por cada caballo y las propinas distribuidas a troche y moche eran sin duda una especial recomendación para los viajeros dadivosos.

Probablemente, a los maestros de posta llamaría la atención el hecho singular de que, después de la publicación del decreto del gobernador de Nijni-Novgorod, un joven y su hermana, evidentemente rusos los dos, pudieran viajar libremente a través de Siberia, cerrada para todos los demás, pero sus papeles estaban en regla y tenían el derecho de seguir adelante. Así, pues, los postes que señalaban los kilómetros del camino iban quedando detrás de la tarenta con gran rapidez.

Además, Miguel Strogoff y Nadia no eran los únicos que se dirigían desde Perm a Ekaterinburg, pues en las primeras paradas supo ya el correo del zar que otro carruaje iba delante del suyo; pero, como los caballos no le faltaban, no se preocupó mucho por ello.

Durante aquella jornada, las paradas sólo se hicieron para que los viajeros comiesen.

En las casas de posta se encuentra fácilmente lo necesario para hospedarse y para comer; pero, en defecto de éstas, la vivienda del campesino ruso no es menos hospitalaria.

En esas aldeas, que casi todas son iguales, con su capilla de paredes blancas y cubiertas de verde, el viajero puede llamar a cualquier puerta, en la seguridad de que, dondequiera que llame, le será franqueada la entrada en seguida. Saldrá el *mujik* con cara risueña, tenderá la mano a su huésped, le ofrecerá el pan y la sal, e inmediatamente será puesto al fuego el *samovar* para el viajero, que se encontrará allí como en su propia casa. En caso necesario, hasta saldrá la familia para dejarle libre el puesto.

El extranjero, cuando llega, es pariente de todos, es *el que Dios envía.*

Al llegar la noche, Miguel Strogoff, impulsado por una especie de instinto, preguntó al maestro de postas, en una de las paradas, cuántas horas de delantera le llevaba el carruaje que le precedía.

—Dos horas, padrecito —respondió el interpelado.

—¿Es una berlina?

—No, es una telega.

—¿Cuántos viajeros conduce?

—Dos.

—¿Van de prisa?

—Son águilas.

—Que enganchen al momento.

Miguel Strogoff y Nadia, decididos a no detenerse ni una hora, viajaron toda la noche.

El tiempo continuaba siendo bueno; pero advertíase que la atmósfera, que empezaba a hacerse pesada, iba saturándose de electricidad poco a poco. Ninguna nube oscurecía los rayos estelares, pero parecía que del suelo empezaba a levantarse una especie de vapor caliginoso. Era de temer que se desencadenase una tempestad en las montañas, y las tempestades allí son espantosas.

Miguel Strogoff, habituado a conocer los síntomas atmosféricos, presentía una próxima lucha de los elementos que no dejaba de preocuparle. Sin embargo, la noche transcurrió sin que ocurriera el menor incidente.

A pesar de los vaivenes de la tarenta, Nadia durmió durante algunas horas.

La capota del carruaje, medio levantada, permitía buscar el aire que los pulmones buscaban con avidez en aquella atmósfera asfixiante.

Miguel Strogoff, desconfiando de los *yemschiks,* que acostumbraban dormirse sobre su asiento, no durmió en toda la noche y, merced a esta constante vigilancia, no se perdió en las paradas ni siquiera una hora.

Al día siguiente, 20 de julio, a las ocho de la mañana, dibujáronse hacia Oriente los primeros perfiles de los montes Urales. Sin embargo, esta importante cordillera que separa la Rusia europea de Siberia, encontrábase aún a una distancia bastante grande y no se podía esperar llegar a ella antes del fin de la jornada.

El paso de las montañas debía, por consiguiente, efectuarse durante la próxima noche.

El cielo mantúvose constantemente nublado durante todo el día y, por tanto, la temperatura fue algo más soportable, pero el tiempo se presentaba sumamente borrascoso.

En aquellas circunstancias habría sido quizá más prudente no aventurarse a pasar la montaña durante la noche, y esto es lo que seguramente habría hecho Miguel Strogoff, si le hubiera sido permitido perder algún tiempo, pero cuando en algunas paradas el *yemschik* le llamó la atención

acerca de algunos truenos que resonaban en las profundidades del macizo montañoso, él se limitó a decir:

—¿Va todavía delante de nosotros una telega?

—Sí.

—¿Cuánta delantera nos lleva?

—Una hora aproximadamente.

—Adelante, pues, y triple propina si mañana por la mañana estamos en Ekaterinburg.

CAPÍTULO X

UNA TEMPESTAD EN LOS MONTES URALES

Los montes Urales, que se encuentran entre Europa y Asia, tienen una extensión de cerca de tres mil verstas (3.200 kilómetros). Dáseles el nombre de Urales y el de Poyas. con absoluta propiedad, porque ambas palabras, de origen tártaro la primera y rusa la otra, significan *cintura* en ambas lenguas. Nacen en el litoral del mar Ártico y terminan en las orillas del Caspio.

Tal era la frontera que tenía que atravesar Miguel Strogoff para pasar de Rusia a Siberia y, como ya se ha dicho, había procedido prudentemente al tomar el camino que va de Perm a Ekaterinburg, ciudad esta última que está situada en la vertiente oriental de los montes Urales, porque es la vía más fácil y segura y la que sirve de tránsito a todo el comercio del Asia central.

La noche debía ser tiempo suficiente para atravesar las montañas, si no ocurría incidente alguno; pero, desgraciadamente, no tardaron en oírse los primeros truenos de una tempestad, que, a juzgar por el estado particular de la atmósfera, debía de ser temible. La tensión eléctrica era tal, que sólo un choque violento podía resolverla.

Miguel Strogoff procuró que su joven compañera quedase instalada lo más cómodamente posible, a cuyo efecto adoptó las disposiciones oportunas: la capota de la tarenta fue sujetada sólidamente por medio de cuerdas que la cruzaban por encima y por detrás, para que no fuese arrebatada por un golpe de viento; se reforzaron los tirantes de los caballos y, para mayor precaución, se llenó de paja el cubo de las ruedas, tanto para asegurar la solidez de éstas como para aminorar el efecto de los choques, difíciles de evitar en una noche oscura. Además, el juego delantero y el posterior del carruaje, cuyos ejes estaban sujetos a la caja simplemente por unas clavijas, fueron unidos uno al otro por medio de una traviesa de madera asegurada por pernos y tornillos. Esta traviesa desempeñaba el oficio de la barra curva que une los dos ejes de las berlinas de suspensión.

Nadia ocupó su sitio en el fondo de la caja y Miguel Strogoff se sentó a su lado.

Delante de la capota, que había sido bajada por completo, colgaban dos cortinas de cuero que, en cierto modo, debían proteger a los viajeros contra el viento y la lluvia.

A la izquierda del asiento del *yemschik* habían sido fijados dos grandes faroles que lanzaban oblicuamente resplandores pálidos, poco a propósito para alumbrar el camino; pero eran los fuegos de posición del vehículo y, aunque apenas disipaban la oscuridad, servían por lo menos para impedir que chocara con otro carruaje que caminase en dirección contraria.

Obrando con prudencia, como se ve, habíanse adoptado todas las precauciones posibles, ante la perspectiva de la noche que amenazaba.

—Ya estamos preparados, Nadia —dijo Miguel Strogoff.

—Partamos, pues —respondió la joven.

Transmitíase la orden al *yemschik,* y la tarenta se puso en movimiento, subiendo las primeras pendientes de los montes Urales.

Eran las ocho de la tarde, el sol iba a desaparecer del horizonte y, aunque el crepúsculo es de larga duración en aquella latitud, había ya bastante sombra. La bóveda celeste parecía que estaba envuelta en densos vapores, que no eran agitados por la más leve ráfaga de viento; sin embargo, aunque permanecían inmóviles en dirección de uno a otro horizonte, no ocurría lo mismo en la dirección del cenit al nadir, pues la distancia que los separaba del sol iba disminuyendo visiblemente. Algunas de estas fajas de vapores despedían una especie de fosforescencia luminosa, describiendo, en apariencia, arcos de sesenta a ochenta grados, y cuyas zonas parecían irse aproximando poco a poco al suelo y tendiendo una red en torno a la montaña, como si en las alturas soplase un fuerte huracán que las empujara de arriba abajo.

El camino parecía ascender hacia aquellas gruesas nubes, que estaban ya en el último grado de condensación, por lo que era de temer que, dentro de poco, el camino y las nubes se confundieran. Si, en aquel momento, éstas no se resolvían en lluvia, la niebla sería tal, que la tarenta no podría continuar avanzando sin exponerse a caer en algún precipicio.

Sin embargo, la cordillera de los montes Urales no tiene más que una mediana elevación, pues su cima más alta no pasa de los cinco mil pies.

Las nieves eternas son allí desconocidas, porque las que deposita en sus cumbres el invierno siberiano son disueltas completamente por el sol del estío. Las plantas y los árboles crecen por doquier, y, como la explotación de las minas de hierro y cobre y los yacimientos de piedras preciosas necesitan un número bastante considerable de obreros, hay en aquellas montañas muchas aldeas, a las que se da el nombre de *zavody,* y el camino a través de los grandes desfiladeros es bastante practicable para las sillas de posta.

Pero lo que es fácil durante el buen tiempo y a plena luz, ofrece dificultades y peligros cuando los elementos luchan violentamente entre sí y el viajero se encuentra en la lucha.

Miguel Strogoff sabía ya, por experiencia, lo que es una tempestad entre los montes y creía, con razón, que este meteoro es tan temible como las ventiscas que durante el invierno se desencadenan allí con violencia incomparable.

Además, la lluvia no caía aún. Miguel Strogoff había levantado las cortinas de cuero que protegían el interior de la tarenta y miraba hacia delante examinando los bordes del camino que la luz vacilante de los faroles poblaba de siluetas fantásticas.

Nadia, inmóvil, con los brazos cruzados, miraba también, pero sin, inclinarse, mientras que su compañero, con el cuerpo casi fuera del carruaje, interrogaba al mismo tiempo al cielo y a la tierra.

La atmósfera estaba absolutamente tranquila, pero esta calma era amenazadora. No se movía aún ni una molécula de aire, como si la Naturaleza, medio sofocada, hubiese ya dejado de respirar y sus pulmones, es decir, sus nubes tristes y densas, atrofiadas por alguna causa, no pudiesen funcionar.

Sin el chirrido de las ruedas de la tarenta que aplastaba la grava del camino, el gemido de los cubos y los ejes de la máquina, la aspiración ruidosa de los caballos, a los que faltaba el aliento, y el ruido de sus herrados cascos, que arrancaban chispas al pisar, el silencio habría sido absoluto.

El camino estaba completamente desierto. La tarenta no se cruzaba con un solo peatón, ni con caballo ni con carruaje alguno, en aquellos estrechos desfiladeros del Ural y en una noche tan amenazadora. En el bosque no brillaba el fuego de ningún carbonero, ni en las canteras que estaban en explotación se veía campamento alguno de los mineros, ni había una sola cabaña perdida en la espesura. Para atreverse a cruzar la cordillera en aquellas condiciones era preciso tener motivos muy poderosos y, esto no obstante, Miguel Strogoff no había vacilado, no le era permitido vacilar, porque —y esto comenzaba a preocuparle singularmente—, ¿quiénes eran los viajeros de la telega que le precedía y qué grandes razones les impulsaban a cometer la imprudencia de viajar en semejantes condiciones? Durante algún tiempo, Miguel Strogoff se mantuvo en observación.

A las once de la noche, empezaron los relámpagos a iluminar el cielo y ya no cesaban de brillar, viéndose a su rápido fulgor aparecer y desaparecer la silueta de los grandes pinos que formaban espesos grupos en varios sitios de la cordillera.

Cuando la tarenta se aproximaba al borde del camino, la luz cárdena de los relámpagos iluminaba abismos profundos, abiertos a uno y otro lado.

De cuando en cuando, sonaba más bronco el ruido del carruaje, lo que revelaba que éste pasaba por encima de un puente de madera apenas labrada, tendido sobre un barranco, y debajo del cual parecía retumbar el trueno.

Además, el espacio no tardó en llenarse de monótonos zumbidos, que iban siendo tanto más graves cuanto más subía la tarenta a las alturas del cielo, y con las que se mezclaban los gritos y las interjecciones del *yems-*

chik, que tan pronto acariciaba como reñía a las pobres bestias, más fatigadas por la pesadez del aire que por la aspereza del camino.

El sonido de las campanillas de las varas no animaba ya a los caballos, a los que, por momentos, se les doblaban las piernas.

—¿A qué hora llegaremos a la cumbre del monte? —preguntó Miguel Strogoff al *yemschik*.

—A la una de la madrugada..., si llegamos —respondió éste moviendo la cabeza.

—Dime, pues, amigo, no es esta la primera tormenta que has visto en la montaña, ¿verdad?

—No, y haga Dios que tampoco sea la última.

—¿Tienes, acaso, miedo?

—No tengo miedo, pero te repito que has hecho mal en ponerte en camino.

—Peor habría hecho en no ponerme.

—¡Adelante, pues, palomas mías! —replicó el *yemschik*, como hombre que no está dispuesto a discutir y que tiene la obligación de obedecer.

En aquel momento oyóse un lejano estruendo, algo semejante al que produciría un millar de agudos y ensordecedores silbidos que atravesaran la atmósfera, hasta entonces en calma, y Miguel Strogoff vio, a la luz de un deslumbrador relámpago, al que siguió inmediatamente un trueno espantoso, un grupo de altos pinos torciéndose sobre una cima.

El huracán empezaba a desencadenarse, pero no agitaba todavía más que las altas capas del aire.

Algunos ruidos secos indicaban que los árboles, viejos o mal arraigados, no habían tenido poder suficiente para resistir al primer ataque de la borrasca, y un montón de troncos cayó rebotando de roca en roca con estrépito formidable, atravesó el camino y fue a parar al abismo de la izquierda, a doscientos pasos delante del carruaje.

Los caballos se detuvieron de pronto.

—¡Adelante, mis lindas palomas! —gritó el *yemschik*, y los chasquidos de su látigo se mezclaron con los ruidos del trueno.

Miguel Strogoff tomó la mano de Nadia.

—¿Duermes, hermana? —le preguntó.

—No, hermano.

—¿Estás dispuesta a todo? ¡Ya tenemos la tempestad encima!

—Estoy dispuesta.

La borrasca se aproximaba con la rapidez del rayo y Miguel Strogoff no tuvo tiempo más que para cerrar las cortinas de cuero de la tarenta.

El *yemschik*, saltando de su asiento, abalanzóse a la cabeza de los caballos para sujetarlos, porque un peligro inmenso amenazaba al carruaje.

Efectivamente, la tarenta, inmóvil, encontrábase a la sazón en un recodo del camino, por el que desembocaba la borrasca, y era preciso mante-

nerla contra el huracán para evitar que volcase y se precipitara al profundo abismo que se encontraba a la izquierda del camino.

Los caballos, rechazados por las ráfagas del viento, se encabritaban, y el conductor no los podía tranquilizar. En la boca de éste, a las interpelaciones cariñosas habían sucedido los calificativos más insultantes; pero era inútil, porque, cegadas las pobres bestias por los relámpagos y espantadas por los ruidos incesantes de los truenos que semejaban descargas de artillería, amenazaban romper las cuerdas que las tenían sujetas y huir.

Al ver esto, Miguel Strogoff precipitóse, de un salto, fuera de la tarenta y corrió a ayudar al *yemschik*. Afortunadamente el correo del zar estaba dotado de una fuerza nada común y logró contener a los caballos, aunque no sin gran esfuerzo.

Pero el huracán redobló entonces su furia.

El camino, en aquel paraje, ensanchábase en forma de embudo y por él penetraba la borrasca, como ocurre en las mangas de aireación tendidas al viento a bordo de las embarcaciones.

Al mismo tiempo, de lo alto de los taludes comenzaba a caer rodando un enorme montón de piedras y de troncos de árboles.

—Aquí no podemos permanecer —dijo Miguel Strogoff.

—¡No permaneceremos mucho tiempo! —exclamó el *yemschik* todo asustado, haciendo grandes esfuerzos para evitar que el huracán le arrebatase—. ¡La tempestad nos enviará pronto al pie de la montaña, por el camino más corto!

—¡Sujeta el caballo de la derecha! —respondió Miguel Strogoff—. Yo respondo del de la izquierda...

Un nuevo golpe de la borrasca interrumpió al correo del zar, viéndose obligado, lo mismo que el conductor, a arrojarse a tierra para no ser derribado; pero el carruaje, a pesar de los esfuerzos de ambos hombres y de los de los caballos, retrocedió algunas varas, y, a no haber sido por un tronco de árbol que lo detuvo, habría sido precipitado fuera del camino.

—¡No tengas miedo, Nadia! —gritó Miguel Strogoff.

—No tengo miedo —respondió la joven livonia, sin que su voz revelase la menor emoción.

Los truenos habían cesado un instante, y la espantosa borrasca, después de haber pasado el recodo que allí formaba el camino, se perdía en las profundidades del desfiladero.

—¿Quieres que descendamos? —inquirió el *yemschik*.

—Por el contrario, es preciso subir. Es preciso pasar este recodo. Más arriba, estaremos al abrigo del talud.

—Los caballos se niegan a andar.

—Haz como yo y tira de ellos hacia delante.

—¡Va a volver la borrasca!

—¿Obedecerás?

—¡Tú lo quieres!

—Es el Padre quien lo manda —respondió Miguel Strogoff, invocando por vez primera el nombre del emperador, aquel nombre todopoderoso en tres partes del mundo.

—¡Adelante, pues, golondrinas mías! —exclamó el *yemschik,* sujetando el caballo de la derecha, mientras Miguel Strogoff sujetaba el de la izquierda.

Los caballos, de este modo sujetos, volvieron a emprender la ruta, aunque penosamente, porque no podían inclinarse a ningún lado; el de varas, como no le molestaban en los costados, pudo mantenerse en el centro del camino, pero a los hombres y las bestias, azotados de frente por las ráfagas del huracán, les era imposible avanzar tres pasos sin retroceder uno o dos.

Deslizábanse, caían y volvían a levantarse, con lo cual el vehículo exponíase a cada momento a descomponerse. Si la capota no hubiese estado sólidamente sujeta, el primer golpe de viento se la habría llevado.

Miguel Strogoff y el *yemschik* emplearon más de dos horas en subir aquella parte del camino, que a lo sumo tendría media versta de largo y que tan directamente estaba expuesta al furor de la borrasca.

El peligro no estaba solamente en el formidable huracán que luchaba contra el carruaje y los que lo conducían, sino también muy especialmente en la lluvia de piedras y de troncos derribados que la montaña despedía y arrojaba sobre ellos.

De pronto, y a luz de un relámpago, vieron que uno de aquellos pedruscos se movía con creciente rapidez y rodaba en dirección a la tarenta. El *yemsehik* lanzó un grito.

Miguel Strogoff dio un fuerte latigazo a los caballos para hacerles avanzar, pero no obedecieron.

¡Algunos pasos solamente y el pedrusco habría pasado por detrás del vehículo!

Miguel Strogoff, en un vigésimo de segundo, vio la tarenta deshecha y a la joven livonia aplastada, y comprendió que no podía sacar del carruaje viva a su compañera...

En aquel inminente trance, púsose detrás del vehículo, arrimó su espalda al eje, arqueó los pies fijándolos en el suelo y, encontrando en el inmenso peligro una fuerza sobrehumana, consiguió hacer avanzar algunos pasos el pesado carruaje.

El enorme pedrusco, al pasar, rozó el pecho del joven y le cortó la respiración, como habría hecho una bala de cañón. El choque arrancó chispas a los guijarros del camino.

—¡Hermano! —exclamó, espantada, Nadia que, a la luz de un relámpago, había visto toda la escena.

—¡Nadia! —respondió Miguel Strogoff—. ¡Nadia, no temas nada...!

—¡No es por mí por quien podría temer!

—¡Dios está con nosotros, hermana!

—¡Conmigo seguramente está, hermano, puesto que te ha puesto en mi camino! —murmuró la joven.

El avance de la tarenta, debido al esfuerzo de Miguel Strogoff, no debía ser desaprovechado, y así ocurrió en efecto, porque, merced a él, los caballos recobraron su primera posición y, arrastrados, por decirlo así, por el correo del zar y por el *yemschik,* subieron la pendiente hasta llegar a una estrecha garganta, orientada al Sur y al Norte, donde podían refugiarse contra los asaltos directos de la tormenta.

El talud de la derecha formaba allí una especie de rellano, debido a la saliente de una enorme roca que ocupaba el centro de un ventisquero.

El viento no se arremolinaba allí y el lugar era sostenible, mientras que en la circunferencia de aquel centro ni hombres ni caballos habrían podido resistir.

Y, efectivamente, algunos abetos, cuya cima era más alta que la arista de la roca, fueron desmochados en un abrir y cerrar de ojos, como si una guadaña gigantesca hubiese nivelado el talud al ras de su ramaje.

La tempestad estaba entonces en todo su apogeo. Los relámpagos iluminaban el desfiladero, el trueno no cesaba de retumbar un instante y el suelo, estremecido bajo aquellos golpes furiosos, parecía temblar, como si el macizo montañoso de los Urales estuviese sometido a una general trepidación.

Afortunadamente, la tarenta había podido ser colocada en una profunda anfractuosidad que la borrasca no combatía directamente; pero no estaba, sin embargo, tan bien defendida, que no sufriese de cuando en cuando sacudidas violentas a causa de los choques del huracán en las aristas salientes del talud.

Cuando esto ocurría, el carruaje chocaba contra la pared de la roca y esperábase de un momento a otro que se hiciese mil pedazos.

Nadia vióse obligada a abandonar el sitio que ocupaba, y Miguel Strogoff, después de registrar las inmediaciones a la luz de uno de los faroles, descubrió una excavación hecha por el pico de algún minero y en la que la joven se podría refugiar hasta que se reanudara el viaje.

En aquel momento —era la una de la madrugada— comenzó a llover, y pronto las ráfagas de agua y viento adquirieron extremada violencia, sin que lograsen, sin embargo, apagar los fuegos del cielo.

Semejante complicación imposibilitaba la marcha en absoluto.

Por consiguiente, Miguel Strogoff, cualquiera que fuese su impaciencia, y fácilmente se comprende que sería mucha, viose obligado a dejar que pasase lo más fuerte de la tormenta.

Llegado que hubiese a la estrecha garganta que atraviesa el camino de Perm a Ekaterinburg, le bastaba descender por las pendientes de los montes Urales, y el descenso en semejantes circunstancias, por un suelo surcado por mil torrentes y entre torbellinos de aire y de agua, era jugarse la vida, era correr al abismo.

—Es grave tener que esperar —dijo entonces Miguel Strogoff—, pero es, sin duda, el medio de evitar mayor retraso. La violencia de la tempestad me hace suponer que pasará pronto, y como a las tres de la mañana empezará a amanecer, el descenso, que ahora en la oscuridad no podemos arriesgarnos a efectuar, será, si no fácil, por lo menos posible a la luz del sol.

—Esperemos, hermano —repuso Nadia—; pero, si retrasas la partida, no lo hagas por evitarme una fatiga o un peligro.

—Nadia, sé que estás decidida a arrostrarlo todo; pero nos comprometemos los dos, y yo arriesgo más que mi vida y más que la tuya, porque pongo en peligro la misión que se me ha confiado y falto al deber que ante todo tengo que cumplir.

—¡Un deber...! —murmuró Nadia.

En aquel momento, un relámpago que, por decirlo así, pareció que volatilizaba la lluvia, rasgó el cielo e iluminó el espacio; sonó un golpe seco, el aire se impregnó de un olor sulfuroso y casi asfixiante, y un grupo de altos pinos, heridos por el rayo a pocos pasos de la tarenta, se inflamó rápidamente como gigantesca antorcha.

El *yemschik,* arrojado a tierra por una especie de choque que repercutió en torno suyo, se levantó sin que afortunadamente sufriese lesión alguna.

Después, el trueno fue alejándose poco a poco hasta desaparecer en las profundidades de la montaña y Miguel Strogoff sintió que la mano de Nadia se apoyaba fuertemente en la suya, mientras que la joven le murmuraba al oído:

—¡Gritos, hermano! Escucha.

CAPÍTULO XI

VIAJEROS EN APUROS

Efectivamente, durante aquel breve intervalo de calma, oyéronse gritos hacia la parte superior del camino y a una distancia bastante próxima a la anfractuosidad que servía de abrigo a la tarenta.

Eran como un llamamiento desesperado que lanzaba algún viajero que evidentemente se encontraba en situación apurada.

Miguel Strogoff escuchó atentamente.

El *yemschik* escuchó también, pero moviendo la cabeza, como si le pareciera imposible responder a aquella llamada.

—¡Son viajeros que piden socorro! —exclamó Nadia.

—¡Si no cuentan más que con nosotros...! —respondió el *yemschik.*

—¿Por qué no? —replicó Miguel Strogoff—. No debemos dejar de hacer por ellos lo que ellos hubieran hecho por nosotros en circunstancias parecidas.

—¡Pero no vas a exponer el carruaje y los caballos...!

—Iré a pie —repuso Miguel Strogoff, interrumpiendo al *yemschik.*

—Yo te acompañaré, hermano —dijo la joven livonia.

—No; quédate, Nadia. El *yemschik* permanecerá a tu lado; no quiero dejarle solo...

—Me quedaré —contestó Nadia.

—Ocurra lo que ocurra, no abandones un solo instante este refugio.

—Me encontrarás donde estoy.

Miguel Strogoff estrechó la mano de su compañera y, salvando la vuelta del talud, no tardó en desaparecer en la sombra.

—Tu hermano hace mal —dijo el *yemschik* a la joven.

—Mi hermano hace bien —respondió Nadia.

Mientras tanto, Miguel Strogoff marchaba rápidamente, camino arriba, no sólo porque tenía gran deseo de socorrer a los que habían lanzado los gritos llamando en su auxilio, sino también porque le interesaba más aún saber quiénes eran los viajeros que, a pesar de la tempestad, se aventuraban a atravesar la montaña. No podía dudar que éstos eran los que iban en la telega que precedía siempre a su carruaje.

La lluvia había cesado, pero la borrasca redoblaba su violencia.

Los gritos, llevados por la corriente atmosférica, oíanse cada vez más distintos.

Desde el sitio en que Miguel Strogoff había dejado a Nadia no podía verse nada. El camino era sinuoso y la luz de los relámpagos no dejaba apreciar más que el saliente de las rocas del talud que avanzaban sobre la carretera.

Las ráfagas de viento, al chocar bruscamente con todos aquellos ángulos, formaban remolinos difíciles de atravesar, y Miguel Strogoff necesitaba una fuerza poco común para resistirlos.

Evidentemente, los viajeros, cuyos gritos se oían, no debían de estar lejos, porque, aunque Miguel Strogoff no pudiese verlos aún, ya porque hubieran sido lanzados fuera del camino, ya porque la oscuridad los ocultara a sus ojos, sus palabras se percibían con bastante claridad.

He aquí lo que oyó, y que, por cierto, no dejó de producirle alguna sorpresa:

—¡Zopenco! ¿Volverás?

—¡Te haré azotar en la próxima parada!

—¿Lo oyes, postillón del diablo? ¡Eh!

—¡Así es como le conducen a uno en este lejano país!

—¡Y esto es lo que se llama una telega!

—¡Eh, triple bruto! ¡Sigue marchando y no se para, sin advertir que nos deja en el camino!

—¡Tratarme así, a mí, un inglés acreditado! ¡Presentaré mis quejas en la cancillería y le haré colgar!

El que hablaba así estaba realmente poseído de una gran cólera; pero, inmediatamente después, parecióle a Miguel Strogoff que el segundo interlocutor adoptaba el partido de resignarse, porque sonó una gran carcajada que, en medio de aquella escena, no podía ser más intempestiva y a la que siguieron las siguientes palabras:

—¡Tiene gracia! ¡Decididamente, esto es muy chistoso!

—¡Se atreve usted a reírse! —repuso en tono algo agrio el ciudadano del Reino Unido.

—¡Claro que sí, querido colega, y de todo corazón! Es lo mejor que puede hacerse y le invito a hacer otro tanto. ¡Palabra de honor, es una cosa demasiado chistosa y jamás vista!

En aquel momento, un trueno espantoso retumbó en el desfiladero con estruendo horrible y los ecos de la montaña lo multiplicaron en grandiosa proporción.

Luego, cuando el ruido se extinguió por completo, la voz alegre continuó diciendo aún:

—¡Sí, extraordinariamente chistoso! ¡Esto seguramente no ocurrirá en Francia!

—¡Ni en Inglaterra! —agregó el inglés.

Miguel Strogoff vio a veinte pasos de él, en el camino, muy iluminado entonces por los relámpagos, a dos viajeros, sentados uno junto al otro, en el banco de atrás de un singular vehículo, que parecía estar profundamente atascado en algún bache.

Se aproximó a ellos y vio que, mientras el uno reía a carcajadas, el otro no cesaba de renegar. Los reconoció; eran los dos corresponsales de periódicos que, embarcados en el *Cáucaso,* habían viajado en su compañía desde Nijni-Novgorod a Perm.

—¡Eh, buenos días, señor! —exclamó el francés—. ¡Estoy encantado de verle en estas circunstancias! Permítame usted que le presente a mi enemigo íntimo, el señor Blount.

El reportero inglés saludó, y quizá iba, a su vez, a presentar a su colega Alcides Jolivet, según las reglas de la etiqueta, cuando Miguel Strogoff le interrumpió:

—Es inútil, señores, nos conocemos ya, puesto que hemos viajado juntos por el Volga.

—¡Ah, muy bien! ¡Perfectamente, señor...!

—Nicolás Korpanoff, negociante de Irkutsk —respondió Miguel Strogoff—. Pero, ¿quieren ustedes decirme qué aventura, tan lamentable para el uno como chistosa para el otro, les ha ocurrido?

—Usted juzgará, señor Korpanoff —respondió Alcides Jolivet—. Imagínese usted que nuestro postillón ha proseguido la marcha con el juego delantero de su infernal vehículo, dejándonos plantados sobre el juego trasero de su absurdo carruaje, la peor mitad de una telega para dos, sin guía y sin caballos. ¿No es esto absoluta y superlativamente chistoso?

—¡No chistoso del todo! —rectificó el inglés.

—Sí lo es, colega. Usted, realmente, no sabe tomar las cosas por su mejor lado.

—Pero, ¿cómo, quiere usted decirnos, podremos continuar nuestro viaje? —preguntó Enrique Blount.

—Nada más sencillo —contestó Alcides Jolivet—. Usted se engancha en lo que nos queda del carruaje, yo empuño las riendas y le llamo pichoncito, como un verdadero *yemschik,* y usted marcha como una verdadera caballería.

—Señor Jolivet —respondió el inglés—, esa broma pasa de los límites, y...

—Tranquilícese, compañero. Cuando usted se canse, yo le reemplazaré y tendrá derecho a llamarme caracol o tortuga, si no lo conduzco como un tren del infierno.

Alcides Jolivet hablaba con tan manifiesto buen humor, que Miguel Strogoff no pudo dejar de sonreírse.

—Señores —dijo entonces—, hay otra cosa mejor que hacer. Nosotros hemos llegado hasta aquí, la garganta superior de la cordillera del Ural, y no tenemos, por consiguiente, más que descender las pendientes de la

montaña. Mi carruaje está cerca, quinientos pasos más atrás; prestaré a ustedes uno de mis caballos, se enganchará a la caja de la telega y mañana, si no ocurre algún contratiempo, llegaremos juntos a Ekaterinburg.

—Señor Korpanoff —respôndió Alcides Jolivet—, esa es una proposición que revela que tiene usted un corazón generoso.

—Agregaré, señor —siguió diciendo Miguel Strogoff—, que si no les invito a ustedes a montar en mi tarenta es porque en ella no hay más que dos asientos, que son los que ocupamos mi hermana y yo.

—Gràcias, de todos modos, señor —dijo Alcides Jolivet—; pero mi colega y yo iremos hasta el fin del mundo con el caballo que usted nos preste y el juego trasero de nuestra telega.

—Señor —agregó Enrique Blount—, aceptamos su generosa oferta. En cuanto a ese *yemschik*...

—¡Oh! Crea usted que no es esta la vez primera que ocurre semejante aventura —interrumpió Miguel.

—Pero, ¿por qué no vuelve entonces? Él sabrá perfectamente que nos ha dejado atrás, ¡el miserable!

—¡Él! Seguramente no lo sabe.

—¡Cómo! ¿Ignora que su telega se ha dividido en dos partes?

—Lo ignora, y con la mejor fe del mundo conduce el juego delantero de su carruaje a Ekaterinburg.

—¡Cuando le decía yo a usted, colega, que esto es una cosa muy chistosa! —exclamó Alcides Jolivet.

—Señores —repuso Miguel Strogoff—, si quieren ustedes seguirme, iremos a buscar mi carruaje y...

—Pero, ¿y la telega? —interrumpió el inglés.

—No tema usted que vuele, mi querido señor Blount —replicó Alcides Jolivet—. Ahí está tan arraigada en el suelo que, si la dejamos, echará hojas en la próxima primavera.

—Vengan, pues, señores —dijo Miguel Strogoff—, y traeremos aquí la tarenta.

El francés y el inglés descendieron de la banqueta del fondo de su medio carruaje, convertida en asiento delantero, y siguieron a Miguel Strogoff.

Mientras caminaban, Alcides Jolivet charlaba con su habitual buen humor, que ningún contratiempo podía hacerle perder.

—Indudablemente, señor Korpanoff —dijo a Miguel Strogoff—, nos saca usted de un gran atolladero.

—Yo no hago —respondió éste— más que lo que otro cualquiera hubiese hecho en mi lugar. Si los viajeros no se prestasen ayuda unos a otros, habría que cerrar los caminos.

—Me encargo de darle la compensación. Si va usted a las estepas, es posible que nos encontremos allí y...

Alcides Jolivet no preguntaba directamente a Miguel Strogoff a dónde iba, pero él, no queriendo disimular, se apresuró a decir:

—Voy a Omsk, señores.

—Pues el señor Blount y yo —replicó Alcides Jolivet— vamos camino adelante, donde es posible que recibamos algún balazo, pero donde seguramente cazaremos alguna noticia.

—¿Van a las provincias invadidas? —inquirió Miguel Strogoff con cierto apresuramiento.

—Precisamente, señor Korpanoff, y es probable que no volvamos a encontrarnos.

—Efectivamente —respondió Miguel Strogoff—, no me agradan los disparos de fusil ni los golpes de lanza, y soy, por naturaleza, demasiado pacífico para aventurarme a ir donde se baten.

—Lo siento, señor; lo siento realmente, porque, en este caso, nos tendremos que separar pronto. Pero, al salir de Ekaterinburg, quizá nuestra buena estrella haga que viajemos todavía juntos, aunque sólo sea durante algunos días.

—¿Ustedes van a Omsk? —preguntó Miguel Strogoff, después de un momento de reflexión.

—No sabemos nada todavía —respondió Alcides Jolivet—; pero, con seguridad, iremos directamente hasta Ichim y, una vez allá, procederemos con arreglo a los acontecimientos.

—En ese caso, señores —dijo Miguel Strogoff—, iremos juntos hasta Ichim.

A él le habría, indudablemente, agradado más viajar solo; pero no podía separarse de dos viajeros que iban a seguir el mismo camino que él sin que esto llamase la atención. Además, puesto que Alcides Jolivet y el compañero de éste tenían el propósito de detenerse en Ichim, sin continuar inmediatamente hacia Omsk, él no tenía inconveniente en ir en su compañía durante esta parte del camino.

—Queda convenido, señores —dijo Miguel Strogoff—; viajaremos juntos —y luego, con afectada indiferencia, preguntó—: ¿Saben ustedes con certeza hasta qué punto han llegado los tártaros en su invasión?

—Le aseguro, señor —respondió Alcides Jolivet—, que sólo sabemos lo que en Perm se decía. Los tártaros de Féofar-Kan han invadido toda la provincia de Semipalatinsk y desde hace algunos días caminan a marchas forzadas siguiendo el curso del Irtich. Es preciso, pues, que se dé prisa si desea llegar a Omsk antes que ellos.

—Tiene usted razón —asintió Miguel Strogoff.

—También se decía que el coronel Ogareff había conseguido atravesar la frontera disfrazado y que no podía tardar en reunirse con el jefe tártaro en el centro mismo del país sublevado.

—Pero, ¿cómo se ha sabido? —preguntó Miguel Strogoff, a quien interesaban directamente estas noticias, más o menos verídicas.

—Como se sabe todo —respondió Alcides Jolivet—. Las noticias las esparce el viento.

—Pero, ¿tiene usted serios motivos para creer que el coronel Ogareff está en Siberia?

—Sí, y hasta he oído decir que ha debido seguir la ruta de Kazán a Ekaterinburg.

—¡Ah! ¿Usted sabía eso, señor Jolivet? —dijo entonces Enrique Blount, a quien la observación del corresponsal francés sacó de su mutismo.

—Lo sabía —respondió Alcides Jolivet.

—¿Y sabía usted también que debía ir disfrazado de bohemio? —preguntó Enrique Blount.

—¡De bohemio! —exclamó casi involuntariamente Miguel Strogoff, que recordó entonces la presencia del viejo gitano en Nijni-Novgorod, su viaje a bordo del *Cáucaso* y su desembarco en Kazán.

—Sabía lo bastante para hacerle objeto de una carta que he dirigido a mi prima —respondió Alcides Jolivet, sonriéndose.

—No ha perdido usted el tiempo en Kazán —repuso con sequedad el inglés.

—No lo he perdido, querido colega, pues mientras el *Cáucaso* se aprovisionaba, yo hacía también mis provisiones.

Miguel Strogoff no prestaba atención a las observaciones que Enrique Blount y Alcides Jolivet se hacían mutuamente; recordaba la banda de bohemios, al viejo gitano cuyo rostro no había podido ver, a la extraña mujer que le acompañaba y la singular mirada que ésta le había dirigido, y trataba de reunir en su imaginación todos los detalles de aquel encuentro, cuando allí cerca sonó un disparo de arma de fuego.

—¡Adelante, señores, adelante! —exclamó.

—¡Cáscaras! —contestó Alcides Jolivet—. Para ser un digno negociante que huye de las balas, va demasiado aprisa al encuentro de ellas.

Y, seguido de Enrique Blount, que no solía quedarse atrás, corrió tras las huellas de Miguel Strogoff.

Algunos momentos después llegaron los tres al saliente de la roca bajo el cual se encontraba la tarenta, a la vuelta del camino.

El grupo de pinos quemado por el rayo continuaba ardiendo. En el camino no se veía a nadie, pero Miguel Strogoff no podía haberse engañado; el ruido de un disparo de arma de fuego había llegado claramente a sus oídos.

De repente se oyó un formidable gruñido y más allá del talud resonó una segunda detonación.

—¡Un oso! —exclamó Miguel Strogoff, que no podía confundir aquel gruñido con el de cualquier otro animal—. ¡Nadia! ¡Nadia!

Y, desenvainando el puñal que llevaba en el cinturón, dio un salto formidable y se precipitó en la especie de gruta en que la joven había prometido esperarle.

Los pinos, que entonces ardían desde el tronco hasta las ramas, iluminaban vivamente la escena.

En el momento en que llegó Miguel Strogoff al lugar en que estaba la tarenta, una enorme masa retrocedió hasta él.

Era un oso grandísimo que, expulsado, sin duda, de los bosques que erizaban aquella pendiente de los Urales por la tempestad, había ido a refugiarse a la gruta, su retiro habitual, que Nadia ocupaba entonces.

Dos de los caballos, atemorizados por la presencia del enorme animal, después de romper las cuerdas que los sujetaban, habían emprendido la fuga, y el *yemschik,* no pensando más que en las bestias y olvidando que la joven se quedaba sola con el oso, púsose en seguimiento de aquéllas.

Sin embargo, la valerosa Nadia no perdió la cabeza. El oso, que no la había visto aún, se dirigió al caballo de varas, que no había huido, y la joven, saliendo de la anfractuosidad en que estaba refugiada, corrió al carruaje, tomó uno de los revólveres de Miguel Strogoff y, marchando resueltamente hacia la fiera, le disparó el arma a bocajarro.

El animal, ligeramente herido en la espaldilla, revolvióse contra la joven, que trataba de evitarlo dando vueltas en derredor del carruaje, cuyo caballo hacía esfuerzos por romper sus ligaduras; pero si los caballos se perdían entre los montes, el viaje quedaba comprometido, y, comprendiéndolo así Nadia, fue recta hacia el oso y con sorprendente sangre fría, en el momento en que la fiera iba a dejarle caer las patas sobre su cabeza, le hizo un segundo disparo de revólver.

Esta segunda detonación fue la que Miguel Strogoff acababa de oír a pocos pasos de él; pero éste se encontraba ya allí, y de un salto se interpuso entre el oso y la joven, hizo un solo movimiento de abajo arriba con el brazo, y la enorme bestia, abierta en canal, cayó sobre el suelo como una masa inerte.

Fue aquel uno de los mejores golpes de los afamados cazadores siberianos, que tienen especial cuidado en no estropear la preciosa piel de los osos, que obtiene subido precio en el mercado.

—¿No estás herida, hermana? —preguntó Miguel Strogoff acercándose precipitadamente a la joven livonia.

—No, hermano —respondió Nadia.

En aquel momento llegaron los dos periodistas.

Alcides Jolivet lanzóse a la cabeza del caballo, y es necesario creer que tenía el puño muy fuerte, porque consiguió sujetarlo.

Su compañero y él habían visto la rápida maniobra de Miguel Strogoff.

—¡Diablo! —exclamó Alcides Jolivet—. Para no ser más que un simple negociante, señor Korpanoff, maneja usted con mucha habilidad el cuchillo de caza.

—Con muchísima habilidad —agregó Enrique Blount.

—Los siberianos, señores —respondió Miguel Strogoff—, estamos obligados a hacer un poco de todo.

Alcides Jolivet contempló entonces al joven.

Visto a plena luz, con el cuchillo ensangrentado en la mano, su elevada estatura, su aspecto resuelto y con el pie puesto sobre el oso que acababa de matar, Miguel Strogoff estaba realmente hermoso.

«¡Bravo mozo!», pensó Alcides Jolivet.

Y avanzando entonces respetuosamente, con el sombrero en la mano, saludó a la joven.

Nadia contestó a este saludo con una ligera inclinación.

Alcides Jolivet, volviéndose entonces hacia su compañero, le dijo:

—¡La hermana es digna del hermano! Si yo me volviera oso, no me pondría frente a esta temible y hermosa pareja.

Enrique Blount, derecho como una estaca, manteníase a una gran distancia, con el sombrero en la mano, contrastando su rigidez habitual con la desenvoltura de su compañero.

En aquel momento reapareció el *yemschik*, que había logrado apoderarse de los dos caballos que se habían dado a la fuga, y dirigió una mirada de sentimiento al magnífico animal que, tendido en tierra, debía quedar abandonado a la voracidad de las aves de rapiña. Después se ocupó en enganchar las caballerías.

Miguel Strogoff le informó de la situación en que se encontraban los dos viajeros y de su proyecto de cederles un caballo de la tarenta.

—Como te plazca —respondió el *yemschik*—. Pero dos carruajes en vez de uno...

—¡Bien, amigo! —repuso Alcides Jolivet, que comprendió la insinuación—. Se te pagará doble.

—¡Adelante, pues, tortolitas mías! —exclamó el *yemschik*.

Nadia había subido de nuevo a la tarenta, que Miguel Strogoff y sus dos compañeros seguían a pie.

Eran las tres de la madrugada. La borrasca, que había empezado a decrecer, no soplaba con tanta violencia en el desfiladero, y la cuesta del camino se concluyó de subir con bastante rapidez.

Cuando los primeros resplandores de la aurora aparecieron por Oriente, llegó la tarenta al lugar en que la telega se encontraba profundamente empotrada aún hasta el cubo de las ruedas. Al verla, comprendíase perfectamente cómo se había operado la separación de sus dos partes.

Por medio de cuerdas enganchóse uno de los caballos de la tarenta a la caja de la telega, en el banco de la cual volvieron a ocupar su sitio los periodistas, e inmediatamente después pusiéronse todos en marcha, que no ofrecía dificultad alguna, porque no tenían que hacer otra cosa que bajar las cuestas del Ural.

Seis horas después llegaron a Ekaterinburg los dos carruajes, uno en pos del otro, sin que durante esta segunda parte de su viaje les hubiese ocurrido el menor contratiempo.

La primera persona a quien vieron los periodistas en la puerta de la casa de postas fue a su *yemschik,* que parecía que estaba esperándolos.

Aquel digno ruso, cuya figura era realmente agradable, avanzó hacia sus viajeros, sonriente y sin el menor embarazo, tendiéndoles la mano para recibir propina.

La verdad obliga a decir que el furor de Enrique Blount estalló en aquel momento con tal violencia británica que, si el *yemschik* no hubiese prudentemente retrocedido, habría recibido en pleno rostro un soberbio puñetazo, dado, según todas las reglas del boxeo, como pago de la propina reclamada.

Alcides Jolivet, al ver el enojo de su colega, comenzó a reír de tan buena gana como quizá no se habría reído en su vida.

—¡Tiene razón ese pobre diablo! —exclamó—. Está en su derecho, mi querido colega, al reclamar la propina, porque no es responsable de que nosotros no hayamos encontrado el medio de seguirle.

Luego, sacó de sus bolsillos algunos kopeks y, poniéndoselos al *yemschik* en la mano, le dijo:

—Toma, amigo, guárdatelos. Si no los has ganado no es tuya la culpa.

Esto redobló la irritación de Enrique Blount, que afirmaba que iba a procesar al maestro de posta.

—¡Un proceso en Rusia! —exclamó Alcides Jolivet—. Compañero, si las cosas no han cambiado en este país, usted no le verá el término. ¿No sabe, entonces, la historia de aquella nodriza rusa que reclamó a la familia del niño a quien había alimentado los honorarios de doce meses de lactancia?

—No la sé —respondió Enrique Blount.

—Entonces, ¿ignora usted también lo que era ya el niño cuando se celebró el juicio en que se condenó a la familia a pagar a la nodriza?

—¿Qué era, pues?

—¡Coronel de húsares de la guardia!

Al oír esta respuesta, todos se pusieron a reír.

Alcides Jolivet, complacido del efecto que produjo en los circunstantes el relato de la anécdota, sacó el *carnet* de su bolsillo y escribió, sonriéndose, la siguiente nota, destinada a figurar en el diccionario de la lengua moscovita:

«Telega: Carruaje ruso que tiene cuatro ruedas cuando se pone en marcha y dos cuando llega a su destino.»

CAPÍTULO XII

UNA PROVOCACIÓN

Ekaterinburg es, geográficamente, una ciudad de Asia, porque está situada más allá de los montes Urales, en las últimas estribaciones de la cordillera, a pesar de lo cual depende del Gobierno de Perm y está, por consiguiente, comprendida en una de las grandes divisiones de la Rusia europea. Debe, sin embargo, haber alguna razón que justifique esta usurpación administrativa, porque es como un trozo de Siberia que queda entre las garras rusas.

En una ciudad tan importante, que había sido fundada el año 1723, Miguel Strogoff y los dos corresponsales extranjeros no debían tropezar con inconvenientes para proveerse de medios de locomoción.

La primera casa de monedas de todo el Imperio está en Ekaterinburg; allí está también concentrada la dirección general de las minas, y, como Rusia es un país en que hay muchas fábricas metalúrgicas y otras explotaciones y donde se lavan el platino y el oro, la citada ciudad es, por consiguiente, un centro industrial de gran importancia.

En aquella época había aumentado muchísimo la población de Ekaterinburg por haber afluido allí los rusos y los siberianos amenazados por la invasión tártara, después de haber evacuado las provincias invadidas ya por las hordas de Féofar-Kan, y principalmente el país de los kirguises, que se extiende al sudoeste del Irtich hasta alcanzar las fronteras del Turkestán.

Por tanto, si los medios de locomoción para ir a Ekaterinburg habían debido escasear, debían, por el contrario, estar en abundancia para salir, puesto que, en semejantes circunstancias, no serían muchos los viajeros que se aventurasen a recorrer los caminos siberianos.

De este cúmulo de circunstancias resultó que Enrique Blount y Alcides Jolivet encontraron fácilmente el medio de reemplazar por una telega completa la famosa media telega que, bien o mal, los había llevado a Ekaterinburg.

En cuanto a Miguel Strogoff, la tarenta le pertenecía y, como no había sufrido deterioro en su viaje a través de los montes Urales, le bastó engan-

char a ella tres buenos caballos para proseguir rápidamente su viaje con dirección a Irkutsk.

Hasta Tiumen y, más aún, hasta Novo-Zaimskoe, el camino era muy quebrado todavía en las caprichosas ondulaciones del suelo en que nacen las primeras estribaciones del Ural; pero, después de Novo-Zaimskoe, empezaba la inmensa estepa que se extiende hasta cerca de Kranoiarsk, en un espacio de mil setecientas verstas aproximadamente (1.815 kilómetros).

Los dos corresponsales, como ya se ha dicho, tenían el propósito de detenerse en Ichim, o, lo que es lo mismo, a seiscientas treinta verstas de Ekaterinburg, y desde allí, si los acontecimientos lo exigían, encaminarse a través de las regiones invadidas, juntos o separadamente, a donde su instinto de cazadores de noticias los condujese, tras una u otra pista.

Ahora bien, este camino de Ekaterinburg a Ichim —que luego sigue hasta Irkutsk— era el único que Miguel Strogoff podía tomar; pero, como él no corría tras las noticias, sino que, por el contrario, quería evitar en lo posible el país devastado por los invasores, estaba decidido a no detenerse en parte alguna.

—Señores —dijo a sus nuevos compañeros de viaje—, tendría mucha satisfacción en hacer en compañía de ustedes una parte de mi viaje, pero debo prevenirles que tengo necesidad absoluta de llegar cuanto antes a Omsk, porque mi hermana y yo vamos a reunirnos con nuestra madre, y ¡quién sabe si podremos llegar antes que la ciudad sea invadida por los tártaros! Por consiguiente, no me detendré en las casas de posta más que el tiempo preciso para cambiar de caballos y viajaré día y noche.

—Nosotros tenemos también el propósito de hacer lo mismo —respondió Enrique Blount.

—Sea —replicó Miguel Strogoff—; pero no pierdan ustedes un momento. Alquilen o compren un carruaje...

—Cuyo juego trasero —interrumpió Alcides Jolivet— pueda llegar a Ichim al mismo tiempo que el juego delantero.

Media hora más tarde el activo francés había encontrado, con facilidad en esta ocasión, una tarenta casi semejante a la de Miguel Strogoff y en la que su compañero y él no tardaron en instalarse.

Miguel Strogoff y Nadia subieron a su carruaje y, al mediodía, ambas tarentas salieron de Ekaterinburg juntas.

Al fin, Nadia se encontraba ya en Siberia, recorriendo el largo camino que conduce a Irkutsk. ¿Cuáles debían ser entonces los pensamientos de la joven livonia? ¡Tres caballos la llevaban rápidamente a través de aquella tierra de destierro, donde su padre estaba condenado a vivir, quizá durante mucho tiempo, y lejos de su país natal! Pero casi no veía las largas estepas que se desarrollaban ante sus ojos y que, por un momento, le estuvieron prohibidas; ¡porque su mirada iba más lejos que el horizonte, detrás del cual pretendía divisar el rostro del desterrado! No le interesaba nada del país que atravesaba, a la velocidad de quince verstas por hora; nada de

aquellas comarcas de la Siberia occidental, tan diferentes de las del Este, le llamaba la atención.

En efecto, aquí veíanse pocos campos cultivados, un suelo pobre, al menos en la superficie, porque en sus entrañas encerraba hierro, cobre, platino y oro en abundancia, y, por consiguiente, había explotaciones industriales por doquier; pero, en cambio, rara vez se distinguía un establecimiento agrícola. ¿Cómo iban a encontrarse brazos para cultivar la tierra, sembrar los campos y recoger las mieses, cuando lo más productivo era arrancar al suelo su riqueza por medio de minas o a fuerza de pico? Aquí el labrador ha cedido su puesto al minero y el pico se ve en todas partes, mientras el arado no se ve en ninguna.

Sin embargo, el pensamiento de Nadia abandonaba de cuando en cuando las lejanas provincias del lago Baikal para fijarse en su situación presente. La imagen de su padre esfumábase un poco en su memoria, siendo sustituida por la de su generoso compañero, a quien había visto por primera vez en el camino de hierro de Wladimir, donde la Providencia sin duda lo había puesto a su paso.

Luego recordaba las atenciones que le había prodigado él durante el viaje, su llegada a la oficina de policía de Nijni-Novgorod, la cordial sencillez con que le había hablado dándole el nombre de hermana, la solicitud con que le había atendido durante la travesía del Volga, y, por último, todo cuanto en su favor había hecho durante aquella terrible noche de tempestad a través de los montes Urales, para defender su vida arriesgando la propia.

Nadia pensaba, pues, en Miguel Strogoff y daba gracias a Dios por haber puesto en su camino a aquel protector tan valiente, a aquel amigo tan generoso como discreto, a cuyo lado y bajo su guarda se consideraba completamente segura.

¡Un verdadero hermano no habría podido hacer más por ella! Nadia no temía tropezar con obstáculo alguno, abrigando la seguridad de que llegaría al término de su viaje.

Miguel Strogoff, por su parte, hablaba poco y reflexionaba mucho. También daba gracias a Dios por haberle proporcionado, en aquel encuentro con Nadia, no sólo el medio de ocultar mejor su propia personalidad, sino la ocasión, además, de ejecutar una acción meritoria. La tranquilidad intrépida de la joven complacía su alma generosa; ¿no era realmente su hermana? Él tenía a su bella compañera tanto respeto como afecto le profesaba, pues estaba convencido de que ella era uno de esos corazones puros y nada vulgares con los que se puede contar en todas las ocasiones.

Pero los verdaderos peligros habían empezado para Miguel Strogoff en el momento de pisar el suelo siberiano, y, si los dos periodistas estaban bien informados y era cierto que Iván Ogareff había pasado la frontera, era absolutamente necesario conducirse con gran circunspección. Los espías tártaros debían de hormiguear en las provincias siberianas, y las circuns-

tancias, por consiguiente, habían variado mucho para el correo del zar, porque, si llegaba a ser descubierto su incógnito y a conocerse la misión de que estaba encargado, ésta y su vida corrían un gravísimo riesgo de quedar terminadas.

Miguel Strogoff, al hacerse estas consideraciones, comprendía la responsabilidad que sobre él pesaba.

¿Qué ocurría, mientras tanto, en el carruaje que seguía al que Nadia y Miguel Strogoff ocupaban? Alcides Jolivet hablaba por frases y Enrique Blount contestaba con monosílabos. Cada cual veía las cosas a su manera y tomaba notas de los incidentes del viaje, con arreglo a sus distintos puntos de vista, aunque, a decir verdad, los incidentes ocurridos durante la travesía de las primeras provincias siberianas fueron tan poco variados que no merecían que de ellos se tomase nota alguna.

En las paradas de posta, los dos corresponsales se apeaban de su vehículo e iban al encuentro de Miguel Strogoff, pero Nadia no se movía de su asiento más que cuando era preciso para tomar alimento y permanecía en la tarenta mientras se hacía el relevo de los caballos.

Cuando tenía necesidad de almorzar o de comer, se sentaba a la mesa con sus compañeros de viaje, pero manteníase muy reservada, sin tomar parte en la conversación de ellos.

Alcides Jolivet, sin salirse jamás de los límites de una perfecta cortesía, no dejaba de mostrarse obsequioso con la joven livonia, que le parecía encantadora y a quien admiraba por la energía silenciosa que revelaba en medio de las fatigas de un viaje hecho en tan duras condiciones.

Aquellas paradas forzosas no eran muy del agrado de Miguel Strogoff, que hacía todo lo posible por abreviarlas, excitando a los maestros de postas, estimulando a los postillones y procurando de todos modos que se efectuase pronto el relevo de los caballos de las tarentas.

Terminadas las comidas rápidamente —siempre demasiado rápidamente para el agrado de Enrique Blount, que comía con bastante parsimonia—, reanudábase la marcha, y los periodistas, lo mismo que Nadia y Miguel Strogoff, eran conducidos como por águilas, porque pagaban principescamente y, según expresión de Alcides Jolivet, en águilas de Rusia[1].

No es necesario decir que Enrique Blount no hacía gasto alguno de galantería respecto a la joven, porque esta era una de las cosas acerca de las cuales no le agradaba discutir con su compañero. Él era un gentleman honorable que no tenía el hábito de hacer dos cosas al mismo tiempo.

Como Alcides Jolivet le preguntara en una ocasión qué edad podía tener la joven livonia, respondió con la mayor seriedad del mundo y entornando lentamente los ojos:

—¿Qué joven livonia?

[1] Moneda rusa, de oro, que vale cinco rublos. El rublo es una moneda de plata que vale cien kopeks, o sea, 3,92 francos.

—¡Pardiez! La hermana de Nicolás Korpanoff.

—Pero, ¿es su hermana?

—No. ¡Es su abuela! —replicó Alcides Jolivet, enojado ante tanta indiferencia—. ¿Qué edad cree usted que tiene?

—Si la hubiera visto nacer, lo sabría —respondió sencillamente Enrique Blount, como persona que no quiere equivocarse.

El país que a la sazón recorrían las dos tarentas estaba casi desierto.

El tiempo era bastante bueno y, como el cielo estaba medio encapotado, la temperatura era también más soportable. Con vehículos mejores los viajeros no habrían tenido nada de qué quejarse. Iban a una gran velocidad, como van en Rusia las berlinas de posta.

El país parecía abandonado, pero debíase a las circunstancias que a la sazón atravesaba.

En los campos apenas se veía uno de esos campesinos siberianos, de rostro pálido y grave, a quienes una famosa viajera ha comparado acertadamente con los castellanos, a los que se parecen en realidad, menos en el ceño.

Acá y allá distinguíanse algunos pueblecillos ya abandonados, lo que indicaba la aproximación de las tropas tártaras. Los habitantes habíanse refugiado en las llanuras del Norte, llevándose consigo sus rebaños de ovejas, sus camellos y sus caballos.

Las tribus de la gran horda de los kirguises nómadas, que permanecían aún fieles, habían trasladado también sus tiendas más allá del Irtich o del Obi, para sustraerse a las depredaciones de los invasores.

Afortunadamente, el servicio de postas continuaba haciéndose con regularidad, lo mismo que el telegráfico, hasta los puntos en que no había sido cortada la comunicación; así es que, en cada parada, los viajeros obtenían los caballos necesarios en las condiciones reglamentarias, y en cada estación los telegrafistas, sentados ante la ventanilla, recibían los telegramas que se les confiaban y los transmitían sin más retraso que el indispensable para expedir los despachos oficiales.

Enrique Blount y Alcides Jolivet pudieron, por consiguiente, telegrafiar con toda extensión a sus periódicos respectivos, hasta entonces, y Miguel Strogoff proseguía su viaje en condiciones satisfactorias sin sufrir retraso alguno, y, si lograba pasar sin ser visto por los puestos de los tártaros de Féofar-Kan, situados delante de Krasnoiarsk, llegaría antes que ellos a Irkutsk y en el *mínimum* de tiempo.

A las siete de la mañana del día siguiente al de su partida de Ekaterinburg, las dos tarentas llegaron a la pequeña ciudad de Tuluguisk, después de haber recorrido una distancia de doscientas veinte verstas sin incidente alguno, y allí se detuvieron los viajeros para almorzar.

Terminado el almuerzo, reanudóse la marcha con una velocidad que sólo la promesa de determinado número de kopeks podía hacer compren-

sible, y el mismo día, 22 de julio, a la una de la tarde, llegaron las dos tarentas a Tiumen, sesenta verstas más allá.

Tiumen, cuya población en época normal es de diez mil habitantes, contaba a la sazón el doble.

Esta ciudad, primer centro industrial que los rusos crearon en Siberia y cuyas fábricas metalúrgicas y fundición de campanas son verdaderamente notables, no había estado jamás tan animada como entonces.

Los dos corresponsales salieron inmediatamente en busca de noticias. Las que los fugitivos siberianos llevaban del teatro de la guerra no eran nada tranquilizadoras.

Decíase, entre otras cosas, que el ejército de Féofar-Kan se aproximaba con toda rapidez al valle de Ichim y se confirmaba que el coronel Iván Ogareff se reuniría bien pronto con el jefe tártaro, si no se había reunido ya, de donde se deducía naturalmente que pronto empezarían, y con gran actividad, las operaciones en el este de Siberia.

En cuanto a las tropas rusas, habían sido puestas en movimiento, principalmente las de las provincias europeas del Imperio; pero, como todavía se encontraban bastante lejos, no podían oponerse a la invasión. Mientras tanto, los cosacos del Gobierno de Tobolsk dirigíanse, a marchas forzadas, a Tomsk, con la esperanza de cortar las columnas de los tártaros.

A las ocho de la tarde llegaron las dos tarentas a Yalutorowsk, después de haber recorrido setenta y cinco verstas más.

Cambiáronse rápidamente los caballos, y, al salir de la ciudad, viéronse obligados los viajeros a pasar el río Tobol en una barca. El curso tranquilo de las aguas facilitó esta operación, que tendría que repetirse más de una vez durante el viaje y, probablemente, en condiciones menos favorables.

Cuando los viajeros avanzaron otras cincuenta verstas (58,5 kilómetros), eran las doce de la noche, hora en que entraron en Novo-Saimsk, dejando, al fin, tras ellos el suelo ligeramente quebrado por montículos poblados de árboles, últimas ramificaciones de las montañas del Ural.

Allí comenzaba realmente la llamada estepa siberiana, que se prolonga hasta las proximidades de Krasnoiarsk y que es una llanura sin límites, especie de vasto desierto herboso en cuya circunferencia se confunden la tierra y el cielo, que parece propiamente trazada por un compás.

En esta época no distinguían las miradas otro punto saliente que el perfil de los postes telegráficos, colocados a uno y otro lado del camino, y cuyos alambres, movidos por la brisa, vibraban como las cuerdas de un arpa.

El camino no se distinguía del resto de la llanura más que por el polvo fino que las ruedas de las tarentas levantaban tras de sí.

Sin esta cinta blanquecina que se desarrollaba hasta perderse de vista, se hubiera podido creer estar en el desierto.

Miguel Strogoff y sus compañeros lanzáronse, con mayor velocidad aún que antes, a través de la estepa. Los caballos, excitados por los *yemschiks* y sin obstáculo alguno que se lo impidiera, devoraban el espacio.

Las tarentas corrían directamente hacia Ichim, donde debían detenerse los dos corresponsales, si no ocurría algún acontecimiento que les obligara a modificar su plan.

Las doscientas verstas, aproximadamente, que separan Novo-Saimsk de Ichim, podían y debían ser recorridas antes de las ocho de la tarde del día siguiente, si no se perdía un solo momento en el camino, velocidad que hacía suponer a los *yemschiks* que los viajeros que ellos conducían eran grandes señores o altos funcionarios, o al menos, que merecían serlo, a juzgar por su generosidad en lo referente a las propinas.

Efectivamente, al día siguiente, 23 de julio, encontrábanse las dos tarentas a treinta verstas de Ichim.

En aquel momento, distinguió Miguel Strogoff en el camino, un carruaje —apenas visible a causa de las nubes de polvo que lo envolvían— que precedía al suyo; pero como sus caballos, menos fatigados, corrían con mayor velocidad, no se debía tardar en alcanzarlo.

Aquel carruaje no era tarenta ni telega, sino una berlina de posta, toda cubierta de polvo, que debía haber hecho ya un largo viaje. El postillón golpeaba a los caballos con toda su fuerza y sólo podía sostenerlos al galope por medio de denuestos y latigazos.

Aquella berlina no había pasado seguramente por Novo-Saimsk, y debía haber llegado al camino de Irkutsk por una senda perdida en la estepa.

Miguel Strogoff y sus compañeros, al ver la berlina que corría hacia Ichim, tuvieron un solo pensamiento, adelantarla y llegar antes que ella a la parada de posta, a fin de asegurar ante todo los caballos que hubiese disponibles. Al efecto, dijeron una palabra a sus *yemschiks* y ambas tarentas no tardaron en ponerse en línea con la berlina.

El que llegó primero fue Miguel Strogoff.

En aquel momento apareció en la portezuela de la berlina una cabeza, que el correo del zar apenas tuvo tiempo de ver.

Sin embargo, al pasar, oyó bien claramente una voz que con tono imperioso le dijo:

—¡Deténganse!

Pero nadie se detuvo, sino que, por el contrario, las dos tarentas dejaron bien pronto atrás la berlina.

Entonces, hubo una carrera de velocidad, porque sin duda por la presencia de los que pasaron delante, sacaron fuerzas de flaqueza para sostener su prestigio durante algunos minutos, y los tres carruajes volaban envueltos en una nube de polvo, de la que salían, como una descarga de cohetes, los restallidos del látigo mezclados con los gritos de excitación y las interjecciones de cólera.

Sin embargo, consiguieron adelantarse, adelanto que podía tener suma importancia si en la parada de postas no había muchos caballos, porque dos carruajes a que atender era probablemente más de lo que podía pedirse, por lo menos en un breve plazo.

Media hora después, la berlina, que había quedado atrás, no era más que un punto casi imperceptible en el horizonte de la estepa.

Eran las ocho de la tarde cuando las dos tarentas llegaron a la casa de postas, a la entrada de Ichim.

Las noticias de la invasión, que iban recibiéndose, eran cada vez peores. La ciudad estaba directamente amenazada por la vanguardia de las columnas tártaras y hacía ya dos días que las autoridades se habían retirado a Tobolsk, por lo que no quedaba ya en la ciudad un funcionario ni un soldado.

Miguel Strogoff, tan pronto como llegó a la casa de postas, se apresuró a pedir caballos para su carruaje.

Había estado acertado al adelantar a la berlina, porque en el punto a que acababa de llegar, sólo había tres caballos que pudieran ser enganchados inmediatamente. Los demás habían hecho una larga jornada y se encontraban fatigados.

El maestro de postas dio la orden de enganchar.

En cuanto a los dos corresponsales, como les pareció bien detenerse en Ichim, no tenían por qué preocuparse del medio de transporte inmediatamente e hicieron guardar su carruaje.

Diez minutos después de haber llegado a la casa de postas, notificóse a Miguel Strogoff que su tarenta estaba en disposición de partir.

—¡Bien! —respondió el correo del zar, y luego, dirigiéndose a los dos periodistas, agregó—: Puesto que ustedes, señores, se quedan en Ichim, ha llegado el momento de separarnos.

—¡Cómo, señor Korpanoff! —dijo Alcides Jolivet—. ¿No se detiene usted una hora siquiera en Ichim?

—No, señor, sino que, por el contrario, deseo verme ya fuera de la casa de postas antes que llegue la berlina a que hemos adelantado.

—¿Cree usted, pues, que ese viajero tratará de disputarle los caballos de relevo?

—Deseo, sobre todo, evitar toda clase de dificultades.

—Entonces, señor Korpanoff —dijo Alcides Jolivet—, sólo nos resta darle una vez más un millón de gracias por el servicio que nos ha prestado y por el placer que nos ha proporcionado permitiéndonos viajar en su compañía.

—Además, es posible que dentro de algunos días volvamos a encontrarnos en Omsk —agregó Enrique Blount.

—En efecto, es posible —respondió Miguel Strogoff—, puesto que voy directamente allí.

—¡Vaya, pues, buen viaje, señor Korpanoff —dijo entonces Alcides Jolivet—, y que Dios le guarde de las telegas!

Tendieron los dos corresponsales la mano a Miguel Strogoff con intención de estrechar la de éste con la mayor cordialidad posible, cuando se oyó fuera el ruido de un carruaje.

Casi en el mismo momento, se abrió bruscamente la puerta de la casa de postas y apareció un hombre.

Era el viajero de la berlina, individuo de aspecto militar que representaba tener unos cuarenta años de edad; era alto y robusto, y tenía la cabeza grande, los hombros anchos y espesos los bigotes, que se unían con unas patillas rojas. Vestía uniforme sin insignias y llevaba a la cintura un sable de los que usan los soldados de caballería y un látigo de mango corto en la mano.

—Caballos —pidió, con el acento imperioso de un hombre que está acostumbrado a mandar.

—No hay caballos disponibles —respondió el maestro de postas inclinándose.

—Los necesito inmediatamente.

—Es imposible.

—Pues, ¿qué caballos son esos que acaban de ser enganchados a la tarenta que he visto a la puerta?

—Pertenecen a este viajero —respondió el maestro de postas refiriéndose a Miguel Strogoff.

—¡Que los desenganchen...! —dijo el viajero con un tono que no admitía réplica.

Entonces, se adelantó Miguel Strogoff, diciendo:

—Esos caballos me pertenecen.

—Me importa poco; los necesito. ¡Vamos! ¡Pronto! No tengo tiempo que perder.

—Yo tampoco tengo tiempo que perder —replicó Miguel Strogoff, que, queriendo permanecer tranquilo, hacía grandes esfuerzos por contenerse.

Nadia estaba a su lado, aparentemente tranquila; pero, en su interior, le inquietaba la escena que hubiera deseado evitar.

—¡Basta! —repitió el viajero, y, después, dirigiéndose al maestro de postas, agregó con gesto de amenaza—: ¡Que se desenganche la tarenta y que enganchen los caballos a mi berlina!

El maestro de postas estaba muy indeciso y, no sabiendo a quién obedecer, miraba a Miguel Strogoff, que evidentemente tenía derecho a oponerse a las injustas exigencias del viajero.

Miguel Strogoff dudó un instante. No quería hacer uso de su *podaroshna,* que habría atraído la atención sobre él, y tampoco quería ceder los caballos, porque esto le haría retardar el viaje, a pesar de lo cual se resistía

a entablar una lucha que pudiera comprometer la misión que le estaba confiada.

Los dos periodistas le miraban, dispuestos, además, a sostenerle en su derecho, si se apelaba a ellos para dirimir la cuestión.

—Los caballos permanecerán enganchados a mi carruaje —dijo Miguel Strogoff, sin levantar la voz más de lo que convenía a un simple comerciante.

El viajero adelantóse entonces a Miguel Strogoff y, poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo gritando:

—¡Cómo es eso! ¿No quieres cederme tus caballos?

—¡No! —respondió el correo del zar.

—Está bien; pero, en este caso, serán para aquel de nosotros dos que quede en disposición de reanudar el viaje. ¡Defiéndete, porque no te tendré compasión!

Y, al decir esto, desenvainó rápidamente su sable y se puso en guardia.

Nadia se apresuró a ponerse delante de Miguel Strogoff, y Enrique Blount y Alcides Jolivet avanzaron hacia él.

—No me batiré —dijo sencillamente Miguel Strogoff, que, por temor a no poder contenerse, cruzó sus brazos sobre el pecho.

—¿Que no te batirás?

—No.

—¿Después de esto, tampoco? —exclamó el viajero, y, antes de que pudiera contenerlo, golpeó con el mango de su látigo el hombro de Miguel Strogoff.

Semejante insulto hizo palidecer horriblemente al correo del zar, que levantó las manos, completamente abiertas, como si pretendiera deshacer entre ellas a aquel brutal personaje; pero, haciendo un supremo esfuerzo, consiguió dominarse.

¡Un duelo era más que un retraso, era quizá el fracaso de la misión que le estaba confiada! Era mejor perder algunas horas... Sí, ¡pero devorar tamaña afrenta...!

—¿Te batirás ahora, cobarde? —repitió el viajero, agregando la grosería a la brutalidad.

—No —respondió Miguel Strogoff, que no se movió, pero que miró al viajero como si quisiera grabar su fisonomía en la memoria.

—¡Los caballos inmediatamente! —dijo éste entonces, y salió de la sala.

El maestro de postas contempló a Miguel Strogoff con aire despectivo y fue tras el viajero, encogiéndose de hombros.

El efecto que este incidente produjo en los dos periodistas no podía ser menos favorable para Miguel Strogoff. Su descontento era manifiesto. ¡Cómo! ¡Aquel joven robusto se dejaba golpear así, sin vengar tamaña afrenta!

Limitáronse, pues, a saludar y se retiraron, diciendo Alcides Jolivet a Enrique Blount:

—¡Jamás habría creído esto de un hombre que tan valerosamente mata los osos en los montes del Ural! ¿Será, pues, verdad que el valor tiene sus horas y formas distintas de manifestarse? No comprendo nada. ¡Acaso necesitaremos nosotros haber sido siervos para entender bien lo que acaba de ocurrir!

Un momento después, el ruido de las ruedas de la berlina y el chasquido del látigo revelaban que este carruaje, enganchado a los caballos de la tarenta, abandonaba con toda rapidez la casa de postas.

Nadia, impasible, y Miguel Strogoff, todavía estremeciéndose de coraje, quedaron solos en la sala.

El correo del zar, con los brazos cruzados aún sobre el pecho, había tomado asiento; pero su inmovilidad era tal, que semejaba una estatua. No obstante, un rubor, que no debía ser el de la vergüenza, había reemplazado en su rostro a la anterior palidez.

Nadia no dudaba que debía tener razones formidables para devorar en silencio tan gran humillación.

Y acercándose a él, como él se había acercado a ella en la casa de policía de Nijni-Novgorod, le dijo:

—¡Tu mano, hermano!

Y, al mismo tiempo, con gesto casi maternal, le enjugó una lágrima que estaba a punto de caer de los ojos de su compañero.

CAPÍTULO XIII

SOBRE TODO, EL DEBER

Nadia había adivinado que un motivo secreto dirigía todos los actos de Miguel Strogoff; que éste, por razones que ella desconocía, no se pertenecía; que no tenía derecho a disponer de su persona, y que, en aquella circunstancia, acababa de inmolar, ante el deber, con extraordinario heroísmo, el resentimiento de una mortal injuria; pero no le pidió explicación alguna.

La mano que ella le había tendido, ¿no respondía a cuanto él hubiera podido decirle?

Miguel Strogoff permaneció mudo durante toda aquella tarde.

Como el maestro de postas no podía proveerle de caballos de refresco hasta la mañana del día siguiente, viose precisado el correo del zar a pasar allí toda la noche.

Nadia aprovechó la ocasión que se le ofrecía para descansar e inmediatamente le fue preparada una habitación.

La joven habría preferido, sin duda, no separarse de su compañero; pero, comprendiendo que éste debía tener deseos de quedarse solo, se dispuso a dirigirse a su habitación.

Sin embargo, en el momento de retirarse, no pudo menos de decirle algunas palabras.

—Hermano... —murmuró.

Pero Miguel Strogoff la interrumpió en seguida con un gesto.

La joven exhaló un suspiro y salió lentamente de la estancia.

Miguel Strogoff no se acostó. Le habría sido imposible dormir ni siquiera una hora.

En la parte en que había tocado el látigo del brutal viajero sentía él una especie de quemadura.

Aquella noche, al terminar de rezar sus habituales oraciones, murmuró:

—¡Por la patria y por el zar!

Entonces experimentó un vivísimo deseo de saber quién era el hombre que le había injuriado, de dónde venía y adónde iba.

En cuanto a su rostro, había grabado tan profundamente en la memoria sus rasgos, que no podía creer que los olvidase jamás.

Llamó al maestro de postas, un siberiano chapado a la antigua, que no tardó en presentarse.

Al entrar en la estancia, miró al joven con cierta altanería y esperó que le interrogase.

—¿Eres del país? —le preguntó Miguel Strogoff.

—Sí.

—¿Conoces a ese hombre que ha tomado mis caballos?

—No.

—¿No le has visto jamás?

—Jamás.

—¿Quién crees que sea?

—Un señor que sabe hacerse obedecer.

La mirada de Miguel Strogoff penetró como un puñal en el corazón del siberiano, pero los ojos del maestro de postas permanecieron fijos en su interlocutor.

—¡Te permites juzgarme! —exclamó Miguel Strogoff.

—Sí —respondió el siberiano—, porque hay cosas que, aun siendo un sencillo comerciante, no se reciben sin devolverlas.

—¿Los latigazos?

—Los latigazos, joven. Tengo edad y fuerza suficiente para decírtelo.

Miguel Strogoff aproximóse entonces al maestro de postas y le puso sus dos poderosas manos sobre los hombros.

Luego, con voz singularmente tranquila, le dijo:

—¡Vete, amigo mío, vete! ¡Te destrozaría!

El maestro de postas había comprendido.

—Mejor es que sea así —murmuró.

Y se retiró sin agregar una sola palabra.

A las ocho de la mañana del día siguiente, 24 de julio, la tarenta era enganchada a tres vigorosos caballos.

Miguel Strogoff y Nadia subieron al vehículo, e Ichim, de cuya ciudad conservarían eternamente ambos viajeros un recuerdo terrible, desapareció bien pronto detrás de ellos, en un recodo del camino.

En las diversas paradas que hizo durante aquel día, Miguel Strogoff se informó de que la famosa berlina le precedía constantemente en el camino de Irkutsk y de que el viajero, que llevaba la misma prisa que él, no perdía un instante al atravesar la estepa.

A las cuatro de la tarde, el correo del zar, que había recorrido otras setenta y cinco verstas más, llegó a la estación de Abatskaia; pero allí era preciso pasar el río Ichim, que es uno de los principales afluentes del Irtich. Este paso fue algo más difícil que el del río Tobol, porque la corriente del Ichim, en aquel sitio, es sumamente rápida.

Durante el invierno siberiano, todos los ríos de la estepa, congelados hasta una profundidad de muchos pies, son fácilmente transitables y el viajero los atraviesa casi sin advertirlo, porque su lecho ha desaparecido bajo

la inmensa sabana blanca que cubre la llanura de un modo informe; pero, durante el estío, las dificultades para atravesar las corrientes de agua suelen ser grandes.

Efectivamente, a causa de estas dificultades, se emplearon dos horas en el paso del Ichim, lo que desesperó grandemente a Miguel Strogoff, tanto más cuanto que las noticias que de la invasión tártara le dieron los barqueros eran muy inquietantes.

He aquí los rumores que circulaban:

Algunos exploradores de Féofar-Kan habían hecho su aparición en ambas orillas del Ichim inferior, en las comarcas meridionales del gobierno de Tobolsk, y hasta la misma ciudad de Omsk estaba amenazada. Hablábase de un encuentro que las tropas siberianas habían tenido con los tártaros en las fronteras de las grandes hordas kirguises, encuentro en que la victoria no había estado de parte de los rusos, poco numerosos en aquel punto. A consecuencia de este desastre, habíanse replegado las tropas leales y la emigración de los habitantes de la provincia habíase hecho general. Contábanse horribles atrocidades cometidas por los invasores, que se entregaban al pillaje sin respetar nada, robando, incendiando y asesinando por doquier. Tal era el sistema de guerra tártaro.

Todo el mundo huía al aproximarse la vanguardia de Féofar-Kan, y aquella despoblación general de ciudades y aldeas espantaba a Miguel Strogoff por el gran temor de no encontrar de allí en adelante medios de transporte. Era, por tanto, indispensable llegar pronto a Omsk, porque él abrigaba la esperanza de que, al salir de esta ciudad, podría adelantarse a los exploradores tártaros que descendían por el valle del Irtich y encontrar luego el camino libre hasta Irkutsk.

En el paraje mismo en que la tarenta acababa de atravesar el río, termina lo que en el lenguaje militar se llama la *cadena del Ichim,* cadena de torres o fortines de madera que se extiende desde la frontera sur de Siberia en un espacio aproximado de cuatrocientas verstas (427 kilómetros). Antiguamente, estos fortines estaban ocupados por destacamentos de cosacos que protegían la comarca tanto contra los kirguises como contra los tártaros; pero, abandonados a la sazón, por haber creído el Gobierno moscovita que las hordas habían quedado absolutamente sometidas, no servían ya, precisamente cuando sus servicios habrían podido ser más útiles.

La mayor parte de estos fortines habían sido reducidos a cenizas, y algunas humaredas que los barqueros mostraron a Miguel Strogoff, arremolinándose por encima del horizonte meridional, testimoniaban la aproximación de la vanguardia tártara.

Tan pronto como el barco dejó la tarenta, los caballos y a los viajeros en la orilla derecha del Ichim, reanudóse la marcha del carruaje, a toda velocidad, a través de la estepa.

Eran las seis de la tarde. El cielo estaba cubierto de nubes y ya habían caído muchos chubascos, que habían tenido la virtud de matar el polvo y poner los caminos más transitables.

Miguel Strogoff, desde el suceso ocurrido en la casa de postas de Ichim, estaba muy taciturno, no obstante lo cual ocupábase con gran solicitud en preservar a Nadia de las fatigas de aquel viaje sin tregua ni reposo, que la joven soportaba sin proferir una queja.

Por el contrario, ella habría puesto alas a los caballos que conducían la tarenta para caminar con mayor velocidad, si semejante cosa hubiese sido posible, porque tenía el presentimiento de que su compañero tenía mayor deseo aún que ella de llegar a Irkutsk, ¡y cuántas verstas les faltaban todavía para llegar a esta ciudad!

Entonces se le ocurrió que, si Omsk había sido invadida por los tártaros, la madre de Miguel Strogoff, que habitaba en aquella ciudad, corría grandes peligros que debían inquietar mucho a su hijo, y esto era motivo para explicar la impaciencia de éste por reunirse con ella.

Nadia, creyendo, pues, en aquel momento, que debía hablar de la anciana Marfa y del aislamiento en que podría encontrarse en medio de aquellos graves acontecimientos, preguntó a su compañero:

—¿No has recibido ninguna noticia de tu madre desde el principio de la invasión?

—Ninguna, Nadia. La última carta que mi madre me escribió data ya de dos meses, pero me daba en ella buenas noticias. Marfa es una mujer enérgica, una siberiana valiente que, a pesar de su edad, conserva toda su fuerza moral y sabe sufrir.

—Iré a verla, hermano —se apresuró a decir Nadia—. Puesto que me das el nombre de hermana, yo soy también hija de Marfa.

Y como Miguel Strogoff no le contestase, se creyó en el caso de agregar:

—Quizá tu madre haya podido salir de Omsk.

—Es posible, Nadia —respondió Miguel Strogoff—, y hasta espero que se haya refugiado en Tobolsk. La anciana Marfa odia a los tártaros, pero conoce la estepa y no tiene miedo. Mi deseo es que haya tomado su báculo y descendido por las orillas del Irtich. No hay en toda la provincia un solo lugar que ella desconozca, porque, ¡cuántas veces ha recorrido todo el país en compañía de mi anciano padre, y cuántas veces, siendo yo niño, he seguido yo a los dos en sus correrías a través del desierto siberiano! ¡Sí, Nadia, confío en que mi madre haya salido de Omsk!

—Y, ¿cuándo la verás?

—La veré... cuando regrese a Irkutsk.

—Sin embargo, si tu madre se encuentra en Omsk, no dejarás de tomarte una hora para ir a abrazarla.

—No iré a abrazarla.

—¿No la verás?

—¡No, Nadia! —respondió Miguel Strogoff, cuyo pecho se levantaba con angustia, comprendiendo que no podía continuar contestando a las preguntas de su joven compañera.

—¡Dices que no! ¡Ah, hermano! ¿Qué razones tan poderosas puedes tener para dejar de ver a tu madre, si ésta se encuentra aún en Omsk?

—¡Qué razones, Nadia! ¡Me preguntas qué razones tengo! —exclamó Miguel Strogoff, con la voz tan profundamente alterada, que su joven interlocutora se estremeció—. Pues las razones que me han hecho pasar por cobarde ante los ojos de aquel miserable que... —y no pudo concluir la frase.

—Tranquilízate, hermano —aconsejó Nadia con su voz más dulce—. Yo no sé más que una cosa, o, mejor dicho, no la sé, la siento, y es que tu conducta está completamente dominada por una idea, por un deber más sagrado quizá, si este deber puede existir, que el que une a un hijo a su madre.

Y dicho esto, Nadia guardó silencio, evitando desde entonces toda conversación que aludiese a la situación particular de Miguel Strogoff.

Había un secreto que respetar y la joven lo respetó.

A las tres de la madrugada del día siguiente, 25 de julio, llegó la tarenta a la casa de posta de Tiukalinsk, después de haber recorrido una distancia de ciento veinte verstas desde el paso del río Ichim.

Se cambiaron los caballos rápidamente; pero, entonces, el *yemschik*, por primera vez, opuso algunas objeciones a la prosecución del viaje, afirmando que los destacamentos tártaros recorrían la estepa y que tanto los viajeros como los caballos y los carruajes constituirían una buena presa para aquellos merodeadores.

Sin embargo, Miguel Strogoff consiguió al fin, a fuerza de dinero, vencer la repugnancia del postillón a proseguir, porque en tales circunstancias, como en otras muchas, no quería hacer uso de su *podaroshna.* El último ucase había sido transmitido por telégrafos y se conocía ya en las provincias siberianas, y un ruso que estaba especialmente dispensado de cumplir las prescripciones imperiales, hubiera llamado seguramente la atención pública, cosa que el correo del zar estaba dispuesto a evitar a todo trance.

En cuanto a las cavilaciones del *yamschik*, ¿quería especular con la impaciencia del viajero o temía efectivamente algún mal encuentro?

Al fin partió la tarenta y con tal velocidad, que a las tres de la tarde se encontraba ochenta verstas más lejos y llegaba a Kulatsinskoe, y, una hora después, a las orillas del Irtich, a veinte verstas de distancia de la ciudad de Omsk.

El río Irtich, bastante ancho, es una de las principales arterias siberianas, cuyas aguas llegan hasta el norte de Asia; nace en los montes de Altai, y, dirigiéndose oblicuamente del Sudoeste al Noroeste, se une al Obi a las siete mil verstas, aproximadamente, de su curso.

En aquella época del año, en la que crecen los ríos de la cuenca siberiana, el nivel de las aguas del Irtich era excesivamente alto y, por consiguiente, su corriente violentísima, casi torrencial, dificultaba mucho el paso, de tal modo que un nadador, por experto que fuese, no podría atravesar el Irtich, porque hasta en barco semejante travesía era muy peligrosa.

Pero este peligro, como cualesquiera otros, no podía detener ni siquiera un instante a Miguel Strogoff y a Nadia, que estaban decididos a arrostrarlos todos, por grandes que fuesen.

Esto no obstante, el correo del zar propuso a su joven compañera embarcarse él primero con la tarenta y los caballos y pasar el río, por temor a que el peso de semejante cargamento hiciera zozobrar el barco, y, luego, cuando hubiese dejado en la orilla opuesta el carruaje y las caballerías, volver por Nadia; pero ésta rechazó terminantemente la proposición, porque, de aceptarla, se perdería una hora de tiempo, y ella no quería ser causa del menor retraso, sobre todo cuando éste no habría tenido otro objeto que atender a su seguridad.

Como las orillas estaban en parte inundadas y el barco no podía aproximarse a tierra lo suficiente, costó gran trabajo efectuar el embarque de la tarenta y de los tres caballos; pero, hecho éste al fin, después de media hora de esfuerzos, instaláronse a bordo Miguel Strogoff, Nadia y el *yemschik,* y comenzó la travesía del río.

Durante los primeros minutos todo marchó bien, porque la corriente del Irtich, cortada en la parte superior con una larga punta de la orilla, formaba un remanso que el barco atravesó con facilidad. Los dos barqueros lo impulsaban con largos bicheros, manejados con gran destreza, pero, a medida que avanzaban, iban bajando el fondo del lecho del río, y pronto faltó punto de apoyo a las pértigas que usaban para hacer adelantar a la embarcación. El extremo de éstas apenas sobresalía un pie de la superficie de las aguas y su empleo era penoso e insuficiente.

Miguel Strogoff y Nadia, sentados en la popa del barco y siempre temiendo que la maniobra les hiciera perder tiempo, contemplaban a los barqueros con inquietud,

—¡Atención! —gritó uno de éstos a su compañero.

Este grito había sido lanzado al advertir la nueva ruta que con extremada velocidad acababa de tomar el barco, que, dominado entonces por la nueva dirección de la corriente, descendía por el río con gran rapidez. Era preciso, por consiguiente, ponerlo en situación de cortar las aguas, con el empleo útil de los bicheros, y, con este propósito, apoyaron el extremo de éstos en una serie de escotaduras dispuestas en las bandas, logrando al fin hacerlo oblicuar. El barco, de esta manera conducido, marchó poco a poco hacia la orilla derecha.

Podía calcularse que cinco o seis verstas más abajo del lugar del embarque, el barco conseguiría ganar la orilla opuesta, cosa que no tenía gran importancia si las personas y los caballos arribaban con felicidad.

Ambos barqueros, hombres vigorosos y estimulados además por la promesa de una buena propina, no dudaban en terminar sin contratiempo la difícil travesía del Irtich; pero no habían contado con un incidente inevitable y contra el cual eran impotentes su habilidad y su buen deseo en aquellas circunstancias.

Encontrábase ya el barco en medio de la corriente, y poco más o menos a la misma distancia de las dos orillas del río, por el que bajaba a una velocidad de dos verstas por hora, cuando Miguel Strogoff, poniéndose en pie, miró hacia atrás y vio encaminarse hacia ellos varias barcas, que los perseguían con gran rapidez, impulsadas no sólo por el curso de las aguas, sino también por la fuerza de los remos.

Su fisonomía se contrajo de pronto e involuntariamente lanzó él una exclamación.

—¿Qué sucede? —preguntó la joven.

Pero antes de que el correo del zar tuviera tiempo de responder, exclamó uno de los barqueros, con acento de espanto:

—¡Los tártaros! ¡Los tártaros!

Eran, efectivamente, barcas cargadas de soldados, que descendían rápidamente por el Irtich y que, antes de algunos minutos, debían dar alcance al barco de los viajeros, que por lo pesado de su cargamento no podía conservar la distancia que lo separaba de los invasores.

Los barqueros, aterrorizados por aquella aparición, prorrumpieron en gritos de espanto y soltaron los bicheros.

—¡Ánimo, amigos míos! —exclamó Miguel Strogoff, dirigiéndose a los barqueros que lo conducían—. ¡Ánimo! ¡Cincuenta rublos de propina si llegamos a la orilla derecha antes que esas barcas que vienen detrás!

Reanimados entonces los barqueros por estas palabras, reanudaron la maniobra y continuaron la marcha río abajo; pero no tardaron en convencerse de que sus esfuerzos eran inútiles para evitar el abordaje de los tártaros.

¿Pasarían éstos sin molestarles? ¡Era poco probable! ¡Por el contrario, todo debía temerse de semejantes bandoleros!

—¡No temas, Nadia —dijo Miguel Strogoff—; pero disponte a todo!

—A todo estoy dispuesta —respondió la joven.

—¿Hasta a arrojarte al río cuando te lo diga?

—Me arrojaré al río, cuando lo digas.

—Ten confianza en mí, Nadia.

—Tengo confianza.

Las barcas tártaras sólo se encontraban ya a cien pies de distancia de los viajeros; en ellas iba un destacamento de soldados bukarianos, encargados de hacer un reconocimiento en Omsk.

El barco de los viajeros aproximábase ya a la orilla y los barqueros hacían esfuerzos inauditos para llegar cuanto antes. Miguel Strogoff, con objeto de ayudarles, tomó un bichero y empezó a manejarlo con fuerza

sobrehumana, porque, si conseguía desembarcar la tarenta, como los tártaros no llevaban caballos, era probable que pudiese evitar ser apresado por ellos.

¡Semejantes esfuerzos debían ser inútiles!

—*¡Sarin-na-kitchu!* —gritaron los soldados que iban en la primera barca.

Miguel Strogoff comprendió este grito de guerra de los piratas tártaros, al cual no se debía contestar más que echándose boca abajo; pero, como ni él ni los barqueros obedecieron la intimación, los soldados les hicieron una descarga, de la que resultaron dos caballos mortalmente heridos.

En aquel momento se produjo un choque... La barca que iba delante acababa de tocar la popa del barco de los viajeros.

—¡Ven, Nadia! —exclamó Miguel Strogoff, dispuesto a lanzarse al río.

Ya se disponía la joven a seguir a su compañero, cuando éste, herido por un lanzazo, fue arrojado al agua, donde fue arrastrado por la corriente, por encima de la cual agitó un momento la mano y luego desapareció.

Nadia lanzó un grito; pero, antes de que tuviera tiempo de arrojarse en seguimiento de Miguel Strogoff, fue apresada por los tártaros y trasladada a una de las barcas de éstos.

Un momento después, los barqueros caían acribillados a lanzazos, el barco derivaba a la ventura y los tártaros continuaban descendiendo por la corriente del Irtich.

CAPÍTULO XIV

MADRE E HIJO

Omsk es la capital oficial de la Siberia occidental, a pesar de no ser la ciudad más importante del Gobierno de este nombre, puesto que Tomsk tiene mayor población y es mucho más extensa. Esto no obstante, el gobernador general de esta primera mitad de la Rusia asiática reside en Omsk, que se compone, propiamente hablando, de dos ciudades distintas, en una de las cuales habitan solamente las autoridades y los empleados, mientras que la otra, a pesar de ser poco comercial, está ocupada especialmente por mercaderes siberianos.

Esta ciudad tiene poco más o menos de doce mil a trece mil habitantes y está defendida por un recinto flanqueado de bastiones de tierra que no la protegen lo suficiente, y como los tártaros sabían esto perfectamente, determinaron apoderarse de ella a viva fuerza, a cuyo fin le pusieron sitio y pocos días después la rindieron.

La guarnición de Omsk, que sólo se componía de dos mil hombres, resistió valientemente; pero, batida por las numerosas tropas del emir, fue retirándose poco a poco de la ciudad comercial hasta que se refugió definitivamente en la ciudad alta, donde se atrincheró el gobernador general con sus oficiales y soldados.

Convertido el barrio alto de Omsk en una especie de ciudadela, después de haber aspillerado las casas y las iglesias, las autoridades habían logrado mantenerse en aquella especie de *kremlin* improvisado, donde no esperaban ser socorridos a tiempo.

Efectivamente, las tropas tártaras que bajaban por el río Irtich recibían cada día nuevos refuerzos y, lo que era más grave aún, estaban entonces dirigidas por un oficial traidor a su patria, pero hombre de gran mérito y dotado de una audacia a toda prueba.

Este traidor era el coronel Iván Ogareff, militar instruido y tan terrible como cualquiera de los jefes tártaros a quienes impulsaba hacia delante.

Tenía, por su madre, que era de origen asiático, un poco de sangre mogola en las venas, era muy astuto y se complacía en imaginar estratagemas, adoptando todos los medios siempre que de sorprender algún secreto o de tender algún lazo se trataba.

Hipócrita por naturaleza, empleaba los recursos más viles y recurría a los más groseros disfraces, haciéndose pasar a veces por mendigo y adoptando con gran perfección las formas y modales que mejor le convenían. Además, era cruel y, en caso necesario, habría desempeñado el oficio de verdugo.

Féofar-Kan tenía en Iván Ogareff un lugarteniente digno de él y capaz de secundarle en aquella guerra salvaje.

Cuando Miguel Strogoff llegó a las orillas del Irtich, Iván Ogareff era ya dueño de Omsk y estrechaba el sitio de la ciudad alta con tanto mayor encarnizamiento, cuanto más grande era la prisa que tenía por ir a Tomsk, donde acababa de concentrarse el grueso del ejército tártaro.

Tomsk había sido, efectivamente, tomada hacía ya algunos días por Féofar-Kan, y desde allí los invasores, dueños de la Siberia central, debían marchar a lrkutsk, que era el verdadero objeto de Iván Ogareff.

Proponíase este traidor hacerse admitir por el gran duque, al que se presentaría bajo un nombre falso, captarse su confianza y, en el momento oportuno, entregar la ciudad y la persona del duque a los tártaros.

Dueños de tal ciudad y de tan importante personaje, los invasores no podían tardar en apoderarse de toda la Siberia.

Ahora bien, como ya se ha dicho, el zar conocía este complot, y para frustrarlo había sido confiada a Miguel Strogoff la importante misiva que debía entregar al gran duque en propia mano. Por esta razón habíanse dado al joven correo órdenes severísimas de pasar a todo trance y sin ser conocido a través de la comarca invadida.

Esta misión había sido fielmente ejecutada hasta entonces; pero, ¿podría en lo sucesivo ser cumplimentada hasta el fin?

La herida de la lanza que había recibido Miguel Strogoff no era mortal y, cuando éste fue arrojado al agua, pudo conseguir, nadando sin ser visto, ganar la orilla derecha del Irtich, donde cayó desvanecido entre las cañas que allí había.

Al recobrar el conocimiento, se encontró en la cabaña de un campesino que le había recogido y a cuyos cuidados debía el correo del zar el estar vivo aún.

¿Cuánto tiempo hacía que estaba en aquella cabaña el bravo siberiano? Él no podía decirlo; pero, cuando abrió los ojos después del desvanecimiento, vio a un simpático barbudo inclinado sobre él y que le miraba compasivamente.

Iba a preguntar dónde se encontraba, cuando el campesino, anticipándose, le dijo:

—No hables, padrecito; no hables, porque todavía estás muy débil. Te diré dónde estás y te contaré cuanto ha ocurrido desde que te traje a mi cabaña.

Y, acto seguido, refirió a Miguel Strogoff los diversos incidentes de la lucha de que él había sido testigo; el ataque al barco por las barcazas tártaras, el saqueo de la tarenta y el asesinato de los barqueros.

Pero Miguel Strogoff no le escuchaba, sino que, preocupado por otro asunto para él de más importancia, llevábase la mano al pecho y se palpaba la ropa para cerciorarse de si conservaba la carta imperial, que, en efecto, tenía consigo.

Con esta convicción, respiró satisfecho y exclamó:

—¡Me acompañaba una joven!

—No la han matado —se apresuró a decir el campesino, viendo la inquietud reflejada en los ojos de su huésped—. La metieron en una barca y prosiguieron descendiendo por el Irtich. ¡Es una prisionera más que reunirán con otras muchas que han conducido a Tomsk!

Miguel Strogoff no pudo responder y se puso la mano sobre el corazón para comprimir sus latidos.

Pero, a pesar de tan terribles pruebas, el sentimiento del deber dominaba su alma por completo.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—A la orilla derecha del Irtich y solamente a cinco verstas de Omsk —respondió el campesino.

—¿Qué herida he recibido, que me ha postrado de este modo? ¿Ha sido un disparo de arma de fuego?

—No; un lanzazo en la cabeza, cuya herida está ya cicatrizada —explicó el campesino—. Después de algunos días de reposo, podrás continuar la marcha, padrecito. Caíste al río; pero, como los tártaros no te han tocado ni registrado, tu bolsa la tienes aún en el bolsillo.

Miguel Strogoff tendió la mano al campesino y, después, incorporándose de repente, dijo:

—Amigo, ¿cuánto tiempo hace que estoy en tu cabaña?

—Tres días.

—¡Tres días perdidos!

—¡Tres días, durante los cuales has estado sin conocimiento!

—¿Tienes un caballo que venderme?

—¿Quieres partir?

—En seguida.

—No tengo caballo ni carruaje alguno, padrecito. ¡Los tártaros no dejan nada en los sitios por donde pasan!

—Está bien, entonces iré a pie a Omsk a buscar un caballo...

—Reposa algunas horas más y te encontrarás más fuerte para reanudar tu viaje.

—¡Ni una hora siquiera!

—Vamos, entonces —respondió el campesino comprendiendo que no podía oponerse a la voluntad de su huésped—. Te conduciré yo mismo.

Además, en Omsk hay todavía muchos rusos y podrás quizá pasar inadvertido.

—Amigo —repuso Miguel Strogoff—, ¡que el Cielo te recompense todo lo que has hecho por mí!

—¡Recompensa! Sólo los tontos la esperan en la tierra —repuso el campesino.

Miguel Strogoff salió de la cabaña y, cuando quiso caminar, sintió tal desfallecimiento, que seguramente habría caído a tierra si el campesino no se hubiera apresurado a socorrerle; pero, por fortuna, el aire le reanimó pronto.

Entonces comprendió la importancia del golpe que había recibido en la cabeza, a pesar de lo mucho que lo debió amortiguar la gorra de pieles con que se cubría; pero, como él no era hombre que se dejaba abatir por tan poco, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y no tardó en recobrar toda su energía.

Una sola cosa le preocupaba: llegar cuanto antes a lrkutsk, de cuya ciudad se encontraba aún bastante lejos. Necesitaba, pues, atravesar Omsk sin detenerse.

—¡Dios proteja a mí madre y a Nadia! —murmuró—. ¡No tengo derecho todavía a pensar en ellas!

Acompañado por el campesino, no tardó en llegar al barrio comercial de la ciudad baja, en la que entraron sin dificultad alguna a pesar de estar militarmente ocupada.

La muralla de tierra había sido destruida en muchos sitios, que eran otras tantas brechas, por las que entraron los mercaderes que seguían a las tropas.

En las calles y en las plazas de Omsk pululaban los soldados tártaros, pero advertíase que una mano de hierro les imponía una disciplina a cuya severidad estaban poco acostumbrados. En efecto, no iban aisladamente, sino por grupos armados y de manera que pudieran defenderse contra cualquier agresión.

En la plaza mayor, convertida en campamento, que guardaban numerosos centinelas, vivaqueaban ordenadamente dos mil tártaros. Los caballos, sujetos a estacas, pero ensillados siempre, estaban dispuestos a partir al primer aviso. Omsk no podía ser más que un punto de parada provisional para la caballería tártara, que debía preferir las ricas llanuras de la Siberia oriental donde las ciudades son más opulentas, los campos más fértiles y, por consiguiente, el pillaje más productivo.

Por encima de la ciudad comercial sobresalía el barrio alto, que Iván Ogareff, a pesar de los muchos asaltos, vigorosamente dados pero bravamente rechazados, no había podido reducir aún. Sobre sus murallas aspilleradas flotaba el pabellón nacional con los colores de Rusia, que fue saludado con legítimo orgullo por Miguel Strogoff y su guía.

El correo del zar conocía perfectamente la ciudad de Omsk y, aun siguiendo a su guía, evitó pasar por las calles demasiado frecuentadas, aunque no abrigaba el temor de ser reconocido.

En esta ciudad su anciana madre habría podido llamarle por su verdadero nombre, pero él había jurado no verla y no la vería.

Además —y este era el deseo más vehemente de su corazón—, quizá ella habría podido huir a algún lugar tranquilo de la estepa.

Afortunadamente, el campesino conocía a un maestro de postas que, pagándole bien, no se negaría a alquilar o vender un carruaje o caballos, obtenido lo cual, sólo quedaba la dificultad de salir de la ciudad, pero las brechas practicadas en el recinto debían facilitar la operación.

El campesino condujo, pues, a su huésped discretamente a la casa de postas; pero, al pasar por una calle estrecha, se detuvo de pronto Miguel Strogoff y, retrocediendo, se ocultó tras de una esquina.

—¿Qué te ocurre? —preguntó el campesino, sorprendido de aquel extraño movimiento.

—¡Silencio! —se apresuró a responder Miguel Strogoff, poniendo un dedo sobre sus labios.

En aquel momento, un destacamento de tártaros desembocaba de la plaza principal y seguía por la calle que acababan de dejar Miguel Strogoff y su acompañante.

A la cabeza de aquel destacamento, compuesto de una veintena de soldados de caballería, iba un oficial vestido con un uniforme muy sencillo, el que, aunque sus miradas se dirigieron a uno y otro lado, no pudo ver a Miguel Strogoff, porque éste se había retirado precipitadamente.

El destacamento marchaba al trote largo por aquella calle estrecha, sin que el oficial ni su escolta hicieran caso de los habitantes, que por desgracia apenas habían tenido tiempo de retirarse a su paso y que lanzaron algunos gritos medio ahogados, a los cuales respondieron inmediatamente los tártaros dando lanzazos a diestro y siniestro. La calle quedó en un instante despejada.

Cuando el destacamento hubo desaparecido, preguntó Miguel Strogoff, volviéndose hacia su acompañante:

—¿Quién es ese oficial?

Y, al hacer esta pregunta, su rostro estaba tan pálido como el de un cadáver.

—Es Iván Ogareff —respondió el campesino en voz baja y respirando odio.

—¡Él! —exclamó Miguel Strogoff, quien lanzó esta palabra con un acento de rabia que no pudo disimular.

En aquel oficial acababa de reconocer al viajero que le había golpeado en la casa de postas de Ichim, y repentinamente se iluminó su espíritu. Aquel viajero, a quien él no había hecho más que entrever, le recordó tam-

bién al viejo bohemio cuyas palabras había sorprendido en el mercado de Nijni-Novgorod.

No se había equivocado: aquellos dos hombres eran uno mismo.

Efectivamente, disfrazado de bohemio y confundido entre los individuos de la banda de Sangarra, Iván Ogareff había podido salir de la provincia de Nijni-Novgorod, adonde había ido a buscar, entre los numerosos extranjeros que del Asia central habían concurrido a la feria, los cómplices a quienes querían asociar a la realización de su obra maldita. Sangarra y sus gitanas, verdaderos espías a sueldo, estaban absolutamente a su devoción, y él había sido quien, durante la noche, había pronunciado en el campo de la feria aquella frase singular cuya verdadera significación podía comprender ya Miguel Strogoff; él era también quien había viajado a bordo del *Cáucaso* en compañía de la banda de bohemios y quien, yendo de Kazán a Ichim por distinto camino del ordinario, a través del Ural, había conseguido llegar a Omsk, donde entonces mandaba en jefe.

Apenas hacía tres días que Iván Ogareff había llegado a Omsk y, sin su funesto encuentro en Ichim y sin el acontecimiento que acababa de retener tres días en las orillas del Irtich a Miguel Strogoff, éste habríase indudablemente adelantado al traidor en el camino de Irkutsk. ¡Y quién sabe cuántas desgracias se habrían evitado en el porvenir!

En todo caso, y entonces con mayor razón que nunca, Miguel Strogoff debía evitar la presencia de Iván Ogareff y hacer todo lo posible para no ser visto por éste. Cuando llegara el momento de encontrarse con él cara a cara, sabría buscarle y le encontraría, aunque el traidor fuese dueño absoluto de toda Siberia.

El correo del zar y el campesino prosiguieron la marcha a través de toda la ciudad hasta que llegaron a la casa de postas.

Salir de Omsk por una de las brechas abiertas en el recinto de la ciudad no era empresa difícil durante la noche; pero adquirir un carruaje para remplazar a la tarenta era imposible, por la sencilla razón de que no había ninguno que pudiera ser alquilado o comprado, aunque, ¿para qué necesitaba ya un carruaje Miguel Strogoff, que se había quedado solo? Con un caballo tenía suficiente y, por fortuna, lo pudo adquirir.

El que le proporcionó el maestro de postas era un animal robusto, capaz de soportar largas fatigas y del que Miguel Strogoff, como habilísimo jinete, podía sacar excelente partido.

El caballo fue pagado a buen precio y, algunos minutos más tarde, estaba en disposición de emprender la marcha. Eran entonces las cuatro de la tarde.

Miguel Strogoff, obligado a esperar que llegase la noche para salir de la ciudad y no queriendo mostrarse en las calles, permaneció en la casa de postas, donde se hizo servir algún alimento.

En la sala común había gran afluencia de gente, porque, lo mismo que ocurría en todas las estaciones rusas, el vecindario no cesaba de ir y venir allí, ansioso de adquirir noticias de la invasión.

En aquellos momentos, hablábase de la próxima llegada de un cuerpo de tropas moscovitas, no a Omsk sino a Tomsk, con objeto de recuperar esta ciudad y arrojar de ella a los tártaros de Féofar-Kan.

Miguel Strogoff escuchaba muy atentamente cuanto se decía, pero sin intervenir para nada en la conversación.

De repente, oyó un grito que le hizo estremecer, un grito que le llegó hasta el fondo del alma, y estas dos palabras fueron pronunciadas junto a su oído:

—¡Hijo mío!

Su madre, la anciana Marfa, se encontraba en su presencia, sonriéndole temblorosa y tendiéndole los brazos.

Miguel Strogoff se levantó e iba a lanzarse hacia ella cuando el recuerdo del deber le contuvo.

El peligro serio, que tanto a su madre como a él podía acarrearles aquel encuentro, le paralizó de pronto, y tal fue el imperio que él ejerció sobre sí mismo, que ni un solo músculo de su rostro se movió.

En la sala común se encontraban reunidas entonces veinte personas, entre las cuales podía haber espías, y, como en la ciudad era público que el hijo de Marfa Strogoff pertenecía al cuerpo de correos del zar, era muy probable que, si él *conocía* a su madre, no tardara en ser delatado.

Miguel Strogoff no se movió.

—¡Miguel! —exclamó su madre.

—¿Quién es usted, mi buena señora? —preguntó Miguel Strogoff, balbuceando algunas palabras más que pronunciándolas.

—¿Quién soy? ¡Y tú me lo preguntas! Pero, hijo mío, ¿es que ya no conoces a tu madre?

—Usted se equivoca —respondió fríamente Miguel Strogoff—. Quizá alguna semejanza...

La anciana Marfa se puso frente a él y, mirándole con mucha fijeza, le preguntó:

—¿No eres tú el hijo de Pedro y de Marfa Strogoff?

Miguel Strogoff habría dado en aquellos momentos toda su vida por poder estrechar libremente a su madre entre sus brazos... pero, si cedía, ¡qué sería de él, de ella, de su misión y de su juramento! Dominándose, pues, cerró los ojos para no ver las inexpresables angustias que contraían el venerable rostro de su madre y retiró sus manos para no tocar las manos temblorosas que le buscaban.

—No sé, realmente, lo que quiere usted decir, buena mujer —respondió, retrocediendo algunos pasos.

—¡Miguel! —volvió a gritar la anciana madre.

—¡No me llamo Miguel ni he sido nunca hijo de usted! Yo soy Nicolás Korpanoff, comerciante de Irkutsk.

Y, dicho esto, abandonó bruscamente la sala común, mientras sonaban por última vez en sus oídos estas palabras:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Miguel Strogoff, agotadas sus fuerzas, habíase visto obligado a partir para no desatarse, y no vio que su anciana madre caía casi inanimada sobre un banco, pero, en el momento en que el maestro de postas avanzaba hacia ella para socorrerla, se levantó, inspirada por una revelación repentina.

¡Ella desconocida por su hijo! No era posible, como tampoco lo era que ella se hubiera equivocado. Estaba bien segura de que el joven a quien acababa de ver era su hijo, y si él no la había reconocido era porque no debía conocerla, porque tenía razones poderosísimas para proceder de aquel modo.

Entonces, reprimiendo sus sentimientos maternales, no tuvo más que este pensamiento: «¿Le habré perdido sin querer?»

Y dijo a los que la interrogaban:

—¡Estoy loca! Mis ojos me han engañado; ese joven no es mi hijo, no tiene su voz, no pensemos más en ello. ¡Voy a acabar por ver a mi hijo en todas partes!

No habían transcurrido diez minutos cuando se presentó en la casa de postas un oficial tártaro.

—¿Marfa Strogoff? —preguntó.

—Yo soy —respondió la anciana, tan tranquilamente y con el rostro tan compuesto, que los testigos de la escena que acababa de desarrollarse no la habrían reconocido.

—Vamos —dijo el oficial.

Marfa Strogoff salió de la casa de postas, siguiendo con paso seguro al oficial tártaro.

Algunos momentos después encontrábase en el vivac de la plaza mayor, en presencia de Iván Ogareff, a quien habían sido referidos inmediatamente todos los detalles del suceso ocurrido en la casa de postas.

Iván Ogareff, suponiendo la verdad, quiso interrogar personalmente a la anciana siberiana.

—¿Cuál es tu nombre, vieja? —le preguntó.

—Marfa Strogoff.

—¿Tienes un hijo?

—Sí.

—¿Es correo del zar?

—Sí.

—¿Dónde se encuentra?

—En Moscú.

—¿No tienes noticias de él?

—No las tengo.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace dos meses.

—¿Quién era, entonces, ese joven a quien has dado el nombre de hijo en la casa de postas, hace algunos momentos?

—Un joven siberiano, a quien había tomado por él —respondió Marfa Strogoff—. Desde que la ciudad está llena de extranjeros, esta es la décima vez que he creído ver a mi hijo. ¡Creo verlo en todas partes!

—¿De manera que ese joven no era Miguel Strogoff?

—No era Miguel Strogoff.

—¿Sabes, vieja, que puedo hacer que te den tormento hasta que declares la verdad?

—He dicho la verdad, y la tortura no hará que varíe una sola de mis palabras.

—Pero ese joven siberiano, ¿no era Miguel Strogoff? —preguntó por segunda vez Iván Ogareff.

—No, no era él —volvió a responder Marfa Strogoff—. ¿Cree usted que yo renegaría de un hijo como el que Dios me ha dado, por nada del mundo?

Iván Ogareff miró con aspecto de malicia a la anciana, que sostuvo la mirada sin bajar los ojos. Él no dudaba que aquella mujer había reconocido a su hijo en el joven siberiano y que, si éste había renegado de la madre y la madre renegaba del hijo, debía haber motivos muy graves para ello.

Para Iván Ogareff era, por tanto, evidente que el pretendido Nicolás Korpanoff y el correo del zar, Miguel Strogoff, eran una misma persona, y que si éste se ocultaba bajo un nombre supuesto, debíase a que estaba encargado de alguna misión importantísima que era necesario conocer a todo trance.

Hechas estas reflexiones, dio orden de salir inmediatamente en persecución de Miguel Strogoff y luego dijo, refiriéndose a Marfa:

—Que lleven a Tomsk a esta mujer.

Y, mientras los soldados sacaban de allí bruscamente a la anciana, agregó entre dientes:

—Ya sabré hacer hablar a esta bruja, cuando llegue el momento oportuno.

CAPÍTULO XV

LOS PANTANOS DE LA BARABA

Miguel Strogoff había obrado acertadamente al salir tan pronto de la casa de postas, porque las órdenes de Iván Ogareff fueron transmitidas con suma rapidez a todos los puntos de la ciudad y sus señas comunicadas a todos los jefes de puesto, con objeto de que aquél no pudiera salir de Omsk; pero, en aquel momento, había salido ya por una de las brechas del recinto y su caballo corría con velocidad por la estepa.

No habiendo salido inmediatamente los tártaros en su persecución, era muy probable que lograra escaparse.

El correo del zar había salido de Omsk a las ocho de la tarde del 29 de julio y, como esta ciudad se encuentra a poco más de la mitad del camino de Moscú a Irkutsk, necesitaba llegar al término de su viaje en diez días, si quería adelantarse a las columnas tártaras.

Evidentemente, la deplorable casualidad que le había puesto en presencia de su madre, había descubierto su incógnito, e Iván Ogareff no podía ignorar que acababa de pasar por Omsk con dirección a Irkutsk un correo del zar y que los despachos de que éste era portador debían tener extraordinaria importancia.

Miguel Strogoff estaba convencido de que se adoptarían todos los medios imaginables para apoderarse de él; pero ignoraba lo que necesariamente tenía que ignorar: que Marfa Strogoff se encontraba en manos de Iván Ogareff y que la anciana iba a pagar, quizá con la vida, el movimiento que no había podido reprimir al encontrarse de pronto en presencia de su hijo.

Era una fortuna para Miguel Strogoff el ignorar esta circunstancia, porque, en caso contrario, quizá no habría podido resistir esta nueva prueba.

Estimulaba, pues, a su caballo, comunicándole toda la impaciencia febril que le devoraba, pero no pidiéndole otra cosa sino que le llevara con la mayor rapidez posible hasta otra casa de postas donde pudiera adquirir otro medio de locomoción más rápido.

A medianoche, deteníase en la estación de Kulikovo después de haber recorrido setenta verstas; pero allí, como él se había figurado, no encontró caballos ni carruajes. Algunos destacamentos tártaros, que se habían sepa-

rado del camino que atraviesa la estepa, habían robado o requisado todo, lo mismo en las aldeas que en las casas de postas, por lo que Miguel Strogoff apenas pudo encontrar algún alimento para su caballo y para él.

Le importaba, por tanto, conservar la cabalgadura, porque no sabía cómo ni cuándo la podría reemplazar.

Mientras tanto, deseando poner el mayor espacio posible entre él y los jinetes que Iván Ogareff debía haber lanzado en su persecución, resolvió seguir adelante, y, en efecto, después de una hora de descanso, reanudó la marcha.

Hasta entonces, las circunstancias atmosféricas habían favorecido, por fortuna, el viaje del correo del zar, porque la temperatura era soportable, y la noche, muy corta en aquella época del año e iluminada por esa semiclaridad de la luna que se tamiza a través de las nubes, hacía el camino muy practicable.

Miguel Strogoff marchaba, además, sin dudas ni vacilaciones, como hombre que conoce bien el terreno, y, a pesar de los pensamientos dolorosos que le obsesionaban, conservaba una gran lucidez de espíritu y marchaba directamente a su objeto, como si éste fuera una cosa visible en el horizonte.

A veces, deteníase un momento en algún recodo del camino, para dejar tomar aliento a su caballo; pero entonces se apeaba y, al mismo tiempo que aliviaba de su peso al animal, pegaba el oído al suelo y escuchaba si algún ruido de galope se propagaba por la superficie de la estepa. Cuando no percibía ningún sonido sospechoso, proseguía la marcha hacia adelante.

¡Ah! Si toda aquella comarca siberiana hubiese estado invadida por la noche polar, esa noche permanente que tiene muchos meses de duración, él habría podido caminar con mayor seguridad. Él lo deseaba con vehemencia.

A las nueve de la mañana del 30 de julio pasó por la estación de Turumoff y entró en la pantanosa región de la Baraba.

Allí, en un espacio de trescientas verstas, las dificultades podían ser extremadamente grandes, cosa que no ignoraba Miguel Strogoff, pero, como conocía también el medio de superarlas, no abrigó temor alguno.

Los extensos pantanos de la Baraba, comprendidos de Norte a Sur, entre los paralelos 60 y 50, sirven de depósito a todas las aguas pluviales que no encuentran salida hacia el Obi ni hacia el Irtich.

El suelo de esta vasta depresión es completamente arcilloso y, por tanto, impermeable, de manera que las aguas quedan estancadas allí y forman una región muy difícil de atravesar, especialmente durante la estación calurosa.

Esto no obstante, pasa por allí el camino de Irkutsk, y, en medio de los charcos, de los estanques, de los lagos y de los pantanos, de los que el sol levanta emanaciones insalubres, desarróllase este camino para mayor fatiga y mayor peligro del viajero.

En invierno, cuando el frío solidifica todo lo que está líquido, cuando la nieve nivela el suelo y condensa las miasmas, los trineos pueden fácil e impunemente deslizarse sobre la dura corteza de la Baraba, terreno muy abundante en caza, adonde acuden los cazadores en persecución de las martas cebellinas, cuya preciosa piel es muy buscada.

Durante el estío, el pantano se convierte en fangoso, pestilente y hasta impracticable cuando el nivel de las aguas es muy elevado.

Miguel Strogoff lanzó su caballo a través de una pradera herbosa, en la que faltaba ya el césped menudo de que se alimentan exclusivamente los inmensos rebaños siberianos.

No era aquella la pradera sin límites, sino una especie de inmenso vivero de vegetales arborescentes.

El césped elevábase entonces a cinco o seis pies de altura. La hierba había dejado sitio a las plantas pantanosas, a las que la humedad, unida a los calores estivales, había dado proporciones gigantescas. Eran, especialmente, juncos y butomos, que formaban una red inextricable, una impenetrable espesura, adornada con miles de flores, notables por la viveza de su colorido, y entre las cuales brillaban las azucenas y los iris, cuyos perfumes se confundían con las cálidas emanaciones que del suelo se desprendían.

Desde los pantanos que bordeaban el camino no podía verse a Miguel Strogoff, que galopaba por entre la espesura de juncos, más altos que él. Sólo los innumerables pájaros acuáticos que se levantaban de la orilla del camino y se extendían por el espacio en grupos gritadores señalaban el paso del correo del zar.

Esto no obstante, el camino estaba claramente trazado; aquí, avanzaba directamente por entre la espesa maleza de plantas pantanosas; allí, contorneaba las orillas sinuosas de los grandes estanques, algunos de los cuales, que tienen muchas verstas de longitud y de latitud, han merecido el nombre de lagos, y, en otros sitios, no había sido posible evitar las aguas estancadas, y pasaba sobre ellas, no por encima de verdaderos puentes, sino sobre plataformas movibles, apoyadas en espesas capas de arcilla, cuyos maderos temblaban como una débil plancha suspendida sobre un abismo. Algunas de estas plataformas tenían doscientos o trescientos pies de largo y, en más de una ocasión, los viajeros, o, por lo menos, las viajeras, de las tarentas sufrían, al pasar, un mareo análogo al que se experimenta en el mar.

Miguel Strogoff, lo mismo si era sólido el terreno que tenía bajo los pies, como cuando era blando, corría siempre sin detenerse, saltando por encima de las brechas abiertas en las maderas podridas, cuando de ello tenía necesidad. Lo único que no podían evitar el jinete ni el caballo, por ligeros que fuesen, eran las picaduras de los insectos dípteros que infestaban aquel país pantanoso.

Los viajeros que se ven obligados a atravesar la Baraba durante el estío, tienen la precaución de proveerse de caretas de crin, a las cuales va adherida una cota de malla de hilo metálico muy fino que les cubre los hombros,

a pesar de la cual son pocos los que salen de aquella región pantanosa sin llevar la cara, el cuello y las manos llenas de puntos rojos. La atmósfera allí parece que está erizada de finas agujas, y hasta se podría creer que la espesa armadura de los antiguos caballeros no bastaba para preservar de las picaduras de estos dípteros.

Es funesto aquel país, que el hombre disputa, a alto precio, a las tipulas, a los mosquitos, a los maringuinos, a los tábanos y hasta a los millares de insectos microscópicos que no son perceptibles a simple vista; pero, a los que, si no se les ve, se les siente a causa de sus intolerables picaduras, que ni los cazadores siberianos más endurecidos pueden soportar.

El caballo de Miguel Strogoff, aguijoneado por los venenosos dípteros, saltaba como si le clavasen en los ijares las aceradas puntas de mil espuelas y, acometido por una rabia loca, se encabritaba, corría y dejaba atrás verstas y más verstas con la velocidad de un tren expreso, golpeándose los flancos con la cola y buscando alivio a su suplicio en la rapidez de su carrera.

Se necesitaba ser tan buen jinete como Miguel Strogoff para que las paradas bruscas que el caballo hacía y los saltos que daba para librarse del aguijón de los dípteros, no le arrojaran al suelo; pero el correo del zar parecía, por el contrario, haberse quedado insensible al dolor físico como si estuviera sometido a la acción de un anestésico permanente, no viviendo más que por el deseo de llegar a su objeto, costara lo que costase, y no viendo en aquella insensata carrera otra cosa que el camino que iba dejando rápidamente tras de sí.

¿Quién podía creer que en la región de la Baraba, tan insalubre durante los calores, hubiese población alguna?

La había, sin embargo, porque, a veces, aparecían entre los juncos gigantescos algunas cabañas, en las que habitaban hombres, mujeres, niños y ancianos que, cubiertos de pieles y ocultando el rostro bajo vejigas untadas de pez, guardaban rebaños de carneros enflaquecidos, los que, para preservarles del ataque de los insectos, tenían siempre bajo el viento de las hogueras de leña verde, encendidas noche y día, para que su humo acre se propagara poco a poco por encima del pantano inmenso.

Cuando Miguel Strogoff advertía que su caballo estaba a punto de caer abrumado por la fatiga, aproximábase a una de aquellas miserables cabañas, se apeaba y, olvidado de su propio cansancio, frotaba la piel del animal con grasa caliente, según la costumbre siberiana; luego, le daba una buena ración de forraje, y sólo cuando lo había curado y alimentado, se preocupaba de sí mismo, comiendo, para recuperar sus fuerzas, un trozo de pan y un poco de carne y bebiendo algún vaso de *kwass*.

Una hora más tarde, o dos a lo sumo, reanudaba la marcha, a toda velocidad, por el interminable camino de Irkutsk.

De este modo recorrió noventa verstas desde Turumoff, y a las cuatro de la tarde del 30 de julio llegó a Elamsk, permaneciendo insensible a toda fatiga.

Allí viose obligado a dar una noche de reposo al caballo, porque el vigoroso animal no habría podido continuar por más tiempo aquel penoso viaje sin que antes hubiese descansado.

En Elamsk, como en los demás sitios, no había medio alguno de transporte, pues por las mismas razones que en los pueblos precedentes, carruajes y caballos habían desaparecido, como todo cuanto tenía algún valor.

Elamsk, pequeña ciudad que no había sido visitada aún por los tártaros, estaba casi completamente despoblada, porque, como podía ser fácilmente invadida por el Sur y difícilmente socorrida por el Norte, la autoridad superior había ordenado que se desalojasen las casas de postas, las oficinas de policía y el palacio del gobernador, así es que, los empleados públicos por una parte y el vecindario por otra, todas las personas que estaban en disposición de emigrar, se habían refugiado en Kamsk, en el centro de la Baraba.

Miguel Strogoff tuvo, por consiguiente, que resignarse a pernoctar en Elamsk para que su caballo reposara durante doce horas.

Recordaba perfectamente todas las instrucciones que le habían sido dadas en Moscú: atravesar Siberia de incógnito y llegar a todo trance a Irkutsk; pero, en cierto modo, no sacrificar el éxito de la empresa a la rapidez del viaje. Estaba obligado, por consiguiente, a conservar el único medio de locomoción de que disponía.

A la mañana siguiente salió de Elamsk, en el momento en que, diez verstas más atrás, en el camino de la Baraba, aparecían los primeros exploradores tártaros, por lo que se lanzó nuevamente a través de la región pantanosa.

El camino era llano, lo que facilitaba la marcha; pero muy sinuoso, circunstancia que la prolongaba. De todos modos, era imposible abandonarlo para correr en línea recta a través de la infranqueable red de estanques y lagunas.

Al otro día, 1 de agosto, Miguel Strogoff pasó a las doce, por delante de la aldea de Spaskoe, ciento veinte verstas más allá, y dos horas después llegó a la de Pokrowskoe, donde hizo alto. Su caballo, que desde la salida de Elamsk había corrido incesantemente, no hubiese podido en aquel momento dar un paso más.

Allí, por causa de un descanso obligado, tuvo que perder también el resto de aquel día y toda la noche; pero reanudó la marcha a la mañana siguiente, y, corriendo sin cesar, a través del suelo medio inundado, el 2 de agosto a las cuatro de la tarde llegó a Kamsk, después de una etapa de setenta y cinco verstas.

El aspecto del país había cambiado.

La pequeña villa de Kamsk, situada en medio de una comarca inhabitable, es como una isla, sana y en condiciones de habitabilidad. Ocupa el mismo centro de la Baraba y, merced a las obras de saneamiento y a la canalización del río Tom, afluente del Irtich, que pasa por allí, los pestilentes

pantanos han sido transformados en ricos terrenos de pasto. Sin embargo, estas mejoras no han conseguido triunfar aún por completo de las fiebres que hacen peligrosa la estancia allí durante el otoño, a pesar de lo cual los indígenas de la Baraba buscan refugio en esta villa cuando las miasmas palúdicas los arrojan de otras partes de la provincia.

La emigración provocada por la invasión tártara no había despoblado aún la pequeña villa de Kamsk, cuyos habitantes se consideraban seguros; probablemente, creían tener tiempo de huir si se les amenazaba de forma directa.

Por esta causa, Miguel Strogoff no pudo, por mucho que lo desease, adquirir noticia alguna en aquel punto, cuyo gobernador le habría interrogado a él para informarse, si hubiera sabido quién era el supuesto comerciante de Irkutsk.

Efectivamente, Kamsk parecía, por la situación que ocupaba, estar fuera de un mundo siberiano y ser ajena a los acontecimientos que perturbaban la comarca.

Por otra parte, Miguel Strogoff se dejó ver poco o nada, porque pasar inadvertido era suficiente para quien, como él, deseaba ser invisible. La experiencia de lo pasado le hacía cada vez más circunspecto por lo presente y por lo futuro.

Así, pues, durante su breve residencia en Kamsk, permaneció retirado y, poco después de recorrer las calles, ni aun quiso salir de la posada.

Quizás allí habría podido encontrar un carruaje y reemplazar por un vehículo más cómodo el caballo en que viajaba desde Omsk; pero, después de reflexionar detenidamente, desistió de ello, por creer que la compra de una tarenta atraería la atención sobre él, y, en tanto que no pasara la línea a la sazón ocupada por los tártaros, línea que cortaba la Siberia siguiendo el valle del Irtich, no quería correr el riesgo de provocar sospechas.

Además, para acabar la difícil travesía de la Baraba; para huir a través de los pantanos, en el caso de que algún peligro le amenazase muy directamente; para alejarse, si era preciso, en la más densa espesura de los juncos, un caballo valía evidentemente más que un carruaje. Luego, cuando hubiera pasado de Tomsk, o hasta de Krasnoiarsk, y llegado a algún centro importante de la Siberia occidental, vería Miguel Strogoff lo que le convenía hacer.

En cuanto a su caballo, ni siquiera se le ocurrió la idea de cambiarlo por otro. Se había acostumbrado a aquel valiente animal y sabía lo que daba de sí y el partido que de él podía sacar. Había tenido buena suerte al comprarlo en Omsk y el campesino que lo había guiado a la casa de postas le había prestado un gran servicio.

Por otra parte, si Miguel Strogoff se había acostumbrado ya a su caballo, éste parecía que poco a poco iba acostumbrándose también a las fatigas de semejante viaje y, a condición de que se le permitiera descansar durante

algunas horas, el jinete podía esperar de él que le llevara hasta más allá de las provincias invadidas.

Así, pues, durante la tarde del día 2 de agosto y durante la noche del 2 al 3, Miguel Strogoff permaneció recluido en su posada, situada a la entrada de la población, y que, por ser poco frecuentada, estaba al abrigo de los importunos y de los curiosos.

Rendido por la fatiga, se acostó, no sin haber cuidado antes de que no faltase nada a su caballo, pero no pudo dormir más que a intermitencias, porque los recuerdos y la inquietud le asaltaban a la vez. La imagen de su anciana madre y la de su joven y valerosa compañera, a quienes había dejado detrás de él sin protección, pasaban alternativamente ante su espíritu y confundíanse con frecuencia en su pensamiento.

Luego, recordaba la misión que había jurado cumplir, a la que daba cada vez más importancia todo cuanto él había visto desde que salió de Moscú. El movimiento de insubordinación era extremadamente grave y la complicidad de Ogareff lo hacía más temible aún.

Cuando sus miradas se posaban sobre la carta autorizada con el sello imperial —carta que sin duda contenía el remedio de tantos males y la salvación de todo el país desolado por la guerra—, experimentaba Miguel Strogoff un deseo feroz de lanzarse a través de la estepa, salvar a vuelo de pájaro la distancia que le separaba de Irkutsk, ser águila para elevarse por encima de los obstáculos, ser huracán para pasar a través de los aires con una rapidez de cien verstas por hora, llegar al fin a la presencia del gran duque, exclamar: «¡Alteza, de parte de Su Majestad el zar!», y entregarle el documento de que era portador.

A las seis de la mañana siguiente púsose de nuevo en camino con intención de recorrer aquel día las ochenta verstas (85 kilómetros) que separan Omsk de la aldea de Ubinsk.

Más allá de un radio de veinte verstas encontró nuevamente la pantanosa Baraba, que no tenía ya derivación alguna y cuyo suelo estaba en muchos sitios anegado bajo un pie de agua.

Era muy difícil en estas circunstancias seguir el camino, pero, gracias a su extremada prudencia, Miguel Strogoff no tuvo que lamentar accidente alguno.

Al llegar a Ubinsk, dejó reposar a su caballo durante toda la noche, porque quería recorrer de un tirón, al día siguiente, las cien verstas que separan a Ubinsk de Ikulskoe.

Al amanecer, reanudó efectivamente la marcha; pero, por desgracia, el suelo de Baraba era, en aquella parte, más intransitable cada vez.

Algunas semanas antes había llovido copiosamente entre Ubinsk y Kamakova, y en aquella angosta depresión se conservaban las aguas como en una cuenca impermeable. En aquella red interminable de charcos, de estanques y de lagos, no había solución de continuidad.

Uno de estos lagos —bastante importante para merecer ser admitido en la nomenclatura geográfica—, el Chang, nombre chino, tuvo que costearlo Miguel Strogoff por espacio de más de veinte verstas, viéndose obligado a arrostrar grandes dificultades, lo que ocasionó un retraso que toda la impaciencia del jinete no pudo impedir.

Había tenido, pues, acierto al no adquirir un carruaje en Kamsk, porque, si así lo hubiese hecho, no habría podido pasar por donde su caballo pasó.

A las nueve de la noche llegó a Ikulskoe, donde pernoctó y donde no se tenía noticia alguna de la guerra, cosa que no sorprendió nada al correo del zar porque esta aldea es un lugar perdido en la extensa Baraba.

Por su naturaleza misma, aquella porción de la provincia, situada en la bifurcación que formaban las dos columnas tártaras, una hacia Omsk y hacia Tomsk la otra, había escapado hasta entonces a los horrores de la invasión.

Pero las dificultades naturales iban, al fin, a disminuir, porque, si no sufría retraso alguno, Miguel Strogoff debía salir de la Baraba al día siguiente y, cuando hubiera recorrido las ciento veinticinco verstas (133 kilómetros) que le separaban aún de Kolivan, volvería a encontrar un camino practicable.

Cuando llegase a este lugar importante, se encontraría a igual distancia de Tomsk y, muy probablemente, si las circunstancias lo aconsejaban, daría un rodeo para no entrar en esta ciudad que, suponiendo que fuesen exactas sus noticias, estaba ocupada por Féofar-Kan.

Pero si Ikulskoe, Karguinsk y otros lugares semejantes, por donde pasó el día siguiente, estaban relativamente tranquilos, merced a la situación que ocupaban en la Baraba y donde las columnas tártaras hubiesen maniobrado difícilmente, ¿no era de creer que en las ricas márgenes del Obi, donde no hubiese que vencer obstáculos físicos, hubiera que temerlo todo de los hombres? Era inverosímil.

No obstante, si era preciso, Miguel Strogoff se saldría del camino directo de Irkutsk y viajaría a través de la estepa, aunque, al hacerlo así, se exponía evidentemente a encontrarse sin recursos.

Efectivamente, allí no hay caminos trazados, ni ciudades, ni aldeas, pues apenas se encuentran algunas alquerías aisladas o simples cabañas habitadas por gentes muy pobres, que sin duda serán hospitalarias, pero que no pueden proporcionar ni aun lo más necesario. Sin embargo, él no podía vacilar.

En fin, aproximadamente a las tres y media de la tarde, después de haber dejado tras de sí la estación de Kargatsk, Miguel Strogoff salió de las últimas depresiones de la Baraba, y el suelo duro y seco del territorio siberiano volvió a resonar bajo los cascos de su cabalgadura.

Había salido de Moscú el 15 de julio y, como aquel día era el 5 de agosto, habían transcurrido tres semanas justas desde su partida, incluidas las setenta horas perdidas a orillas del Irtich.

Se encontraba todavía a mil quinientas verstas de distancia de Irkutsk.

CAPÍTULO XVI

EL ÚLTIMO ESFUERZO

Miguel Strogoff tenía razón al temer algún mal encuentro en aquellas llanuras que se prolongan más allá de la Baraba, porque los campos, hollados por los pies de los caballos, revelaban claramente que los tártaros habían pasado por allí, y de estos bárbaros podía decirse lo que se dice de los turcos: *Allí por donde el turco pasa, la hierba no vuelve a crecer jamás.*

Tenía, por consiguiente, el correo del zar que adoptar las mayores precauciones para atravesar aquella región, en cuyo horizonte veíanse algunas volutas de humo que se retorcían en el espacio como para testificar que las aldeas y los caseríos continuaban siendo pasto de las llamas.

Estos incendios, ¿los había provocado la vanguardia enemiga, o el grueso del ejército del emir había llegado ya a los últimos límites de la provincia? ¿Se encontraba personalmente Féofar-Kan en el Gobierno de Yeniseisk? Miguel Strogoff no lo sabía y no podía resolver nada mientras no supiera a qué atenerse respecto a este asunto. ¿Estaría el país tan completamente abandonado que no hubiese en él un siberiano que le informase?

El correo del zar anduvo dos verstas sin encontrar a nadie, el camino estaba completamente desierto. Conforme avanzaba, miraba a derecha e izquierda buscando alguna casa que no hubiera sido abandonada, pero todas las que encontró estaban completamente vacías.

Al fin, distinguiendo entre los árboles una cabaña de la que salía un poco de humo, se aproximó a ella y vio, a pocos pasos de los restos de una pobre casa, un anciano rodeado de niños que lloraban.

Una mujer, todavía joven, que sin duda era hija del anciano y madre de los niños, arrodillada en el suelo, contemplaba aquella escena de desolación con ojos extraviados.

Aquella infeliz mujer estrechaba en sus brazos a una criatura de pocos meses de edad a la que daba su escuálido pecho y a la que probablemente no tardaría en faltar la alimentación.

Todo era ruina y desolación en torno de esta desgraciada familia.

Miguel Strogoff, aproximándose al anciano, le preguntó con voz grave:

—¿Me puedes responder?

—Habla —contestó el anciano.

—¿Han pasado los tártaros por aquí?

—Sí, puesto que está ardiendo mi casa.

—¿Era un ejército o un destacamento?

—Un ejército, porque los campos han sido devastados en todo cuando alcanza la vista.

—¿Iba mandado por el emir?

—Por el emir, porque las aguas del Obi se han teñido de rojo.

—¿Y Féofar-Kan ha entrado en Tomsk?

—Sí, ha entrado en Tomsk.

—¿Sabes si los tártaros se han apoderado de Kolivan?

—No, porque Kolivan no arde aún.

—Gracias, amigo. ¿Puedo hacer algo por ti y por tu familia?

—Nada.

—Entonces, hasta la vista.

—¡Adiós!

Y Miguel Strogoff, después de dejar veinticinco rublos sobre las faldas de la desgraciada mujer, que ni aun tuvo fuerzas para darle las gracias, espoleó su caballo y reanudó la marcha.

Sabía, por lo menos, una cosa, y era que debía evitar a todo trance el pasar por Tomsk.

Todavía era posible ir a Kolivan, adonde los tártaros no habían llegado aún, y lo que él debía hacer, por consiguiente, era aprovisionarse en esta ciudad de lo necesario para una larga etapa, apartarse en seguida del camino de Irkutsk, dando un rodeo para no pasar por Tomsk, atravesar el Obi y volver nuevamente a tomar el camino recto.

Decidido el nuevo itinerario, Miguel Strogoff no debía ya vacilar un instante y no vaciló. Imprimió, pues, a su caballo una marcha más rápida y regular y siguió el camino que conducía directamente a la margen izquierda del Obi, del que le separaban aún cuarenta verstas. ¿Encontraría allí un barco para atravesar el río o tendría necesidad de pasarlo a nado por haber destruido los tártaros todas las embarcaciones? En el momento oportuno, resolvería.

En cuanto al caballo, bastante cansado ya, Miguel Strogoff, después de exigirle que agotara el resto de sus fuerzas en esta última etapa, trataría de cambiarlo por otro en Kolivan, pues comprendía que el pobre animal no podía tardar mucho en caer abrumado por el cansancio.

Kolivan debía ser, por consiguiente, como un nuevo punto de partida, porque, desde esta ciudad en adelante, el viaje se efectuaría en nuevas condiciones.

Mientras recorriese el país devastado por el enemigo, el correo del zar tendría que luchar con grandes dificultades, pero si, después de evitar el paso por Tomsk, podía tomar nuevamente el camino de Irkutsk a través de

la provincia de Yeniseisk, que los tártaros no habían saqueado aún, podría llegar al término de su viaje en el plazo de algunos días.

A medianoche, una profunda oscuridad envolvía la estepa en su tupido manto de negruras.

El viento que, al ponerse el sol, había cesado por completo, dejaba en la atmósfera una calma absoluta.

Sólo el ruido de los pasos del caballo y algunas palabras con que el jinete lo animaba de cuando en cuando turbaban el augusto silencio de la noche y de los campos desiertos.

En medio de las tinieblas que envolvían la estepa, se necesitaba estar constantemente muy atento para no salirse del camino, bordeado de estanques y de arroyuelos, tributarios del Obi.

Miguel Strogoff caminaba, pues, tan rápidamente como era posible en aquellas circunstancias, pero con cierta circunspección, fiándose tanto de la excelencia de sus ojos, que penetraban en las sombras, como de la prudencia de su caballo, cuya sagacidad le era conocida.

Al cabo de un rato, se apeó para reconocer exactamente la dirección del camino; pero, en aquel momento, parecióle oír un rumor confuso que procedía del Oeste, algo así como el ruido de una cabalgata lejana galopando sobre la tierra seca.

No había duda; aquel ruido producíalo, una o dos verstas más atrás, cierta cadencia de pasos que herían con regularidad el suelo.

Entonces aplicó la oreja a la orilla misma del camino y escuchó con mayor atención.

—Es un destacamento de caballería que viene por el camino de Omsk —se dijo a sí mismo el correo del zar—. Corre mucho, porque el ruido aumenta. ¿Serán rusos? ¿Serán tártaros?

Y de nuevo se puso a escuchar.

—Sí —dijo—, esta gente camina al trote largo y antes de diez minutos estarán aquí. Mi caballo no podría conservar mucho tiempo la delantera... Si son rusos, me uniré a ellos, y si son tártaros, es necesario evitar que me vean... Pero, ¿de qué modo? ¿Dónde ocultarme en esta estepa?

Miguel Strogoff miró en torno suyo y sus ojos de lince no tardaron en descubrir una masa que en la sombra de la noche apenas era perceptible, a cien pasos más adelante, hacia la izquierda del camino.

—Allí hay una espesura —se dijo—. Buscar refugio en ella es exponerme quizás a ser cogido prisionero, si los tártaros la registran; pero no me queda otro recurso. ¡Ya llegan! ¡Ya están aquí!

Algunos momentos después, llevando su caballo por la brida, ocultóse en un bosquecillo de arbustos, al cual daba acceso una vereda. Acá y allá, desprovista de árboles, extendíase dicha vereda por entre barrancos y estepas, separadas por matas nacientes de juncos y de brezos. A ambos lados, el terreno era absolutamente impracticable y el destacamento que se apro-

ximaba, si seguía el camino de Irkutsk, tenía forzosamente que pasar por delante de este pequeño bosque.

Miguel Strogoff se internó en la maleza, pero, cuarenta pasos más allá, se encontró detenido por una corriente de agua, que encerraba a la espesura en un recinto semicircular; pero la sombra allí era tan densa, que él no corría peligro alguno de ser visto, excepto en el caso de que el bosquecillo fuese registrado minuciosamente.

Condujo, pues, su caballo hasta aquella corriente de agua, lo ató a un árbol y volvió a la orilla del bosque para ver a los que se acercaban con objeto de saber a qué atenerse.

Apenas había concluido de agazaparse detrás de un grupo de arbustos, cuando apareció en el camino un resplandor bastante confuso, del que se destacaban acá y allá algunos puntos brillantes que se agitaban entre las sombras.

—¡Antorchas! —exclamó Miguel Strogoff, retrocediendo vivamente para ocultarse como un salvaje en la parte más densa de la espesura.

Conforme se iba aproximando al bosque el destacamento, se hacía más lenta la marcha de los caballos. ¿Registrarían aquellas gentes el camino con intención de observar hasta los menores detalles?

El correo del zar debió de temerlo, porque retrocedió instintivamente hasta la orilla del río, dispuesto a arrojarse al agua, si era necesario.

El destacamento, al llegar frente a la espesura, se detuvo, y los jinetes, que, poco más o menos, eran cincuenta, se apearon.

Diez de ellos llevaban antorchas que iluminaban el camino, en un radio bastante extenso.

Observando los movimientos de aquella gente, comprendió Miguel Strogoff que, por inadvertencia, afortunada para él, el destacamento no pensaba registrar el bosque, pero sí detenerse en aquellas proximidades, para que sus caballos descansaran y los hombres tomaran alimento.

Efectivamente, los caballos, desbridados, comenzaron a pastar la hierba espesa que tapizaba el suelo, y los jinetes se tendieron a lo largo del camino y se repartieron las provisiones que llevaban.

Miguel Strogoff conservaba toda su sangre fría y, arrastrándose entre las altas hierbas, se acercó tratando de ver y de oír.

Era aquél un destacamento procedente de Omsk, compuesto de soldados usbecos, raza dominante de Tartaria, cuyo tipo es muy parecido al de los mogoles.

Aquellos hombres, bien constituidos, de estatura más que mediana y de rasgos rudos y salvajes, llevaban cubierta la cabeza con una especie de gorro de piel de carnero negra, a que se da el nombre de *talpak,* e iban calzados con botas amarillas de tacón alto y cuyo extremo se elevaba en punta, como las que se usaban en la Edad Media. Sujeto al cuerpo por medio de un cinturón de cuero con pintas rojas llevaban una especie de dormán de indiana, forrado de algodón crudo. Su arma defensiva era un

escudo, y las ofensivas un sable corvo, un machete y un fusil de chispa que pendía del arzón de la silla. Una capa de fieltro de color brillante les cubría las espaldas.

Los caballos, que pastaban en completa libertad a la orilla del soto, eran, como los jinetes, de raza usbeca, cosa que se veía perfectamente a la luz de las antorchas que proyectaban viva claridad entre el ramaje de los árboles.

Estos animales, un poco más pequeños que el caballo turcomano, pero dotados de fuerza extraordinaria, son bestias que no conocen otro paso que el galope.

El destacamento iba mandado por un *pendyabasqui,* es decir, por un oficial que manda cincuenta hombres y que lleva a sus órdenes un *dehbasqui,* que no es otra cosa que una especie de cabo, encargado del mando de diez hombres.

Estos dos militares graduados llevaban casco y semicota de mallas, pero la señal distintiva de su graduación eran las pequeñas trompetas que llevaban colgadas del arzón de su silla.

El *pendyabasqui* había tenido que dar descanso a los hombres que formaban el destacamento, porque éstos se encontraban rendidos de fatiga a causa de la larga marcha que acababan de hacer.

Conversando con el *dehbasqui* y fumando *beng* (hoja de cáñamo que forma la base del haschisch, del que los asiáticos hacen tanto uso), iban y venían uno y otro por el bosque, de manera que Miguel Strogoff, sin ser visto, podía oír su conversación y hasta entenderla, porque hablaban el lenguaje tártaro, que le era conocido.

Desde las primeras palabras que pronunciaron, despertó la conversación vivo interés en Miguel Strogoff, y no podía ser de otro modo, puesto que de él se hablaba.

—Ese correo no puede llevarnos tanta delantera —dijo el primer oficial—, aunque, por otra parte, es imposible que haya seguido otro camino que el de la Baraba.

—¿Quién sabe si ha salido de Omsk? —respondió el oficial segundo—. ¿No estará todavía en alguna casa de la ciudad?

—Sería de desear, realmente, porque, en este caso, el coronel Ogareff no tendría ya que temer que los despachos, de que sin duda es portador ese correo, llegaran a su destino.

—Se dice que es un hombre del país, un siberiano, que debe conocer bien la comarca, y es posible que se haya separado del camino de Irkutsk, sin perjuicio de volver a él más tarde.

—En ese caso iríamos delante de él, porque salimos de Omsk menos de una hora después de su partida y hemos seguido el camino más corto con toda la velocidad de nuestros caballos. Por consiguiente, o bien permanece aún en Omsk, o llegaremos a Tomsk antes que él, de manera que le

cortaremos la retirada; pero, en cualquiera de los dos casos, él no llegará a Irkutsk.

—¡Es una mujer muy fuerte esa vieja siberiana, que seguramente es madre del correo! —exclamó el oficial segundo.

Al oír esta frase, el corazón de Miguel Strogoff latió con tal violencia como si fuera a romperse.

—Sí —asintió el primer oficial—, ella ha sostenido con toda firmeza que el pretendido comerciante no era su hijo, pero ha sido demasiado tarde. El coronel Ogareff no se ha dejado engañar y, como ha dicho, sabrá hacer hablar a esa vieja bruja cuando llegue el momento oportuno.

Cada una de estas palabras era una puñalada asestada a Miguel Strogoff en el corazón.

Él había sido reconocido como correo del zar, y un destacamento de soldados de caballería, lanzado en su persecución, no podía dejar de cortarle el camino. Y, ¡dolor supremo!, su madre se encontraba en poder de los tártaros y el cruel Ogareff se vanagloriaba de poder hacerla hablar cuando quisiera.

¡Miguel Strogoff sabía perfectamente que la enérgica siberiana no hablaría y que le costaría la vida...!

No creía poder odiar a Iván Ogareff más de lo que le había odiado hasta aquel momento y, sin embargo, sintió que una nueva ola de odio inundaba su corazón. ¡El infame que había traicionado a su patria amenazaba ahora torturar a su madre!

Los dos oficiales tártaros continuaron hablando, y Miguel Strogoff creyó entender que en los alrededores de Kolivan era inminente un encuentro entre las tropas moscovitas procedentes del Norte y las tropas rebeldes. Un pequeño cuerpo ruso, compuesto de dos mil hombres, que había sido visto siguiendo la corriente inferior del Obi, dirigíase a marchas forzadas hacia Tomsk. Si esto era cierto, la columna de los leales iba a encontrarse con el grueso del ejército de Féofar-Kan e inevitablemente sería aniquilada, en cuyo caso el camino de Irkutsk quedaría completamente en poder de los invasores.

En cuanto a él, Miguel Strogoff supo, por algunas palabras oídas al *pendyabasqui,* que su cabeza había sido puesta a precio, y se había dado orden de prenderle, vivo o muerto.

Tenía, por consiguiente, necesidad inmediata de adelantarse al destacamento usbeco en el camino de Irkutsk y poner el Obi por medio, entre él y sus perseguidores, para lo cual necesitaba huir antes de que los tártaros que allí se encontraban levantasen el campo.

Adoptada esta resolución, el correo del zar se dispuso a ejecutarla, porque aquel alto no podía prolongarse y el jefe del destacamento tenía el propósito de no dar a su gente más que una hora de descanso, a pesar de que los caballos, que no habían sido sustituidos por otros desde que salieron de

Omsk, se encontraban muy fatigados, porque, como el de Miguel Strogoff, no habían cesado de correr.

No había, por tanto, un momento que perder. Era la una de la madrugada y se precisaba aprovechar la oscuridad, antes que el alba apareciese, para salir del bosque y entrar en el camino; pero, aunque la noche la favoreciese, el éxito de semejante empresa parecía casi imposible.

No queriendo dejar nada a la casualidad, Miguel Strogoff reflexionó durante algún tiempo, pensando atentamente el pro y el contra de las probabilidades, a fin de adoptar los medios más ventajosos.

De la disposición del terreno resultaba: que no podía escapar por detrás del soto, formado por un arco de árboles, cuya cuerda era el camino; que el río que bordeaba este arco era bastante profundo, ancho y fangoso; que grandes matas de juncos hacían el paso impracticable; que bajo aquellas turbias aguas se adivinaba un fondo cenagoso, en el que los pies no podían encontrar punto de apoyo, y que, al otro lado del río, el suelo, cortado por la maleza, se prestaba muy difícilmente a las maniobras necesarias para una rápida huida.

Además, si se llegaba a dar la voz de alarma, Miguel Strogoff sería perseguido con tenacidad y, rodeado en seguida, caería irremisiblemente en poder de los jinetes tártaros.

No había, pues, más que una vía practicable, una sola, y ésta era el camino real; por consiguiente, lo único que debía intentar Miguel Strogoff para salir del atolladero en que se encontraba era contornear el bosque, adelantarse un cuarto de versta antes de ser descubierto, pedir a su caballo toda la energía y vigor que le quedaban, aunque cayese muerto al llegar a las orillas del Obi, y atravesar el río en un barco, o a nado si no encontraba otro medio más adecuado.

Su energía y su valor se duplicaban en presencia del peligro. Estaban en juego su vida, la misión que se le había confiado, el honor de su patria y quizá también la salvación de su madre; por consiguiente, no podía vacilar.

Como no tenía un minuto que perder, puso inmediatamente manos a la obra.

Los soldados del destacamento empezaban ya a moverse; unos iban y venían por el camino, delante del bosque, y los otros permanecían aún echados al pie de los árboles, pero sus caballos iban reuniéndose poco a poco en la parte central del soto.

A Miguel Strogoff se le ocurrió al principio apoderarse de uno de aquellos caballos, pero se dijo, con razón, que debían estar tan fatigados como el suyo y que era preferible confiar en éste, que era seguro y que le había prestado ya tan buenos servicios.

Este valeroso animal, oculto por una alta mata de brezos, había escapado a las miradas de los tártaros, que, en sus idas y venidas, no habían llegado al límite del bosque.

Miguel Strogoff, arrastrándose sobre la hierba, se aproximó a su caballo, que estaba echado en el suelo, lo acarició con la mano, le habló con dulzura y consiguió que se levantara sin hacer ruido.

En aquel momento —circunstancia favorable—, las antorchas, completamente consumidas, se apagaron y la oscuridad aumentó, especialmente en el terreno cubierto de maleza.

Miguel Strogoff, después de ponerle el bocado al caballo, aseguró la cincha de la silla, apretó la correa de los estribos y comenzó a tirar suavemente del animal por la brida.

El inteligente caballo, como si hubiera comprendido lo que de él se deseaba, siguió dócilmente a su amo sin dejar oír el más ligero relincho, a pesar de lo cual algunas caballerías usbecas levantaron la cabeza y se dirigieron poco a poco a la orilla del bosque.

El correo del zar llevaba el revólver en la mano derecha, dispuesto a volarle los sesos al primer jinete tártaro que se le acercara; pero, afortunadamente, su movimiento no fue advertido y él pudo llegar al ángulo que el bosque formaba, a la derecha, con el camino.

Para evitar que le viesen, su intención era montar a caballo lo más tarde posible y sólo después de haber pasado un recodo que se encontraba a doscientos pasos de distancia de la espesura.

Por desgracia, en el momento en que iba a salir de la ladera del bosque, lo sintió un caballo usbeco, relinchó y se lanzó al camino.

El dueño corrió hacia él para sujetarlo, pero, al ver una sombra que se destacaba confusamente entre los primeros resplandores del alba, gritó:

—¡Alerta!

Al oír este grito, todos los hombres del destacamento se levantaron y se precipitaron al camino; visto lo cual, Miguel Strogoff se apresuró a montar y a lanzar su caballo a galope.

Los dos oficiales del destacamento acudieron en seguida, llamando a su gente; pero el correo del zar estaba ya sobre la silla de su cabalgadura.

En aquel momento sonó una detonación y Miguel Strogoff sintió que una bala le atravesaba la pelliza.

Sin volver la cabeza ni responder a la agresión, clavó ambas espuelas al caballo, que dio un salto formidable y se lanzó, a rienda suelta, en dirección al Obi.

Los caballos usbecos estaban desensillados, circunstancia que le permitía tomar cierta delantera al destacamento, que, de todos modos, no podía tardar en seguirle.

Efectivamente, no habían transcurrido dos minutos aún, cuando oyó el ruido de los caballos que iban en su persecución y que, poco a poco, iban ganándole terreno.

El día comenzaba ya a clarear y los objetos iban siendo cada vez más visibles.

Miguel Strogoff volvió la cabeza y vio a un jinete que se le acercaba rápidamente.

Era el *dehbasqui* del destacamento, que, montado en un brioso caballo, iba a la cabeza de su gente y no podía tardar en dar alcance al fugitivo.

El correo del zar, sin detenerse, le apuntó un momento con el revólver, y aquella mano, que no había temblado nunca, disparó.

El oficial usbeco, herido en mitad del corazón, cayó rodando al suelo; pero los demás soldados que le seguían de cerca, sin detenerse a levantar al oficial, animándose a sí mismos con sus propias voces e hiriendo con las espuelas los ijares de sus caballos, disminuyeron poco a poco la distancia que los separaba de Miguel Strogoff.

Sin embargo, durante media hora, el fugitivo pudo mantenerse fuera del alcance de las armas de los tártaros; pero no se le ocultaba que su caballo iba perdiendo fuerzas y temía que, si llegaba a tropezar con algún obstáculo, caería para no volver a levantarse.

El día era ya bastante claro, aunque el sol no brillaba aún en el horizonte.

A la luz del crepúsculo matutino, distinguíase, a una distancia de poco más de dos verstas, una línea pálida, bordeada por algunos árboles bastante espaciados.

Era el río Obi, que corría del Sudoeste al Nordeste, casi a ras del suelo, y cuyo valle no era otra cosa que la misma estepa.

Muchos disparos se hicieron, durante esta desenfrenada carrera, a Miguel Strogoff sin herirle, y muchas veces también descargó él su revólver contra los que le iban a la zaga; pero, más afortunado o mejor tirador que sus enemigos, cada vez que él disparaba, caía rodando a tierra un soldado, en medio de los gritos de rabia de sus compañeros.

Sin embargo, esta encarnizada persecución no podía terminar más que con desventaja para el perseguido, cuyo caballo estaba ya casi reventado, a pesar de lo cual consiguió llevar a su jinete hasta la orilla del río.

El destacamento tártaro se encontraba a la sazón a cincuenta pasos detrás de él.

En el Obi, absolutamente desierto, no había barco alguno que pudiera servir para pasar a la otra orilla.

—¡Valor, mi valiente caballo! —exclamó Miguel Strogoff—. ¡Vamos! ¡El último esfuerzo!

Y se lanzó al río, que en aquella parte tenía media versta de anchura.

La impetuosidad de la corriente hacía muy difícil la travesía.

El caballo de Miguel Strogoff, no pudiendo sentar los pies, tuvo que atravesar a nado aquellas aguas, tan rápidas como las de un torrente, y afrontar aquel peligro fue, en opinión del jinete, un milagro de valor del noble bruto.

Los perseguidores habíanse quedado a la orilla del río y vacilaban en lanzarse a él, cuando el jefe del destacamento, tomando un fusil, hizo un

disparo al fugitivo que en aquel momento se encontraba ya en medio de la corriente, y el caballo, herido en un flanco, desapareció con el jinete debajo de las aguas.

Miguel Strogoff se apresuró a desembarazarse de los estribos y luego, sumergiéndose para evitar que le alcanzase la lluvia de balas que le enviaban los tártaros, consiguió llegar a la orilla derecha y desapareció entre las cañas que en la margen del Obi crecían.

CAPÍTULO XVII

VERSÍCULOS Y CANCIONES

Miguel Strogoff se encontraba relativamente seguro, a pesar de lo cual su situación era todavía muy crítica.

Puesto que el fiel animal que tan valerosamente le había servido acababa de encontrar la muerte en las aguas del río, ¿cómo iba él a poder continuar su viaje?

A pie, sin víveres, en un país arruinado por la invasión y recorrido en todas direcciones por los exploradores del emir y a una gran distancia todavía del lugar a donde tenía el deber de llegar, ¿qué podía hacer?

—¡Por el Cielo! —exclamó, respondiendo a las razones que para desalentarle se aglomeraban en su mente—. ¡Yo llegaré! ¡Dios protege a la santa Rusia!

Se encontraba entonces fuera del alcance de los jinetes usbecos, que no se habían atrevido a perseguirle a través del río y que, además debían creerlo ahogado, porque, después de su desaparición bajo las aguas, no habían podido verle llegar a la orilla derecha del Obi.

Pero el correo del zar, arrastrándose entre las cañas gigantescas que allí crecían, había ganado una parte más elevada de la ribera, aunque con gran trabajo, porque el cieno espeso, que en la época del desbordamiento de las aguas se deposita en aquel paraje, lo hacía poco accesible.

Cuando, al fin, estuvo en terreno más firme, reflexionó acerca de lo que le convenía hacer. Ante todo, deseaba evitar el paso por Tomsk, ocupada por las tropas tártaras, a pesar de la necesidad que tenía de entrar en algún pueblo, o en una casa de postas, donde pudiera adquirir un caballo. Obtenido éste, emprendería la marcha apartándose de los caminos trillados y no volvería a tomar el de Irkutsk hasta que llegara a las inmediaciones de Krasnoiarsk, y de aquí en adelante si se apresuraba, encontraría la vía libre aún y podía bajar al Sudoeste por las provincias del lago Baikal.

Adoptada su resolución, empezó por orientarse.

A dos verstas del lugar en que se encontraba, siguiendo la corriente del Obi, elevábase una pequeña ciudad, pintorescamente situada en la pendiente de un montículo y cuyas iglesias de cúpulas bizantinas, pintadas de verde y oro, se destacaban del fondo gris del cielo.

Era Kolivan, adonde los funcionarios públicos de Kamsk y de otras poblaciones se habían refugiado durante el estío, huyendo del clima insalubre de la Baraba.

Kolivan, según las noticias que el correo del zar había sorprendido, no debía haber caído aún en poder de los invasores. Las tropas tártaras, divididas en dos columnas, se habían dirigido por la izquierda a Omsk y por la derecha a Tomsk, olvidando los lugares intermedios.

El proyecto, tan sencillo como lógico, de Miguel Strogoff, era llegar a Kolivan antes que los soldados usbecos que se encaminaban a esta misma ciudad bajando por la orilla izquierda del Obi, y allí, aunque pagara por ellos diez veces su valor, adquiría un traje nuevo y un caballo y reanudaría la marcha hacia Irkutsk a través de la estepa meridional.

Eran las tres de la mañana.

Los alrededores de Kolivan, perfectamente tranquilos a la sazón, parecían estar por completo abandonados.

Evidentemente, la población rural, huyendo de la invasión a la que era imposible oponerse, había emigrado hacia el Norte, para refugiarse en las provincias del Yeniseisk.

Miguel Strogoff, pues, se encaminó con paso rápido a Kolivan, cuando llegó a sus oídos el ruido de dos detonaciones lejanas.

Se detuvo y percibió claramente unos sordos estampidos que conmovían las capas atmosféricas y una crepitación más seca cuya naturaleza no podía determinar.

—¿Es el cañón? ¿Son descargas de fusilería? —se preguntó a sí mismo—. ¿El pequeño cuerpo de ejército ruso se bate con los tártaros? ¡Ah! ¡Haga el Cielo que llegue yo antes que ellos a Kolivan!

Miguel Strogoff no se había equivocado, porque no tardaron en oírse con más claridad las detonaciones, y detrás de Kolivan, hacia la izquierda, condensáronse sobre el horizonte algunos vapores que no eran nubes de humo sino las blanquecinas volutas, claramente determinadas, que son producidas por las descargas de artillería.

A la izquierda del Obi, los soldados usbecos habíanse detenido para esperar el resultado de la batalla.

Por otra parte, Miguel Strogoff nada tenía que temer, en vista de lo cual apresuró la marcha hacia la ciudad.

Mientras tanto, sonaban cada vez más frecuentes y más próximos los estampidos del cañón. No era ya un ruido confuso, sino una serie de disparos hechos por distintos cañones. Al mismo tiempo, la humareda elevábase al espacio en alas del viento, siendo evidente que los beligerantes iban rápidamente adelantándose hacia el Sur.

Era, pues, indudable que Kolivan iba a ser atacada por la parte septentrional. ¿La defendían los rusos contra las tropas tártaras o trataban de recobrarla por estar ya en posesión de ella los soldados de Féofar-Kan? Esto era imposible saberlo y de aquí la perplejidad de Miguel Strogoff.

No estaba ya más que a media versta de Kolivan, cuando se elevó de entre las casas de la ciudad una gran llamarada y se derrumbó el campanario de una iglesia entre torrentes de polvo y fuego.

¿La lucha era, entonces, dentro de Kolivan?

Así debió creerlo Miguel Strogoff, en cuyo caso era evidente que rusos y tártaros se batían en las calles de la ciudad.

¿Era, por consiguiente, aquél el momento más oportuno para buscar allí refugio? ¿No se exponía Miguel Strogoff a ser cogido prisionero? ¿Conseguiría escaparse de Kolivan con la misma facilidad que se había escapado de Omsk?

Todas esas eventualidades pasaron por su imaginación y le hicieron dudar antes de adoptar un partido cualquiera.

¿No era preferible dirigirse hacia el Sur y al Este aunque fuese a pie, llegar a cualquier pueblo, tal como Diachinsk u otro, y proveerse allí de un caballo, costara lo que costase?

Era el único partido que podía tomar y Miguel Strogoff no perdió el tiempo. Abandonó inmediatamente las orillas del Obi y se encaminó directamente a la derecha de Kolivan.

En aquel momento, los estampidos incesantes del cañón sonaban con fragor horrísono y pronto las llamas ascendían sobre la parte izquierda de la ciudad. El incendio devoraba todo un barrio de Kolivan.

Miguel Strogoff corría a través de la estepa, tratando de ponerse a cubierto detrás de algunos árboles, diseminados acá y allá, cuando un destacamento de caballería tártara apareció por la derecha.

No podía, evidentemente, continuar huyendo en aquella dirección. El destacamento avanzaba con rapidez hacia la ciudad y a él le habría sido difícil escapar de su persecución.

En aquel momento, divisó en un ángulo de un espeso bosque de árboles una casa aislada a la que era posible llegar antes de ser visto; y correr hacia allá, ocultarse, pedir y, en caso necesario, tomar algún alimento con que reparar sus fuerzas, porque estaba extenuado de fatiga, era la única cosa que tenía que hacer en aquellas circunstancias.

Precipitóse, pues, hasta la casa, que se encontraba a media versta de distancia, y, al aproximarse, vio que era una estación telegráfica, de la que partían dos alambres en dirección al Oeste uno y el otro al Este. De la estación partía, además, otro alambre en dirección a Kolivan.

Era de suponer que, en semejantes circunstancias, se encontrase abandonada aquella estación; pero, de todos modos, Miguel Strogoff podía refugiarse en ella y permanecer allí, si era preciso, hasta que llegara la noche para lanzarse de nuevo a la estepa, que recorrían a la sazón los exploradores tártaros.

Lanzóse, pues, hacia la puerta y la empujó violentamente.

Una sola persona había en la sala en que se transmitían los telegramas. Era un empleado tranquilo, flemático e indiferente a cuanto pasaba fuera de allí.

Firme en su puesto, esperaba detrás de la ventanilla que se presentara alguien a reclamar sus servicios.

Miguel Strogoff, al verle, acercóse a él corriendo y le preguntó con voz apagada por la fatiga:

—¿Qué sabe usted?

—Nada —respondió el telegrafista sonriendo.

—¿Son los rusos y los tártaros los que pelean?

—Así se dice.

—Pero, ¿quiénes son los vencedores?

—Lo ignoro.

Tanta tranquilidad en medio de tan terribles coyunturas, o, por mejor decir, tanta indiferencia, apenas podía creerse.

—¿No está interrumpida la comunicación telegráfica? —preguntó Miguel Strogoff.

—Está interrumpida entre Kolivan y Krasnoiarsk, pero todavía funciona entre Kolivan y la frontera rusa.

—¿Para el Gobierno?

—Para el Gobierno, cuando él lo cree conveniente, y para el público cuando lo paga. Son diez kopeks por palabra; de modo, caballero, que cuando usted guste...

Disponíase el correo del zar a responder a aquel extraño empleado que no tenía que expedir telegrama alguno y que sólo necesitaba un pedazo de pan y un poco de agua, cuando la puerta de la casa se abrió bruscamente.

Creyendo Miguel Strogoff que la estación telegráfica era invadida por los tártaros, se disponía a saltar por la ventana, cuando vio que únicamente habían entrado en la sala dos hombres que no tenían parecido alguno con los soldados tártaros.

Uno de ellos llevaba en la mano un telegrama escrito con lápiz y, adelantándose al otro, se precipitó a la ventanilla, detrás de la cual se encontraba el impasible empleado.

En aquellos dos hombres, Miguel Strogoff volvió a encontrar, con el asombro que fácilmente puede comprenderse, a las dos personas en quienes menos pensaba y a las que había creído no volver a ver jamás.

Eran los corresponsales Enrique Blount y Alcides Jolivet, no ya compañeros, sino rivales, o, hablando con más propiedad, enemigos desde que operaban sobre el campo de batalla.

Habían salido de Ichim sólo algunas horas después que Miguel Strogoff, y si habían llegado antes que éste a Kolivan y aun pasado más allá, siguiendo el mismo camino, debíase a que el correo del zar había perdido tres días a orillas del Irtich.

Después de haber presenciado ambos la batalla sostenida por rusos y tártaros delante de la ciudad, habían salido de Kolivan en el momento en que se empezaba la lucha en las calles y acudido a la estación telegráfica para lanzar a Europa sus despachos rivales, disputándose uno al otro la primacía en la transmisión de las noticias.

Miguel Strogoff se retiró a un rincón, en la sombra, desde donde, sin ser visto, podía ver y oír.

Evidentemente iba a adquirir noticias interesantes para él y a saber si debía o no entrar en la ciudad de Kolivan.

Enrique Blount, adelantándose a su colega, había tomado posesión de la ventanilla y presentaba su telegrama al empleado, mientras Alcides Jolivet, contra su costumbre, rabiaba de impaciencia.

—Diez kopeks por palabra —dijo el telegrafista tomando el despacho.

Enrique Blount depositó inmediatamente sobre la tabla de la ventanilla una enorme pila de rublos, que su colega miró con cierta estupefacción.

—Está bien —dijo el telegrafista.

Y, con la mayor sangre fría del mundo, empezó a transmitir el siguiente despacho:

«Daily Telegraph.—Londres.
De Kolivan, Gobierno de Omks, Siberia, 6 agosto.
Encuentro de las tropas rusas y tártaras...»

La lectura del telegrama, hecha en voz alta por el telegrafista, permitió a Miguel Strogoff enterarse de lo que el corresponsal inglés comunicaba a su periódico.

«Los rusos han sido derrotados con grandes pérdidas. Los tártaros han entrado hoy mismo en Kolivan...»

Estas eran las últimas palabras del telegrama.

—A mí me toca ahora —exclamó Alcides Jolivet, que quiso entregar al telegrafista el despacho dirigido a su *prima* del *faubourg* Montmartre.

Pero el corresponsal inglés, que no pensaba abandonar la ventanilla con objeto de poder transmitir las noticias a medida que los acontecimientos se desarrollaban, no dejó a su colega.

—¡Usted ya ha concluido! —dijo Alcides Jolivet.

—No, no he concluido todavía —respondió sencillamente Enrique Blount.

Y continuó escribiendo una serie de palabras que entregaba en seguida al empleado y que éste leía tranquilamente.

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra.»

Eran versículos de la Biblia que Enrique Blount telegrafiaba con el solo fin de emplear el tiempo y no ceder el sitio a su rival. Esto costaría algunos miles de rublos quizás a su periódico, que, en cambio, sería el primero en recibir la información. ¡Francia podía esperar!

Fácilmente se comprenderá el furor de que estaba poseído Alcides Jolivet, que en cualquier otra circunstancia le habría parecido de buena ley el ardid empleado por su colega. Hasta intentó obligar al telegrafista a recibir su despacho, con preferencia a los del corresponsal inglés.

—Este señor está en su derecho —respondió tranquilamente el empleado aludiendo a Enrique Blount y sonriendo con amabilidad.

Y continuó transmitiendo fielmente al *Daily Telegraph* los primeros versículos del libro santo.

Mientras el telegrafista operaba, Enrique Blount acercábase tranquilamente a la ventana y observaba con el anteojo lo que ocurría en los alrededores de Kolivan, con objeto de completar su información.

Algunos momentos después volvía a ocupar su puesto delante de la ventanilla y agregaba a su telegrama:

«Arden dos iglesias. El incendio parece extenderse hacia la derecha. La tierra era informe y estaba desnuda; las sombras cubrían la faz del abismo...»

Alcides Jolivet fue acometido entonces de un deseo feroz de estrangular al honorable corresponsal del *Daily Telegraph.*

Interpeló nuevamente al empleado, que, impasible siempre, se limitó a responder:

—Está en su derecho, señor; está en su derecho... a diez kopeks por palabra.

Y telegrafió la siguiente noticia que acababa de entregarle Enrique Blount:

«Los cobardes rusos huyen de la ciudad. Y Dios dijo: Hágase la luz, y la luz fue hecha...»

Alcides Jolivet rabiaba de veras.

Mientras el telegrafista transmitía las últimas palabras de Enrique Blount, éste volvió al lado de la ventana; pero esta vez, distraído sin duda por la interesante escena que estaba contemplando, prolongó demasiado tiempo su observación, y, cuando el empleado hubo concluido de telegrafiar el tercer versículo de la Biblia, Alcides Jolivet se colocó, sin hacer ruido, delante de la ventanilla y, después de depositar muy suavemente una respetable pila de rublos sobre la tablilla, lo mismo que había hecho su colega, entregó su telegrama, que el telegrafista leyó en voz alta.

«Magdalena Jolivet.—10 faubourg Montmartre. París.
De Kolivan, Gobierno de Omsk, Siberia, 6 de agosto.
Los cobardes huyen de la ciudad. Los rusos han sido derrotados. Persecución encarnizada por la caballería tártara...»

Y, cuando Enrique Blount volvió a la ventanilla, Alcides Jolivet completaba su telegrama, cantando con voz burlona:

Hay un hombrecito
vestido todo de gris
en París...

Pareciéndole inconveniente, como se había permitido hacer su colega, mezclar lo sagrado con lo profano, Alcides Jolivet respondía a los versículos de la Biblia con una graciosa copla de Béranger.

—¡Oh! —exclamó Enrique Blount.

—Las cosas son así —respondió Alcides Jolivet.

La situación iba agravándose por momentos en las inmediaciones de Kolivan. Los combatientes se aproximaban a la estación telegráfica y los estampidos del cañón sonaban con extremada violencia.

En aquel momento un estruendo horrible conmovió el pequeño edificio, cuyas paredes destruyó un obús, y la sala de transmisiones quedó inundada de polvo.

Alcides Solivet acababa entonces de escribir estos versos:

Rechoncho como una poma
que, sin contar con un céntimo...

pero detenerse, precipitarse sobre el obús, cogerlo con las dos manos antes de que estallase, arrojarlo fuera por la ventana y volver inmediatamente a su puesto, fue para él asunto de un momento.

Cinco segundos después, el obús estallaba fuera de la estación telegráfica.

Continuando su telegrama con la mayor sangre fría del mundo, Alcides Jolivet escribió:

«Obús de a seis ha destruido la pared de la estación telegráfica. Esperando otros del mismo calibre...»

Miguel Strogoff no dudaba que los rusos habían sido rechazados de Kolivan y, por consiguiente, no le quedaba a él otro recurso que lanzarse a través de la estepa meridional.

Pero, en aquel momento, sonó cerca de la casa en que estaba instalado el telégrafo una terrible descarga de fusilería y una granizada de balas hizo añicos los vidrios de la ventana.

Enrique Blount, herido en un hombro, cayó a tierra.

Alcides Jolivet iba, en aquel mismo momento, a transmitir este suplemento a su despacho:

«El corresponsal del Daily Telegraph, *Enrique Blount, ha caído a mi lado, herido por un casco de metralla...»*

cuando el impasible empleado le dijo con su inalterable calma:

—Señor, la comunicación está cortada.

Y, abandonando su ventanilla, tomó tranquilamente su sombrero, que limpió con la manga, y, sin dejar de sonreírse, salió por una pequeña puerta que Miguel Strogoff no había visto.

La estación telegráfica fue entonces invadida por los soldados tártaros sin que pudieran escaparse Miguel Strogoff ni los periodistas extranjeros.

Alcides Jolivet, con su inútil telegrama en la mano, habíase precipitado hacia Enrique Blount, que estaba tendido en el suelo, y, como tenía un corazón honrado, se lo había cargado a las espaldas para huir con él... ¡Desgraciadamente, era ya tarde!

Ambos fueron hechos prisioneros y, lo mismo que ellos, Miguel Strogoff, sorprendido de improviso en el momento en que se disponía a lanzarse por la ventana, cayó en manos de los tártaros.

Segunda Parte

CAPÍTULO PRIMERO

UN CAMPAMENTO TÁRTARO

A una jornada de camino de Kolivan, algunas verstas más allá de la aldea de Diachinsk, extendíase una vasta llanura, que dominan algunos árboles corpulentos, pinos y cedros en su mayoría.

Esta parte de la estepa está ordinariamente ocupada, durante la estación calurosa, por pastores siberianos, que encuentran en ella pastos suficientes para alimentar a sus numerosos rebaños; pero, a la sazón, habría sido inútil buscar uno solo de los habitantes nómadas que suelen recorrerla.

No quiere esto decir, sin embargo, que la vasta planicie estuviera desierta, pues, por el contrario, había en ella extraordinaria animación.

Allí habían plantado los tártaros sus tiendas, allí acampaba Féofar-Kan, el feroz emir de Bukara, y allí habían sido conducidos en la mañana del día 7 de agosto los infelices que habían sido cogidos prisioneros en Kolivan, después del desastre sufrido por el pequeño cuerpo de ejército ruso. De aquellos dos mil hombres que se habían visto obligados a combatir contra los tártaros, estrechados por las dos columnas enemigas, apoyadas en Omsk y en Tomsk al mismo tiempo, apenas habían quedado algunos centenares. Los acontecimientos tomaban, por consiguiente, mal cariz, y el Gobierno imperial parecía estar comprometido del otro lado de las fronteras del Ural, al menos por el momento, porque los rusos no podían dejar de rechazar, antes o después, las hordas invasoras.

De todos modos, la invasión había llegado al centro de Siberia e iba a propasarse, a través del país sublevado, a las provincias del Oeste o a las provincias del Este, e Irkutsk se encontraba ya completamente incomunicada con el resto de Europa.

Si las tropas del Amur y de la provincia de Yakutsk no llegaban oportunamente en su auxilio, la capital de la Rusia asiática, reducida a sus propias fuerzas, que eran insuficientes, caería en poder de los tártaros y, antes que pudiera ser recuperada, el gran duque, hermano del emperador, sería víctima de la venganza de Iván Ogareff.

¿Qué había sido de Miguel Strogoff? ¿Sucumbía, al fin, abrumado por el peso de tantas pruebas? ¿Se declaraba vencido por la serie de desgracias que, a partir del suceso de Ichim, iban constantemente en aumento? ¿Daba la partida por perdida, su misión por fracasada y su mandato por irrealizable?

De ningún modo, porque era uno de esos hombres que no ceden sino en el momento mismo de morir. Por lo pronto, vivía, no había sido herido siquiera, conservaba en su poder la carta imperial y su incógnito no había sido descubierto. Verdad que figuraba en el número de prisioneros que los tártaros arrastraban tras de sí como vil rebaño; pero, al aproximarse a Tomsk, se aproximaban también a Irkutsk y, de una manera o de otra, se adelantaba a Iván Ogareff.

—¡Yo llegaré! —decíase repetidamente a sí mismo.

Y desde el combate de Kolivan, toda su vida la había reconcentrado en este único pensamiento: ¡verse libre! ¿Cómo escaparía de las garras de los soldados del emir? Llegado el momento oportuno, adoptaría la resolución más conveniente.

El campamento de Féofar-Kan ofrecía un aspecto magnífico. Sus numerosas tiendas de pieles, de fieltro o de telas de seda brillaban, iluminadas por los rayos del sol, y los altos penachos que coronaban su punta cónica balanceábase en medio de una multitud de gallardetes y estandartes multicolores.

Las tiendas más ricas pertenecían a los seides y los kodyas, que son los personajes más importantes del kanato, y un pabellón especial, adornado con una cola de caballo que sobresalía de un haz de palos rojos y blancos, artísticamente entrelazados, indicaba la elevada categoría de los jefes tártaros que lo ocupaban. Además, veíanse sobre la extensa llanura, hasta perderse de vista, millares de esas tiendas turcomanas llamadas *karcoy,* que habían sido transportadas hasta allí a lomos de camellos.

El campamento contenía, entre soldados de a pie y de a caballo, lo menos ciento cincuenta mil combatientes reunidos bajo la denominación de alamanos, entre los cuales, y como tipos principales del Turkestán distinguíanse primero los tadyks, de rasgos regulares, piel blanca, elevada estatura y ojos y cabellos negros, que formaban el grueso del ejército tártaro, y de los cuales habían dado un contingente casi igual al de Bukara los kanatos de Kokand y de Kunduze. Entre estos takiks había otros tipos de las diversas razas del Turkestán o de los países colindantes: usbecos, de pequeña estatura y barba roja, como los que habían perseguido a Miguel Strogoff; kirguises, de rostro achatado como el de los kalmucos, revestidos de cotas de malla y armados unos con lanza, arcos y flechas de fabricación asiática, y otros con sables, fusiles de mecha y pequeñas hachas de mango corto, cuyas heridas son siempre mortales; mogoles, de talla mediana, cabellos negros reunidos en una trenza que les colgaba sobre la espalda, cara redonda, tez curtida, ojos hundidos y vivos y barba rala, que vestían túnicas de mahón azul y guarnecidas de piel negra, ajustadas al cuerpo por

medio de cinturones de cuero con broche de plata, calzaban botas con vistosas trencillas y cubrían su cabeza con gorros de seda adornados de pieles con tres cintas que les revoloteaban por detrás, y, por último, veíanse allí también afganos de piel curtida, árabes del tipo primitivo de las bellas razas semíticas y turcomanos, a cuyos ojos parecían faltarles los párpados, alistados todos bajo la bandera del emir, bajo la bandera de los incendiarios y devastadores.

Además de estos soldados libres, había también cierto número de soldados esclavos, persas principalmente, mandados por oficiales del mismo origen, que no eran, por cierto, los menos estimados del ejército de Féofar-Kan.

Además de éstos, deben mencionarse los judíos, que servían como criados, llevaban la ropa ceñida con una cuerda y cubrían su cabeza con pequeños gorros de paño oscuro, en vez del turbante que les estaba prohibido llevar, y agréguense a los anteriores los grupos de los llamados kalendarios, especie de religiosos mendicantes, cuyos vestidos hechos jirones estaban cubiertos con una piel de leopardo, y se tendrá una idea casi completa de la enorme aglomeración bajo la denominación general de ejércitos tártaros.

Cincuenta mil de estos soldados eran plazas montadas, pero los caballos no ofrecían menos variedad que los jinetes. Entre aquellos animales, sujetos por decenas a dos cuerdas paralelas, con la cola anudada y la grupa cubierta con una red de seda negra, distinguíanse los turcomanos, de piernas finas, cuerpo largo, pelo brillante y noble cuello; los usbecos, que son bestias de gran resistencia; los de Kokand que, además de jinete, llevan dos tiendas y una batería completa de cocina; los kirguises, de color claro, procedentes de las orillas del río Emba, donde son cazados a lazo por los tártaros, y otros muchos, productos de razas cruzadas, que son de inferior calidad.

Las acémilas contábanse por millares. Eran camellos de pequeña talla, pero bien formados, pelo largo y crin espesa que les caía sobre el cuello, animales dóciles y más fáciles de enganchar que el dromedario; *nares* de una joroba y pelaje rojo como el fuego, en forma de bucles, y asnos, rudos para el trabajo y cuya carne, muy estimada, forma parte de la alimentación de los tártaros.

Sobre todo aquel conjunto de hombres y de animales, sobre aquella inmensa aglomeración de tiendas, grandes grupos de cedros y de pinos proyectaban fresca sombra, interrumpida acá y allá por los rayos del sol que penetraban a través del ramaje. Nada más pintoresco que aquel cuadro, en cuya copia habría agotado el más hábil colorista todos los colores de su paleta.

Al llegar ante las tiendas de Féofar-Kan y de los altos signatarios del kanato los desgraciados que fueron hechos prisioneros en Kolivan, los tambores tocaron marcha, sonaron las trompetas, hiciéronse descargas de

fusilería y los cañones de a cuatro y de a seis que formaban la artillería del emir atronaron el espacio con sus estampidos, produciéndose con aquella mezcla de ruidos heterogéneos un estruendo ensordecedor.

La instalación de Féofar-Kan era puramente militar, pues los que se pudiera llamar su casa civil, su harén y los de sus aliados estaban en Tomsk, ciudad que se encontraba entonces en poder de los tártaros.

Cuando se levantara el campo, Tomsk sería la residencia del emir hasta que llegara el momento de poder establecerse en la capital de la Siberia oriental.

La tienda de Féofar dominaba todas las demás que estaban cerca de ella. Revestida de anchas cortinas de brillante tela de seda, sostenida por cordones con borlas de oro y coronada por espesos penachos que el viento agitaba, ocupaba el centro de una extensa llanura cerrada por una especie de valla de magníficos abedules y pinos gigantescos.

Delante de esta tienda había una mesa de laca con incrustaciones de piedras preciosas y abierto sobre ella estaba el sagrado libro del Corán, cada una de cuyas hojas era una lámina de oro finamente labrada. Esta maravillosa obra de arte ostentaba en la cubierta el escudo tártaro, en el que campeaban las armas del emir.

En torno de la llanura levantábanse, en forma de semicírculo, las tiendas de los altos funcionarios de Bukara. En ellas residían: el jefe de las caballerizas, que tenía el derecho de seguir a caballo al emir hasta la entrada de su palacio; el halconero mayor; el *huschbegui,* portador del sello real; el *toptsqui-basqui,* presidente del consejo, que recibe el beso del príncipe y puede presentarse ante él sin cinturón; el *cheik-ul-islam,* jefe de los ulemas y representante de los sacerdotes; el *cazi-askev,* que, en ausencia del emir, resuelve todas las cuestiones militares, y, por último, el jefe de los astrólogos, cuya principal ocupación es consultar los astros cuantas veces tiene por conveniente el kan ir de un sitio a otro.

Cuando los prisioneros llegaron al campamento encontrábase el emir dentro de su tienda, donde permaneció sin mostrarse, por fortuna, porque un gesto o una palabra suya habrían bastado para que se procediera inmediatamente a una sangrienta ejecución.

Féofar mantúvose en aquel aislamiento, que en parte constituye la majestad de los reyes orientales, a quienes se admira cuando no se dejan ver y, sobre todo, se les teme.

En cuanto a los prisioneros, que iban a ser encerrados en alguna parte o, maltratados, casi sin alimentar y expuestos a todas las inclemencias del clima, esperarían que Féofar tuviera a bien resolver acerca de ellos.

De todos aquellos desgraciados, el más dócil, si no el más paciente, era Miguel Strogoff, que se dejaba conducir porque le llevaban a donde él quería ir y en mejores condiciones de seguridad que si se encontrara libre en el camino de Kolivan a Tomsk. Escaparse antes de llegar a esta ciudad era exponerse a caer nuevamente en poder de los tártaros, cuyos exploradores

recorren la estepa a la sazón, y esto no le convenía. La línea más oriental ocupada entonces por las columnas enemigas no estaba situada más allá del meridiano ochenta y dos que pasa por Tomsk, y, por consiguiente, cuando Miguel Strogoff consiguiera franquear este meridiano, podía considerarse fuera de las zonas dominadas por los tártaros, en cuyo caso podría atravesar el Yenisei sin peligro y llegar a Krasnoiarsk antes que Féofar-Kan invadiese la provincia.

—Una vez en Tomsk —decíase con insistencia a sí mismo, para reprimir los movimientos de impaciencia que le dominaban—, me pondré en pocos minutos fuera del alcance de los puestos avanzados, y doce horas ganadas a Féofar son doce horas ganadas a Iván Ogareff, que me bastarán para llegar antes que éste a Irkutsk.

Efectivamente, lo que el correo del zar temía sobre todo era, y debía ser, la presencia de Iván Ogareff en el campamento tártaro, porque, además del peligro a que se exponía de ser reconocido, presentía, por una especie de instinto, que era aquel traidor a quien a él le importaba tomar la delantera. Comprendía, además, que la reunión de las tropas de Iván Ogareff con las de Féofar completaría el efectivo del ejército invasor, y que tan pronto como se efectuase esta reunión, todas las tropas enemigas en masa marcharían contra la capital de la Siberia oriental.

Todos sus temores, por consiguiente, estaban concentrados en estos puntos, y, tan pronto como sonaba alguna trompeta en el campamento, escuchaba con suma atención, tratando de averiguar si aquel toque anunciaba la llegaba del lugarteniente del emir.

A este pensamiento uníase el recuerdo de su madre y el de Nadia, presa la una en Omsk y arrojada la otra a las barcas que surcaban el Irtich, y, sin duda, prisionera como Marfa Strogoff. ¡Por ninguna de las dos podía él hacer nada! ¿Las volvería a ver, al menos? No osaba responderse a esta pregunta; pero, cada vez que se la hacía, oprimíasele dolorosamente el corazón.

Enrique Blount y Alcides Jolivet habían sido conducidos al campamento tártaro al mismo tiempo que Miguel Strogoff y otros muchos prisioneros. Su antiguo compañero de viaje, reducido a prisión como ellos en la estación telegráfica, sabía que, lo mismo que él, se encontraban encerrados en un estrecho recinto vigilado por numerosos centinelas, pero no había hecho nada para aproximarse a ellos. Después del suceso ocurrido en la casa de postas de Ichim, del que los periodistas habían sido testigos, importábale poco lo que éstos pensaran de él, y, por otra parte, para obrar libremente, en caso necesario, deseaba estar solo y procuró mantenerse lo más retirado posible.

Alcides Jolivet no había cesado de prodigar sus cuidados a su colega desde el momento en que éste había caído herido a su lado.

Durante el trayecto de Kolivan al campamento, es decir, durante muchas horas de camino, Enrique Blount, apoyado en el brazo de su rival,

había podido seguir el convoy de los prisioneros, merced a la ayuda que el periodista francés le había prestado.

Al principio había pretendido hacer valer su calidad de súbdito británico, pero no le sirvió absolutamente de nada ante aquellos bárbaros que respondían con la lanza o con el sable a sus reclamaciones.

El corresponsal del *Daily Telegraph* tuvo, por consiguiente, que sufrir la suerte común, aplazando para ocasión más oportuna sus reclamaciones contra su detención y contra el tratamiento de que se le hacía víctima.

El trayecto no fue, por eso, menos penoso para él, porque su herida le hacía sufrir mucho y, probablemente, no habría podido llegar al campamento sin la ayuda que le prestó generosamente Alcides Jolivet.

Éste, que no abandonaba jamás su filosofía práctica, había reconfortado física y moralmente a su colega por todos los medios que estuvieron a su alcance, y, cuando fue encerrado en el recinto del campamento tártaro, su primer cuidado fue examinar la herida de Enrique Blount. Al efecto, le despojó muy hábilmente de la ropa que le estorbaba, y, examinando el hombro de su colega, vio que éste no sufría más que una rozadura de un casco de metralla.

—Esto no es nada —dijo—. ¡Una simple rozadura! A las dos o tres curas quedará completamente sano, querido colega.

—Pero, ¿esas curas...? —preguntó Enrique Blount.

—Yo mismo las haré.

—¿Entiende usted algo en medicina?

—Todos los franceses somos médicos.

Y, hecha esta afirmación, Alcides Jolivet desgarró su pañuelo de bolsillo, hizo hilas de uno de los pedazos y compresas de otro, sacó agua de un pozo situado en medio del recinto, lavó la herida que, por fortuna, no era grave, y sujetó con mucha habilidad las tiras de trapo mojadas sobre el hombro de Enrique Blount.

—Le curo a usted por la hidropatía —dijo—, porque el agua es el sedativo más eficaz que hasta ahora se conoce para el tratamiento de las heridas y el que más se emplea. Los médicos han tardado seis mil años en hacer este descubrimiento; sí, señor, ¡seis mil años en cifras redondas!

—Se lo agradezco mucho, señor Jolivet —respondió Enrique Blount, dejándose caer sobre un montón de hojas secas que, a modo de cama, le acababa de preparar su compañero, a la sombra de un abedul.

—¡Bah! No vale la pena. Usted, en mi lugar, habría hecho lo mismo por mí.

—No lo sé... —repuso con ingenuidad Enrique Blount.

—Usted bromea, ¡vaya! Todos los ingleses son generosos.

—Sin duda, pero los franceses...

—Sí, bien; los franceses son buenos, y hasta son bestias, si usted quiere, pero lo que les disculpa es que son franceses. No hablemos de ello y, si

quiere usted creerme, lo mejor es que no hablemos de nada, porque el reposo le es absolutamente necesario.

Pero Enrique Blount no tenía deseo alguno de callarse. Si el herido debía, por prudencia, entregarse al reposo, el corresponsal del *Daily Telegraph* no era hombre que se limitase a escuchar.

—Señor Jolivet —preguntó—, ¿cree usted que nuestros últimos telegramas hayan podido pasar la frontera rusa?

—¿Y por qué no? —respondió Alcides Jolivet—. Le aseguro a usted que a estas horas sabe ya mi dichosa *prima* lo ocurrido en la batalla de Kolivan.

—¿Cuántos ejemplares tira de sus telegramas *su prima?* —inquirió Enrique Blount, que por vez primera dirigió esta pregunta directa a su compañero.

—¡Está bueno! —respondió riéndose Alcides Jolivet—. *Mi prima* es una persona muy discreta y no le agrada que se hable de ella, y se desesperaría si turbase el sueño de que tiene usted necesidad.

—No quiero dormir —replicó el inglés—. ¿Qué debe pensar de los asuntos de Rusia *su prima?*

—Que por ahora van por mal camino; pero, ¡bah!, el Gobierno moscovita es poderoso y una invasión de los bárbaros no puede inquietarle mucho: Siberia continuará siendo rusa.

—La excesiva ambición ha perdido a los más grandes imperios —objetó Enrique Blount, que no estaba exento de cierta envidia *inglesa* a las pretensiones rusas en el Asia central.

—¡Oh! No hablemos de política —exclamó Alcides Jolivet—. ¡La Facultad de Medicina lo prohíbe! No hay nada peor para las heridas de los hombros..., a no ser que esta clase de conversación le haga dormir.

—Hablemos entonces de lo que tenemos que hacer —repuso Enrique Blount—. Señor Jolivet, yo no tengo la menor intención de continuar siendo prisionero de estos bárbaros indefinidamente.

—¡Pardiez, ni yo!

—¿Nos escaparemos en cuanto se presente ocasión?

—Nos escaparemos, si no hay otro medio de recobrar la libertad.

—¿Hay, acaso, otro medio? —preguntó Enrique Blount, mirando atentamente a su compañero.

—Seguramente. Nosotros no somos beligerantes, sino neutrales, y reclamaremos.

—¿Ante quién hemos de reclamar? ¿Ante ese bruto de Féofar-Kan?

—No, porque no nos comprendería, sino ante su lugarteniente Iván Ogareff.

—¡Es un bribón!

—Sin la menor duda, pero es ruso, sabe que no se puede hacer mangas y capirotes del derecho de gentes y no tiene interés alguno en retenernos,

sino todo lo contrario. Solamente que pedir alguna cosa a semejante tipo no me agrada mucho.

—Pero ese señor no está en el campamento o, por lo menos, no lo he visto —advirtió Enrique Blount.

—Él vendrá. No puede faltar, porque tiene que reunirse con el emir. Siberia está cortada ahora en dos partes, y seguramente el ejército de Féofar no espera más que a Ogareff para ponerse en camino hacia Irkutsk.

—¿Y qué haremos cuando estemos libres?

—Cuando estemos libres continuaremos nuestra campaña y seguiremos a los tártaros hasta que los acontecimientos nos permitan pasar al campo opuesto. No se debe abandonar la partida, ¡qué diablos ¡No hemos hecho más que empezar! Usted, compañero, ha tenido ya la suerte de ser herido al servicio del *Daily Telegraph*, mientras que yo no he recibido nada aún al servicio de *mi prima*. Vamos, vamos... Bueno —murmuró Alcides Jolivet—, ya se duerme. Algunas horas de sueño y unas cuantas compresas de agua fría bastan para curar a un inglés. ¡Esta gente está hecha de hojalata!

Y mientras Enrique Blount dormía, Alcides Jolivet veló a su lado, después de haber sacado su *carnet* y escrito algunas notas, muy decidido a mostrárselas a su colega para mayor satisfacción de los lectores del *Daily Telegraph*. Los acontecimientos los habían reunido uno a otro y no tenían ya por qué envidiarse.

Por consiguiente, lo que más temía Miguel Strogoff era precisamente lo que con más ansiedad deseaban los dos periodistas. La llegada de Iván Ogareff podía evidentemente servirles, porque, reconocida su cualidad de corresponsales inglés y francés, lo más probable era que los pusiesen en libertad. El lugarteniente del emir sabría hacer entrar en razón a Féofar, que, abandonado a sus propias iniciativas, habría tratado a los periodistas como espías.

El interés de Alcides Jolivet y de Enrique Blount era, por tanto, contrario al de Miguel Strogoff, quien, comprendiendo su situación, tenía motivo, además de otros muchos, para evitar toda aproximación a sus antiguos compañeros de viaje. Ya se arreglaría de manera que ellos no le viesen.

Durante cuatro días las cosas no sufrieron modificación alguna. Los prisioneros no oyeron hablar una sola palabra del levantamiento del campamento tártaro; continuaban siendo vigilados con gran severidad y, si hubieran intentado fugarse, les habría sido imposible atravesar el cordón de soldados de infantería y de caballería que les custodiaban constantemente.

En cuanto al alimento que se les daba, era bastante menos del suficiente. Dos veces cada veinticuatro horas, arrojábaseles un trozo de intestinos de cabra, asados sobre los carbones, o algunos pedazos de ese queso llamado *krut*, hecho con leche agria de oveja y que, mojado en leche de burra,

constituye un manjar para los kirguises, y al que más comúnmente se da el nombre de *kumys;* esto era lo único que comían aquellos infelices.

Además, el tiempo era detestable, porque se produjeron grandes perturbaciones atmosféricas que levantaron borrascas mezcladas con lluvia, y los desgraciados prisioneros, sin abrigo alguno, tuvieron que soportar, sin que nada atenuase sus miserias, aquellas intemperies malsanas.

A consecuencia de estas calamidades, murieron algunos heridos, niños y mujeres, y los mismos prisioneros tuvieron que enterrar los cadáveres, porque los guardias que los vigilaban no quisieron darles sepultura.

Durante estas duras pruebas, Miguel Strogoff y Alcides Jolivet, cada uno por su lado, multiplicábanse, prestando cuantos servicios podían prestar. Menos fatigados que otros muchos, fuertes y vigorosos, tenían más resistencia que los demás y, aconsejando a unos y cuidando a otros, consiguieron hacerse útiles a los que sufrían y se desesperaban.

Semejante estado de cosas, ¿iba a durar mucho? Satisfecho Féofar-Kan del resultado de sus primeras operaciones, ¿quería dejar pasar algún tiempo antes de emprender la marcha hacia Irkutsk? Esto se temía, pero no ocurrió así.

El suceso que tan ardientemente deseaban Alcides Jolivet y Enrique Blount, y que tanto temía Miguel Strogoff, ocurrió en la mañana del día 12 de agosto.

Aquel día sonaron las trompetas, redoblaron los tambores y se hicieron descargas de fusilería. Una espesa nube de polvo se levantó a lo largo del camino de Kolivan.

Iván Ogareff, al frente de muchos miles de hombres, hizo su entrada en el campamento tártaro.

CAPÍTULO II

UNA ACTITUD DE ALCIDES JOLIVET

Las tropas que Iván Ogareff llevaba al emir formaban un verdadero cuerpo de ejército. Tanto la caballería como la infantería formaban parte de la columna que había tomado a Omsk; pero, convencido Iván Ogareff de que no podía apoderarse de la ciudad alta, en la que, como el lector no habrá olvidado, habíanse refugiado el gobernador y la guarnición, había decidido pasar adelante, no queriendo demorar las operaciones que debían dar por resultado la conquista de la Siberia oriental.

Dejó, pues, en Omsk guarnición suficiente para defenderla y, reuniendo sus hordas, que los vencedores de Kolivan reforzaron en el camino, se agregó al ejército de Féofar.

Los soldados de Iván Ogareff llegaron a los puestos avanzados del campamento, donde se detuvieron; pero no se les ordenó que plantaran sus tiendas, sin duda porque el proyecto de su jefe no era el de permanecer allí sino el de seguir adelante y, en el plazo más breve posible, apoderarse de Tomsk, ciudad importante, destinada naturalmente a ser el centro de las futuras operaciones.

Además de sus tropas, llevaba Iván Ogareff un convoy de prisioneros rusos y siberianos, capturados unos en Omsk y los otros en Kolivan; pero estos desdichados no fueron conducidos al recinto del campamento, demasiado estrecho ya para los que en él se encontraban, y tuvieron que quedarse en los puntos avanzados, sin abrigo y casi sin alimento.

¿Qué suerte tenía reservada Féofar-Kan a estos infortunados? ¿Los llevaría a Tomsk para diezmarlos con alguna ejecución sangrienta, tan familiar a los tártaros? Este era el secreto del caprichoso emir.

Aquellas tropas no habían llegado de Omsk ni de Kolivan sin traer tras de sí esa multitud de mendigos, merodeadores, mercaderes y bohemios que forman de ordinario la retaguardia de un ejército en marcha, gente toda que solía vivir a costa del país que atravesaba, dejando a sus espaldas poco que saquear.

Era, por consiguiente, necesario seguir adelante para asegurar el aprovisionamiento de las columnas expedicionarias.

En toda la región comprendida entre el curso del río Ichim y el del Obi, completamente devastada, no podía encontrarse recurso alguno. Era un desierto que los tártaros habían dejado tras de sí y que a los rusos les habría costado mucho trabajo atravesar.

Entre los numerosos bohemios que habían acudido de las provincias del Oeste, figuraba la banda de císngaros que había acompañado a Miguel Strogoff hasta Perm, y de la que formaba parte la gitana Sangarra, porque esta espía salvaje, alma condenada de Iván Ogareff, no abandonaba a su amo.

Como se dijo oportunamente, ambos habían fraguado sus maquinaciones en la misma Rusia, en el Gobierno de Nijni-Novgorov y, después de atravesar juntos el Ural, se habían separado sólo por algunos días marchando rápidamente Iván Ogareff hacia Ichim, mientras Sangarra y su banda se encaminaron hacia Omsk por el Sur de la provincia.

Fácilmente se comprenderá la importancia de la ayuda que a Iván Ogareff prestaba esta mujer que, por medio de las císngaras que la acompañaban, penetraba en todas partes, lo oía todo y todo se lo contaba a él, quien, de este modo, estaba al corriente de cuanto pasaba hasta en el centro de las provincias invadidas. Eran, pues, cien ojos y cien orejas los que estaban siempre abiertos en favor de su causa, si bien es verdad que pagaba generosamente este espionaje que le reportaba gran provecho.

Sangarra, comprometida en otro tiempo en un asunto muy grave, había sido salvada por el oficial ruso, favor inmenso que ella no había olvidado y en pago del cual se había entregado en cuerpo y alma a Iván Ogareff, quien, al entrar en la senda de la traición, comprendió el gran partido que podía sacar de esta gitana agradecida.

Cualesquiera que fuesen las órdenes que él le diera, Sangarra las ejecutaba puntualmente, porque un instinto inexplicable, más imperioso aún que el de la gratitud, la había inducido a hacerse esclava del traidor, a quien estaba ligada desde los primeros tiempos de su destierro en Siberia.

Confidente y cómplice, Sangarra, sin patria y sin familia, habíase complacido en poner su vida vagabunda al servicio de los invasores que Iván Ogareff iba a lanzar contra Siberia; auxiliar muy eficaz sin duda, porque a la prodigiosa astucia natural de su raza uníase una energía feroz, que no perdonaba ni se compadecía jamás. Era una verdadera salvaje, digna de compartir el *wigwam* de un apache o la choza de un andamano.

Desde su llegada a Omsk, donde se había reunido con su banda de císngaras, no se había separado un momento de Iván Ogareff y estaba enterada del hecho casual que había puesto a Miguel Strogoff en presencia a uno de otro.

Los temores que abrigaba Iván Ogareff respecto al paso de un correo del zar, ella los conocía y los compartía, por lo que se hubiera complacido en torturar a la prisionera Marfa Strogoff con todo el refinamiento de

crueldad de un piel roja a fin de arrancarle su secreto; pero no había llegado aún la hora de hacer hablar a la anciana siberiana.

Sangarra debía esperar, y esperaba sin perder de vista un instante a Marfa, a quien espiaba secretamente, observando sus menores gestos, escuchando todas sus palabras y vigilándola día y noche, con la esperanza de que alguna vez se escapara de sus labios la palabra hijo, pero la inalterable impasibilidad de aquella valerosa mujer había frustrado hasta entonces sus deseos.

Mientras tanto, tan pronto como sonaron en el campamento los primeros toques de corneta apresuráronse los jefes de la artillería tártara y de la caballería del emir, seguidos por una brillante escolta de jinetes usbecos, a salir al encuentro de Iván Ogareff para recibirle con todos los honores que le correspondían.

Cuando estuvieron en su presencia, le invitaron a que les acompañara a la tienda de Féofar-Kan.

Iván Ogareff, imperturbable como siempre, acogió fríamente las manifestaciones de deferencia de los altos funcionarios enviados a su encuentro.

Vestía con suma sencillez, ostentando todavía, por un alarde de impudencia, el uniforme de oficial ruso.

En el momento en que él espoleaba a su caballo para obligarle a franquear el recinto del campamento, Sangarra, pasando por entre los jinetes de la escolta, se aproximó a él y quedó inmóvil contemplándole.

—¿Nada? —preguntó Iván Ogareff.

—Nada.

—Ten paciencia.

—¿Se aproxima la hora de obligar a la vieja a que hable?

—Se aproxima, Sangarra.

—¿Cuándo hablará?

—Cuando lleguemos a Tomsk.

—¿Y cuándo llegaremos?

—Dentro de tres días.

Los grandes ojos negros de Sangarra brillaron en aquel momento con un fulgor extraordinario y ella se retiró tranquilamente.

Iván Ogareff oprimió los flancos de su caballo y, seguido de su estado mayor de oficiales tártaros, se dirigió a la tienda del emir.

Féofar-Kan esperaba a su lugarteniente, rodeado por los individuos del consejo, compuesto del guardador del sello real, del *kodya* y de algunos otros altos funcionarios que se encontraban bajo su tienda.

Iván Ogareff apeóse del caballo, entró en la tienda y encontróse ante el emir.

Féofar-Kan era un hombre de cuarenta años, alta estatura, rostro bastante pálido, ojos salientes y aspecto feroz. Sobre el pecho caíale una barba negra, dividida en pequeños bucles. Con su traje de campaña, cota de mallas de plata y oro, tahalí cuajado de resplandecientes piedras preciosas,

la vaina de su sable, corvo como un yatagán, cubierta de brillantes joyas, botas con espuelas de oro y casco coronado por un penacho de diamantes que despedían mil fulgores, ofrecía a la vista el aspecto, más extraño que imponente, de un Sardanápalo tártaro, soberano indiscutible que dispone, a su capricho, de la vida y de los bienes de sus súbditos, cuyo poder no tiene límites y al que, por privilegio especial, se da en Bukara el calificativo de emir.

En el momento en que se presentó Iván Ogareff, aunque los altos signatarios permanecieron sentados sobre sus cojines festoneados de oro, Féofar se levantó del rico diván que ocupaba en el centro de la tienda, cuyo suelo desaparecía bajo una espesa alfombra de moqueta de Bukara.

El emir se aproximó al recién llegado y le besó, saludo cuya significación no dejaba lugar a dudas.

Aquel beso hacía al lugarteniente jefe del consejo y lo elevaba temporalmente a una categoría superior a la del *kodya.*

Luego Féofar-Kan, dirigiéndose a Iván Ogareff, le dijo:

—Nada tengo que preguntarte, Iván; pero habla, porque aquí sólo encontrarás oídos favorablemente dispuestos a escucharte.

—*Takhsir*[1] —respondió Iván Ogareff—, he aquí lo que tengo que comunicarte.

Se expresaba en tártaro, dando a sus frases una entonación enfática y empleando los giros caprichosos que caracterizan el lenguaje de los orientales.

—*Takhsir,* no se debe perder tiempo en palabras inútiles. Lo que he hecho al frente de tus tropas, tú lo sabes. Las líneas del Ichim y del Irtich se encuentran ahora en nuestro poder, y los jinetes turcomanos pueden bañar sus caballos en las aguas de estos ríos, que son ya de los tártaros. Las hordas kirguises se han levantado a la voz de Féofar-Kan, y el principal camino siberiano desde Ichim a Tomsk te pertenece. Puedes, por tanto, lanzar tus columnas hacia el Oriente, donde el sol se levanta, o hacia el Occidente, donde el sol se pone.

—¿Y si marcho con el sol? —inquirió el emir, que escuchaba sin que en su rostro se reflejase uno solo de sus pensamientos.

—Marchar con el sol —respondió Iván Ogareff— es ir hacia Europa, es conquistar rápidamente las provincias siberianas desde Tobolsk hasta las montañas del Ural.

—¿Y si marcho en dirección opuesta a la del luminar del cielo?

—Marchar en esta dirección es someter al dominio de los tártaros, con Irkutsk, las más ricas comarcas del Asia central.

—Pero, ¿y de los ejércitos del sultán de Petersburgo? —dijo Féofar-Kan, designando con este título caprichoso al emperador de Rusia.

[1] Título que se da a los sultanes de Bukara y que equivale al de Señor o Majestad.

—Nada tienes que temer, ni hacia el Levante, ni hacia el Poniente —respondió Iván Ogareff—. La invasión ha sido muy rápida y antes que el ejército ruso haya podido acudir a reprimirla, Irkutsk o Tobolks habrán caído en tu poder. Las tropas del zar han sido derrotadas en Kolivan, como lo serán en todas partes donde tu ejército luche con los soldados insensatos de Occidente.

—¿Y qué consejo te inspira tu devoción a la causa tártara? —preguntó el emir, después de una pausa muy breve.

—Mi consejo —se apresuró a contestar Iván Ogareff— es que marches hacia Oriente, es que des a pastar a los caballos turcomanos la hierba de las llanuras orientales, es que tomes Irkutsk, la capital de las provincias del Este, y, con Irkutsk, el rehén cuya posesión vale tanto como toda una gran comarca. Es preciso que, en defecto del zar, el gran duque, su hermano, caiga en tus manos.

Tal era el supremo resultado que perseguía Iván Ogareff, a quien, al oírlo, se habría podido tomar por uno de los crueles descendientes de Esteban Razine, el célebre pirata que en el siglo XVIII arrasó la Rusia meridional. ¡Apoderarse del gran duque y maltratarle sin piedad era dar completa satisfacción a su odio! Además, la toma de Irkutsk pondría inmediatamente a toda la Siberia oriental bajo la dominación de los tártaros.

—Así se hará, Iván —asintió Féofar. —¿Cuáles son tus órdenes, *takhsir*?

—Que hoy mismo se traslade a Tomsk nuestro cuartel general.

Iván Ogareff se inclinó y salió, seguido por el *huschbequi*, para poner en ejecución las órdenes del emir.

En el momento en que se disponía a montar a caballo para dirigirse a los puestos avanzados, promovióse cierto tumulto a alguna distancia; en la parte del campamento en que los prisioneros se encontraban, se oyeron algunos gritos y sonaron dos o tres disparos de fusil. ¿Era una tentativa de revuelta o un conato de evasión lo que iba a ser necesario reprimir sumariamente?

Iván Ogareff y el *huschbequi* avanzaron algunos pasos y, casi al mismo tiempo, dos hombres, a quienes los soldados no pudieron contener, se presentaron ante ellos.

El *huschbequi*, sin más información, hizo un gesto que era una orden de muerte, y ya la cabeza de aquellos dos hombres iba a rodar por tierra cuando Iván Ogareff pronunció algunas palabras que contuvieron en el aire los sables levantados sobre ellos.

El ruso había conocido que aquellos dos prisioneros eran extranjeros y se había apresurado a ordenar que se les condujera ante él.

Eran Enrique Blount y Alcides Jolivet, quienes desde la llegada de Iván Ogareff al campamento habían solicitado con insistencia que se les llevara a su presencia; pero los soldados no les habían hecho caso.

Esta negativa había sido la causa de la lucha, del conato de evasión y de los disparos de fusil, que, por fortuna, no alcanzaron a los periodistas, cuya ejecución no se habría hecho esperar si el lugarteniente del emir no hubiese intervenido tan oportunamente.

Éste examinó durante algunos segundos a los dos prisioneros, que le eran absolutamente desconocidos, a pesar de que habían estado presentes, en la casa de postas de Ichim, cuando se desarrolló aquella escena en que Miguel Strogoff fue maltratado por Iván Ogareff, pero el brutal viajero no había prestado la menor atención a las personas que se encontraban entonces en la sala común.

Enrique Blount y Alcides Jolivet, por el contrario, le reconocieron a él perfectamente.

—¡Vaya! —exclamó el francés a media voz—. ¡Parece que el coronel Ogareff y el grosero personaje de Ichim son una sola persona! —y agregó al oído de su compañero—: Expóngale nuestro asunto, Blount; présteme usted este servicio, porque este coronel ruso en medio del campamento tártaro me desagrada, y, aunque gracias a él mi cabeza permanece todavía sobre mis hombros, mis ojos se volverán con desprecio antes que mirarle a la cara.

Y, dicho esto, Alcides Jolivet adoptó una actitud de la más completa y altiva indiferencia.

¿Comprendió Iván Ogareff que la actitud del prisionero era insultante para él? En todo caso, no lo dio a entender.

—¿Quienes son ustedes, señores? —preguntó en ruso, con tono muy frío, pero exento de rudeza.

—Dos corresponsales de periódicos inglés y francés —respondió lacónicamente Enrique Blount.

—¿Ustedes tienen, sin duda, documentos que identifiquen su personalidad?

—He aquí las cartas que nos acreditan en Rusia ante las cancillerías inglesa y francesa —dijo el corresponsal británico.

Iván Ogareff tomó los documentos que le presentó Enrique Blount y los leyó atentamente.

—¿Solicitan ustedes —preguntó luego— autorización para seguir nuestras operaciones militares en Siberia?

—No solicitamos otra cosa que nuestra libertad —respondió secamente el corresponsal inglés.

—Son ustedes libres —respondió Iván Ogareff—, y tendría mucho gusto en leer sus crónicas en el *Daily Telegraph*.

—Señor —replicó Enrique Blount con imperturbable calma—, cuesta seis peniques cada número, más los gastos de correo.

Y, después de esta respuesta, volvióse hacia su compañero, que pareció aprobarla completamente.

Iván Ogareff no chistó y, montando a caballo, púsose a la cabeza de su escolta, no tardando en desaparecer envuelto en una nube de polvo.

—Y bien, señor Jolivet, ¿qué opina acerca del coronel Iván Ogareff, general en jefe de las tropas tártaras? —preguntó Enrique Blount.

—Opino, mi querido colega —respondió sonriéndose Alcides Jolivet—, que ese *huschbequi* tuvo un gesto hermoso cuando ordenó que nos cortaran la cabeza.

De todos modos, y fuese cualquiera el motivo que tuvo Iván Ogareff para portarse como se portó con los dos periodistas, éstos eran libres y podían recorrer a su gusto el teatro de la guerra.

Su intención era la de no abandonar la partida e ir juntos a la caza de noticias, puesto que había desaparecido ya la especie de aversión que se inspiraban mutuamente y que se había convertido en sincera amistad.

Las circunstancias los habían reunido y ellos no pensaban separarse: las mezquinas cuestiones de rivalidad quedaban terminadas por completo, porque Enrique Blount no podía olvidar lo que debía a su colega, quien en modo alguno trataba de recordarlo, y porque, en suma, aquella fraternidad facilitaba su misión de reporteros, en beneficio de sus respectivos lectores.

—¿Y qué vamos a hacer ahora de nuestra libertad? —preguntó Enrique Blount.

—Abusar, ¡pardiez! —respondió Alcides Jolivet—, e ir tranquilamente a Tomsk para ver lo que allí pasa.

—¿Hasta el momento, ya muy próximo, en que, como espero, podamos unirnos a algún cuerpo de ejército ruso?

—Como usted lo dice, señor Blount, porque no es preciso tartarizarse demasiado. El mejor papel está confiado todavía a los ejércitos civilizados, y es evidente que los pueblos del Asia central lo perderán todo y no ganarán absolutamente nada con esta invasión, que los rusos rechazarán por completo. Es cuestión de tiempo nada más.

Pero la llegada de Iván Ogareff, que acababa de poner en libertad a Alcides Jolivet y Enrique Blount, era, por el contrario, un grave peligro para Miguel Strogoff, porque si la casualidad ponía al correo del zar en presencia del traidor, éste no podía dejar de reconocer en él al viajero a quien había tratado brutalmente en la casa de postas de Ichim, y aunque Miguel Strogoff no había respondido al insulto como lo habría hecho en cualquier otra circunstancia, el lugarteniente del emir fijaría en él su atención, dificultando así la ejecución de los proyectos de aquél.

Tal era el aspecto desagradable que tenía la presencia de Iván Ogareff.

Sin embargo, una consecuencia feliz de su llegada fue la orden que se había dado al levantar el campamento y de trasladar el cuartel general a Tomsk.

Esta era la realización del más vivo deseo de Miguel Strogoff, quien, como se sabe, se proponía entrar en Tomsk confundido entre los demás prisioneros, es decir, sin arriesgarse a caer en las manos de los explo-

radores que, en gran número, recorrían las inmediaciones de esta importante ciudad.

Esto no obstante, a causa de la llegada de Iván Ogareff y ante el temor de ser por éste reconocido, preguntóse si no le convendría renunciar a su primer proyecto e intentar escaparse durante el viaje.

Iba sin duda a adoptar este último partido, cuando se enteró de que Féofar-Kan e Iván Ogareff, al frente de algunos miles de soldados de caballería, habían partido ya para la ciudad.

—Esperaré, pues —se dijo—, a no ser que se presente alguna circunstancia excepcionalmente favorable para huir. De la parte de acá de Tomsk son poco numerosas las probabilidades, mientras que de la parte de allá serán muchas, pues, entonces, en pocas horas pasaré los puestos tártaros más avanzados hacia el Este. ¡Tendré paciencia durante tres días más y, luego, que Dios venga en mi ayuda!

Era, efectivamente, un viaje de tres días el que los prisioneros, bajo la vigilancia de un numeroso destacamento tártaro, tenían que hacer a través de la estepa, porque el campamento se encontraba a ciento cincuenta verstas de distancia de la ciudad, ¡viaje fácil para los soldados del emir!, a quienes no les faltaba nada, pero penoso para los desgraciados, debilitados por las privaciones, y de los cuales quedaría seguramente más de un cadáver en el camino.

El *toptsquibasqui* dio la orden de ponerse en marcha a las dos de la tarde del 12 de agosto, hora en que la temperatura era muy elevada y en el cielo no había una sola nube que atenuase el calor solar.

Alcides Jolivet y Enrique Blount, después de comprar caballos, habían marchado también hacia Tomsk, donde la lógica de los acontecimientos iba a reunir a los principales personajes de esta historia.

Entre los prisioneros que Iván Ogareff había llevado al campamento tártaro, encontrábase una anciana que, por su taciturnidad, parecía encontrarse aislada en medio de los desgraciados que compartían su suerte; pero jamás salía de su boca la queja más insignificante, hasta el extremo de que habría podido decirse de ella que era una estatua del dolor.

Esta anciana, casi siempre inmóvil y más estrechamente vigilada que ningún otro prisionero, era, sin que ella lo supiese o lo advirtiera, observada por la gitana Sangarra, y, a pesar de su avanzada edad, veíase obligada a seguir a pie el convoy, sin que nada atenuase sus miserias.

Sin embargo, algún providencial destino había colocado a su lado un ser valeroso y caritativo, capaz de comprenderla y de auxiliarla.

Efectivamente, entre los compañeros de infortunio de la anciana encontrábase una joven, notable por su belleza y por su impasibilidad, pues no cedía en nada a la de la siberiana, que parecía haberse impuesto la misión de velar por ella. No se habían dirigido la palabra; pero, siempre que sus servicios podían serle útiles, estaba la joven a punto para prestárselos.

Al principio, la anciana había aceptado con desconfianza los cuidados mudos que le prodigaba aquella desconocida; pero, poco a poco, la evidente rectitud de intenciones de la joven, su reserva y la misteriosa simpatía que el dolor común establece entre los que sufren iguales infortunios, habían ido desvaneciendo la altiva frialdad de Marfa Strogoff.

Nadia —porque era ella— había podido de este modo, sin conocerla, devolver a la madre los cuidados y atenciones que había recibido del hijo. Su instintiva bondad le había sugerido una doble inspiración, porque, socorriendo a la anciana, aseguraba a su juventud y a su belleza, la protección de la edad de la silenciosa prisionera. En medio de la multitud de desgraciados, a quienes los sufrimientos habían agriado el carácter, estas dos mujeres tan calladas, una de las cuales parecía ser abuela de la otra, imponía a todos cierto respeto.

Nadia, después de haber sido arrojada por los exploradores tártaros a una de las barcas que surcaban el Irtich, había sido conducida a Omsk y, detenida como prisionera en esta ciudad, había sufrido la misma suerte que todos los que la columna de Iván Ogareff había capturado hasta entonces y, por consiguiente, la de Marfa Strogoff.

Si hubiera sido menos fuerte, Nadia habría sucumbido al doble golpe que acababa de recibir. La interrupción de su viaje y la muerte de Miguel Strogoff la habían, a la vez, desesperado y llenado de indignación. Alejada de su padre, quizá para siempre, después de tantos esfuerzos ya realizados con fortuna, y, para colmo de desgracias, separada del intrépido compañero a quien el mismo Dios parecía haber puesto en su camino para conducirla al fin que pretendía, todo lo había perdido a un tiempo y de un solo golpe.

La imagen de Miguel Strogoff, herido ante sus ojos por un lanzazo y desaparecido en las aguas del Irtich, no se borraba un solo instante de su pensamiento... ¿Podía morir así semejante hombre? ¿Para quién reservaba Dios sus milagros, si este justo, impulsado seguramente por un noble deseo, había podido ser detenido en su marcha de un modo tan miserable?

Algunas veces la cólera se sobreponía a su dolor y, cuando recordaba la escena de la afrenta tan extrañamente sufrida por su compañero en la casa de postas de Ichim, le hervía la sangre a causa de la indignación.

—¿Quién vengará a este muerto que no puede vengarse por sí mismo? —se preguntaba.

Y, dirigiéndose a Dios de todo corazón, exclamaba:

—¡Haced, Señor, que sea yo quien le vengue!

¡Si a lo menos le hubiera confiado Miguel Strogoff su secreto antes de morir! ¡Si, aun siendo mujer y casi niña, ella hubiera podido llevar a feliz término la interrumpida misión de aquel hermano que Dios no debió darle, puesto que tan pronto se lo había de quitar...!

Absorta como estaba constantemente en estos pensamientos, se comprende que Nadia permaneciera insensible aun ante los sufrimientos de su cautividad.

Entonces fue cuando, sin que ella sospechara lo más mínimo, la casualidad la reunió con Marfa Strogoff. ¿Cómo habría podido imaginar que esta anciana, prisionera como ella, fuese la madre de su compañero, que, a sus ojos no era sino el comerciante Nicolás Korpanoff? ¿Y cómo Marfa habría, por su parte, podido adivinar que aquella joven estaba unida a su hijo por un lazo de gratitud?

Lo que impresionó desde el primer momento a Nadia en Marfa Strogoff fue una especie de secreta conformidad en la manera como cada una sufría, por su parte, su dura condición.

Esta indiferencia estoica de la anciana respecto a los dolores materiales de su cotidiana vida y la poca importancia que daba a los sufrimientos corporales no podían obedecer a otra causa que a un dolor moral igual al suyo. Esto era lo que pensaba Nadia y no se equivocaba. Fue, pues, una simpatía instintiva hacia aquellas miserias que Marfa procuraba ocultar, lo que impulsó a la joven a socorrerla, porque aquella manera de soportar la desgracia armonizaba bien con el alma valerosa de la joven, que no le ofreció sus servicios sino que se los prestó, por lo que la anciana no tuvo que rehusarlos ni aceptarlos.

En los pasos difíciles del camino, la joven se encontraba siempre cerca de ella para ayudarla con sus brazos; cuando se distribuían los víveres, la anciana no se movía, pero Nadia compartía con ella su escaso alimento, y así fue cómo se efectuó este viaje tan penoso para la una como para la otra.

Gracias a su joven compañera, pudo Marfa Strogoff seguir a los soldados que conducían el convoy de prisioneros sin ser amarrada al arzón de una silla, como tantos otros prisioneros que fueron arrastrados de este modo por aquel camino de dolor.

—¡Que Dios te premie, hija mía, lo que haces por mi vejez! —le dijo en una ocasión Marfa Strogoff, siendo éstas las únicas palabras que se cruzaron entre las dos infortunadas durante algún tiempo.

Parecía natural que aquellos días, que les parecieron tan largos como siglos, la anciana y la joven hablasen de su recíproca situación; pero Marfa, por una circunspección fácil de comprender, no había hablado, y muy brevemente, sino de sí misma, sin hacer la menor alusión a su hijo ni a la funesta casualidad que los había puesto frente a frente.

Nadia también permanecía largo tiempo muda o, por lo menos, sin pronunciar una sola palabra inútil. Sin embargo, un día, comprendiendo que se encontraba delante de un alma sencilla y noble, su corazón se desbordó y refirióle, sin ocultar nada, cuanto le había ocurrido desde su salida de Wladimir hasta la muerte de Nicolás Korpanoff, y cuanto dijo acerca de su joven compañero interesó vivamente a aquella anciana siberiana.

—¡Nicolás Korpanoff! —dijo ésta—. Sigue hablándome de ese Nicolás. ¡No conozco más que a un hombre, uno sólo entre la juventud actual, de quien semejante conducta no me hubiese sorprendido! Pero, ¿era Nicolás Korpanoff su verdadero nombre? ¿Estás segura, hija mía?

—¿Por qué había de engañarme respecto a este punto —respondió Nadia—, cuando no me engañó respecto a ningún otro?

Sin embargo, impulsada por una especie de presentimiento, Marfa Strogoff hacía a Nadia una pregunta tras otra.

—¡Me has dicho que era valeroso! ¡Me has probado que lo había sido!

—Sí, valeroso —asintió Nadia.

«¡Así habría sido mi hijo!», pensó la anciana, y siguió preguntando:

—¿Me has dicho también que nada le detenía, que nada le atemorizaba y que, en medio de su fuerza, era tan afable, que tenía en él tanto una hermana como un hermano y que ha velado por ti tan solícita y cariñosamente como una madre?

—Sí, sí —se apresuró a responder Nadia—. ¡Hermano, hermana, madre, él lo ha sido todo para mí!

—¿Y también un león para defenderte?

—Sí, un león, realmente —confirmó Nadia—. Sí, un león, ¡un héroe!

"¡Mi hijo! ¡Es mi hijo!", pensó la anciana siberiana, y agregó en voz alta:

—¿Pero dices, sin embargo, que soportó una terrible afrenta en la casa de postas de Ichim?

—¡La soportó! —murmuró Nadia inclinando la cabeza.

—¿La soportó? —murmuró Marfa Strogoff, estremeciéndose.

—¡Madre! ¡Madre! —exclamó Nadia—. No le condene usted. ¡Él tenía un secreto, un secreto que únicamente Dios, a la hora presente, puede juzgar!

—Y —preguntó Marfa, levantando la cabeza y mirando a la joven como si hubiese querido leer hasta en lo más profundo de su alma—, ¿en aquella hora de humillación despreciaste a ese Nicolás Korpanoff?

—Por el contrario, le admiré, y le admiro, sin comprenderlo —respondió la joven—. ¡Jamás me ha parecido más digno de respeto!

La anciana guardó silencio un instante y, luego, preguntó:

—¿Era alto?

—Muy alto.

—Y muy hermoso, ¿no es así? Vamos, habla, hija mía.

—Era muy hermoso —asintió Nadia, enrojeciendo.

—¡Era mi hijo! ¡Te digo que era mi hijo! —exclamó la anciana abrazando a Nadia.

—¡Tu hijo! —exclamó Nadia, muy confusa—. ¡Tu hijo!

—Vamos —dijo Marfa—, termina, hija mía. ¡Tu compañero, tu amigo, tu protector, tenía madre! ¿Acaso no te habló de su madre?

—¿De su madre? —repitió Nadia—. Sí, me habló de su madre, como yo le hablé de mi padre, frecuentemente, todos los días. ¡Él adoraba a su madre!

—¡Nadia, Nadia! —exclamó la anciana—. ¡Acabas de contarme la historia de mi hijo! —y agregó impetuosamente—: Al pasar por Omsk, ¿no debía, pues, ver a esa madre que tú dices que ama tanto?

—No —respondió Nadia—, no debía verla.

—¿No? —gritó Marfa—. ¿Te atreves a decirme que no?

—Lo he dicho, pero me falta agregar que, por motivos que debían de ser muy poderosos y que no conozco, creía entender que Nicolás Korpanoff debía atravesar el país en el más absoluto secreto. Esta era para él una cuestión de vida o muerte, y, mejor todavía, una cuestión de deber y de honor.

—¡De deber, efectivamente; de deber imperioso —asintió la anciana siberiana—, de esos deberes a los que se sacrifica todo y en cumplimiento de los cuales se renuncia a todo, hasta al placer de ir a dar un beso, que podría ser el último, a su anciana madre! Todo lo que no sabes, Nadia, todo lo que tampoco yo sabía, lo sé ahora. ¡Tú me lo has hecho comprender todo! Pero la luz que has hecho penetrar en lo más profundo de las tinieblas de mi corazón, esa luz no puede hacer que penetre en el tuyo, porque es el secreto de mi hijo, Nadia, y hasta que él no lo revele, es preciso que yo lo guarde. ¡Perdóname, Nadia! ¡No te puedo devolver el bien que acabas de hacerme!

—Nada le pregunto, madre —repuso Nadia.

De este modo, todo quedaba explicado para la anciana siberiana; todo absolutamente, hasta la inexplicable conducta de su hijo, al verla en la posada de Omsk, en presencia de las personas que fueron testigos de su encuentro. No podía ya dudar que el compañero de la joven había sido Miguel Strogoff y que una misión secreta, quizá la de llevar algún secreto importante a través del territorio invadido, le había obligado a ocultar su calidad de correo del zar.

«¡Ah, mi valiente hijo! —pensó Marfa Strogoff—. ¡No te traicionaré y el tormento no me hará confesar que fuiste tú a quien vi en Omsk!»

Una sola palabra le habría bastado para pagar a Nadia todos los cuidados que a ella le había prodigado, puesto que, para ello, no habría tenido que decirle sino que su compañero Nicolás Korpanoff o, lo que era lo mismo, Miguel Strogoff, no había perecido en las aguas del Irtich, ya que, algunos días después de este suceso, ella le había visto y le había hablado; pero se contuvo y guardó silencio, limitándose a decir:

—¡Espera, hija mía; la desgracia no se cernirá siempre sobre ti! Verás a tu padre, tengo ese presentimiento, y quizá el que te ha llamado hermana no haya muerto... Espera, hija mía, espera. Haz como yo. ¡El luto que llevo no es por mi hijo todavía!

CAPÍTULO III

GOLPE POR GOLPE

Tal era entonces la situación de Marfa Strogoff y de Nadia, puestas una frente a la otra. La anciana siberiana lo había comprendido todo, y, si Nadia ignoraba que aquel compañero, por quien lloraba tanto, vivía aún, sabía por lo menos quién era la mujer a quien servía como madre y daba muchas gracias a Dios por haberle proporcionado la alegría de poder reemplazar al lado de la prisionera al hijo que ésta había perdido.

Pero lo que ninguna de las dos podía saber era que Miguel Strogoff, cogido prisionero en Kolivan, formaba parte del mismo convoy y que iba a Tomsk con ellas.

A los prisioneros que había llevado Iván Ogareff al campamento tártaro los habían reunido con los que ya tenía en su poder el emir. Estos desgraciados, rusos o siberianos, militares o paisanos, sumaban algunos miles y formaban una columna que ocupaba, a lo largo del camino, muchas verstas; pero no todos eran conducidos del mismo modo, porque los que estaban considerados como más peligrosos llevaban las manos esposadas e iban sujetos a una larga cadena; muchas mujeres y los niños, atados o suspendidos de pomos de las sillas de los caballos y despiadadamente arrastrados por la carretera; los demás iban sueltos.

Los soldados de caballería que los escoltaban tratándolos como un rebaño humano, les obligaban a guardar cierto orden, así es que los infelices no podían detenerse y sólo se quedaban atrás los que caían para no volver a levantarse.

Como consecuencia de este orden de marcha, resultó que Miguel Strogoff, que iba en las primeras filas de los que habían salido del campamento tártaro, es decir, entre los prisioneros de Kolivan, no debía mezclarse con los llegados de Omsk, que caminaban los últimos, y no podía sospechar, por consiguiente, que su madre y Nadia formaban parte del convoy, como éstas no sospechaban tampoco que él se encontraba allí.

Este viaje desde el campamento a Tomsk, realizado en semejantes condiciones, bajo el látigo de los soldados, fue mortal para muchos y terrible para todos. Se iba a través de la estepa por un camino trillado y más polvoriento a la sazón por el paso del emir y de la vanguardia de su ejército; se marchaba de prisa, y se descansaba poco y muy de tarde en tarde. ¡Aque-

llas ciento cincuenta verstas que había que recorrer bajo los rigores de un sol abrasador, por mucha que fuera la rapidez con que se anduviese, debían parecer interminables!

Es una comarca muy estéril la que se extiende a la derecha del Obi hasta la base del contrafuerte que se destaca de los montes Savansk y cuya orientación es de Norte a Sur. Apenas algunos raquíticos y abrasados arbustos rompen acá y allá la monotonía de la inmensa planicie, exenta de todo cultivo a causa de la falta de agua, tan necesaria a los prisioneros que atravesaban el país, abrumados por una marcha tan penosa.

Para encontrar un afluente habría sido preciso inclinarse unas cincuenta verstas hacia el Este y llegar al mismo pie del contrafuerte que determina la partición de las aguas entre las cuencas del Obi y del Yenisei, donde fluye el Tom, pequeño tributario del Obi que pasa por Tomsk hasta desaguar en una de las grandes arterias del Norte.

Allí se habría encontrado agua en abundancia, un terreno menos árido y una temperatura más soportable; pero los jefes del convoy habían recibido órdenes muy severas de ir a Tomsk por el camino más corto, porque el emir temía que alguna columna rusa, procedente de las provincias del Norte, lo atacase de flanco y le impidiera continuar, y como la carretera de Siberia no costea las orillas del Tom, por lo menos en el terreno comprendido entre Kolivan y un poblado llamado Zebediero, fue preciso seguir el camino real siberiano sin aproximarse a los sitios donde se pudiera aplacar la sed.

Es inútil detenerse en describir los sufrimientos de los desgraciados prisioneros, muchos centenares de los cuales cayeron sobre la estepa, donde debían quedar sus cadáveres hasta que, llegado el invierno, los lobos, acosados por el hambre, acudiesen a devorar sus últimos huesos.

Lo mismo que Nadia estaba siempre dispuesta a socorrer a la anciana siberiana, Miguel Strogoff, libre en sus movimientos, prestaba a sus compañeros de infortunio, más débiles que él, todos los servicios que, dada su situación, podía prestarles durante el recorrido de aquel doloroso *via crucis,* animando a unos, sosteniendo a otros, multiplicándose y yendo y viniendo hasta que la lanza de un soldado de caballería le obligaba a volver a colocarse en el lugar que en la fila le estaba asignado.

¿Por qué no intentaba fugarse? Porque después de reflexionar detenidamente, había resuelto no lanzarse a través de la estepa, sino cuando ésta le ofreciese toda clase de seguridades. Persistía en su propósito de seguir hasta Tomsk, a expensas del emir, y, en suma, tenía razón, porque al ver los numerosos destacamentos que recorrían la llanura a uno y otro lado del convoy, tanto al Sur como al Norte, era evidente que no habría podido andar dos verstas sin que volviese a caer en poder de sus enemigos.

La caballería tártara pululaba por todas partes, pareciendo a veces que salía de la tierra, como los insectos dañinos que hormiguean sobre la superficie del suelo después de una lluvia tempestuosa.

Además, la fuga, en las condiciones en que se encontraba Miguel Strogoff, habría sido extremadamente difícil, si no imposible, porque los soldados que escoltaban el convoy de prisioneros sabían que se jugaban la cabeza si los dejaban escapar, y no descuidaban la vigilancia.

Al fin, a la caída de la tarde del 15 de agosto, llegó el convoy a la aldea de Zebediero, a treinta verstas de distancia de Tomsk.

Allí el camino seguía el curso del río Tom, y los prisioneros, al ver agua, precipitáronse hacia ella; pero los soldados los contuvieron inmediatamente, para que no rompieran las filas hasta que se organizara la parada.

La corriente del Tom era casi torrencial a la sazón; pero, esto no obstante, podía favorecer la fuga de algún audaz o de algún desesperado, y, para evitar que esto ocurriese, se habían adoptado medidas muy severas.

Al efecto, habíanse requisado todas las barcas que se encontraban en Zebediero y, llevadas a aquel sitio, formóse con ellas en el Tom una especie de barrera de obstáculos, que no habría podido atravesar el prisionero que hubiera intentado fugarse.

En cuanto a la línea del campamento, apoyada en las primeras casas de la aldea, estaba estrechamente guardada por un cordón de centinelas, completamente imposible de romper.

Miguel Strogoff, que habría podido pensar en aquellos momentos lanzarse hacia la estepa, comprendió, después de observar minuciosamente la situación, que su proyecto era irrealizable y, por no comprometerse más de lo que ya lo estaba, decidió aplazarlo para cuando se presentase ocasión más oportuna.

Los prisioneros tenían que pasar toda la noche a orillas del río porque el emir había aplazado hasta el día siguiente la instalación de sus tropas en la ciudad de Tomsk, en donde se celebraría con una gran fiesta militar la inauguración del cuartel general en dicho punto.

Féofar-Kan ocupaba ya la fortaleza, pero el grueso de su ejército vivaqueaba en los alrededores esperando el momento de hacer su entrada solemne en la ciudad.

Iván Ogareff había dejado al emir en Tomsk, adonde ambos habían llegado la víspera, retrocediendo él al campamento de Zebediero, desde cuyo punto debía partir a la mañana siguiente con la retaguardia del ejército tártaro.

Habíase preparado alojamiento para que pasara la noche, en una de las casas de la aldea, de donde, al salir el sol, debían partir la caballería y la infantería, bajo su mando, hacia Tomsk, pues en esta ciudad quería el emir recibir a sus tropas con el fausto habitual de los soberanos asiáticos.

Cuando, al fin, se organizó la parada del convoy, los prisioneros pudieron apagar la sed que les devoraba y tomar un poco de reposo.

El sol había desaparecido ya del horizonte, pero aún iluminaban el espacio los resplandores del crepúsculo cuando Nadia, sosteniendo a Marfa Strogoff, pudo aproximarse a la orilla del río. Hasta entonces no

habían podido las infelices romper las filas de los que se agolpaban en aquel sitio para beber.

La anciana siberiana se inclinó sobre la fresca corriente. Nadia sumergió en ella sus manos y, llenas del líquido elemento, las aproximó a los labios de Marfa. Luego, bebió ella.

Aquella agua bienhechora reanimó a la anciana y a la joven.

De repente, Nadia, en el momento de separarse de la orilla del río, se estremeció y dejó escapar un grito involuntario.

Miguel Strogoff estaba allí, a pocos pasos de ella... ¡Era él! ¡Los últimos resplandores del día le alumbraban!

Aquel grito de Nadia hizo estremecer al correo del zar, pero éste tuvo bastante imperio sobre sí mismo para no pronunciar una sola palabra, que habría podido comprometerle.

¡Y, sin embargo, había reconocido a su madre al mismo tiempo que a Nadia!

Ante aquel inesperado encuentro, y temiendo no poder dominarse, púsose la mano sobre los ojos y se alejó en seguida.

Nadia habíase lanzado instintivamente hacia él; pero la anciana siberiana la contuvo, murmurándole al oído estas palabras..

—¡No des un paso, hija mía!

—¡Es él! —respondió Nadia con voz enronquecida por la emoción—. ¡Vive, madre! ¡Es él!

—Sí, es mi hijo —asintió Marfa—. ¡Es Miguel Strogoff, y ya ves que no me muevo para aproximarme a él! ¡Imítame, hija mía!

Miguel Strogoff acababa de recibir una de las emociones más violentas que un hombre puede soportar. Su madre y Nadia estaban allí. ¡Dios, sin duda, había impulsado, en aquel común infortunio, a una hacia la otra, a las dos prisioneras que casi se confundían en su corazón! ¿Sabía, pues, Nadia quién era él? No, puesto que él había visto que Marfa la había contenido con un gesto cuando la joven había tratado de aproximársele. La anciana lo había comprendido todo, por consiguiente, y guardaba el secreto de su hijo.

Durante aquella noche, estuvo Miguel Strogoff más de veinte veces a punto de ir a reunirse con su madre; pero, comprendiendo que debía resistir a aquel inmenso deseo de abrazarla y de estrechar de nuevo la mano de su joven compañera, logró al fin dominarse, porque la menor imprudencia podía perderle.

Además, había jurado no ver a su madre... y, voluntariamente al menos, no la vería. Puesto que le era imposible huir aquella misma noche, cuando llegara a Tomsk se lanzaría a través de la estepa sin intentar siquiera abrazar a los dos seres en quienes se resumía su vida entera y a quienes dejaba expuestos a tan graves peligros.

Podía, por consiguiente, esperar que aquel nuevo encuentro con su madre en el campamento de Zebediero no tuviera desagradables conse-

cuencias ni para la anciana ni para él; pero ignoraba que algunos detalles de aquella escena, a pesar de la rapidez con que se habían desarrollado, no habían pasado inadvertidos para la gitana Sangarra, espía de Iván Ogareff, la que, espiando como siempre a la anciana, sin que ésta lo sospechara, habíase encontrado en aquellos momentos cerca del lugar en que había ocurrido el encuentro, a pocos pasos de la orilla del río.

La gitana no había podido ver a Miguel Strogoff, que había ya desaparecido cuando ella se volvió; pero no le había escapado el gesto que hizo su madre para contener a Nadia, cuando ésta intentó acercarse al correo del zar.

El relámpago de júbilo que despidieron los ojos de Marfa reveló a la espía todo lo que deseaba saber.

Estaba para ella fuera de duda que el hijo de Marfa Strogoff, el correo del zar, se encontraba en el campamento de Zebediero y era uno de los numerosos prisioneros de Iván Ogareff.

Sangarra no le conocía, pero sabía que estaba allí, y esto le bastaba, por lo que no trató de descubrirlo, cosa que, además, habría sido imposible en la sombra y en medio de aquella inmensa multitud.

En cuanto a seguir espiando a Nadia y a Marfa Strogoff, era igualmente inútil, porque, sin duda, ambas mujeres estarían en guardia, y sería imposible sorprender en ellas nada que pudiese comprometer al correo del zar.

La gitana no tuvo, pues, desde aquel momento más que una idea: prevenir a Iván Ogareff, y, con este propósito, se apresuró a abandonar el campamento.

Un cuarto de hora después, llegó a la aldea de Zebediero e inmediatamente fue introducida en la casa que ocupaba el lugarteniente del emir.

Iván Ogareff recibió en seguida a la gitana.

—¿Qué deseas de mí, Sangarra? —le preguntó.

—El hijo de Marfa Strogoff se encuentra en el campamento —respondió la espía.

—¿Prisionero?

—Prisionero.

—¡Ah! —exclamó Iván Ogareff—. Yo sabré...

—Tú no sabrás nada, Iván —dijo Sangarra—, porque ni siquiera le conoces.

—Pero le conoces tú. ¡Tú le has visto!

—Yo tampoco le he visto; pero he visto a su madre traicionarse con un gesto que me lo ha revelado todo.

—¿No te engañas?

—No me engaño.

—Bien sabes la importancia que tiene para mí la captura del correo del zar —dijo Iván Ogareff—, porque, si la carta que le ha sido entregada en Moscú llega a Irkutsk y a manos del gran duque, éste adoptará sus precau-

ciones y me será imposible llegar hasta él. Es necesario, por consiguiente, que yo me apodere de esa carta a toda costa. Ahora bien, me dices que el portador de esa carta se encuentra en mi poder, y vuelvo a preguntarte: ¿no te engañas, Sangarra?

El lugarteniente del emir había hablado con gran animación, lo que evidenciaba la grandísima importancia que para él tenía la posesión de la carta de que era portador el correo del zar.

Sangarra no experimentó la más ligera turbación ante la insistencia con que Iván Ogareff le preguntaba si no se había engañado.

—No, no me he engañado —respondió.

—Pero en el campamento hay muchos miles de prisioneros, Sangarra, y tú dices que no conoces a Miguel Strogoff.

—No —confirmó la gitana, en cuyos ojos brilló una alegría salvaje—; no le conozco, pero le conoce su madre. ¡Iván, es preciso hacer que hable su madre!

—Mañana hablará —contestó Iván Ogareff.

Y, dicho esto, tendió la mano a la gitana, quien la besó, sin que en esta manifestación de respeto, habitual en las razas del Norte, hubiese absolutamente nada de servilismo.

Sangarra volvió al campamento, donde vio que Nadia y Marfa Strogoff ocupaban su sitio, cerca del cual se situó ella y pasó la noche observándolas.

La anciana y la joven, aunque estaban abrumadas de fatiga, no durmieron. La excesiva inquietud que las dominaba, no les permitió cerrar los ojos. ¡Miguel Strogoff vivía, pero se encontraba prisionero como ellas! ¿Lo sabía Iván Ogareff? Y, si lo ignoraba aún, ¿llegaría a saberlo?

Nadia, que había creído muerto a su compañero, estaba completamente entregada al pensamiento de que vivía; pero Marfa Strogoff iba más lejos y temía por el porvenir, porque, aunque no le atemorizaba lo que a ella pudiera ocurrirle, temía, y con razón, por su hijo.

Sangarra, que en la oscuridad de la noche habíase aproximado a las dos mujeres, sin que éstas lo advirtiesen, pasó muchas horas espiándolas con el oído alerta, pero no pudo oírles una sola palabra, porque, por un instintivo sentimiento de prudencia, ninguna de las dos se atrevió a hablar.

Aproximadamente a las diez de la mañana del siguiente día, 16 de agosto, sonaron las trompetas en los límites del campamento y los soldados tártaros se apresuraron a ponerse sobre las armas.

Iván Ogareff, que había salido de Zebediero, llegaba en medio de un numeroso estado mayor de oficiales tártaros. Su rostro, más sombrío que de ordinario, y sus facciones contraídas, revelaban que era víctima de una sorda cólera, que sólo esperaba una ocasión para estallar.

Miguel Strogoff, perdido en un grupo de prisioneros, vio pasar a aquel hombre y tuvo el presentimiento de que iba a ocurrir una catástrofe, por-

que el lugarteniente del emir sabía que la anciana Marfa era madre del capitán del cuerpo de correos del zar.

Iván Ogareff llegó al centro del campamento, se apeó del caballo y los oficiales de la escolta formaron un círculo en torno suyo.

En aquel momento se le aproximó Sangarra, que le dijo:

—No tengo que comunicarte nada nuevo, Iván.

Éste no le contestó, pero inmediatamente dio una breve orden a uno de sus oficiales y los soldados recorrieron en seguida, con la brutalidad que les era propia, las filas de los prisioneros.

Estos desgraciados, estimulados a latigazos o por los regañones de las lanzas, tuvieron que levantarse de prisa y formar en la circunferencia del campamento. Detrás de ellos situóse un cuádruple cordón de soldados de infantería y de caballería que hacía imposible la evasión.

En seguida quedó todo el campamento en un silencio absoluto, y Sangarra, a una señal de Iván Ogareff, se dirigió hacia el grupo de que formaba parte Marfa Strogoff.

La anciana, al verla aproximarse, comprendió lo que iba a ocurrir, sonrió desdeñosamente e inclinándose hacia el oído de Nadia le dijo en voz baja:

—Tú no me conoces, hija mía. ¡Suceda lo que quiera, y por dura que pueda ser esta prueba, no pronuncies una sola palabra, ni hagas un solo gesto porque es de él y no de mí de quien se trata!

En aquel momento, Sangarra, después de contemplarla con atención un instante, le puso una mano sobre el hombro.

—¿Qué me quieres? —preguntó la anciana.

—Ven —respondió Sangarra.

Y, empujándola con la mano, la condujo al centro del espacio reservado, ante Iván Ogareff.

Miguel Strogoff tenía los párpados medio cerrados para que no le delatase el fulgor de sus ojos.

Marfa, al llegar a la presencia de Iván Ogareff, se irguió, cruzó los brazos sobre el pecho y quedó esperando.

—¿Eres Marfa Strogoff? —preguntó Iván Ogareff.

—Sí —respondió la anciana, sin inmutarse.

—¿Tienes que rectificar lo que me respondiste cuando, hace tres días, te interrogué en Omsk?

—No.

—¿Ignoras, por consiguiente, que tu hijo, Miguel Strogoff, correo del zar, ha pasado por Omsk?

—Lo ignoro.

—¿El hombre en quien tú creíste reconocer a tu hijo no era entonces él? ¿No era tu hijo?

—No era mi hijo.

—¿No le has visto, después, en medio de los prisioneros?

—No.

—Y si te le presentara, ¿no le conocerías?

—No.

Esta respuesta, que revelaba una inquebrantable resolución de no confesar nada, fue acogida con un murmullo por la multitud.

Iván Ogareff no pudo reprimir un gesto de amenaza.

—Escucha —dijo a Marfa Strogoff—: tu hijo está aquí y vas a designarle inmediatamente.

—No.

—Todos estos hombres, que han sido hechos prisioneros en Omsk y en Kolivan, van a desfilar ante tus ojos, y si no designas a Miguel Strogoff, recibirás tantos golpes de *knut* como personas pasen ante ti.

Iván Ogareff había comprendido que, cualesquiera que fuesen sus amenazas y por crueles que fueran los tormentos a que sometiese a la indomable siberiana, ésta no hablaría; pero, para descubrir al correo del zar, confiaba, más que en Marfa, en el mismo Miguel Strogoff. No creía posible que, cuando madre e hijo se encontraran frente a frente, dejara de traicionarles algún movimiento irresistible de uno de ellos.

Si sólo hubiese pretendido apoderarse de la carta imperial, le habría bastado ordenar que registrasen a los prisioneros; pero Miguel Strogoff podía haberla destruido, después de haberse enterado de lo que decía, y si no era descubierto y conseguía llegar a Irkutsk, se frustraban los planes de Iván Ogareff.

Era, pues, absolutamente necesario apoderarse de la carta imperial y del correo que la llevaba.

Nadia, que lo había oído todo, sabía ya quién era Miguel Strogoff y por qué había querido atravesar de incógnito las provincias invadidas de Siberia.

Por orden de Iván Ogareff, los prisioneros empezaron a desfilar uno a uno ante Marfa Strogoff, que permaneció inmóvil como una estatua y cuya mirada no expresaba otra cosa que la indiferencia más absoluta.

Su hijo se encontraba en las últimas filas. Cuando, a su vez, pasó ante la anciana, Nadia cerró los ojos para no verlo.

Miguel Strogoff mantúvose aparentemente impasible; pero las palmas de sus manos sangraban, por haberse incrustado en ellas las uñas.

¡Iván Ogareff había sido vencido por el hijo y por la madre!

Sangarra, que estaba a su lado, no dijo más que una palabra:

—¡El *knut!*

—Sí —asintió Iván Ogareff, que no era dueño de sí mismo—, el *knut* a esta vieja bruja, ¡y hasta que muera!

Un soldado tártaro, que tenía en la mano el terrible instrumento de suplicio, se aproximó a Marfa Strogoff.

El *knut* se compone de cierto número de tiras de cuero, que llevan en el extremo varios alambres retorcidos, y sus golpes son tan terribles, que se

considera que el infeliz a quien se castiga a recibir veinte latigazos es condenado a muerte.

Marfa Strogoff lo sabía, pero sabía también que ninguna clase de tortura la obligaría a hablar y había hecho el sacrificio de su vida.

Dos soldados la obligaron a viva fuerza a arrodillarse, le desgarraron la ropa dejándole desnuda la espalda y colocaron delante de ella, a pocas pulgadas de distancia, un sable fijo en el suelo y con la punta frente al pecho, para que, en el caso de que el dolor la doblegase, encontrase la muerte atravesándose ella misma el corazón.

El tártaro que empuñaba el *knut* se mantuvo en pie a su lado.

Esperaba.

—¡Venga! —ordenó Iván Ogareff.

El látigo silbó en el aire...

Pero antes de que descendiese sobre la espalda de la infeliz anciana, una mano poderosa se lo arrebató al tártaro.

¡Miguel Strogoff estaba allí! El horrible espectáculo le había hecho saltar. Si en la casa de postas de Ichim había podido contenerse cuando Iván Ogareff le golpeó con el látigo, la piedad filial le impidió permanecer inmóvil al ver que su madre iba a ser bárbaramente azotada.

Iván Ogareff había triunfado...

—¡Miguel Strogoff! —exclamó el lugarteniente del emir, y, luego, avanzando hacia él, agregó—: ¡Ah! ¿El hombre de Ichim?

—El mismo —respondió valientemente Strogoff.

Y, después, levantando el *knut*, golpeó con toda su fuerza el rostro de Iván Ogareff, diciendo:

—¡Golpe por golpe!

—¡Buen desquite! —exclamó jubilosa la voz de un espectador, que, afortunadamente para él, se perdió en el tumulto.

Veinte soldados se arrojaron sobre Miguel Strogoff para matarle...

Pero Iván Ogareff, a quien se le había escapado un grito de rabia y de dolor, los contuvo con un gesto.

—Este hombre está reservado a la justicia del emir —dijo—. Que lo registren.

La carta con las armas imperiales de que era portador el correo del zar fue encontrada sobre el pecho y entregada a Iván Ogareff.

Miguel Strogoff no había tenido tiempo de destruirla.

El espectador que había pronunciado las palabras "¡Buen desquite!" no era otro que Alcides Jolivet, quien, como su compañero, habíase detenido en el campamento de Zebediero y presenció la escena.

—¡Pardiez! —dijo Enrique Blount—. ¡Estos hombres del Norte son muy rudos! Debemos una reparación a nuestro compañero de viaje, porque Korpanoff, o Strogoff, es todo un valiente. ¡Hermoso desquite de la ofensa de Ichim!

—Sí, hermoso desquite, en efecto —respondió el corresponsal inglés—; pero Miguel Strogoff es hombre muerto. ¡Más le hubiese convenido no acordarse todavía de aquel agravio!

—¿Y dejar morir a su madre a latigazos?

—¿Cree usted que con su comportamiento va a mejorar la suerte de la madre y de la hermana?

—Yo no creo nada —repuso Alcides Jolivet—, ni sé otra cosa sino que yo, en su lugar, no lo habría hecho mejor que él. ¡Buena cicatriz le va a quedar a Iván Ogareff! ¡Eh, qué diablo! ¡Es preciso que la sangre bulla algunas veces! ¡Dios nos habría puesto agua en vez de sangre, si hubiese querido que permaneciéramos siempre imperturbables!

—¡Magnífico asunto para una crónica! —exclamó Enrique Blount—. ¡Si Iván Ogareff quisiera facilitarnos el texto de esa carta...!

El lugarteniente del emir, después de limpiarse la sangre que le cubría el rostro, rompió la nema de la carta imperial y leyó ésta, y la releyó, como si hubiese querido penetrarse bien de todo lo que decía.

Terminada la lectura, dio órdenes para que Miguel Strogoff, estrechamente custodiado, fuese conducido a Tomsk con los demás prisioneros, púsose al frente de las tropas acampadas en Zebediero y, al ruido ensordecedor de tambores y trompetas, encaminóse a la ciudad, donde el emir le esperaba.

CAPÍTULO IV

LA ENTRADA TRIUNFAL

Tomsk, fundada en 1604, casi en el corazón de las provincias siberianas, es una de las ciudades más importantes de la Rusia asiática.

Tobolsk, situada más allá del paralelo sexagésimo, e Irkutsk, edificada más allá del centésimo meridiano, han visto prosperar a Tomsk a sus expensas.

Y, sin embargo, no es Tomsk, como ya se ha dicho, la capital de esta importante provincia, cuyo gobernador general y todo el elemento oficial residen en Omsk.

Esto no obstante, Tomsk es la ciudad más considerable de este territorio que confina con los montes Altai, es decir, con la frontera china del país de los jalcas.

Por las pendientes de estas montañas ruedan incesantemente hasta el valle del Tom el platino, el oro, la plata, el cobre y el plomo aurífero, y, como el país es rico, la ciudad, que está en el centro de estas productivas explotaciones, lo es también. Por eso, el lujo de las casas y de los muebles puede rivalizar con el de las grandes capitales de Europa.

Tomsk es, pues, una ciudad de millonarios, a quienes el pico y el azadón han enriquecido, y, si no tiene el honor de servir de residencia al representante del zar, se cuenta en la primera fila de sus personas notables al jefe de los mercaderes de la localidad, principal concesionario de las minas del Gobierno imperial, y esto es un consuelo.

Antiguamente, Tomsk pasaba por estar situada en un extremo del mundo, y si se quería ir a ella, era preciso hacer un largo viaje; pero, en la actualidad, este largo viaje queda reducido a un simple paseo, cuando el país no ha sido hollado por las plantas de los invasores. Pronto quedará tendida la vía férrea que debe unir esta ciudad a la de Perm, atravesando la cordillera de los Urales.

La ciudad de Tomsk, ¿es bonita? Los viajeros que la han visitado no están de acuerdo respecto a este punto. La señora de Bourboulon, que, al dirigirse desde Shanghai a Moscú, se detuvo en ella durante algunos días, dice que es poco pintoresca, y, a juzgar por su descripción, es una población insignificante, con viejas casas de piedra y de ladrillo, calles muy estre-

chas, en nada parecidas a las que suelen verse en las grandes capitales siberianas, y barrios sucios donde se amontonan particularmente los tártaros y por los que pululan con toda tranquilidad los beodos, "cuya embriaguez es apática, como en todos los pueblos del Norte".

Por el contrario, el viajero Enrique Russel-Killough se declara entusiasta admirador de Tomsk. ¿Débese esto, quizás, a que la visitó en pleno invierno, cuando la ciudad estaba envuelta en su espléndido manto de nieve, y la señora de Bourboulon la vio en el verano? Es posible, y esto confirmaría la opinión de los que aseguran que ciertos países fríos sólo pueden ser apreciados en la estación invernal, como los países cálidos en la época de calor.

Sea lo que fuere, es indudable que el señor Russel-Killough afirma que Tomsk no sólo es la ciudad siberiana más bella, sino también que es una de las más bonitas del mundo, con sus casas de columnas y peristilos, sus aceras de madera, sus calles anchas y regulares y sus quince magníficas iglesias, que se reflejan en las aguas del Tom, río más ancho que cualquiera de los de Francia.

Estas dos contradictorias opiniones deben de ser exageradas, y la verdad estará seguramente entre una y otra. Tomsk, que cuenta veinticinco mil habitantes, hállase pintorescamente situada en forma de anfiteatro en una larga colina, cuyo escarpe bastante duro le sirve de apoyo.

Pero la ciudad más bonita del mundo se convierte en la más fea cuando los invasores la ocupan. ¿Quién habría querido admirarla entonces? Defendida por algunos batallones de cosacos de infantería que en ella tienen su residencia permanente, no había podido resistir el ataque de las columnas del emir, a lo cual había contribuido cierta parte de la población, que por ser de origen tártaro, había dispensado muy buena acogida a las hordas invasoras. Por el momento, Tomsk no parecía ser más rusa ni más siberiana que si hubiese sido transportada al centro de los kanatos de Kokand o de Bukara.

El emir debía recibir en Tomsk a sus tropas victoriosas, en cuyo honor iba a celebrarse una gran fiesta, en la que habría cantos, bailes y fantasías, y que no podía menos de degenerar en orgía ruidosa.

El teatro elegido para esta ceremonia, dispuesto según el gusto asiático, era una vasta meseta situada sobre una porción de una colina que domina, a cien pasos de elevación, el curso del Tom. Todo aquel horizonte, con su dilatada perspectiva de casas de elegante construcción y de iglesias de abultadas cúpulas, los numerosos afluentes del río y los bosques que, a lo lejos, aparecían envueltos en la cálida bruma, estaba encuadrado en un admirable marco de verdor, formado por soberbios grupos de pinos y cedros gigantescos.

A la izquierda de la meseta habíase levantado provisionalmente, sobre anchas terrazas, una especie de brillante decoración que representaba un palacio de bizarra arquitectura, muestra, sin duda, de los monumentos bukarianos, semimoriscos y semitártaros.

Por encima de este palacio, en la punta de los minaretes de que por doquier estaba erizado, entre las altas ramas de los árboles que sombreaban la planicie, revoloteaban a centenares las cigüeñas domésticas que habían seguido al ejército tártaro desde Bukara.

Las terrazas estaban reservadas para la corte del emir, para los kanes aliados suyos, para los grandes signatarios de los kanatos y para los harenes de los soberanos del Turkestán.

De las sultanas, la mayor parte de las cuales no eran otra cosa que esclavas compradas en los mercados de Transcaucasia y Persia, unas llevaban el rostro descubierto y otras lo llevaban oculto tras un velo que impedía contemplarlas, pero todas vestían con extremado lujo. Sus elegantes túnicas, cuyas mangas recogidas hacia atrás anudábanse a la manera del *puf* europeo, dejaban ver sus brazos desnudos, cuajados de brazaletes unidos por cadenas de piedras preciosas, y sus diminutas manos, en cuyos dedos brillaban las uñas teñidas con jugo de *henneh.* Al menor movimiento de sus túnicas, unas de seda, comparables por su finura a la tela de araña, y otras de flexible *aladja,* que es un tejido de algodón de rayas estrechas, percibíase el frufrú tan agradable a los oídos de los orientales. Bajo este vestido llevaban brillantes faldas de brocado que les cubrían el pantalón de seda, sujeto poco más arriba de sus finas botas, de graciosa forma, y bordadas de perlas. Las mujeres que no iban cubiertas con velo alguno mostraban hermosas trenzas de cabellos que escapaban de sus turbantes de colores variados, ojos admirables, dientes magníficos y tez brillante, cuya belleza acrecentaban la negrura de sus cejas, unidas por un ligero tinte artificial, y el color de sus párpados, algo pintados con plombagina.

Al pie de las terrazas, sombreadas por estandartes y oriflamas, vigilaban los guardias particulares del emir, con sus dos sables corvos al costado, su puñal en la cintura y su lanza, de diez pies de longitud, en la mano. Algunos de ellos llevaban bastones blancos y otros, enormes alabardas, adornadas con cintas de plata y oro.

En todo el contorno, y hasta los últimos límites de la vasta llanura, sobre las escarpadas pendientes cuya base era bañada por el Tom, agrupábase una multitud cosmopolita, compuesta de todos los elementos indígenas del Asia central. Allí estaban los usbecos con sus grandes gorros de piel de oveja negra, su barba roja, sus ojos grises y su *arkaluk,* especie de túnica cortada según la moda tártara; allí se encontraban los turcomanos vestidos con su traje nacional, consistente en pantalón ancho de color claro, dormán y manto de piel de camello, gorro rojo, cónico o plano, botas altas de cuero de Rusia y el puñal suspendido de la cintura por medio de una correa; allí, cerca de sus dueños, agrupábanse las mujeres turcomanas, que llevaban en los cabellos añadidos de piel de cabra en forma de trenzas, dejaban ver bajo la *djuba* rayada de azul, de púrpura y de verde la camisa abierta, y mostraban las piernas adornadas con cintas de colores, entrecruzadas desde las rodillas hasta los chanclos de cuero, y, como si todos los pueblos

de la frontera ruso-china se hubiesen levantado a la voz del emir, veíanse también allí manchúes con la frente y las sienes rasuradas, los cabellos trenzados, las túnicas largas, camisa de seda ajustada al cuerpo por medio de un cinturón y gorros ovales de satén de color de cereza, bordados de negro y franjeados de rojo, y, con ellos, los admirables tipos de las mujeres de la Manchuria, coquetonamente adornadas con flores artificiales prendidas con agujas de oro y mariposas delicadamente posadas sobre sus negras cabelleras.

Completaban aquella multitud invitada a la fiesta tártara numerosos mogoles, bukarianos, persas y chinos del Turkestán.

Únicamente los siberianos faltaban a la fiesta organizada por los invasores, pues los que no habían podido huir estaban recluidos en sus casas, temerosos de que Féofar-Kan decretase el pillaje para terminar dignamente la ceremonia triunfal.

Eran sólo las cuatro de la tarde cuando el emir hizo su entrada en la plaza, al sonido de las trompetas y al ruido del tantán, de los cañonazos y de las descargas de fusilería.

Montaba Féofar-Kan su caballo favorito, que ostentaba en la cabeza un penacho de diamantes.

Al lado del emir, vestido con traje de campaña iban los kanes de Kokand y de Kunduze y los grandes signatarios de los kanatos, detrás de todos los cuales marchaba un numeroso estado mayor.

En aquel momento apareció sobre la terraza la primera de las mujeres de Féofar, la reina, si tal calificativo puede darse a las sultanas de los Estados de Bukaria; pero, reina o esclava, aquella mujer, de origen persa, era admirablemente bella, cosa que podía comprobarse con facilidad, puesto que contra la costumbre mahometana llevaba descubierto el rostro. Su cabellera, partida en cuatro, pendía sobre sus espaldas acariciándole los hombros, de extraordinaria blancura, apenas cubiertos con un velo de seda laminado de oro, que por detrás iba sujeto a un gorro recamado de piedras preciosas de precio elevadísimo. Bajo su basquiña de seda azul, con anchas rayas de color más oscuro, caía el *zir-dyameh,* a guisa de gasa de seda, y por encima de la cintura sobresalía el *pirahn,* camisa de igual tejido que se abría graciosamente subiendo alrededor de su cuello; pero, desde la cabeza hasta los pies, calzados con pantuflas persas, era tal la profusión de joyas, tomanes de oro enhebrados en hilos de plata, rosarios de turquesas *firuzehs* extraídos de las célebres minas de Elburz, collares de cornalinas, de ágatas, de esmeraldas, de ópalos y de zafiros que sobre la falda y sobre el corpiño llevaba, que parecía que estas prendas estaban tejidas de piedras preciosas. En cuanto a los millares de diamantes que brillaban en su cuello, en sus brazos, en sus manos, en su cintura y en sus pies, no habrían bastado para pagar su valor millones de rublos, y, al ver los fulgores que despedían, se hubiera podido creer que una corriente eléctrica encendía un arco voltaico, hecho de un rayo de sol, en el centro de cada uno de ellos.

El emir, los kanes y los dignatarios que formaban la comitiva se apearon, penetraron en una magnífica tienda, instalada en el centro de la primera terraza, y tomaron asiento.

Delante de esta tienda y sobre una mesa sagrada, estaba, como de costumbre, el Corán.

El lugarteniente de Féofar no se hizo esperar, pues no eran las cinco aún cuando las trompetas anunciaron su llegada.

Iván Ogareff *—el Caricortado,* como ya se le llamaba—, ostentando esta vez el uniforme de oficial tártaro, llegó a caballo ante la tienda del emir, acompañado por gran número de soldados del campamento de Zebediero, que se situaron a los lados de la plaza, en medio de la cual no quedó más espacio que el destinado a los divertimientos.

En el rostro del traidor veíase una ancha cicatriz que le cruzaba de parte a parte.

Iván Ogareff presentó al emir sus oficiales principales, y Féofar-Kan, sin abandonar la frialdad que constituía el fondo de su carácter, les acogió de manera tan satisfactoria, que ellos quedaron complacidos.

Así, por lo menos, lo interpretaron Enrique Blount y Alcides Jolivet, los dos inseparables periodistas, asociados para la caza de noticias, quienes, después de haber salido de Zebediero, habíanse apresurado a ir a Tomsk, con el decidido propósito de abandonar la compañía de los tártaros y unirse lo antes posible a cualquier cuerpo de ejército ruso, si esto era factible, y entrar con él en Irkutsk. Lo que habían visto de la invasión —incendios, saqueos y asesinatos— les había indignado profundamente y estaban deseosos de encontrarse en las filas del ejército siberiano.

Sin embargo, Alcides Jolivet había convencido a su colega de que no debían salir de Tomsk sin tomar algunas notas de aquella entrada triunfal de las tropas tártaras —aunque sólo fuese por satisfacer la curiosidad de *su prima*—, y Enrique Blount había decidido permanecer allí algunas horas; pero, aquella misma tarde, debían emprender ambos el camino hacia Irkutsk, adelantándose, gracias a sus buenas cabalgaduras, a los exploradores del emir.

Encontrábanse, pues, entre la multitud y contemplaban, sin perder ningún detalle, la fiesta, cuya descripción podía muy bien servirles para redactar una crónica de cien líneas.

Admiraron, extáticos, la magnificencia de Féofar-Kan, a las mujeres, a los oficiales, a los guardias y toda aquella pompa imperial, de que las ceremonias de Europa no pueden dar la menor idea; pero apartaron la vista, asqueados, cuando el traidor Ogareff se presentó ante el emir, y esperaron, no sin alguna impaciencia, que la fiesta comenzase.

—¡Vea usted, mi querido Blount —dijo Alcides Jolivet—, cómo nosotros hemos venido demasiado pronto, como buenos burgueses que no quieren perder su dinero! Todo esto no es más que levantar el telón, y hubiera sido de mejor gusto llegar solamente al baile.

—¿Qué baile? —preguntó Enrique Blount.

—¡Pardiez, el baile obligatorio! Pero creo que ya va a comenzar el espectáculo.

Alcides Jolivet hablaba como si se encontrase en el teatro de la ópera y, sacando los gemelos del estuche, se dispuso a observar, como inteligente, las primeras figuras de la *troupé* de Féofar.

Pero una penosa ceremonia iba a preceder a las diversiones, porque el triunfo del vencedor no podía ser completo sin la pública humillación de los vencidos. Por esta razón, muchos centenares de prisioneros, conducidos a latigazos por los soldados, fueron obligados a desfilar ante Féofar-Kan y sus aliados, antes de que se les encerrara con sus compañeros en las cárceles de la ciudad.

Entre aquellos prisioneros figuraba en primera fila Miguel Strogoff, quien, según había ordenado Iván Ogareff, iba especialmente custodiado por un pelotón de soldados. La madre del correo del zar y Nadia estaban también allí.

La anciana siberiana, siempre enérgica cuando no se trataba más que de ella, tenía el rostro horriblemente pálido. Temía que se desarrollara alguna escena pavorosa, porque para algo había sido conducido su hijo a la presencia del emir, y temblaba por él. Iván Ogareff, herido públicamente por el *knut* levantado para azotarla a ella, no era hombre capaz de perdonar una ofensa tan grave y su venganza debía ser terrible. Por consiguiente, Miguel Strogoff estaba seguramente condenado a sufrir algún espantoso suplicio, familiar a los bárbaros del Asia central. Si Iván Ogareff había contenido a los soldados que se habían abalanzado al correo del zar, era porque sabía bien lo que hacía al reservarle para la justicia del emir.

Además, la madre y el hijo no habían podido hablarse después de la funesta escena desarrollada en el campamento de Zebediero, porque se les había separado implacablemente a uno de otra, ¡dura agravación de sus penas, que sin duda habrían sido dulcificadas si ellos hubieran estado juntos durante los tristes días de cautiverio! ¡Marfa Strogoff habría querido pedir perdón a su hijo de todo el mal que le había ocasionado involuntariamente, porque se acusaba de no haber podido dominar sus sentimientos maternales! Si ella hubiera sabido reprimirse en Omsk, cuando vio a su hijo en la casa de postas, éste no habría sido reconocido, ¡y cuántas desgracias se hubiesen evitado!

Miguel Strogoff, por su parte, pensaba que si su madre se encontraba allí, si Iván Ogareff la había puesto en su presencia, era para que sufriese con su propio suplicio, y quizá también porque a ella, como a él, le reservaba una muerte espantosa.

En cuanto a Nadia, preguntábase cómo podría salvar al uno y a la otra, cómo prestar ayuda al hijo y a la madre. No sabía qué imaginar, pero tenía el vago presentimiento de que ante todo debía evitar llamar la atención, de que era preciso disimular, empequeñecerse, pues solamente así podría

quizá roer las redes que aprisionaban al león, y, en todo caso, si alguna ocasión se le presentaba, la aprovecharía, aunque debiera sacrificarse por el hijo de Marfa Strogoff.

Mientras tanto, la mayoría de los prisioneros habían desfilado ante el emir, habiéndose visto obligados, uno a uno, a prosternarse ante él, inclinando la frente hasta tocar con ella el polvo, en señal de servidumbre. ¡Era la esclavitud que empezaba por la humillación! Cuando alguno de aquellos desgraciados se inclinaba con demasiada lentitud, la ruda mano de los guardias le arrojaba violentamente a tierra.

Alcides Jolivet y su compañero no podían presenciar semejante espectáculo sin indignarse.

—¡Esto es inicuo! ¡Vayámonos! —dijo Alcides Jolivet.

—No —respondió Enrique Blount—. Es preciso verlo todo.

—¡Verlo todo...! ¡Ah! —exclamó repentinamente Alcides Jolivet agarrando el brazo de su colega.

—¿Qué tiene usted? —preguntó éste.

—Mire, Blount. ¡Es ella!

—¿Ella?

—La hermana de nuestro compañero de viaje. ¡Sola y prisionera! ¡Es necesario salvarla!

—Reprímase usted —repuso fríamente Enrique Blount—. Nuestra intervención en favor de esa joven podría serle más perjudicial que útil.

Alcides Jolivet, que ya se disponía a avanzar, se contuvo, y Nadia, que no los había visto porque llevaba el rostro semivelado por los cabellos, pasó, a su vez, ante el emir, sin atraer su atención.

Después de Nadia, llegó Marfa Strogoff, y como los guardias creyeran que tardaba demasiado en inclinar la frente, la arrojaron brutalmente al suelo.

Marfa Strogoff cayó.

Su hijo hizo un movimiento terrible, que los soldados que le custodiaban apenas pudieron reprimir.

Pero la anciana Marfa se levantó, y ya se disponía a retirarse cuando intervino Iván Ogareff diciendo:

—Que se quede aquí esa mujer.

Miguel Strogoff llegó en aquel momento a presencia del emir, pero se mantuvo erguido sin bajar siquiera los ojos.

—¡La frente a tierra! —le gritó Iván Ogareff.

—¡No! —respondió Miguel Strogoff.

Dos guardias quisieron obligarle a prosternarse; pero el joven, con su robusta mano, los echó a rodar por el suelo. Iván Ogareff avanzó entonces hacia Miguel Strogoff y le dijo:

—¡Vas a morir!

—Moriré —respondió Miguel Strogoff, orgullosamente—; pero tu cara de traidor, Iván, no dejará por eso de llevar para siempre la marca infamante del *knut.*

Iván Ogareff, al oír esta respuesta, palideció intensamente.

—¿Quién es ese prisionero? —preguntó el emir con aquella voz que era tanto más amenazadora cuanto más tenía de tranquila.

—Un espía ruso —respondió Iván Ogareff.

Denunciándolo como espía ruso tenía la seguridad de que sería terrible la sentencia que se dictara contra él.

Miguel Strogoff avanzó hacia Iván Ogareff, pero los soldados le contuvieron.

El emir hizo entonces un gesto y toda la multitud se inclinó ante él. Luego, señaló con la mano el Corán y le fue inmediatamente presentado, abrió el sagrado libro de los musulmanes y puso el dedo sobre una de las páginas,

Era el destino, o, mejor dicho, Dios mismo quien, según el pensamiento de los orientales, iba a decidir la suerte de Miguel Strogoff.

Los pueblos del Asia central dan el nombre de *fal* a esta práctica. Después de haber interpretado el sentido del versículo tocado por el dedo del juez, se aplica la sentencia, cualquiera que ésta sea.

El emir había dejado su dedo apoyado en la página del Corán; se aproximó el jefe de los ulemas y leyó en voz alta un versículo, cuyas últimas palabras eran las siguientes:

"Y él no verá ya las cosas de la tierra."

—¡Espía ruso —dijo Féofar-Kan—, tú has venido para ver lo que pasa en el campamento tártaro! ¡Pues mira con los ojos bien abiertos! ¡Mira!

CAPÍTULO V

¡MIRA CON LOS OJOS BIEN ABIERTOS! ¡MIRA!

Miguel Strogoff, maniatado, quedó frente al trono del emir, al pie de la terraza.

Su madre, doblegada al fin por tantas torturas físicas y morales, habíase desplomado sobre el suelo, sin atreverse a mirar ni oír.

«¡Mira con los ojos bien abiertos! ¡Mira!», había dicho Féofar-Kan, tendiendo su mano amenazadora hacia Miguel Strogoff.

Iván Ogareff, que conocía las costumbres tártaras, había comprendido, sin duda alguna, la significación verdadera de estas palabras, porque sus labios se agitaron un momento con la más cruel de las sonrisas. Luego, fue a situarse junto a Féofar-Kan.

Inmediatamente después sonaron las trompetas.

Era la señal de que iban a dar principio las diversiones.

—He aquí el baile —dijo Alcides Jolivet a Enrique Blount—; pero estos bárbaros, contra las costumbres de todas partes, lo dan antes del drama.

Miguel Strogoff tenía orden de mirar y miró detenidamente.

Una nube de bailarinas hizo entonces irrupción en la plaza y empezaron a sonar diversos instrumentos tártaros. La *dutara,* especie de mandolina de mango largo, de madera de moral, con dos cuerdas de seda torcida y acordadas por cuarta; el *kobize,* violoncelo abierto en su parte interior, guarnecido de crines de caballo, que un arco hacía vibrar; la *tschibizga,* flauta larga, de cañas, y trompetas, tambores y batintines, unidos a la voz gutural de los cantores formaron una armonía extraña, a la que se agregaron también los acordes de una orquesta aérea, compuesta de una docena de cometas que, extendidas por medio de cuerdas que llevaba en el centro, sonaban, al impulso de la brisa, como arpas eólicas.

En seguida empezaron las danzas.

Las bailarinas eran todas de origen persa y, como no estaban sometidas a esclavitud, ejercían su profesión libremente. En otro tiempo figuraban, con carácter oficial, en las ceremonias de la corte de Teherán; pero, desde el advenimiento al trono de la familia reinante, estaban casi desterradas del reino y veíanse obligadas a buscar fortuna en otra parte.

Vestían el traje nacional y, como adorno, llevaban profusión de joyas. De sus orejas pendían, balanceándose, pequeños triángulos de oro con largos colgantes; aros de plata con esmaltes negros rodeaban su cuello; ajorcas, formadas por una doble hilera de piedras preciosas, ceñían sus brazos y piernas, y ricas perlas, turquesas y cornalinas pendían del extremo de las largas trenzas de sus cabellos. El cinturón que les oprimía el talle iba sujeto con un brillante broche, que era muy parecido a las placas de las grandes cruces europeas.

Unas veces solas y otras por grupos, ejecutaron muy graciosamente varias danzas. Tenían el rostro descubierto, pero de cuando en cuando se lo cubrían con un ligero velo, de tal suerte que se habría podido decir que una nube de gasa pasaba sobre todos aquellos ojos brillantes, como el vapor por un cielo tachonado de estrellas luminosas.

Algunas de estas persas llevaban, a guisa de banda, un tahalí de cuero bordado de perlas, del que pendía un pequeño saco de forma triangular, con la punta hacia abajo, que ellas abrían en determinados momentos, para sacar largas y estrechas cintas de seda de color escarlata, y en las cuales podían leerse bordados algunos versículos del Corán.

Estas cintas, que las bailarinas tendían de unas a otras, formaban un círculo, en el que penetraban otras danzantes, y, al pasar delante de cada uno de los versículos, practicaban el precepto que contenía, ya prosternándose en tierra, ya dando un ligero salto, como para ir a tomar asiento entre las huríes del cielo de Mahoma.

Pero lo más notable y lo que más sorprendió a Alcides Jolivet fue que aquellas persas se mostrasen, más que fogosas, indolentes. Les faltaba, sin duda, entusiasmo, y, tanto por el género de sus danzas como por la ejecución, recordaban a las bayaderas apacibles y decorosas de la India, más que a las apasionadas almeas de Egipto.

Al terminar esta primera parte de la fiesta oyóse una voz que, con entonación grave, dijo:

«¡Mira con los ojos bien abiertos! ¡Mira!»

El hombre que repetía las palabras del emir, un tártaro de elevada talla, era el ejecutor de la justicia de Féofar-Kan. Habíase colocado detrás de Miguel Strogoff y tenía en una mano un sable de ancha hoja corva, una de esas hojas damasquinadas que han sido templadas por los celebres armeros de Karschi o de Hissar.

Cerca de él, unos guardias habían puesto un trípode sobre el que reposaba un brasero donde ardían, sin producir humo, algunos carbones, La ligera ceniza que los coronaba no era debida más que a la incineración de una sustancia resinosa y aromática, mezcla de olíbano y de benjuí, que de cuando en cuando se arrojaba al fuego.

Mientras tanto, a las persas había sucedido inmediatamente otro grupo de bailarinas, de diferente raza, que fueron reconocidas por Miguel Strogoff.

Y es preciso creer que los dos periodistas las reconocieron de igual modo, porque Enrique Blount dijo a su colega:

—¡Son las cíngaras de Nijni-Novgorod!

—¡Las mismas! —exclamó Alcides Jolivet—. Los ojos deben producir a esas espías más dinero que las piernas.

Y, al creer que eran gentes al servicio del emir, Alcides Jolivet, como sabe el lector, no se engañaba.

En la primera fila de las cíngaras figuraba Sangarra, cuyo magnífico traje, extraño y pintoresco, realzaba su belleza.

No bailó, pero situóse en medio del grupo de las bailarinas, cuyas fantasías coreográficas tenían algo de cada uno de los países que su raza recorría: de Bohemia, de Egipto, de Italia y de España. Animábanse al sonido de las castañuelas que repiqueteaban en sus manos y al ruido de los panderos, especie de tambores cuya piel golpeaban con los dedos.

Sangarra tenía también un pandero que no cesaba de agitar para animar a aquella banda de verdaderos coribantes.

Un gitanillo, que a lo sumo tendría quince años de edad, destacóse del grupo, con una cítara cuyas dos cuerdas ponía en vibración con las uñas, y cantó una copla de extraño ritmo. Una bailarina, que se había colocado al lado de él y que, inmóvil, parecía escuchar atentamente, tan pronto cómo el muchacho terminaba la copia y entonaba el estribillo, empezaba a bailar alegremente su interrumpida danza, ya agitando el pandero, ya haciendo sonar las castañuelas.

Terminada la última copla, las bailarinas envolvieron al gitanillo en los mil repliegues de sus danzas.

En aquel momento, el emir, sus aliados y los oficiales de todas las graduaciones dejaron caer de sus manos una lluvia de monedas de oro, cuyo ruido, al herir los panderos de las bailarinas mezclóse con los últimos sonidos de las cítaras.

—Son pródigos como ladrones —dijo Alcides Jolivet al oído de su colega.

Efectivamente, era el dinero robado el que derramaban a torrentes, porque, con los tomanes y cequíes tártaros, llovían ducados y rublos moscovitas.

Al ruido de la zambra y después de la lluvia de oro, sucedió un instante de silencio, y la voz del ejecutor de la justicia del emir volvió a resonar, repitiendo las cada vez más fatídicas palabras: "¡Mira con los ojos bien abiertos! ¡Mira!"

Y, al decir esto, el verdugo puso una mano sobre el hombro de Miguel Strogoff.

Alcides Jolivet advirtió entonces que el ejecutor de la justicia no tenía ya su sable desnudo en la mano.

Terminaba el día, el sol había empezado a ocultarse detrás del horizonte y los últimos términos de la campiña iban poco a poco envolviéndose en

un manto de semioscuridad. Los grupos de cedros y de pinos ennegrecíanse cada vez, más, y las aguas del Tom se ensombrecían a lo lejos confundiéndose con las primeras brumas. Las tinieblas no podían tardar en invadir la meseta que dominaba la ciudad.

Pero en aquel momento muchos centenares de esclavos, con antorchas encendidas, hicieron irrupción en la plaza. Las cíngaras y las persas, conducidas por Sangarra, reaparecieron ante el trono del emir y reanudaron las danzas, que, por la diversidad de sus géneros, formaban un extraño contraste; los instrumentos de la orquesta tártara arreciaron en sus sonidos, que se confundían con los gritos guturales de los cantores en una armonía salvaje; las cometas, que habían descendido ya a tierra, fueron elevadas, de nuevo, formando una constelación de linternas multicolores, y cuyas cuerdas vibraron, al impulso de la brisa más fresca, con mayor intensidad en medio de la aérea iluminación.

Luego, un escuadrón de tártaros, con uniforme de campaña, se diseminó entre las bailarinas, que cada vez danzaban con mayor furia, y empezó una fantasía pedestre que produjo un efecto muy extraño.

Los soldados, con los sables desenvainados y empuñando largas pistolas, ejecutaron una especie de voltijeo, atronando el aire con los continuos disparos de sus armas de fuego, cuyas detonaciones apagaban los sonidos de los tambores, de los panderos y de las cítaras. Las armas, cargadas con pólvora coloreada, según la moda china, con algún ingrediente metálico, lanzaban largas llamas rojas, verdes y azules, por lo que se habría podido decir que todos aquellos grupos se agitaban en medio de un fuego de artificio.

Aquella diversión recordaba, en cierto modo, la cibística de los antiguos, especie de danza militar cuyos corifeos maniobraban bajo las puntas de las espadas y los puñales, y cuya tradición es posible que haya sido legada a los pueblos del Asia central; pero la cibística tártara era más bizarra aún a causa de los fuegos de colores que serpenteaban sobre las cabezas de las bailarinas, en las que las lentejuelas de los vestidos semejaban puntos ígneos. Era como un caleidoscopio de chispas, cuyas combinaciones variaban hasta lo infinito a cada movimiento de las danzas.

Por acostumbrado que estuviera un periodista parisiense a presenciar los maravillosos efectos de las decoraciones en la escena moderna, Alcides Jolivet no pudo contener un ligero movimiento de cabeza que, entre el bulevar Montmartre y el de la Magdalena, se habría traducido por: "¡No está mal! ¡No está mal!"

Después, como si todos los actores de aquella fiesta obedeciesen a una misma señal, apagáronse repentinamente aquellos fuegos fantásticos. La ceremonia había terminado y en la meseta, que momentos antes estaba llena de luces, sólo brillaban las antorchas.

El emir hizo una señal y Miguel Strogoff fue conducido al centro de la plaza.

—Blount —preguntó Alcides Jolivet a su compañero—, ¿tiene usted algún interés en ver el final de todo esto?

—Absolutamente ninguno —respondió Blount.

—Los lectores del *Daily Telegraph* no tendrán deseos muy vivos, supongo, de leer los detalles de una ejecución a la moda tártara.

——Les ocurre lo mismo que a *su prima* de usted.

—¡Pobre joven! —agregó Alcides Jolivet, mirando a Miguel Strogoff—. ¡Ese valeroso soldado merecía caer en el campo de batalla!

—¿Podemos hacer alguna cosa para salvarle? —preguntó Enrique Blount.

—No podemos hacer nada.

Los dos periodistas recordaban la conducta generosa que con ellos había observado Miguel Strogoff, sabían por qué pruebas había debido pasar aquel esclavo de su deber que se encontraba ahora en medio de los tártaros, para quienes es desconocido todo sentimiento de piedad, y lamentaban no poder prestarle auxilio alguno.

Como no tenían deseos de presenciar el suplicio a que había sido condenado aquel infeliz, volvieron a la ciudad, y, una hora después, corrían por el camino de Irkutsk con el propósito de unirse a los rusos, para seguir lo que Alcides Jolivet llamaba anticipadamente *la campaña del desquite.*

Mientras tanto, Miguel Strogoff permanecía en pie, mirando altivamente al emir o con el mayor desprecio a Iván Ogareff.

Los espectadores, que permanecían aún en los alrededores de la plaza, y los oficiales del Estado Mayor de Féofar-Kan, para quienes el suplicio no era otra cosa que un atractivo más de la fiesta, esperaban para presenciar la ejecución. Luego, cuando hubiese satisfecho su curiosidad, aquella horda salvaje iría a embriagarse.

El emir hizo un gesto y Miguel Strogoff, brutalmente empujado por los guardias que le custodiaban, se aproximó a la terraza.

Féofar-Kan, en lengua tártara, que el correo del zar comprendía bien, dijo entonces:

—Espía de los rusos, has venido, para ver; pero ya has visto por vez postrera, porque, dentro de un instante, tus ojos quedarán cerrados a la luz.

No era, pues, a la muerte, sino a la ceguera, a lo que había sido condenado Miguel Strogoff; pero la pérdida de la vista era quizá una pena más terrible que la pérdida de la vida. ¡El desgraciado iba a quedar ciego!

Sin embargo, la terrible sentencia pronunciada por el emir no debilitó el ánimo de Miguel Strogoff, que permaneció impasible, con los ojos abiertos como si quisiera concentrar toda su vida en su última mirada.

Suplicar a aquellos hombres feroces era inútil y, además, indigno de él, pero esto ni siquiera se le ocurrió. Todo su pensamiento se condensó en su misión, perdida irrevocablemente, y en su madre y en Nadia, a quienes iba

a dejar de ver para siempre; pero no dejó traslucir la intensa emoción que experimentaba en aquel instante.

Luego, un deseo vivísimo de venganza invadió todo su ser, y, dirigiéndose a Iván Ogareff, le dijo con voz amenazadora:

—¡Iván, traidor Iván, la última amenaza de mis ojos será para ti!

Iván Ogareff encogióse de hombros.

Pero Miguel Strogoff se engañaba. No era mirando a Iván Ogareff como sus ojos iban a cegarse para siempre.

Marfa acababa de ponerse ante él.

—¡Madre mía! —exclamó entonces el infeliz condenado—. ¡Sí, sí, para ti será mi última mirada y no para ese miserable! ¡Permanece ahí, ante mí, para que yo pueda ver hasta el último momento tu rostro adorado! ¡Para que mis ojos se cierren contemplándote...!

La anciana siberiana, sin pronunciar una sola palabra, avanzó algunos pasos hacia Miguel Strogoff.

—Apartad a esa mujer —gritó imperiosamente Iván Ogareff.

Marfa Strogoff, rechazada por dos soldados, retrocedió; pero permaneció en pie, a algunos pasos de su hijo.

Entonces se presentó el verdugo, que, esta vez, llevaba el sable desnudo en la mano; pero este sable acababa de ser retirado del brasero en que ardían los carbones perfumados y albeaba.

El ejecutor de la justicia iba a cegar a Miguel Strogoff, según la costumbre tártara, pasándole un hierro ardiente por los ojos.

El condenado no trató de resistir.

En aquel momento no existía para él, ante sus ojos, más que su madre, a quien devoraba con la mirada. ¡Tenía toda su vida concentrada en aquella última visión!

Marfa Strogoff le contemplaba con ojos desmesuradamente abiertos y los brazos tendidos hacia él...

La hoja del sable incandescente pasó por los ojos del correo del zar, oyóse un grito de desesperación y la anciana Marfa cayó, inanimada, al suelo.

Miguel Strogoff estaba ciego.

El emir, después de ver cumplidas sus órdenes, se retiró con toda su comitiva, y un momento más tarde no quedaban en la plaza más que Iván Ogareff y los portadores de las antorchas.

¿Quería el miserable, después de ejecutada la sentencia, atormentar más aún a su víctima y asestarle el último golpe?

Aproximóse lentamente a Miguel Strogoff, quien, al sentir que se le acercaba, se irguió.

Iván Ogareff sacóse del bolsillo la carta imperial, la abrió y, por suprema ironía, la colocó ante los ojos del correo del zar, diciéndole:

—¡Lee ahora, Miguel Strogoff ! ¡Lee y ve a decir a Irkutsk lo que hayas leído! El verdadero correo del zar es Iván Ogareff.

Dicho esto, el traidor guardó la carta y, sin volverse, abandonó aquel sitio, seguido por los portadores de las antorchas.

Miguel Strogoff quedó solo, a algunos pasos de su madre, inanimada o, quizá, muerta.

A lo lejos oíanse los gritos, los cánticos y todos los mil ruidos de una orgía desenfrenada.

Tomsk, iluminada, brillaba como una ciudad cuyo vecindario está entregado a la fiesta.

Miguel Strogoff escuchó atentamente.

La plaza estaba silenciosa y desierta.

Tanteando, arrastróse el joven hacia el lugar en que su madre había caído, la encontró con la mano, se inclinó sobre ella, acercó su rostro al de la anciana, escuchó los latidos de su corazón y, luego, pareció hablarle en voz baja.

Pero, ¿vivía aún la anciana Marfa?

Y, si vivía, ¿oyó lo que le dijo su hijo?

En todo caso, no hizo movimiento alguno.

Miguel Strogoff le besó, con sublime piedad filial, la frente y los cabellos blancos; luego, se incorporó y, tanteando con los pies y extendiendo las manos para guiarse, marchó poco a poco hacia el extremo de la plaza.

Entonces, apareció Nadia, quien, con un puñal en la mano, se acercó a Miguel Strogoff para cortar las cuerdas que le sujetaban los brazos.

Como la joven no había pronunciado una palabra, el correo del zar, ciego, ignoraba quién le libertaba de sus ligaduras.

Pero, entonces, Nadia dijo:

—¡Hermano!

—¡Nadia! —murmuró lentamente Miguel Strogoff—. ¡Nadia!

—¡Ven, hermano! —respondió la joven—. ¡Desde hoy, mis ojos serán tus ojos; yo te conduciré a Irkutsk!

CAPÍTULO VI

UN AMIGO EN EL CAMINO REAL

Media hora más tarde, Miguel Strogoff y Nadia habían salido de Tomsk.

Aquella noche, cierto número de prisioneros consiguieron escapar del poder de los tártaros, porque éstos, oficiales o soldados, más o menos embrutecidos por el alcohol, habían abandonado inconscientemente la severa vigilancia mantenida hasta entonces, tanto en el campamento de Zebediero como durante la marcha de los convoyes.

Nadia, después de haber sido conducida como los demás prisioneros, pudo huir y volver a la meseta en el momento en que Miguel Strogoff era conducido a la presencia del emir.

Allí, confundida entre la multitud, lo había visto todo; pero había tenido suficiente fuerza de voluntad para dominarse y no se le escapó ni un grito cuando la hoja del sable del verdugo, hecha ascuas, pasó por los ojos de su compañero. Una providencial inspiración le había dicho que debía permanecer libre para guiar al hijo de Marfa Strogoff al término de su viaje y conseguir el objetivo que había jurado alcanzar. Cuando la anciana siberiana cayó inanimada, el corazón de la joven cesó de latir un momento, pero ella permaneció inmóvil y muda, porque instantáneamente tuvo un pensamiento que le devolvió de súbito su energía.

—¡Yo seré el perro del ciego! —se dijo, y cuando se alejó Iván Ogareff ella se ocultó en la sombra esperando que se dispersara la multitud.

Miguel Strogoff, abandonado como un ser miserable de quien nada hay que temer, estaba solo en la meseta y Nadia le vio arrastrarse hasta llegar al lado de su madre, inclinarse sobre ella, besarle la frente, incorporarse después y tratar de huir...

Algunos instantes después, ambos jóvenes, agarrados por la mano, habían bajado por la escarpada pendiente de la meseta y, después de haber seguido por las orillas del río Tom hasta el extremo de la ciudad, lograron salir de ella felizmente por una brecha del recinto.

El camino de Irkutsk era el único que se dirigía hacia el Oriente y no podía ser confundido con ningún otro.

Nadia hacía andar muy ligero a Miguel Strogoff, porque era posible que al día siguiente, algunas horas después de la orgía, los exploradores del emir se lanzasen de nuevo a la estepa y cortasen toda comunicación.

Importaba, por consiguiente, avanzar lo más posible y llegar antes que ellos a Krasnoiarsk, que distaba quinientas verstas (533 kilómetros) de Tomsk, y no abandonar el camino real sino lo más tarde posible.

En aquellas circunstancias, separarse del camino trazado era lo incierto, lo desconocido, era la muerte en breve plazo.

¿Cómo pudo Nadia soportar las fatigas de aquella fatal noche del 16 al 17 de agosto? ¿Cómo encontró la fuerza física necesaria para recorrer tan largo trayecto? ¿Cómo sus pies, ensangrentados a causa de una marcha tan penosa, la pudieron conducir hasta allí? Es incomprensible, pero no es menos cierto que al día siguiente, doce horas después de haber salido de Tomsk, Miguel Strogoff y ella llegaron a la aldea de Similowskoe, después de haber recorrido cerca de cincuenta verstas.

Miguel Strogoff no había pronunciado una sola palabra, pero no fue Nadia quien le llevó de la mano, sino él quien condujo a su compañera durante toda aquella penosa noche. Gracias a la mano que le guió con sus estremecimientos, él pudo caminar a su paso ordinario.

Semilowskoe se encontraba a la sazón completamente abandonado. El vecindario, temiendo a los tártaros, había huido a la provincia de Yeniseisk y apenas quedaban dos o tres casas ocupadas en la aldea.

Todo lo que de útil o valioso había en la localidad había sido transportado en las carretas; pero, esto no obstante, Nadia viose obligada a detenerse allí algunas horas, porque tanto ella como su compañero tenían necesidad de alimento y de reposo.

La joven condujo a Miguel Strogoff al extremo del pueblo, donde encontraron una casa vacía, cuya puerta estaba abierta.

Entraron y tomaron asiento en un banco de madera que estaba en el centro de la habitación, cerca del alto fogón que suele haber en todas las viviendas siberianas.

Nadia miró entonces bien el rostro de su compañero ciego, tan atentamente como nunca lo había mirado, y sus ojos reflejaron algo más que gratitud y algo más que compasión. Si Miguel Strogoff hubiese podido verla, habría leído en aquella hermosa mirada desolada la expresión de un afecto y de una ternura infinitos.

Los párpados del ciego, enrojecidos por la incandescente hoja del sable, sólo cubrían a medias sus ojos, completamente secos. La esclerótica estaba ligeramente plegada y como encogida, la pupila agrandada de un modo singular, el iris parecía de un azul más oscuro que antes y las cejas y las pestañas estaban medio quemadas; pero, al menos en apariencia, la penetrante mirada del joven no había sufrido el menor cambio.

En aquel momento, Miguel Strogoff extendió las manos preguntando:

—Nadia, ¿estás ahí?

—Sí —respondió la joven—; estoy cerca de ti, Miguel, y no te abandonaré jamás.

Miguel Strogoff, al oír su nombre pronunciado por Nadia por primera vez, se estremeció, comprendiendo que su compañera lo sabía todo: quién era él y los lazos que le unían a la anciana Marfa.

—Nadia, es preciso que nos separemos —repuso el correo del zar.

—¿Separarnos? ¿Por qué causa Miguel?

—No puedo ser un obstáculo para tu viaje. Tu padre te espera en Irkutsk y es necesario que te reúnas con él.

—¡Mi padre me maldeciría, Miguel, si yo te abandonara después de lo que has hecho por mí!

—¡Nadia! ¡Nadia! —replicó Miguel Strogoff, apretando la mano que la joven había puesto sobre la de él—. ¡Tú no debes pensar más que en tu padre!

—Miguel, tú me necesitas más que mi padre. ¿Acaso renuncias a ir a Irkutsk?

—¡Jamás! —exclamó Miguel Strogoff en un tono que revelaba que no había perdido nada de su energía.

—Sin embargo, ya no tienes la carta imperial.

—¡La carta que Iván Ogareff me ha robado...! Sabré pasarme sin ella. ¿No me han tratado como espía? Pues como espía me conduciré. Iré a decir a Irkutsk todo lo que he visto, todo lo que he oído ¡y juro, por Dios vivo, que el traidor me encontrará un día cara a cara! pero, para esto, es necesario que yo llegue a Irkutsk antes que él.

—¿Hablas de separarnos, Miguel?

—Nadia, los miserables me lo han robado todo.

—A mí me quedan algunos rublos y mis ojos. Puedo ver por ti, Miguel, y conducirte allí donde tú no podrías ir solo.

—Pero, ¿cómo iremos?

—A pie.

—Y, ¿cómo viviremos?

—Mendigando.

—Partamos, Nadia.

—Vamos, Miguel.

Los jóvenes no se daban ya los nombres de hermano y de hermana. En su común miseria se sentían más estrechamente unidos uno a otro.

Después de haber descansado una hora, abandonaron la casa en que habían entrado a reposar, y Nadia, al recorrer las calles del pueblo, pudo adquirir algunos trozos de *tchorne-khleb,* especie de pan de cebada, y un poco de ese hidromiel a que en Rusia dan el nombre de *meod,* pero este frugal alimento no le costó nada, porque había empezado a ejercer su profesión de mendiga.

El pan y el hidromiel, de los que Nadia había reservado a su compañero la mayor parte, apaciguaron el hambre y calmaron la sed de Miguel

Strogoff, quien comió los trozos de pan que uno tras otro le fue dando la joven y bebió en la calabaza que ella le aproximaba a los labios.

—¿Comes tú, Nadia? —preguntó él repentinamente.

—Sí, Miguel —respondió siempre la joven, que sólo comía los restos de su compañero.

Ambos abandonaron, al fin, la aldea de Semilowskoe y emprendieron de nuevo la marcha por el penoso camino de Irkutsk.

Nadia resistía enérgicamente la fatiga; pero, si Miguel Strogoff la hubiese visto, quizá no se habría atrevido a seguir adelante.

La joven no exhalaba ni un suspiro, y él, como no la oía quejarse, proseguía caminando con una rapidez que no era dueño de reprimir. ¿Por qué caminaba tan aprisa? ¿Podía, acaso, adelantarse a los tártaros? A pie, sin dinero, ciego y sin otra guía que Nadia, ¿qué haría cuando ésta le faltase? En este desgraciado caso, no le hubiera quedado otro recurso que dejarse caer a un lado del camino y morir allí miserablemente. Pero, en fin, si a fuerza de energía lograba llegar a Krasnoiarsk, quizá no lo habría perdido todo, porque el gobernador, a quien se daría a conocer, no vacilaría en proporcionarle los medios para llegar a Irkutsk.

Absorto en sus pensamientos caminaba, pues, Miguel Strogoff casi sin hablar y llevando en su mano la de Nadia, por cuyo medio se encontraban ambos en incesante comunicación, como si no tuvieran necesidad de la palabra para transmitirse mutuamente sus impresiones.

De cuando en cuando, decía Miguel Strogoff a su compañera:

—Háblame, Nadia.

—¿Para qué, Miguel? ¿Acaso no pensamos lo mismo? —respondía la joven, procurando que su voz no delatase la fatiga que la abrumaba.

Pero, a veces, como si su corazón hubiera cesado de latir momentáneamente, se le doblaban las piernas, acortaba el paso, extendía los brazos y quedábase atrás.

Cuando ocurría esto, Miguel se detenía un instante, fijaba sus ojos en la pobre joven, como si a través del velo que los cubría tratase de verla, se hinchaba su pecho y, sosteniendo más firmemente a su compañera, proseguía la marcha.

Aquel día, sin embargo, iba a ocurrir una circunstancia que, en medio de tantas penalidades, debía evitar a ambos muchas fatigas.

Dos horas hacía ya que los jóvenes habían salido de Semilowskoe, cuando Miguel Strogoff, deteniéndose de pronto, preguntó:

—¿Viene alguien por el camino?

—Nadie absolutamente —respondió su compañera.

—¿No oyes ruido como de gente que viene detrás?

—Efectivamente.

—Pues mira bien, porque, si son tártaros, tenemos que ocultarnos.

—Espera, Miguel —dijo Nadia, que retrocedió algunos pasos dirigiéndose un poco hacia la derecha.

Miguel Strogoff quedóse solo durante un momento, escuchando con gran atención.

Nadia volvió en seguida.

—Es una carreta conducida por un joven —dijo.

—¿Viene solo?

—Sí, solo.

Miguel Strogoff tuvo un momento de indecisión. ¿Debía ocultarse? ¿Debía intentar que los admitieran en el vehículo, por Nadia siquiera, ya que no por él? Él se daría por satisfecho solamente con que se le permitiera apoyar una mano en la carreta, que empujaría, si era preciso, porque no estaba cansado; pero comprendía que Nadia no debía tener ya fuerzas para andar, puesto que llevaba ya ocho días caminando a pie, desde el Obi. Esperó.

La carreta no tardó en llegar al recodo del camino.

Era ésta un vehículo bastante deteriorado, que podía contener tres personas, uno de esos vehículos rusos a los que en el país se da el nombre de *kibitas.*

Las *kibitas* son arrastradas comúnmente por tres caballos; pero la que acababa de acercarse no llevaba enganchado más que uno, animal de sangre mogola, vigoroso y valiente, de pelos y cola muy largos.

El joven que conducía la *kibita* llevaba a su lado un perro.

—Nadia, tan pronto como le vio, conoció que era ruso.

Tenía el joven un rostro apacible y flemático, y, a juzgar por el paso tranquilo con que hacía caminar al caballo, sin duda para no ocasionarle fatiga, comprendíase que no llevaba mucha prisa. Nadia, al verlo, hubiese creído que seguía un camino que, de un momento a otro, podía ser cortado por los tártaros.

Nadia, al aproximarse la *kibita,* apartóse a un lado del camino, con Miguel Strogoff, a quien tenía cogido por la mano.

El carruaje se detuvo y el conductor miró a la joven sonriéndose.

—¿Adónde vais de ese modo? —preguntó con acento de bondad.

El sonido de aquella voz no era desconocido para Miguel Strogoff, que creyó haberla oído en alguna parte, lo que sin duda le bastó para conocer al conductor de la *kibita,* porque su rostro se tranquilizó en seguida.

—¿Adónde vais? —volvió a preguntar el joven, dirigiéndose a Miguel Strogoff.

—Vamos a lrkutsk —respondió el correo del zar.

—¡Oh, padrecito! ¿Acaso ignoras que hay muchas verstas de distancia de aquí a lrkutsk?

—Lo sé perfectamente.

—¿Y vais a pie?

—Sí.

—Que vayas tú, no me sorprende; ¡pero, esa joven...!

—Es mi hermana —dijo Miguel Strogoff, que creyó prudente dar de nuevo este nombre a Nadia.

—Pues bien, padrecito, me parece que a tu hermana no le será posible llegar a Irkutsk.

—Amigo —explicó entonces Miguel Strogoff, acercándose—, los tártaros nos han robado cuanto teníamos y no puedo ofrecerte un solo kopek; pero, si quieres llevar a mi hermana en tu carruaje, yo lo seguiré a pie corriendo cuanto sea necesario para que no sufras ni el retraso de una hora.

—¡Hermano! —exclamó Nadia—. ¡No quiero! ¡No quiero! —y, luego, dirigiéndose al joven conductor de la *kibita,* agregó—: ¡Señor, mi hermano está ciego!

—¡Ciego! —repitió el joven, muy conmovido.

—Sí, los tártaros le han quemado los ojos —explicó Nadia, tendiendo las manos implorando misericordia.

—¡Le han quemado los ojos! ¡Oh, infeliz padrecito! Yo voy a Krasnoiarsk, y, por consiguiente, puedes subir con tu hermana a la *kibita.* Aunque algo estrechos, cabremos los tres, porque mi perro no se opondrá a caminar sobre sus patas. Únicamente te advierto que, como no quiero que se fatigue mi caballo, no voy deprisa.

—¿Cómo te llamas, amigo? —preguntó Strogoff.

—Nicolás Pigassoff.

—Jamás olvidaré ese nombre —respondió el correo del zar.

—Sube, pues, padrecito ciego. Tu hermana y tú iréis en el fondo del carruaje, y yo ocuparé la delantera para conducirlo. Ahí dentro estaréis como en un nido, porque hay buena corteza de abedul y excelente paja de cebada. ¡Vamos, *Serko,* deja sitio!

El perro descendió del carruaje en seguida.

Era un animal de raza siberiana, pelo gris, regular tamaño, cabeza gruesa y bondadosa mirada, que parecía profesar gran cariño a su amo.

Miguel Strogoff y Nadia no tardaron en instalarse en la *kibita,* y, tan pronto como lo hubieron hecho, extendió el primero las manos buscando las de Nicolás Pigassoff.

—¿Deseas estrecharme las manos? —preguntó Nicolás—. Pues aquí las tienes, padrecito; estréchalas cuanto gustes.

La *kibita* reanudó la marcha. El caballo caminaba a paso castellano, porque Nicolás no lo hostigaba.

Miguel Strogoff no ganaba, por consiguiente, en rapidez; pero, al menos, evitaba que la pobre Nadia se fatigase.

Y tal era, en efecto, el cansancio de la joven que, tan pronto como la *kibita* se puso en marcha, quedóse dormida, balanceada por el monótono movimiento del carruaje, pero su sueño parecía completa postración. Miguel Strogoff y Nicolás la acomodaron lo mejor que les fue posible sobre el follaje de abedul.

El compasivo Nicolás estaba profundamente conmovido, y si de los ojos de Miguel Strogoff no brotaron lágrimas fue porque la hoja del sable incandescente había quemado la última en sus párpados.

—Es muy linda —dijo Pigassoff.

—Sí —asintió Miguel Strogoff.

—Quiere mostrarse fuerte, padrecito, es valerosa; pero, en el fondo, estas muchachas son endebles. ¿Acaso venís de lejos?

—Sí, de muy lejos.

—¡Pobres jóvenes! ¡Debieron de hacerte mucho daño cuando te quemaron los ojos!

—Muchísimo —respondió Miguel Strogoff volviéndose hacia Nicolás como si pudiera verle.

—¿No lloraste?

—Sí.

—Yo también habría llorado. ¡Pensar que ya no volveremos a ver a los seres queridos! Pero, en fin, ellos te ven y esto es quizá un consuelo.

—Sí, quizá. Pero dime, amigo —preguntó Miguel Strogoff—, ¿no me has visto tú en alguna parte?

—¿A ti, padrecito? No, jamás.

—Pues el sonido de tu voz no me es desconocido.

—¡Vamos! —respondió Nicolás sonriéndose—. ¿Conoces el sonido de mi voz? Acaso me lo preguntas para saber de dónde vengo pero yo te lo diré. Vengo de Kolivan.

—¿De Kolivan? —replicó Miguel Strogoff—. Entonces, allí te conocí. ¿Estabas en la estación telegráfica?

—Sí, puede ser que allí me vieras —repuso Nicolás—, porque estaba allí efectivamente. Era el encargado de transmitir los telegramas.

—¿Y permaneciste en tu puesto hasta el último momento?

—¡Naturalmente! En ese momento es, sobre todo, en el que se debe estar.

—¿Era el día en que un inglés y un francés se disputaban, rublos en mano, el sitio ante tu ventanilla y en que el inglés telegrafió los primeros versículos de la Biblia?

—Es posible que así ocurriera, padrecito; pero yo no lo recuerdo.

—¡Cómo! ¿No lo recuerdas?

—No leo nunca los despachos que transmito, porque, como mi deber es olvidarlos, lo más breve para llegar a esta conclusión es no enterarme de ellos en absoluto.

Esta respuesta revelaba el carácter de Nicolás Pigassoff.

Mientras tanto, la *kibita* continuaba recorriendo el camino poco a poco, aunque Miguel Strogoff hubiese querido que marchase con gran rapidez; pero Nicolás y su caballo estaban acostumbrados a aquel paso que no habrían podido abandonar uno ni otro.

El caballo caminaba tres horas y descansaba una, tanto de día como de noche.

Durante las paradas, la caballería pastaba y los viajeros se alimentaban en compañía del fiel *Serko,* porque la *kibita* llevaba provisiones para veinte personas por lo menos, y Nicolás había puesto generosamente sus reservas a disposición de Miguel y de Nadia, de quienes creyó que eran efectivamente hermanos.

Después de todo un día de descanso, había recobrado parte de sus perdidas fuerzas. Nicolás vigilaba para que fuese lo más cómodamente posible, y, de este modo, el viaje se realizaba en condiciones soportables, lentamente, sin ninguna duda, pero con regularidad.

A veces, durante la noche, ocurría que Nicolás, aun conduciendo el carruaje, se quedaba dormido y roncaba con una tranquilidad que revelaba la pureza de su conciencia, y, entonces, un observador atento quizá hubiese podido ver que la mano de Miguel Strogoff se apoderaba de las riendas y obligaba al caballo a caminar con más rapidez, con gran asombro de *Serko,* que, sin embargo, no decía nada.

Luego, cuando Nicolás despertaba, el trote se convertía inmediatamente en el paso ordinario, pero la *kibita* había avanzado algunas verstas más que si no hubiese salido de su celeridad reglamentaria.

De este modo atravesaron los viajeros el río Ichimsk, los pueblecitos de Ichimskoe, Berikilskoe, Kuskoe, el río Mariinks, la aldea del mismo nombre, Bogotowlskoe y, por último, el Tchula, pequeño río que separa la Siberia Occidental de la Siberia Oriental.

El camino se desarrollaba, ya a través de inmensos arenales que permitían extender la vista ampliamente, ya por entre tupidas e innumerables selvas de abetos de las que parecía que los viajeros no iban a salir nunca.

Pero todo estaba desierto. Las poblaciones habían sido abandonadas casi completamente por sus habitantes, que habían atravesado el Yenisei en busca de refugio, creyendo que la anchura del río detendría a los tártaros.

La *kibita* pasó el 22 de agosto por el pueblecito de Achinsk, que dista trescientas ochenta verstas de Tomsk, teniendo, por consiguiente, los viajeros que recorrer aún ciento veinte verstas más para llegar a Krasnoiarsk.

Hacía ya seis días que Nicolás, Nadia y Miguel Strogoff viajaban juntos, sin que hubiese ocurrido ningún incidente digno de mención. El primero no había abandonado su calma inalterable y los otros dos no cesaban de pensar, con recelo, en el momento en que su compañero tuviera que separarse.

Miguel Strogoff veía el país que atravesaba, por los ojos de Nicolás y de Nadia, quienes, de cuando en cuando y uno tras otro, le describían los sitios por que pasaba la *kibita,* y, por este medio, sabía si se encontraba en un bosque o en una llanura, si había alguna vivienda y si aparecía en el horizonte algún siberiano.

Nicolás, a quien agradaba la conversación, no callaba un momento, y, fuese cualquiera su modo de considerar las cosas, sus compañeros de viaje le escuchaban con gusto.

Un día preguntó Miguel Strogoff cómo estaba el tiempo y Nicolás respondió:

—Muy bueno, padrecito; pero nos encontramos a fines del verano y, como el otoño es corto en Siberia, no tardaremos en sufrir los primeros fríos invernales. Quizá los tártaros se acantonen durante la estación fría.

Miguel Strogoff movió la cabeza, haciendo un gesto de incredulidad.

—¿No lo crees, padrecito? —repuso Nicolás—. ¿Supones que proseguirán la marcha hacia Irkutsk?

—Temo que así ocurra —dijo Miguel Strogoff.

—Tienes razón, porque los acompaña un mal sujeto, que no dejará que se enfríen en el camino. ¿Has oído hablar de Iván Ogareff?

—Sí.

—¿Sabes que no está bien eso que ha hecho, vender a su patria?

—No, no está bien —respondió Miguel Strogoff, que deseaba permanecer impasible.

—Padrecito —dijo entonces Nicolás—, me parece que no te indignas mucho cuando te hablo de Iván Ogareff, y todo corazón ruso debe sublevarse al oír pronunciar ese nombre.

—Créeme, amigo —replicó Miguel Strogoff—, por mucho que tú le aborrezcas, no le aborreces tanto como yo.

—¡Imposible! —protestó Nicolás—. ¡Imposible! Al pensar en Iván Ogareff y en el mal que ha hecho a nuestra santa Rusia, me encolerizo, y si le tuviera en mis manos...

—¿Qué harías?

—Creo que sería capaz de matarle.

—¿Lo crees solamente? Yo tengo la seguridad de que le mataré —respondió Miguel Strogoff tranquilamente.

CAPÍTULO VII

EL PASO DEL YENISEI

Caía la tarde del 25 de agosto cuando la *kibita* llegó a la vista de la ciudad de Krasnoiarsk.

Los viajeros habían tardado ocho días en recorrer la distancia que hay desde Tomsk hasta allí, a pesar de los esfuerzos realizados por Miguel Strogoff para acelerar la marcha; pero Nicolás había dormido poco y no había sido posible que el caballo caminase con mayor rapidez. En otras manos, el animal no hubiese empleado más de sesenta horas en recorrer este trayecto.

Afortunadamente, los tártaros no se habían dejado ver todavía y los viajeros no habían encontrado explorador alguno en el camino que acababa de seguir la *kibita*.

Este hecho parecía inexplicable, y, sin duda alguna, debía de haber ocurrido una grave circunstancia que impidiese a las tropas del emir encaminarse inmediatamente hacia Irkutsk.

Esta circunstancia había ocurrido, en efecto. Un grupo de soldados rusos, reunido precipitadamente en el Gobierno de Yenisei, había marchado hacia Tomsk, con el propósito de recuperar la ciudad; pero, demasiado débil para luchar contra las tropas concentradas del emir, habíase visto obligado a retirarse.

Féofar-Kan contaba a la sazón con un ejército de doscientos cincuenta mil hombres, entre sus soldados y los de los kanatos de Kokand y de Kunduze, a los que el Gobierno ruso resultaba imposible todavía oponer fuerzas suficientes para combatir y menos para vencer.

La invasión, por consiguiente, no podía, según todas las apariencias, ser reprimida inmediatamente, y los tártaros podían marchar contra Irkutsk sin obstáculos que se les opusieran.

La batalla de Tomsk se había dado el 22 de agosto; pero esto, que explicaba la razón por la que el día 25 no se hubiese presentado todavía en Krasnoiarsk la vanguardia del ejército del emir, lo ignoraba Miguel Strogoff.

Sin embargo, si desconocía los últimos acontecimientos, ocurridos después de su partida, sabía que llevaba algunos días de adelanto a los tár-

taros y que podía alimentar la esperanza de llegar antes que ellos a Irkutsk, de donde le separaban aún ochocientas cincuenta verstas (900 kilómetros).

Además, confiaba en que en Krasnoiarsk, población de doce mil almas, no habían de faltarle medios de transporte para proseguir la marcha, y, puesto que Nicolás debía dar por terminado su viaje en dicha ciudad, era necesario reemplazarlo por un guía, así como también la *kibita* por otro vehículo más rápido.

Su propósito era presentarse al gobernador de la ciudad, darse a conocer como correo del zar, cosa que le sería fácil, y no dudaba que la citada autoridad se apresuraría a facilitarle los medios necesarios para llegar pronto a Irkutsk.

En este caso, sólo tendría que dar las gracias al honrado Nicolás Pigassoff por la generosa ayuda que le cabía prestado y emprender inmediatamente la marcha en compañía de Nadia, de quien no quería separarse hasta haberla dejado segura en brazos de su padre.

Sin embargo, si Nicolás Pigassoff estaba decidido a detenerse en Krasnoiarsk era, como él decía, con condición de encontrar allí un nuevo empleo.

Efectivamente, este joven era un empleado modelo que, después de haber permanecido en su puesto de Kolivan hasta el último instante, deseaba volver a ponerse a disposición del Gobierno, porque, como no cesaba de repetir, no quería cobrar un sueldo que no hubiese ganado.

Por consiguiente, en el caso de que no se pudieran utilizar sus servicios de Krasnoiarsk, que debía estar en comunicación telegráfica con Irkutsk, iría desde allí, bien a la estación de Undisk, bien a la capital de la Siberia, y entonces podrían continuar el viaje el hermano y la hermana, que no encontrarían guía más seguro ni más adicto que él.

A la *kibita* sólo faltaba ya por recorrer media versta para llegar a Krasnoiarsk, en cuyas inmediaciones veíanse muchas casas de madera, que se levantaban a derecha e izquierda del camino.

Eran las siete de la tarde.

Los perfiles de las iglesias de la ciudad y las casas edificadas sobre la alta pendiente de las márgenes del Yenisei destacábanse sobre el claro azul del cielo.

Los últimos resplandores del día, esparcidos por la atmósfera, se reflejaban en las aguas del río.

La *kibita* se detuvo y Miguel Strogoff preguntó:

—Hermana, ¿dónde estamos?

—A media versta de distancia de las primeras casas de la ciudad —respondió Nadia.

—¿Acaso está dormida esa ciudad? —interrogó de nuevo Miguel Strogoff—. Porque no percibo el menor ruido.

—Tampoco brilla ninguna luz en la oscuridad ni sale humo de ninguna chimenea —agregó Nadia.

—¡Qué población tan extraña! —dijo Nicolás—. No hacen ruido y se acuestan temprano.

Miguel Strogoff tuvo un presentimiento de mal agüero. No había revelado a Nadia todas las esperanzas que fundaba en su llegada a Krasnoiarsk, donde esperaba encontrar medios suficientes para proseguir con seguridad el viaje, y temía que estas esperanzas se frustrasen nuevamente; pero la joven, aun sin comprender por qué su compañero, careciendo de la carta imperial, tenía tanta prisa por llegar a Irkutsk había adivinado su pensamiento, y, un día, hasta llegó a interrogarle acerca del asunto.

Miguel Strogoff se limitó a responder:

—He jurado ir a Irkutsk.

Pero para cumplir su juramento necesitaba encontrar en Krasnoiarsk medios rápidos de locomoción.

—Amigo mío —preguntó a Nicolás—, ¿por qué no avanzamos?

—Porque temo que el ruido de la *kibita* despierte a los habitantes de la ciudad.

Y, dicho esto, Nicolás dio un ligero latigazo a su caballo, *Serko* lanzó algunos ladridos y el carruaje recorrió al trote corto el camino que terminaba en Krasnoiarsk.

Diez minutos más tarde deteníase en la plaza principal de la población.

Krasnoiarsk estaba completamente desierta. En aquella *Atenas del Norte,* como la ha llamado la señora de Bourboulon, no había un solo ateniense; ni recorría sus calles, espaciosas y bien cuidadas, uno solo de los brillantes carruajes de que habla esta escritora; ni un solo transeúnte circulaba por las aceras, junto a las magníficas casas de madera de monumental aspecto; ni paseaba una sola siberiana, vestida según la última moda francesa, por el hermoso parque construido en medio del bosque de abedules que se extiende hasta las orillas del Yenisei. La campana mayor de la catedral estaba muda; los esquilones de las demás iglesias guardaban silencio, a pesar de lo raro que esto es en una ciudad rusa, y el abandono era absoluto; en aquella ciudad, tan animada poco antes, no había quedado un solo ser viviente.

El último telegrama expedido desde el gabinete del zar, antes de que se cortara la comunicación, había ordenado al gobernador, a la guarnición y a todos los habitantes que salieran de la ciudad llevándose consigo todos los objetos de valor, o que de algún modo pudieran ser útiles a los tártaros, y que se refugiaran en Irkutsk. La misma orden se había comunicado a los habitantes de todos los pueblos de la provincia. Sin duda, el Gobierno moscovita deseaba que los invasores no encontraran más que un desierto.

Estas órdenes a lo Rostopchin fueron ejecutadas inmediatamente, sin que a nadie se le ocurriese siquiera discutirlas, y por esta razón no había en Krasnoiarsk ni un solo ser viviente...

Miguel Strogoff, Nadia y Nicolás recorrieron en silencio las desiertas calles de la ciudad, bajo una impresión involuntaria de estupor.

El único ruido que se percibía en aquella ciudad muerta lo producían ellos.

Miguel Strogoff no dejó que se reflejara en su rostro la impresión que le dominaba en aquellos momentos; pero le fue imposible dominar un movimiento de rabia contra la mala suerte que le perseguía, al ver frustradas sus esperanzas nuevamente.

—¡Dios mío! —exclamó Nicolás—. ¡No ganaré mi sueldo en este desierto!

—Amigo —dijo Nadia—, es preciso que emprendas con nosotros la marcha a Irkutsk.

—Es preciso, realmente —respondió Nicolás—. Todavía debe de funcionar el telégrafo entre Uldinsk e Irkutsk y allí... ¿Nos vamos, padrecito?

—Esperemos hasta mañana —contestó Miguel Strogoff.

—Tienes razón —asintió Nicolás—. Hemos de atravesar el Yenisei y es preciso ver...

—¡Ver! —murmuró Nadia, recordando que su compañero estaba ciego.

Nicolás, que la oyó, volvióse hacia Strogoff y dijo:

—¡Perdón, padrecito! ¡Ah! La noche y el día son una misma cosa para ti.

—Nada tengo que reprocharte, amigo —respondió Miguel Strogoff—. Contigo por guía, puedo valerme aún —y se pasó la mano por los ojos—. Tomémonos algunas horas de descanso; que Nadia repose también, y mañana será otro día.

Miguel Strogoff, Nadia y Nicolás no tuvieron que buscar mucho tiempo para encontrar un sitio donde descansar. La primera casa, cuya puerta empujaron, estaba vacía, como todas las demás, y no encontraron en ella más que algunos montones de follaje, con cuyo alimento tuvo que contentarse el caballo a falta de otro mejor.

Como las provisiones de la *kibita* no estaban agotadas aún, cada uno de los tres viajeros tomó su parte correspondiente.

Después se arrodillaron ante una modesta imagen de la Panagia, suspendida de la pared e iluminada por los últimos resplandores de una lámpara agonizante, y oraron. Concluida la oración, Nicolás y Nadia se durmieron, mientras que Miguel Strogoff, que no tenía sueño, se quedó velando.

Al día siguiente, 26 de agosto, la *kibita,* enganchada nuevamente, atravesaba, antes del alba, el parque de abedules que conducía a la orilla del Yenisei.

Miguel Strogoff estaba vivamente preocupado. ¿Cómo atravesaría el río si, como era probable, habían sido destruidos los barcos con objeto de retrasar la marcha de los invasores? Él conocía el Yenisei, porque lo había atravesado varias veces; sabía que su anchura es considerable, y que las

corrientes son muy violentas en el doble lecho que se ha abierto entre sus islas.

En circunstancias ordinarias y por medio de los barcos especialmente destinados al transporte de viajeros, de carruajes y de caballerías, el paso del Yenisei exige un lapso de tres horas, tiempo indispensable para vencer las extremadas dificultades con que hay que luchar antes de que se llegue a la orilla opuesta; pero, sin embarcación para transportarla, ¿cómo pasaría la *kibita* de uno al otro lado del río?

—Pasaré, sin embargo —repetía Miguel Strogoff.

El día empezaba a clarear cuando la *kibita* llegó a la orilla izquierda, precisamente en el sitio en que terminaba una de las grandes alamedas del parque. Allí, las márgenes dominaban en una centena de pies el curso del Yenisei y se le podía observar en una gran extensión.

—¿Veis algún barco? —preguntó Miguel Strogoff, dirigiendo ávidamente sus ojos a una y otra parte, por hábito maquinal, sin duda, y como si pudiera ver.

—Apenas es de día, hermano —respondió Nadia—. Sobre el río la bruma es todavía espesa y no se pueden distinguir las aguas.

—Pero las oigo mugir —replicó Miguel Strogoff.

Y, efectivamente, de las capas inferiores de aquella niebla salía un sordo murmullo de corrientes y contracorrientes que se entrechocaban. Las aguas, muy altas en aquella época, debían deslizarse con tormentosa violencia.

Los tres viajeros escucharon, mientras esperaban que se descorriese la cortina de brumas.

El sol elevábase rápidamente en el horizonte y sus rayos no tardarían en disipar aquellos vapores.

—¿Y bien? —preguntó Miguel Strogoff.

—Las brumas comienzan a moverse, hermano —respondió Nadia—, y la luz del día las atraviesa ya.

—¿No ves aún el nivel del río, hermana?

—Todavía no.

—Ten un poco de paciencia, padrecito —dijo Nicolás—. La niebla va a fundirse. ¿Oyes? Sopla el viento y comienza a disipar la bruma. Las altas colinas de la orilla derecha muestran ya sus filas de árboles. ¡Todo se va! ¡Todo vuela! Los hermosos rayos del sol han condensado el montón de brumas. ¡Ah! ¡Qué espectáculo tan bello, pobrecito ciego, y qué desgracia para ti no poder contemplarlo!

—¿Ves algún barco? —preguntó Miguel Strogoff.

—No veo ninguno —respondió Nicolás.

—Mira bien amigo, hacia esta orilla y hacia la opuesta, hasta donde alcance tu vista. ¡Un barco, una barca, un bote cualquiera, una cáscara de nuez!

Nicolás y Nadia, agarrándose a los abedules más próximos a la orilla del río, estaban como colgados sobre el agua y, en esta posición, sus miradas abarcaban una extensión inmensa.

En aquel sitio, el Yenisei tiene, por lo menos, versta y media de anchura, y forma dos brazos casi iguales, por los que las aguas se deslizan con gran rapidez, entre los cuales existen varias islas pobladas de sauces, de olmos y de álamos que semejaban, a la sazón, otros tantos buques verdes anclados en el río.

Más lejos, dibujábanse, en forma de anfiteatro, las colinas de la orilla oriental coronadas por los árboles, cuyas cimas doraba entonces el sol con sus esplendorosos rayos.

En cuanto la vista alcanzaba, el Yenisei estaba, hacia arriba y hacia abajo, completamente desierto.

El admirable panorama que los ojos podían contemplar abarcaba un perímetro de cincuenta verstas, pero en ninguna de las márgenes del río, ni en las islas que los brazos de éste formaban, veíase embarcación alguna. Todas habían sido retiradas o destruidas por orden superior, y si los tártaros no llevaban del Sur el material necesario para tender un puente de barcas, la barrera del Yenisei detendría su marcha hacia Irkutsk.

—Ahora recuerdo —dijo Miguel Strogoff— que más arriba, cerca de las últimas casas de Krasnoiarsk, existe un pequeño muelle que sirve de refugio a las barcas. Subamos el curso del río y mirad si en la orilla se ha quedado olvidada alguna.

Nicolás lanzóse inmediatamente en la dirección indicada y Nadia, que había agarrado por la mano a Miguel Strogoff, guiaba a éste, marchando los dos con rapidez.

El correo del zar estaba decidido a intentar el paso del río, si encontraba una barca o una canoa cualquiera que pudiese transportar la *kibita,* o, por lo menos, a los viajeros.

Éstos no tardaron más de veinte minutos en llegar al muelle, cuyas últimas casas tocaban el nivel del río. Era una especie de arrabal situado en la parte baja de la población.

Desgraciadamente en la playa no había embarcación alguna, ni en la estacada que servía de embarcadero se encontraba material para construir una balsa que pudiera sostener a tres personas sobre las aguas del río. Miguel Strogoff preguntó a Nicolás, pero la respuesta de éste fue desconsoladora.

—El paso del río me parece absolutamente impracticable —agregó.

—Pues, sin embargo, pasaremos —repuso Miguel.

Y los tres viajeros prosiguieron las investigaciones.

Las pocas casas que había a la orilla del río, completamente abandonadas como todas las demás de Krasnoiarsk, fueron registradas, sin que para entrar en ellas tuvieran que hacer otra cosa que empujar las puertas. Eran cabañas de gente pobre y estaban vacías por completo.

Mientras Nicolás visitaba una de estas viviendas, Nadia entraba en otra y hasta el mismo Miguel Strogoff las recorría tratando de encontrar a tientas algún objeto que pudiera ser útil para el fin que se proponían.

Ya Nicolás y Nadia, que habían registrado separadamente aquellas cabañas sin encontrar nada servible, se disponían a dar por terminadas sus investigaciones, cuando oyeron a Miguel Strogoff que los llamaba.

Guiados por la voz del ciego, acudieron ambos jóvenes y le encontraron en el umbral de una puerta.

—Venid —gritó Miguel.

Nicolás y Nadia aproximáronse a él y los tres penetraron luego en la cabaña.

—¿Qué es esto? —preguntó Miguel Strogoff poniendo sus manos sobre un montón de objetos que estaban arrinconados en una cueva.

—Son odres —contestó Nicolás—. Hay, por lo menos, media docena.

—¿Están llenos?

—Sí, están llenos de *kumy*, con lo cual podremos renovar nuestra provisión.

El *kumy* es una bebida muy fortificante y hasta embriagadora, que se fabrica con leche de yegua o de camella.

Nicolás se alegró mucho por el hallazgo.

—Guarda uno de estos odres —dijo Miguel Strogoff—; pero vacía los demás.

—En seguida, padrecito.

—Estos odres nos ayudarán a atravesar el Yenisei.

—Pero, ¿y la balsa?

—La balsa será la misma *kibita*, cuya ligereza le permitirá flotar; pero, además, la sostendremos con los odres, lo mismo que al caballo.

—Es una buena idea, padrecito —dijo Nicolás—. Con la ayuda de Dios llegaremos a puerto felizmente... aunque no en línea recta, porque la corriente del agua es rápida.

—¿Qué importa? —replicó Miguel Strogoff—. Lo primero es pasar, y, cuando estemos en la orilla opuesta, buscaremos el camino de Irkutsk.

—A la obra, pues —dijo Nicolás, empezando a vaciar los odres y a llevarlos a la *ktbita.*

Excepto uno, que se dejó lleno de *kumy,* los demás después de desocupados, vueltos a llenar de aire y cerrados cuidadosamente, se utilizaron como aparatos flotantes. Dos de ellos fueron atados a los costados del caballo para que lo sostuviera a flote, y otros dos, colocados en las varas y entre las ruedas de la *kibita,* aseguraban la línea de flotación de la caja del carruaje que de este modo quedaba convertido en una balsa.

La operación quedó terminada en breve.

—¿No tendrás miedo, Nadia? —inquirió Miguel Strogoff.

—No, hermano —contestó la joven. —¿Y tú, amigo?

—¡Yo! —exclamó Nicolás—. Yo veo realizado uno de mis sueños más gratos: el de navegar embarcado en una carreta.

La orilla del río formaba en aquel paraje una pendiente suave, muy a propósito para lanzar al agua la *kibita*, que, arrastrada hasta allí por el caballo, no tardó en flotar sobre la superficie del Yenisei.

Serko siguió el aparato a nado.

Los tres pasajeros, que habían tenido la precaución de descalzarse, iban en pie sobre la caja del vehículo; pero, merced a los odres, el agua no les llegó a los tobillos siquiera.

Miguel Strogoff llevaba las riendas del caballo y, siguiendo las indicaciones de Nicolás, lo dirigía oblicuamente, sin exigirle grandes esfuerzos para luchar contra la corriente.

Mientras la *kibita* siguió el curso del agua, la travesía no ofreció dificultad alguna y en pocos minutos dejó atrás los muelles de Krasnoiarsk; pero, como la corriente iba hacia el Norte, era evidente que los viajeros, al llegar a la otra orilla del río, se encontrarían mucho más abajo de la ciudad, cosa que, después de todo, no tenía gran importancia.

Por consiguiente, la travesía del Yenisei se habría verificado con relativa facilidad, aun en aquel original aparato, si el curso del río hubiera sido regular; pero, desgraciadamente, en la superficie de las aguas tumultuosas, había muchos torbellinos, y la *kibita*, a pesar de los esfuerzos realizados por Miguel Strogoff para apartarla, fue irresistiblemente arrastrada hacia uno de aquellos vórtices, donde el peligro arreció.

El carruaje no oblicuaba ya hacia la orilla oriental ni seguía el curso del río, sino que giraba con extrema rapidez, inclinándose hacia el centro del torbellino, lo mismo que un maestro de equitación en la pista de un picadero. Su celeridad era extraordinaria, y el caballo, que apenas podía sostener fuera del agua la cabeza, estaba muy expuesto a perecer asfixiado en el torbellino.

Serko se había visto obligado a apoyarse en la *kibita*.

Miguel Strogoff advirtió el peligro, al sentirse arrastrado en línea circular, cuyo radio iba poco a poco estrechándose, y de la que ya le era imposible salir; pero nada dijo. Él habría querido ver, para evitar mejor el riesgo, pero sus ojos no podían percibirlo.

Nadia también guardaba silencio, sosteniéndose, en medio de los movimientos desordenados de la carreta, que cada vez se inclinaba más hacia el vórtice, merced a sus manos asidas con fuerza al extremo del vehículo. ¿Comprendía Nicolás lo grave de la situación? ¿Era natural la tranquilidad que manifestaba, o era desprecio del peligro? ¿Era valor o era indiferencia? ¿Era que la vida no valía nada para él y constituía, según la frase de los orientales, una posada que, después de permanecer en ella cinco días, hay que abandonar al sexto, voluntaria o involuntariamente? En todo caso, ni un solo momento se nubló su rostro risueño.

La *kibita*, pues, encontrábase dentro del radio del torbellino, y las fuerzas del caballo estaban agotadas, cuando Miguel Strogoff, quitándose de pronto las prendas del traje que podían embarazar sus movimientos, arrojóse al agua, empuñó con brazos vigorosos la brida de la caballería y, dándole un fuerte impulso, la sacó fuera de la vorágine. La rápida corriente recogió inmediatamente el vehículo, que la siguió con nueva celeridad.

—¡Viva! —exclamó Nicolás.

Y, dos horas después de haber salido del punto de embarque, la *kibita*, que había atravesado el brazo mayor del río, llegó a la orilla de una isla, situada más de seis verstas más abajo del punto de partida de aquella peligrosa travesía.

El caballo sacó de allí el carruaje, arrastrándolo, fuera del agua, y diose al valeroso animal un descanso de una hora.

Después, los viajeros atravesaron la isla en toda su anchura, a cubierto de los hermosos abedules que en ella crecían, y encontróse la *kibita* en el brazo más pequeño del Yenisei, que se pasó con más facilidad.

En este segundo brazo del río la corriente del agua no formaba remolinos, pero era tan rápida, que la *kibita*, al llegar a la orilla derecha, estaba cinco verstas más abajo, habiendo derivado, en total, once verstas.

Los grandes ríos que riegan el territorio siberiano, sobre los que no se ha tendido aún puente alguno, obstaculizan grandemente las comunicaciones y todos habían sido funestos, en mayor o menor escala, para Miguel Strogoff. En el Irtich, los tártaros habían atacado la barca en que iba con Nadia, y en el Obi, después de haber sido herido su caballo por un balazo, él pudo escapar de sus perseguidores por un verdadero milagro. Por consiguiente, el río cuya travesía había efectuado Miguel Strogoff con menos desgracia había sido el Yenisei.

Cuando, al fin, hubo desembarcado Nicolás en la orilla derecha del río, exclamó frotándose las manos:

—Esto no nos habría divertido tanto si no hubiese ofrecido tantas dificultades.

A lo que respondió Miguel Strogoff:

—Lo que para nosotros ha sido difícil, puede ser imposible para los tártaros.

CAPÍTULO VIII

UNA LIEBRE QUE ATRAVIESA EL CAMINO

Miguel Strogoff podía creer que el camino estaba, al fin, libre hasta Irkutsk. Habíase adelantado a los tártaros, que se encontraban detenidos en Tomsk, y cuando los soldados del emir llegasen a Krasnoiarsk, sólo encontrarían una ciudad abandonada, donde no había ningún medio inmediato de comunicación entre las dos orillas del Yenisei y, por consiguiente, se verían obligados a perder algunos días para organizar un puente de barcas que les facilitara el paso, empresa nada fácil.

Por primera vez después de su funesto encuentro con Iván Ogareff en Amsk, el correo del zar se sintió menos inquieto y pudo alimentar la esperanza de que en lo sucesivo ningún nuevo obstáculo se opondría a la realización de su empresa.

La *kibita,* después de recorrer quince verstas oblicuando hacia el Sudoeste, entró de nuevo en el largo camino abierto a través de la estepa y trazado de Este a Oeste.

Este camino no sólo era bueno, sino que precisamente aquella parte de él que se extiende desde Krasnoiarsk hasta Irkutsk es considerada como la mejor de todo el trayecto, porque en ella hay menos baches y los viajeros disfrutan de extensas sombras que les protegen contra los ardores del sol, merced a los bosques de pinos o de cedros por que atraviesan en un espacio de cien verstas. No es ya la inmensa estepa cuya línea circular se confunde en el horizonte con la del cielo; pero aquel rico país estaba desierto a la sazón; por doquiera veíanse caseríos abandonados; no había allí campesinos siberianos, entre los que domina el tipo eslavo; en suma, aquello era el desierto, pero, como se sabe, el desierto por mandato de la superioridad.

Hacía un tiempo hermoso, pero ya el aire, que refrescaba durante las noches, apenas se caldeaba a los rayos del sol.

Efectivamente, al llegar los primeros días de septiembre, en aquella región de elevada latitud, el arco descrito por el sol se acorta de un modo visible por encima del horizonte. La estación otoñal es allí muy breve, aunque aquella porción del territorio siberiano no está situada más allá del paralelo 55, que es el mismo de Edimburgo y Copenhague.

A veces, el invierno sucede allí casi inmediatamente al verano, y, realmente, deben ser precoces esos inviernos de la Rusia asiática, durante los cuales la columna termométrica baja hasta el punto de congelación del mercurio[1], y donde se considera como una temperatura soportable la de veinte grados centígrados bajo cero.

El tiempo favorecía, por consiguiente, a los viajeros, porque no era tempestuoso ni lluvioso; hacía un calor moderado y las noches eran frescas.

La salud de Nadia y de Miguel Strogoff no había sufrido alteración, y desde que habían salido de la ciudad de Tomsk iban poco a poco reponiéndose de sus pasadas fatigas.

En cuanto a Nicolás Pigassoff, jamás se había encontrado mejor. Aquel viaje no era para él más que un paseo, una excursión agradable, realizada durante sus vacaciones de funcionario desocupado.

—Decididamente —decía—, esto es preferible a pasar doce horas diarias sentado en una silla manejando el manipulador.

Mientras tanto, Miguel Strogoff había conseguido que Nicolás hiciese marchar al caballo con más rapidez; pero, para obtener este resultado, le había confiado que Nadia y él iban a reunirse con su padre, que estaba desterrado en Irkutsk, adonde tenían gran impaciencia por llegar; cierto que no se debía fatigar al caballo, pues muy probablemente no se encontraría medio de sustituirle por otro, pero, haciéndole descansar con frecuencia —por ejemplo, cada quince verstas—, se podrían recorrer sesenta verstas cada veinticuatro horas. Además, el caballo era vigoroso y, por su raza, muy apto para soportar largas fatigas, y como no le faltaban excelentes pastos por el camino, porque la hierba crecía allí abundante y fuerte, se le podía pedir un aumento de trabajo.

Nicolás habíase rendido a estas razones, conmovido ante la situación de los dos jóvenes que iban a compartir el destierro con su padre. Nada le parecía tan digno de compasión y por eso decía a Nadia sonriéndose:

—¡Bondad divina! ¡Qué alegría recibirá el señor Korpanoff cuando sus ojos os vean, y cuando sus brazos se abran para recibiros! Si voy hasta Irkutsk, cosa que me va pareciendo muy probable, me permitiréis presenciar la entrevista. ¿Verdad que sí?

Luego, golpeándose la frente, agregó:

—Pero, ahora se me ocurre, ¡qué dolor también cuando vea que su pobre hijo está ciego! ¡Ah! En el mundo no hay dicha completa.

En fin, el resultado de todo esto era que la *kibita* marchaba con más velocidad, recorriendo, según los cálculos de Miguel Strogoff, de diez a doce verstas por hora, y merced a este aumento de rapidez el 28 de agosto los viajeros pasaron por el pueblo de Balaisk, que dista ochenta verstas de Krasnoiarsk, y el 29 por Ribinsk, cuarenta verstas más allá.

---

[1] 42° bajo cero, poco más o menos.

Al día siguiente, después de recorrer treinta y cinco verstas más, llegaron a Kamsk, población más importante que las anteriores, regada por el río del mismo nombre, pequeño afluente del Yenisei, que desciende de los montes de Sayansk.

Kamsk, que no es, sin embargo, una gran ciudad, y cuyas casas de madera se encuentran pintorescamente agrupadas alrededor de una plaza, está dominada por el alto campanario de su catedral, cuya cruz dorada resplandecía al sol.

Las casas estaban vacías; la iglesia, desierta. Ni en la casa de postas ni en las posadas había alma viviente; en las cuadras no había caballos; en la estepa no se veía ni un solo animal doméstico. Sin duda alguna, las órdenes del Gobierno moscovita habían sido rigurosamente ejecutadas. Lo que no se había podido transportar había sido destruido.

Al salir de Kamsk, Miguel Strogoff advirtió a Nadia y a Nicolás que ya no encontrarían en el camino, hasta llegar a Irkutsk, más que una población de alguna importancia, que era la pequeña ciudad de Nijni-Udinsk, a lo que respondió Nicolás que ya lo sabía, con tanta más razón cuanto que allí había una estación telegráfica y, por consiguiente, si estaba también desierto este pueblo se vería obligado a ir a buscar alguna ocupación a la capital de la Siberia oriental.

La *kibita* pudo vadear, sin sufrir gran deterioro, el pequeño río que corta el camino más allá de Kamsk, y como, además, entre el Yenisei y uno de sus grandes tributarios, el Angara, que riega el término de Irkutsk, no había ya que temer el obstáculo de ningún otro río de importancia, a no ser el Dinka, el viaje no debía experimentar retraso alguno por otra parte.

Desde Kamsk al pueblo más inmediato los viajeros tuvieron que recorrer una etapa muy larga —cerca de ciento treinta verstas—; pero, excusado es decirlo, se hicieron los descansos reglamentarios, sin los cuales, decía Nicolás, "el caballo habría reclamado, con justicia", porque se había convenido con esta valerosa bestia descansar cada quince verstas, y cuando se hace un contrato, aunque sea con animales, la equidad exige que se cumpla en todas sus partes.

Después de atravesar el riachuelo de Birinsa, la *kibita* llegó a Biriusinsk en la mañana del 4 de septiembre, y allí Nicolás, que veía disminuir sus provisiones, tuvo la suerte de encontrar en un horno abandonado una docena de *pagatchas,* especie de bollos preparados con grasa de carnero, y una gran cantidad de arroz cocido en agua.

Este aumento de provisiones unióse a la reserva de *kumy,* de que la *kibita* se había abastecido suficientemente en Krasnoiarsk.

El 5 de septiembre[2], al mediodía, se reanudó la marcha después del descanso conveniente. Los viajeros sólo tenían ya que recorrer quinientas

[2] El texto francés dice el "8 de septiembre"; pero fácilmente se comprende que es errata, a juzgar por el relato.

verstas para llegar a Irkutsk y, como en el trayecto no habían visto indicio alguno que revelase la presencia de la vanguardia tártara, Miguel Strogoff creyó, con fundamento, que en lo sucesivo no encontraría obstáculo en su viaje y, por consiguiente, que en ocho días, o diez a lo sumo, podría llegar a la presencia del gran duque.

Apenas habían salido de Biriusinsk, una liebre atravesó el camino, a treinta pasos delante de la *kibita.*

—¡Ah! —exclamó Nicolás.

—¿Qué tienes, amigo? —preguntó vivamente Miguel Strogoff, como un ciego a quien el menor ruido alarma.

—¿No has visto...? —inquirió Nicolás, cuyo risueño rostro se había ensombrecido de repente.

Y luego agregó:

—¡Ah, no! ¡Tú no has podido ver, y es una fortuna para ti, padrecito!

—Sin embargo, yo tampoco he visto nada —dijo Nadia.

—¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor! Pero yo sí... ¡yo he visto!

—¿Qué has visto, pues? —preguntó Miguel Strogoff.

—¡Una liebre que acaba de cruzar el camino! —respondió Nicolás.

En Rusia, el hecho de que una liebre cruce el camino de un viajero es, según la superstición popular, anuncio de una próxima desgracia.

Nicolás, supersticioso como son la mayoría de los rusos, había parado la *kibita.*

Miguel Strogoff comprendió la vacilación de su compañero, aunque no creía en la influencia de las liebres que cruzan el camino, y quiso tranquilizarle, diciéndole:

—Nada hay que temer, amigo.

—¡Nada para ti ni para tu hermana, lo sé, padrecito —repuso Nicolás—; pero sí para mí!

Y luego agregó:

—¡Es el destino!

Y, dicho esto, volvió a poner su caballo al trote.

Sin embargo, a pesar del fatídico presagio, en la jornada no ocurrió accidente alguno desagradable.

Al día siguiente, 6 de septiembre, al mediodía, la *kibita* hizo alto en el pueblo de Alsalevsk, tan desierto como toda la comarca circunvecina.

Allí, en el umbral de una casa, encontró Nadia dos de esos cuchillos de hoja sólida que usan los cazadores siberianos; entregó uno a Miguel Strogoff, que lo guardó entre la ropa, y ella se reservó el otro.

La *kibita* se encontraba ya a setenta y cinco verstas de Nijni-Udinsk.

En aquellas dos jornadas, Nicolás no había podido recobrar su habitual buen humor. El mal presagio le había impresionado de manera tan extraordinaria que, a pesar de ser un hombre que jamás había permanecido una hora en silencio, caía a veces en prolongados mutismos, de los que cos-

taba a Nadia gran trabajo sacarle, síntomas que revelaban, sin duda alguna, que estaba muy apesadumbrado. Tratándose de hombres de la raza del Norte, cuyos supersticiosos antepasados habían fundado la mitología septentrional, esto era fácilmente explicable.

Desde Ekaterinburg sigue el camino casi en línea paralela al grado 55 de latitud, pero a partir de Piriusinsk tuerce hacia el Sudeste, cortando al través el meridiano 100. Luego, continúa por el trayecto más corto hasta la capital de la Siberia oriental a través de las últimas pendientes de los montes Sayansk, que no son otra cosa que una derivación de la gran cordillera Altai, visible a doscientas verstas de distancia.

La *kibita* corría por este camino; corría, y esto revelaba que Nicolás tenía tanta prisa por llegar, que no trataba ya de evitar fatigas a su caballo. A pesar de toda su resignación, algo fatalista, no se consideraba seguro mientras no hubiese entrado en Irkutsk.

Habiendo encontrado una liebre en su camino, muchos rusos habrían pensado del mismo modo que él y no habría faltado alguno que, volviendo las riendas de su caballo, hubiese desistido de proseguir adelante.

Sin embargo, algunas observaciones que hizo y que fueron comprobadas por Nadia, cuando Nicolás se las comunicó a Miguel Strogoff, indujeron a los viajeros a creer que no habían terminado aún para ellos las penalidades a que estaban destinados.

Efectivamente, si desde Krasnoiarsk habían sido respetadas las producciones naturales del territorio que ellos iban atravesando, era, en cambio, evidente que por allí habían pasado numerosas tropas, porque en los bosques veíanse a la sazón señales del fuego y del hierro, y las praderas que se extendían a ambos lados del camino estaban devastadas.

Treinta verstas antes de llegar a Nijni-Udinsk, los testimonios de una reciente asolación eran ya claramente manifiestos y no podían ser atribuidos más que a los tártaros.

Efectivamente, no solamente los campos estaban hollados por los pies de los caballos, sino también los bosques talados por el hacha, y las casas, esparcidas a lo largo del camino, completamente vacías; de éstas, unas habían sido en parte demolidas, las otras medio incendiadas y en las paredes de todas veíanse las huellas de las balas.

Se comprenderá cuáles serían las inquietudes de Miguel Strogoff, que no podía ya dudar que un cuerpo de ejército tártaro había recorrido recientemente aquella parte del camino; no obstante lo cual, era imposible que este cuerpo de ejército estuviese formado por soldados del emir, que no habrían podido adelantarse sin ser vistos.

Pero, si no eran éstos, ¿quiénes podían ser los nuevos invasores y por qué camino extraviado de la estepa habían podido llegar a la carretera de Irkutsk? ¿Con qué nuevos enemigos iba a tropezar ahora el correo del zar?

Para no inquietar a Nicolás y Nadia, Miguel Strogoff se abstuvo de comunicarles sus temores, puesto que, de todos modos, estaba resuelto a proseguir el viaje mientras un obstáculo insuperable no se lo impidiera. Más tarde, vería lo que convenía hacer.

En la jornada siguiente, viéronse más claramente las huellas del paso reciente de un importante ejército de caballería y de infantería; por encima del horizonte distinguiéronse grandes humaredas, y la *kibita* marchó desde entonces con precaución.

En los pueblos abandonados ardían aún algunas casas que, seguramente, no hacía veinticuatro horas que habían sido incendiadas.

En fin, el día 8 de septiembre, se detuvo la *kibita* porque el caballo se resistía a proseguir la marcha, mientras que *Serko* ladraba lastimeramente.

—¿Qué sucede? —preguntó Miguel Strogoff.

—¡Un cadáver! —respondió Nicolás, saltando fuera de la *kibita.*

Aquel cadáver era el de un mujik y estaba horriblemente mutilado y ya frío.

Nicolás se santiguó.

Luego, ayudado por Miguel Strogoff, trasladó el cadáver a un lado del camino. Él hubiera querido darle sepultura decente, enterrarle a gran profundidad, para que los animales carnívoros de la estepa no pudiesen desenterrar sus míseros despojos; pero Miguel Strogoff no le dio tiempo.

—¡Partamos, amigo, partamos! —exclamó éste—. No podemos detenernos ni una hora siquiera.

Y la *kibita* reanudó la marcha.

Además, si Nicolás hubiera querido rendir homenaje a todos los muertos que iba a encontrar en la carretera siberiana cumpliendo su deber cristiano de darles sepultura, no habría podido hacerlo. En las proximidades de Nijni-Udinsk los cadáveres estaban tendidos en el suelo por veintenas.

Esto no obstante, era preciso continuar la marcha, seguir el camino hasta el momento en que fuera manifiestamente imposible hacerlo sin caer en las manos de los invasores.

El itinerario no se modificó, por consiguiente; pero en cada pueblo por donde pasaban, veían los viajeros acumularse la devastación y la ruina. Todas las pequeñas localidades, cuyos nombres revelan que han sido fundadas por desterrados polacos, habían sido sometidas a los horrores del pillaje y del incendio, y la sangre de las víctimas no estaba aún coagulada por completo.

En cuanto a saber la forma en que se habían desarrollado estos trágicos sucesos, era imposible. No había quedado un ser viviente para decirlo.

Aquel día, a las cuatro de la tarde aproximadamente, Nicolás señaló en el horizonte los altos campanarios de las iglesias de Nijni-Udinsk, que aparecían coronados por gruesas volutas de vapores que no debían de ser nubes.

Nicolás y Nadia miraron y comunicaron a Miguel Strogoff el resultado de sus observaciones. Era necesario adoptar una determinación. Si la ciudad estaba abandonada, se podía atravesar sin peligro; pero si, por una causa inexplicable, la ocupaban los tártaros, se debía darle un rodeo a toda costa y no pasar por ella.

—Avancemos con prudencia —dijo Miguel Strogoff—, pero avancemos.

Anduvieron una versta más.

—¡No son nubes, sino humaredas! —exclamó Nadia—. ¡Hermano, incendian la ciudad!

Efectivamente, el incendio era demasiado visible. De entre los vapores salían resplandores fuliginosos, torbellinos que cada vez eran más espesos y ascendían al cielo; pero como no se veía salir de la ciudad ningún fugitivo, era probable que los incendiarios la hubiesen encontrado abandonada.

Pero estos incendiarios, ¿eran tártaros? ¿Eran rusos que obedecían órdenes del gran duque? ¿Quería acaso el Gobierno que desde Krasnoiarsk, desde el Yenisei, no quedase una ciudad, una aldea, que pudiera ofrecer refugio a los soldados del emir? En cuanto a Miguel Strogoff, ¿debía detenerse? ¿Debía, por el contrario, proseguir la marcha?

El correo del zar estaba indeciso. No obstante, después de haber pesado el pro y el contra de la cuestión, resolvió que, cualesquiera que fuesen las fatigas que le ocasionasen un viaje a través de la estepa, donde no había ningún camino trillado, no debía correr el riesgo de caer por segunda vez en poder de los tártaros, y ya iba a proponer a Nicolás que saliese de la carretera y, si era absolutamente preciso, que no volviese a ella hasta haber dejado detrás a Nijni-Udinsk, cuando sonó hacia la derecha el ruido de un disparo de arma de fuego, silbó una bala y cayó muerto el caballo que arrastraba la *kibita*.

En el mismo instante, lanzáronse a la carretera una docena de soldados de caballería y rodearon el carruaje. Miguel Strogoff, Nadia y Nicolás, sin haber tenido tiempo de darse cuenta de lo que pasaba, estaban prisioneros y eran conducidos con gran rapidez a Nijni-Udinsk.

Este repentino ataque no hizo, sin embargo, a Miguel Strogoff perder su sangre fría. No habiendo podido ver a sus enemigos, no pudo tampoco apercibirse para la defensa; pero, aunque hubiese tenido vista, no lo habría intentado, porque esto habría sido correr a una muerte segura. Sin embargo, aunque no viese, podía oír y enterarse de lo que decían sus enemigos.

Efectivamente, en su lenguaje conoció que aquellos soldados eran tártaros, y de su conversación dedujo que precedían al ejército invasor.

He aquí, ahora, lo que Miguel Strogoff consiguió averiguar tanto por la conversación que en su presencia sostenían en aquel momento, cuanto por las palabras sueltas que sorprendió más tarde.

Aquellos soldados no estaban directamente bajo las órdenes del emir, detenido todavía al otro lado del Yenisei, sino que formaban parte de una tercera columna, compuesta especialmente por tártaros de los kanatos de Kokand y de Kunduze, con la que debía reunirse en breve el ejército de Féofar en los alrededores de Irkutsk.

Siguiendo los consejos de Iván Ogareff, y para asegurar el éxito de la invasión en las provincias del Este, esta columna, después de haber atravesado la frontera del Gobierno de Semipalatinsk pasado al sur del lago Balkach, había costeado la base de los montes Altai. Saqueando y asolando bajo las órdenes de un oficial del kanato de Kunduze, había llegado al alto Yenisei, donde, en previsión de lo que efectivamente había ocurrido en Karnoiarsk por orden del zar, y para facilitar el paso del río a las tropas del emir, había lanzado al agua una flotilla de barcas, que tanto como embarcaciones cuanto como material para construir un puente, permitirían a Féofar reanudar por la orilla derecha del río la marcha hacia Irkutsk.

Esta tercera columna había descendido luego al valle del Yenisei siguiendo la falda de las montañas y entrado en el camino a la altura de Alsalevsk, desde cuyas inmediaciones había en todo el territorio esa espantosa acumulación de ruinas que caracteriza a las guerras tártaras.

Nijni-Udinsk, como todas las demás poblaciones por donde habían pasado los invasores, acababa de ser saqueada e incendiada; pero a la sazón los tártaros la habían abandonado para ir a ocupar las primeras posiciones delante de Irkutsk. El ejército del emir debía estar próximo a llegar.

Tal era en aquellos momentos el estado de las cosas, que no podía ser más grave para aquella parte de la Siberia Oriental, completamente aislada, y para los defensores de su capital, relativamente poco numerosos.

Esto fue lo que averiguó Miguel Strogoff: la llegada de una tercera columna tártara a las inmediaciones de Irkutsk y la próxima reunión de las tropas del emir y de Iván Ogareff con dicha columna. El sitio y la toma de la citada capital eran, por consiguiente, cuestión de tiempo, quizá de tiempo muy breve.

De lo dicho se deduce qué graves pensamientos debían torturar la mente de Miguel Strogoff, quien, a ser otro, habríase acobardado y perdido toda esperanza de llegar al término de su viaje y dar cumplimiento a su misión. No fue así, sin embargo, pues el correo del zar limitóse a murmurar estas palabras:

—¡Llegaré!

A la media hora de haber sido reducidos a prisión por los jinetes tártaros, Miguel Strogoff, Nicolás y Nadia entraban en Nijni-Udinsk, seguidos de lejos por el perro, modelo de fidelidad; pero, como esta ciudad estaba ardiendo y a punto de ser abandonada por los últimos merodeadores, no debían permanecer allí los tres prisioneros.

A éstos se les obligó a montar a caballo e inmediatamente fueron conducidos con gran rapidez entre dos filas de soldados.

Nicolás marchó resignado, como siempre; Nadia, con la confianza puesta en Miguel Strogoff, como de ordinario, y el correo del zar, indiferente en apariencia, pero dispuesto a aprovechar la primera ocasión que se le presentara para huir.

Los tártaros advirtieron, al fin, que uno de los prisioneros era ciego, y su barbarie natural les sugirió la idea de burlarse del desgraciado. Marchaban rápidamente y, como el caballo de Miguel Strogoff, sin guía que lo dirigiese, iba de una parte a otra, apartándose muchas veces del camino y desordenaba el destacamento, los soldados injuriaban y golpeaban al jinete, con gran sentimiento de Nadia e indignación de Nicolás. Pero, ¿qué podían hacer éstos? No hablaban el lenguaje de los tártaros y, de todos modos, su intervención habría sido rechazada brutalmente.

Por un refinamiento de crueldad, ocurrióseles a aquellos soldados sustituir el caballo que montaba Miguel Strogoff por otro que era ciego, y esta diabólica ocurrencia no tardó en ser puesta en práctica, sugiriendo a uno de los tártaros la siguiente reflexión, que fue oída por el correo del zar:

—¡Quizá vea este ruso!

Ocurría esto entre los pueblos de Tatan y Chibarlinskoë, a sesenta verstas de Nijni-Udinsk.

Se había, pues, hecho subir a Miguel Strogoff sobre aquel caballo, y, luego, excitándole a latigazos, pedradas y gritos, lo lanzaron a galope.

No pudiendo el animal ser dirigido en línea recta por su jinete, ciego como él, tan pronto chocaba contra un árbol como se salía fuera del camino, cosas ambas que podían ser sumamente funestas.

Miguel Strogoff ni protestó ni exhaló queja alguna. Cuando el caballo caía, esperaba tranquilamente que fuesen a levantarlo. Lo levantaban, efectivamente, y proseguía la cruel diversión.

Nicolás, no pudiendo contenerse al ver estos malos tratos, quiso correr en socorro de su compañero; pero fue detenido y golpeado.

En fin, el juego habríase prolongado durante largo tiempo, sin duda, con gran regocijo de los tártaros, si un grave accidente no lo hubiese puesto término.

El día 10 de septiembre, en un momento determinado, el caballo ciego se desbocó y corrió en derechura a un precipicio de treinta a cuarenta pies de profundidad que había a un lado del camino.

Nicolás intentó lanzarse a detenerlo, pero se le impidió hacerlo.

El caballo, sin guía que lo dirigiese, se precipitó, con su jinete, al fondo del barranco.

Nadia y Nicolás exhalaron un grito de terror, creyendo que su desgraciado compañero se había destrozado en la caída.

Cuando acudieron a levantarle, viose que Miguel Strogoff, que había podido salirse de la silla, no tenía lesión alguna; pero el desgraciado caballo se había roto dos piernas y no podía ya prestar servicio alguno.

Se le dejó morir allí mismo, sin darle siquiera el golpe de gracia, y Miguel Strogoff fue atado a la silla de un tártaro y obligado a seguir a pie al destacamento.

¡No exhaló ninguna queja, no formuló protesta alguna!

Marchó con paso rápido, casi sin dar lugar a que tirase de él la cuerda que le sujetaba.

Continuaba siendo, pues, el *hombre de hierro* de quien el general Kissoff había hablado al zar.

Al día siguiente, 11 de septiembre, el destacamento llegó al pueblo de Chibarlinskoë.

Entonces ocurrió un incidente que debía tener muy graves consecuencias.

Al llegar la noche, los soldados de caballería tártaros, que se habían detenido allí, encontrábanse, unos más, otros menos, embriagados, y se disponían a reanudar la marcha.

Nadia, que hasta entonces y como por milagro había sido respetada por la soldadesca, fue insultada por uno de aquellos bárbaros.

Miguel Strogoff no había podido ver ni la ofensa ni al ofensor; pero Nicolás había visto por él y, tranquilamente, sin reflexionar y quizá también sin tener conciencia de lo que hacía, fue derecho hacia el soldado y, antes de que éste pudiera hacer un movimiento para detenerle, sacó una pistola de las pistoleras de su silla y se la descargó, a quemarropa, contra el pecho.

Al ruido de la detonación acudió inmediatamente el oficial que mandaba el destacamento.

Los soldados iban a hacer trizas al infortunado Nicolás, pero un gesto del oficial los contuvo y, por orden de éste, fue atado y puesto a través sobre un caballo.

El destacamento partió a galope.

La cuerda que sujetaba a Miguel Strogoff, roída por él, se rompió al arranque súbito del caballo, y el jinete, medio ebrio, entregado a una carrera rápida, no lo advirtió.

Miguel Strogoff y Nadia encontráronse solos en medio del camino.

CAPÍTULO IX

EN LA ESTEPA

El correo del zar y su fiel compañera estaban, pues, libres otra vez, como lo habían estado durante el trayecto de Perm a las orillas del río Irtich; pero, ¡qué diferentes eran ahora las condiciones del viaje! Entonces disponían de una cómoda tarenta, de caballos que renovaban con frecuencia y de casas de postas donde eran bien servidos, cosas todas que les aseguraban la rapidez del viaje, mientras que ahora iban a pie, se encontraban en la imposibilidad de proporcionarse medio alguno de locomoción, carecían de dinero e ignoraban de qué modo podrían subvenir a las necesidades de la vida. Además, Miguel Strogoff no veía ya sino por los ojos de Nadia.

En cuanto al amigo que les había deparado la casualidad, le acababan de perder en las circunstancias más funestas.

Miguel Strogoff habíase dejado caer a un lado del camino y Nadia, en pie, esperaba una palabra de él para emprender la marcha.

Eran las diez de la noche. Hacía tres horas y media que el sol había desaparecido detrás del horizonte; en las inmediaciones del lugar en que se encontraban los dos jóvenes no se veía una sola casa ni choza alguna y los últimos tártaros perdíanse ya en la lejanía. Miguel Strogoff y Nadia estaban, pues, completamente solos.

—¿Qué irán a hacer de nuestro amigo? —exclamó la joven—. ¡Pobre Nicolás! ¡Nuestro encuentro le ha sido funesto!

Miguel Strogoff no respondió.

—Miguel —agregó Nadia—, ¿no sabes que te defendió cuando eras juguete de los tártaros y que ha arriesgado su vida por mí?

Miguel Strogoff, que estaba inmóvil y tenía la cabeza sujeta entre ambas manos, tampoco contestó esta vez. Pensaba, sin duda, pero, ¿en qué? ¿Había oído la pregunta de Nadia, aun cuando no había respondido? Seguramente, porque la joven volvió a interrogarle:

—¿Adónde he de llevarte, Miguel?

—A Irkutsk —contestó el correo del zar.

—¿Por la carretera?

—Sí, Nadia.

Miguel Strogoff persistía en su propósito de cumplir el juramento que había hecho de llegar, a todo trance y a pesar de todos los obstáculos, al término de la misión que se le había confiado. La carretera era la línea más corta y por ella debía, por tanto, seguir el viaje, porque, si encontraba las tropas de Féofar-Kan, tendría tiempo de variar de camino.

Nadia agarró a Miguel Strogoff por la mano y emprendieron la marcha.

Al día siguiente, 12 de septiembre, los jóvenes hicieron un breve descanso en la aldea de Tulonowskoe. Habían recorrido veinte verstas.

La aldea, que estaba desierta, había sido pasto del incendio.

Suponiendo Nadia que el cadáver de Nicolás hubiera sido abandonado en el camino, lo había buscado durante toda la noche, pero sus pesquisas fueron inútiles. Buscó entre las ruinas, examinó todos los cuerpos sin vida con que tropezó y, hasta entonces, su infortunado compañero no había aparecido. ¿Lo habían, acaso, reservado los tártaros para someterle a algún cruel suplicio cuando llegaran al campamento de Irkutsk?

Debilitada la joven por el hambre, que también hacía sufrir crudamente a su compañero, registró las casas abandonadas del pueblo y tuvo la fortuna de encontrar determinada cantidad de carne seca y pedazos de pan que, secos por la evaporación, pueden conservar sus cualidades nutritivas durante un tiempo indefinido.

Miguel Strogoff y la joven se apoderaron de cuanto podían llevar, con lo que aseguraron el alimento para muchos días. En cuanto al agua, no debía faltarles puesto que el país estaba surcado por los mil pequeños afluentes del Angara.

Reanudaron, pues, la marcha, pero esta vez Miguel Strogoff caminaba con paso firme y no deteniéndose sino a causa de su compañera.

Ésta, que no quería quedarse atrás, hacía grandes esfuerzos para seguir adelante.

Por fortuna, Miguel no podía ver a qué estado tan lamentable había reducido el cansancio a la joven.

Esto no obstante, aunque no veía, se daba cuenta de ello, porque le decía en ocasiones:

—¡Se te agotan las fuerzas, pobrecilla!

—No —protestaba la joven.

—Nadia, cuando no puedas caminar, te llevaré en brazos.

—Sí, Miguel.

Aquel día viéronse precisados a pasar el Oka, cuya travesía no ofreció dificultad alguna, porque era un riachuelo vadeable.

El cielo estaba cubierto de nubes y la temperatura era soportable, pero podía temerse que lloviera, lo que habría empeorado la situación.

Y, efectivamente, cayeron algunos chaparrones, aunque, por fortuna, fueron de poca duración.

Caminaban los jóvenes así, agarrados de las manos, casi sin cruzar una sola palabra, y mirando Nadia a todas partes.

Por el día descansaban dos veces y por la noche reposaban durante seis horas.

En algunas cabañas encontró Nadia un poco de carne de carnero, tan abundante en aquel país, que sólo vale allí dos kopeks y medio; pero, contra las esperanzas de Miguel Strogoff, no había una sola bestia de carga. Camellos o caballos, o habían sido muertos, o llevados a otra parte, por lo que los viajeros veíanse obligados a proseguir la marcha a pie por la interminable estepa.

La tercera columna tártara, que se dirigía a Irkutsk, había dejado en el camino huellas visibles de su paso: aquí, un caballo muerto; más allá, un carruaje abandonado; los cuerpos de los infelices siberianos jalonaban también la ruta seguida por los invasores, especialmente en la entrada de las poblaciones, y Nadia, sobreponiéndose a su repugnancia, examinaba todos los cadáveres.

En suma, el peligro no estaba delante de los jóvenes sino detrás, porque la vanguardia del ejército principal del emir, que dirigía Iván Ogareff, podía aparecer de un momento a otro. Las barcas, enviadas desde el Yenisei inferior, habían debido llegar a Krasnoiarsk y servir en seguida a los invasores para el paso del río, con lo cual tendrían ya libre el camino, que entre Krasnoiarsk y el lago Baikal no podía serles cerrado por ningún cuerpo de ejército ruso.

Miguel Strogoff, pues, esperaba ver aparecer a los exploradores tártaros, y, por lo mismo, cada vez que hacían alto en la marcha, subía Nadia a la cima de cualquier montículo y miraba atentamente hacia el Oeste, pero ninguna nube de polvo denunciaba aún la aproximación de la caballería enemiga.

Luego, proseguían el viaje, y cuando Miguel Strogoff conocía que era él quien conducía a Nadia, en vez de ser conducido por ella, acortaba el paso.

Mientras caminaban, hablaban poco, y, cuando lo hacían, era solamente para ocuparse en su compañero Nicolás, recordando entonces la joven todo lo que en obsequio de ellos había hecho el desgraciado durante los días que habían viajado juntos.

Miguel Strogoff trataba de infundir a Nadia alguna esperanza, que él estaba muy lejos de tener, porque estaba plenamente convencido de que el infortunado Nicolás no escaparía a la muerte.

—¡No me hablas nunca de mi madre, Nadia! —dijo un día Miguel Strogoff a la joven.

¡Hablarle de su madre! Nadia no lo había querido. ¿Para qué renovar sus dolores? ¿No había muerto la vieja siberiana? ¿No había besado su hijo por última vez el cadáver de la infeliz tendido en la llanura de Tomsk?

—¡Háblame de ella, Nadia! —dijo, sin embargo, Miguel Strogoff—. Háblame de ella y me proporcionarás un gran placer.

Y entonces Nadia hizo lo que no había hecho todavía, le refirió cuanto había ocurrido entre Marfa y ella desde su encuentro en Omsk, donde se vieron por primera vez.

Dijo que un instinto inexplicable la había impulsado hacia la anciana prisionera sin conocerla y que le había prodigado sus cuidados, recibiendo de ella, en cambio, grandes alientos para sobrellevar el infortunio.

En aquella época, Miguel Strogoff era todavía para la joven Nicolás Korpanoff.

—¡Eso habría debido ser siempre! —agregó Miguel Strogoff, cuya frente se ensombreció.

Y, transcurrido un breve rato, agregó:

—¡He faltado a mi juramento, Nadia! ¡Había jurado no ver a mi madre!

—Pero tú no trataste de verla, Miguel —respondió Nadia—. ¡La casualidad solamente te puso en su presencia!

—¡Había jurado que, ocurriese lo que ocurriese, no me descubriría!

—¡Miguel, Miguel! Al ver el látigo levantado sobre Marfa Strogoff, ¿habrías podido contenerte? ¡No! ¡No! ¡No hay juramento alguno que pueda impedir que un hijo socorra a su madre!

—He faltado a mi juramento —repitió Miguel Strogoff—. ¡Que Dios y el Padre me lo perdonen!

—Miguel —dijo entonces la joven—, tengo que hacerte una pregunta; pero, si crees que no debes responderme no me respondas, porque de ti nada me ofenderá.

—Habla, Nadia.

—¿Por qué, habiéndote sido robada la carta del zar, tienes tanta prisa por llegar a Irkutsk?

Miguel Strogoff estrechó con fuerza la mano de su compañera, pero no respondió.

—¿Conocías el contenido de esa carta antes de salir de Moscú? —insistió Nadia.

—No, no lo conocía.

—Miguel, ¿debo entonces pensar que sólo el deseo de ponerme en los brazos de mi padre te lleva a Irkutsk?

—No, Nadia —respondió gravemente Miguel Strogoff—. Te engañaría, si te dejara creer eso. Voy a donde un deber me ordena ir. En cuanto a conducirte a Irkutsk, ¿no eres tú, por el contrario, quien me conduce ahora? ¿No veo por tus ojos y no es tu mano la que me guía? ¿No me devuelves centuplicados los servicios que te pude prestar al principio? Ignoro si la desgracia cesará de perseguirme, pero el día en que hayas de

darme las gracias por haberte puesto en los brazos de tu padre, tendré yo que dártelas por haberme conducido a Irkutsk.

—¡Pobre Miguel! —exclamó Nadia emocionada—. No hables de ese modo, no es eso lo que te he preguntado, Miguel. ¿Por qué tienes ahora tanta prisa por llegar a Irkutsk?

—Es absolutamente necesario que llegue antes que Iván Ogareff —respondió Miguel Strogoff.

—¿A pesar de lo que ha ocurrido?

—A pesar de lo que ha ocurrido y de lo que ocurra, llegaré.

Al decir esto, Miguel Strogoff no hablaba solamente por odio al traidor, y Nadia dedujo que su compañero no lo revelaba todo, sin duda porque no podía revelárselo.

El 19 de septiembre, tres días después, llegaron los dos jóvenes al pueblecito de Kuitunskoe.

A Nadia le era penosísimo el andar, porque sus pies doloridos no la podían sostener; pero resistía sin embargo, y luchaba contra la fatiga, pensando:

"Puesto que no puede verme, seguiré caminando hasta que me caiga."

Por lo demás, en esta parte del camino no tuvieron que vencer los jóvenes ningún obstáculo, ni desde la partida de los tártaros se vieron amenazados por peligro alguno, siendo el cansancio la única penalidad que les abrumó.

Y así continuaron durante tres días. Evidentemente la tercera columna del ejército invasor avanzaba con toda rapidez hacia el Este, como lo revelaban las ruinas que iba dejando tras de sí, las cenizas que ya no humeaban y los cadáveres descompuestos que yacían esparcidos por el suelo.

Hacia el Oeste no se veía nada aún, la vanguardia de las tropas del emir no aparecía y Miguel Strogoff hacía hipótesis muy inverosímiles para explicar este retraso. ¿Acaso los rusos, en número suficiente, amenazaban a la ciudad de Tomsk o a la de Krasnoiarsk? ¿Corría peligro de verse cortada la tercera columna de los invasores, que estaba separada de las dos restantes? Si ocurría así, el gran duque podría fácilmente defender a Irkutsk, y, ganado de este modo algún tiempo, tendría mucho adelantado para rechazar la invasión.

Estas esperanzas hacían que el correo del zar se forjara a veces ilusiones, pero no tardaba en comprender que eran completamente quiméricas, y como si la salvación del gran duque estuviera únicamente en sus manos, sólo contaba consigo mismo.

Kuitunskoe dista sesenta verstas de Kimilteiskoe, lugarejo situado cerca del río Dinka, tributario del Angara, y Miguel Strogoff temía que este afluente, que no deja de tener cierta importancia, fuese un grave obstáculo para su camino, pues no abrigaba la menor esperanza de que en él hubiese barcas ni esquifes de ninguna clase para pasar a la otra orilla y, por haberlo

atravesado varias veces, recordaba que era difícilmente vadeable. Si conseguía atravesar aquella corriente, ya no se vería interrumpido por ningún río de importancia el camino que se extendía hasta Irkutsk, doscientas treinta verstas más allá del sitio en que se encontraba a la sazón.

En menos de tres días llegaron los jóvenes a Kimilteiskoe; pero Nadia andaba ya casi arrastrándose, porque, por mucha que fuese su energía moral, le faltaban fuerzas físicas para soportar una marcha tan penosa. Esto lo sabía muy bien Miguel Strogoff.

Si el correo del zar no hubiese estado ciego, Nadia seguramente le habría dicho: «Sigue tú, Miguel, y déjame en una choza cualquiera; llega a Irkutsk, cumple la misión que se te ha confiado y busca luego a mi padre, a quien informarás del sitio en que estoy, haciéndole además saber que le espero, y los dos sabréis encontrarme. Prosigue tú solo el viaje, no temo nada, me ocultaré a los tártaros y me conservaré para él y para ti. Sigue tú, Miguel; a mí me es ya imposible dar un paso más.»

Nadia viose obligada a detenerse con frecuencia; pero, cuando ocurría esto, la cogía Miguel Strogoff en brazos, y, no teniendo ya que pensar en el cansancio de la joven, puesto que él la llevaba, caminaba más rápidamente, con su infatigable paso.

Al fin, a las diez de la noche del 18 de septiembre, llegaron los dos a Kimilteiskoe, donde, subida a lo alto de una colina, divisó Nadia en el horizonte una línea menos oscura que el resto del paisaje. Era el Dinka, en cuyas aguas reflejábase la luz cárdena de algunos relámpagos sin truenos, que de vez en vez iluminaban el espacio.

Nadia condujo a su compañero a través del pueblo en ruinas, por donde, hacía ya cinco o seis días lo menos, habían pasado los tártaros, porque las cenizas del incendio se habían enfriado ya.

Cuando llegaron a las últimas casas del pueblo, dejóse caer Nadia sobre un banco de piedra.

—¿Nos paramos? —preguntó Miguel Strogoff.

—Es de noche, Miguel —respondió la joven—. ¿No quieres descansar algunas horas?

—Habría preferido pasar el Dinka —contestó Miguel Strogoff— y dejarlo entre nosotros y la vanguardia de las tropas del emir; pero tú no puedes andar, pobre Nadia,

—Ven, Miguel —repuso la joven y, agarrando a su compañero por la mano, reanudó la marcha.

Dos o tres verstas más allá del lugar en que se encontraban, el Dinka cortaba el camino de Irkutsk y Nadia quiso hacer este último esfuerzo que le pedía el correo del zar para llegar hasta el río.

Alumbrados por la luz de los relámpagos caminaron ambos a través de un desierto sin límites, en medio del cual se perdía el Dinka.

En aquella extensa llanura no había un solo árbol ni montículo alguno que rompiese la uniformidad del terreno que, al otro lado del río, formaba la prolongación de la estepa siberiana.

No soplaba la más ligera ráfaga de viento, siendo tal la calma que reinaba en la atmósfera, que el más insignificante sonido se hubiera podido propagar hasta una distancia infinita.

De pronto, como si sus pies hubieran arraigado en el suelo, detuviéronse Miguel Strogoff y Nadia.

Acababan de oír un ladrido.

—¿Has oído? —preguntó Nadia.

Al ladrido sucedió luego un grito lastimero, desesperado, que parecía la última apelación que un ser humano, en trance de morir, hacía a la vida.

—¡Nicolás! ¡Nicolás! —exclamó la joven, impulsada por un pensamiento siniestro.

Miguel Strogoff, que estaba escuchando, hizo un movimiento de cabeza.

—Ven, Miguel —dijo Nadia recobrando repentinamente sus fuerzas, a causa de una violenta excitación, a pesar de que un momento antes apenas podía dar un paso.

—¿Hemos salido de la carretera? —preguntó Miguel Strogoff al advertir que pisaba un terreno alfombrado de menuda hierba, y no el suelo polvoriento de un momento antes.

—Sí, es necesario —respondió Nadia—, porque de este lado, de la derecha, parten los gritos que acabamos de oír.

En pocos minutos llegaron los jóvenes a media versta del río.

Entonces sonó un segundo ladrido, mucho más débil que el anterior; pero, sin duda alguna, también mucho más próximo.

Nadia se detuvo.

—Sí, sí —dijo Miguel—; es *Serko* el que ladra... ha seguido a su amo.

—¡Nicolás! ¡Nicolás! —gritó la joven.

Nadie le contestó, pero en aquel instante tendieron el vuelo algunas aves de rapiña que desaparecieron en las alturas.

Miguel Strogoff escuchó atentamente.

Nadia contemplaba la llanura impregnada de efluvios luminosos, que se reflejaban en ella como si fuera un espejo, pero nada vio.

En cambio llegó a sus oídos el sonido de una voz plañidera, que murmuró lastimeramente:

—¡Miguel...!

Después aproximóse a Nadia un perro completamente ensangrentado.

Era *Serko*.

Nicolás no podía, por consiguiente, estar muy lejos. Sólo él había podido murmurar en aquellos sitios el nombre de Miguel; pero, ¿dónde estaba?

A Nadia le faltaban ya las fuerzas para llamarlo.

Miguel Strogoff tanteaba el suelo, andando a rastras.

De pronto, lanzó *Serko* un nuevo ladrido y se abalanzó a un ave gigantesca que se aproximaba volando a ras de la tierra.

Era un buitre que, cuando *Serko* se precipitó contra él, levantó el vuelo; pero, casi inmediatamente, volvió a la carga y atacó al can.

Éste se revolvió contra el pajarraco; pero recibió un picotazo tan formidable, que, con la cabeza abierta, cayó al suelo sin vida.

En el momento de morir el fidelísimo *Serko,* Nadia exhaló un grito de horror.

—¡Allí! ¡Allí! —dijo.

De la tierra sobresalía una cabeza humana, a la que seguramente habría dado la joven con el pie, si la intensa claridad que venía del cielo no hubiese iluminado la estepa.

Nadia se arrodilló junto a aquella cabeza.

Nicolás había sido enterrado vivo hasta el cuello, según la bárbara costumbre de los tártaros, y abandonado en la estepa para que muriera allí de hambre y sed, si no sucumbía antes entre los dientes de los lobos o picoteado por las aves de rapiña. ¡Monstruoso suplicio el de aquella infeliz víctima, aprisionada en el suelo y oprimida por la tierra, de la que le era imposible desembarazarse por tener los brazos sujetos al cuerpo por medio de una cuerda, como los de un cadáver dentro del ataúd! ¡Vivía en un molde de arcilla, que no podía romper, llamando a la muerte que tardaba demasiado en poner término a agonía tan espantosa!

Hacía ya tres días que los tártaros habían enterrado allí a su prisionero, que, durante ese tiempo, había esperado inútilmente ser socorrido...

¡El socorro llegaba demasiado tarde para el desventurado Nicolás!

Los buitres, que habían visto aquella cabeza humana a ras de suelo, cerníanse sobre ella; pero el fiel perro había defendido hasta entonces a su amo, impidiendo que las aves de rapiña se acercasen.

Miguel Strogoff, valiéndose de su machete, empezó a sacar tierra para desenterrar a aquel ser vivo.

Nicolás, que hasta entonces había tenido cerrados los ojos, los abrió y, al reconocer a Miguel y a Nadia, murmuró:

—¡Adiós, amigos! Muero contento porque os he vuelto a ver. ¡Rogad por mí!

Estas fueron sus últimas palabras.

Miguel Strogoff prosiguió su tarea de abrir el suelo, que tenía la dureza de una roca por haber sido fuertemente apisonado, hasta que, al fin, logró extraer el cuerpo de Nicolás.

Le auscultó, pero el corazón del infortunado había cesado de latir.

Entonces quiso enterrarle para que no quedase expuesto en la estepa, y el hoyo en que Nicolás había sido enterrado vivo fue ensanchado lo sufi-

ciente para que pudiera ser sepultado muerto. El fiel *Serko* fue colocado junto a su amo.

En aquel momento oyóse un gran tumulto en el camino a una distancia de media versta del sitio en que estaban los jóvenes.

Miguel Strogoff escuchó y no tardó en conocer que aquel ruido lo promovía un destacamento de hombres a caballo que avanzaba hacia el Dinka.

A su voz, Nadia, que continuaba rezando de rodillas, se puso en pie.

—¡Mira, mira! —agregó el correo del zar.

—¡Los tártaros! —murmuró la joven.

Era, efectivamente, la vanguardia del ejército del emir, que desfilaba por la carretera de Irkutsk.

—¡Los tártaros no han de impedirme que le entierre! —dijo Miguel Strogoff.

Y prosiguió su trabajo.

El cuerpo de Nicolás, con las manos cruzadas sobre el pecho, quedó pronto colocado en aquella tumba; cuando esto quedó hecho, arrodilláronse Miguel Strogoff y Nadia, y rogaron, por última vez, por el alma de aquel pobre ser, inofensivo y bueno, que había pagado con la vida su adhesión a ellos.

—¡Ahora —dijo Miguel Strogoff, echando tierra sobre el cadáver— no podrán devorarle los lobos de la estepa!

Luego, con la mano tendida en actitud amenazadora hacia la tropa que pasaba, dijo:

—En marcha, Nadia.

No pudiendo volver a la carretera, ocupada ahora por los tártaros, veíase Miguel Strogoff obligado a lanzarse a través de la estepa, dando un rodeo para ir a Irkutsk.

No tenía ya, por consiguiente, que preocuparse de atravesar el Dinka.

Nadia no podía ya dar un paso, pero podía ver.

El correo del zar la cogió en brazos y, con ella, se encaminó hacia el sudoeste de la provincia.

Le faltaba recorrer aún más de doscientas verstas para llegar al término de su penoso viaje.

¿Cómo las anduvo? ¿Cómo no sucumbió rendido por tantas fatigas? ¿Cómo pudo alimentarse durante el camino? ¿En virtud de qué energía sobrehumana llegó a pasar las primeras pendientes de los montes Sayansk? Ni Nadia ni él lo habrían podido decir.

Y, sin embargo, doce días después —a las seis de la tarde del 2 de octubre— una inmensa sabana de agua desarrollábase a los pies de Miguel Strogoff.

Era el lago Baikal.

CAPÍTULO X

EL BAIKAL Y EL ANGARA

El lago Baikal, que tiene unas novecientas verstas de longitud y ciento de anchura, está situado a mil setecientos pies sobre el nivel del mar. Su profundidad es desconocida.

Refiere la señora Bourboulon que, según dicen los marineros, el Baikal quiere ser llamado "señora mar", porque si se le llama "señor lago" se enfurece en seguida. Sin embargo, según la leyenda, ningún ruso se ha ahogado en él jamás.

Este inmenso depósito de agua dulce, alimentado por más de trescientos ríos, encuéntrase en un magnífico circuito de montañas volcánicas. Su única salida es el Angara, que, después de pasar por Irkutsk, se une al Yenisei, un poco más arriba de la ciudad de Yeniseisk. En cuanto a los montes que forman su cintura, son un brazo de los Tunguzes y derivan del vasto sistema orográfico de los Altai.

El frío hacíase ya sentir en aquella época.

Tan pronto como el otoño llega a aquel territorio, sometido a condiciones climáticas particulares, parece absorberse en un invierno precoz.

Eran los primeros días de octubre, el sol desaparecía ya del horizonte a las cinco de la tarde y las largas noches hacían bajar la temperatura bajo cero.

Las primeras nieves, que ya no debían licuarse hasta el verano, blanqueaban las cimas próximas al Baikal.

Durante el invierno siberiano, aquel mar interior, cuya congelación tiene muchos pies de espesor, es frecuentemente atravesado por los trineos de los correos y de las caravanas.

Ya sea porque se le falta a la consideración debida llamándole ´«señor lago» o por cualquier otra razón más meteorológica, el Baikal está sujeto a tempestades violentas, y sus olas, rápidas como las de todos los mares interiores, son muy temidas por las balsas, por los barcos y por los vapores, que lo surcan durante el estío.

Miguel Strogoff acababa de llegar a la punta sudoeste del lago, con Nadia en brazos, quien, por decirlo así, tenía concentrada toda su vida en los ojos. ¿Qué podían esperar los dos en aquella parte desierta de la pro-

vincia sino morir de inanición y de abandono? Y, sin embargo, ¿cuánto les quedaba que recorrer de aquel largo camino de seis mil verstas que el correo del zar se había propuesto andar, para llegar al fin? Sólo sesenta verstas por el litoral del lago o hasta la desembocadura del Angara, y otras ochenta verstas desde este punto hasta Irkutsk, o sea ciento cuarenta verstas en total, distancia que un hombre sano y vigoroso podía recorrer, aun a pie, en el término de tres días.

Pero, ¿podía Miguel Strogoff considerarse todavía como tal hombre?

El Cielo, sin duda, no quiso someterle a prueba semejante.

La fatalidad, que no había cesado de perseguirle hasta entonces, pareció querer cesar un instante en su persecución, porque aquel extremo del lago Baikal, aquella parte de la estepa que él había creído desierta, y que efectivamente suele estarlo en todo tiempo, no lo estaba a la sazón.

En el ángulo que forma la punta sudoeste del lago encontrábanse reunidas unas cincuenta personas.

Nadia vio aquel grupo tan pronto como Miguel Strogoff, que la llevaba en brazos, desembocó del desfiladero de las montañas.

Durante un momento la joven creyó que aquel grupo era un destacamento tártaro, enviado para batir las orillas del Baikal, en cuyo caso ninguno de los dos habría podido huir; pero no tardó en tranquilizarse.

—¡Rusos! —exclamó.

Y, realizando este último esfuerzo, se cerraron sus párpados y su cabeza volvió a caer sobre el pecho de Miguel Strogoff.

Pero los jóvenes habían sido vistos también por los rusos, algunos de los cuales se apresuraron a salirles al encuentro, y los condujeron a una pequeña playa en que estaba amarrada una balsa, dispuesta ya para partir.

Aquellos rusos eran fugitivos de diversas condiciones, a quienes el mismo interés había reunido en aquel punto del lago Baikal. Hostigados por los exploradores tártaros, trataban de refugiarse en Irkutsk; pero, como no podían llegar por tierra, porque los invasores se habían posesionado de las dos orillas del Ongara, esperaban conseguir su objeto siguiendo el curso del río que atraviesa la ciudad.

Este proyecto de los fugitivos hizo palpitar de esperanza el corazón de Miguel Strogoff.

Iba a jugarse la última carta; pero más interesado que nunca en que no se descubriera su incógnito, el correo del zar tuvo fuerza de voluntad suficiente para ocultar sus impresiones.

El proyecto de aquel puñado de rusos era sumamente sencillo. Pensaban utilizar la corriente que sigue del Angara para llegar a la salida del lago, y, desde este punto hasta Irkutsk, se dejarían llevar por las aguas del río que se deslizan con una velocidad de diez o doce verstas por hora. De este modo, si no les sobrevenía accidente alguno, les bastaría día y medio para encontrarse a la vista de la ciudad.

Como en aquel sitio no habían encontrado embarcación alguna, les fue preciso improvisarla y, al efecto, construyeron una balsa o, por mejor decir, un tren de madera semejante a los que bajan ordinariamente por los ríos de Siberia. Un bosque de pinos, que se encontraba a la orilla, les proporcionó el material suficiente para la construcción de su aparato flotante. Unidos los troncos entre sí por ramas de mimbre, formaron una especie de plataforma sobre la cual se habrían podido colocar cómodamente cien personas.

A esta balsa, pues, fueron conducidos Miguel Strogoff y Nadia.

La joven había vuelto en sí.

Se le dio algún alimento, lo mismo que a su compañero, y, cuando los dos hubieron recobrado algún tanto las fuerzas, Nadia se tendió sobre un lecho de hojarasca y quedó profundamente dormida.

A los que le interrogaron, Miguel Strogoff no dijo nada de los sucesos ocurridos en Tomsk, limitándose a hacerse pasar por un vecino de Krasnoiarsk que no había podido llegar a Irkutsk antes de que las tropas del emir hubiesen llegado a la orilla izquierda del Dinka, y agregando que, muy probablemente, el grueso de las fuerzas tártaras había acampado ante la capital de Siberia.

No había, por consiguiente, un momento que perder, sobre todo teniendo en cuenta que el frío iba siendo cada vez más intenso, que durante la noche la temperatura descendía a más de cero, que en la superficie del Baikal se habían ya formado algunos témpanos de hielo y que, si la balsa podía maniobrar fácilmente sobre el lago, no ocurriría lo mismo en el Angara en el caso de que los hielos interceptaran su curso.

Por todas estas razones era preciso que los fugitivos partieran inmediatamente.

Y, en efecto, a las ocho de la noche se cortaron las amarras e, impulsada por la corriente, la balsa empezó a deslizarse sobre el lago siguiendo el litoral.

Grandes pértigas, manejadas por algunos robustos mujiks, bastaban para rectificar su dirección.

Un viejo marino del Baikal había tomado el mando de la balsa. Era un hombre de sesenta y cinco años, a quien las brisas del lago habían curtido la piel; tenía espesa barba blanca que le caía sobre el pecho; cubría su cabeza, de aspecto grave y austero, con un gorro de piel y vestía una larga y ancha hopalanda que le llegaba hasta los pies y que llevaba sujeta a la cintura.

Este anciano taciturno iba sentado a popa, mandaba por señas y no pronunciaba diez palabras en diez horas.

Por otra parte, la maniobra se reducía a mantener la balsa en el centro de la corriente, que seguía a lo largo del litoral, sin apartarse de él.

Como ya se ha dicho, en la balsa habíanse colocado rusos de condiciones diversas.

Efectivamente, a los campesinos indígenas, hombres, mujeres, viejos y niños, habíanse agregado dos o tres peregrinos a quienes había sorprendido la invasión de los tártaros durante su viaje, algunos monjes y un pope.

Los peregrinos, que llevaban el báculo, y la calabaza suspendida a la cintura, salmodiaban con voz plañidera. Uno de ellos venía de Ucrania; otro, del mar Amarillo, y el tercero, de las provincias de Finlandia.

Este último, ya de edad avanzada, llevaba a la cintura un cepillo cerrado con un candado, como si estuviera colgado de la pared de una iglesia; pero el peregrino no poseía la llave para abrirlo, porque de cuanto recogiese durante su largo y penoso viaje nada era para él. El cepillo no debía ser abierto hasta el regreso de la peregrinación.

Los monjes venían del norte del Imperio. Hacía tres meses que habían salido de Arkángel, cuya ciudad tiene para algunos viajeros el mismo aspecto que las poblaciones de Oriente, y habían visitado las islas Santas, cerca de la costa de Carelia, el convento de Solovetsk, el de Troitsa, los de san Antonio y santa Teodosia en Kiev, la antigua ciudad favorita de los Jagellones, el monasterio de Simeonof en Moscú, el de Kazán, así como su iglesia de los Viejos Creyentes, y volvían a Irkutsk con la ropa, el capuchón y los vestidos de sarga.

En cuanto al pope, era un sencillo cura de aldea, uno de los seis mil pastores del pueblo que existen en el Imperio ruso, y vestía tan miserablemente como los campesinos, a quienes realmente no aventajaba mucho, pues no tenía rango ni poder alguno en la iglesia y, aunque bautizaba, casaba y enterraba, veíase obligado, como cualquier modesto agricultor, a labrar su pedazo de tierra. Había podido sustraer a sus hijos y a su esposa a las brutalidades de los tártaros, enviándolos a las provincias del Norte; pero él había permanecido en su parroquia hasta el último momento, y cuando a la postre tuvo que huir, como el camino de Irkutsk estaba ya cerrado, fuele preciso dirigirse al lago Baikal.

Estos diversos religiosos, agrupados en la popa de la balsa, oraban a intervalos regulares, elevando la voz en medio de la noche silenciosa y, al fin de cada versículo de su oración, escapábaseles de los labios el *Slava Bogu* (gloria a Dios).

Durante la navegación no ocurrió incidente alguno que merezca mencionarse. Nadia continuó sumergida en un sopor profundo y Miguel Strogoff veló a su lado.

El sueño no acometió al correo del zar sino a largos intervalos, y, hasta cuando esto ocurrió, su pensamiento no dejó de estar en vela.

Al venir el día, la balsa, retrasada por la violenta brisa que contrarrestaba la acción de la corriente del agua, encontrábase aún a cuarenta verstas de la desembocadura del Angara, y, según todas las apariencias, no podría llegar a ella antes de las tres o las cuatro de la tarde; pero esto, lejos de ser un inconveniente sería, por el contrario, una ventaja, puesto que los fugiti-

vos navegarían entonces por el río durante la noche y la oscuridad favorecería su llegada a Irkutsk.

El único temor que manifestó varias veces el viejo marinero que dirigía la balsa fue el de que se congelase el agua e impidiera la navegación, porque la noche había sido extremadamente fría y veíanse ya numerosos témpanos de nieve, que eran arrastrados hacia el Oeste por el viento.

Estos témpanos no eran temibles, puesto que no podían derivar hacia el Angara, cuya desembocadura habían ya rebasado; pero debía suponerse que los que vinieran de la parte oriental del lago podían ser atraídos por la corriente y situarse entre las dos orillas del río.

Si tal cosa ocurría, podrían surgir dificultades y retrasos, y hasta quizá algún obstáculo insuperable que detuviera a la balsa.

Por esto, sin duda, tenía Miguel Strogoff tan vivo interés en saber cuál era el estado del lago y si eran muchos los témpanos de hielo que flotaban en él.

Nadia, que ya había despertado y era interrogada con frecuencia, iba dándole cuenta de todo lo que pasaba en la superficie del agua.

Mientras los témpanos derivaban de este modo, producíanse curiosos fenómenos en la superficie del Baikal. Eran magníficos surtidores de agua hirviente, que brotaban de algunos de esos pozos artesianos, abiertos en el mismo lecho del lago por la Naturaleza.

Los chorros de estos surtidores elevábanse a gran altura y extendíanse en vapores, que los rayos solares irisaban y el frío condensaba casi inmediatamente.

Este curioso espectáculo habría maravillado seguramente al turista que, viajando en plena luz y por puro pasatiempo, lo hubiese contemplado al hacer una excursión por aquel mar siberiano.

A las cuatro de la tarde, señaló el viejo marinero que dirigía la balsa la desembocadura del Angara entre las altas rocas graníticas del litoral.

En la orilla derecha veíanse el pequeño puerto de Livenitchnaia, su iglesia y algunas de las casas edificadas en la orilla.

Pero, circunstancia muy grave, hacia el centro del río derivaban ya los primeros témpanos de hielo, procedentes del Este, que, por tanto, bajaban con dirección a Irkutsk. Sin embargo, su número no era todavía tan grande que pudiese obstruir el curso del agua, ni el frío era tan intenso que se temiera que la congelase por completo.

Al llegar al puentecillo, la balsa se detuvo. El viejo marinero había decidido detenerse allí una hora, con objeto de hacer algunas reparaciones indispensables, porque los troncos de que estaba formada la balsa amenazaban desunirse e importaba ligarlos más sólidamente para que pudieran resistir la corriente del Angara, que era muy rápida.

Durante el estío, el puerto de Livenitchnaia es una estación de embarque o desembarque para los viajeros del lago Baikal, tanto para los que se dirigen a Kiaktha, última ciudad de la frontera ruso-china, como para los

que de este punto regresan y, por esta razón, vese muy frecuentado por los vapores y pequeños barcos de cabotaje; pero a la sazón estaba abandonado.

El vecindario de Livenitchnaia no había querido quedar expuesto a las depredaciones de los tártaros que recorrían las orillas del Angara y había enviado a Irkutsk la flotilla de pequeñas embarcaciones que, de ordinario, inverna en su puerto, y, cargado con cuanto le fue posible llevar consigo, habíase refugiado oportunamente en la capital de la Siberia oriental.

Por esta razón, el viejo marinero no esperaba recoger nuevos fugitivos en el puerto de Livenitchnaia; pero, esto no obstante, en el momento en que se detuvo allí la balsa, dos pasajeros, que salieron de una casa desierta, corrieron con toda la fuerza de sus piernas hacia la playa.

Nadia, que, como se ha dicho, iba sentada a popa, miraba distraídamente, y, al ver a aquellos dos hombres, estuvo a punto de gritar; pero se contuvo, limitándose a estrechar la mano de Miguel Strogoff.

Éste, al advertir el movimiento de la joven, levantó la cabeza y preguntó:

—¿Qué tienes, Nadia?

—Nuestros dos compañeros de viaje, Miguel.

—¿El francés y el inglés a quienes encontramos en los desfiladeros del Ural?

—Sí.

Miguel Strogoff se estremeció, porque el riguroso incógnito que él quería conservar corría el peligro de ser descubierto.

Efectivamente, no era Nicolás Korpanoff a quien Alcides Jolivet y Enrique Blount iban a ver ahora, sino al verdadero Miguel Strogoff, correo del zar.

Los periodistas le habían encontrado ya dos veces después de su separación en la casa de postas de Ichim: la primera en el campamento de Zebediero, cuando él había señalado el rostro de Iván Ogareff azotándole con el *knut,* y la segunda en Tomsk, cuando fue condenado por el emir. Sabían, por consiguiente, a qué atenerse respecto a su verdadera personalidad. Miguel Strogoff adoptó en seguida su partido.

—Nadia —dijo—; cuando el francés y el inglés se embarquen, ruégales que se acerquen a mí.

Eran, efectivamente, Enrique Blount y Alcides Jolivet, a quienes la fuerza de los acontecimientos, y no la casualidad, había conducido al puerto de Livenitchnaia, de igual modo que a Miguel Strogoff.

Como ya se sabe, después de haber presenciado la entrada triunfal de los tártaros en Tomsk, los periodistas habían salido de allí antes de la salvaje ejecución que puso término a la fiesta, y no dudaban, por consiguiente, que su antiguo compañero de viaje hubiese sido condenado a muerte. Ignoraban en absoluto que el emir se hubiera limitado a ordenar que le dejaran ciego.

Después de haberse proporcionado caballos, habían abandonado Tomsk con el propósito bien decidido de fechar en lo sucesivo sus crónicas en los campamentos rusos de la Siberia oriental.

Al efecto, Alcides Jolivet y Enrique Blount habíanse dirigido a marchas forzadas a Irkutsk, adonde esperaban llegar antes que Féofar-Kan, cosa que habrían seguramente conseguido, sin la inopinada aparición de aquella tercera columna de invasores, procedente de las comarcas del Sur, que había llegado por el valle del Yenisei.

Lo mismo que Miguel Strogoff, ellos habían encontrado el camino interceptado antes de haber podido llegar al Dinka, y de aquí la necesidad que tuvieron de bajar hasta el lago Baikal.

Cuando llegaron a Livenitchnaia, encontraron el puerto ya desierto, y como, por otra parte, les era imposible entrar en Irkutsk, rodeada por los ejércitos tártaros, hacía tres días que se encontraban allí muy embarazados y sin saber qué resolución adoptar, cuando llegó la balsa.

Enterados del deseo de los fugitivos y de las probabilidades que tenían de pasar inadvertidos durante la noche y de entrar en Irkutsk, resolvieron intentar la aventura.

A este efecto, púsose Alcides Jolivet inmediatamente al habla con el viejo marinero y le pidió pasaje para él y para su colega, ofreciendo pagar el precio que se le exigiera, cualquiera que éste fuese.

—Aquí no se paga —le respondió el viejo marinero—. Se arriesga la vida únicamente.

Los dos periodistas embarcáronse, pues, y Nadia los vio colocarse en la proa de la balsa.

Enrique Blount continuaba siendo el mismo inglés frío de siempre, que, durante la travesía de los montes Urales, apenas le había dirigido la palabra.

Alcides Jolivet, por el contrario, parecía estar algo más serio que de ordinario; pero es preciso convenir en que las circunstancias justificaban su seriedad.

Acababa éste de instalarse a proa de la balsa, cuando sintió que una mano se apoyaba en su brazo.

Volvióse en seguida y reconoció a Nadia, la hermana del que había dejado de ser Nicolás Korpanoff para convertirse en Miguel Strogoff, correo del zar.

Estuvo a punto de proferir un grito de sorpresa, pero se reprimió al ver que Nadia se ponía un dedo sobre los labios, recomendándole el silencio.

—Venga usted —le dijo la joven.

Y, con aspecto indiferente, Alcides Jolivet la siguió, después de indicar por señas a Enrique Blount que le acompañara.

Pero si la sorpresa que los periodistas experimentaron al encontrar a Nadia en la balsa había sido grande, la que les produjo el ver a Miguel Strogoff, a quien no podían creer vivo, no tuvo límites.

Cuando se le aproximaron, el correo del zar permaneció inmóvil.

Sorprendido Alcides Jolivet, volvióse hacia la joven con gesto interrogador.

—No puede verles a ustedes, señores —explicó Nadia—. Los tártaros le quemaron los ojos. ¡Mi pobre hermano está ciego!

En el rostro de Alcides Jolivet y de su compañero se reflejó un sentimiento, muy vivo, de compasión.

Un momento después, sentados ambos al lado de Miguel Strogoff, le estrechaban la mano esperando que les hablase.

—Señores —dijo el correo del zar en voz baja—, ustedes no deben saber quién soy ni qué he venido a hacer en Siberia, y les ruego que respeten mi secreto. ¿Me lo prometen?

—Por mi honor —respondió Alcides Jolivet.

—Por mi fe de caballero —agregó Enrique Blount.

—Gracias, señores.

—¿Podemos serle útiles en algo? —preguntó Enrique Blount—. ¿Quiere usted que le ayudemos a cumplir su misión?

—Prefiero cumplirla solo —repuso Miguel Strogoff.

—Pero esos miserables le han quitado la vista —dijo Alcides Jolivet.

—Tengo a Nadia y sus ojos me bastan.

Media hora más tarde, la balsa, que había salido del pequeño puerto de Livenitchnaia, entraba en el río. Eran las cinco de la tarde. La noche, que estaba ya próxima, debía de ser muy oscura y también muy fría, porque la temperatura estaba bajo cero.

Alcides Jolivet y Enrique Blount habían prometido a Miguel Strogoff guardar su secreto; pero no se separaron de él, sin embargo, sino que continuaron al lado suyo conversando en voz baja. El ciego, completando lo que ya sabía con lo que le dijeron los periodistas, pudo formarse una idea exacta del estado de las cosas.

Era cierto, en efecto, que los tártaros rodeaban, a la sazón, Irkutsk, y que las tres columnas invasoras se habían reunido ya, y, por consiguiente, no podía dudarse que el emir e Iván Ogareff se encontraban ante la capital.

¿Por qué, entonces, tenía tanta prisa el correo del zar por llegar a Irkutsk, si ya no podía entregar al gran duque la carta imperial y desconocía su contenido? Alcides Jolivet y Enrique Blount no lo comprendían, como Nadia tampoco lo había comprendido.

Por lo demás, ninguno de los interlocutores habló del pasado hasta el momento en que Alcides Jolivet creyó su deber decir a Miguel Strogoff:

—Le debemos a usted nuestras excusas por no haberle estrechado la mano cuando nos separamos en la casa de postas de Ichim.

—No, tenían ustedes derecho a creerme un cobarde.

—En todo caso —agregó Alcides Jolivet— azotó usted magníficamente el rostro de aquel miserable, que conservará la señal largo tiempo.

—No; largo tiempo, no —repuso sencillamente Miguel Strogoff.

A la media hora de haber salido de Livenitchnaia, Alcides Jolivet y su compañero estaban al corriente de las terribles pruebas por que Miguel Strogoff y su compañera habían pasado, y no podían menos que admirar sin reservas la energía del uno, a la que sólo podía igualarse la adhesión de la otra.

Los periodistas pensaron de Miguel Strogoff exactamente lo mismo que había dicho, en Moscú, el zar: "¡Verdaderamente, es un hombre completo!"

La balsa corría rápidamente por entre los témpanos de hielo que arrastraba la corriente de Angara.

A una y otra orilla desarrollábase un panorama movible y, por una ilusión de óptica, parecía que el aparato flotante estaba fijo ante aquella sucesión de lugares pintorescos. Aquí, veíanse altos acantilados graníticos, extrañamente perfilados; allá, incultos desfiladeros de donde se escapaba algún arroyo torrencial; algunas veces, una espaciosa llanura con su correspondiente aldehuela humeando aún, y, luego, espesos bosques de pinos de los que salían brillantes llamas.

Pero si los tártaros habían dejado por doquier huellas siniestras de su paso, no se les veía aún, sin duda porque se habían concentrado especialmente en los alrededores de Irkutsk.

Mientras tanto, los peregrinos continuaban rezando en alta voz, y el viejo marino, rechazando los témpanos de hielo que le estrechaban demasiado cerca, mantenía imperturbablemente la balsa en medio de la rápida corriente del Angara.

CAPÍTULO XI

ENTRE DOS ORILLAS

Conforme era de prever, dado el estado del cielo, a las ocho de la noche toda la comarca estaba envuelta en una profunda oscuridad.

La luna era nueva y no debía mostrarse en el horizonte.

Desde el centro del río, no se distinguían las orillas; las rocas confundíanse, a poca altura, con las espesas nubes, que casi no se movían, y algunas ráfagas de viento, que a intervalos venían del Este, parecían expirar en aquel estrecho valle del Angara.

La oscuridad favorecía, por consiguiente, en gran manera los proyectos de los fugitivos, pues aunque las avanzadas tártaras estuviesen escalonadas en ambas orillas, la balsa tenía muchas probabilidades de pasar inadvertida.

Tampoco era inverosímil que los sitiadores hubiesen interceptado el río más arriba de Irkutsk sabiendo que los rusos no podían esperar socorro alguno por el Sur de la provincia.

Por lo demás, dentro de poco, la misma Naturaleza interceptaría el paso condensando por el frío los témpanos de hielo acumulados entre una y otra orilla.

El silencio más absoluto reinaba a la sazón a bordo de la balsa.

Desde que el aparato flotante bajaba por el río, la voz de los peregrinos no se oía; continuaban rezando, pero su rezo no era más que un murmullo, cuyo eco no podía llegar a la orilla.

Los fugitivos, tendidos sobre la plataforma, casi no rompían la línea horizontal del agua, de la que apenas sobresalía la de sus cuerpos.

La única ocupación del viejo marinero que iba a proa, echado cerca de sus hombres, era la de apartar de la balsa, con el mayor silencio posible, los témpanos de hielo.

Hasta los mismos témpanos que flotaban río abajo favorecían a los fugitivos, suponiendo que luego no constituyesen un obstáculo insuperable para la travesía, porque a pesar de la espesa sombra de aquella noche, la balsa aislada sobre las aguas libres, habría sido vista probablemente de no haberse confundido con aquellas masas movibles de todas las formas y

todos los tamaños, y si el ruido que éstas producían, al chocar unas con otras, no hubiese cubierto cualquier otro ruido sospechoso.

El frío intenso, que se propagaba a través de la atmósfera, hacía sufrir cruelmente a los fugitivos, que sólo podían abrigarse con hojas de abedul y que, para soportar mejor la baja temperatura que durante aquella noche debía bajar a diez grados bajo cero, estrechábanse unos contra otros.

No hacía mucho viento, pero el poco que llegaba, después de haber pasado por las montañas del Este, cubiertas de nieve, contribuía a aumentar los sufrimientos de los infelices refugiados en la balsa.

Miguel Strogoff y Nadia, tendidos a popa, soportaban con resignación, y sin exhalar la menor queja, aquel sufrimiento que acrecentaba las penalidades de su situación, y Alcides Jolivet y Enrique Blount, echados al lado de ellos, resistían los primeros embates del invierno siberiano del mejor modo posible; pero ni unos ni otros hablaban ya, ni en voz baja siquiera. El pensamiento de todos estaba concentrado en la situación por que atravesaban, pues de un momento a otro podía sobrevenir un incidente, surgir algún peligro y hasta ocurrir una catástrofe, de la que no creían posible salvarse.

En cuanto a Miguel Strogoff, parecía estar tan singularmente tranquilo que, tratándose de un hombre que confiaba llegar a cumplir su misión, no podía por menos de sorprender, aunque, ciertamente, la energía jamás le había abandonado, por graves que hubiesen sido las circunstancias. Veía ya próximo el momento en que, al fin, le sería permitido pensar en su madre, en Nadia y en sí mismo, pues sólo tenía que salvar el último peligro que en caso desgraciado podría sobrevenirle, y era el de que a la balsa, detenida por los hielos, le fuera absolutamente imposible llegar a Irkutsk. No pensaba más que en esto; pero estaba completamente decidido, si ello era necesario, a intentar un supremo golpe de audacia.

Nadia, a quien algunas horas de reposo habían repuesto, había recobrado la energía física que la desgracia habría podido quebrantar a veces, aunque no hubiese aminorado un solo instante su energía moral. También pensaba que, en el caso de que Miguel Strogoff realizase un nuevo esfuerzo para conseguir su propósito, ella debía estar a su lado para guiarle; pero, cuanto más se aproximaba a Irkutsk, con más claridad dibujábase en su mente la imagen de su padre. Le veía en la ciudad sitiada, lejos de los seres perdidos, pero —la joven no podía poner esto en duda— luchando contra los invasores con todo el ardor de su patriotismo. Si, al fin, el cielo les era propicio, dentro de algunas horas podría abrazar a su progenitor, a quien transmitiría las últimas palabras de su madre y de quien no volvería a separarse jamás.

Aunque el destierro de Basilio Fédor no tuviera término, Nadia, hija amantísima, estaba decidida a permanecer desterrada con él.

Luego, por la natural asociación de ideas, acordábase del joven a quien iba a deber la dicha de abrazar a su padre, del generoso compañero, del

hermano que, cuando fuesen rechazados los tártaros, regresaría nuevamente a Moscú y a quien posiblemente no volvería a ver...

En cuanto a Alcides Jolivet y Enrique Blount, ambos tenían el mismo y único pensamiento: el de que la situación era extremadamente dramática y de que, si sabían sacar partido de ella, les serviría de tema para una de sus crónicas más interesantes.

El inglés pensaba, por consiguiente, en los lectores del *Daily Telegraph* y el francés en los de su *prima Magdalena;* pero, en el fondo, ambos experimentaban cierta emoción ante el temor de lo que pudiera ocurrir.

"¡Eh! ¡Tanto mejor! —pensaba Alcides Jolivet—. No se puede conmover a nadie si no se está conmovido. Creo que hay un verso célebre acerca de este asunto, pero ¡el diablo cargue conmigo si lo sé...!"

Y con su experimentada vista trataba de penetrar la sombra espesísima en que el río se hallaba envuelto.

Sin embargo, a veces, grandes resplandores rasgaban aquella oscuridad iluminando de un modo fantástico los diversos macizos roqueños de las orillas: era un bosque que ardía o el incendio de alguna aldea, siniestra reproducción de los cuadros del día, que formaba extraño contraste con la noche.

Cuando esto ocurría, iluminábase el Angara desde una orilla a otra, los témpanos de hielo convertíanse en espejos que, reflejando las llamas en todos los ángulos y con todos los colores, se deslizaban sobre las aguas siguiendo los caprichos de la corriente, y la balsa, confundida en medio de aquellos cuerpos flotantes, pasaba sin que el enemigo la viese.

El peligro no estaba aún allí; pero no por eso dejaban de encontrarse amenazados los fugitivos, porque, aunque de otra naturaleza, el peligro existía. Ellos no podían preverlo y, sobre todo, no podían evitarlo.

La casualidad hizo que Alcides Jolivet lo descubriese, y he aquí en qué circunstancias.

Tendido en el lado derecho de la balsa, el periodista francés había dejado caer su mano al nivel del agua, cuando, de repente, le sorprendió la impresión que le produjo el contacto de la corriente, cuya superficie le pareció que era de consistencia viscosa, como si estuviera formada de aceite mineral.

Para cerciorarse, y como si ese testimonio del tacto no le fuera suficiente, apeló al olfato, y entonces adquirió la evidencia de que, sobre la superficie del Angara, flotaba una capa de nafta líquida que era arrastrada por la corriente.

¿Navegaba realmente, entonces, la balsa sobre aquella sustancia tan eminentemente combustible? ¿De dónde procedía aquella nafta? ¿Debíase su aparición sobre la superficie del Angara a un fenómeno natural o era un medio de destrucción puesto en práctica por los tártaros? ¿Pretendían incendiar Irkutsk por procedimientos que el derecho de la guerra no justifica jamás entre naciones civilizadas?

Tales fueron las preguntas que se hizo Alcides Jolivet; pero no creyendo deber informar de este incidente más que a Enrique Blount, a éste solo comunicó sus temores, conviniendo ambos en no alarmar a sus compañeros descubriéndoles este nuevo peligro.

El suelo del Asia Central semeja, como se sabe, una esponja impregnada de carburos de hidrógeno líquidos, y los manantiales de aceite mineral brotan a millares en la superficie de los terrenos, en el puerto de Bakú, en la frontera persa, en la península de Abcheron, en el Caspio, en el Asia Menor, en China, en Yung-Hyan y en Birmania. Puede decirse que es aquél el *país del aceite,* semejante al que en la actualidad lleva este mismo nombre en Norteamérica.

Los indígenas de aquellos países, que son adoradores del fuego, durante la celebración de algunas fiestas religiosas arrojan al mar, especialmente en el puerto de Bakú, la nafta líquida, que, por ser menos densa que el agua, flota sobre la superficie. Al llegar la noche y cuando ya se ha esparcido sobre el Caspio una extensa capa de aceite mineral, la incendian para admirar el espectáculo incomparable de un mar de fuego que ondula agitado por la brisa.

Pero este espectáculo, que en Bakú es sólo una diversión, en las aguas del Angara habría sido una catástrofe, porque si, intencionadamente o por imprudencia, caía una chispa de fuego sobre la nafta, el incendio se extendería inmediatamente hasta más allá de la ciudad de Irkutsk.

No era de temer que los fugitivos que iban en la balsa cometiesen imprudencia alguna; pero todo debía temerse de los incendios que iluminaban el espacio a una y otra orilla del río, porque bastaba que cayera una tea o una sola chispa en el Angara para que inmediatamente se inflamase la nafta que flotaba sobre la corriente.

Fácilmente se comprenderá, pues, que abrigasen serios temores Alcides Jolivet y Enrique Blount, quienes no cesaban de preguntarse si, en vista de aquel nuevo peligro, no sería preferible atracar en una de las orillas, desembarcar y esperar en tierra los acontecimientos.

—En todo caso —dijo Alcides Jolivet—, sé de una persona que no desembarcará, por inminente que sea el peligro.

Al decir esto aludía a Miguel Strogoff.

Mientras tanto, la balsa derivaba rápidamente en medio de los témpanos de hielo, cuyo número aumentaba cada vez más.

Hasta entonces no se había visto en las orillas del Angara ningún destacamento tártaro, lo que indicaba que la balsa no había llegado aún a la altura de sus puestos avanzados; pero, a las diez de la noche aproximadamente, Enrique Blount creyó distinguir numerosos cuerpos negros que se movían sobre los témpanos.

Aquellas sombras, saltando sobre el hielo, se aproximaban rápidamente.

«¡Son tártaros!», pensó.

Y deslizándose hasta el viejo marinero, que iba a popa, le mostró aquel movimiento sospechoso.

El anciano miró atentamente y, luego, dijo:

—No son más que lobos. Los prefiero a los tártaros; pero, de todos modos, es preciso defenderse, y en silencio.

Efectivamente, los fugitivos tuvieron que luchar con aquellas fieras carniceras, que el hambre y el frío lanzaban a través de la provincia.

Los lobos habían visto la balsa y en seguida la atacaron.

Los fugitivos viéronse, por consiguiente, en la necesidad de defenderse, pero sin hacer uso de las armas de fuego, para evitar que el rumor de la lucha llegase a los puestos avanzados de los tártaros, que no podían estar muy lejos.

Las mujeres y los niños se agruparon en el centro de la balsa, y los hombres, unos con pértigas, otros con sus cuchillos y los demás con palos, se apercibieron para rechazar a los asaltantes. Ellos no exhalaban un grito, pero los lobos desgarraban el aire con sus aullidos.

Miguel Strogoff, que no había querido permanecer inactivo, habíase tendido en el lado de la balsa atacado por la banda de fieras carniceras, había desenvainado su cuchillo y, cada vez que un lobo se ponía al alcance de su mano, le clavaba el arma en la garganta.

Enrique Blount y Alcides Jolivet tampoco estuvieron ociosos, sino que, por el contrario, desempeñaron una ruda tarea, valerosamente secundados por sus compañeros.

Aunque muchos de los fugitivos sufrieron graves mordeduras, el combate se realizó en silencio.

Sin embargo, la lucha amenazaba prolongarse durante largo tiempo, porque los lobos se renovaban constantemente y, según todas las apariencias, la margen derecha del Angara estaba infestada.

—¡Esto no va a acabarse nunca! —decía Alcides Jolivet, blandiendo su puñal, enrojecido por la sangre de las fieras.

Y, efectivamente, media hora después de haber empezado el ataque, centenares de lobos corrían aún a través de los témpanos de hielo.

Los fugitivos, extenuados de cansancio, decaían ostensiblemente, por lo que era de temer que el combate concluyera con una derrota para ellos.

Un grupo de diez lobos de gigantesco tamaño, doblemente enfurecidos por la cólera y por el hambre, y cuyos ojos brillaban en la oscuridad como carbones enrojecidos, invadió la plataforma de la balsa.

Alcides Jolivet y Enrique Blount lanzáronse inmediatamente hacia ellos, mientras Miguel Strogoff se arrastraba hacia los terribles animales; pero éstos cambiaron de pronto de actitud y, en el breve espacio de algunos segundos, no sólo abandonaron la balsa, sino también los témpanos de hielo que flotaban sobre el río.

Todos aquellos cuerpos negros, saltando a toda prisa a la orilla derecha del Angara, se dispersaron rápidamente y momentos después desaparecían, por completo, de la vista de los fugitivos rusos.

¡Era que los lobos necesitaban las tinieblas y una viva claridad iluminaba entonces las aguas del río en todo su curso!

Aquella claridad era el resplandor de un inmenso incendio. El pequeño pueblo de Poshkavsk ardía por todas partes. Los tártaros estaban allí y, esta vez, completaban su obra.

Desde aquel punto hasta más allá de Irkutsk, los invasores ocupaban las dos orillas del Angara y, por consiguiente, los fugitivos se encontraban ya en la zona peligrosa de su travesía, faltándoles aún por recorrer treinta verstas para llegar a la capital.

Eran las once y media de la noche. La balsa continuaba deslizándose en la sombra por entre los témpanos de hielo, con los cuales se confundía completamente; pero, a veces, llegaban hasta ella grandes ráfagas de luz, por lo que los fugitivos, tendidos sobre la plataforma, apenas se atrevían a moverse, para no delatarse a sí mismos.

La conflagración del pueblecillo efectuábase con extraordinaria violencia. Las casas, que eran de abeto, ardían como resina; las ciento cincuenta de que se componía el lugar, ardían al mismo tiempo, confundiéndose las crepitaciones del incendio con los aullidos de los lobos.

El viejo marino, utilizando como punto de apoyo los témpanos de hielo próximos a la balsa, había conseguido llevarla hacia la orilla derecha, poniendo entre ella y las playas incendiadas de Poshkavsk una distancia de trescientos a cuatrocientos pies.

Sin embargo, los fugitivos, iluminados a veces por los resplandores del incendio, habrían sido vistos seguramente por los incendiarios, si éstos no hubiesen estado demasiado ocupados en la destrucción del pueblo, y fácilmente se comprenderá cuáles debían ser entonces los temores de Alcides Jolivet y de Enrique Blount, que sabían que la balsa flotaba sobre un líquido combustible.

En efecto, de las casas, que eran otros tantos hornos ardientes, escapábanse haces de chispas que, en medio de las volutas de humo, ascendían al espacio hasta quinientos o seiscientos pies de altura.

En la margen derecha del río, expuesta de frente a esta conflagración, los árboles y las piedras parecían como inflamados, y, por consiguiente, bastaba que cayera al agua una sola chispa para que el incendio se propagara por la superficie del Angara y llevara el desastre de una a otra orilla. La destrucción de la balsa y de todos los que iban en ella habría sido en este caso obra de pocos momentos.

Afortunadamente, las débiles brisas de la noche no soplaban de aquella parte, sino que, por el contrario, continuaban viniendo del Este y empujaban las llamas hacia la izquierda. Era posible aún que los fugitivos escaparan a este nuevo peligro.

Y así ocurrió efectivamente. La balsa dejó tras de sí el pueblo que las llamas devoraban, el resplandor del incendio disminuyó poco a poco, las crepitaciones se atenuaron y los últimos haces luminosos desaparecieron detrás de las altas rocas que se levantaban en un brusco recodo del río.

Eran las doce de la noche, poco más o menos. La sombra, que había vuelto a espesarse, protegía de nuevo la balsa; a los tártaros, que continuaban yendo y viniendo por las dos orillas, no podía vérseles, pero se les oía, y los fuegos de sus puestos avanzados brillaban de una manera extraordinaria.

Como los témpanos de hielo iban estrechándose en derredor de la balsa, era necesario maniobrar con más precisión, y, con este propósito, el viejo marino se puso en pie y los mujiks empuñaron sus bicheros.

Todos tenían mucho quehacer porque, como el lecho del río se obstruía visiblemente, la conducción de la balsa se hacía cada vez más difícil.

Miguel Strogoff habíase arrastrado hacia proa y Alcides Jolivet le había seguido, escuchando ambos lo que decían el viejo marinero y sus hombres.

—Vigila el lado derecho.

—Los témpanos de hielo se condensan a la izquierda.

—¡Defiende la balsa! ¡Defiéndela con el bichero!

—¡Antes de una hora quedaremos detenidos!

—Eso será si Dios quiere —respondió el viejo marinero—. Nada puede hacerse contra su voluntad.

—¿Ha oído usted? —preguntó Alcides Jolivet a Miguel Strogoff.

—Sí —respondió el correo del zar—, pero Dios está de nuestra parte.

Sin embargo, la situación se agravaba por momentos. Si la marcha de la balsa quedaba interrumpida, los fugitivos no sólo no llegarían a Irkutsk, sino que se verían obligados a abandonar su aparato flotante, que, aplastado por los hielos, desaparecería bajo ellos. Las cuerdas de mimbre se romperían entonces; los troncos de pinos, separados violentamente, se incrustarían en los duros témpanos, y los desgraciados náufragos no tendrían otro refugio que el hielo mismo. ¡Al día siguiente serían vistos por los tártaros, que les asesinarían sin piedad!

Miguel Strogoff volvió a popa, donde estaba Nadia esperándole.

El correo del zar aproximóse a la joven, le agarró una mano y le dirigió su invariable pregunta:

—¿Estás dispuesta a todo, Nadia?

—A todo estoy dispuesta.

Durante algunas verstas más, la balsa prosiguió la marcha por entre los témpanos flotantes. Si, más adelante, el Angara se estrechaba, se formaría una barrera de hielo y, por consiguiente, a la balsa le sería imposible seguir la corriente.

La marcha hacíase ya con suma lentitud. Aquí sufría un choque la balsa, más allá era preciso dar un rodeo, en esta parte había que evitar un

abordaje, en la otra se necesitaba pasar por una estrechura y por doquier surgían dificultades que eran otros tantos retardos que inquietaban en gran manera a los fugitivos.

Sólo faltaban algunas horas para que terminase la noche, y, si no se llegaba a Irkutsk antes de las cinco de la mañana, debía perderse toda esperanza de entrar en la ciudad.

A pesar de cuantos esfuerzos se realizaron, a la una y media chocó la balsa contra una espesa barrera de hielo y se detuvo definitivamente; pero como, a su vez, chocaban contra ella los témpanos que bajaban por el río, quedó inmóvil y como encallada en un arrecife, siéndole imposible avanzar ni retroceder, puesto que era estrechada por una y otra parte.

En aquel sitio la anchura del Angara disminuía tanto, que casi quedaba reducida a la mitad, a cuya circunstancia debíase la acumulación de los témpanos de hielo, que se habían soldado unos con otros, a causa no sólo de la presión, que era considerable, sino también del frío, cuya intensidad había aumentado grandemente.

El lecho del río volvía a ensancharse a quinientos pasos más abajo, y los témpanos, que poco a poco se desprendían del borde inferior de aquel campo de hielo, continuaban derivando hacia Irkutsk.

Sin la estrechez del lecho del Angara en aquel sitio, probablemente no se habría formado la barrera de hielo que había detenido la balsa y ésta hubiera podido seguir bajando, impulsada por la corriente.

Desgraciadamente, el mal no tenía remedio y los fugitivos tenían que renunciar a la esperanza de dar cima a su empresa de llegar a la ciudad.

Si al menos hubieran dispuesto de los utensilios de que suelen servirse los balleneros para abrir canales a través del hielo, habrían podido franquearse el paso hasta el lugar en que el río vuelve a ensancharse, cortando los témpanos; pero, ¿hubiesen tenido tiempo para efectuar la operación?

De todos modos, los fugitivos no llevaban sierra, ni pico ni herramienta alguna con que romper aquella corteza de hielo, a la que el frío había dado la dureza del granito. ¿Qué partido podía adoptarse en aquellas circunstancias?

En aquel momento sonaron disparos de arma de fuego en la orilla derecha del Angara, desde donde fue dirigida una lluvia de balas contra la balsa.

Los desgraciados fugitivos habían sido vistos, seguramente, porque también les dispararon desde la orilla izquierda y, cogidos de este modo entre dos fuegos, quedaron convertidos en blanco de los tártaros.

Aunque en medio de la oscuridad no podían los tiradores fijar la puntería, algunos fugitivos fueron heridos por las balas.

—¡Ven, Nadia! —murmuró Miguel Strogoff al oído de la joven.

Y ésta, sin hacer observación alguna, dispuesta a todo, agarró la mano de su compañero.

—Vamos a cruzar la barrera de hielo —agregó el correo del zar en voz baja—. Sígueme, pero procura que no nos vean salir de la balsa.

Nadia obedeció, y ambos jóvenes se deslizaron rápidamente en dirección al campo de hielo, en medio de la profunda oscuridad que los fogonazos de los disparos de las armas de fuego rompían de cuando en cuando.

Nadia iba a rastras delante de Miguel Strogoff. Las balas caían en torno de ellos como violenta granizada y crepitaban sobre los témpanos, cuya superficie, escabrosa y erizada de vivas aristas, ensangrentaba las manos a los dos jóvenes, quienes, esto no obstante, seguían avanzando.

Diez minutos más tarde, llegaban al borde inferior de la barrera de hielo, donde las aguas del Angara estaban ya libres.

Algunos témpanos, desprendidos poco a poco del campo de hielo y arrastrados por la corriente, descendían hacia la ciudad.

Nadia comprendió lo que deseaba intentar Miguel Strogoff y, al ver que uno de aquellos témpanos sólo estaba unido al campo de hielo por una estrecha lengua, dijo:

—Ven.

Y ambos se tendieron sobre aquel témpano, que, merced a un ligero balanceo, no tardó en desprenderse de la barrera en que la balsa había quedado detenida.

El témpano empezó a derivar por el río, cuyo cauce iba ensanchándose.

El camino estaba libre para Miguel Strogoff y Nadia, a cuyos oídos llegaban el ruido de los disparos de las armas de fuego, los gritos de angustia de los rusos y los aullidos de los tártaros.

Luego, aquellos gritos de profunda angustia y de alegría salvaje fueron extinguiéndose poco a poco en la lejanía, hasta que al fin dejaron de oírse.

—¡Pobres compañeros! —murmuró Nadia.

Durante media hora, la corriente arrastró con gran rapidez el témpano de hielo que llevaba a Miguel Strogoff y a Nadia, quienes a cada momento temían que su extraño vehículo se hundiese bajo ellos.

Siguiendo el curso de las aguas, el témpano manteníase en medio del río y no sería necesario, por consiguiente, imprimirle una dirección oblicua, hasta que no se tratase de atracar en los muelles de Irkutsk.

Miguel Strogoff, con los dientes apretados y el oído atento, no pronunciaba una sola palabra. ¡Jamás había estado tan cerca del objeto que perseguía y abrigaba el presentimiento de que iba a conseguirlo...!

Hacia las dos de la madrugada, una doble hilera de luces iluminó el sombrío horizonte, en el que las dos orillas del Angara se confundían.

Las luces de la derecha eran las de Irkutsk; las de la izquierda eran los fuegos del campamento tártaro.

Miguel Strogoff se encontraba en aquel momento a una distancia de media versta de la ciudad.

—¡Al fin! —murmuró.

Pero, de pronto, Nadia exhaló un grito.

Miguel Strogoff se irguió sobre el témpano de hielo, que vacilaba bajo él; tendió la mano hacia lo alto del Angara; su rostro, iluminado por reflejos azulados, adquirió aspecto siniestro y, entonces, como si sus ojos se hubiesen abierto nuevamente a la luz, exclamó:

—¡Ah! ¡Hasta Dios está contra nosotros!

CAPÍTULO XII

IRKUTSK

Irkutsk, capital de la Siberia oriental, es una ciudad que, en tiempo ordinario, tiene una población de treinta mil habitantes. Una playa bastante elevada, que se levanta a la orilla derecha del río Angara, sirve de asiento a sus iglesias, sobre las que sobresale una alta catedral, y a sus casas, esparcidas en pintoresco desorden.

Vista desde cierta distancia, desde la cima de la montaña que, a unas veinte verstas de allí, levántase sobre la carretera siberiana, ofrece un aspecto algo oriental, con sus cúpulas, sus campanarios, sus chapiteles, esbeltos como alminares, y sus domos, ventrudos como tibores japoneses; pero esta fisonomía desaparece a los ojos del viajero, cuando se entra en su recinto.

La ciudad, mitad bizantina, mitad china, contemplada desde lejos, es, no obstante, europea por sus calles macadamizadas, bordeadas de aceras, atravesadas por canales y plantadas de gigantescos abedules; por sus casas de mampostería y de madera; por los numerosos carruajes —tartanas, teliegas, berlinas y carretelas— que por ella circulan, y, en fin, por la categoría de los habitantes, muy versados en los progresos de la civilización y para los que las modas más modernas de París no son desconocidas.

En aquella época, Irkutsk, donde se habían refugiado los siberianos de la provincia, encontrábase atestada de gente, no obstante lo cual, abundaban en ella todas las cosas, por ser el depósito de las innumerables mercancías que se cambian entre China, Asia Central y Europa. No se había, por consiguiente, abrigado el temor de que faltaran las subsistencias al admitir en su recinto a los aldeanos del valle del Angara, a los mogoles-kalkas, a los tungusos y a los buretas, dejándolos que pusieran el desierto entre los invasores y la ciudad.

Irkutsk es la residencia del gobernador general de la Siberia oriental, de cuya autoridad dependen el gobernador civil, en cuyas manos está concentrada la administración de la provincia; el jefe de policía, a quien no faltan desterrados, y, en fin, el alcalde, jefe de los comerciantes, que es un personaje de gran importancia no sólo por la inmensa fortuna que posee, sino también por la influencia que ejerce en sus administrados.

La guarnición de Irkutsk formábanla, a la sazón, un regimiento de cosacos de infantería, que estaba compuesto por unos dos mil hombres, y un cuerpo de gendarmes sedentarios, que usaban casco y uniforme azul, galoneado de plata.

Como ya se sabe, el hermano del zar encontrábase encerrado en la ciudad desde el principio de la invasión, a consecuencia de circunstancias particulares, que vamos a explicar.

El gran duque había tenido que hacer un viaje de importancia política a las lejanas provincias del Asia oriental, y, después de recorrer las principales ciudades de Siberia, más como militar que como príncipe, sin el boato propio de su jerarquía, pues sólo iba acompañado por sus oficiales y no llevaba otra escolta que un destacamento de cosacos, habíase trasladado hasta los países del otro lado del lago Baikal.

Nikolaievsk, último pueblo ruso situado en el litoral del mar de Ojotsk, tuvo entonces el honor de recibir su visita.

En este viaje había llegado a los confines del imperio moscovita, y ya regresaba a Irkutsk, desde donde pensaba volver a Europa, cuando recibió las primeras noticias de la invasión tártara, tan repentinamente amenazadora. Se apresuró a entrar en la capital y, al llegar a ella, estaban a punto de interrumpirse las comunicaciones con Rusia.

Recibió, sin embargo, de Petersburgo y de Moscú algunos telegramas; pero no pudo contestar a ellos, por haber quedado cortada la línea telegráfica, como ya se ha dicho.

Con esta interrupción de comunicaciones, la ciudad de Irkutsk quedó aislada del resto del mundo.

No tenía, por consiguiente, el gran duque otra cosa que hacer que organizar las resistencias, y esto hizo, con la energía y tranquilidad de que ya había dado innumerables pruebas en otras ocasiones.

A Irkutsk llegaron, una tras otra, las noticias de la toma de Ichim, de Omsk y de Tomsk, y era preciso salvar a todo trance la capital de Siberia, para lo que no había de esperar próximos socorros, porque las pocas tropas que había diseminadas en las provincias del Amur y en el Gobierno de Irkutsk no podían llegar en número suficiente para contener el avance de las columnas tártaras.

Siendo, por tanto, inevitable el sitio de Irkutsk, importaba, ante todo, ponerla en situación de resistirlo, aunque fuera de larga duración.

A este propósito, el día en que Tomsk cayó en poder de los tártaros, comenzaron las obras de fortificación de la capital de Siberia.

El gran duque había sabido también, al mismo tiempo, que el emir de Bukara y los kanes, aliados suyos, dirigían personalmente los movimientos de las tropas invasoras; pero ignoraba que el lugarteniente de aquel jefe bárbaro fuera Iván Ogareff, oficial ruso a quien él había destituido y a quien no conocía.

Como ya se ha dicho, los habitantes de la provincia de Irkutsk habían recibido, al principio de la invasión, la orden de abandonar sus respectivas localidades, y esta orden había sido ejecutada saliendo todos de las ciudades y aldeas, para ir a refugiarse unos en la capital y trasladándose los otros a la parte opuesta del lago Baikal, adonde no era probable que llegaran los estragos de los bárbaros.

Recogiéronse la cosecha de trigo y los forrajes, de los que se hizo requisa en la ciudad, y este último baluarte del poderío moscovita en el Extremo Oriente fue puesto en estado de resistir el sitio durante largo tiempo.

Irkutsk, que fue fundada en 1611, encuéntrase en la margen derecha del Angara, cerca de la confluencia de este río con el Irkut.

La ciudad comunícase con sus arrabales, situados en la orilla izquierda del río, por medio de dos puentes de madera, asentados sobre estacas y dispuestos para abrirse en toda la extensión del canal según las necesidades de la navegación.

Era fácil, por consiguiente, la defensa por este lado, a cuyo efecto se abandonaron los arrabales y se destruyeron los puentes. Bajo el fuego de los sitiados, los invasores no podrían pasar el Angara, que en aquella parte era muy ancho.

Sin embargo, el río podía atravesarse más arriba y más abajo de la ciudad, y era de temer, por consiguiente, que ésta fuese atacada por la parte oriental, que no estaba defendida por muralla alguna.

En fortificar esta parte ocupáronse inmediatamente, durante noche y día todos los brazos, y el gran duque tuvo la suerte de que toda la población trabajara con tanto ardor en estas obras, como coraje había de demostrar luego en la defensa contra el enemigo. Soldados, comerciantes, desterrados, labradores, todos rivalizaron en celo para procurar la salvación común.

Ocho días antes de que los tártaros llegaran a las orillas del Angara, habíanse levantado murallas de tierra y abierto un foso, entre la escarpa y la contraescarpa. Las aguas del río sirvieron para llenar el foso.

No podría ya tomarse la ciudad por medio de un golpe de mano, sino que era preciso atacarla y ponerle sitio en toda regla.

El día 24 de septiembre llegó a la vista de Irkutsk la tercera columna tártara, que había subido por el valle de Yenisei, e inmediatamente ocupó los arrabales abandonados, cuyas casas habían sido demolidas, con el fin de que no dificultaran la acción de la artillería del gran duque, insuficiente por desgracia.

Los tártaros se apresuraron a organizarse, esperando que llegaran las otras columnas invasoras que mandaban el emir y sus aliados.

El 25 de septiembre reuniéronse en el campamento del Angara estos diversos cuerpos tártaros, todos los cuales, excepto las tropas que quedaron guarneciendo las ciudades conquistadas, se concentraron bajo las órdenes de Féofar-Kan.

Considerando Iván Ogareff impracticable el paso del río frente a Irkutsk, una fuerte partida de tropas lo atravesó por medio de un puente de barcas tendido al efecto pocas verstas más abajo.

Ni siquiera intentó el gran duque oponerse a este paso, convencido como estaba de que con los medios de que disponía no le era posible impedirlo y de que lo único que podía hacer era hostilizarlo, puesto que carecía de artillería de campaña, por cuya razón permaneció, a la expectativa, encerrado en Irkutsk.

Los tártaros, pues, se situaron en la orilla del Angara y, al subir luego hacia la ciudad, incendiaron de paso la residencia veraniega del gobernador general, que estaba situada en los bosques que dominan el alto curso del río.

Después rodearon por completo a Irkutsk y tomaron definitivamente posiciones para sitiarla.

Iván Ogareff, hábil ingeniero, poseía aptitudes suficientes para dirigir las operaciones de un sitio regular, pero carecía de los materiales necesarios para operar con rapidez. Esta es la razón que le había inducido a desear y esperar sorprender a Irkutsk, objeto de todas sus ansias.

Pero las cosas se habían realizado de modo distinto al que esperaba Iván Ogareff, porque, por una parte, la batalla de Tomsk había retrasado la marcha del ejército tártaro; por otra, el gran duque había efectuado rápidamente las obras de defensa, y estas dos cosas habían desconcertado los proyectos del traidor, obligándole a sitiar la ciudad en toda regla.

Sin embargo, el emir, siguiendo los consejos de Iván, intentó apoderarse de Irkutsk a costa de un gran sacrificio de hombres, a cuyo fin los lanzó contra los puntos más débiles de las fortificaciones de tierra, pero fueron rechazados muy valerosamente los dos asaltos que dieron.

El gran duque y sus oficiales acudieron a todas partes, siendo los primeros en tomar la defensa y arrastrando tras de sí a la población civil a los parapetos: caballeros y campesinos, todos cumplieron su deber admirablemente.

En el segundo asalto, los tártaros habían llegado a forzar una de las puertas del recinto y se libró combate a la entrada de la calle principal, que lleva el nombre de Bolchaia, tiene una longitud de dos verstas y termina en las orillas del Angara; pero los cosacos, los gendarmes y los ciudadanos todos opusieron tan viva resistencia a los invasores, que éstos viéronse obligados a retirarse a sus posiciones.

Iván Ogareff pensó entonces pedir a la traición lo que la fuerza no podía darle.

Ya se sabe que su proyecto era entrar en la ciudad, presentarse al gran duque, captarse su confianza y, en el momento oportuno, abrir una de las puertas a los sitiadores; después, hecho esto, saciar su sed de venganza en el hermano del zar.

La gitana Sangarra, que le había acompañado al campamento de Angara, le impulsaba a poner su proyecto en ejecución.

En efecto, convenía obrar inmediatamente, porque las tropas rusas del Gobierno de Iakutsk marchaban ya hacia Irkutsk, y se habían concentrado en los territorios regados por el curso superior del río Lena, por cuyo valle subían, debiendo llegar antes de seis días. Por consiguiente, era preciso que antes de que transcurrieran esos seis días, la traición entregara la ciudad de Irkutsk a los tártaros.

Iván Ogareff no vaciló ya.

Una tarde, el 2 de octubre, celebróse consejo de guerra en el gran salón del palacio del gobernador general, residencia del gran duque.

Dicho palacio, situado en el extremo de la calle de Bolchaia, dominaba en largo trecho el curso del río y a través de las ventanas de su fachada principal veíase el campamento tártaro. Una artillería de mayor alcance de la de que los tártaros disponían, habría hecho inhabitable este palacio.

El gran duque, el general Voranzoff, gobernador de la ciudad, y el jefe de los mercaderes, juntamente con algunos oficiales superiores, acababan de adoptar diversas resoluciones.

—Señores —dijo el gran duque—, conocen ustedes perfectamente nuestra situación y tengo la firme esperanza de que podremos resistir hasta que lleguen las tropas de Iakutsk. Ese día sabremos rechazar las hordas bárbaras y no dependerá de mí si no pagan cara esta invasión del territorio moscovita.

—Vuestra Alteza sabe que puede contar con toda la población de Irkutsk —respondió el general Voranzoff.

—Sí, general —asintió el gran duque—, yo rindo homenaje a su patriotismo. Gracias a Dios, no tiene que sufrir aún los horrores de la epidemia o del hambre, y tengo la esperanza de que se librará de ellos; pero no he podido menos que admirar su valor en las fortificaciones. Señor jefe de los mercaderes, oiga bien mis palabras, que ruego a usted transmita a sus subordinados literalmente.

—En nombre de la ciudad doy las gracias a Vuestra Alteza —respondió el jefe de los mercaderes—. ¿Me atreveré a preguntar qué plazo máximo señala Vuestra Alteza a la llegada del ejército que viene en nuestro socorro?

—Seis días, a lo sumo —contestó el gran duque—. Esta mañana ha logrado entrar en la ciudad un emisario hábil y valeroso y me ha comunicado que cincuenta mil rusos, a las órdenes del general Kisseleff, se dirigen hacia aquí a marchas forzadas. Hace dos días se encontraban a orillas del Lena, en Kirensk, y ahora ni el frío ni las nieves los impedirán llegar. Cincuenta mil hombres con excelente espíritu militar, acometiendo a los tártaros por el flanco, nos librarán bien pronto de ellos.

—Agregaré —dijo el jefe de los mercaderes— que el día en que Vuestra Alteza ordene una salida, estaremos dispuestos a obedecer sus órdenes.

—Bien, señor —respondió el gran duque—. Esperemos que las cabezas de nuestra columna aparezcan en las alturas y, cuando esto suceda, nos lanzaremos contra los invasores.

Luego, volviéndose al general Voranzoff, agregó:

—Mañana visitaremos las obras de fortificación de la orilla derecha del Angara, en cuyas aguas flotan ya muchos témpanos de hielo. El río se helará pronto completamente y, cuando esto ocurra, los tártaros podrán quizá pasarlo.

—Si Vuestra Alteza me lo permite, le haré una observación —dijo el jefe de los mercaderes.

—Hágala.

—He visto más de una vez descender la temperatura a treinta y cuarenta grados bajo cero y sobre el Angara han flotado siempre témpanos de hielo sin que sus aguas hayan llegado a congelarse completamente. Sin duda, esto depende de la rapidez de su curso y, por consiguiente, si no tienen los tártaros otros medios de pasar el río, puedo garantizar a Vuestra Alteza que, de este modo, no entrarán en Irkutsk.

El gobernador general confirmó la aserción del jefe de los mercaderes.

—Es una circunstancia feliz —respondió el gran duque—. Sin embargo, debemos prever todos los acontecimientos.

Y, volviéndose hacia el jefe de policía, le preguntó:

—¿No tiene usted nada que decirme, señor?

—Tengo que notificar a Vuestra Alteza —respondió el interpelado— una súplica que se le dirige por mi mediación.

—¿Quién me la dirige?

—Los desterrados de Siberia, quienes, como sabe Vuestra Alteza, suman quinientos, los que se encuentran en la ciudad.

Efectivamente, los desterrados políticos que estaban diseminados por la provincia habíanse concentrado en Irkutsk desde el principio de la invasión, obedeciendo las órdenes de refugiarse en la capital y abandonar los pueblos en que ejercían diversas profesiones, los unos de médicos y los otros de profesores del Gimnasio, de la Escuela japonesa o de la de Navegación. El gran duque, confiado, lo mismo que el zar, en su patriotismo, les había entregado armas y ellos habían demostrado ser valerosos defensores de la ciudad.

—¿Qué solicitan los desterrados? —preguntó el gran duque.

—Solicitan —respondió el jefe de policía— que Vuestra Alteza les permita formar un cuerpo especial e ir a la vanguardia cuando se haga la primera salida.

—Sí —respondió el gran duque con una emoción que no intentó disimular—, los desterrados son rusos y tienen derecho a batirse en defensa de su patria.

—Creo poder afirmar a Vuestra Alteza —dijo el gobernador general— que no tendrá mejores soldados que ellos.

—Sin embargo, necesitan un jefe —repuso el gran duque—. ¿Quién será ese jefe?

—Les agradaría que Vuestra Alteza —dijo el jefe de policía— nombrara a uno de ellos, que se ha distinguido en muchas ocasiones.

—¿Es ruso?

—Sí, ruso de las provincias bálticas.

—¿Cómo se llama?

—Basilio Fedor.

El desterrado de quien se hablaba era el padre de Nadia.

Basilio Fédor, como se sabe, ejercía en Irkutsk la profesión de médico. Era un hombre instruido y caritativo y poseía gran valor y sincero patriotismo. El tiempo que le dejaba libre el cuidado de sus enfermos dedicábalo a organizar la resistencia, siendo él quien había reunido a sus compañeros de destierro bajo una acción común.

Los desterrados, confundidos hasta entonces entre los demás habitantes de la ciudad, habíanse portado de manera tan brillante que habían llegado a llamar sobre sí la atención del gran duque. En algunas salidas que habían hecho habían pagado no pocos de ellos con su sangre su deuda a la santa Rusia, ¡santa, realmente, y adorada por sus hijos!

Basilio Fédor habíase conducido siempre con heroísmo, y su nombre había sido citado con elogio en varias ocasiones, pero él no había solicitado jamás gracias ni favores, y, cuando a los desterrados en Irkutsk se les ocurrió la idea de formar un cuerpo especial, hasta ignoraba que tuvieran el firme propósito de elegirle su jefe.

Cuando el jefe de policía pronunció su nombre en presencia del gran duque, éste manifestó que no le era desconocido.

—Efectivamente —asintió el general Voranzoff—, Basilio Fédor es un hombre de mérito y de valor, que ha ejercido siempre grandísima influencia entre sus compañeros.

—¿Desde cuándo se encuentra en Irkutsk? —preguntó el gran duque.

—Desde hace dos años.

—¿Y su conducta...?

—Su conducta —respondió el jefe de policía— es la de un hombre sometido a las leyes especiales que lo rigen.

—General —dijo el gran duque—, general, preséntemelo inmediatamente.

Ejecutadas las órdenes del gran duque, apenas había transcurrido media hora cuando Basilio Fedor era conducido a su presencia.

Basilio Fédor, que tendría cuarenta años a lo sumo, era alto y de aspecto severo y triste. Advertíase que toda su vida estaba resumida en esta palabra: lucha, y que había luchado y sufrido. Sus rasgos fisonómicos semejábanse notablemente a los de su hija Nadia Fedor.

Más que a otro cualquiera, la invasión tártara le había herido en su más cara afección y destruido su más grata esperanza de padre, desterrado a

ocho mil verstas de su ciudad natal. Una carta le había informado de la muerte de la esposa y del viaje de su hija, que había obtenido autorización del Gobierno para ir a Irkutsk a reunirse con él.

Nadia había debido salir de Riga el 16 de julio, y como la invasión tártara había empezado el 15, si la joven había pasado ya la frontera en aquella fecha, ¿cuál había sido su suerte en medio de los invasores? Se comprende, pues, que al desventurado padre le devorase la inquietud con tanta mayor razón, cuanto que desde la época dicha no había vuelto a tener noticia alguna de su hija.

Basilio Fédor, al llegar a la presencia de gran duque, se inclinó y esperó que le interrogase.

—Basilio Fédor —dijo el gran duque—, tus compañeros de destierro han solicitado autorización para formar un cuerpo especial. ¿Saben que los que pertenecen a esos cuerpos tienen que luchar hasta lo último o morir?

—No lo ignoran —respondió Basilio Fedor.

—Quieren que su jefe seas tú.

—¿Yo, Alteza?

—¿Consientes en ponerte al frente de ellos?

—Sí, si lo exige el bien de Rusia.

—Comandante Fédor —dijo el gran duque—, ya no eres un desterrado.

—Gracias, Alteza; pero, ¿puedo mandar a los que todavía lo son?

—Ya han dejado de serlo.

Era el perdón a todos los desterrados, a quienes de este modo convertía en compañeros de armas, lo que acababa de otorgar el hermano del zar.

Basilio Fédor estrechó, emocionado, la mano que le tendió el gran duque y salió de la estancia.

Éste, volviéndose luego hacia sus oficiales, les dijo sonriéndose:

—El zar no dejará de aceptar esta letra de perdón que giro a su cargo. Necesitamos héroes que defiendan la capital de Siberia y acabo de hacerlos.

Era, efectivamente, un acto de buena política y de buena justicia aquel perdón tan generosamente otorgado a los desterrados en Irkutsk.

En aquellos momentos era ya de noche.

A través de las ventanas del palacio veíanse brillar las hogueras del campamento tártaro, que iluminaban el Angara hasta la orilla opuesta.

Las aguas del río arrastraban en su corriente numerosos témpanos de hielo, algunos de los cuales quedaban detenidos en los primeros pilotes de los antiguos puentes de madera.

Los que la corriente mantenía en el canal seguían el curso de las aguas con suma rapidez, lo que evidenciaba que era difícil que se congelara el río en toda su superficie, como había hecho observar el jefe de los mercaderes.

Por consiguiente, los defensores de Irkutsk no debían temer ser atacados por aquella parte.

Acababan de sonar las diez de la noche, y ya iba el gran duque a despedir a sus oficiales y a retirarse a sus habitaciones, cuando se promovió cierto tumulto en el exterior del palacio.

Casi inmediatamente se abrió la puerta del salón, presentóse un ayudante de campo, avanzó hacia el gran duque y dijo:

—¡Alteza, un correo del zar!

CAPÍTULO XIII

UN CORREO DEL ZAR

Todos los miembros del Consejo encamináronse, por un movimiento simultáneo, hacia la puerta del salón, que había quedado entreabierta.

¡Un correo del zar que había llegado a Irkutsk!

Si aquellos oficiales se hubieran detenido un momento a reflexionar en la improbabilidad de tal suceso, seguramente lo habrían creído imposible.

El gran duque habíase adelantado vivamente hacia su ayudante de campo, preguntándole:

—¿Dónde está ese correo del zar?

Casi inmediatamente entró en el salón un hombre, que tenía aspecto de hallarse bajo los efectos de una abrumadora fatiga.

El recién llegado vestía un traje de campesino siberiano, usado y hasta hecho jirones, en el que se veían algunos agujeros hechos por balas; llevaba cubierta la cabeza por un gorro moscovita, y una herida, mal cicatrizada, le surcaba el rostro.

Aquel hombre había, evidentemente, hecho un largo y penoso camino. Su calzado, completamente destrozado, probaba que había debido hacer a pie una parte de su viaje.

—¿Su Alteza el gran duque? —inquirió al entrar.

El gran duque se aproximó a él.

—¿Eres correo del zar? —le preguntó.

—Sí, Alteza.

—¿De donde vienes?

—De Moscú.

—¿Cuándo saliste de Moscú?

—El 15 de julio.

—¿Cómo te llamas?

—Miguel Strogoff.

Era Iván Ogareff, que había usurpado el nombre y la calidad de aquel a quien creía haber reducido a la impotencia. Como ni el gran duque ni persona alguna le conocían en Irkutsk, no había tenido necesidad de desfigurarse el rostro, y, puesto que podía probar su pretendida personalidad, nadie dudaría de él.

Sostenido por una voluntad de hierro, iba, pues, a precipitar el desenlace del drama de la invasión, por medio de la traición y del asesinato.

Después de la respuesta de Iván Ogareff, hizo una seña el gran duque y todos sus oficiales se retiraron de la sala.

El falso Miguel Strogoff y Su Alteza quedaron solos en el salón.

El gran duque contempló durante algunos instantes a Iván Ogareff con gran atención.

—¿Estabas en Moscú el 15 de julio? —le preguntó luego.

—Sí, Alteza, y en la noche del 14 al 15 vi en el Palacio Nuevo a Su Majestad el zar.

—¿Tienes alguna carta del zar?

—Hela aquí.

Y, al decir esto, Iván Ogareff presentó al gran duque la carta imperial, reducida, por medio de dobleces, a dimensiones casi microscópicas.

—Esta carta, ¿te fue entregada en esta forma? —preguntó el gran duque.

—No, Alteza; pero he tenido que romper el sobre, a fin de ocultarla mejor a los soldados del emir.

—¿Has sido hecho entonces prisionero por los tártaros?

—Sí, Alteza; he estado en su poder durante algunos días —respondió Iván Ogareff—. Por este motivo, aunque salí de Moscú el 15 de julio, como indica la fecha de esta carta, no he llegado a esta ciudad de Irkutsk hasta el 2 de octubre, después de setenta y nueve días de viaje.

El gran duque tomó la carta, la desdobló y reconoció la firma del zar, precedida de la fórmula sacramental escrita por su mano. No era posible, por consiguiente, poner en duda la autenticidad de la carta ni aun la identidad del correo.

Si la feroz fisonomía de éste había inspirado al principio alguna desconfianza, que el gran duque no dejó ver, esta desconfianza había desaparecido por completo.

El gran duque permaneció algunos instantes sin hablar. Leía atentamente la carta, con objeto de penetrar bien su sentido.

Luego, volviendo a tomar la palabra, preguntó:

—Miguel Strogoff, ¿conoces el contenido de esta carta?

—Sí, Alteza. Podía haberme visto obligado a destruirla para evitar que cayera en manos de los tártaros y quise, si este caso llegaba, conocer el texto para decirlo a Vuestra Alteza con toda exactitud.

—¿Sabes que esta carta nos impone el deber de morir en Irkutsk antes que entregar la ciudad?

—Lo sé.

—¿Sabes también que indica los movimientos de las tropas, que han sido combinados para contener la invasión?

—Sí, Alteza; pero esos movimientos no han salido bien.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Ichim, Omsk y Tomsk, para hablar solamente de las ciudades importantes de las dos Siberias, han sido sucesivamente ocupadas por los soldados de Féofar-Kan.

—Pero, ¿ha habido combate? ¿Han luchado nuestros cosacos con los tártaros?

—Varias veces, Alteza.

—¿Y han sido rechazados?

—No tenían fuerzas suficientes.

—¿Dónde han tenido lugar los encuentros de que hablas?

—En Kolivan, en Tomsk...

Hasta aquí, Iván Ogareff no había dicho más que la verdad; pero con el fin de intimidar a los defensores de Irkutsk, exagerando las ventajas obtenidas por las tropas del emir, agregó:

—Y por tercera vez delante de Krasnoiarsk.

—Pero, ¿en este último encuentro...? —preguntó el gran duque, cuyos labios entrecerrados dejaban apenas pasar las palabras.

—Fue más que un encuentro, Alteza —respondió Iván Ogareff—. Fue una batalla.

—¿Una batalla?

—Veinte mil rusos, procedentes de las provincias de la frontera y del Gobierno de Tobolsk, lucharon contra ciento cincuenta mil tártaros y, a pesar de su valor, fueron derrotados.

—¡Mientes! —gritó el gran duque, que en vano trató de reprimir su cólera.

—He dicho la verdad, Alteza —respondió fríamente Iván Ogareff—. Presencié la batalla de Krasnoiarsk y allí fui hecho prisionero.

El gran duque se apaciguó y, con un signo, hizo comprender a Iván Ogareff que no dudaba de su veracidad.

—¿Qué día se libró la batalla de Krasnoiarsk? —preguntó.

—El 2 de septiembre.

—¿Y ahora todas las tropas tártaras se encuentran alrededor de Irkutsk?

—Todas.

—¿A qué número calculas que ascienden esas fuerzas tártaras?

—A cuatrocientos mil hombres.

Este cálculo de los ejércitos tártaros era otra exageración de Iván Ogareff, hecha conscientemente con el mismo objeto que la anterior.

—¿Y no debo esperar socorro alguno de las provincias del Oeste? —preguntó el gran duque.

—Ninguno, Alteza; por lo menos antes que acabe el invierno.

—Pues bien, oye esto, Miguel Strogoff: ¡aunque no llegara jamás auxilio alguno del Oeste ni del Este y esos bárbaros fuesen seiscientos mil, no entregaré Irkutsk!

Iván Ogareff guiñó ligeramente uno de sus ojos perversos, como si quisiera decir que el hermano del zar no contaba con la traición.

Al gran duque, que era de temperamento nervioso, le costaba gran trabajo permanecer tranquilo oyendo aquellas noticias desastrosas y no hacía más que ir y venir por el salón, en presencia de Iván Ogareff, que le contemplaba como una presa reservada a su venganza.

De cuando en cuando deteníase ante las ventanas, miraba las hogueras del campamento tártaro y trataba de percibir los ruidos, la mayor parte de los cuales procedía del choque de los témpanos de hielo que la corriente del Angara arrastraba.

En esta forma dejó transcurrir un cuarto de hora, sin hacer ninguna otra pregunta. Luego, volviendo nuevamente a la carta, releyó uno de los párrafos y dijo:

—¿Sabes, Miguel Strogoff, que en esta carta se me habla de un traidor, de quien tendré que desconfiar?

—Sí, Alteza.

—Debe intentar entrar en Irkutsk bajo un disfraz, captarse mi confianza y, luego, llegada la ocasión, entregar la ciudad a los tártaros.

—Sé todo esto, Alteza, y sé también que Iván Ogareff ha jurado vengarse personalmente del hermano del zar.

—¿Por qué?

—Se dice que ese oficial fue condenado por el gran duque a una degradación humillante.

—Sí... Lo recuerdo... Pero la merecía ese miserable, que debía más tarde servir contra su país y provocar una invasión de los tártaros.

—Su Majestad el zar —respondió Iván Ogareff— tenía, sobre todo, interés especial en notificaros los proyectos criminales de ese traidor contra vuestra persona.

—Sí... La carta me informa...

—Y Su Majestad me lo dijo también, advirtiéndome que, durante mi viaje a través de Siberia, me guardara, sobre todo, de ese traidor.

—¿Le has encontrado?

—Sí, Alteza, después de la batalla de Krasnoiarsk. Si hubiera podido sospechar que yo era portador de una carta dirigida a Vuestra Alteza y en la que se revelaban sus proyectos, no me habría perdonado.

—¡Sí, estabas perdido! —repuso el gran duque—, pero, ¿cómo pudiste escapar?

—Arrojándome al río Irtich.

—¿Y cómo has entrado en Irkutsk?

—A favor de una salida que se ha hecho esta misma tarde para rechazar un destacamento tártaro. Me he mezclado con los defensores de la ciudad, he podido hacerme reconocer y se me ha conducido a la presencia de Vuestra Alteza.

—Bien, Miguel Strogoff —dijo el gran duque—. Has demostrado valor y celo durante esta difícil misión y no te olvidaré jamás. ¿Tienes que pedirme algún favor especial?

—Ninguno, si no es el de luchar al lado de Vuestra Alteza —respondió Iván Ogareff.

—Concedido, Miguel Strogoff. Quedas, desde hoy, agregado a mi persona y te alojarás en este palacio.

—¿Y si, como es su intención, Iván Ogareff se presenta a Vuestra Alteza bajo un nombre falso...?

—Lo desenmascaremos, gracias a ti, que le conoces, y le haré morir a fuerza de latigazos. Puedes retirarte.

Iván Ogareff, teniendo en cuenta que era capitán del cuerpo de correos del zar, saludó militarmente al gran duque y se retiró.

Acababa de representar con éxito su indigno papel y el gran duque le había concedido plena y entera confianza. Podía, por consiguiente, abusar de ella donde y cuando le conviniese.

Habitaría en el mismo palacio, estaría en el secreto de las operaciones militares de la defensa y sería, por tanto, dueño de la situación.

Como en Irkutsk nadie le conocía, nadie le podía desenmascarar; pero, esto no obstante, resolvía obrar sin demora.

Efectivamente, el tiempo apremiaba. Era necesario que la ciudad se rindiera antes que llegasen los rusos del Norte y del Este, y esto era cuestión de pocos días.

Una vez dueños los tártaros de Irkutsk, ya no sería fácil recobrarla, y, en todo caso, si más tarde se veían los invasores obligados a abandonarla, no lo harían sin haberla antes arruinado hasta los cimientos y sin que la cabeza del gran duque hubiese rodado a los pies de Féofar-Kan.

Pudiendo fácilmente Iván Ogareff ver, observar y disponer, ocupóse, desde el siguiente día, en visitar las fortificaciones, siendo en todas partes felicitado cordialmente por los oficiales, por los soldados y por los ciudadanos, para quienes era aquel correo del zar como una especie de lazo que acababa de unirlos al Imperio.

Iván Ogareff refirió, con aplomo jamás desmentido, las falsas peripecias de su viaje, y luego, hábilmente y sin insistir demasiado al principio, habló de la gravedad de la situación, exagerando, como lo había hecho en la conversación que sostuvo con el gran duque, no sólo los triunfos alcanzados por los tártaros, sino también las fuerzas de que estos bárbaros disponían.

A darle crédito, los socorros que se esperaban, si por fin llegaban, serían insuficientes, y era de temer que una batalla librada bajo los muros de Irkutsk fuese tan funesta para los rusos como lo habían sido las de Kolivan, Tomsk y Krasnoiarsk.

Iván Ogareff no prodigaba estas aviesas insinuaciones, sino que las hacía con cierta circunspección, con el objeto de ir haciéndolas penetrar

poco a poco en el ánimo de los defensores de Irkutsk, simulando no responder más que cuando se veía demasiado acosado por las preguntas y como de mala gana. En todo caso, agregaba que era preciso defenderse hasta que sucumbiera el último hombre y hacer volar la ciudad antes que rendirla.

El mal que el traidor perseguía con esto lo habría seguramente causado, si hubiera sido posible; pero la guarnición y el vecindario de Irkutsk eran demasiado patriotas para acobardarse. De todos aquellos militares y paisanos, encerrados en una ciudad aislada en el extremo asiático, no hubo uno siquiera que pensara capitular. El desprecio que a los rusos inspiraban los tártaros no tenía límites.

De todos modos, nadie sospechó el papel odioso que estaba representando Iván Ogareff, sin duda porque nadie podía adivinar que el pretendido correo del zar era un traidor.

Una circunstancia naturalísima hizo, desde su llegada a Irkutsk, que entablaran relaciones frecuentes Iván Ogareff y uno de los más bravos defensores de la ciudad, Basilio Fédor.

Ya se sabe cuáles eran las inquietudes que afligían al desgraciado padre. Si su hija, Nadia Fedor, había salido de Rusia en la fecha señalada en su última carta, que él había recibido de Riga, ¿qué le había ocurrido? ¿Trataba todavía, ahora, de atravesar las provincias invadidas o hacía ya largo tiempo que estaba prisionera? Basilio Fedor no encontraba lenitivo para su dolor, sino cuando tenía alguna ocasión de luchar contra los tártaros, ocasiones que, a pesar suyo, eran muy raras.

Por tanto, cuando se enteró de la llegada tan inesperada de un correo del zar, tuvo como el presentimiento de que este correo podría darle noticias de su hija. No era más que una esperanza, probablemente quimérica, pero la acogió.

Si este correo había estado prisionero, ¿no podría Nadia estarlo todavía?

Animado por esta esperanza, buscó a Iván Ogareff, quien aprovechó la ocasión para entrar en relaciones diarias con el comandante. ¿Aquel renegado pensaba, pues, explotar esta circunstancia? ¿Juzgaba que un ruso, aun tratándose de un desterrado político, podría ser tan miserable, que traicionara a su patria?

De cualquier modo que fuese, Iván Ogareff respondió con cortesía hábilmente fingida a las demostraciones amistosas del padre de Nadia, quien, sin perder tiempo, al día siguiente de haber llegado el supuesto correo del zar, se apresuró a acudir al palacio del gobernador general.

Allí manifestó a Iván Ogareff las circunstancias en que su hija había debido salir de la Rusia europea y le expuso cuáles eran ahora sus inquietudes respecto a su suerte.

Iván Ogareff no conocía a Nadia, aunque la había encontrado en la casa de postas de Ichim el día en que él tropezó con Miguel Strogoff, pero

entonces no había prestado la menor atención a la joven como tampoco a los dos periodistas, que también estaban allí. No pudo, por tanto, dar a Basilio Fédor ninguna noticia de su hija.

—Pero, ¿en qué época —preguntó, sin embargo— debió salir su hija del territorio ruso?

—Casi al mismo tiempo que usted —respondió Basilio Fédor.

—Yo salí de Moscú el 15 de julio.

—Nadia debió salir también de Moscú en aquella época. Su carta me lo decía formalmente.

—¿Se encontraba en Moscú el 15 de julio? —preguntó Iván Ogareff.

—En aquella fecha, seguramente, sí.

—Pues bien... —replicó Iván Ogareff, y luego, como recapacitando, agregó—: Pero no... Me equivoco... Iba a confundir las fechas. Desgraciadamente es demasiado probable que su hija haya pasado la frontera y usted no puede tener más que una sola esperanza: la de que se haya detenido al tener noticia de la invasión tártara.

Basilio Fédor inclinó la cabeza. Conocía a Nadia y sabía bien que nada la hubiera podido impedir que continuara su viaje.

Iván Ogareff acababa de cometer, innecesariamente, un acto de verdadera crueldad, puesto que con una sola palabra podía haber tranquilizado a Basilio Fédor.

Aunque Nadia hubiera atravesado la frontera siberiana en las circunstancias ya sabidas, computando Basilio Fédor la fecha en que su hija se encontraba en Nijni-Novgorod con la del decreto que prohibía salir de Rusia, habría sin duda sacado la consecuencia de que no había podido exponerse a los peligros de la invasión y que, contra su voluntad, se encontraba todavía en el territorio europeo del Imperio.

Iván Ogareff, obedeciendo a su naturaleza cruel, como hombre a quien no logran conmover los sufrimientos ajenos, podía haber desvanecido el error en que se encontraba el desgraciado padre pronunciando una sola palabra y no lo hizo.

Basilio Fédor se retiró con el corazón herido. Aquella conferencia acababa de desvanecer su última esperanza.

Durante los dos días siguientes —3 y 4 de octubre— el gran duque interrogó varias veces al pretendido Miguel Strogoff, haciéndole repetir cuanto había oído en la cámara imperial del Palacio Nuevo de Moscú.

Iván Ogareff, preparado para todas estas preguntas, no vaciló jamás en responder.

Intencionadamente, dijo que al Gobierno del zar le había sorprendido completamente la invasión; que la sublevación había sido preparada en el mayor secreto; que, cuando la noticia había llegado a Moscú, los tártaros eran ya dueños de la línea del Obi, y, en fin, que todavía no se había hecho nada para enviar a Siberia las tropas necesarias para rechazar la invasión.

Luego, Iván Ogareff, completamente dueño de sus movimientos, comenzó a estudiar Irkutsk, sus fortificaciones y sus puntos débiles, con objeto de utilizar más tarde sus observaciones, para el caso de que alguna circunstancia le impidiera consumar su traición. Esto le indujo a examinar con particular atención la puerta de Bolchaia, que él quería franquear a los invasores.

Dos veces, por la noche, llegó al glacis de aquella puerta y, sin temor a ser descubierto por los sitiadores, cuyos puestos avanzados se hallaban a menos de una versta de distancia de las murallas, se paseó por él. Estaba convencido de que no corría peligro alguno y hasta de que era reconocido por los tártaros, porque había entrevisto una sombra que se deslizaba hasta llegar al pie de los atrincheramientos.

Sangarra, arriesgando su vida, iba a ponerse en comunicación con Iván Ogareff.

Por otra parte, los sitiados disfrutaban, desde hacía dos días, de una tranquilidad a que los tártaros no los tenían acostumbrados desde el principio del sitio.

Iván Ogareff lo había dispuesto así.

El lugarteniente de Féofar-Kan había querido que se suspendiese toda tentativa para apoderarse de la ciudad a viva fuerza y, por consiguiente, desde su llegada a Irkutsk la artillería guardaba un silencio absoluto. ¿Iba a disminuir por esto la vigilancia de los sitiados? Él, al menos, así lo esperaba. En todo caso, en los puestos avanzados había muchos millares de tártaros dispuestos a lanzarse a la puerta desguarnecida por sus defensores, cuando Iván Ogareff les diera el aviso de que había llegado la hora de obrar.

Sin embargo, esta hora no podía tardar, porque era preciso poner término a la situación antes de que los cuerpos rusos llegaran a la vista de Irkutsk.

Iván Ogareff adoptó su partido y, aquella noche, cayó del glacis de la fortificación un billete que recogió Sangarra.

Iván Ogareff había resuelto entregar a los invasores la ciudad de Irkutsk al día siguiente, a las dos de la madrugada de la noche del 5 al 6 de octubre.

CAPÍTULO XIV

LA NOCHE DEL 5 AL 6 DE OCTUBRE

El plan de Iván Ogareff había sido combinado con sumo cuidado y, a no ocurrir alguna circunstancia improbable, no debía fallar.

Importaba que la puerta de Bolchaia se encontrara libre en el momento de entregarla a los tártaros, para lo cual se necesitaba llamar la atención de los sitiados hacia otro punto de la ciudad, cuando el citado momento llegase. Al efecto, el traidor había convenido con el emir que los sitiadores hicieran una diversión.

Esta diversión debía efectuarse al lado del arrabal de Irkutsk, en la parte superior y en la inferior de la orilla derecha del río. Se atacaría muy seriamente estos dos puntos, al mismo tiempo que se haría una tentativa para pasar el Angara por la orilla izquierda, y era muy probable que, cuando esto se hiciese, fuera abandonada la puerta de Bolchaia, tanto más cuanto que las avanzadas tártaras de este lado se retirarían para dar la sensación de que levantaban de allí el campo.

Corría el día 5 de octubre, y antes de veinticuatro horas la capital de la Siberia oriental debía estar en poder del emir, y el gran duque en el de Iván Ogareff.

Durante aquel día, prodújose un movimiento inusitado en el campamento de Angara.

Desde las ventanas del palacio y desde las casas de la orilla derecha del río veíanse claramente los importantes preparativos que los rebeldes hacían en la margen opuesta.

Numerosos destacamentos tártaros acudían al campamento y de hora en hora iban reforzando las tropas del emir.

Era que se preparaba muy ostensiblemente la diversión convenida.

Además, Iván Ogareff no ocultó al gran duque que era de temer algún ataque por aquel lado, porque él sabía —dijo— que debía darse un asalto a la ciudad por la parte superior y por la inferior, y aconsejó que se reforzaran aquellos dos puntos más seriamente amenazados.

Los preparativos observados en el campamento de los sitiadores apoyaban las recomendaciones hechas por Iván Ogareff y era urgente tenerlas en cuenta. Por esta razón, después de celebrarse un consejo de guerra en

palacio, diose orden de concentrar la defensa en la orilla derecha del Angara y en los dos extremos de la ciudad cuyos atrincheramientos se apoyaban en el río.

Aquello precisamente era lo que el traidor Iván Ogareff deseaba.

No esperaba, sin duda alguna, que la puerta de Bolchaia quedara sin defensores, pero sí que el número de éstos fuese menor.

Además, había dado él a la diversión de los sitiadores tal importancia, que el gran duque se veía obligado a oponerles todas las fuerzas disponibles.

En efecto, un incidente de gravedad excepcional, imaginado por Iván Ogareff, debía contribuir poderosamente a la realización de sus proyectos, y, aunque Irkutsk no fuese atacado por puntos alejados de la puerta Bolchaia y por la orilla derecha del río, el citado incidente habría sido bastante para llevar a todos los defensores al lugar al que el traidor quería llevarlos precisamente. Al mismo tiempo debía provocar una catástrofe espantosa.

Todo contribuía, pues, a que la puerta de Bolchaia, libre a la hora indicada, fuese entregada a los millares de tártaros que esperaban ocultos entre los bosques del Este.

Durante aquel día la guarnición y el vecindario de Irkutsk estuvieron constantemente alerta. Se habían adoptado todas las medidas necesarias para rechazar aquel inminente ataque a los puntos que hasta entonces habían sido respetados y el gran duque y el general Voranzoff visitaron los puestos que ellos mismos habían mandado reforzar.

El cuerpo especial, que estaba mandado por Basilio Fédor, ocupaba el norte de la ciudad, pero tenía orden de acudir allí donde el peligro le reclamase y la orilla derecha del Angara había sido guarnecida con la poca artillería de que se podía disponer.

Con estas medidas tomadas a tiempo, gracias a las recomendaciones tan oportunamente hechas por Iván Ogareff, era de esperar que el ataque preparado por los tártaros no tuviera buen éxito, en cuyo caso, los invasores, momentáneamente descorazonados, dejarían sin duda transcurrir algunos días para hacer una nueva tentativa contra la ciudad y, mientras tanto, podían llegar de un momento a otro las tropas rusas que esperaba el gran duque. La salvación o la pérdida de Irkutsk estaban, por tanto, pendientes de un hilo.

Aquel día, el sol, que había salido a las seis y veinte minutos, se ocultó a las cinco y cuarenta minutos de la tarde, habiendo, por consiguiente, necesitado once horas para trazar su arco diurno por encima del horizonte; pero la luz crepuscular debía luchar durante dos horas todavía con la sombra de la noche. Luego, el espacio se poblaría de espesas tinieblas, porque gruesas nubes se inmovilizaban en el aire, y la luna, en conjunción, no debía aparecer.

Aquella profunda oscuridad iba a favorecer de un modo más completo los proyectos de Iván Ogareff.

Desde algunos días antes, un frío extremadamente vivo preludiaba los rigores del invierno siberiano y aquella noche era más intenso aún. Los soldados que acampaban a la orilla derecha del Angara, obligados a disimular su presencia, no habían encendido una sola hoguera y sufrían horriblemente a causa del insoportable descenso de la temperatura. Algunos pies bajo ellos pasaban los témpanos de hielo que eran impulsados por la corriente del río y durante todo aquel día habíaseles visto en filas apretadas derivar rápidamente entre las dos orillas.

Esto, observado por el gran duque y por sus oficiales, había sido considerado como una feliz circunstancia, porque era evidente que si el lecho del Angara llegaba a obstruirse, el paso sería absolutamente impracticable. Los tártaros no podrían maniobrar con balsas ni con barcas y, en cuanto a admitir que pudieran atravesar el río sobre los témpanos de hielo, en el caso de que el frío los soldase unos a otros, no era posible, porque no tendrían la consistencia suficiente para soportar el paso de una columna de ataque.

Pero esta circunstancia, por lo mismo que parecía ser favorable a los defensores de Irkutsk, Iván Ogareff debió temer que se produjera. No ocurrió así, sin embargo. El traidor sabía bien que los tártaros no habían de intentar el paso del Angara y, por aquella parte a lo menos, su tentativa sería simulada.

Esto no obstante, el estado del río sufrió una gran modificación hacia las diez de la noche, con gran sorpresa de los sitiados y en perjuicio suyo. El paso, que hasta entonces había sido impracticable, se hizo posible de pronto, porque el lecho del Angara quedó libre de hielos.

Los témpanos de hielo, que, desde hacía algunos días, pasaban en gran número, desaparecieron más allá de la ciudad y apenas quedaron cinco o seis en el espacio comprendido entre las dos orillas; pero éstos no tenían ya la estructura de los que se forman en las condiciones ordinarias y bajo la influencia de un frío regular, sino que eran simples trozos, arrancados de algún *icefield,* las aristas de los cuales, limpiamente cortadas, no mostraban rugosidades.

Los oficiales rusos que advirtieron esta modificación en el estado del río la notificaron al gran duque, y la explicaron, además, diciendo que en alguna parte estrecha del Angara habían debido acumularse los témpanos de hielo de tal modo que habían llegado a formar una barrera.

Ya se sabe que, efectivamente, había ocurrido así.

El paso del Angara había, por consiguiente, quedado abierto para los sitiadores y de aquí la necesidad de que los rusos vigilaran con más atención que nunca.

Hasta medianoche no ocurrió incidente alguno digno de mención. Del lado del Este, hacia la puerta de Bolchaia, la tranquilidad era completa. No

había una sola hoguera en aquellos bosques, que, en las sombras, se confundían con las nubes del cielo, que estaban muy bajas.

En cambio, reinaba grandísima agitación en el campamento del Angara, como lo demostraba el continuo cambio de lugar de las luces que brillaban en él.

A una versta de distancia, por encima y por debajo del sitio en que la escarpa se apoyaba en las orillas del río, percibíase un sordo murmullo que demostraba que los tártaros estaban en pie, esperando una señal cualquiera.

Transcurrió una hora más sin que ocurriese novedad alguna.

Las dos de la madrugada iban ya a sonar en el campanario de la catedral de Irkutsk y los sitiadores no habían hecho aún movimiento alguno que revelara sus propósitos.

El gran duque y sus oficiales preguntábanse si no habían sido inducidos a error y si entraba realmente en el plan de los tártaros tratar de sorprender a la ciudad. Las noches precedentes no habían sido, ni mucho menos, tan tranquilas, porque en los puestos avanzados habíanse hecho disparos de fusilería y los obuses habían surcado el aire. Aquella noche no ocurría nada de esto.

El gran duque, el general Voranzoff y sus ayudantes de campo esperaban, pues, dispuestos a dar sus órdenes con arreglo a las circunstancias.

Como ya se sabe, Iván Ogareff ocupaba en palacio una habitación, que era una sala amplia situada en el piso bajo y cuyas ventanas se abrían a una terraza lateral, en la que bastaba dar algunos pasos para dominar el curso del Angara.

En aquella sala reinaba una profunda oscuridad.

Iván Ogareff, en pie cerca de una ventana, esperaba que llegase la hora de obrar.

Evidentemente, era él quien tenía que dar la señal, y, dada ésta, cuando la mayor parte de los defensores de Irkutsk acudiesen a los puntos francamente atacados, su proyecto era el de salir del palacio a realizar su obra.

Esperaba, pues, en las sombras como una fiera preparada para lanzarse sobre su presa.

Algunos minutos antes de las dos, el gran duque mandó que se presentara Miguel Strogoff —era el único nombre que podía dar a Iván Ogareff—, y un ayudante de campo fue a la habitación de éste, cuya puerta estaba cerrada.

El ayudante de campo llamó; pero Iván Ogareff, inmóvil cerca de la ventana e invisible en la sombra, se guardó bien de responder.

Se le dijo, pues, al gran duque que el correo del zar no se encontraba en aquel momento en las habitaciones de palacio.

Sonaron las dos. Era llegado el momento de provocar la diversión convenida con los tártaros, dispuestos para el ataque.

Iván Ogareff abrió la ventana de su habitación y fue a situarse en el ángulo norte de la terraza lateral.

Por debajo de él, en la sombra, pasaban las aguas del Angara, que mugían al chocar en las aristas de los pilares.

Iván Ogareff sacó de su bolsillo un fósforo, lo encendió, prendió fuego a un puñado de estopa impregnada de azufre y arrojó ésta al río.

¡Los torrentes de aceite mineral que flotaban sobre el Angara habían sido arrojados al río por orden de Iván Ogareff!

Encima de Irkutsk, en la orilla derecha, entre el pueblecillo de Poshkavs y la ciudad, había en explotación varios manantiales de nafta. Iván Ogareff había resuelto utilizarlos para llevar, por este medio terrible, el incendio a la población sitiada.

Al efecto, habíase apoderado de los inmensos depósitos que contenían el líquido combustible y, con sólo el derribo de una pared, lo había hecho salir en grandes oleadas.

Esta operación había sido hecha aquella misma noche, algunas horas antes, y por esto la balsa en que iban el verdadero correo del zar, Nadia y los fugitivos flotaba sobre una corriente de aceite mineral.

Al través de las brechas abiertas en los depósitos, que contenían millones de metros cúbicos, habíase precipitado la nafta como un torrente y, siguiendo las pendientes naturales del suelo, habíase extendido sobre la superficie del río, donde su densidad la hacía sobrenadar.

¡He aquí cómo Iván Ogareff entendía la guerra!

Aliado de los tártaros, como un tártaro se portaba... ¡y contra sus propios compatriotas!

La estopa encendida había sido arrojada a las aguas del Angara, e inmediatamente, como si la corriente hubiera sido de alcohol, se inflamó todo el río, hacia arriba y hacia abajo, con rapidez eléctrica. Volutas de llamas azuladas corrían entre las dos orillas y gruesos vapores fuliginosos se retorcían por encima de aquéllas. Algunos témpanos de hielo que flotaban a la deriva, atacados por el líquido incendiado, fundíanse como la cera sobre la superficie de un horno y el agua vaporizada escapábase en el aire con silbidos ensordecedores.

En aquel momento estalló el fuego de fusilería al norte y al sur de la ciudad; las baterías del campamento de Angara empezaron a hacer descargas; muchos millares de tártaros se precipitaron al asalto de los terraplenes; las casas de las orillas del río, que eran de madera, ardieron por todas partes y una inmensa claridad disipó las sombras de la noche.

—¡Al fin! —exclamó Iván Ogareff.

Tenía motivo para aplaudiese a sí mismo. La diversión que había imaginado era terrible. Los defensores de Irkutsk veíanse obligados a luchar contra los tártaros, que los atacaban, y contra el incendio, que ocasionaba grandes desastres.

Sonaron las campanas y cuanta persona útil había en la ciudad acudió a los puntos atacados y a las casas devoradas por el fuego, que amenazaban comunicarse a toda la población.

La puerta de Bolchaia se encontraba casi libre, porque apenas se habían dejado en ella algunos defensores, y aun éstos, por consejo del traidor y para que los acontecimientos pudieran explicarse como realizados sin su intervención y ser atribuidos a los odios políticos, habían sido escogidos entre el cuerpo especial formado por los desterrados.

Iván Ogareff entró de nuevo en su habitación, entonces brillantemente iluminada por las llamas que, procedentes del Angara, subían por encima de la balaustrada de la terraza.

Luego, se dispuso a salir; pero, apenas había abierto la puerta, precipitóse en la estancia una mujer, que llevaba los vestidos empapados en agua y los cabellos en desorden.

—¡Sangarra! —exclamó Iván Ogareff, en el primer momento de sorpresa y suponiendo que no podía ser otra que la gitana.

Pero no era Sangarra; era Nadia.

En el momento en que, refugiada en el témpano de hielo, la joven había gritado al ver que el incendio se propagaba por la corriente del Angara, habíala cogido en sus brazos Miguel Strogoff y sumergióse con ella para buscar en las profundidades del río un abrigo contra las llamas.

Como ya se sabe, el témpano que los conducía sólo se encontraba en aquellos momentos a treinta brazas del primer muelle, más arriba de Irkutsk.

Nadando entre dos aguas, consiguió Miguel Strogoff llegar con Nadia a tierra.

¡Al fin, había terminado su viaje! ¡Se encontraba en Irkutsk!

—¡Al palacio del gobernador! —dijo a Nadia.

Y en menos de diez minutos llegaron los dos jóvenes a la entrada de aquel palacio, cuyas primeras hiladas de piedra eran lamidas por las largas llamas del Angara, que, sin embargo, no lo podían incendiar.

Más allá, ardían todas las casas situadas a la orilla del río.

Miguel Strogoff y Nadia entraron sin dificultad en el palacio, que estaba abierto para todos, y, aunque llevaban los vestidos empapados en agua, nadie se fijó en ellos, a causa de la general confusión que reinaba allí.

Una multitud de oficiales acudían a buscar órdenes e infinidad de soldados corrían a ejecutarlas, llenando entre unos y otros la gran sala del piso bajo. Allí, Miguel Strogoff y Nadia, a consecuencia de un brusco remolino de aquella multitud enloquecida, encontráronse separados.

Nadia corrió, perdida, a través de las salas bajas, llamando a su compañero y pidiendo ser conducida a la presencia del gran duque.

Abrióse ante ella la puerta de una habitación que estaba inundada de luz y entró, encontrándose inopinadamente en presencia del hombre a

quien había visto en Ichim, había vuelto a ver en Tomsk y cuya mano criminal iba a entregar un momento después la ciudad a los sitiadores.

—¡Iván Ogareff! —exclamó Nadia.

El miserable, al oír pronunciar su nombre, tembló, porque el reconocimiento de su verdadera personalidad era el fracaso de todos sus planes.

No le quedaba que hacer más que una cosa: matar a la persona, quienquiera que fuera, que acababa de pronunciarlo.

Iván Ogareff avanzó hacia Nadia; pero ésta, con un cuchillo en la mano, se arrimó a la pared, decidida a defenderse.

—¡Iván Ogareff! —gritó la joven, sabiendo que este odioso nombre atraería a quien lo oyese en socorro suyo.

—¡Ah! ¡Tú callarás! —dijo el traidor.

—¡Iván Ogareff! —gritó por tercera vez la joven, con voz cuya fuerza era duplicada por el odio.

Ebrio de furor, sacóse de la cintura Iván Ogareff un puñal y se abalanzó sobre Nadia arrinconándola en un ángulo de la habitación.

Iba ya a asesinarla, cuando el miserable, levantado en vilo de pronto por una fuerza irresistible, fue arrojado a tierra.

—¡Miguel! —exclamó Nadia.

Era, efectivamente, Miguel Strogoff, que había oído el llamamiento de Nadia y, guiado por su voz, había llegado a la habitación de Iván Ogareff, donde, al encontrar la puerta abierta, había entrado.

—No temas, Nadia —dijo, interponiéndose entre ella e Iván Ogareff.

—¡Ah! —exclamó la joven—. ¡Ten cuidado, hermano! ¡El traidor está armado...! ¡Ve claramente...!

Iván Ogareff habíase levantado y, creyendo poder dar buena cuenta del ciego, se precipitó sobre Miguel Strogoff.

Pero el ciego agarró con una mano el brazo del clarividente y, desviándole con la otra el arma, le arrojó a tierra por segunda vez.

Iván Ogareff, pálido de furor y de vergüenza, recordó que tenía espada, la desenvainó y volvió nuevamente a la carga.

También él había reconocido a Miguel Strogoff. ¡Un ciego! i No tenía, en suma, que habérselas más que con un ciego! ¡La ventaja de la partida estaba de su parte!

Espantada Nadia ante el peligro que amenazaba a su compañero en una lucha tan desigual, precipitóse hacia la puerta pidiendo socorro a voces.

—¡Cierra esa puerta, Nadia! —dijo Miguel Strogoff—. ¡No llames a nadie y déjame hacer! El correo del zar nada tiene hoy que temer de este miserable. ¡Qué venga a mí, si se atreve! Le espero.

Mientras tanto, Iván Ogareff, replegado sobre sí mismo, como un tigre, permanecía en silencio, pareciendo como que quería sustraer el ruido de sus pasos y hasta el de su respiración al oído del ciego. Deseaba herirle

sin que advirtiera que se le aproximaba, dar un golpe seguro. El traidor no pensaba batirse, sino asesinar a aquel a quien había usurpado el nombre.

Nadia, espantada y confiada al mismo tiempo, contemplaba con una especie de admiración aquella terrible escena, como si de pronto se le hubiese comunicado la tranquilidad de Miguel Strogoff.

Éste no tenía otra arma que su cuchillo siberiano, ni veía a su adversario, que estaba armado de una espada; pero, ¿por qué gracia del Cielo parecía dominarle tan completamente? ¿Cómo, casi sin moverse, hacía siempre frente a la espada de Iván Ogareff, que le espiaba con visible ansiedad?

Esta tranquilidad sobrehumana de su extraño adversario intimidaba al traidor, quien, haciendo un llamamiento a su razón, decíase en vano que, en aquel combate tan desigual, toda la ventaja estaba de su parte. Aquella inmovilidad del ciego le helaba de espanto. Había buscado con la vista el lugar en que debía herirle... Ya lo había encontrado... ¿Qué le contenía?

Al fin, dio un salto y dirigió una estocada al pecho de Miguel Strogoff, pero un movimiento imperceptible del cuchillo del ciego desvió el golpe.

Miguel Strogoff, que no había sido tocado, pareció esperar fríamente, y sin gesto de desafío, ser atacado de nuevo.

Un sudor helado corrió por la frente de Iván Ogareff, que retrocedió un paso y después tendióse nuevamente a fondo; pero, lo mismo que la primera vez, esta segunda tampoco consiguió herir. Un simple movimiento del ancho cuchillo había bastado para desviar la inútil espada del traidor.

Éste, loco de rabia y de terror en presencia de aquella estatua viviente, fijó sus ojos espantados en los ojos completamente abiertos del ciego.

Estos ojos, que parecían leer hasta el fondo de su alma, que no veían, que no podían ver, ejercían sobre el traidor una especie de fascinación espantosa.

De repente, el traidor Iván Ogareff exhaló un grito; en su cerebro acababa de hacerse inesperadamente la luz.

—¡Ve! —exclamó—. ¡No está ciego!

Y, como una fiera que trata de volver a su antro, paso a paso, aterrado, retrocedió hasta el centro de la sala.

Entonces, la estatua se animó, el ciego marchó en derechura hacia Iván Ogareff y poniéndose frente a él le dijo:

—¡Sí, veo! ¡Veo el golpe del *knut* con que te señalé el rostro traidor y cobarde! ¡Veo el sitio en que voy a herirte! ¡Defiende tu vida! ¡Es un duelo lo que me digno ofrecerte! ¡Mi cuchillo me bastará para luchar contra tu espada!

—¡Ve! —se dijo Nadia—. ¡Dios misericordioso, es esto posible!

Entonces comprendió Iván Ogareff que estaba perdido; pero, por un esfuerzo de su voluntad, recobró valor y se precipitó, con la espada ante sí, contra su impasible adversario.

Cruzáronse los dos aceros, pero la espada de Iván Ogareff, al chocar con el cuchillo de Miguel Strogoff, manejado por la férrea mano del caza-

dor siberiano, voló hecha añicos y el miserable traidor, herido en el corazón, rodó sin vida sobre el suelo.

En aquel momento abrióse la puerta de la estancia, empujada desde fuera, y entró el gran duque, seguido por algunos oficiales.

Avanzó, vio en tierra el cadáver de quien creía que era el correo del zar y preguntó con voz amenazadora:

—¿Quién ha matado a este hombre?

—Yo —respondió Miguel Strogoff.

Uno de los oficiales le apoyó el cañón de su revólver en la frente, dispuesto a hacer fuego.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el gran duque, antes de dar orden de que le volaran la cabeza.

—Preguntadme primero —contestó Miguel Strogoff— cómo se llama el hombre que está tendido a los pies de Vuestra Alteza.

—A este hombre lo conozco yo. ¡Es un servidor de mi hermano! ¡Es el correo del zar!

—¡Este hombre no es un correo del zar, sino Iván Ogareff!

—¡Iván Ogareff! —exclamó el gran duque.

—Sí. ¡Iván el traidor!

—Pero, ¿quién eres tú?

—Miguel Strogoff.

CAPÍTULO XV

CONCLUSIÓN

Miguel Strogoff no estaba ni había estado ciego nunca. Un fenómeno puramente humano, físico y moral al mismo tiempo, había neutralizado la acción de la hoja del sable incandescente que el ejecutor de la justicia de Féofar-Kan le había pasado por los ojos.

Se recordará que, en el momento del suplicio, se encontraba allí Marfa Strogoff con las manos tendidas hacia su hijo, que la miraba como un hijo puede mirar a su madre por última vez.

Subiéndole del corazón a los ojos, las lágrimas que su valor trataba en vano de reprimir habíanse acumulado bajo sus párpados y, al volatilizarse sobre su córnea, le habían salvado la vista. La capa de vapor formada por las lágrimas habíase interpuesto entre el sable incandescente y las pupilas y había aniquilado la acción del calor. Idéntico efecto se produce cuando un obrero fundidor, después de haber metido su mano en el agua, la hace atravesar impunemente un chorro de metal en efusión.

Comprendiendo inmediatamente Miguel Strogoff el peligro a que se habría expuesto si revelaba su secreto a quienquiera que fuese, y no ocultándose el partido que, por el contrario, podría sacar de su situación para el cumplimiento de la misión que se le había confiado, dejó que se le creyera ciego para que le pusieran en libertad.

Necesitaba, pues, ser ciego y lo fue para todos, hasta para Nadia; lo fue en todas partes, y de tal modo que ni una sola palabra, ni un solo gesto hicieron dudar en momento alguno de la sinceridad del papel que desempeñaba.

Adoptada su resolución, debía arriesgar hasta la vida para dar a todos la prueba de su ceguera, y ya se sabe cómo la arriesgó.

Solamente su madre conocía la verdad, porque él se la había revelado al oído cuando, en la plaza misma de Tomsk, en medio de la oscuridad de la noche, se inclinó sobre ella para besarle el rostro.

Se comprende, pues, que cuando Iván Ogareff, con irónica crueldad, le puso la carta imperial ante los ojos, que creía apagados, Miguel Strogoff pudiese leerla y conocer de este modo los odiosos designios del traidor. De aquí la energía que desplegó durante la segunda parte de su viaje y su

indestructible voluntad de llegar a Irkutsk y cumplir de viva voz su misión. ¡Sabía que estaba amenazada la vida del gran duque y que la salvación de éste y de Siberia se encontraba en sus manos!

Miguel Strogoff refirió toda la historia en pocas palabras al gran duque, a quien dijo también, ¡y con cuánta emoción!, la parte que Nadia había tomado en los acontecimientos.

—¿Quién es esa joven? —preguntó el gran duque.

—La hija del desterrado Basilio Fédor —respondió Miguel Strogoff.

—La hija del comandante Fédor —repuso el gran duque...— ha dejado de ser la hija de un desterrado. ¡Ya no hay desterrados en Irkutsk!

Nadia, menos fuerte para la alegría que lo había sido para el dolor, cayó de rodillas ante el gran duque, que la levantó con una mano, mientras que tendía la otra a Miguel Strogoff.

Una hora después se encontraba entre los brazos de su padre.

Miguel Strogoff, Nadia y Basilio Fédor habíanse reunido al fin y, de una parte y de otra, la expansión de felicidad no tuvo límites.

Los tártaros habían sido rechazados en los dos ataques que dieron a la ciudad.

Basilio Fédor, al frente del reducido cuerpo formado por los desterrados, había derrotado a los primeros asaltantes que se presentaron en la puerta de Bolchaia, confiados en que ésta les iba a ser abierta, pues, por un instintivo presentimiento, el comandante del pequeño cuerpo especial se había obstinado en defenderla.

Al mismo tiempo que los tártaros eran rechazados, los sitiados dominaban el incendio. La nafta líquida, que había ardido rápidamente sobre la superficie del Angara, concentrando sus llamas en las casas de la orilla, había respetado los otros barrios de la ciudad.

No había amanecido aún, cuando las tropas de Féofar-Kan volvían nuevamente a sus campamentos, dejando gran número de muertos alrededor de las trincheras.

Entre estos muertos estaba la gitana Sangarra, que en vano había tratado de reunirse con Iván Ogareff. Durante los dos días siguientes, los sitiadores no intentaron dar ningún nuevo asalto; la muerte de Iván Ogareff los había desanimado por completo.

Este hombre había sido el alma de la invasión, y sólo él, por medio de tramas, desde largo tiempo urdidas, había ejercido influencia suficiente sobre los kanes y sobre las hordas de éstos para inducirles a la conquista de la Rusia asiática.

Sin embargo, los defensores de Irkutsk no abandonaron un momento la vigilancia, porque el sitio continuaba aún.

Al fin, el 7 de octubre, apenas empezaban a brillar los primeros resplandores de la aurora, retumbó el cañón en las alturas que rodean a Irkutsk.

Era que llegaba el ejército que, bajo el mando del general Kisselef, iba a socorrer a los sitiados y anunciaba así su presencia al gran duque.

Los tártaros no esperaron más tiempo. No queriendo correr el peligro de una batalla sostenida bajo los muros de la ciudad, se apresuraron a levantar el campamento del Angara. Irkutsk estaba, al fin, libre.

Con los primeros soldados rusos entraron en la ciudad dos amigos de Miguel Strogoff. Eran los inseparables Blount y Jolivet, quienes, habiendo podido llegar a la orilla derecha del Angara, por medio de la barrera formada por los témpanos de hielo, habían conseguido escapar, lo mismo que los otros fugitivos, antes que la balsa fuese pasto de las llamas que recorrían la superficie del río.

Esta aventura fue anotada por Alcides Jolivet en su *carnet*, del siguiente modo:

"¡Nos faltó poco para acabar como un limón en un bol de ponche!"

La alegría de los periodistas fue grande cuando volvieron a encontrar, sanos y salvos, a Nadia y Miguel Strogoff, sobre todo cuando se enteraron de que su valiente compañero no había estado nunca ciego.

Este suceso indujo a Enrique Blount a escribir en su libro de notas la observación siguiente:

"¡El hierro enrojecido puede ser insuficiente para destruir la sensibilidad del nervio óptico! Hay que modificar el sistema."

Luego, los dos corresponsales, bien instalados en Irkutsk, se ocuparon en poner en orden sus impresiones de viaje, que les sirvieron para enviar a Londres y París dos interesantísimas crónicas acerca de la invasión tártara, y, *¡rara avis!*, no se contradecían apenas más que en los puntos menos importantes.

Por lo demás, la campaña fue desastrosa para el emir y sus aliados, para quienes esta invasión, inútil como todas las que tienen por objeto atacar al coloso ruso, tuvo fatales consecuencias.

Cortados pronto los invasores por las tropas del zar, éstas les fueron arrebatando sucesivamente todas las ciudades conquistadas, y como, por otra parte, el invierno fue terrible, sólo una pequeña parte de las hordas, diezmadas por el frío, pudo volver a pisar las estepas de Tartaria.

El camino de Irkutsk a los montes Urales se encontraba, por consiguiente, libre.

El gran duque tenía vivos deseos de volver a Moscú, pero demoró el viaje para asistir a una tierna ceremonia que se celebró algunos días después de haber entrado las tropas rusas en la ciudad.

Miguel Strogoff había ido al encuentro de Nadia y, en presencia del padre de ésta, le había dicho:

—Nadia, mi hermana aún, cuando saliste de Riga para venir a Irkutsk, ¿dejaste tras de ti alguna otra pena que la de tu madre?

—No —respondió Nadia—, ninguna y de ninguna clase.

—Así, ¿no te has dejado nada de tu corazón allá abajo?

—Nada, hermano.

—Entonces, Nadia —dijo Miguel Strogoff—, no creo que Dios, al ponernos al uno en presencia del otro y hacernos pasar juntos tan rudas penalidades, haya querido reunirnos de otro modo que para siempre.

—¡Ah! —exclamó Nadia cayendo en los brazos de Miguel Strogoff.

Y, volviéndose luego hacia Basilio Fédor, agregó, ruborizado:

—¡Padre mío!

—Nadia —dijo Basilio Fédor—, tendré gran alegría pudiéndoos llamar a los dos mis hijos.

La ceremonia nupcial se celebró en la catedral de Irkutsk.

Fue muy sencilla en los detalles, pero muy bella porque a ella concurrió toda la población militar y civil que quiso testimoniar de este modo su profunda gratitud a los dos jóvenes, cuya odisea se había hecho ya legendaria.

Naturalmente, Alcides Jolivet y Enrique Blount asistieron también a esta boda, porque querían notificarla a sus lectores.

—¿No experimenta usted deseos de imitarles? —preguntó Alcides Jolivet a su colega.

—¡Pchs! —repuso Enrique Blount— ¡Si yo tuviera una prima como usted...!

—Mi prima no está en disposición de contraer matrimonio —replicó, riéndose, Alcides Jolivet.

—Tanto mejor —agregó Enrique Blount—, porque se dice que van a surgir dificultades entre Londres y Pekín. ¿No tiene usted ganas de ir a ver lo que pasa allá?

—¡Eh, diablo, mi querido Blount —exclamó Alcides Jolivet—, iba a proponérselo a usted!

Y he aquí cómo los dos periodistas inseparables partieron para China.

Algunos días después de haber contraído matrimonio, Miguel y Nadia Strogoff, acompañados por Basilio Fédor, emprendieron el viaje de regreso a Europa. Aquel camino, que había sido de dolor al venir, fue de felicidad al volver.

Viajaron con extremada ligereza en uno de los trineos que se deslizan sobre las heladas estepas siberianas con la velocidad de un tren expreso.

Sin embargo, cuando, al llegar a las orillas del Dinka, pasaron por Biskoe, se detuvieron un día.

Miguel Strogoff encontró el sitio en que había enterrado al pobre Nicolás y puso una cruz sobre su sepultura, en la que se arrodilló Nadia para rezar por última vez por el eterno reposo del humilde y heroico amigo, a quien ni el uno ni la otra debían olvidar jamás.

En Omsk, la anciana Marfa los esperaba en la casita de los Strogoff, en donde estrechó entre sus brazos, con gran ternura, a la joven a quien ya había dado cien veces en su corazón el nombre de hija.

La valerosa siberiana tuvo, aquel día, por fin, el derecho de reconocer a su querido hijo y de mostrarse orgullosa de él.

Después de pasar algunos días en Omsk, Miguel y Nadia Strogoff entraron nuevamente en Europa, y, como Basilio Fédor fijó su residencia en San Petersburgo, ni su hijo ni su hija le volvieron a abandonar más que cuando iban a ver a su anciana madre.

El joven correo fue recibido por el zar, quien le agregó al servicio especial de su persona y le otorgó la cruz de San Jorge.

Miguel Strogoff llegó, más adelante, a tener una elevada posición en el Imperio; pero no es la historia de sus éxitos, sino la de sus sufrimientos, la que merecía ser referida.

ÍNDICE

CHARLES DICKENS

·Canción de Navidad y otros cuentos

·Almacén de antigüedades

·Historia de dos ciudades

MIGUEL DE CERVANTES

·Novelas ejemplares

·Entremeses

·La Galatea

HONORÈ DE BALZAC

·Eugenia Grandet

·La piel de zapa

·El lirio en el valle

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

·Rimas

·Leyendas

·Cartas literarias a una mujer

·Desde mi celda

FRANCISCO DE QUEVEDO

·El buscón

·Obras jocosas

·Los sueños

·El chitón de Tarabillas

·Poesía

FRANZ KAFKA

·Meditaciones

·La metamorfosis

·El proceso

·América

LEÓN TOLSTOI

·Ana Karenina

·Los cosacos

PLATÓN

·La República

·Diálogos (Georgias, Fedón, El banquete)

JEAN JACQUES ROUSSEAU

·El contrato social

·Discurso sobre las ciencias y las artes

·Discurso sobre el origen y los fundamentos sobre la desigualdad entre los hombres

MOLIÈRE

·Tartufo

·El enfermo imaginario

·El médico a palos

·El amor médico

·El avaro

RUBEN DARÍO

·Azul

·Prosas profanas

·España contemporánea

ARISTÓTELES

·Ética

·Metafísica

MARK TWAIN

·Las aventuras de Tom Sawyer

·Príncipe y mendigo
·Un yanqui en la corte del rey Arturo

SÓFOCLES
·Áyax
·Antígona
·Edipo rey
·Las Traquinias
·Electra
·Filoctetes
·Edipo en Colono

JACK LONDON
·La llamada de la selva
·Colmillo blanco
·Los vagabundos y otros cuentos
·Cuentos de los mares del Sur
·Nuevos cuentos de los mares del Sur

RABINDRANATH TAGORE
·El jardinero
·El cartero del rey
·La cosecha
·Ofrenda lírica
·El rey
·Últimos poemas

KHALIL GIBRAN
·Espíritus rebeldes
·Lázaro y su amada
·El loco
·El jardín del profeta
·Jesús, el hijo del hombre
·Máximas espirituales
·Alas rotas
·El profeta
·El vagabundo
·Lágrimas y sonrisas

J. W. GOETHE
·Fausto
·Werther
·Herman y Dorotea

GUSTAVE FLAUBERT
·Madame Bovary
·La tentación de San Antonio

MÁXIMO GORKI
·La madre
·Los vagabundos

RUDYARD KIPLING
·El libro de la selva
·Capitanes intrépidos

SANTA TERESA DE JESÚS
·El libro de la vida
·Las moradas o Castillo interior

DANIEL DEFOE
·Robinson Crusoe
·Moll Flanders

ARTHUR CONAN DOYLE
·Estudio en escarlata
·El signo de los cuatro

·Las aventuras de Sherlock Holmes
·El perro de los Baskerville

JANE AUSTEN
·Orgullo y prejuicio
·Sentido y sensibilidad

HERMAN MELVILLE
·Moby Dick
·Typee

VIRGILIO
·La eneida
·Bucólicas
·Geórgicas

ROBERT LOUIS STEVENSON
·El extraño caso del Dr. Jeckyll y Mr. Hyde
·Los hombres dichosos y otros cuentos y fábulas
·La isla del tesoro

HANS CHRISTIAN ANDERSEN
·Cuentos fantásticos y de animales
·Cuentos humorísticos y sentimentales
·La sirenita
·El traje nuevo del emperador

LEWIS CARROLL
·Alicia en el País de las Maravillas
·Silvia y Bruno
·A través del espejo y lo que Alicia se encontró allí
·La caza del Snark
·Agonía en ocho espasmos

MARCO TULIO CICERÓN
·Los cuatro discursos contra Catilina
·Los cuatro discursos contra Marco Antonio
·De la vejez
·De la amistad

LEONARDO DA VINCI
·Cuaderno de notas
·El tratado de la pintura





OBRASELECTAS

La vuelta al mundo en ochenta días

De la Tierra a la Luna

Miguel Strogoff

